

Lenin

Obras selectas

tomo dos
(1917 / 1923)

clásicos y
contemporáneos



V. I. Lenin

Obras selectas

tomo dos

{1917 / 1923}



Lenin, Vladimir Ilich

Obras selectas / Vladimir Ilich Lenin ; compilado por Cecilia Feijoo y Demian Paredes. - 1a ed. - Buenos Aires : Ediciones IPS, 2013.
v. 2, 608 p. ; 23x15 cm. - (Clásicos y contemporáneos)

ISBN 978-987-27589-7-4

I. Historia de las Ideas Políticas. 2. Teorías Políticas. 3. Marxismo.
I. Feijoo, Cecilia, comp. II. Paredes, Demian, comp. III. Título
CDD 320.531 5

ARTE DE TAPA: Julio Patricio Rovelli

INTERIOR: b de vaca [diseño]

ISBN obra completa: 978-987-27589-5-0

ISBN tomo dos: 978-987-27589-7-4

© Ediciones IPS, 2013
por la presente edición

Riohamba 144 // C1025AAB

[54 11] 4951 5445

Of. Comercial:

Av. Entre Ríos 140 5º piso, dpto. A // C1079ABO

Ciudad Autónoma de Buenos Aires // Argentina

[54 11] 4372 0590

edicionesips@gmail.com // edicionesips.com.ar

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina // *Printed in Argentina*

ÍNDICE

11	Breve índice de conceptos
16	Índice de periódicos y publicaciones
21	Las tareas del proletariado en la actual revolución (Tesis de abril)
25	Cartas sobre táctica
36	El doble poder
39	Las tareas del proletariado en nuestra revolución (Proyecto de plataforma del partido proletario)
66	La guerra y la revolución (Conferencia pronunciada el 14 (27) de mayo de 1917)
84	I Congreso de los Sóviets de Diputados Obreros y Soldados de toda Rusia
104	¡Todo el poder a los sóviets!
106	Tres crisis
110	¿Dónde está el poder y dónde la contrarrevolución?
114	Sobre las consignas
120	El comienzo del bonapartismo
123	El Estado y la revolución. La teoría marxista del Estado y las tareas del proletariado en la revolución
125	Prólogo a la primera edición
126	Prólogo a la segunda edición

- 127 I. La sociedad de clases y el Estado
- 139 II. La experiencia de 1848-1851
- 149 III. La experiencia de la Comuna de París (1871). El análisis de Marx
- 164 IV. Continuación. Aclaraciones complementarias de Engels
- 183 V. Las bases económicas de la extinción del Estado
- 197 VI. La vulgarización del marxismo por los oportunistas
- 210 VII. La experiencia de la revolución rusa de 1905 y 1917

- 211 Acerca de los compromisos

- 216 Proyecto de resolución sobre la situación política actual

- 221 Los bolcheviques deben tomar el poder (Carta al Comité Central y a los comités del POSDR(b) de Petrogrado y de Moscú)

- 223 El marxismo y la insurrección (Carta al Comité Central del POSDR(b))

- 228 La catástrofe que nos amenaza y cómo luchar contra ella

- 261 ¿Podrán los bolcheviques mantenerse en el poder?

- 298 II Congreso de los Sóviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos de toda Rusia
 - I. A los obreros, a los soldados y a los campesinos
 - II. Informe sobre la paz
 - III. Palabras finales luego del debate del informe sobre la paz
 - IV. Informe sobre la tierra
 - V. Resolución sobre la creación de un Gobierno obrero y campesino

- 311 Proyecto de decreto sobre el control obrero

- 313 Carta a los obreros norteamericanos

- 325 La revolución proletaria y el renegado Kautsky

- Prólogo
- Cómo Kautsky convirtió a Marx en un vulgar liberal
- Democracia burguesa y democracia proletaria

INDICE

¿Puede haber igualdad entre el explotado y el explotador?
 Defender que los sóviets no se conviertan en
 organizaciones del Estado
 La Asamblea Constituyente y la república soviética
 La Constitución soviética
 ¿Qué es el internacionalismo?
 Subordinación a la burguesía con el pretexto
 de un "análisis económico"
 Anexo I. Tesis sobre la Asamblea Constituyente
 Anexo II. El nuevo libro de Vandervelde sobre el Estado

- 405 I Congreso de la Internacional Comunista
 Discurso en la inauguración del Congreso
 Tesis sobre la democracia burguesa y la dictadura
 del proletariado
 Discurso de Lenin sobre sus tesis
 Resolución relativa a las tesis sobre la democracia burguesa
 y la dictadura del proletariado
- 421 La III Internacional y su lugar en la historia
- 427 Economía y política en la época de la dictadura
 del proletariado
- 435 El "izquierdismo", enfermedad infantil del comunismo
- I. ¿En qué sentido podemos hablar de la importancia
 internacional de la revolución rusa?
 - II. Una condición esencial del éxito de los bolcheviques
 - III. Etapas principales en la historia del bolchevismo
 - IV. ¿En la lucha contra qué enemigos dentro del movimiento
 obrero creció, se fortaleció y se templó el bolchevismo?
 - V. El comunismo "de izquierda" en Alemania.
 Los dirigentes, el partido, la clase, las masas
 - VI. ¿Deben trabajar los revolucionarios en
 sindicatos reaccionarios?
 - VII. ¿Debemos participar en los parlamentos burgueses?
 - VIII. ¿Ningún compromiso?
 - IX. El "comunismo de izquierda" en Inglaterra
 - X. Algunas conclusiones
- Apéndice:
- I. La división de los comunistas alemanes
 - II. Los comunistas y los independientes en Alemania

III. Turati y Cía. en Italia

IV. Conclusiones erróneas de premisas correctas

V. Carta de Wijnkoop

- 510 Discurso de clausura del X Congreso del Partido Comunista ruso
- 516 III Congreso de la Internacional Comunista
Informe sobre la táctica de la Internacional Comunista
Informe sobre la táctica del Partido Comunista de Rusia
- 539 La Nueva Política Económica y las tareas de las comisiones de educación política. Informe en el II Congreso ruso de Comisiones de Educación Política
- 554 Carta al Congreso ("Testamento" de Lenin)
- 569 Cómo debemos reorganizar la Inspección Obrera y Campesina (Recomendación al XII Congreso del Partido)
- 573 Mejor poco, pero mejor
- 585 Nuestra revolución (A propósito de la notas de N. Sujanov)
- 588 Breve cronología de la vida de Lenin
- 592 Breve índice biográfico
- 606 Bibliografía de consulta

ÍNDICE DE CONCEPTOS

Buró Socialista Internacional (BSI): Buró permanente que agrupó a los partidos de la II Internacional. Fue votado en septiembre de 1900 y funcionó hasta el año 1914, cuando se disolvió por la guerra mundial.

Caso Dreyfus: Ocurrido a fines de 1894, cuando el capitán del Ejército francés Alfred Dreyfus, ingeniero de origen judío-alsaciano, fue acusado de haber entregado a los alemanes documentos secretos. Enjuiciado por un tribunal militar, fue condenado a prisión perpetua y desterrado por delito de alta traición. El escritor Émile Zola, en 1898, publicó *J'Accuse*, un alegato en favor de Dreyfus, y generó una gran discusión intelectual y política acerca del militarismo, el nacionalismo y el antisemitismo. La discusión por "el caso Dreyfus" en Francia se prolongaría hasta fines del siglo XIX. Finalmente, en 1906, su inocencia fue reconocida por la Corte de Casación, que decidió la rehabilitación de Dreyfus, decisión inédita y única en la historia del derecho francés.

Comisión Central de Control (CCC): Organismo creado en el VIII Congreso del PC(b)R para combatir las arbitrariedades, abusos de autoridad y conflictos entre los militantes y los organismos responsables del Partido.

Comité de Organización: Ver Partido del Comité de Organización.

Comunistas de Izquierda: Tendencia "ultraizquierdista" que en el bolchevismo expresó Bujarin, en 1918, al oponerse a la firma de la paz entre Rusia y Alemania en las negociaciones de Brest-Litovsk. Publicó revista *Kommunist*. En la III Internacional se autodenominaron comunistas "de izquierda" aquellos grupos dentro de los partidos europeos de la III Internacional contrarios a la participación en los parlamentos y en los sindicatos, a los cuales contraponían la lucha por los consejos obreros. Algunos de sus referentes fueron, entre otros, Hermann Gorter, Anton Pannekoek, Karl Korsch, Amadeo Bordiga y Paul Mattick.

Conferencia Democrática: Conferencia convocada el 12 de septiembre de 1917 por el CEC del Sóviet para mantener la coalición entre este y el Gobierno de Kerensky. De esta conferencia salió la convocatoria al preparlamento.

Defensismo: Política chovinista presentada como "de defensa de la patria". Mencheviques, socialrevolucionarios y kadetes durante la guerra y la

Revolución rusa la mantuvieron con el mote de "defensismo revolucionario". Stalin y Kamenev la sostuvieron desde *Pravda* los primeros meses de 1917, hasta la llegada de Lenin y el cambio de política en el seno del Partido Bolchevique.

Entente: Coalición que, para la Primera Guerra Mundial, unió a Francia, Gran Bretaña e Irlanda y el Imperio ruso contra la Alemania de Wilhelm II. Luego se sumarían el Reino de Serbia y Bélgica.

Eserista: ver Partido Socialrevolucionario.

Gobierno de coalición: El primer Gobierno de coalición fue formado el 6 (20) de mayo de 1917, luego de la crisis de abril, cuando los ministros Miliukov y Gutchkov abandonan el Gobierno provisional. En el nuevo Gobierno, junto a los representantes de la burguesía, ingresan seis representantes del Sóviet: el socialrevolucionario Chernov (ministro de Agricultura) y los mencheviques Skobelev (ministro de Trabajo) y Tsereteli (ministro de Transporte y Telégrafo), entre los más conocidos. Kerensky se desplaza al Ministerio de Guerra y Marina. El segundo Gobierno de coalición es constituido después de las Jornadas de Julio, el 24 de julio (6 agosto) de 1917. Kerensky se transforma en presidente, el vicepresidente y ministro de Finanzas fue Nekrasov (kadete) y el Ministerio de Interior quedó en manos de Avksentiev (eserista). Tanto Chernov y Tsereteli mantienen sus carteras. Este segundo gobierno sufre una nueva crisis el 26 de agosto (8 de septiembre) cuando los ministros kadetes dimiten para debilitar al gobierno y preparar el camino al golpe de Kornilov.

Gobierno provisional: Constituido el 2 (15) de marzo de 1917 según un acuerdo concertado entre el Comité provisorio de la Duma de Estado y los líderes mencheviques y eseristas del Comité Ejecutivo del Sóviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado. El Gobierno fue encabezado por el príncipe Lvov (presidente del Consejo de Ministros y ministro de Interior), Miliukov, líder de los kadetes (ministro de Exterior), Goutchkov, líder de los octubreístas (ministro de Guerra y Marina), otros representantes de la burguesía y los terratenientes, y el trudovique Kerensky (ministro de Justicia).

Gosplan: Abreviatura en ruso de la Comisión para la Planificación Económica en la Unión Soviética.

Izquierda de Zimmerwald: Durante el congreso de la II Internacional reunido en Zimmerwald en septiembre de 1915, un pequeño grupo de internacionalistas se separa de la conferencia por su oposición a la participación y el apoyo a los gobiernos burgueses en la guerra.

○ **Ley del monopolio cerealero:** Ley votada en junio de 1918 que establecía que los campesinos debían entregar voluntariamente al Gobierno el cereal que no se usase para la próxima cosecha y la alimentación de la familia campesina. En caso de que el mismo no se entregase el Gobierno estaba facultado para llevar adelante una requisita forzosa. El cereal requisado abastecía al Ejército y era entregado a precios inferiores a los del mercado a las ciudades.

○ **Maximalista:** Corriente interna del Partido Socialista italiano conocida por su discurso socialista radical, pero manteniendo una política esencialmente parlamentaria.

○ **Mencheviques internacionalistas:** Fracción minoritaria del Partido Menchevique que se opuso a la política del Gobierno de coalición de continuar la guerra luego de la revolución de febrero de 1917. Los internacionalistas van a apoyar a los soviets en Octubre, pero en la guerra civil su posición neutral les valió su ilegalización por parte del Gobierno bolchevique. Martov y Dan fueron sus representantes más conocidos.

○ **NEP:** Nueva Política Económica, votada en el X Congreso del PC(b)R realizado en los primeros meses de 1921. Votó el fin del monopolio sobre el cereal e impuso un impuesto en especies a los campesinos productores, además del permiso para que capitales privados hagan inversiones en las industrias pequeña y mediana, controladas por el Estado, entre otras reformas.

○ **Nepman:** "Hombre de la NEP", en referencia a aquellos emprendedores, comerciantes y campesinos que se beneficiaron de las libertades económicas de la NEP.

○ **Partido Comunista alemán (Espartaquista):** El KPD(S), por sus siglas en alemán, fue fundado en diciembre de 1918 por el núcleo central de la *Spartakusbund* junto con sectores de izquierda del SPD.

○ **Partido Comunista Alemán Unificado:** El VKPD, por sus siglas en alemán, fue el partido surgido de la fusión del KPD(S) y el ala izquierda del Partido Socialdemócrata Independiente (USPD), en diciembre de 1920.

○ **Partido Comunista Obrero de Alemania:** El KAPD, por sus siglas en alemán, fue el partido surgido de la escisión del ala izquierdista del KPD(S). Fue fundado en abril de 1920.

○ **Partido Comunista ruso (bolchevique):** El PC(b)R fue el nombre que tomó el Partido Bolchevique a partir de marzo de 1918.

Partido del Comité de Organización: O simplemente Comité de Organización; fue un reagrupamiento creado en 1912 por los mencheviques liquidacionistas. Durante la guerra adoptaron posiciones chovinistas. En el mes de agosto de 1917 se disuelven en el congreso de reorganización de los mencheviques, ingresando algunos de sus miembros al Comité Central.

Partido Laborista Independiente: El ILP fue un partido socialista británico, fundado en 1893. En 1906 se afilió al Partido Laborista.

Partido Socialista Británico: El BSP fue fundado en 1911 en Manchester. Durante la primera guerra se divide en dos tendencias: una dirigida por Hyndman, chovinista, y la otra internacionalista. En abril de 1916 el ala derecha rompe y los internacionalistas dirigen el Partido. En 1920 fundan el PC británico.

Partido Socialista de América: Fundado en julio de 1901 en el Congreso de Indianápolis por la fusión de grupos que habían abandonado el Partido Obrero Socialista y el Partido Socialdemócrata de EE. UU. Eugene Debs fue uno de sus líderes. En 1919, el PSA se escinde y su ala izquierda funda el Partido Comunista de EE. UU.

Partido Socialista Obrero: Fundado en 1903 en Gran Bretaña por un grupo de socialistas que venían de romper con la Federación Socialdemócrata.

Partido Socialista Obrero de Estados Unidos: Fundado en 1876 por F. Sorge, compañero de Marx en la I Internacional. Hacia la década de 1890 el ala izquierda, cuyo representante más conocido es Daniel De Leon, dirige el Partido. Adopta posiciones internacionalistas durante la guerra; luego de 1917 simpatiza con la Revolución rusa. Un ala de este partido participó en la fundación del PC de EE. UU.

Partido Socialrevolucionario de Izquierda: ver tomo I.

Preparlamento: Organismo surgido de la Conferencia Democrática realizada por el GEC del Sóviet de toda Rusia a mediados de septiembre de 1917. El Preparlamento fue creado ante el retraso en la convocatoria a la Asamblea Constituyente y para mantener la coalición entre los sóviets y el Gobierno provisional de Kerensky, fuertemente debilitado luego de la rebelión de Kornilov.

Socialistas populares: ver Partido Socialista Popular.

Sociedad Socialista de Gales del Sur: Pequeño grupo de socialistas compuesto por obreros mineros de Gales.

Tratado de Versailles: Fue el tratado de rendición de Alemania frente a los países aliados en la Primera Guerra Mundial. A través del mismo, Francia y Gran Bretaña impusieron reparaciones de guerra y el cercenamiento del territorio alemán. Fue firmado el 28 de junio de 1919.

Viejos bolcheviques: Lenin llama de este modo a los bolcheviques que, como Kamenev, Ríkov y Noguín, plantearon la posición de "apoyo crítico al Gobierno provisional" en los meses de marzo y abril de 1917.

de 1901.

—dram.

—An.

nación.

—est. cit.

—Rus.

—que aq.

—de obje.

—condi.

—clari.

—Rus.

—bolchev.

—ómn.

—Rus.

—tro as.

—de 1917.

—Revol.

—62.

—nada.

—se 1917.

—jornal.

—ciudad.

—marzo.

—S.

—nada.

—partid.

—v.

—20.

—185.

ÍNDICE DE DIARIOS Y REVISTAS

Appeal to Reason: Periódico socialista norteamericano fundado en 1895, muy popular entre los trabajadores. Durante la Primera Guerra Mundial mantuvo una posición internacionalista.

Avanti! (¡Adelante!): Periódico del órgano central del Partido Socialista italiano, fundado en diciembre de 1896.

Die Rote Fahne (Bandera Roja): Órgano del Comité Central del Partido Comunista de Alemania (Espartaquista).

De Tribune: Periódico fundado en 1907 por el ala izquierda del Partido Obrero Socialdemócrata holandés.

Dielo Naroda (La Causa del Pueblo): Periódico del Partido Socialrevolucionario. Apareció desde marzo de 1917 hasta junio de 1918. Luego apareció luego bajo diversos nombres hasta su prohibición por el Gobierno bolchevique.

Freiheit (Libertad): Órgano de los socialdemócratas independientes de Alemania.

Izvestia del CC del PC(b)R (Noticias del Comité Central del Partido Comunista (bolchevique) de Rusia): Creado por resolución del VII Congreso del PC(b)R, comenzó a publicarse el 28 de mayo de 1919 en Moscú. Los primeros números aparecieron como suplemento semanal de *Pravda*, y desde octubre de 1920 como órgano independiente. En *Izvestia*... se publicaban las resoluciones, instrucciones, informes sobre la labor del Comité Central, informaciones, artículos sobre problemas de la construcción del Partido, etcétera.

Izvestia del CEC (Noticias del Comité Ejecutivo Central del Congreso de los Sóviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos de toda Rusia): Boletín de información del Sóviet central. Primero fue dirigido por eseristas y mencheviques, luego de los meses de septiembre y octubre por los eseristas de izquierda y los bolcheviques, luego de julio de 1918 por los bolcheviques.

— *L'humanité*: Diario francés fundado en 1904 por el dirigente socialista Jean Jaurès. En 1920, tras la escisión entre el SFIO y el Partido Comunista francés, *L'humanité* pasó a ser el órgano oficial de este último.

Le Matin: Periódico burgués francés fundado en París en 1884. Su último número apareció en agosto de 1944.

— *Narodnaya Shkola*: Periódico del Partido kadete editado en el transcurso de 1905. Algunos de sus editores fueron Struve y Miliukov.

Novaya Zhizn (Vida Nueva): Periódico de orientación menchevique internacionalista.

Rabochaya Gazeta (El Diario Obrero): Órgano central de los mencheviques aparecido de marzo a diciembre de 1917. El periódico sostuvo la política de apoyo al Gobierno provisional, siendo partidario después de abril de la conformación del Gobierno de coalición.

Rabotchi i soldat: ver *Soldatskaya Pravda*.

Rech: Periódico del Partido kadete desde 1906 hasta 1917, cuando es prohibido por el Comité Militar Revolucionario del Sóviet.

Russkaya Volya (La Voluntad Rusa): Diario burgués fundado por el ministro zarista del Interior Protopopov. Apareció en Petrogrado desde diciembre de 1916 hasta octubre de 1917, cuando fue clausurado por el Comité Militar Revolucionario del Sóviet.

Soldatskaya Pravda (La Verdad de los Soldados): Periódico de la organización de los soldados bolcheviques de Petrogrado desde abril de 1917. Luego se transformó en el periódico nacional de los soldados del POSDR(b). En las jornadas de julio de 1917 fue prohibido por el Gobierno de coalición, apareciendo bajo el nombre de *Rabotchi i soldat*. Después de octubre reapareció hasta marzo de 1918.

Svobodnaya Zhizn (Vida Libre): Periódico de los mencheviques internacionalistas. Apareció en el mes de septiembre de 1917 debido a la clausura por parte del Gobierno provisional del periódico *Novaya Zhizn*.

The Daily Chronicle: Periódico burgués inglés. Se editó desde Londres de 1855 a 1930.

Yedinstvo (Unidad): Nombre de la fracción chovinista del Partido Menchevique desde 1914 hasta 1917. En ese momento se conforma como grupo independiente. Es el nombre del periódico del grupo a partir de ese año. Plejanov fue su líder y director.

Znamya Truda (La Bandera de los Trabajadores): Periódico del Comité de Petrogrado del Partido Socialrevolucionario. Apareció el 23 de agosto (5 de septiembre) de 1917. El 1 (14) de noviembre de 1917 aparece como órgano del Comité de Petrogrado y de la fracción de izquierda de los socialrevolucionarios. Fue prohibido por el Gobierno en julio de 1918 durante el levantamiento de los eseristas de izquierda.

LAS TAS
REVOL

CHAL 1923

1917
1918
1919
1920
1921
1922

1923
del 4 de
res del y
prepara

Lo fi
a los que
el temo
reunido

Publi
que en

1923

Tes

1923

1923
vo Gobi
cialista
tolerar

El p
guerra
bajo la
de los
remar
realiz

D
el de
neces
la bu
nacio
entre
a la p
la vi

1923

1923

1923

1923

1923

1923

TOMO DOS (1917-1923)

LAS TAREAS DEL PROLETARIADO EN LA ACTUAL REVOLUCIÓN (TESIS DE ABRIL)¹

Como no llegué a Petrogrado hasta el 3 de abril por la noche, en la reunión del 4 de abril pude, naturalmente, intervenir con un informe acerca de las tareas del proletariado revolucionario sólo en mi nombre y haciendo constar mi preparación insuficiente.

Lo único que podía hacer, para facilitarme la labor a mí mismo y también a los oponentes de *buenafé*, era preparar las tesis *por escrito*. Las leí y entregué el texto al camarada Tsereteli. Las leí *dos veces* muy despacio: primero en una reunión de los bolcheviques y luego en una de bolcheviques y mencheviques².

Publico estas tesis personales mías con sólo notas explicativas muy breves, que en mi informe desarrollé mucho más ampliamente.

Tesis

1) En nuestra actitud hacia la guerra —que por parte de Rusia, bajo el nuevo Gobierno de Lvov y Cia., sigue siendo indudablemente una guerra imperialista de rapiña debido al carácter capitalista de ese Gobierno— no es posible tolerar concesión alguna, por pequeña que sea, al “defensismo revolucionario”.

El proletariado con conciencia de clase puede dar su asentimiento a una guerra revolucionaria que justifique realmente el defensismo revolucionario sólo bajo las siguientes condiciones: (a) que el poder pase a manos del proletariado y de los sectores más pobres de los campesinos, aliados al proletariado; (b) que se renuncie de hecho, y no sólo de palabra, a todas las anexiones; (c) que se rompa realmente y de modo absoluto con todos los intereses de los capitalistas.

Dada la indudable buena fe de grandes sectores de las masas que creen en el defensismo revolucionario, que admiten la guerra únicamente como una necesidad y no como guerra de conquista dado que han sido engañadas por la burguesía, es preciso explicarles su error de un modo particularmente minucioso, paciente y perseverante, explicarles la ligazón indisoluble que existe entre el capital y la guerra imperialista y demostrarles que *es imposible* poner fin a la guerra a través de una paz verdaderamente democrática y no impuesta por la violencia sin abatir al capital.

¹ Publicado el 7 (20) de abril de 1917 en *Pravda* N.º 26.

² Se refiere a la reunión con los delegados bolcheviques y mencheviques al Sóviet de Petrogrado realizado en el Palacio Táuride [NdE].

Debe organizarse la propaganda más amplia de estas ideas en el ejército combatiente.

Confraternización.

2) La peculiaridad del momento actual en Rusia es el *paso* de la primera etapa de la revolución, que ha dado el poder a la burguesía por carecer el proletariado del grado necesario de conciencia de clase y de organización, a *su segunda* etapa, que debe poner el poder en manos del proletariado y de los sectores pobres de los campesinos.

Este paso se caracteriza, por una parte, por un máximo de legalidad (Rusia es *actualmente*, de todos los países beligerantes, el más libre del mundo); por otra parte, por la ausencia de coacción sobre las masas y, finalmente, por la confianza irreflexiva de estas en el Gobierno de los capitalistas, los peores enemigos de la paz y del socialismo.

Esta situación peculiar exige de nosotros capacidad para adaptarnos a las condiciones *especiales* de trabajo del Partido entre las grandes masas del proletariado que acaban de elevarse a la vida política.

3) Ni el menor apoyo al Gobierno provisional; demostrar la falsedad absoluta de todas sus promesas, especialmente las que se refieren a la renuncia a las anexiones. Desenmascarar a *este* Gobierno, que es un Gobierno de capitalistas, en vez de "exigir" que *deje de ser* imperialista, cosa inadmisible y que no hace más que despertar ilusiones.

4) Reconocer que en la mayor parte de los *sóviets* de diputados obreros nuestro partido está en minoría y, por el momento, una minoría pequeña frente *al bloque* de todos los elementos pequeñoburgueses oportunistas, sometidos a la influencia de la burguesía y que llevan dicha influencia al proletariado, elementos que abarcan desde los socialistas populares y los socialrevolucionarios hasta el Comité de Organización (Chjeidze, Tsereteli, etc.), Steklov, etc., etcétera.

Explicar a las masas que los *sóviets* de diputados obreros son la *única* forma *posible* de Gobierno revolucionario, por cuya razón, mientras *este* Gobierno se someta a la influencia de la burguesía nuestra tarea es *explicar* de manera paciente, persistente y sistemática los errores de su táctica, dar una explicación adaptada especialmente a las necesidades prácticas de las masas.

Mientras estemos en minoría realizaremos la tarea de criticar y señalar los errores, propugnando, al mismo tiempo, la necesidad de que todo el poder del Estado pase a los *sóviets* de diputados obreros para que, sobre la base de la experiencia, las masas superen sus errores.

5) No una república parlamentaria —volver a ella desde los *sóviets* de diputados obreros sería un paso atrás—, sino una república de los *sóviets* de diputados obreros, peones rurales y campesinos, en todo el país, de abajo arriba.

Supresión de la Policía, del Ejército y de la burocracia³.

Los salarios de los funcionarios, todos los cuales son elegibles y revocables en cualquier momento, no deberán nunca exceder el salario medio de un obrero calificado.

³ Es decir, sustituir el Ejército regular por el armamento del pueblo.

6) En el programa agrario, trasladar toda la atención a los sóviets de diputados peones rurales.

7) Confiscación de todas las tierras de los terratenientes.

8) Nacionalización de *todas* las tierras del país, de las que dispondrán los sóviets locales de diputados peones rurales y campesinos. Creación de sóviets especiales de diputados campesinos pobres. Establecimiento en todas las grandes fincas (con una extensión de cien a trescientas desiatinas⁴, según el lugar y demás condiciones y conforme determinen los organismos locales) de haciendas modelo bajo el control de los sóviets de diputados peones rurales y por cuenta de la comunidad.

9) Fusión inmediata de todos los bancos del país en un banco nacional único, sometido al control de los sóviets de diputados obreros.

10) Nuestra tarea *inmediata* no es la "introducción" del socialismo, sino sólo poner enseguida la producción social y la distribución de productos bajo el control de los sóviets de diputados obreros.

11) Tareas del Partido:

a. Celebración inmediata de un congreso del Partido;

b. Modificación del programa del Partido, principalmente: 1) sobre el imperialismo y la guerra imperialista; 2) sobre la actitud hacia el Estado y nuestra reivindicación de un "Estado-comuna"⁵; 3) modificación del programa mínimo, que ha envejecido.

c. Cambiar el nombre del Partido⁶.

12) Renovar la Internacional.

13) Iniciativa para crear una Internacional revolucionaria, una Internacional contra los *socialdemócratas* y contra el "centro"⁷.

Para que el lector pueda darse cuenta de por qué he tenido que resaltar de manera especial, como una rara excepción, el "caso" de oponentes de buena fe lo invito a comparar las tesis antepuestas con la siguiente objeción formulada por el señor Goldenberg: Lenin —dice— "ha enarbolado la bandera de la guerra civil en el seno de la democracia revolucionaria". (Palabras citadas en *Tréboles* N.º 5 del señor Plejanov.)

Una perla, ¿no es verdad?

Escribo, anuncio y explico detalladamente: "Dada la indudable buena fe de *grandes* sectores de las masas que creen en el defensismo revolucionario [...]

⁴ Una desiatina equivale a 10,9 m² [NdE].

⁵ Es decir, de un Estado cuyo prototipo fue la Comuna de París.

⁶ En lugar de "socialdemocracia", cuyos dirigentes oficiales han traicionado al socialismo en el mundo *entero* y se han pasado a la burguesía (los "defensistas" y los vacilantes "kautskistas"), debemos llamarnos *Partido Comunista*.

⁷ Se llama "centro", en la socialdemocracia internacional, a la tendencia que oscila entre los chovinistas (= "defensistas") y los internacionalistas, es decir, Kautsky y Cía. en Alemania, Longuet y Cía. en Francia, Chjeidze y Cía. en Rusia, Turati y Cía. en Italia, MacDonald y Cía. en Inglaterra, etcétera.

dado que han sido engañadas por la burguesía, es preciso explicarles su error de un modo *particularmente* minucioso, *paciente* y *perseverante*...”

Y esos caballeros burgueses, que se llaman socialdemócratas y que *no* pertenecen ni a los *grandes* sectores ni a las *masas* que creen en el defensismo, tienen el descaro de reproducir e interpretar en los términos siguientes mis ideas: “Ha enarbolado (!) la bandera (!) de la guerra civil” (¡ni en las tesis ni en mi informe se habla para nada de la guerra civil!) “en el seno (!) de la democracia revolucionaria”.

¿Qué quiere decir eso? ¿En qué se distingue de la agitación pogromista de *Rusokaya Vólga*?

Escribo, anuncio y explico detalladamente: “Los sóviets de diputados obreros son la *única* forma *posible* de Gobierno revolucionario, por cuya razón nuestra tarea es *expliar* de manera paciente, persistente y sistemática los errores de su táctica, una explicación adaptada especialmente a las necesidades prácticas de las masas...”

Pero cierta clase de opositores presenta mis ideas como un llamamiento a la “guerra civil en el seno de la democracia revolucionaria”!

He atacado al Gobierno provisional por *no* haber señalado una fecha próxima, o fecha alguna, para la convocatoria a la Asamblea Constituyente, limitándose a simples promesas. Y he demostrado que *en* los sóviets de diputados obreros y soldados no está garantizada la convocatoria a la Asamblea Constituyente ni su éxito es posible.

¡¡Y se me imputa ser contrario a la convocatoria inmediata a la Asamblea Constituyente!!!

De buen grado calificaría todo eso de “delirio” si decenas de años de lucha política no me hubiesen enseñado a considerar como una rara excepción la buena fe en el contrincante.

El señor Plejanov dice en su periódico que mi discurso constituye un “delirio”. ¡Perfectamente, señor Plejanov! Pero ¡cuán torpe, cuán poco ágil y cuán poco perspicaz se nos revela usted en su polémica! Si me pasé dos horas enteras delirando, ¿por qué cientos de oyentes toleraron esos “delirios”? Más aún: ¿y para qué dedica usted en su periódico toda una columna a reseñar un “delirio”? ¡Esto no tiene ningún sentido, señor!

Naturalmente, es mucho más fácil gritar, injuriar y vociferar que procurar exponer, explicar, recordar *qué* dijeron Marx y Engels en 1871, en 1872 y en 1875 sobre las experiencias de la Comuna de París y sobre el *tipo* de Estado que el proletariado necesita. Por lo visto, al exmarxista señor Plejanov no le gusta recordar el marxismo.

Citaba yo las palabras de Rosa Luxemburg, que el 4 de agosto de 1914 calificó a la socialdemocracia *alemana* de “cadáver pestilente”. Y los señores Plejanov, Goldenberg y Cía. se sienten “ofendidos”. ¿En nombre de quién? ¡En nombre de los chovinistas *alemanes*, porque fueron llamados chovinistas!

Los pobres socialchovinistas rusos, socialistas de palabra y chovinistas de hecho, se han metido en un lío.

CARTAS SOBRE TÁCTICA¹

Prefacio

El 4 de abril de 1917 tuve oportunidad de hacer un informe sobre el tema indicado en el título, en primer lugar, en una reunión de bolcheviques en Petrogrado. Eran delegados a la Conferencia de los Sóviets de Diputados Obreros y Soldados de toda Rusia que tenían que regresar a sus lugares de origen y por consiguiente no podía postergar el informe. Después de la reunión, el presidente, camarada G. Zinoviev, me propuso, en nombre de toda la asamblea, que repitiese inmediatamente mi informe en una reunión conjunta de delegados bolcheviques y mencheviques que deseaban discutir el problema de la unificación del POSDR.

Aunque me resultaba difícil repetir inmediatamente mi informe, consideré que no tenía derecho a negarme, ya que me lo pedían *tanto mis compañeros de ideas* como los mencheviques, los que, a causa de su inminente partida, realmente no podían permitirme una postergación.

Al hacer mi informe, leí las tesis, que fueron publicadas en *Pravda* N.º 26, del 7 de abril de 1917².

Tanto las tesis como mi informe dieron lugar a diferencias de opinión entre los mismos bolcheviques y la redacción de *Pravda*³. Después de varias deliberaciones, por unanimidad llegamos a la conclusión de que sería conveniente discutir *abiertamente* nuestras diferencias, proporcionando así material para la Conferencia de toda Rusia de nuestro partido (el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, unido por el Comité Central), que ha de reunirse el 20 de abril de 1917 en Petrogrado.

En cumplimiento de esta resolución relativa a un debate, publico las siguientes *cartas* sin pretender haber hecho en ellas un estudio *exhaustivo* del problema, sino sólo esbozar los principales argumentos, de singular importancia para las tareas *prácticas* del movimiento obrero.

1 Escrito entre el 8 y el 13 (21 y 26) de abril de 1917. El folleto *Cartas sobre táctica*. Carta primera fue publicado en Petrogrado en 1917, en tres ediciones, por la editorial bolchevique Píblói. Las "tesis de abril" se reproducen como anexo en cada una de las ediciones [NdE].

2 Reproduzco, como apéndice a la presente carta, estas tesis junto con el breve comentario del mismo número de *Pravda*.

3 Lenin se refiere a las diferencias surgidas con el comité editor de *Pravda*, integrado por Muranov, Kamenev y Stalin desde marzo de 1917. Kamenev y Stalin planteaban: uno, el apoyo a la continuidad de la guerra o "defensismo revolucionario", y el otro, el apoyo crítico al Gobierno provisional [NdE].

Carta I

Valoración de la situación actual

El marxismo exige de nosotros un análisis estrictamente exacto y objetivamente verificable de las relaciones de clases y de los rasgos concretos propios de cada momento histórico. Nosotros, los bolcheviques, siempre nos hemos esforzado para ser fieles a esta regla, absolutamente indispensable para toda política científicamente fundamentada.

"Nuestra doctrina no es un dogma, sino una guía para la acción", decían siempre Marx y Engels, burlándose con razón de quienes aprendían de memoria y repetían "fórmulas" que, en el mejor de los casos, sólo pueden señalar tareas generales, necesariamente modificables por la situación económica y política *concreta* de cada *período* particular del proceso histórico.

¿Cuáles son, entonces, los *hechos* objetivos, exactamente establecidos, por los que debe guiarse ahora el partido del proletariado revolucionario al determinar las tareas y las formas de su acción?

Tanto en la primera de mis *Cartas desde lejos* ("La primera etapa de la primera revolución"), publicada en *Pravda*, números 14 y 15, del 21 y 22 de marzo de 1917, como en mis tesis defino "las características específicas de la situación actual en Rusia" como un período de *transición* de la primera etapa de la revolución a la segunda. Por lo tanto consideraba que la consigna fundamental, la "tarea del día" en *ese* momento era: "¡Obreros! Ustedes han hecho prodigios de heroísmo proletario y popular en la guerra civil contra el zarismo. Ustedes deben realizar prodigios de organización proletaria y popular para preparar la victoria en la segunda etapa de la revolución" (*Pravda* N.º 15).

¿Cuál es, entonces, la primera etapa?

Es el paso del poder a la burguesía.

Antes de la revolución de febrero-marzo de 1917 el poder en Rusia estaba en manos de una antigua clase: la nobleza feudal terrateniente encabezada por Nikolai Romanov.

Después de esta revolución el poder está en manos de una clase *diferente*, una clase nueva: la burguesía.

El paso del poder de manos de una *clase* a otra es la primera, principal y básica característica de una *revolución*, tanto en el sentido estrictamente científico como en el sentido político y práctico de la palabra.

Por consiguiente, la revolución burguesa o democraticoburguesa en Rusia se ha *consumado*.

Pero en este momento oímos un clamor de protesta de personas que gustan llamarse "viejos bolcheviques"⁴: ¿cómo no hemos sostenido siempre —dicen— que la revolución democraticoburguesa culmina sólo con la "dictadura democrática

⁴ Lenin llama de este modo a Kamenev, Rikor y Noguin. Reprochaban a Lenin haber adoptado la posición de "la revolución permanente", mientras ellos decían defender la posición sostenida por el bolchevismo desde 1905 [Nde].

revolucionaria del proletariado y el campesinado"? ¿caso la revolución agraria, que también es una revolución democráticoburguesa, se ha consumado?, ¿caso no es un hecho, por el contrario, que *ni siquiera* ha comenzado?

Mi respuesta es: las consignas y las ideas bolcheviques *en general* han sido confirmadas por la historia, pero *concretamente* las cosas sucedieron *de un modo distinto*; resultaron ser más originales, más peculiares, más variadas de lo que nadie podía haber esperado.

Ignorar o dejar a un lado este hecho equivaldría a parecerse a esos "viejos bolcheviques" que más de una vez desempeñaron tan lamentable papel en la historia de nuestro partido, repitiendo sin sentido fórmulas aprendidas de memoria en lugar de estudiar los rasgos específicos de la nueva situación, de la realidad viva.

"La dictadura democrática revolucionaria del proletariado y el campesinado" es ya una realidad⁵ en la revolución rusa, pues esta "fórmula" solamente contempla una relación de clase y no una institución política concreta que lleve a cabo esta correlación, esa colaboración. "El Sóviet de diputados obreros y soldados": ahí tienen ustedes hecha realidad "la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y el campesinado".

Esta fórmula ha envejecido. Los acontecimientos la han trasladado del reino de las fórmulas al reino de la realidad, la han dotado de carne y huesos, la han concretado y con ello han modificado.

Debemos hacer frente a una tarea nueva y diferente: producir una división dentro de esta dictadura entre los elementos proletarios (los elementos antidesfensistas, internacionalistas, "comunistas" que están por el paso a la comuna) y los elementos pequeñopropietarios y pequeñoburgueses (Chjeidze, Tsereteli, Steklov, los socialrevolucionarios y otros defensistas revolucionarios, que se oponen que se avance hacia la comuna, y son partidarios de que se apoye a la burguesía y al Gobierno burgués).

Quien en el momento actual sólo habla de la "dictadura democrática revolucionaria del proletariado y el campesinado" está atrasado, en consecuencia se ha pasado en realidad a la pequeñoburguesía y está en contra de la lucha de clases proletaria, por lo que debería ser relegado al archivo de las antigüedades "bolcheviques" prerrevolucionarias (se lo podría llamar archivo de "viejos bolcheviques").

La dictadura democrática revolucionaria del proletariado y el campesinado se ha realizado ya, pero en una forma en extremo original y con una serie de modificaciones de suma importancia. Me ocuparé de ellas por separado en una de mis próximas cartas. Por el momento, es necesario asimilar la verdad indiscutible de que un marxista debe tomar conocimiento de la vida real, de los hechos exactos de la realidad, y no aferrarse a una teoría de antaño, que, como todas las teorías, a lo sumo sólo esboza lo fundamental y lo general, sólo se aproxima a abarcar la vida en toda su complejidad.

⁵ En cierta forma y hasta cierto punto.

"La teoría, mi amigo, es gris, pero el árbol eterno de la vida es verde".

Tratar a la antigua el problema de la "consumación" de la revolución burguesa, es sacrificar el marxismo viviente a la letra muerta.

Según la forma de pensar antigua, la dominación de la burguesía podía y debía ser seguida por la dominación del proletariado y el campesinado, por su dictadura.

En la vida real, sin embargo, las cosas ya sucedieron de modo diferente; se produjo un entrelazamiento de lo uno con lo otro, en extremo original, nuevo, sin precedentes. Tenemos lado a lado coexistiendo simultáneamente, tanto la dominación de la burguesía (el Gobierno de Lvov y Guchkov) como una dictadura democrática revolucionaria del proletariado y el campesinado que voluntariamente cede el poder a la burguesía, que voluntariamente se convierte en apéndice de la burguesía.

Pues no debe olvidarse que en realidad en Petrogrado el poder está en manos de los obreros y los soldados; el nuevo Gobierno no ejerce ni puede ejercer violencia contra ellos, pues no existe policía, ni un ejército separado del pueblo, ni una burocracia todopoderosa por encima del pueblo. Esto es un hecho, la clase de hechos característicos de un Estado de tipo de la Comuna de París. Este hecho no se ajusta a los viejos esquemas. Hay que saber cómo adaptar los esquemas a los hechos, y no repetir palabras, que han perdido todo sentido sobre una "dictadura del proletariado y el campesinado" en general.

Enfoquemos el problema desde otro ángulo, para arrojar más luz sobre él.

El marxista no puede abandonar el análisis cuidadoso de las relaciones de clase. La burguesía está en el poder. Pero ¿caso la masa de campesinos no es también burguesía, solo de una capa social diferente, de otro género, de otro carácter? ¿De dónde se deduce que esta capa no puede llegar al poder "consumando" así la revolución democrático-burguesa? ¿Por qué ha de ser esto imposible?

Así razonan con frecuencia los viejos bolcheviques.

Mi respuesta es que es plenamente posible. Pero al valorar una situación dada el marxista debe partir, no de lo posible, sino de lo real.

Y la realidad nos muestra el hecho de que los diputados soldados y campesinos libremente elegidos se incorporan libremente al segundo Gobierno, al Gobierno paralelo, y libremente lo refuerzan, lo desarrollan y completan. Y con igual libertad entregan el poder a la burguesía, hecho que de ningún modo "contraviene" la teoría marxista, pues siempre hemos sabido y muchas veces hemos señalado que la burguesía se mantiene en el poder no sólo por la fuerza, sino también por la falta de conciencia y organización, por la rutina y el estado de opresión de las masas.

Ante esta realidad de hoy es simplemente ridículo volver la espalda a los hechos y hablar de las "posibilidades".

Es posible que el campesinado tome toda la tierra y todo el poder. Lejos de olvidar esta posibilidad, lejos de limitarme al momento actual, formulo en forma

clara y definida el programa agrario, teniendo en cuenta el fenómeno *meses*; es decir, la división cada vez más profunda entre los trabajadores rurales y los campesinos pobres, por una parte, y los campesinos propietarios, por la otra.

— Pero también hay otra posibilidad: es posible que los campesinos sigan el consejo del partido socialrevolucionario, partido pequeñoburgués sometido a la influencia de la burguesía, que ha adoptado una posición defensiva y que aconseja esperar hasta la Asamblea Constituyente, aunque hasta el momento ni siquiera se ha fijado la fecha de su convocatoria⁶.

— Es posible que los campesinos *mantengan* y prolonguen su pacto con la burguesía, pacto que han concertado ahora a través de los sóviets de diputados obreros y soldados, y no sólo formalmente, sino de hecho.

Muchas cosas son posibles. Sería un gran error olvidar el movimiento campesino y el programa agrario. Pero sería un error idéntico olvidar la *realidad*, que nos muestra el *hecho* de que existe un *acuerdo* o —para emplear una expresión más exacta, menos jurídica, pero que expresa mejor las relaciones económicas de clase— *colaboración de clase* entre la burguesía y el campesinado.

— Cuando este hecho deje de ser un hecho, cuando el campesinado se aparte de la burguesía, tome la tierra y el poder a pesar de la burguesía tendremos entonces una nueva etapa de la revolución democráticoburguesa y esto hay que tratarlo por separado.

— El marxista que, ante la posibilidad de esa etapa futura, llegara a olvidar su deber *en este momento*, en que el campesinado *está de acuerdo* con la burguesía, se convertiría en un pequeñoburgués. Porque, en la práctica, predicaría al proletariado *confianza* en la pequeñoburguesía ("esta pequeñoburguesía, este campesinado debe apartarse de la burguesía durante la revolución democráticoburguesa"). Ante la "posibilidad" de tan agradable y hermoso futuro, en que el campesinado *dejaría* de marchar a la zaga de la burguesía, en que los socialrevolucionarios, los Chjeidze, Tsereteli y Steklov dejarían de ser un apéndice del Gobierno burgués; ante la "posibilidad" de tan agradable futuro ese marxista olvidaría el *desagradable presente*, en que el campesinado aún marcha a la zaga de la burguesía; en que los socialrevolucionarios y los socialdemócratas aún no han abandonado su papel de apéndices del Gobierno burgués como la oposición de "Su Majestad", Lvov.

— Esta hipotética persona se parecería a un Louis Blanc dulzón, a un kautskista alimbarado, pero de ningún modo a un marxista revolucionario.

⁶ Para que mis palabras no sean malinterpretadas, diré enseguida que estoy categóricamente a favor de que los *siervos* de trabajadores rurales y campesinos se apoderen *en el acto* de toda la tierra; pero *ellos mismos* deberán observar el más estricto orden y disciplina, no permitir el menor daño de las máquinas, las construcciones o el ganado y en ningún caso desorganizar la agricultura y la producción de cereales, sino más bien *desarrollarla*, porque los soldados necesitan el *doble* de pan y el pueblo no debe pasar hambre.

⁷ Milúkov en 1909 había expresado: "... mientras exista en Rusia una cámara legislativa que controle el presupuesto, la oposición rusa seguirá siendo una oposición de Su Majestad y no una oposición a Su Majestad" [NIE].

Pero ¿no corremos el peligro de caer en el subjetivismo, de querer llegar a la revolución socialista “saltando” por encima de la revolución democráticoburguesa, que aún no se ha consumado y aún no ha agotado al movimiento campesino?

Yo podría correr ese peligro si hubiese dicho: “Sin zar, con un Gobierno obrero”. Pero yo *no* he dicho tal cosa, sino algo diferente. Yo he dicho que en Rusia *no puede haber* otro Gobierno (salvo un Gobierno burgués) *fuera* del de los sóviets de diputados obreros, trabajadores rurales, soldados y campesinos. Yo he dicho que hoy el poder en Rusia puede pasar de Guchkov y Lvov *solo* a estos sóviets; y en estos sóviets sucede que son los campesinos, los soldados, es decir, la pequeñoburguesía, quienes predominan, para emplear un término científico, marxista y hacer una caracterización de clase y no una caracterización vulgar, común, profesional.

En mis tesis me he asegurado categóricamente contra todo salto por encima del movimiento campesino, que no ha culminado, o del movimiento pequeñoburgués en general, contra todo *juego* a la “toma del poder” por un Gobierno obrero, contra todo tipo de aventurerismo blanquista, pues me he referido terminantemente a la experiencia de la Comuna de París. Y esa experiencia, como lo sabemos, y como lo demostraron ampliamente Marx, en 1871, y Engels, en 1891, excluye absolutamente el blanquismo y asegura absolutamente la dominación directa, inmediata e incuestionable de la *mayoría* y la actividad de las masas sólo en la medida en que la propia mayoría actúe *conscientemente*.

En las tesis reduje el problema, en forma muy definida, al de *la lucha por lograr influencia dentro de los sóviets* de diputados obreros, trabajadores rurales, campesinos y soldados. Para no dejar ni sombra de duda al respecto, subrayé *dos veces* en las tesis la necesidad de un paciente y persistente trabajo de “explicación” “adaptado a las necesidades *prácticas* de las masas”.

Los ignorantes o los renegados del marxismo, como el señor Plejanov, pueden exclamar que esto es anarquismo, blanquismo, etc. Pero quienes deseen pensar y aprender no podrán dejar de comprender que blanquismo significa la toma del poder por una minoría, mientras que los sóviets son *reconocidamente* una organización directa e inmediata de la *mayoría* del pueblo. El trabajo limitado a la lucha por lograr influencia *dentro* de esos sóviets no puede, sencillamente *no puede*, ir a parar al pantano del blanquismo. Tampoco puede ir a parar al pantano del anarquismo, porque este niega *la necesidad de un Estado y del poder político* en el período de *transición* de la dominación de la burguesía a la dominación del proletariado. Mientras que yo, con una precisión que excluye toda posibilidad de malentendido, *defiendo* la necesidad del Estado en este período, aunque, de conformidad con Marx y con las lecciones de la Comuna de París, *defiendo*, no al Estado parlamentario burgués corriente, sino un Estado

⁸ Esta fue la consigna planteada por Parvus en la revolución de 1905. Ver a este respecto “¿Qué se logró el 9 de enero?” y “Nuestras tareas” en *Witnesses to Permanent Revolution: The Documentary Record*, D. Gaido y R. Day (comp.), Leiden, Brill, 2009 [Nde].

sin Ejército regular, *sin* una Policía enfrentada con el pueblo, *sin* una burocracia ubicada por encima del pueblo.

— Cuando el señor Plejanov grita a voz en cuello en su periódico *Kadavto* que esto es anarquismo no hace sino dar una prueba más de su ruptura con el marxismo. Al ser desafiado por mí en *Pravda* (N.º 26), pidiéndole que explicara lo que Marx y Engels enseñaron sobre la materia en 1871, 1872 y 1875, el señor Plejanov sólo puede guardar silencio sobre el problema en discusión y proferir insultos al estilo de la burguesía exasperada.

— El señor Plejanov, el exmarxista, no ha comprendido *en absoluto* la teoría marxista del Estado. Por otra parte, los gérmenes de esta incomprensión pueden también hallarse en su folleto alemán sobre el anarquismo⁹.

— Veamos ahora cómo formula el camarada Kamenev, en *Pravda* N.º 27, sus "discrepancias" con mis tesis y con los conceptos antes expuestos. Esto nos ayudará a comprenderlos con mayor claridad.

— Por lo que se refiere al esquema general del camarada Lenin —escribe el camarada Kamenev—, nos parece inaceptable por cuanto parte de la suposición de que la revolución democraticoburguesa se ha *consumado* y confía en la inmediata transformación de esa revolución en una revolución socialista...

— Aquí hay dos grandes errores.

— Primero. El problema de si esta "consumada" la revolución democraticoburguesa está enunciado erróneamente. El problema está planteado de un modo abstracto, simple y, por así decirlo, de un solo color, que no corresponde a la realidad objetiva. Plantear *así* el problema, preguntar *ahora* si "se ha consumado la revolución democraticoburguesa" y no decir *nada más* es impedirse a sí mismo ver la realidad en extremo compleja que, por lo menos, es de dos colores. Esto es en teoría. En la práctica, significa entregarse, impotente, al *revolucionarismo pequeñoburgués*.

— En efecto, la realidad nos muestra *tanto* el paso del poder a manos de la burguesía (una revolución democraticoburguesa "consumada" del tipo corriente) *como* la existencia, junto al Gobierno legítimo, de un Gobierno paralelo, que representa la "dictadura democrática revolucionaria del proletariado y el campesinado". Este "segundo Gobierno" ha cedido *el mismo* el poder a la burguesía, *el mismo* se ha encadenado al Gobierno burgués.

— ¿Da cuenta de esta realidad la fórmula del camarada Kamenev, inspirada en el "viejo bolchevismo", que dice: "la revolución democraticoburguesa no se ha consumado"?

⁹ Se refiere a un trabajo Plejanov publicado por primera vez en Berlín en alemán en el año 1894 (*Anarquismo y socialismo*, Bs. As., Ed. Sudamericana, s/f) [NdE].

No; la fórmula es anticuada. No sirve para nada. Es una fórmula muerta. Y es inútil tratar de resucitarla.

Segundo. Una cuestión práctica. ¿Quién sabe si es ahora posible que surja en Rusia una "dictadura democrática revolucionaria del proletariado y el campesinado" *especial, separada*, del Gobierno burgués? La táctica marxista no puede basarse sobre lo desconocido.

Pero si esto puede aún producirse, entonces hay sólo un camino hacia ello: que los elementos proletarios comunistas se separen inmediata, resuelta e irrevocablemente de los elementos pequeñoburgueses.

¿Por qué?

Porque no es por casualidad, sino por necesidad, que la pequeñoburguesía entera se ha volcado al chovinismo (= defensismo), al "apoyo" a la burguesía, a la dependencia de esta, al "temor" de quedarse sin ella, etc., etcétera.

¿Cómo se puede "empujar" a la pequeñoburguesía hacia el poder, incluso si ahora que puede tomar el poder *no quiere* hacerlo?

Esto sólo puede lograrse mediante la constitución de un partido proletario, comunista, separando de ella; librando una lucha de clase proletaria *libre* de la timidez de esos pequeñoburgueses. Sólo la unión de los proletarios, libres en los hechos –y no sólo de palabra– de la influencia de la pequeñoburguesía, puede hacer arder con tanta fuerza el piso bajo los pies de la pequeñoburguesía que esta, en determinadas condiciones, *se verá obligada* a tomar el poder. Incluso está dentro de los límites de las posibilidades que Guchkov y Miliukov estén –en determinadas circunstancias, repito– en favor de entregar el poder total y único a Chjeidze, Tsereteli, los socialrevolucionarios y Steklov, puesto que a fin de cuentas estos son *"defensistas"*.

Separar ahora mismo, inmediata e irrevocablemente, a los elementos proletarios que están en los sóviets (es decir, al partido proletario, comunista) de los elementos pequeñoburgueses es expresar acertadamente los intereses del movimiento en *cualquiera* de los dos casos posibles: en el caso de que en Rusia se produzca una "dictadura del proletariado y el campesinado", particular, independiente de la burguesía, y en el caso de que la pequeñoburguesía no consiga separarse de la burguesía y vacile eternamente (es decir, hasta que se establezca el socialismo) entre nosotros y ella.

Guiarse en la propia actividad sólo por la simple fórmula "la revolución democraticoburguesa no se ha consumado", es lo mismo que encargarse de garantizar que la pequeñoburguesía es capaz indiscutiblemente de independizarse de la burguesía. De la misma manera, en el momento actual, de entregarse a merced de la pequeñoburguesía. Por otra parte, a propósito de la "fórmula" de la dictadura del proletariado y el campesinado, es conveniente recordar que en *Dos tácticas* (julio de 1905) yo subrayaba especialmente (página 435, *En dos años*):

La dictadura democrática revolucionaria del proletariado y del campesinado tiene, como todo en el mundo, su pasado y su porvenir. Son su pasado la autocracia, el régimen feudal, la monarquía, los privilegios [...]. Son su porvenir

la lucha contra la propiedad privada, la lucha del obrero asalariado contra el patrón, la lucha por el socialismo...¹⁰

El error del camarada Kamenev consiste en que incluso en 1917 ve sólo el *pasado* de la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y el campesinado. En realidad su *futuro* ha comenzado ya, pues *en la práctica* los intereses y la política del obrero y del pequeño propietario ya se han diferenciado, incluso en un problema tan importante como el del "defensismo", el de la actitud hacia la guerra imperialista.

Aquí llegamos al segundo error en el juicio del camarada Kamenev citado previamente. Me critica diciendo que mi esquema "confía" en la "inmediata transformación de esta revolución (democraticoburguesa) en una revolución socialista".

Esto no es correcto. Yo no sólo no "confío" en la "inmediata transformación" de nuestra revolución en una revolución socialista, sino que en realidad prevengo contra ello cuando en la tesis número ocho declaro: "Nuestra tarea inmediata no es la 'introducción' del socialismo..."

¿No está claro que ninguna persona que confíe en la inmediata transformación de nuestra revolución en socialista puede oponerse a la inmediata tarea de introducir el socialismo?

Más aún, incluso un "Estado-comuna" (es decir, un Estado organizado según el tipo de la Comuna de París) *no se puede* implantar "inmediatamente" en Rusia, porque para ello sería necesario que la *mayoría* de los diputados en todos los sóviets (o en la mayor parte de ellos) reconociese claramente lo erróneas y perjudiciales que son la táctica y la política de los socialrevolucionarios, Chjeidze, Tsereteli, Steklov, etc. En cuanto a mí, he declarado en forma inequívoca que en este aspecto sólo "confío" en una "paciente" explicación (*ése debe ser paciente para producir un cambio que puede lograrse "inmediatamente"?*).

El camarada Kamenev se ha excedido un tanto en su "impaciencia" y ha repetido el prejuicio burgués que achaca a la Comuna de París el haber querido implantar el socialismo "inmediatamente". No es así. La Comuna, por desgracia, se demoró demasiado en implantar el socialismo. La verdadera esencia de la Comuna no está donde la suelen buscar los burgueses, sino en la creación de un tipo especial de *Estado*. ¡Y ese Estado *ya* ha surgido en Rusia: son los sóviets de diputados obreros y soldados!

El camarada Kamenev no ha meditado en el *hecho* de la *existencia* de los sóviets, su significado y su identidad, en lo que se refiere a su tipo y su carácter político y social, con el Estado de la Comuna, y en lugar de estudiar el *hecho* se ha puesto a hablar de algo en lo que se supone yo "confío" para un futuro "inmediato". Por desgracia, el resultado es una repetición de los métodos empleados por muchos burgueses: de la cuestión de *qué* son los sóviets, de si son

¹⁰ Ver *Das istósia...*, p. 269 del Tomo uno de la presente edición [Ndl].

de un tipo *superior* al de la república parlamentaria, de si son *más benéficos* para el pueblo, *más democráticos*, *más convenientes* para luchar, por ejemplo, contra la escasez de cereales, etc.; de esta cuestión real, urgente, vital se desvía la atención hacia la cuestión vacía, pseudocientífica, pero en realidad superficial, académicamente muerta, de "confiar en una transformación inmediata".

Una cuestión vana, falsamente planteada. Yo *sólo* "confío" en esto, *exclusivamente* en esto: en que los obreros, soldados y campesinos resolverán mejor que los funcionarios, mejor que la policía, los difíciles problemas *prácticos* del aumento de la producción de cereales, de su mejor distribución, de un mejor abastecimiento de los soldados, etc., etcétera.

Estoy profundamente convencido de que los sóviets convertirán en una realidad, más de prisa y con mayor eficacia que la república parlamentaria, la actividad independiente de las *masas populares* (en otra parte haré una comparación más detallada de ambos tipos de Estado). Los sóviets resolverán con mayor eficacia, con mayor sentido práctico y más correctamente *qué pasos* pueden darse hacia el socialismo y cómo deben darse esos pasos. El control de un banco, la fusión de todos los bancos en uno no es aún socialismo, pero es *un paso hacia* el socialismo. Estos pasos los están dando hoy en Alemania los *junkers* y la burguesía contra el pueblo. Mañana el sóviet, si tiene en sus manos todo el poder, estará en condiciones de dar estos pasos con mayor eficacia en beneficio del pueblo.

¿Qué obliga a tales pasos?

El hambre. La desorganización de la economía. La ruina inminente. Los horrores de la guerra. Los horrores de las heridas infligidas por la guerra a la humanidad.

El camarada Kamenev termina su artículo con la observación de que:

confía, en una amplia discusión, defender su punto de vista, el único posible para la socialdemocracia revolucionaria si es que esta quiere seguir siendo hasta el fin, y debe seguir siéndolo, el partido de las masas revolucionarias del proletariado y no convertirse en un grupo de propagandistas comunistas.

Me parece que estas palabras revelan una apreciación completamente equivocada de la situación. El camarada Kamenev contraponen al "partido de masas" un "grupo de propagandistas". Pero las "masas" han sucumbido hoy a la locura del defensismo "revolucionario". ¿No es más correcto que los internacionalistas en este momento demuestren que ellos pueden resistir la embriaguez "masiva" que el "querer permanecer" con las masas, es decir, sucumbir a la epidemia general? ¿Acaso no hemos visto cómo, en todos los países beligerantes de Europa, los chovinistas han tratado de justificarse aduciendo que deseaban "permanecer con las masas"? ¿Acaso no debemos saber estar en minoría durante cierto tiempo contra la embriaguez "masiva"? ¿No es acaso, en este momento, el trabajo de los propagandistas lo que constituye la clave

para *desembarazar* la línea proletaria de la embriaguez "masiva" defensista y pequeñoburguesa? Una de las causas de esta epidemia defensista es precisamente que las masas, proletarias y no proletarias, han hecho un bloque sin tener en cuenta las diferencias de clase que existen dentro de las masas. No parece muy apropiado hablar despectivamente de "grupo de propagandistas" que abogan por una línea *proletaria*.

EL DOBLE PODER¹

El problema fundamental de toda revolución es el del poder del Estado. Si no se comprende este problema no puede haber participación consciente en la revolución, por no hablar de la orientación de la revolución.

El rasgo más notable de nuestra revolución es que ha dado origen a un *doble poder*. Primero y antes que nada hay que entender este hecho, pues si no se lo comprende no será posible avanzar. Debemos saber cómo completar y corregir viejas "fórmulas", por ejemplo, las del bolchevismo, pues si bien demostraron ser correctas en general, su realización concreta *resultó ser* diferente. *Nadie* pensó previamente ni podía pensar en un doble poder.

¿Qué es este doble poder? Junto al Gobierno provisional, el Gobierno *de la burguesía*, ha surgido otro Gobierno, débil e incipiente todavía, pero sin duda un Gobierno que existe realmente y se desarrolla: los *sóviets* de diputados obreros y soldados.

¿Cuál es la composición de clase de este segundo Gobierno? Consiste en el proletariado y los campesinos (con uniformes de soldado). ¿Cuál es el carácter político de este Gobierno? Es una dictadura revolucionaria, es decir, un poder que se apoya directamente en un golpe revolucionario, en la iniciativa directa del pueblo desde abajo y *no en una ley* promulgada por un poder estatal centralizado. Es un poder completamente diferente del que existe en general en las repúblicas parlamentarias democraticoburguesas, de tipo corriente aún prevaleciente en los países avanzados de Europa y Norteamérica. Muy a menudo se pasa por alto esta circunstancia, no se medita suficientemente en ella, aunque constituye la esencia del problema. *Este poder es del mismo tipo* que el de la Comuna de París de 1871. Las características fundamentales de este tipo de poder son: (1) la fuente del poder no es una ley previamente discutida y promulgada por el parlamento, sino la iniciativa directa de las masas populares, local, desde abajo; "golpe de fuerza" directo, para emplear una expresión corriente; (2) el reemplazo de la Policía y del Ejército, que son instituciones divorciadas del pueblo y opuestas a él, por el armamento directo de todo el pueblo; el orden en un Estado bajo un poder semejante lo mantienen los *propios* obreros y campesinos armados, el *propio* pueblo armado; (3) los funcionarios públicos, la burocracia, son igualmente reemplazados por el Gobierno directo del propio pueblo o, por lo menos, colocados bajo control especial; no sólo se transforman en funcionarios públicos electivos, sino que pueden ser *destituidos* ante el primer reclamo

¹ Publicado en *Pravda* N.º. 28, 9 de abril de 1917.

del pueblo; quedan reducidos a la posición de simples empleados; de grupo privilegiado que detentaba "cargos" altamente remunerados, según la escala burguesa, se transforman en trabajadores de una "especialidad" particular, cuya remuneración *no excede* el salario corriente de un obrero calificado.

En esto y sólo en esto radica la *esencia* de la Comuna de París como tipo específico de Estado. Esta esencia ha sido olvidada o desnaturalizada por los señores Plejanov (chovinistas declarados que traicionaron al marxismo), los Kautsky (los "centristas", es decir, los que oscilan entre el chovinismo y el marxismo) y en general por todos los socialdemócratas, socialrevolucionarios, etc., que dominan por estos días.

Tratan de escabullirse con frases vacías, evasivas y subterfugios; se felicitan mutuamente una y mil veces por la revolución, pero se niegan a *considerar qué son* los sóviets de diputados obreros y soldados. Se niegan a reconocer la verdad evidente de que en tanto esos sóviets existen, *en tanto* son un poder, tenemos en Rusia un Estado *del tipo* de la Comuna de París.

Subrayo las palabras "en tanto" porque sólo se trata de un poder incipiente. Al pactar directamente con el Gobierno provisional burgués y al hacer una serie de concesiones de hecho, *ha entregado y continua entregando* sus posiciones a la burguesía.

¿Por qué? ¿Acaso porque Chjeidze, Tsereteli, Steklov y Cía. están cometiendo un "error"? Absurdo. Sólo un filisteo puede pensar así, no un marxista. La razón reside en la *insuficiente conciencia de clase* y la insuficiente organización de los proletarios y los campesinos. El "error" de los dirigentes que he mencionado reside en su posición pequeñoburguesa, en que confunden la conciencia de los obreros en lugar de esclarecerla; en que propagan las ilusiones pequeñoburguesas en lugar de refutarlas; en que refuerzan la influencia de la burguesía sobre las masas, en lugar de sustraerlas de esta influencia.

Con lo dicho debería quedar claro por qué también nuestros camaradas cometen tantos errores cuando formulan "simplemente" la pregunta: ¿hay que derrocar inmediatamente al Gobierno provisional?

Mi respuesta es: (1) hay que derrocarlo, pues es un Gobierno oligárquico, burgués, y no popular; y *no puede* dar paz, pan o plena libertad; (2) no puede ser derrocado inmediatamente, pues se mantiene en el poder gracias a un *pacto* directo e indirecto, formal y de hecho, con los sóviets de diputados obreros, y en primer lugar con el sóviet principal, el Sóviet de Petrogrado; (3) y en general no puede ser "derrocado" por la vía habitual, pues descansa en el *"apoyo"* que brinda a la burguesía el *segundo* Gobierno, el sóviet de diputados obreros, y este segundo Gobierno es el único Gobierno revolucionario posible, el único en expresar directamente la conciencia y la voluntad de la mayoría de los obreros y campesinos. Hasta ahora la humanidad no ha creado y hasta ahora nosotros no conocemos un tipo de Gobierno superior ni preferible que los sóviets de diputados obreros, trabajadores rurales, campesinos y soldados.

Para convertirse en poder, los obreros con conciencia de clase tienen que atraer a su lado a la mayoría. Mientras no se ejerza violencia contra el pueblo, no hay otro camino hacia el poder. Nosotros no somos blanquistas, no somos partidarios de la toma del poder por una minoría. Somos marxistas, somos partidarios de la lucha de clase proletaria contra la embriaguez pequeñoburguesa, contra el defensismo chovinista, contra la fraseología y la subordinación a la burguesía.

Fundemos un partido comunista proletario; sus fundamentos ya han sido creados por los mejores militantes del bolchevismo; reunamos nuestras fuerzas para una acción proletaria y veremos cómo se unen a nosotros masas cada vez mayores de proletarios y de los campesinos *más pobres*. Pues la *experiencia* *nón* se encargará de destruir día a día las ilusiones pequeñoburguesas de esos "socialdemócratas", los Chjeidze, Tsereteli, Steklov y otros, los "socialrevolucionarios", los pequeñoburgueses de la más pura cepa, etc., etcétera.

La burguesía es partidaria del poder exclusivo de la burguesía.

Los obreros con conciencia de clase son partidarios del poder exclusivo de los sóviets de diputados obreros, trabajadores rurales, campesinos y soldados, del poder exclusivo que se alcanzará, no mediante acciones aventureras, sino *enluciendo* la conciencia del proletariado, *emancipándolo* de la influencia de la burguesía.

La pequeñoburguesía —los "socialdemócratas", los socialrevolucionarios, etc., etc.— vacila y por ello *autoriza* esta labor de esclarecimiento y emancipación.

Tal es la verdadera relación de fuerzas entre las clases. Esto es lo que determina nuestras tareas.

LAS TAREAS DEL PROLETARIADO EN NUESTRA REVOLUCIÓN

(Proyecto de plataforma del partido proletario)¹

El momento histórico por el que Rusia atraviesa se caracteriza por los siguientes rasgos fundamentales:

— **Carácter de clase de la revolución que ha tenido lugar**

El antiguo poder zarista, que sólo representaba a un puñado de terratenientes feudales que dirigían toda la maquinaria del Estado (el Ejército, la Policía y la burocracia), ha sido derrocado y destituido, pero no ha sido completamente destruido. La monarquía no ha sido formalmente abolida; la banda de los Romanov continúa incubando intrigas monárquicas. Los inmensos latifundios de los señores feudales no han sido eliminados.

2

El poder en Rusia ha pasado a manos de una nueva *clase*: la burguesía y los terratenientes que se han convertido en burgueses. *En ese sentido*, la revolución democraticoburguesa en Rusia ha culminado.

Una vez en el poder, la burguesía formó un bloque (una alianza) con los monárquicos declarados, famosos por su apoyo excepcionalmente fervoroso a Nikolai el Sanguinario y a Stolipin el Verdugo en 1906-1914 (Guchkov y otros políticos que están a la derecha de los kadetes). El nuevo Gobierno burgués de Lvov y Cia. ha intentado negociar y ha comenzado a negociar con los Romanov la restauración de la monarquía en Rusia. Detrás de una pantalla de frases revolucionarias, este Gobierno designa en puestos clave a partidarios del antiguo régimen. Se esfuerza por reformar al mínimo todo el aparato del Estado (el Ejército, la Policía y la burocracia) y lo ha entregado a la burguesía. El nuevo

¹ Escrito el 10 (23) de abril de 1917; el epílogo, el 28 de mayo (10 de junio) de 1917. Publicado como folleto por primera vez en septiembre de 1917 en Petrogrado por la editorial Priboi.

Gobierno ha empezado ya a poner toda suerte de obstáculos a la iniciativa revolucionaria de la acción de masas y a la toma del poder por el pueblo *desde abajo*, única garantía del verdadero éxito de la revolución.

Hasta hoy, este Gobierno ni siquiera ha fijado fecha para la convocatoria de la Asamblea Constituyente. No pone ni un dedo en los latifundios, que son la base material del zarismo feudal. Este Gobierno ni siquiera contempla la posibilidad de investigar y hacer públicas las actividades de las organizaciones financieras, monopolistas, de los grandes bancos, de las corporaciones y los cárteles de los capitalistas, etc., o de controlarlas.

Las posiciones clave, los cargos ministeriales decisivos en el nuevo Gobierno (el Ministerio del Interior y el Ministerio de Guerra, es decir, el Gobierno del Ejército, de la Policía, de la burocracia, de todo el aparato de opresión sobre las masas) se hallan en manos de reconocidos monárquicos y partidarios de la gran propiedad terrateniente. A los kadetes, esos antiguos republicanos, republicanos contra su voluntad, se les ha asignado cargos de menor importancia, que no guardan relación directa ni con el Gobierno ejercido sobre el pueblo ni con el aparato del poder. A Kerensky, un *trudovique* y "seudosocialista", no tiene función alguna, excepto adormecer con frases sonoras la vigilancia y la atención del pueblo.

Por todas estas razones, el nuevo Gobierno burgués no merece, ni siquiera en el ámbito de la política interior, la confianza del proletariado, y es inadmisibles que el proletariado le preste el menor apoyo.

La política exterior del nuevo Gobierno

3

En el terreno de la política exterior, que las circunstancias objetivas han puesto hoy en primer plano, el nuevo Gobierno es un Gobierno que está por la continuación de la guerra imperialista, guerra que se hace en alianza con las potencias imperialistas, con Inglaterra, Francia, etc., por el reparto del botín capitalista y el sometimiento de naciones pequeñas y débiles.

Subordinado a los intereses del capitalismo ruso y a los de su poderoso amo y protector, el capital imperialista anglo-francés, el más rico del mundo, el nuevo Gobierno, a pesar de los deseos manifestados en forma decidida por el Sóviet de Diputados Soldados y Obreros en nombre de la innegable mayoría de los pueblos de Rusia, no ha dado ningún paso efectivo para poner fin a la matanza de pueblos en aras de los intereses de los capitalistas. Ni siquiera ha hecho públicos los tratados secretos, de carácter manifestamente rapaz (para el reparto de Persia, el saqueo de China, el saqueo de Turquía, el reparto de Austria, la anexión de la Prusia Oriental, la anexión de las colonias alemanas, etc.) que, como todo el mundo sabe, atan a Rusia al rapaz capital imperialista anglo-francés. Ha *ratificado* esos tratados concluidos por el zarismo, que durante

siglos saqueó y oprimió a más naciones que todos los demás déspotas y tiranos; y que no sólo oprimió al pueblo gran ruso, sino que lo deshonoró y corrompió al convertirlo en verdugo de otros pueblos.

El nuevo Gobierno ha ratificado esos tratados vergonzosos y rapaces y, a pesar del reclamo de la mayoría de los pueblos de Rusia, expresado claramente a través de los sóviets de diputados obreros y soldados, no ha propuesto un armisticio inmediato a todas las naciones beligerantes. Ha eludido el problema con declaraciones y frases solemnes, sonoras y pomposas, pero completamente vacías, que, en boca de los diplomáticos burgueses, siempre han servido y aún sirven para engañar a las masas confiadas e ingenuas del pueblo oprimido.

4

Por consiguiente, el nuevo Gobierno no sólo no merece la más mínima confianza en el terreno de la política exterior, sino que el seguir exigiéndole que proclame el deseo de paz de los pueblos de Rusia, que renuncie a las anexiones, etc., etc., no es, en la práctica, más que engañar al pueblo, alentarle con falsas esperanzas y retrasar el esclarecimiento de su conciencia. Es hacerle aceptar indirectamente la continuación de una guerra cuyo verdadero carácter social está determinado, no por piadosos deseos, sino por el carácter de clase del Gobierno que hace la guerra, por las vinculaciones entre la clase representada por ese Gobierno y el capital financiero imperialista de Rusia, Inglaterra, Francia, etc., *por la política real y verdadera que sigue esa clase.*

El carácter original del doble poder y su significación de clase

5

El rasgo esencial de nuestra revolución, el rasgo que requiere más imperiosamente una profunda consideración, es el *doble poder*, que surge ya en los primeros días posteriores al triunfo de la revolución.

Este doble poder se manifiesta en la existencia de *dos* Gobiernos: uno es el Gobierno principal, el verdadero, el real Gobierno de la burguesía, el "Gobierno provisional" de Lvov y Cia., que tiene en sus manos todos los resortes del poder; el otro es un Gobierno suplementario y paralelo, un Gobierno de "control" encarnado por el Sóviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado, que no tiene en sus manos ningún resorte del poder, pero que descansa directamente en el apoyo de la mayoría indiscutible y absoluta del pueblo, en los obreros y soldados armados.

El origen de clase y la significación de clase de este doble poder son los siguientes: la revolución rusa de marzo de 1917 no sólo arrolló toda la monarquía

zarista, no sólo entregó el poder íntegro a la burguesía, sino que *se acercó mucho* a la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y del campesinado. El Sóviet de Petrogrado y los demás, los locales, representan precisamente esa dictadura (es decir, un poder que no se apoya en la ley, sino directamente en la fuerza de las masas armadas de la población), una dictadura precisamente de las clases antes mencionadas.

6

El segundo rasgo sumamente importante de la revolución rusa consiste en el hecho de que el Sóviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado, que, como está demostrado, goza de la confianza de la mayoría de los sóviets locales, entrega *voluntariamente* el poder a la burguesía y a su Gobierno provisional, le *cede* voluntariamente la supremacía, habiendo llegado al acuerdo de apoyarlo, y limita su propio papel al de un observador, un supervisor de la convocatoria a la Asamblea Constituyente (cuya fecha el Gobierno provisional ni siquiera ha anunciado todavía).

Este rasgo extraordinario, sin precedente en la historia, ha conducido al *entrelazamiento de dos* dictaduras: la dictadura de la burguesía (pues el Gobierno de Lvov y Cia. es una dictadura, es decir, un poder basado, no en la ley, no en la voluntad previamente expresada del pueblo, sino en la toma del poder por la fuerza, realizada por una clase determinada: la burguesía) y la dictadura del proletariado y del campesinado (el Sóviet de Diputados Obreros y Soldados).

No cabe la menor duda de que tal "entrelazamiento" *no puede durar mucho*. En un mismo Estado *no pueden existir dos poderes*. Uno de ellos está destinado a desaparecer, y toda la burguesía rusa está ya, en todas partes, haciendo todos los esfuerzos posibles por eliminar y debilitar a los sóviets, por reducirlos a la nada y por establecer el poder exclusivo de la burguesía.

El doble poder expresa simplemente una fase transitoria en el desarrollo de la revolución, cuando esta ha llegado más allá de una revolución democrático-burguesa corriente, *pero no ha llegado todavía* a una dictadura "pura" del proletariado y el campesinado.

La significación de clase (y la explicación de clase) de esta situación transitoria e inestable es la siguiente: nuestra revolución, como todas las revoluciones, exigió del pueblo el mayor heroísmo y abnegación en la lucha contra el zarismo; también *incorporó al movimiento*, inmediatamente, a un número incalculable de pequeñoburgueses.

Desde el punto de vista de la ciencia y la política práctica, uno de los principales síntomas de *toda* verdadera revolución es el aumento extraordinariamente rápido, brusco y repentino del número de "ciudadanos corrientes" que comienzan a participar activa, independiente y eficazmente en la vida política y en la *organización del Estado*.

Así ocurre en Rusia. Rusia está hoy en efervescencia. Millones y millones de personas, que durante diez años estuvieron políticamente atargadas y políticamente aplastadas por la opresión espantosa del zarismo y por el trabajo inhumano al servicio de los terratenientes y los capitalistas, *han despertado y están moviéndose* por la política. ¿Y quiénes son esos millones y millones de personas? Son, en su mayoría, pequeños propietarios, pequeñoburgueses, gente que ocupa un lugar intermedio entre los capitalistas y los trabajadores asalariados. Rusia es el más pequeñoburgués de todos los países europeos.

Una gigantesca ola pequeñoburguesa lo ha inundado todo y ha arrollado al proletariado con conciencia de clase, no sólo por la fuerza del número, sino también ideológicamente, es decir, ha contagiado a amplios sectores obreros y les ha infundido sus concepciones políticas pequeñoburguesas.

En la vida real, la pequeñoburguesía depende de la burguesía; porque su vida es la de un patrón y no la de un proletario (desde el punto de vista del *lugar* que ocupa en la *producción* social) y en su forma de pensar sigue a la burguesía.

Una confianza ciega respecto a los capitalistas, los peores enemigos de la paz y el socialismo, caracteriza la política de las *masas* en Rusia en el momento actual; ese es el fruto que ha *crecido* con rapidez revolucionaria en el terreno económico y social del más pequeñoburgués de todos los países europeos. Esta es la base de clase para el "acuerdo" entre el Gobierno provisional y el Sóviet de Diputados Obreros y Soldados (subrayo que no me refiero tanto al acuerdo formal como al apoyo *efectivo*, al acuerdo tácito, a la entrega del poder inspirados por una confianza ciega), acuerdo que le ha valido a Guchkov la mejor presa —el poder real— y al Sóviet simples promesas y honores (por el momento), lisonjas, frases, garantías y las reverencias y migajas de los Kerensky.

Por otro lado, tenemos la debilidad numérica del proletariado en Rusia, su insuficiente conciencia de clase y organización.

Todos los partidos populistas, incluyendo a los socialrevolucionarios, siempre han sido pequeñoburgueses. Lo mismo puede decirse del partido del Comité de Organización (Chjeidze, Tsereteli, etc.); los revolucionarios apartidistas (Steklov y otros) igualmente se han dejado arrastrar por la corriente o no han sabido resistirla, no han tenido tiempo de hacerlo.

Conclusión.

Objeto.

El carácter peculiar de la táctica que se deriva de lo expuesto

Rusia.

7.

Resumen.

Para el marxista, que debe tener en cuenta los hechos objetivos, las masas y las clases y no los individuos, etc., el carácter peculiar de la situación actual, más arriba señalado, debe determinar el carácter peculiar de la táctica para el momento *presente*.

Esta peculiaridad de la situación exige, en primer lugar, que "se derrame hiel y vinagre en el agua dulce de la frascología democrático-revolucionaria" (como tan atinadamente expresó en la sesión de ayer del Congreso de Ferrovianos de toda Rusia reunido en Petrogrado Teodorovich, mi compañero en el Comité Central de nuestro partido). El nuestro debe ser un trabajo de crítica, de *exposición* de los errores de los partidos pequeñoburgueses social-revolucionario y socialdemócrata; de preparación y unificación de los elementos de un partido comunista *conscientemente* proletario, y de *avacón* del proletariado de la embriaguez pequeñoburguesa "general".

En apariencia, esto es "sólo" trabajo de propaganda. Pero, en realidad, es una labor *revolucionaria* sumamente *práctica*, porque no puede progresar una revolución que se ha estancado, que se ha atascado con frases y "marca el paso", *no por causa* de obstáculos externos, *no por causa de la violencia* de la burguesía (por el momento, Guchkov sólo amenaza con emplear la violencia contra la masa de soldados), sino *por causa* de la ciega confianza del pueblo.

Sólo combatiendo esta ciega confianza (y podemos y debemos combatirla sólo ideológicamente, mediante la persuasión fraternal, recurriendo a las *lecciones de la experiencia*) podremos liberarnos de la *influencia de la desenfrenada frascología revolucionaria* reinante y estimular realmente la conciencia, tanto del proletariado como de las masas en general, así como su audaz y resuelta iniciativa *en las localidades*: la realización independiente, el desarrollo y la consolidación de las libertades, de la democracia y del principio de la posesión de toda la tierra por parte del pueblo.

8

La experiencia mundial de los Gobiernos burgueses y terratenientes ha desarrollado *dos* métodos para someter al pueblo. El primero es la violencia. Nikolai Romanov I, apodado Nikolai del Gran Garrote, y Nikolai II el Sanguinario demostraron al pueblo ruso el máximo de lo que puede y no puede hacerse en cuanto a estas prácticas de verdugos. Pero hay otro método mejor desarrollado por la burguesía inglesa y la francesa, que "aprendieron la lección" en una serie de grandes revoluciones y movimientos revolucionarios de masas. Es el método del engaño, de la adulación, de las lindas frases, de las innumerables promesas, de las limosnas insignificantes y de conceder lo que no es esencial para conservar lo esencial.

El rasgo peculiar de la situación actual en Rusia es el paso vertiginoso del primer método al segundo, de la opresión violenta del pueblo a *adular* y engañar a este con promesas. Como el gato de la fábula Miliukov y Guchkov escuchan y luego siguen comiendo. Ellos detentan el poder, protegen los beneficios de los capitalistas, hacen una guerra imperialista en interés del capital ruso y anglo-francés y tratan de escabullirse con promesas, declamaciones

y ampulosas declaraciones en respuesta a los discursos de "cocineros" como Chjeidze, Tsereteli y Steklov, que amenazan, exhortan, ruegan, imploran, exigen y proclaman... El gato escucha y sigue comiendo.

Pero cada día que pase la confiada credulidad y ciega confianza irán desvaneciéndose, sobre todo entre los proletarios y los campesinos *poobres*, a quienes la experiencia (debido a su situación económico-social) enseña a desconfiar de los capitalistas.

Los dirigentes de la pequeñoburguesía "deben" enseñar al pueblo a confiar en la burguesía. Los proletarios deben enseñar al pueblo a desconfiar de la burguesía.

— *Continúa* —

— *Fin* —

El defensismo revolucionario y su significación de clase

— *Continúa* —

— *Fin* —

9

— *Continúa* —

El *defensismo revolucionario* debe ser considerado como la manifestación más importante, más notable de la ola pequeñoburguesa que ha barrido "casi todo". Es el peor enemigo del avance y el triunfo futuros de la revolución rusa.

Quien haya cedido en este punto y haya sido incapaz de librarse está perdido para la revolución. Pero las masas ceden de manera diferente que los dirigentes y se libran *de manera diferente*, siguiendo otro proceso de desarrollo, mediante otros medios.

El defensismo revolucionario es, por una parte, el resultado del engaño de las masas por la burguesía, el resultado de la confiada falta de razonamiento por parte de los campesinos y de un sector de obreros; es, por otra parte, expresión de los intereses y de la mentalidad del pequeño propietario, interesado hasta cierto punto en las anexiones y en los beneficios bancarios, y para quien son "sagradas" las tradiciones del zarismo, que corrompió a los gran rusos al hacerlos actuar como verdugos de otros pueblos.

La burguesía engaña al pueblo especulando con el noble orgullo de éste por la revolución y alegando falsamente que el carácter *social y político* de la guerra, en cuanto a Rusia, ha sufrido un cambio, por causa de esta etapa de la revolución, por causa del reemplazo de la monarquía zarista por la casi república de Guchikov y Miliukov. Y el pueblo lo creyó —por un momento— gracias, en gran medida, a los viejos prejuicios que le hacían considerar a los demás pueblos de Rusia, es decir, a los no gran rusos, como una especie de propiedad o feudo de los gran rusos. Esa infame corrupción del pueblo gran ruso por el zarismo, que le enseñó a mirar a los demás pueblos como algo inferior, algo perteneciente a la gran Rusia "por derecho propio", no podía desaparecer *de golpe*.

Lo que se requiere de nosotros es *capacidad* para explicar a las masas que el carácter político y social de la guerra no lo determina la "buena voluntad" de personas o grupos, o incluso de naciones, sino la posición de la *clase* que hace

la guerra, la *política* de clase, de la cual la guerra es continuación; los *vínculos* del capital, que es la fuerza económica dominante de la sociedad moderna; el *carácter imperialista* del capital internacional, la dependencia financiera, bancaria y diplomática de Rusia con respecto a Inglaterra y Francia, etc. Explicar esto de manera asequible para que lo entienda el pueblo *no es fácil* y ninguno de nosotros podría hacerlo de buenas a primeras sin cometer errores.

Pero este y sólo este debe ser el objetivo o, mejor dicho, el contenido de nuestra propaganda. La más insignificante concesión al defensismo revolucionario es una *traición al socialismo*, es la renuncia total al *internacionalismo*, no importa con qué hermosas frases y consideraciones "prácticas" se lo pueda justificar.

La consigna "¡Abajo la guerra!" es naturalmente justa, pero no tiene en cuenta el carácter específico de las tareas del momento y la necesidad de *llegar* a las grandes masas de un modo diferente. Me recuerda la consigna "¡Abajo el zar!", con la que los agitadores inexpertos de los "buenos tiempos pasados" se lanzaban simple y directamente al campo y recibían una paliza. La masa de quienes creen en el defensismo revolucionario es *honesto*, no en un sentido personal, sino de clase, es decir, pertenece a *clases* (obreros y campesinos pobres) que *en realidad* nada pueden ganar con las anexiones y el sometimiento de otros pueblos. No se parece en nada a la fraternidad de los burgueses y los "intelectuales", que saben muy bien que *no es posible* renunciar a las anexiones sin renunciar a la dominación del capital y que sin escrúpulos engañan a las masas con hermosas frases, con promesas sin límite y garantías sin fin.

Las masas que creen en el defensismo consideran el asunto en forma sencilla, como el hombre de la calle: "No quiero anexiones, pero los alemanes *me* 'atacan'; por consiguiente, defendiendo una causa justa, no intereses imperialistas". A gente como esta hay que explicarle una y otra vez que no se trata de sus deseos personales, sino de relaciones y condiciones políticas, de masa, de *clase*, de la relación de la guerra con los intereses del capital y la red internacional de bancos, etc. Sólo tal lucha contra el defensismo puede ser seria y prometer éxitos, quizá no muy rápidos, pero seguros y duraderos.

¿Cómo se puede poner fin a la guerra?

10

A la guerra no se le puede poner fin "a voluntad". No se le puede poner fin por decisión de uno de los beligerantes. No se le puede poner fin "clavando la bayoneta en tierra", como decía un soldado defensista.

A la guerra no se le puede poner fin mediante un "acuerdo" entre los socialistas de diferentes países, mediante la "acción" de los proletarios de todos los países, por "voluntad" de los pueblos, etc. Todas las frases de este carácter,

que llenan los artículos de los periódicos defensistas, semidefensistas y seminternacionalistas, así como innumerables resoluciones, proclamas, manifiestos y las resoluciones del Sóviet de Diputados Soldados y Obreros, no son más que esperanzas inconsistentes, inocentes y piadosos deseos pequeñoburgueses. No hay nada más perjudicial que frases como "exteriorizar la voluntad de paz de los pueblos", como la sucesión de acciones revolucionarias del proletariado (después del proletariado ruso, le toca el turno al alemán), etc. Todo esto es repetir a Louis Blanc, acariciar sueños, jugar a "campañas políticas" y, en realidad, sólo es la repetición de la fábula del gato y el cocinero.

La guerra no es producto de la perversidad de capitalistas rapaces, aunque sólo se libre, indudablemente, en su interés y sólo ellos se enriquezcan con ella. La guerra es producto de medio siglo de desarrollo del capitalismo mundial y de sus miles de millones de vínculos y relaciones. Es imposible zafarse de la guerra imperialista y lograr una paz democrática, no coercitiva, sin derrocar el poder del capital y sin transferir el poder político a *otra* clase, al proletariado.

Con la revolución rusa de febrero-marzo de 1917, la guerra imperialista comenzó a transformarse en guerra civil. Esta revolución dio el *primer* paso hacia la finalización de la guerra. Pero se requiere un *segundo* paso, a saber, que el poder político pase a manos del proletariado para *asegurar* la finalización de la guerra. Ello será el comienzo de una "ruptura" mundial, de una ruptura en el frente de los intereses capitalistas, y sólo rompiendo *ese* frente el proletariado *puede* salvar a la humanidad de los horrores de la guerra y ofrecerle los beneficios de la paz.

Y al crear los sóviets de diputados obreros la revolución rusa ha llevado ya al proletariado de Rusia al umbral de esa "ruptura en el frente" del capital.

Un nuevo tipo de Estado surge de nuestra revolución

II

No se comprende a los sóviets de diputados obreros, soldados, campesinos, etc., no sólo en el sentido de que la mayoría no tiene una idea clara de su significación de clase y de su papel en la revolución *rusa*. Tampoco se los comprende en el sentido de que ellos constituyen una nueva forma, mejor dicho, un *nuevo tipo de Estado*.

El tipo más perfecto, más avanzado de Estado burgués es la *república democrática parlamentaria*: el poder se confiere al parlamento; la maquinaria del Estado, el aparato y los organismos de administración son los usuales: el Ejército permanente, la policía y la burocracia prácticamente irrevocable, privilegiada y que está *por encima* del pueblo.

Sin embargo, a partir de fines del siglo XIX las épocas revolucionarias anticiparon un tipo *superior* de Estado democrático, un Estado que, en ciertos aspectos, como dijo Engels, deja de ser un Estado, "ya no es un Estado en el

sentido propio de la palabra". Se trata de un Estado del tipo de la Comuna de París, un Estado en el que el Ejército regular y la Policía, divorciados del pueblo, son *reemplazados* por el armamento directo del pueblo mismo. *Este ruego* es lo que constituye la verdadera esencia de la Comuna, que ha sido tan falseada y calumniada por los escritores burgueses y a la que, entre otras cosas, se le atribuyó erróneamente la intención de "implantar" inmediatamente el socialismo.

Ese es el tipo de Estado que la revolución rusa *comenzó* a crear en 1905 y en 1917, una república de los sóviets de diputados obreros, soldados, campesinos, etc., unidos en una Asamblea Constituyente de representantes del pueblo de toda Rusia o en un consejo de sóviets, etc.: he aquí lo que *se está realizando* ahora en nuestro país, en este mismo momento. Se ha realizado por iniciativa de los millones de habitantes del país, que crean una democracia propia, *a su manera*, sin esperar hasta que los señores profesores kadetes elaboren sus proyectos de ley para una república parlamentaria burguesa ni hasta que los pedantes y rutinarios de la "socialdemocracia" pequeñoburguesa como Plejanov o Kautsky dejen de tergiversar las enseñanzas marxistas sobre el Estado.

El marxismo se distingue del anarquismo en que reconoce la *necesidad* de un Estado y de un poder político durante el período revolucionario en general y en el período de transición del capitalismo al socialismo en particular.

El marxismo se distingue del "socialdemocratismo" pequeñoburgués y oportunista de los señores Plejanov, Kautsky y Cía. en que entiende que el Estado que se requiere para esos dos períodos *no es* un Estado de tipo republicano parlamentario burgués corriente, sino un Estado del tipo de la Comuna de París.

Las diferencias principales entre un Estado del tipo de este último y el antiguo Estado consisten en lo siguiente:

Es muy fácil (como la historia lo demuestra) volver de una república parlamentaria burguesa a una monarquía, ya que todo el aparato de opresión, el Ejército, la policía y la burocracia, queda intacto. La Comuna y los sóviets *destruyen* ese aparato y lo eliminan.

La república parlamentaria burguesa dificulta y asfixia la vida política independiente de las masas, su participación directa en la organización *democrática* de toda la vida del Estado, de abajo arriba. Lo contrario sucede con los sóviets.

Estos últimos reproducen el tipo de Estado desarrollado por la Comuna de París y que Marx describió como "la forma política, al fin descubierta, bajo la cual puede realizarse la emancipación económica de los trabajadores".

Se nos suele decir que el pueblo ruso no está todavía preparado para "implantar" la comuna. Ese era el argumento de los propietarios de siervos cuando sostenían que los campesinos no estaban todavía preparados para la emancipación. La comuna, es decir, los sóviets, no "implantan", no se proponen "implantar" y no deben implantar *ninguna* reforma que no haya alcanzado plena madurez, tanto en la realidad económica como en la conciencia de la aplastante mayoría del pueblo. Cuanto más profundos son el derrumbe económico y la crisis engendrada por la guerra, tanto más imperiosa es la necesidad de una

forma política lo más perfecta posible, que *facilitará* la curación de las terribles heridas infligidas por la guerra a la humanidad. Y cuanto menos experiencia tenga el pueblo ruso en lo que a organización se refiere, tanto más resueltamente debemos *impulsar* el desarrollo de la organización por el *pueblo mismo* y no solamente por los políticos burgueses y los burócratas "acomodados".

— Cuanto más rápidamente nos desprendamos de los viejos prejuicios del seudomarxismo, del marxismo tergiversado por los señores Plejanov, Kausky y Cía., cuanto más enérgicamente nos apliquemos a ayudar al pueblo a organizar inmediatamente y en todas partes sóviets de diputados obreros y campesinos y los ayudemos a que asuman el control de *toda* la vida pública, cuanto más posterguen los señores Lvov y Cía. la convocatoria a la Asamblea Constituyente, tanto más fácil le será al pueblo (por medio de la Asamblea Constituyente o sin ella, si Lvov posterga demasiado su convocatoria) decidirse a favor de una república de sóviets de diputados obreros y campesinos. Al principio serán inevitables los errores en esta nueva tarea de desarrollo de la organización por el pueblo mismo, pero es preferible cometer errores y avanzar que *esperar* hasta que los profesores de leyes, convocados por el señor Lvov, elaboren sus leyes para la convocatoria a la Asamblea Constituyente, para la perpetuación de la república parlamentaria burguesa y para el estrangulamiento de los sóviets de diputados obreros y campesinos.

— Si nos organizamos y dirigimos nuestra propaganda diestramente, no sólo los proletarios, sino las nueve décimas partes de los campesinos se opondrán al restablecimiento de la Policía, se opondrán a una burocracia irrevocable y privilegiada y a un Ejército divorciado del pueblo. Y en esto consiste, precisamente, el nuevo tipo de Estado.

12

El reemplazo de la Policía por la milicia popular es una reforma que se desprende del curso íntegro de la revolución y que se está llevando actualmente a la práctica en la mayoría de las regiones de Rusia. Debemos explicar al pueblo que en la mayoría de las revoluciones burguesas de tipo corriente dicha reforma ha sido siempre de muy corta duración y que la burguesía, incluso la más democrática y republicana, acabó restableciendo la vieja Policía de tipo zarista, divorciada del pueblo, dirigida por la burguesía y capaz de oprimir al pueblo por todos los medios.

Sólo hay una forma de *impedir* el restablecimiento de la Policía: crear una milicia popular y fusionarla con el ejército (el Ejército regular debe ser reemplazado por todo el pueblo armado). A esta milicia deberán pertenecer todos los ciudadanos y ciudadanas sin excepción, desde los quince hasta los sesenta y cinco años, límites de edad sugeridos sólo para señalar que no debe excluirse a los adolescentes y a los viejos. Los capitalistas deberán pagar a sus obreros, criados, etc., el jornal de los días que destinen al servicio social en la milicia. Si

las mujeres no participan en forma independiente, no sólo en la vida política en general, sino también en los servicios públicos cotidianos y generales, no se puede hablar, no ya de socialismo, sino ni siquiera de una democracia plena y estable. Y funciones de "policía", tales como el cuidado de los enfermos y de los niños abandonados, el control de los alimentos, etc., no serán cumplidas en forma satisfactoria mientras las mujeres no gocen de iguales derechos que los hombres, no de una manera nominal, sino efectiva.

Impedir el restablecimiento de la Policía, aplicar las fuerzas organizadoras de todo el pueblo a la formación de una milicia popular; tales son las tareas que el proletariado debe llevar a las masas, a fin de salvaguardar, consolidar y desarrollar la revolución.

El programa agrario y el programa nacional

13

Por el momento, no podemos decir con seguridad si en un futuro próximo se desarrollará en el campo ruso una revolución agraria poderosa. No podemos saber cuán profunda es la diferenciación de clase entre los campesinos, accentuada indudablemente en los últimos tiempos y que divide al campesinado en peones rurales, trabajadores asalariados y campesinos pobres ("semiproletarios"), por una parte, y campesinos ricos y medios (capitalistas y pequeños capitalistas), por la otra. Sólo la experiencia podrá resolver (y resolverá) estos problemas.

Como partido del proletariado, sin embargo, nosotros tenemos la obligación ineludible, no sólo de presentar sin demora un programa agrario, sino también de propiciar medidas prácticas de realización inmediata *en interés* de la revolución agraria campesina de Rusia.

Debemos exigir la nacionalización de *toda* la tierra, es decir, que todas las tierras del país se conviertan en propiedad del poder central. Este poder deberá determinar la extensión, etc., de la reserva de tierras para colonización, promulgar leyes para la conservación de bosques, para el mejoramiento de tierras, etc., y prohibir absolutamente que ningún intermediario se interponga entre el propietario de la tierra, o sea, el Estado, y el usufructuario de ella, o sea, el agricultor (prohibición de todo subarrendamiento de tierra). Pero deben ser los *sóviets* regionales y locales de *diputados campesinos* —y en ningún modo los burócratas, los funcionarios públicos— quienes *dispongan* entera y exclusivamente de la tierra y fijen las *reglamentaciones locales* que rijan su posesión y usufructo.

A fin de mejorar la técnica del cultivo de cereales y aumentar la producción y a fin de desarrollar una agricultura racional en gran escala bajo el control público debemos procurar, dentro de los comités de campesinos, asegurar que cada latifundio confiscado se transforme en una gran hacienda modelo, controlada por el *sóviet de diputados peones rurales*.

A fin de contrarrestar la fraseología pequeñoburguesa y la política imperante entre los socialrevolucionarios, principalmente el palabrerío vano sobre la norma de "consumo" o la norma de "trabajo", la "socialización de la tierra", etc., el partido del proletariado debe aclarar que la agricultura en pequeña escala, bajo la producción mercantil, *no puede* liberar a la humanidad de la miseria y la opresión.

Sin dividir necesariamente los sóviets de diputados campesinos ahora, el partido del proletariado debe explicar que es necesario organizar sóviets separados de diputados obreros agrícolas y sóviets separados de diputados campesinos pobres (semiproletarios) o, por lo menos, realizar conferencias regulares separadas de diputados pertenecientes a *esos sectores de clase*, en forma de grupos o partidos separados dentro de los sóviets generales de diputados campesinos. De otro modo, todos los discursos almibarados pequeñoburgueses de los populistas respecto de los campesinos en general servirán de pantalla para engañar a la masa desposeída por los campesinos ricos, que son simplemente una variedad de *capitalesistas*.

Para contrarrestar los sermones liberales burgueses o puramente burocráticos de muchos socialrevolucionarios y sóviets de diputados obreros y soldados, que aconsejan a los campesinos que no se apoderen de los latifundios y que no inicien la reforma agraria hasta que se reúna la Asamblea Constituyente, el partido del proletariado debe instar a los campesinos a que realicen *enseguida* y por su propia cuenta la reforma agraria y procedan, previa decisión de los diputados campesinos locales, a confiscar inmediatamente los latifundios. Al mismo tiempo, es muy importante insistir en la necesidad de *aumentar* la producción de víveres para los soldados en el frente y para las ciudades y en que es absolutamente inadmisibles causar ningún daño o perjuicio al ganado, a los aperos de labranza, máquinas, edificios, etc., etcétera.

Continúa en...

continúa en...

cap. 14 de...

Continúa en...

En lo que se refiere a la cuestión nacional, el partido del proletariado debe, ante todo, defender la proclamación y la realización inmediata de la plena libertad de separarse de Rusia para todas las naciones y pueblos oprimidos por el zarismo o incluidos o retenidos por la fuerza dentro de las fronteras del Estado, es decir, anexionados.

Todas las afirmaciones, declaraciones y manifiestos referentes a la renuncia a las anexiones que no vayan acompañados por el derecho efectivo de separación no son más que mentiras burguesas para engañar al pueblo o bien piadosos descos pequeñoburgueses.

El partido del proletariado aspira a la creación de un Estado lo más vasto posible porque ello responde a los intereses de los trabajadores; aspira *al acercamiento* y a la *unión de las naciones*. Pero quiere alcanzar ese objetivo, no por la violencia, sino única y exclusivamente mediante una unión libre y fraternal de los obreros y de las masas trabajadoras de todas las naciones.

— Cuanto más democrática sea la república rusa, cuanto con mayor éxito se organice en una república de sóviets de diputados obreros y campesinos, tanto más poderosa será la fuerza que impulsará *voluntariamente* hacia esa república a las masas trabajadoras de *todas* las naciones.

Plena libertad de separación, las más amplias autonomías locales (y nacionales), elaboración de minuciosas garantías de los derechos de las minorías nacionales: tal es el programa del proletariado revolucionario.

Nacionalización de los bancos y de los consorcios capitalistas

15

El partido del proletariado no puede, en ninguna circunstancia, proponerse el objetivo de “implantar” el socialismo en un país de pequeños campesinos en tanto la inmensa mayoría de la población no haya adquirido conciencia de la necesidad de una revolución socialista.

Pero sólo los sofistas burgueses que se esconden detrás de expresiones “seudomarxistas” pueden deducir de esta verdad una justificación de la política de postergar la aplicación de medidas revolucionarias urgentes, cuyo momento está completamente maduro; medidas a las que *han recurrido* frecuentemente durante la guerra varios *Estados burgueses* y que son absolutamente indispensables para combatir la desorganización económica total y el hambre inminentes.

Medidas tales como la nacionalización de la tierra, de todos los bancos y consorcios capitalistas o, por lo menos, la implantación *inmediata* de su *control* por los sóviets de diputados obreros, etc. —medidas que de ningún modo significan la “implantación” del socialismo—, deben ser defendidas incondicionalmente y en lo posible realizadas por vía revolucionaria. Sin estas medidas, que sólo son pasos hacia el socialismo y que son perfectamente realizables desde el punto de vista económico, no será posible curar las heridas causadas por la guerra ni impedir la catástrofe inminente; y el partido del proletariado revolucionario no vacilará jamás en tocar los fabulosos beneficios de los capitalistas y banqueros, que se enriquecen con la guerra en forma especialmente escandalosa.

La situación en la Internacional Socialista

16

Las obligaciones internacionales de la clase obrera de Rusia pasan precisamente ahora a primer plano.

En nuestros días se jura por el internacionalismo. Hasta los defensistas chovinistas, hasta los señores Plejanov y Potresov, hasta Kerensky, todos se

llaman a sí mismos internacionalistas. El partido del proletariado tiene el deber de contraponer con claridad, precisión y nitidez absoluta el internacionalismo de hecho al internacionalismo de palabra.

Los simples llamamientos a los obreros de todos los países; las vacuas garantías de fidelidad al internacionalismo; las tentativas de establecer directa o indirectamente una "sucesión" de acciones del proletariado revolucionario en los diversos países beligerantes; los esfuerzos laboriosos por llegar a "acuerdos" entre los socialistas de los países beligerantes *sobre el problema* de la lucha revolucionaria; toda la alharaca sobre la convocatoria a congresos socialistas *con miras* a una campaña por la paz, etc., etc.; todo esto, por sinceros que sean los autores de esas ideas, tentativas y planes, se reduce, por lo que se refiere a su significación objetiva, a pura fraseología o, en el *mejor* de los casos, son piadosos e inocentes deseos que sólo sirven para ocultar el *engaño* a las masas por parte de los chovinistas. Los socialchovinistas *franceses*, que son los más diestros y avezados en tretas parlamentarias, hace ya mucho que batieron el récord de pronunciar frases pacifistas e internacionalistas sonoras y retumbantes, *unido a* la más descarada traición al socialismo y a la Internacional, a la aceptación de cargos en Gobiernos que hacen la guerra imperialista, a la votación de créditos *e empréstitos* (como acaban de hacerlo en Rusia Chjeidze, Skobelev, Tsereteli y Steklov), a la oposición a la lucha revolucionaria en *su propio país*, etc., etcétera.

La buena gente olvida a menudo la brutal y salvaje realidad de la guerra imperialista mundial. Y esta realidad no tolera frases y se burla de los piadosos e inocentes deseos.

Existe una clase y sólo una de internacionalismo verdadero, y es trabajar abnegadamente para desarrollar el movimiento revolucionario y la lucha revolucionaria *en el propio país* y apoyar (con propaganda, solidaridad y ayuda material) esta lucha, esta y *sólo esta* línea en *todos* los países sin excepción.

Todo lo demás es engaño y falsedad.

Durante más de dos años de guerra, en el movimiento internacional socialista y obrero de *todos* los países se fueron perfilando tres tendencias. Quien no quiera ver la *realidad* y se niegue a reconocer la existencia de estas tres tendencias, a analizarlas, a luchar consecuentemente por la tendencia que es verdaderamente internacionalista, está condenado a la impotencia, a la desesperanza y a todo género de errores.

Las tres tendencias son las siguientes:

1) Los socialchovinistas, es decir, los socialistas de palabra y chovinistas de hecho, que admiten la "defensa de la patria" en una guerra imperialista (y sobre todo en la actual guerra imperialista).

Estas personas son nuestros enemigos *de clase*. Se han pasado a la burguesía.

Constituyen la mayoría de los dirigentes oficiales de los partidos socialdemócratas oficiales de *todos* los países; los señores Plejanov y Cia. en Rusia; los Scheidemann en Alemania; Renaudel, Guesde y Sembat en Francia; Bissolati y Cia. en Italia; Hyndman, los fabianos y los "laboristas" en Inglaterra; Branting

y Cia. en Suecia; Troelstra y su partido en Holanda; Stauning y su partido en Dinamarca; Víctor Berger y demás "defensores de la patria" en Estados Unidos, etcétera.

2) La segunda tendencia, conocida como el "centro", consiste en personas que oscilan entre los socialchovinistas y los internacionalistas verdaderos.

Todos los del "centro" juran y proclaman ser marxistas, internacionalistas, estar por la paz, por que se ejerza todo tipo de "presión" sobre los Gobiernos, por "exigir", por todos los medios, que sus propios Gobiernos "se cercioren de la voluntad de paz del pueblo", por todo tipo de campañas por la paz, por una paz sin anexiones, etc., etc., y *por la paz con los socialchovinistas*. El "centro" está por la "unidad", el centro es enemigo de una división.

El "centro" es un reino de almiaradas frases pequeñoburguesas, de internacionalismo de palabra y cobarde oportunismo y servilismo ante los socialchovinistas en los hechos.

El fondo de la cuestión es que el "centro" no está convencido de la necesidad de una revolución contra el propio Gobierno, no exhorta a la revolución, no libra una lucha revolucionaria abnegada y, para eludir esa lucha, recurre a los más trillados *pretextos*, sonoramente ultra "marxistas".

Los socialchovinistas son nuestros *enemigos de clase*, son *burgueses* dentro del movimiento obrero. Representan una capa o grupo o sectores de la clase obrera *objetivamente* sobornados por la burguesía (mediante mejores salarios, cargos honoríficos, etc.) y que ayudan a *su propia* burguesía a saquear y a oprimir a los pueblos pequeños y débiles y a luchar *por* el reparto del botín capitalista.

El "centro" está formado por cultores de la rutina, corroídos por la úlcera de la legalidad, corrompidos por la atmósfera parlamentaria, etc., burócratas acostumbrados a cargos cómodos y a trabajos livianos. Desde el punto de vista histórico y económico no constituyen un sector específico, sólo representan la *transición* de una etapa ya superada del movimiento obrero —la etapa de 1871 a 1914, que dio al proletariado muchas cosas valiosas sobre todo en el arte indispensable de un trabajo consecuente y sistemático de organización en una amplia, muy amplia escala— a una nueva *etapa*, que se hizo *objetivamente* esencial con el estallido de la primera guerra mundial imperialista que inició *la era de la revolución social*.

El más destacado dirigente y representante del "centro" es K. Kautsky, la más descollante autoridad de la II Internacional (1889-1914), modelo, desde agosto de 1914, de fracaso total como marxista, personificación de una inconcebible falta de firmeza y de las más deplorables vacilaciones y traiciones. La tendencia del "centro" incluye a Kautsky, Haase, Ledebour y el llamado "grupo obrero o del trabajo" en el Reichstag; en Francia incluye a Longuet, Pressemanne y todos los llamados "minoritarios" en general; en Inglaterra, a Philip Snowden, Ramsay MacDonald y otros muchos dirigentes del Partido Laborista Independiente y algunos dirigentes del Partido Socialista Británico; en Estados Unidos, a Morris Hillquit y muchos otros; en Italia, a Turati, Tréves, Modigliani y otros; en Suiza,

a Robert Grimm y otros; en Austria, a Victor Adler y Cia.; en Rusia, al partido del Comité de Organización, Axelrod, Martov, Chjeidze, Tsereteli y otros, etc., etcétera.

A veces, por supuesto, algunas personas pasan inconscientemente de la posición del socialchovinismo a la del "centro" y viceversa. Todo marxista sabe que las clases son definidas, aunque las personas se pasen libremente de una clase a otra; del mismo modo, las *tendencias* en la vida política son definidas a pesar del hecho de que algunas personas se pasen libremente de una tendencia a otra y a pesar de los esfuerzos e intentos de *finimar* las tendencias.

3) La expresión más fiel de la tercera tendencia, la de los verdaderos internacionalistas, es la "izquierda de Zimmerwald". (Reproducimos como suplemento su Manifiesto de septiembre de 1915 para que los lectores puedan conocer, en el original, cómo nació esta tendencia.)

Su rasgo distintivo es su ruptura total tanto con el socialchovinismo como con el "centro", y su valiente lucha revolucionaria contra su propio Gobierno imperialista y contra su *propia* burguesía imperialista. Su principio es: "Nuestro principal enemigo lo tenemos en casa". Libra una lucha sin cuartel contra las alambardas frases socialpacifistas (un socialpacifista es un socialista de palabra y un pacifista burgués en los hechos; los pacifistas burgueses sueñan con una paz eterna *sin* derrocar el yugo y la dominación del capital) y contra todos los *subterfugios* empleados para negar la posibilidad, la conveniencia o la oportunidad de una lucha revolucionaria proletaria y de una revolución socialista proletaria *en relación* con la guerra actual.

El más destacado representante de esta tendencia en Alemania es el *Spartakusbund* o grupo *Internationale*, al que pertenece Karl Liebknecht, el representante más famoso de esta tendencia y de la *misma* y verdadera Internacional proletaria.

Karl Liebknecht se dirigió a los obreros y soldados de Alemania llamándolos a *volver las armas* contra *su propio* Gobierno. Karl Liebknecht hizo esto abiertamente desde la tribuna del Parlamento (*Reichstag*). Concurrió después a una manifestación en la Plaza de Potsdam, una de las más grandes plazas de Berlín, con volantes impresos ilegalmente que proclamaban la consigna "¡Abajo el Gobierno!". Fue detenido y condenado a *trabajos forzados*. Hoy cumple su condena en una cárcel alemana como *cientos*, si no miles, de otros *verdaderos* socialistas alemanes, encarcelados por sus actividades antibélicas.

Karl Liebknecht en sus discursos y en sus cartas atacó sin piedad no sólo a los Plejanov y los Potresov de su propio país (los Scheidemann, Legien, David y Cia.), *sino también* a los "centristas" alemanes, a sus Chjeidze y Tsereteli (los Knusky, Haase, Ledebour y Cia.).

Karl Liebknecht y su amigo Otto Rühle, dos en medio de ciento diez diputados, violaron la disciplina, rompieron la "unidad" con el "centro" y los chovinistas y *los enfrentaron a todos*. Sólo Liebknecht representa el socialismo, la causa del proletariado, la revolución proletaria. *Todo* el resto de la socialdemocracia

alemana es, según las atinadas palabras de Rosa Luxemburg (miembro también del Spartakusbund y una de sus dirigentes), *un cadáver pestilente*.

Otro grupo de verdaderos internacionalistas en Alemania es el del periódico *Arbeiterpolitik*, de Bremen.

Quienes en los hechos están más próximos a los internacionalistas son: en Francia, Lorient y sus amigos (Bourderon y Merrheim se han deslizado al socialpacifismo), así como el francés Henri Guilbeaux, que publica en Ginebra la revista *Démocrate*²; en Inglaterra, el periódico *The Trade Unionist* y algunos miembros del Partido Socialista Británico y del Partido Laborista Independiente (por ejemplo, William Russell, que propuso abiertamente la ruptura con los dirigentes que habían *traicionado* al socialismo); el maestro socialista escocés McLean, condenado a trabajos *forzados* por el Gobierno burgués de Inglaterra a causa de su lucha revolucionaria contra la guerra, y cientos de socialistas ingleses encarcelados por el mismo delito. Ellos y sólo ellos son internacionalistas *en los hechos*. En Estados Unidos, el Partido Socialista Obrero y quienes, dentro del Partido Socialista oportunista, comenzaron a publicar, en enero de 1917, el periódico *The Internationalist*³; en Holanda, el partido de los "tribunos", que publica el periódico *De Tribune* (Pannekoek, Hermann Gorter, Wijnkoop, Henriette Roland-Holst que, aunque centrista en Zimmerwald, se ha incorporado ahora a nuestras filas); en Suecia, el partido de los jóvenes o de la izquierda, dirigido por Lindhagen, Ture Nerman, Carlson, Ström y Z. Höglund, quien en Zimmerwald intervino personalmente en la organización de la "izquierda de Zimmerwald" y hoy está encarcelado por su lucha revolucionaria contra la guerra; en Dinamarca, Trier y sus amigos, que han abandonado el ahora enteramente burgués partido "socialdemócrata" danés, presidido por el ministro Stauning; en Bulgaria, los "tesniaki"⁴; en Italia, los más cercanos son Constantino Lazzari, secretario del partido, y Serrati, director de *Avanti!*, su órgano de prensa central; en Polonia, Radek, Hanecki y otros dirigentes de los socialdemócratas agrupados en torno de la "Dirección Regional" y Rosa Luxemburg, Tyska⁵ y otros dirigentes de los socialdemócratas unidos en torno del "Buró General"; en Suiza, los de la izquierda que, en enero de 1917, redactaron los considerandos de un "referéndum" para combatir a los socialchovinistas y al "centro" de *su propio país* y que en la convención socialista cantonal de Zúrich, celebrada en Töss el 11 de febrero de 1917, propusieron una resolución consecuentemente revolucionaria contra la guerra; en Austria, los jóvenes del ala izquierda amigos

2 "La mañana" fue una revista literaria y política mensual editada por Guilbeaux, desde enero de 1916 hasta 1919 (con una interrupción de enero a abril de 1917), primero en Ginebra y luego en Moscú. Entre sus colaboradores se contaron R. Rolland, S. Zweig, etcétera. [NdE].

3 Semanario del ala izquierda de los socialistas norteamericanos. Fue publicado en Boston a comienzos de 1917 por la Liga para la Propaganda Socialista de Norteamérica; sus colaboradores eran internacionalistas de E.E. UU. y de otros países [NdE].

4 Se refiere a los miembros del Partido Obrero Socialdemócrata de Bulgaria, partido nacido de la escisión de 1903 del Partido Socialdemócrata [NdE].

5 Seudónimo de Leo Jogiches [NdE].

de Friedrich Adler, algunos de los cuales actuaban en el Club Karl Marx de Viena, clausurado hoy por el archirreaccionario Gobierno austriaco, el que está arruinando la vida a Friedrich Adler por su heroico aunque irreflexivo atentado contra uno de los ministros, etc., etcétera.

No se trata de matices u opiniones, que también existen incluso entre los izquierdistas. Se trata de *tendencia*. La cuestión es que no resulta fácil ser internacionalista en los hechos durante una espantosa guerra imperialista. Tales personas son pocas, pero sólo de esas personas depende el futuro del socialismo, sólo ellas son los *dirigentes del pueblo* y no sus corruptores.

La diferencia entre los reformistas y los revolucionarios, entre los socialdemócratas y los socialistas en general debía necesariamente sufrir cambios con motivo de la guerra imperialista. Quienes se limitan a "exigir" que los Gobiernos burgueses firmen la paz o "se cercioren de la voluntad de paz de los pueblos", etc., se deslizan *en realidad* hacia el reformismo. *Porque objetivamente el problema de la guerra sólo puede resolverse en forma revolucionaria.*

No hay posibilidad de que esta guerra termine en una paz democrática, no coercitiva, de que los pueblos se liberen del oneroso tributo de los *miles de millones* de intereses pagados a los señores capitalistas que han hecho fortunas con la "guerra", excepto mediante una revolución del proletariado.

Se puede y se debe exigir a los Gobiernos burgueses las más diversas reformas; pero no se puede, sin hundirse en el reformismo, pedir que las personas y las clases envueltas una y mil veces en la red del capital imperialista *rompan* esa red; y si no se rompe esa red, todos los discursos sobre una guerra contra la guerra no son más que palabras vanas y engañosas.

Los "kautskistas", el "centro", son revolucionarios de palabra y reformistas de hecho; internacionalistas de palabra y cómplices de los socialchovinistas de hecho.

conclusión

conclusión

La bancarrota de la Internacional de Zimmerwald.

La necesidad de crear una tercera Internacional

conclusión

17

conclusión

La Internacional de Zimmerwald adoptó desde el primer momento una actitud vacilante, "kautskista", "centrista", lo que obligó inmediatamente a la *izquierda de Zimmerwald* a retirarse, a separarse de los demás y emitir su *propio* manifiesto (publicado en Suiza en ruso, alemán y francés).

El defecto principal de la Internacional de Zimmerwald y la causa de su *bancarrota* (pues política e ideológicamente ya ha sufrido una bancarrota) fue su vacilación e indecisión en un problema tan esencial, de decisiva significación práctica, como el de romper totalmente con el socialchovinismo y la antigua Internacional socialchovinista dirigida por Vandervelde y Huysmans en La Haya (Holanda), etcétera.

En Rusia aún se ignora que quienes constituyen la mayoría de Zimmerwald *no son más que kautskistas*. Y este es un hecho fundamental que no se puede ignorar y que todos conocen ya en Europa occidental. Hasta el chovinista, el extremado chovinista alemán Heilmann, director de la ultrachovinista *Chemnitzer Zeitung* y colaborador de la ultrachovinista *Die Glocke*, de Parvus ("socialdemócrata", por supuesto, y fervoroso partidario de la "unidad" socialdemócrata), se ha visto obligado a reconocer en la prensa que el centro (o "kautskismo") y la mayoría de Zimmerwald son una y la misma cosa.

Este hecho quedó definitivamente establecido a fines de 1916 y a principios de 1917. Aunque el Manifiesto de Kienthal condena al socialpacifismo, *toda* la derecha de Zimmerwald, *toda* la mayoría de Zimmerwald se sumergió en el socialpacifismo: Kautsky y Cía. en una serie de declaraciones de enero y febrero de 1917; Bourderon y Merheim, en Francia, que votaron *unánimemente* con los socialchovinistas las resoluciones pacifistas del Partido Socialista (diciembre de 1916) y de la Confederación General del Trabajo (organización nacional de los sindicatos franceses, también en diciembre de 1916); Turati y Cía. en Italia, donde el partido íntegro adoptó una posición socialpacifista, mientras que el propio Turati en un discurso pronunciado el 17 de diciembre de 1916 "soltó" (no por casualidad, claro está) frases *nacionalistas* que embellecían la guerra imperialista.

En enero de 1917 el presidente de las conferencias de Zimmerwald y de Kienthal, Robert Grimm, se unió con los socialchovinistas de *su propio* partido (Greulich, Pflüger, Gustav Müller y otros) *contra* los internacionalistas en los hechos.

En dos reuniones de zimmerwaldistas de distintos países, celebradas en enero y febrero de 1917, esa conducta equívoca, hipócrita, de la mayoría de Zimmerwald fue estigmatizada oficialmente por los internacionalistas de izquierda de varios países: por Münzenberg, secretario de la organización internacional de la juventud y director de la excelente publicación internacionalista *Die Jugendinternationale*; por Zinoviev, representante del Comité Central de nuestro partido; por K. Radek, del Partido Socialdemócrata polaco ("Dirección Regional"), y Hartstein, socialdemócrata alemán y miembro de la *Spartakusbund*.

Mucho se le ha dado al proletariado ruso; en ninguna parte del mundo ha conseguido aún la clase obrera desplegar tanta energía revolucionaria como en Rusia. Pero a quien mucho se le da, mucho se le exige.

Es imposible seguir tolerando el pantano zimmerwaldista. No debemos, en obsequio de los "kautskistas" de Zimmerwald, mantener la semialianza con la Internacional chovinista de los Plejanov y los Scheidemann. Debemos romper inmediatamente con esa Internacional. Debemos quedarnos en Zimmerwald *solo* como observadores.

Somos nosotros quienes debemos fundar ahora mismo, sin dilación, una *nueva* y revolucionaria Internacional proletaria; o, mejor dicho, no debemos tener miedo de reconocer públicamente que esa Internacional *ha sido ya fundada* y actúa.

Esta es la Internacional de los "internacionalistas en los hechos" que he enumerado concretamente más arriba. Ellos y sólo ellos son los representantes de las masas revolucionarias, internacionalistas, y no sus corruptores.

Y si los socialistas de *ese tipo* son pocos, que cada obrero ruso se pregunte a sí mismo si *en último* de la revolución de febrero-marzo de 1917 había en Rusia muchos revolucionarios con verdadera conciencia de clase.

No se trata de la cantidad, sino de expresar correctamente las ideas y la política del proletariado verdaderamente revolucionario. No es cuestión de "proclamar" el internacionalismo, sino de saber ser internacionalistas en los hechos, aun en los momentos más difíciles.

No nos autoengañemos con esperanzas de acuerdos y congresos internacionales. Mientras dure la guerra imperialista las relaciones internacionales se verán atenazadas por la férrea dictadura militar burguesa e imperialista. Si hasta el "republicano" Miliukov, que se ve obligado a tolerar el Gobierno paralelo del Sóviet de Diputados Obreros, *no dejó* entrar en Rusia en abril de 1917 al socialista suizo Fritz Platten, secretario del partido, internacionalista y participante de las conferencias de Zimmerwald y Kienthal, pese al hecho de que Platten está casado con una rusa, cuya familia venía a visitar, y pese al hecho de que tomó parte en la Revolución de 1905 en Riga y fue recluido por ello en una cárcel rusa y que para obtener su libertad tuvo que dar una fianza al Gobierno zarista, cuyo reembolso deseaba lograr; si hasta el "republicano" Miliukov ha podido *hacer* eso en Rusia, en abril de 1917, júzguese qué valor pueden tener las promesas y garantías, las frases y declaraciones de la burguesía a propósito de la paz sin anexiones, etc., etcétera.

¿Y la detención de Trotsky por el Gobierno británico? ¿Y la negativa de permitir a Martov salir de Suiza y las maniobras para hacerlo ir a Inglaterra, donde le aguarda la suerte de Trotsky?

No alberguemos ilusiones. No debemos engañarnos a nosotros mismos.

"Esperar" la reunión de congresos o conferencias internacionales es simplemente *traicionar* al internacionalismo, puesto que está demostrado que incluso desde Estocolmo no dejan llegar aquí a los socialistas fieles al internacionalismo, *ni siquiera sus cartas*, aunque ello es posible y aunque existe una feroz censura militar.

Nuestro partido no debe "esperar", sino *finicar* inmediatamente una III Internacional. Y cientos de socialistas encarcelados en Alemania e Inglaterra exhalarán entonces un suspiro de alivio; miles y miles de obreros alemanes, que en este momento realizan huelgas y manifestaciones que aterrorizan a ese granuja, a ese bandido de Wilhelm, se enterarán, a través de volantes *ilegales*, de nuestra decisión, de nuestra confianza fraternal en Karl Liebknecht y sólo en él, de *nuestra* decisión de combatir, inclusive ahora, el "defensismo revolucionario". Leerán esto y se sentirán fortalecidos en su internacionalismo revolucionario.

A quien mucho se le da, mucho se le exige. Ningún país del mundo es, *actualmente*, tan libre como Rusia. Utilicemos esta libertad, no para propugnar

el apoyo a la burguesía o el "defensismo revolucionario" burgués, sino para dar un paso audaz, honrado, proletario, digno de Liebknecht, fundando la *III Internacional*, una Internacional irreduciblemente hostil a los traidores social-chovinistas y a los vacilantes del "centro".

18

Después de lo dicho no son necesarias muchas palabras para explicar que no se puede ni pensar en la unión de los socialdemócratas de Rusia.

Es preferible quedarse con un solo amigo, como Liebknecht —y ello significa quedarse con el proletariado revolucionario—, que albrigar, siquiera por un segundo, idea alguna de unión con el partido del Comité de Organización, con Chjeidze y Tsereteli, que toleran en *Rabochaya Gazeta* un bloque con Potresov, que en el Comité Ejecutivo del Sóviet de Diputados Obreros votaron por el empréstito⁶ y que se han sumergido en el "defensismo".

¡Que los muertos entierren a sus muertos!

Quien quiera *ayudar* a los vacilantes primero debe dejar de vacilar.

¿Cuál debe ser el nombre de nuestro partido,
un nombre que sea científicamente exacto y contribuya
políticamente a esclarecer la conciencia del proletariado?

19

Paso ahora al punto final: el nombre de nuestro partido.

Debemos denominarnos *Partido Comunista*, tal como se llamaban a sí mismos Marx y Engels.

Debemos insistir en que somos marxistas y que nos basamos en el *Manifiesto comunista*, que ha sido desvirtuado y traicionado por los socialdemócratas en dos puntos esenciales: 1) Los obreros no tienen patria: la "defensa de la patria" en una guerra imperialista es una traición al socialismo. 2) La teoría marxista del Estado ha sido desvirtuado por la II Internacional.

El nombre de "socialdemocracia" es científicamente incorrecto, como lo señaló Marx reiteradas veces, en particular en 1875 en la *Crítica del Programa de Gotha*, y como lo reiteró Engels en forma más popular en 1894. Del capitalismo la humanidad sólo puede pasar directamente al socialismo, es decir, a la propiedad social de los medios de producción y a la distribución de los productos

⁶ En el mes de abril el Gobierno provisional solicitó un préstamo a los Aliados para continuar la guerra que fue dado a conocer como el "empréstito de la libertad". El CEC del Sóviet de Petrogrado (veintidós miembros contra catorce) aprobó ese mes una resolución de apoyo a dicha acción del Gobierno [NIE].

según la cantidad de trabajo que realiza cada individuo. Nuestro partido mira más allá: el socialismo debe inevitablemente transformarse gradualmente en comunismo, cuya bandera lleva el lema "De cada uno según su capacidad, a cada uno según su necesidad".

Tal es mi primer argumento.

He aquí el segundo: la segunda parte del nombre de nuestro partido (*social-demócrata*) es también incorrecta científicamente. La democracia es una forma de Estado y nosotros, los marxistas, somos contrarios a *toda clase* de Estado.

Los dirigentes de la II Internacional (1889-1914), los señores Plejanov, Kautsky y sus semejantes, han vulgarizado y desvirtuado el marxismo.

El marxismo se distingue del anarquismo en que reconoce *la necesidad de un Estado* para la transición al socialismo, pero (es en esto en lo que nos distinguimos de Kautsky y Cía.) *no de un Estado del tipo* de la república parlamentaria democraticoburguesa corriente, sino de un Estado como la Comuna de París de 1871 y como los sóviets de diputados obreros de 1905 y 1917.

Mi tercer argumento: *la realidad viva*, la revolución, ha creado *ya* en nuestro país *prácticamente*, si bien en una forma aún débil, embrionaria, precisamente ese nuevo tipo de "Estado", que no es un Estado en el sentido estricto de la palabra.

Esta es *ya* una cuestión de la actividad práctica del pueblo y no sólo una teoría de dirigentes.

El Estado, en el sentido estricto de la palabra, es la dominación sobre el pueblo mediante contingentes armados divorciados del pueblo.

Nuestro Estado nuevo, *naciente*, es también un Estado, pues también nosotros necesitamos contingentes armados, también nosotros necesitamos el orden *más estricto* y debemos aplastar *sín piedad*, por la fuerza, todos los intentos de una contrarrevolución, ya sea zarista o guchkovista-burguesa.

Pero nuestro Estado nuevo, *naciente*, *no es* ya un Estado en el sentido estricto de la palabra, pues en varias regiones de Rusia estos contingentes armados están constituidos por las *propias masas*, por todo el pueblo, y no por ciertas personas privilegiadas, colocadas por encima del pueblo, divorciadas del pueblo y, a los fines prácticos, inamovibles.

Debemos mirar hacia adelante y no hacia atrás, a la democracia corriente de tipo burgués, que consolida la dominación de la burguesía con ayuda de los viejos organismos administrativos *monárquicos*, la Policía, el Ejército y la burocracia.

Debemos mirar hacia adelante, hacia la naciente nueva democracia, que ya está dejando de ser una democracia, pues democracia significa la dominación del pueblo y el pueblo armado no ejerce dominación sobre sí mismo.

El término democracia, aplicado al Partido Comunista, no es sólo científicamente incorrecto; se ha convertido, desde marzo de 1917, nada más que en *antéjora* puesta al pueblo revolucionario, *impidiéndole* emprender intrépida y libremente, por iniciativa propia, la construcción de lo nuevo: los sóviets de diputados obreros, campesinos, etc., etc., como *poder único* en el "Estado" y como precursor de la "extinción" del Estado *en todas sus formas*.

Mi cuarto argumento: debemos tener en cuenta la situación real en que se encuentra el socialismo en el plano internacional.

No es la misma que la existente de 1871 a 1914, cuando Marx y Engels, con conocimiento de causa, toleraron el inexacto término oportunista de "socialdemocracia". Porque en ese *entonces*, después de la derrota de la Comuna de París, la historia había convertido en tarea del momento la labor lenta de organización y educación. Nada más podía hacerse. Los anarquistas estaban entonces (como lo están hoy) profundamente equivocados, no sólo desde el punto de vista teórico, sino también desde el punto de vista económico y político. Los anarquistas juzgaban en forma errónea la realidad del momento, porque no comprendieron la situación internacional; el obrero de Inglaterra corrompido por los beneficios imperialistas, la Comuna derrotada en París, el reciente triunfo del movimiento nacionalburgués en Alemania (1871), el letargo secular de la Rusia semifeudal.

Marx y Engels apreciaron correctamente el momento; comprendieron la situación internacional, comprendieron que hay que aproximarse *lentamente* al comienzo de la revolución social.

También nosotros debemos comprender los rasgos específicos y las tareas de la nueva época. No imitemos a aquellos marxistas arrepentidos de quienes Marx decía: "Sembré dientes de dragón y coseché pulgas".

La necesidad objetiva del capitalismo, que se transformó en imperialismo, originó la guerra imperialista. La guerra ha llevado a la humanidad *al borde del abismo*, al borde de la destrucción de la civilización, del embrutecimiento y el aniquilamiento de millones y más millones de seres humanos.

No *hay* más salida que una revolución proletaria.

Y en el momento mismo en que esa revolución comienza, en que da sus primeros pasos vacilantes, inseguros, *pasos* que traducen demasiada confianza en la burguesía, en ese momento la mayoría (esto es verdad, esto es un hecho) de los dirigentes "socialdemócratas", de los parlamentarios "socialdemócratas", de los periódicos "socialdemócratas" —y son estos precisamente los *órganos* que influyen en el pueblo— *deserta* del socialismo, *traiciona* el socialismo y se pasa al campo de "su" burguesía nacional.

Esos dirigentes han confundido al pueblo, lo han desorientado y engañado.

¡Y si nosotros conservamos el viejo y anticuado nombre del partido, tan podrido como la II Internacional, favoreceremos y fomentaremos ese engaño!

Por supuesto, "muchos" obreros *interpretan* honradamente la socialdemocracia. Pero ya es hora de aprender a distinguir lo subjetivo de lo objetivo.

Subjetivamente, esos obreros socialdemócratas son los más fieles dirigentes de los proletarios.

Pero objetivamente la situación internacional es tal que el antiguo nombre de nuestro partido *facilita* el engaño del pueblo, *frena* el avance, pues a cada paso, en cada periódico, en cada grupo parlamentario las masas ven *dirigentes*, es decir, personas cuyas palabras resuecan más y cuyos actos son más visibles; sin

embargo, todos ellos son "seudosocialdemócratas", todos están "por la unidad" con los traidores al socialismo, con los socialchovinistas, y todos se presentan a cobrar las viejas facturas emitidas por la "socialdemocracia"...

¿Cuáles son los argumentos en contra?... Nos confundirán con los anarco-comunistas, dicen...

¿Y por qué no tenemos ser confundidos con los socialnacionalistas, los socialliberales o los radical-socialistas, el principal partido burgués de la República francesa y el más experto en el engaño burgués del pueblo?... Se nos dice: el pueblo está habituado a él, los obreros se han "encariñado" con *su* partido socialdemócrata.

Ese es el único argumento, pero es un argumento que rechaza la ciencia marxista, las tareas de mañana en la revolución y la situación objetiva del socialismo mundial, la bancarrota vergonzosa de la II Internacional y el daño ocasionado a la causa práctica por la multitud de "seudosocialdemócratas" que rodean a los proletarios.

Es un argumento de rutina, de inercia, de estancamiento.

Pero nosotros nos proponemos reconstruir el mundo. Nosotros nos proponemos poner fin a la guerra mundial imperialista, a la que han sido lanzados cientos de millones de hombres, en la que están comprometidos los intereses de muchos cientos de miles de millones de capital, una guerra que no puede terminar en una paz verdaderamente democrática sin la revolución proletaria más grande en la historia de la humanidad.

Sin embargo tenemos miedo de nosotros mismos. No nos decidimos a desechas la "vieja y querida" camisa sucia...

Ya es hora de desechar la camisa sucia y ponerse ropa limpia.

Petrogrado, 10 de abril de 1917

Epílogo⁷

Mi folleto ha envejecido a causa de la desorganización económica general y de la poca eficiencia de las imprentas de San Petersburgo. El folleto fue escrito el 10 de abril de 1917, hoy estamos a 28 de mayo ¡y aún no ha salido!

Lo escribí como *proyecto* de plataforma para difundir mis puntos de vista *antes* de la Conferencia de toda Rusia de nuestro partido, el Partido Obrero Socialdemócrata bolchevique de Rusia. Se hicieron varias copias del folleto a máquina, que se distribuyeron entre los miembros del Partido antes y durante la Conferencia, de modo que, en parte, cumplió su cometido. Pero la Conferencia tuvo lugar del 24 al 29 de abril de 1917, sus resoluciones fueron publicadas hace tiempo (véase el suplemento de *Soldatskaya Pravda* N.º 13) y el lector

⁷ Escrito en San Petersburgo el 28 de mayo (10 de junio) de 1917.

atento notará que mi folleto sirvió, en muchos casos, de proyecto original de esas resoluciones.

Me resta expresar la esperanza de que el folleto aporte todavía algún beneficio por su vinculación con esas resoluciones y porque las explica, y ocuparme aquí de dos puntos.

En la página 27 sugiero que nos quedemos en Zimmerwald en calidad de observadores (ver "La bancarrota de la Internacional de Zimmerwald. La necesidad de crear una tercera Internacional"). La Conferencia no estuvo de acuerdo en este punto y tuve que votar contra la resolución sobre la Internacional. Ahora se hace evidente que la Conferencia cometió un error y que el curso de los acontecimientos pronto lo enmendará. Al permanecer en Zimmerwald, nosotros (aun contra nuestra voluntad) ayudamos a postergar la creación de la III Internacional, frenamos indirectamente su creación por estar aplastados por el peso muerto de la Conferencia de Zimmerwald, política e ideológicamente muerta.

Ante todos los partidos obreros del mundo la situación de nuestro partido es ahora tal que estamos *obligados* a *fundar* sin dilaciones la III Internacional. Hoy nadie, salvo nosotros, podrá hacerlo, y las demoras sólo pueden causar daño. Si nos quedamos en Zimmerwald con meros fines de información tendremos las manos libres para crear la nueva Internacional (y al mismo tiempo poder *utilizar* Zimmerwald si las circunstancias lo permiten).

A causa del error cometido por la Conferencia ahora debemos esperar pasivamente por lo menos hasta el 5 de julio de 1917 (fecha fijada para la Conferencia de Zimmerwald; ¡siempre que no la *vueban* a postergar! Ya que ha sido postergada una vez...).

Pero la resolución aprobada por unanimidad en el Comité Central de nuestro partido después de la Conferencia, publicada en *Pravda* N.º 55, del 12 de mayo, ha corregido en parte el error; se resolvió que abandonaríamos Zimmerwald si decidían conferenciar con ministros. Expreso la esperanza de que la otra mitad del error será rápidamente rectificada en cuanto reunamos la primera conferencia internacional "de la izquierda" (la "tercera tendencia", los "internacionalistas en los hechos"; véase más arriba "La situación en la Internacional Socialista").

El segundo punto en el que debo detenerme es la formación del "gabinete de coalición" el 6 de mayo de 1917⁸. Puede *parecer* que en este punto el folleto esté particularmente anticuado.

Pero, en realidad, de todos los puntos es éste el que no está anticuado en absoluto, y por estar basado en un análisis de clase es temido como el fuego

8 Luego de la crisis gubernamental de marzo, cuando los ministros Milúkov y Guchkov fueron depuestos, comenzaron los debates en el CEC del Sóviet, así como en su plenaria, en torno a la forma en que debía expresarse el apoyo al Gobierno provisional. Recién el 6 (20) de mayo la plenaria votó la participación en el Gobierno a través de seis carteras ministeriales que deberían rendir cuentas al Sóviet [NdlE].

por los mencheviques y socialrevolucionarios que han proporcionado seis ministros en calidad de rehenes a los diez ministros capitalistas. Es porque el folleto se basa *enteramente* en un análisis *de clase* que no ha envejecido con el ingreso de Tsereteli, Chernov y Cía. al gabinete, la modificación en este sentido es *indignificante respecto a la forma* del acuerdo del Sóviet de Petrogrado con el Gobierno capitalista, y yo subrayé deliberadamente en mi folleto (en la página 8) que "no me refiero tanto al acuerdo formal como al apoyo efectivo".

Cada día se hace más claro que Tsereteli, Chernov y Cía. no son nada más que rehenes de los capitalistas, que el Gobierno "renovado" no quiere ni puede cumplir ninguna de sus exuberantes promesas ni en la política exterior ni en la interna. Chernov, Tsereteli y Cía. han cometido un suicidio político al convertirse en ayudantes de los capitalistas, en gente que en realidad estrangula la revolución. Kerensky ha caído tan bajo como para emplear la fuerza contra las masas (compárese con la página 9 del folleto: "Por el momento, Guchkov sólo amenaza con emplear la violencia contra las masas", mientras que Kerensky *ha tenido* que poner en práctica esas amenazas...⁹). Chernov, Tsereteli y Cía. se han suicidado políticamente y han matado a sus partidos, el menchevique y el socialrevolucionario. El pueblo comprenderá esto cada día con mayor claridad.

El gabinete de coalición no es más que un momento de transiciones en el desarrollo de las contradicciones de clase fundamentales de nuestra revolución, brevemente analizadas en el folleto. Las cosas no pueden seguir así mucho tiempo. O vamos hacia atrás, hacia la contrarrevolución en toda la línea, o hacia adelante, hacia el paso del poder a manos de otras clases. No podemos permanecer inmóviles en tiempos de revolución, en plena guerra imperialista mundial.

N. Lenin

San Petersburgo, 28 de mayo de 1917

⁹ Hace referencia a la promulgación por parte de Kerensky, ministro de Guerra del Gobierno de coalición, de la *Declaración de los derechos del soldado* el 11 (24) de mayo de 1917 [NdE].

LA GUERRA Y LA REVOLUCIÓN

Conferencia pronunciada el 14 (27) de mayo de 1917¹

La cuestión de la guerra y la revolución se ha planteado con tal frecuencia en los últimos tiempos, tanto en la prensa como en cada reunión pública, que, seguramente, muchos de ustedes no sólo están familiarizados con múltiples aspectos del problema, sino que han terminado por encontrarlo aburrido. Aún no he tenido una sola oportunidad de hablar en una reunión del Partido ni de asistir siquiera a una de sus reuniones o a reuniones públicas en este distrito y, por lo mismo, corro el riesgo, tal vez, de incurrir en repeticiones o de no tratar detalladamente aquellos aspectos del problema que a ustedes más les interesan.

Me parece que lo más importante, que generalmente se olvida en el problema de la guerra, asunto clave al cual se le presta escasa atención y por el cual se traban tantas discusiones (yo diría discusiones inútiles, ociosas, sin finalidad), es el problema del carácter de clase de la guerra, sus causas, las clases que la libran y las condiciones históricas e historicoeconómicas que la han engendrado. De lo que he podido observar en reuniones públicas y del Partido sobre cómo se trata el problema de la guerra he llegado a la conclusión de que el motivo por el cual existen tantos desacuerdos en este terreno es porque, al tratar el problema de la guerra, hablamos con demasiada frecuencia lenguajes totalmente distintos.

Desde el punto de vista marxista, es decir, del socialismo científico moderno, el problema principal en cualquier discusión que hagan los socialistas acerca de cómo evaluar la guerra y qué actitud asumir hacia ella es este: con qué fines se hace la guerra y qué clases la han preparado y la dirigen. Nosotros, los marxistas, no pertenecemos a esa categoría de gentes que son enemigos incondicionales de toda guerra. Nosotros decimos: nuestro objetivo es lograr un sistema socialista de la sociedad, el cual, suprimiendo la división de la humanidad en clases, suprimiendo toda explotación del hombre por el hombre y de una nación por otra nación suprimirá ineludiblemente la posibilidad misma de la guerra. Pero en la lucha por lograr este sistema socialista de la sociedad nos encontramos inevitablemente con situaciones en las que la lucha de clase dentro de cada nación puede coincidir con una guerra entre distintas naciones, una guerra originada por esta misma lucha de clases. Por lo tanto, no podemos descartar la posibilidad de guerras revolucionarias, es decir, guerras que surgen de la lucha de clase, guerras llevadas a cabo por las clases revolucionarias,

¹ Publicado el 23 de abril de 1929 en *Parade* N.º 93.

guerras que tienen un sentido revolucionario directo e inmediato. Menos aún podemos descartarlo si recordamos que la historia de las revoluciones europeas del siglo último —digamos, en el curso de unos ciento veinticinco o ciento treinta y cinco años— junto a una mayoría de guerras reaccionarias registra también guerras revolucionarias, como la guerra de las masas revolucionarias francesas contra la Europa monárquica, atrasada, feudal y semifeudal coaligada. Y en la actualidad no hay engaño de las masas tan difundido en la Europa occidental, y últimamente también aquí, en Rusia, como citar el ejemplo de las guerras revolucionarias. Hay guerras y guerras. Debemos tener claridad sobre las condiciones históricas que han engendrado la guerra, qué clases la libran y con qué fines. Sin entender esto, todas nuestras discusiones sobre la guerra serán completamente estériles, producirán más calor que luz. Por ello, me permitiré extenderme en este aspecto de la cuestión, ya que ustedes han elegido como tema para hoy la relación entre la guerra y la revolución.

Todos conocemos el aforismo de Clausewitz, uno de los más célebres escritores sobre la filosofía e historia de la guerra, que dice: "La guerra es la continuación de la política por otros medios". Este aforismo proviene de un escritor que analizó la historia de las guerras y sacó las enseñanzas filosóficas de esta inmediatamente después del período de las guerras napoleónicas. Este escritor, cuyos puntos de vista fundamentales son, sin duda, conocidos en la actualidad por todo hombre que piensa, luchaba, hace ya cerca de ochenta años, contra la concepción del común de la gente ignorante de que la guerra es una cosa separada de la política, de los Gobiernos y de las clases interesadas; como si fuera una simple agresión que altera la paz, seguida luego por el restablecimiento de esa paz alterada, como quien dice: "¡Se han peleado y luego han hecho las paces!". Este punto de vista groseramente ignorante ha sido refutado decenas de años atrás y es refutado por cualquier análisis relativamente serio de cualquier época histórica de guerras.

La guerra es la continuación de la política por otros medios. Todas las guerras son inseparables del régimen político que las engendra. La política que un determinado Estado, que una determinada clase dentro de ese Estado mantiene durante un largo período, antes de la guerra, la continúa inevitablemente esa misma clase durante la guerra, variando únicamente las formas de acción.

La guerra es la continuación de la política por otros medios. Cuando los habitantes de las ciudades y campesinos revolucionarios franceses derrocaron por vía revolucionaria la monarquía e instauraron una república democrática a fines del siglo XVIII; cuando de modo revolucionario ajustaron las cuentas con su monarca y también con sus terratenientes esa política de la clase revolucionaria conmovió hasta los cimientos al resto de la Europa autocrática, zarista, imperial, semifeudal. Y la continuación inevitable de esa política de la clase revolucionaria triunfante en Francia fueron las guerras libradas por la Francia revolucionaria contra todos los países monárquicos de Europa, que habiendo formado su famosa coalición se alinearon contra ella en una guerra

contrarrevolucionaria. Así como dentro del país el pueblo revolucionario de Francia desplegó entonces, por primera vez, una energía revolucionaria sin precedentes, así también en la guerra de fines del siglo XVIII reveló una similar creatividad revolucionaria gigantesca al reestructurar todo el sistema de la estrategia, al romper con todos los viejos cánones y tradiciones de guerra, al reemplazar a las viejas tropas con un ejército nuevo, revolucionario, popular y al crear nuevos métodos de guerra. A mi juicio, este ejemplo merece una atención especial porque nos muestra claramente cosas que ahora olvidan siempre los periodistas burgueses. Ellos especulan con los prejuicios y la ignorancia filisteas de las masas rezagadas, quienes no comprenden la íntima conexión económica e histórica entre todo tipo de guerra y la precedente política de cada país, de cada clase que dominaba antes de la guerra y lograba sus objetivos por los así llamados medios "pacíficos". Así llamados, pues la fuerza bruta, por ejemplo, necesaria para asegurar el dominio "pacífico" en las colonias, difícilmente puede llamarse pacífica.

La paz reinaba en Europa, pero se mantenía debido a que el dominio de los pueblos europeos sobre los centenares de millones de habitantes de las colonias se sostenía únicamente mediante guerras incesantes, continuas, ininterrumpidas, que nosotros, los europeos, no las consideramos guerras porque, con demasiada frecuencia, más que guerras parecían masacres feroces y matanzas exterminadoras de pueblos inermes. La cosa es que si queremos comprender la guerra actual debemos, ante todo, hacer un estudio general de la política de las potencias europeas en conjunto. No debemos tomar tal o cual ejemplo, tal o cual caso aislado, que puede arrancarse fácilmente del contexto de los fenómenos sociales, pero que carece de todo valor, pues del mismo modo se puede citar un ejemplo opuesto. Debemos tomar toda la política del sistema total de Estados europeos en sus mutuas relaciones económicas y políticas para comprender cómo la guerra actual ha surgido, fatal e inevitablemente, de este sistema.

Observamos constantemente, en particular en los periódicos capitalistas —lo mismo monárquicos que republicanos—, cómo tratan de encontrar en la guerra actual un significado histórico que no posee. Por ejemplo, no hay lema más corriente utilizado en la República francesa que el que presenta esta guerra por parte de Francia como la continuación y reproducción de las guerras de la gran Revolución francesa de 1792. No hay lema más difundido para engañar a las masas francesas, a los obreros franceses y a los obreros de todos los países que el que aplica a nuestra época el "argot" de aquella época y algunas de sus consignas o la tentativa de presentar las cosas como si también ahora la Francia republicana defendiera su libertad contra la monarquía. Olvidan un "pequeño" hecho: que entonces, en 1792, la guerra la libraba en Francia la clase revolucionaria, que había hecho una revolución sin precedentes, que había destrozado completamente, con heroísmo sin igual, a la monarquía francesa y se había alzado contra la Europa monárquica coaligada con la sola y única finalidad de continuar su lucha revolucionaria.

La guerra en Francia fue la continuación de la política de la clase revolucionaria que hizo la revolución, conquistó la república, ajustó las cuentas con los capitalistas y terratenientes franceses con una energía sin precedentes y, continuando esa política, sostuvo la guerra revolucionaria contra la Europa monárquica coaligada.

Ahora estamos, ante todo, frente a dos alianzas, dos grupos de potencias capitalistas. Estamos frente a las más grandes potencias capitalistas del mundo —Gran Bretaña, Francia, Norteamérica y Alemania—, las cuales por decenios han practicado tenazmente una política de rivalidad económica ininterrumpida con el propósito de lograr la supremacía mundial, expoliar a las naciones pequeñas, asegurar beneficios triplicados y decuplicados al capital bancario, que ha atrapado a todo el mundo en la red de su influencia. En esto consiste realmente la política de Gran Bretaña y Alemania. Subrayo este hecho. Nunca será demasiado si insistimos en este hecho, porque si lo olvidamos no entenderemos jamás qué es esta guerra y así seremos presa fácil de cualquier periodista burgués que trata de embaucarnos con frases embusteras.

La política real de los dos grupos de gigantes capitalistas —británicos y alemanes, que, con sus aliados respectivos, arremetieron la una contra la otra—, política que han practicado durante decenios antes de la guerra, debe ser estudiada y comprendida en su conjunto. Si no lo hiciéramos así, no sólo olvidaríamos la exigencia esencial del socialismo científico y de toda la ciencia social en general, sino que no estaríamos capacitados para entender nada de la guerra actual. Caeríamos en poder de Miliukov, ese embaucador que atiza el chovinismo y el odio de un pueblo contra otro con métodos que, sin ninguna excepción, se emplean en todas partes, métodos sobre los cuales hace ya ochenta años escribió Clausewitz, quien puso en ridículo el mismo punto de vista que sostiene hoy alguna gente: ¡vivían los pueblos en paz y luego han comenzado a pelearse! ¡Como si eso fuese verdad! ¿Acaso se puede explicar una guerra sin tener en cuenta sus relaciones con la política precedente de un determinado Estado, de determinados sistemas de Estados, de determinadas clases? Repito: esta es una cuestión fundamental, que siempre se pasa por alto y cuya incompreensión hace que de diez discusiones sobre la guerra nueve resulten una simple disputa, mero palabrerío. Nosotros decimos: si ustedes no han estudiado la política de ambos grupos beligerantes durante decenios —para evitar citar factores casuales y ejemplos fortuitos—, si no han demostrado la relación de esta guerra con la política precedente, entonces no han entendido nada de esta guerra.

Ahora bien, esta política nos muestra precisamente algo: la incesante rivalidad económica entre las dos economías capitalistas de los dos mayores gigantes del mundo. De un lado, Gran Bretaña, un país que es dueño de la mayor parte del globo, un país que se encuentra en primera fila por su riqueza, riqueza creada no tanto con el trabajo de sus obreros como por la explotación de innumerables colonias, por el inmenso poder de sus bancos, fusionados por arriba

en un grupo pequeño, insignificante, de unos tres, cuatro o cinco superbancos que manejan centenares de billones de rublos, y los manejan de tal manera que se puede decir, sin exageración, que no hay hoy ni un solo trozo de tierra en el mundo donde este capital no haya asentado su pesada mano, no hay un solo trozo de tierra que no esté enredado por miles de hilos del capital inglés. Este capital alcanzó a fines del siglo XIX y principios del XX tales proporciones que extendió sus actividades mucho más allá de las fronteras de un solo Estado y formó un grupo de bancos gigantes con una riqueza incommensurable. Al constituir ese grupo pequeñísimo de bancos, envolvió a todo el mundo en la red de sus centenares de billones de rublos. Esto es lo esencial en la política económica de Gran Bretaña y en la política económica de Francia, de la que los propios escritores franceses, algunos de ellos, colaboradores de *L'Humanité*, periódico dirigido actualmente por exsocialistas (por ejemplo, nada menos que un hombre como Lysis, conocido experto en asuntos financieros), señalaban ya unos cuantos años antes de la guerra: "Francia es una monarquía financiera, Francia es una oligarquía financiera, Francia es el usurero del mundo".

Del otro lado, frente a este grupo principalmente anglo-francés hay otro grupo de capitalistas aún más rapaz, aún más voraz; grupo que llegó a la mesa del festín capitalista cuando ya todos los sitios estaban ocupados, pero que introdujo en la lucha nuevos métodos de desarrollo de la producción capitalista, técnicas mejores y una organización superior, que convirtió al viejo capitalismo de la era del capitalismo de la libre concurrencia en capitalismo de los gigantes: trusts, consorcios y cárteles. Este grupo introdujo los comienzos del control por el Estado de la producción capitalista, fusionando la fuerza gigantesca del capitalismo con la fuerza gigantesca del Estado en un solo mecanismo y enrolando a decenas de millones de personas en una sola organización del capitalismo de Estado. He aquí la historia económica, la historia diplomática, que abarca varios decenios, de la cual nadie puede escapar. Es la única guía para la solución acertada del problema de la guerra; lleva a la conclusión de que la guerra actual es también el resultado de las políticas de las clases que han entrado en lucha, de los dos mayores gigantes que, mucho antes de la guerra, habían atrapado a todo el mundo, a todos los países, en la red de la explotación financiera y se habían repartido el mundo en el terreno económico. Ellos tenían que chocar porque el nuevo reparto de esa supremacía se hizo inevitable desde el punto de vista del capitalismo.

El antiguo reparto se basaba en que Gran Bretaña, por espacio de varios siglos, había llevado a la ruina a sus anteriores rivales. Su rival anterior fue Holanda, que había dominado todo el mundo; otro fue Francia, que durante casi un siglo luchó por la supremacía. Después de una serie de guerras prolongadas, Gran Bretaña, basándose en su poderío económico, en su capital mercantil, pudo establecer su dominio indisputado del mundo. Pero en 1871 surgió un nuevo depredador, surgió un nuevo poder capitalista, que se desarrolló incomparablemente más rápido que Gran Bretaña. Este es un hecho fundamental. No

se encontrará ningún libro de historia económica que no reconozca este hecho indiscutible: el desarrollo más acelerado de Alemania. Este rápido desarrollo del capitalismo en Alemania fue el desarrollo de un depredador joven y fuerte que apareció en el concierto de las potencias europeas y dijo: "Ustedes han arruinado a Holanda, han derrotado a Francia, se han apoderado de medio mundo; hagan el favor de entregarnos ahora una parte equitativa". ¿Qué significa "una parte equitativa"? ¿Cómo determinarla en el mundo capitalista, en el mundo de los bancos? Allí, el poder se determina por la cantidad de bancos. Allí, el poder se determina en la forma que expresa un portavoz de los multimillonarios norteamericanos que declaró con la franqueza y el cinismo típicamente norteamericanos: "En Europa la guerra se libra por la hegemonía mundial. Para dominar el mundo se necesitan dos cosas: dólares y bancos. Nosotros tenemos los dólares, crearemos los bancos y dominaremos el mundo". Esta declaración la hizo un destacado periódico de los multimillonarios norteamericanos. Debo manifestar que en esta cínica declaración de un norteamericano multimillonario engreído hay mil veces más verdad que en miles de artículos de los embusteros burgueses, quienes tratan de probar que esta guerra se hace en defensa de intereses nacionales, por problemas nacionales y otras mentiras por el estilo evidentemente claras que descartan totalmente la historia y toman un ejemplo aislado, como es el caso de la bestia de presa alemana que atacó a Bélgica. Este caso es, indudablemente, verídico. En efecto, ese grupo de depredadores atacó a Bélgica con una ferocidad brutal, pero hizo lo mismo que ayer hizo el otro grupo con otros medios y que hoy hace a otros pueblos.

Quando discutimos sobre las anexiones —que guarda relación con el problema que he tratado de explicarles brevemente como historia de las relaciones económicas y diplomáticas que han originado la guerra actual—, cuando discutimos sobre las anexiones olvidamos siempre que estas, generalmente, son la causa de la guerra: es el reparto de los territorios conquistados o, para decirlo de manera más popular, es la división del botín robado por las dos pandillas de ladrones. Cuando discutimos sobre las anexiones nos encontramos constantemente con métodos que desde el punto de vista científico no resisten la crítica y que como métodos del periodismo social son mentiras deliberadas. Pregunten a un chovinista o socialchovinista ruso qué significa la anexión por parte de Alemania y él les dará una excelente explicación, pues esto lo comprende a la perfección. Pero jamás responderá a una pregunta sobre una definición general de las anexiones aplicables a todos, a Alemania, a Inglaterra y a Rusia. ¡Jamás lo hará! Y cuando *Rech* (para pasar de la teoría a la práctica), burlándose de nuestro periódico *Pravda*, dijo: "¡Estos pravdistas consideran lo de Curlandia² como una anexión! ¿Cómo se puede hablar con esta gente?", le respondimos: "Den al pueblo una definición política del concepto de anexión que pueda

² Región ubicada entre el mar Báltico y el golfo de Riga. Fue anexada al imperio ruso tras la repartición de Polonia con Prusia y Austria a finales del siglo XVIII (NdE).

aplicarse por igual a *todas* las anexiones del mundo, alemanas, inglesas y rusas, y nosotros afirmamos que *Reich* no aceptará nuestro desafío o será descarnado por nosotros"; *Reich* guardó silencio. Afirmamos que ningún periódico, ni de los chovinistas en general, quienes dicen simplemente que es necesario defender la patria, ni de los socialchovinistas ha dado jamás una definición de las anexiones que pudiese aplicarse tanto a Alemania como a Rusia; que pudiera aplicarse a cualquiera de los beligerantes. Y no puede darla por la simple razón de que esta guerra es la continuación de la política de anexiones, es decir, una política de conquista, de saqueo capitalista por parte de los dos grupos comprometidos en la guerra. Sin duda, la cuestión de cuál de estos dos depredadores desenvainó primero el cuchillo tiene para nosotros poca importancia. Tomemos la historia de los gastos navales y militares de estos dos grupos durante un período de decenios, tomemos la historia de las pequeñas guerras que han mantenido antes de la gran guerra —"pequeñas" porque en esas guerras murieron pocos europeos, pero, en cambio, murieron centenares de miles de personas de los pueblos sometidos por ellos, pueblos que desde su punto de vista no pueden ser considerados pueblos (no se puede llamar pueblos a esos africanos y asiáticos!)—; las guerras libradas contra estos pueblos eran guerras contra pueblos desarmados, que eran simplemente balcados, ametrallados. ¿Se puede llamar a esto una guerra? Propiamente hablando, no eran guerras y se las puede olvidar. Esta es su actitud ante este engaño completo a las masas.

La guerra actual es la continuación de la política de conquista, de exterminio de nacionalidades enteras, de inauditas atrocidades que alemanes e ingleses han cometido en África e ingleses y rusos en Persia —es difícil decir cuál de ellos ha cometido más—. Por esta razón los capitalistas alemanes los consideraban sus enemigos. ¡Ahl, decían, ¿ustedes son fuertes por ser ricos? Pero nosotros somos más fuertes, por lo tanto tenemos el mismo derecho "sagrado" al saqueo. A esto se reduce la verdadera historia del capital financiero británico y alemán en el curso de varios decenios anteriores a la guerra. A esto se reduce la historia de las relaciones ruso-alemanas, ruso-británicas y alemán-británicas. Aquí está la clave para comprender el porqué de la guerra. Por eso no es más que charlatanería y engaño la leyenda corriente sobre la causa de la guerra. Olvidando la historia del capital financiero, la historia de cómo se venía tramando esta guerra por el nuevo reparto, presentan el asunto así: dos pueblos vivían en paz, luego uno atacó al otro y este se defendió. Se olvida toda la ciencia, todos los bancos y se incita a los pueblos a tomar las armas, y lo mismo a los campesinos, que no saben nada de política. ¡Todo lo que tienen que hacer es defender! Lo lógico sería, de seguir esta argumentación, suspender todos los periódicos, quemar todos los libros y prohibir toda mención de las anexiones en la prensa. De esta manera se puede llegar a la justificación de semejante punto de vista sobre las anexiones. Ellos no pueden decir la verdad sobre las anexiones porque toda la historia de Rusia, de Gran Bretaña y de Alemania es una guerra continua, cruenta y sanguinaria por las anexiones. En Persia,

en África, los liberales han hecho guerras cruentas, han apaleado a los presos políticos en la India por atreverse a formular reivindicaciones semejantes a aquellas por las que se luchaba en Rusia. También las tropas coloniales francesas aplastaron a los pueblos. ¡Aquí tienen ustedes la prehistoria, la verdadera historia de despojo sin precedentes! Esta es la política de estas clases cuya continuación es la guerra actual. Por ello en la cuestión de las anexiones ellos no pueden dar la respuesta que damos nosotros cuando decimos: todo pueblo que está unido a otro, no por voluntad expresa de la mayoría, sino por decisión de un zar o Gobierno es un pueblo anexionado, un pueblo conquistado. Renunciar a las anexiones es dar a cada pueblo el derecho a formar un Estado separado o vivir en unión con quien elija. Semejante respuesta es perfectamente clara para todo obrero que tiene de alguna manera conciencia de clase.

En cualquier resolución de las que se han aprobado por decenas y publicado, incluso en un periódico como *Zemlya i Volya*³, ustedes encontrarán la respuesta, aunque mal formulada: no queremos una guerra para dominar a otros pueblos; luchamos por nuestra libertad; así dicen todos los obreros y campesinos, así es como expresan el punto de vista del obrero, su manera de entender la guerra. Con ello quieren decir que si la guerra se hiciese en interés del pueblo trabajador contra los explotadores ellos estarían por esa guerra. También lo estaríamos nosotros y no hay partido revolucionario que pudiera estar en contra de semejante guerra. Los autores de las numerosas resoluciones se equivocan cuando creen que ellos libran la guerra. Nosotros, los soldados; nosotros, los obreros; nosotros, los campesinos, luchamos por nuestra libertad. Jamás olvidaré la pregunta que, después de una reunión, me hizo uno de ellos: "¿Por qué siempre hablan ustedes contra los capitalistas? —dijo— ¿Acaso yo soy un capitalista? Nosotros somos obreros, defendemos nuestra libertad". ¡Se equivocan! Ustedes pelean porque obedecen a su Gobierno capitalista; la guerra no la realizan los pueblos, sino los Gobiernos. No me extraña cuando es el obrero o el campesino, que no sabe de política, que no ha tenido la suerte —o la desgracia— de penetrar en los secretos de la diplomacia o en el cuadro de ese saqueo financiero (aunque más no sea en el de la opresión de Persia por Rusia e Inglaterra), no me extraña que él obvide esa historia y diga ingenuamente: ¿qué tiene que ver esto con los capitalistas si el que pelea soy yo? Él no comprende la relación entre la guerra y el Gobierno, no comprende que la guerra la libra el Gobierno y él es sólo un instrumento en manos de este Gobierno. Puede llamarse a sí mismo pueblo revolucionario, escribir resoluciones elocuentes —para los rusos esto es mucho, pues hace poco que han comenzado a hacerlo—. Recientemente, por ejemplo, apareció la declaración "revolucionaria" del Gobierno provisional. Esto no significa nada. Otros pueblos, más acostumbrados que nosotros en el arte capitalista de engañar a las masas, en

3 "Tierra y Libertad" fue un periódico editado por el Comité Regional de Petrogrado del partido escrista desde el 21 de marzo (3 de abril) al 13 (26) de octubre de 1917 [NafE].

lo que a escribir manifiestos "revolucionarios" se refiere, hace mucho que han batido en este aspecto todos los récords mundiales. Si se toma la historia parlamentaria de la República francesa verán que desde que fue república apoyó al zarismo, encontrarán en el curso de decenios de esta historia decenas de ejemplos de manifiestos con las frases más elocuentes que servían para encubrir una política del más ultrajante pillaje colonial y financiero. Toda la historia de la 'Tercera República de Francia' es la historia de este pillaje. Estos son los orígenes de la guerra actual. No se debe a la mala intención de los capitalistas, ni a la política errónea de algún monarca. Sería incorrecto interpretarlo así. No, esta guerra es el resultado inevitable del supercapitalismo, especialmente el capital bancario, que ha traído como consecuencia que unos cuatro bancos en Berlín y cinco o seis en Londres dominen todo el mundo, se apoderen de los recursos del mundo, refuercen su política financiera con la fuerza armada y, por último, se traben en un conflicto armado bestial sin precedentes por el hecho de que no pueden seguir avanzando libremente con su régimen de conquistas. Uno u otro debe renunciar a sus colonias. Cuestiones semejantes no se resuelven por las buenas en este mundo de capitalistas. Sólo la guerra puede resolver este problema. Por ello es absurdo culpar a uno u otro bandido coronado. Esos bandidos coronados son todos iguales. Por ello es igualmente absurdo culpar a los capitalistas de uno u otro país. Todos ellos son culpables de haber implantado tal sistema. Pero esto se hizo en pleno acuerdo con las leyes defendidas por todas las fuerzas de un Estado civilizado. "Estoy en mi pleno derecho: soy comprador de acciones. Todos los tribunales, toda la Policía, todo el Ejército regular y todas las flotas del mundo cuidan mi derecho sagrado a estas acciones". Si se crean bancos que manejan centenares de millones de rublos, si han envuelto en las redes del pillaje bancario a todo el mundo, si estos bancos se han trabado en una lucha a muerte, ¿quién tiene la culpa? ¡Busquen, si pueden, al delincuente! El culpable de todo esto es el desarrollo del capitalismo durante medio siglo, y la única salida de esto es abatir el dominio de los capitalistas y hacer la revolución obrera. Esta es la conclusión a que ha llegado nuestro partido mediante el análisis de la guerra; por eso decimos: la cuestión simple de las anexiones está tan embrollada, han mentido tanto los representantes de los partidos burgueses que pueden presentar a Curlandia como si no fuera una anexión de Rusia. Estos tres bandidos coronados se han repartido Curlandia y Polonia entre ellos. Durante cien años han estado haciendo esto; la desgarraron en carne viva y el bandido ruso agarró el trozo mayor porque era, en aquel entonces, el más fuerte. Pero ahora que el depredador joven, Alemania, que participó en el reparto, se convirtió en una poderosa potencia capitalista exige una nueva división diciendo: ¡hagamos el reparto! ¿Quiéren

4 Lenin se refiere al régimen político que surge tras la caída del Segundo Imperio, en 1870-71, tras la guerra franco-prusiana y la lucha de la Comuna de París, y que durará hasta 1940 —incluyendo el "intervalo" del régimen de Vichy—, cuando se instaurará la IV República [NDE].

conservar las cosas como estaban?, dice. ¿Ustedes creen que son más fuertes? ¡Midamos las fuerzas!

A esto se reduce la guerra. Naturalmente, el desafío "midamos las fuerzas" es simplemente la expresión de largos decenios de la política de rapiña, la política de los grandes bancos. Por esto nadie, excepto nosotros, puede decir esta verdad sobre las anexiones, una verdad sencilla y comprensible para todo obrero y campesino. Por esto la prensa embarulla deliberada y desvergonzadamente la cuestión de los tratados, una cuestión tan simple. Ustedes dicen que tenemos un Gobierno revolucionario, que en este Gobierno participan ministros que son casi socialistas, narodnikis y mencheviques. Pero cuando ellos hacen declaraciones sobre la paz sin anexiones, con la condición de no definir este término (lo que significa quitar las anexiones alemanas y conservar las nuestras), decimos entonces: ¿qué valor tiene el Ministerio "revolucionario" de ustedes, sus manifestaciones, sus declaraciones de que no quieren una guerra de conquista cuando, al mismo tiempo, exhortan al Ejército a tomar la ofensiva? ¿Acaso no saben que tenemos tratados, que fue Nikolai el Sanguinario el que los concertó de la manera más rapaz? ¿No lo saben, acaso? Es perdonable que lo ignoren los obreros, los campesinos, que no participaron en el despojo, que no han leído libros sabihondos, pero lo difunden ilustrados kadetes, que conocen perfectamente bien el contenido de estos tratados. Estos tratados son "secretos", pero toda la prensa diplomática de todos los países habla de ellos y dice: "Recibirás los Estrechos, recibirás Armenia, recibirás Galitzia; recibirás Alsacia y Lorena; recibirás Trieste y nosotros nos repartiremos definitivamente Persia". Y el capitalista alemán dice: "Yo me apoderaré de Egipto, dominaré a los pueblos europeos si no me devuelven con intereses mis colonias". Las acciones son imposibles sin dividendos. Por eso la cuestión de los tratados, una cuestión simple y clara, ha originado un torrente de mentiras abominables y burdas, que brotan de las páginas de todos los periódicos capitalistas.

Tomen el periódico *Dien de hoy*. Un tal Vodovozov, a quien no se le puede acusar de bolchevismo, pero que es un demócrata honrado, declara: "Soy enemigo de los tratados secretos; permítanme decir esto sobre el tratado con Rumania. Existe un tratado con Rumania, que estipula que Rumania recibirá una serie de territorios extranjeros si lucha al lado de la Entente". Idénticos a éste son todos los tratados con los otros aliados. Sin tratados como estos ellos no hubiesen comenzado a dominar a los pueblos. Para conocer el contenido de estos tratados no es necesario hojear las revistas especializadas. Basta recordar los hechos fundamentales de la historia económica y diplomática. Durante decenios Austria ha puesto el ojo en los Balcanes para dominar allí... Y si han combatido es porque no podían dejar de combatir. Por esto, cuando las masas exigen que sean publicados estos tratados, exigencia cada día más insistente, el exministro Miliukov y el actual ministro Tereschenko (aquel en un Gobierno sin ministros socialistas, este en un Gobierno con toda una serie de ministros casi socialistas) declaran que la publicación de los tratados significaría romper con los aliados.

Evidentemente, ustedes no pueden hacer públicos los tratados porque todos ustedes pertenecen a la misma banda de ladrones. Estamos de acuerdo con Miliukov y Tereschenko: no es posible publicar los tratados. De ello se pueden hacer dos deducciones diferentes. Si estamos de acuerdo con Miliukov y Tereschenko en que los tratados no pueden ser publicados, ¿qué se deduce de ello? Si los tratados no pueden publicarse, en este caso hay que ayudar a los ministros capitalistas a continuar la guerra. La otra deducción es esta: como los capitalistas no pueden publicar los tratados, entonces hay que derribar a los capitalistas. Los dejo a ustedes decidir cuál de las dos conclusiones consideren más acertada, pero mediten bien sobre las consecuencias. Si razonamos como razonan los ministros narodnikis y mencheviques resultaría lo siguiente: el Gobierno dice que no se puede dar publicidad a los tratados, entonces hay que lanzar un nuevo manifiesto. El papel aún no está tan caro como para que no se pueda escribir nuevos manifiestos. Escribiremos un nuevo manifiesto y emprendremos una ofensiva. ¿Para qué? ¿Con qué finalidad? ¿Quién firmará esa finalidad? Los soldados son llamados a cumplir los tratados rapaces firmados con Rumania y Francia. Envíen al frente el artículo de Vodovozov y luego quéjense: listo es obra de los bolcheviques, los bolcheviques deben haber inventado este tratado con Rumania! Pero en este caso no sólo hay que acabar con el periódico *Pravda*, sino que habrá que echar incluso a Vodovozov por haber estudiado historia, habrá que hacer una hoguera con todos los libros de Miliukov, libros extraordinariamente peligrosos. Prueben a abrir cualquier libro del dirigente del partido *Narodnaya Shkola*, de este exministro de Relaciones Exteriores. Son buenos libros. ¿De qué tratan? Dicen que Rusia tiene "derecho" a los Estrechos, a Armenia, Galitzia y a Prusia oriental. Él lo ha repartido todo e incluso añadió un mapa. No solamente se tendrá que deportar a Siberia a los bolcheviques y a Vodovozov por escribir artículos tan revolucionarios, sino que incluso habrá que quemar los libros de Miliukov, porque si reuniéramos ahora simplemente citas de estos libros y las remitiéramos al frente ningún folleto incendiario tendría un efecto tan incendiario como este.

Me resta ahora únicamente, según el breve plan que he preparado para la conferencia de hoy, referirme a la cuestión del "defensismo revolucionario". Creo que, después de lo que ustedes han tenido a bien escuchar, puedo tratar sólo brevemente esta cuestión.

"Defensismo revolucionario" es la justificación de la guerra con el argumento de que, después de todo, hemos hecho la revolución, después de todo, somos un pueblo revolucionario, una democracia revolucionaria. Pero ¿cómo responderemos nosotros a esto? ¿Qué revolución hemos hecho? Hemos derrocado a Nikolai. La revolución no fue muy difícil en comparación con una revolución que hubiese derrocado a toda la clase de los capitalistas y terratenientes. ¿A quién puso en el poder la revolución? A los terratenientes y capitalistas, las mismas clases que hace tiempo están en el poder en Europa. Semejantes revoluciones se hicieron allí hace cien años: allí hace mucho que

se encuentran en el poder los Tereschenko, los Miliukov y los Konovalov, y poco importa si tienen que pagar la lista civil⁵ de sus zares o si lo hacen sin este lujo. Un banco sigue siendo un banco, lo mismo si invierten los capitales en concesiones a porcentajes o no; las ganancias siguen siendo ganancias, lo mismo en una república que en una monarquía. Si algún país salvaje se atreve a desobedecer a nuestro capital civilizado, que edifica bancos tan hermosos en las colonias, en África, en Persia, si algún país salvaje se atreve a desobedecer a nuestro banco civilizado enviamos tropas para restablecer la cultura, el orden y la civilización, como Liajov⁶ hizo en Persia y las tropas "republicanas" francesas hicieron en África, donde con idéntica ferocidad exterminaron a los pueblos. Es exactamente igual: es el mismo "defensismo revolucionario" con la diferencia de que lo manifiestan las masas inconscientes que no ven la relación entre la guerra y el Gobierno, que no saben que esta política está ratificada por los tratados. Han quedado los tratados, han quedado los bancos, han quedado las concesiones. En Rusia, en el Gobierno, se hallan los mejores hombres de su clase, pero no por eso ha cambiado de modo alguno el carácter de la guerra. El nuevo "defensismo revolucionario" utiliza el gran concepto de revolución sólo como un manto para cubrir la sucia y cruenta guerra emprendida por los sucios y abominables tratados.

La revolución rusa no ha modificado la guerra, pero ha creado organizaciones que no existen en otro país y raramente se las encontraba en las revoluciones de Occidente. La mayoría de las revoluciones se han limitado a formar Gobiernos al estilo de nuestros Tereschenko y Konovalov, en tanto que el país permanecía pasivo y desorganizado. La revolución rusa ha ido más allá. Este hecho constituye un germen de esperanza de que ella pueda sobreponerse a la guerra. Este hecho consiste en que, además del Gobierno formado por ministros "casi socialistas", del Gobierno de la guerra imperialista, del Gobierno de la ofensiva, Gobierno ligado con el capital anglo-francés; además de este Gobierno e independiente de él tenemos en toda Rusia una red de sóviets de diputados obreros, soldados y campesinos. He aquí la revolución que aún no ha dicho su última palabra. He aquí una revolución que Europa occidental no ha conocido en las mismas condiciones. Aquí existen organizaciones de las clases que realmente no necesitan de anexiones, que no han colocado en los bancos sus millones o que seguramente no están interesadas en saber si el coronel ruso Liajov y el embajador liberal inglés han repartido bien el territorio de Persia o no. En esto reside la garantía de que la revolución puede ir más allá, es decir, en que las clases que realmente no están interesadas en las anexiones, no obstante su excesiva confianza en el Gobierno capitalista, no obstante el terrible embrollo, el terrible engaño que encierra el concepto mismo de "defensismo revolucionario", no obstante apoyar el empréstito de guerra, apoyar al Gobierno de la guerra imperialista, no

⁵ Presupuesto en los Estados monárquico-constitucionales concedido para gastos personales del monarca y para el mantenimiento del palacio [NfE].

⁶ Coronel zarista que en 1908 encabezó el aplastamiento del movimiento nacional persa [NfE].

obstante todo esto ellas han podido crear organizaciones en las que están representadas las masas de las clases oprimidas. Estos son los sóviets de diputados obreros, soldados y campesinos, que en muchas localidades de Rusia han ido en su labor revolucionaria mucho más allá que el Sóviet de Petrogrado. Esto es natural, porque en Petrogrado tenemos la autoridad central de los capitalistas.

Si Skobelev dijo ayer en su discurso: "Tomaremos toda la ganancia, tomaremos el 100%" fue porque se dejó llevar por el entusiasmo ministerial. Si toman el periódico *Rab* de hoy verán cuál es la respuesta a este párrafo del discurso de Skobelev. Escribe: "¡Pero si esto se refiere al hambre, la muerte; el 100% es todo!". El ministro Skobelev va más lejos que el bolchevique más extremista. Es una calumnia decir que los bolcheviques son la extrema izquierda. El ministro Skobelev es mucho más "izquierdista". A mí me llenaron de los más infames insultos afirmando que yo quería sacar hasta la última camisa a los capitalistas. En cualquier caso, fue Shulguin quien dijo: "¡Que nos saquen nuestra última camisa!". Imagínense a un bolchevique que se acerca al ciudadano Shulguin y quiere arrancarle su camisa. Este podría, con mayor razón, acusar de eso al ministro Skobelev. Jamás hemos ido tan lejos. Jamás hemos propuesto tomar el 100% de las ganancias. No obstante, es una promesa valiosa. Si se fijan en la resolución de nuestro partido verán que en ella se propone, sólo que en una forma más fundamentada, lo mismo que proponía yo. Debe establecerse el control sobre los bancos y luego un impuesto razonable sobre las ganancias. ¡Y nada más! Skobelev sugiere tomar cien kopeks del rublo. Nada semejante hemos propuesto ni propondremos nosotros. El mismo Skobelev no piensa llevarlo a cabo, pero aunque lo pensara no podría cumplirlo por la sencilla razón de que es algo ridículo prometer esas cosas siendo amigo de Têreschenko y Kononov. Es posible tomar el 80 o el 90% de las ganancias de los millonarios, pero no del brazo con semejantes ministros. Si los sóviets de diputados obreros y soldados tuviesen el poder lo tomarían, efectivamente, pero no todo: no lo necesitan. Tomarían la mayor parte de las ganancias. Ningún otro poder de Estado puede hacerlo. El ministro Skobelev puede tener las mejores intenciones. Durante varios decenios he conocido a estos partidos, hace treinta años que estoy en el movimiento revolucionario. Por eso soy la última persona en dudar de sus buenas intenciones. Pero ése no es el problema. No es cuestión de buenas intenciones. ¡De buenas intenciones está pavimentado el camino al infierno! Los papeles firmados por nuestros ministros llenan todas las oficinas del Gobierno, pero no por eso las cosas han cambiado. ¡Comiencen, si quieren, a implantar el control! Nuestro programa es tal que leyendo el discurso de Skobelev podemos decir: no pretendemos más. Somos mucho más moderados que el ministro Skobelev. Él propone el control y el 100%. Nosotros no queremos tomar el 100%, sino que decimos: "Mientras no hayan empezado a hacer algo no les creeremos". Ahí está la diferencia: nosotros no creemos en palabras y promesas y no aconsejamos a otros que crean en ellas. La experiencia de las repúblicas parlamentarias nos enseña que no se debe creer en lo que se dice

en el papel. Si quieren control, hay que empezar por implantarlo. Basta un día para dictar una ley sobre el control. Sóviet de empleados en cada banco, sóviet de obreros en cada fábrica. Derecho de control para todos los partidos. Esto no se puede, nos dirán; es un secreto comercial, es la sagrada propiedad privada. Bueno, como gusten, hagan su elección. Si quieren salvaguardar todos esos libros, la contabilidad, todas las operaciones de los trusts, entonces no charlen sobre el control, sobre que el país va a la ruina.

En Alemania la situación es aún más grave. En Rusia se puede conseguir trigo. En Alemania, no. En Rusia, con organización, se puede hacer mucho. En Alemania ya no se puede hacer nada. Allí no queda más trigo, todo el pueblo enfrenta el desastre. La gente escribe ahora que Rusia se halla al borde de la ruina. Si es así, entonces es un crimen salvaguardar la "sagrada" propiedad privada. Por lo mismo, ¿qué sentido tienen las palabras sobre el control? ¿Acaso han olvidado que Nikolai Romanov también escribió mucho sobre el control? Mil veces encontrarán suscritas por él las palabras: control de Estado, control social, designación de senadores. En los dos meses posteriores a la revolución, los industriales han saqueado a toda Rusia. Los capitalistas han hecho fabulosas ganancias; cada informe financiero lo atestigua. Pero cuando dos meses después de la revolución los obreros han tenido la "osadía" de decir que quieren vivir como seres humanos, toda la prensa capitalista del país ha puesto el grito en el cielo. En cada número *Rech* grita de un modo salvaje que los obreros quieren robar al país, siendo que nosotros todo lo que prometemos es simplemente el control sobre los capitalistas. ¿No podríamos tener menos promesas y más hechos? Si lo que quieren es control burocrático, un control por medio de organismos semejantes a los de antes, nuestro partido expresa su profundo convencimiento de que no los podrá apoyar en eso, aunque allí (en su Gobierno) existiese, en vez de media docena, una docena de ministros narodniks y mencheviques. El control lo puede desempeñar únicamente el pueblo. Deben organizar el control por los consejos de empleados de banco, consejos de ingenieros, consejos de obreros, e implantar este control mañana mismo. Deben hacer responsable a cada funcionario bajo pena de acusación criminal por cualquier información inexacta que proporcione en cada una de estas instituciones. Es un problema de vida o muerte para el país. Queremos saber cuánto trigo hay, cuánto de materia prima, cuánta mano de obra tenemos y cómo distribuir todo esto.

Paso ahora a la última cuestión: cómo poner término a la guerra. Nos atribuyen el punto de vista absurdo de que queremos una paz por separado. Los bandidos capitalistas alemanes dan algunos pasos hacia la paz diciendo: les daremos un trozo de Turquía y de Armenia si nos dan tierras que contengan minerales. ¡De esto hablan los diplomáticos en cada ciudad neutral! Todo el mundo lo sabe. Sólo que lo encubren con las convencionales frases diplomáticas. Para eso están los diplomáticos, para hablar en lenguaje diplomático. ¡Qué insensato es decir que abogamos por la terminación de la guerra mediante una paz por separado! Poner fin a la guerra que libran los capitalistas de las

potencias más ricas, una guerra desatada por el desarrollo económico cuya historia se remonta a decenas de años, poner fin a una guerra así mediante la renuncia unilateral a las operaciones militares es una idea tan estúpida que sería incluso absurdo rebatirla. Si hemos redactado especialmente una resolución para rebatirla es porque queremos explicar las cosas a las grandes masas ante quienes hemos sido calumniados. No es un problema que se pueda discutir en serio. No se puede poner fin a la guerra que libran los capitalistas de todos los países sin una revolución obrera contra estos capitalistas. Mientras el control sea meramente una frase en lugar de un hecho, mientras el Gobierno de los capitalistas no sea reemplazado por el Gobierno del proletariado revolucionario, el Gobierno está simplemente condenado a repetir: ¡vamos al desastre, al desastre, al desastre! Actualmente, en la "libre" Gran Bretaña encarcelan a los socialistas por decir lo que yo digo. En Alemania está preso Liebknecht por decir lo que yo digo y en Austria está preso Friedrich Adler por decir lo mismo, pero con la ayuda de un revólver (tal vez ya lo han ajusticiado). La simpatía de las masas obreras de todos los países está con esos socialistas y no con aquellos que se han pasado al lado de sus capitalistas. La revolución obrera crece en todo el mundo. Naturalmente, en otros países es más difícil. Allí no existen mentecatos como Nikolai y Rasputin. Allí los mejores hombres de su clase están en el Gobierno. Allí no existen las condiciones para una revolución contra la autocracia, pues allí tienen un Gobierno de la clase capitalista. Hace mucho que gobiernan allí los representantes más inteligentes de esta clase. Por eso es inevitable que la revolución allí, si bien no ha llegado aún, tendrá que llegar, no importa cuántos revolucionarios, hombres como Friedrich Adler y como Karl Liebknecht puedan morir en la lucha. El porvenir les pertenece y los obreros de todos los países están con ellos. Los obreros de todos los países deben triunfar.

En cuanto al problema de la entrada de Norteamérica en la guerra diré lo siguiente: la gente argumenta que Norteamérica es una democracia. Norteamérica tiene la "Casa Blanca". Yo digo: la esclavitud fue abolida allí hace medio siglo. La guerra contra la esclavitud finalizó en 1865. Pero desde entonces han crecido como hongos los multimillonarios, que tienen en su puño financiero a toda Norteamérica, preparan el avasallamiento de México y llegarán inevitablemente a una guerra con el Japón por un reparto en el Pacífico. Esta guerra se está gestando desde hace ya varios decenios. Toda la literatura habla de ella. Y el objetivo real de la entrada de Norteamérica en la guerra es prepararse para la futura guerra con Japón. El pueblo norteamericano goza de gran libertad y es difícil suponer que soporte el servicio militar obligatorio, la creación de un Ejército para determinados fines de conquista, para la lucha con el Japón, por ejemplo. Los norteamericanos tienen el ejemplo de Europa para ver adónde conduce esto. Los capitalistas norteamericanos entraron en esta guerra para tener un pretexto para crear un fuerte Ejército regular, ocultándose tras los elevados ideales de defensa de los derechos de las pequeñas naciones.

Los campesinos se niegan a entregar los cereales por dinero y exigen aperos, calzado y prendas de vestir. Esta decisión de los campesinos encierra una gran parte de una verdad profunda. En efecto, el país se halla en un estado de ruina tal que enfrenta ahora, aunque con menor intensidad, lo que otros países enfrentaron hace ya mucho: una situación en que el dinero ha perdido su valor. En el curso de los acontecimientos el dominio del capitalismo va minándose tan fuertemente que los campesinos, por ejemplo, no aceptan el dinero. Ellos dicen: "¿Para qué necesitamos el dinero?", y tienen razón. El dominio del capitalismo va minándose, no porque alguien quiera tomar el poder. La "toma" del poder sería un absurdo. Sería imposible acabar con el dominio del capitalismo si a ello no condujera todo el curso del desarrollo económico de los países capitalistas. La guerra ha acelerado este proceso y esto ha hecho imposible la existencia del capitalismo. Ninguna fuerza podría destruir el capitalismo si no fuera agotado, minado por la historia.

Ahora vemos esto claramente demostrado. El campesino expresó lo que todos observan: que el poder del dinero ha sido minado. La única salida es que los sóviets de diputados obreros y campesinos acepten entregar aperos agrícolas, calzado y ropa a cambio de trigo. A esto hemos llegado, esta es la respuesta que impone la vida. Sin lo cual decenas de millones de seres corren el riesgo de quedar hambrientos, sin ropa y descalzos. Decenas de millones de hombres enfrentan el desastre y la muerte; lo último que debe preocuparnos es resguardar los intereses de los capitalistas. La única salida es que todo el poder pase a los sóviets de diputados obreros, soldados y campesinos, que representan a la mayoría de la población. Es posible que en el proceso se cometan errores. Nadie pretende que una obra tan difícil pueda ser organizada de repente. No decimos tal cosa. Se nos dice que queremos que el poder esté en manos de los sóviets, pero que ellos no lo quieren. Nosotros afirmamos que la experiencia les dictará esa solución y todo el pueblo verá que no hay otra salida. No queremos "tomar" el poder, pues toda la experiencia de las revoluciones anteriores enseña que el único poder fuerte es aquel que tiene el respaldo de la mayoría de la población. Por esto, la "toma" del poder sería una aventura y nuestro partido no dará este paso. Si el Gobierno fuera un Gobierno de la mayoría, quizá su política resultara equivocada en un principio, pero no habría otra salida. Entonces tendríamos un cambio político pacífico dentro de estas organizaciones mismas. No se puede inventar otras organizaciones. Por eso decimos que no es posible imaginar otra solución al problema.

¿Cómo poner fin a la guerra? Si el sóviet de diputados obreros y soldados tomara el poder y los alemanes continuasen la guerra, ¿qué haríamos? Cualquiera que se interese por el punto de vista de nuestro partido puede leer en *Panada* de días pasados una cita exacta de lo que dijimos ya en 1915 desde el extranjero: que si la clase revolucionaria de Rusia, la clase obrera, llega al poder, deberá proponer la paz. Y si nuestras condiciones son rechazadas por los capitalistas alemanes o por los capitalistas de otro país cualquiera, entonces esa

clase estará en su totalidad a favor de la guerra. Nosotros no decimos que se pueda acabar la guerra de golpe. No lo prometemos. Nosotros no predicamos una cosa tan imposible e irrealizable como la terminación de la guerra por la voluntad de uno solo de los beligerantes. Es fácil hacer estas promesas, pero es imposible cumplirlas. No es fácil salir de esta terrible guerra. Dura desde hace tres años. Se seguirá peleando diez años a menos que se acepte la idea de una revolución difícil y penosa. No hay otra salida. Nosotros decimos: únicamente la revolución obrera puede poner fin a la guerra iniciada por los Gobiernos capitalistas. Los que se interesen por el movimiento socialista deben leer el Manifiesto de Basilea de 1912, aprobado unánimemente por todos los partidos socialistas del mundo. Manifiesto que fue publicado en nuestro periódico *Pravda*, manifiesto que no puede ser publicado ahora en ninguno de los países beligerantes, ni en la "libre" Gran Bretaña ni en la Francia republicana porque dijo la verdad sobre la guerra antes de la guerra. Dice que estallará la guerra entre Gran Bretaña y Alemania como consecuencia de la competencia capitalista. Dice que hay tanta pólvora acumulada que los fusiles dispararán solos. Explica las causas por las que se desencadenará la guerra y dice que la guerra conducirá a la revolución proletaria. Por esto decimos a aquellos socialistas que habiendo suscrito este *Manifiesto* se pasaron al campo de sus Gobiernos capitalistas que han traicionado al socialismo. En todo el mundo ha habido una escisión entre los socialistas. Algunos están en los Ministerios, otros están en la cárcel. En todo el mundo algunos socialistas abogan por la preparación para la guerra y otros, como Eugene Debs, el Bebel norteamericano, que goza de gran popularidad entre los trabajadores norteamericanos, dice: "Prefiero que me fusilen antes que dar un céntimo para esta guerra. Estoy dispuesto a luchar únicamente por la guerra del proletariado contra los capitalistas de todo el mundo". Así es como se han dividido los socialistas del mundo entero. Los socialpatriotas de todo el mundo piensan que defienden la patria. Se equivocan: defienden los intereses de una banda de capitalistas contra otra. Nosotros preconizamos la revolución proletaria, única causa justa por la que decenas de hombres han subido al patíbulo y centenares de miles han sido arrojados a las cárceles. Los socialistas que están en las cárceles son la minoría, pero con ellos está la clase obrera, todo el curso del desarrollo económico está con ellos. Todo esto nos dice que no hay otra salida. Se puede poner fin a esta guerra únicamente con la revolución obrera en varios países. Mientras tanto, debemos ir preparándonos para esta revolución, debemos ayudarla. El pueblo ruso, a pesar de todo su odio a la guerra y de su deseo de paz, no ha podido hacer contra la guerra, sostenida por el Zar, otra cosa que preparar la revolución contra el Zar y por el derrocamiento de este. Y esto es lo que ha ocurrido. La historia les ha confirmado esto ayer y lo confirmará mañana. Hace tiempo que ya habíamos dicho: es necesario ayudar a la revolución rusa que crece. Lo dijimos a fines de 1914. Por esta causa nuestros diputados de la Duma fueron deportados a Siberia y a nosotros se nos decía: "¡Ustedes no dan una respuesta. Hablan de la revolución cuando las

huelgas ya han cesado, cuando los diputados están cumpliendo trabajo forzado y cuando no tienen ni un solo periódico!". Y se nos acusó de eludir la respuesta. Hemos oído estas acusaciones, camaradas, durante varios años. Nosotros respondimos: pueden indignarse por ello, pero mientras el Zar no esté derrocado no podemos hacer nada contra la guerra. Y nuestro vaticinio fue confirmado. Aún no está confirmado totalmente, pero ya ha empezado a ser confirmado. La revolución comienza a modificar el carácter de la guerra por parte de Rusia. Los capitalistas continúan todavía la guerra, pero nosotros decimos: mientras no comience la revolución obrera en varios países, la guerra no puede detenerse, porque la gente que quiere esta guerra está aún en el poder. Se nos dice: "Todo parece adormecido en una serie de países. En Alemania, todos los socialistas están a favor de la guerra; el único que está en contra es Liebknecht". A esto respondo: Liebknecht, él solo, representa a la clase obrera; todos cifran sus esperanzas sólo en él, en sus partidarios, en el proletariado alemán. ¿No lo creen? ¡Entonces, continúen la guerra! No hay otro camino. Si no creen en Liebknecht, si no creen en la revolución obrera, una revolución que está madurando, si no creen en eso, entonces, ¡crean en los capitalistas!

Nada que no sea la revolución obrera en varios países puede derrotar esta guerra. La guerra no es un juego; es una cosa horrenda que cobra millones de víctimas y no es fácil acabar con ella.

Los soldados en los frentes no pueden separar el frente del resto del Estado y resolver las cosas a su manera. Los soldados en el frente son una parte del país. Mientras el país esté en guerra, sufrirá también el frente. ¡No hay nada que hacer! La guerra ha sido desencadenada por las clases dominantes y únicamente la revolución de la clase obrera puede ponerle fin. El logro rápido de la paz depende únicamente del desarrollo de la revolución. Por más cosas sensibleras que se digan, por más que nos digan: "Vamos a poner fin a la guerra inmediatamente", esto no será posible sin el desarrollo de la revolución. Cuando el poder pase a los sóviets de diputados obreros, soldados y campesinos, los capitalistas se pondrán en nuestra contra: Japón, en contra; Francia, en contra; Gran Bretaña, en contra; en nuestra contra se pondrán los Gobiernos de todos los países. Tendremos en contra a los capitalistas; pero los obreros estarán a nuestro favor. Esto será el fin de la guerra que iniciaron los capitalistas. Esta es la respuesta a la pregunta de cómo hay que terminar la guerra.

I CONGRESO DE LOS SÓVIETS DE DIPUTADOS OBREROS Y SOLDADOS DE TODA RUSIA¹

3-24 de junio (16 de junio - 7 de julio) de 1917

I. Discurso sobre la actitud frente al Gobierno provisional 4 (17) de junio

Camaradas: dado el escaso tiempo de que dispongo sólo podré detenerme –y creo que es lo mejor– en los problemas de principio planteados por el informante del Comité Ejecutivo y por los oradores que le siguieron.

El primero y fundamental problema que se nos planteó fue: *¿qué es esta asamblea* a la que asistimos, qué son estos sóviets reunidos ahora en el Congreso de toda Rusia y qué es esta democracia revolucionaria, de la cual se habla tanto aquí para ocultar el hecho de que no se la comprende en absoluto y se la rechaza por completo? Hablar de democracia revolucionaria en el Congreso de los Sóviets de toda Rusia y soslayar el carácter de esta institución, su composición de clase y su papel en la revolución, no decir una palabra sobre esto y reivindicar no obstante el título de demócratas es realmente algo extraño. Se nos esboza el programa de una república burguesa parlamentaria, tipo de programa que ha habido en toda Europa occidental; se nos esboza un programa de reformas reconocidas hoy por todos los Gobiernos burgueses, incluso el nuestro, y se nos habla a la vez de democracia revolucionaria. ¿Y ante quién se habla? Ante los sóviets. Pero ¿es que hay un país en Europa, pregunto yo, un país burgués, democrático, republicano, donde exista algo parecido a estos sóviets? Necesariamente tendrán que admitir que no, que no lo hay. En ninguna parte existe ni puede existir una institución semejante, pues, una de dos: o bien un Gobierno burgués con “planes” de reforma como los que se nos han esbozado, que han sido propuestos decenas de veces en todos los países y quedaron en el papel, o bien la institución de que ahora se trata, el “Gobierno” de nuevo tipo creado por la revolución y del que sólo pueden encontrarse ejemplos en la época de los más grandes ascensos revolucionarios, como en Francia en 1792 y en 1871 o en Rusia en 1905. Los sóviets son una institución que no existe en ninguno de los Estados burgueses parlamentarios de tipo corriente ni puede coexistir con un Gobierno burgués. Son ese tipo nuevo y más democrático de

¹ Publicado en *Pravda* números 95, 96 y 97, 13 de julio (30 de junio), 14 (1) y 15 (2) de julio de 1917.

Estado al que nosotros, en las resoluciones de nuestro partido, llamábamos república democrática proletario-campesina, en que el poder pertenece exclusivamente a los sóviets de diputados obreros y soldados. Es erróneo creer que se trata de un problema teórico; es erróneo imaginar que puede ser eludido; es erróneo alegar que actualmente coexisten, con los sóviets de diputados obreros y soldados, instituciones de tal o cual carácter. Sí, es cierto, coexisten. Pero precisamente eso es lo que engendra un sinfín de errores, conflictos y rozamientos. Y es por eso que el primer ascenso, el primer avance de la revolución rusa ha cedido su puesto al estancamiento y al retroceso que hoy observamos en nuestro Gobierno de coalición, en toda su política interna y exterior, en relación con la *ofensiva imperialista*² que se está preparando.

Una de dos: o bien un Gobierno burgués corriente, en cuyo caso son inútiles los sóviets de obreros, campesinos, soldados y otros, serán disueltos por los generales, por esos generales contrarrevolucionarios que tienen en sus manos las fuerzas armadas y no prestan la menor atención a los bellos discursos del ministro Kerensky; o morirán ignominiosamente. Para esas instituciones no hay otra alternativa. No pueden retroceder ni estancarse. Sólo pueden existir si avanzan. Ese es el tipo de Estado que no inventaron los rusos, sino que promovió la revolución, porque la revolución no puede triunfar de otro modo. Dentro del Sóviet de toda Rusia los rozamientos y la lucha de los partidos por el poder son inevitables. Pero la superación de los posibles errores e ilusiones se hará por la propia experiencia política de las masas (*agitación en la sala*) y no por los discursos de los ministros, quienes se refieren a lo que dijeron ayer, a lo que escribirán mañana o a lo que prometerán pasado mañana. Esto es ridículo, camaradas, desde el punto de vista de la institución creada por la revolución rusa y que está hoy ante el dilema: ¿ser o no ser? Los sóviets no pueden seguir existiendo como hasta hoy. ¡Se reúne a personas adultas, obreros y campesinos, para aprobar resoluciones o escuchar informes que no pueden someterse a ninguna verificación documental! Una institución de esta naturaleza constituye la transición a una república que instaurará un poder estable sin policía ni ejército regular, no de palabra solamente, sino en los hechos, un poder que en Europa occidental no puede existir todavía y sin el cual la revolución rusa no puede triunfar, entendiendo esto como el triunfo sobre los terratenientes, como el triunfo sobre los imperialistas.

Sin ese poder no se puede hablar siquiera de que alcanzaremos tal victoria por nosotros mismos. Y cuanto más meditamos sobre el programa que aquí se nos aconseja y sobre los hechos ante los que nos encontramos, con mayor fuerza resalta la contradicción fundamental. ¡Se nos dice, como lo hicieron el

² Se refiere a la ofensiva militar que el Gobierno de coalición impulsó, en acuerdo con Francia y Gran Bretaña, para impedir que tropas alemanas y austriacas se desplazaran hacia el frente occidental y para ocupar Galitzia. La ofensiva se desencadenó el 18 de junio (1° de julio), tuvo un primer avance para luego desplomarse por la resistencia de los soldados a entrar al combate; el 2 (15) de julio el plan de la ofensiva estaba desbaratado (NdlE).

informante y otros oradores, que el primer Gobierno provisional era malo! Pero entonces, cuando los bolcheviques, los desagradables bolcheviques dijeron: "Ningún apoyo a este Gobierno, ninguna confianza en él", ¡cuántas veces fuimos acusados de "anarquismo"! Hoy todos dicen que el Gobierno anterior fue un Gobierno malo. Pero ¿en qué se distingue el Gobierno de coalición, con sus ministros casi socialistas, del anterior Gobierno? ¿No se ha hablado ya bastante de programas y de proyectos? ¿No es suficiente? ¿No es hora de pasar al trabajo? Ha transcurrido un mes desde que el 6 de mayo se formó el Gobierno de coalición. ¡Veamos los hechos, veamos la ruina existente en Rusia y en otros países arrastrados a la guerra imperialista! ¿Cuál es la causa de la ruina? El carácter rapaz de los capitalistas. Ahí tienen la verdadera anarquía. Y esto se admite en declaraciones que no han sido publicadas precisamente en nuestro periódico ni en ningún periódico bolchevique (¡Dios nos libre!), sino en el ministerial *Rabochaya Gazeta*, el cual ha informado que los precios industriales para el suministro de carbón han sido *elevados* ¡por el Gobierno "revolucionario"! El Gobierno de coalición no ha modificado nada en este aspecto. Se nos pregunta si en Rusia puede implantarse el socialismo y si, en general, pueden realizarse inmediatamente cambios radicales. Todo eso son frases vacías, camaradas. La doctrina de Marx y de Engels, como lo explicaban constantemente, dice: "Nuestra teoría no es un dogma, sino una guía para la acción". En ninguna parte del mundo existe capitalismo puro que se transforme en socialismo puro ni puede existir durante la guerra. Pero existe algo intermedio, algo nuevo y sin precedentes, porque sucumben cientos de millones de hombres, arrastrados a la criminal guerra entre capitalistas. No se trata de promesas de reformas: esas son simples frases. Se trata de tomar las medidas que nos exige el momento actual.

Si quieren hablar de democracia "*revolucionaria*" deben distinguir este concepto del de la democracia *reformista* con un ministerio capitalista, pues ya es hora de acabar con esas frases sobre la "democracia revolucionaria" y con las felicitaciones mutuas a propósito de la "democracia revolucionaria" y atenerse a la definición de *dase* como nos ha enseñado el marxismo y el socialismo científico en general. Lo que se nos propone es el paso a la democracia reformista con un ministerio capitalista. Eso podría ser magnífico desde el punto de vista de los modelos usuales de Europa occidental. Pero hay una serie de países que hoy están al borde de la ruina y las medidas prácticas que según el orador que me ha precedido, el ministro de Correos y Telégrafos, son tan complicadas que es difícil llevarlas a cabo sin un estudio especial no pueden ser más claras. Él decía que no hay en Rusia ningún partido político que esté dispuesto a asumir la totalidad del poder. Yo contesto: "*¡Sí, lo hay! Ningún partido puede renunciar a eso y nuestro partido ciertamente no renuncia. Está dispuesto, en cualquier momento, a asumir la totalidad del poder*" (aplausos y risas). Pueden reírse cuanto quieran, pero si el ministro nos compara en este problema con un partido de derecha recibirá una contestación adecuada. Ningún partido puede renunciar a eso. Y en un

momento en que todavía reina la libertad, en que las amenazas de arresto y de destierro a Siberia, las amenazas por parte de los contrarrevolucionarios con quienes nuestros ministros casi socialistas comparten el Gobierno no son más que amenazas, en un momento como este, todo partido dice: denos su confianza y nosotros les expondremos nuestro programa.

Nuestra Conferencia del 29 de abril dio ese programa³. Desgraciadamente, se lo ignora y no se lo toma como guía. Es necesario, por lo visto, exponerlo de una manera sencilla. Intentaré ofrecer al ministro de Correos y Telégrafos una exposición sencilla de nuestra resolución y de nuestro programa. Con respecto a la crisis económica, nuestro programa consiste en exigir inmediatamente —esto no debe ser aplazado— la publicación de todas las ganancias fabulosas, que llegan del 500 al 800% y que los capitalistas no obtienen como capitalistas en el mercado libre, en un capitalismo “puro”, sino por medio de los suministros militares. He ahí donde el control obrero es realmente necesario y posible. He ahí una medida que ustedes, si se llaman demócratas “revolucionarios”, deben llevar a la práctica en nombre del Sóviet, una medida que puede llevarse a la práctica de la noche a la mañana. Eso no es socialismo. Es abrirle al pueblo los ojos acerca de la verdadera anarquía y del verdadero juego con el imperialismo, del juego con el patrimonio del pueblo, con los cientos de miles de vidas humanas que mañana se perderán porque continuamos estrangulando a Grecia. Hagan públicas las ganancias de los señores capitalistas, arresten a cincuenta o cien de los más grandes millonarios. Bastará con tenerlos unas cuantas semanas presos —aunque sea en las mismas condiciones de privilegio en que se mantiene a Nikolai Romanov— con la simple finalidad de que revelen los ocultos resortes, los manejos fraudulentos, la inmundicia y la codicia que aún bajo el nuevo Gobierno están costando a nuestro país miles y millones todos los días. Esa es la causa fundamental de la anarquía y de la ruina. Por eso decimos que en Rusia todo sigue como antes, que el Gobierno de coalición nada ha modificado y únicamente ha añadido un montón de declaraciones, de frases alisonantes. Por muy sinceros que sean los hombres, por muy sinceramente que aspiren al bienestar de los trabajadores, las cosas no han cambiado, *la misma clase* sigue en el poder. La política que aplica no es una política democrática.

Se nos habla de la “democratización del poder central y local”. ¿Acaso ignoran que esas palabras son una novedad sólo en Rusia, que en otras partes decenas de ministros casi socialistas han dado a sus países promesas semejantes? ¿De qué sirven cuando presenciamos el hecho concreto, real, de que mientras la población local elige a sus autoridades, el poder central, en nombre del derecho de designar o confirmar a las autoridades locales, viola los principios más elementales de la democracia? El saqueo del patrimonio del pueblo por los capitalistas continúa. La guerra imperialista continúa. Y no obstante se nos

³ Ver “Las tareas del proletariado en nuestra revolución (Proyecto de plataforma del partido proletario)” en el presente tomo [NDE].

prometen reformas, reformas y más reformas, cuya ejecución es absolutamente imposible en las condiciones actuales, porque la guerra lo aplasta todo, lo determina todo. ¿Por qué no están de acuerdo con quienes dicen que esta guerra no se libra por las ganancias de los capitalistas? ¿Cuál es el criterio? Es ante todo y sobre todo qué clase está en el poder, qué clase continúa dominando, qué clase continúa embolsando cientos y miles de millones con sus operaciones bancarias y financieras. Es la misma clase capitalista y por eso la guerra sigue siendo imperialista. Ni el primer Gobierno provisional ni el Gobierno con los ministros casi socialistas han modificado nada. Los tratados secretos siguen siendo secretos. Rusia combate por los Estrechos, combate por la continuación de la política de Lajov en Persia, etcétera.

Ya sé que ustedes no quieren eso, que la mayoría de ustedes no lo quieren y que los ministros no lo quieren, porque nadie puede quererlo, porque significa la matanza de cientos de millones de hombres. Pero fijémonos en la *ofensiva* de la que tanto hablan ahora los Miliukov y los Maklakov. Ellos saben perfectamente qué significa. Saben que está relacionada con el problema del poder, con el problema de la revolución. Se nos dice que debemos distinguir entre problemas políticos y estratégicos. Es ridículo plantear siquiera esta cuestión. Los kadetes saben perfectamente que se trata de un problema político.

Decir que la lucha revolucionaria por la paz, que se ha iniciado desde abajo, puede conducir a un tratado de paz por separado es una calumnia. La primera medida que nosotros tomaríamos siuviésemos el poder sería arrestar a los más grandes capitalistas y romper todos los hilos de sus intrigas. Sin eso, toda la charla acerca de una paz sin anexiones y sin indemnizaciones carece en absoluto de sentido. Nuestra segunda medida sería declarar a los pueblos, por encima de los Gobiernos, que para nosotros todos los capitalistas son bandidos: tanto Tereschenko, que no es ni un ápice mejor que Miliukov, sólo un poco más tonto que los capitalistas franceses, los británicos, y todos los demás.

El propio periódico de ustedes, *Izvestia*, se ha metido en un atolladero y propone, en vez de una paz sin anexiones ni indemnizaciones, el *statu quo*. Nuestra idea de la paz "sin anexiones" es diferente. Hasta el Congreso de Campesinos se acerca más a la verdad cuando habla de una república "federativa", expresando así la idea de que la república rusa no desea oprimir a ninguna nación con procedimientos nuevos ni viejos, de que no desea coexistir sobre la base de la violencia con ninguna nación, ni con Finlandia ni con Ucrania, con las que el ministro de Guerra se muestra tan agresivo y con las que se plantean conflictos imperdonables e inadmisibles. Nosotros aspiramos a una república de Rusia, única e indivisa, con un Gobierno firme. Pero un Gobierno firme sólo puede asegurarse por el acuerdo libre y voluntario de todo el pueblo interesado. "Democracia revolucionaria" son palabras grandes. Pero se aplican

4 Los campesinos tenían su propio Congreso cuya primera plenaria nacional se reunió del 4 al 28 de mayo (17 de mayo-10 de junio) de 1917 [Nile].

a un Gobierno que está complicando con enredos mezquinos el problema de Ucrania y Finlandia, que ni siquiera desean separarse. Se limitan a decir: "¡No aplacen la aplicación de los principios elementales de la democracia hasta que la Asamblea Constituyente se reúna!".

Es imposible concertar un tratado de paz sin anexiones ni indemnizaciones mientras ustedes no renuncien a sus propias anexiones. Eso es ridículo, es una comedia. Todos los obreros europeos se ríen de nosotros y dicen: Ustedes, dicen ellos, hablan muy bien; invitan a los pueblos a derrocar a los banqueros, pero colocan a sus propios banqueros en el Ministerio. Arréstelos, pongan al descubierto sus manipulaciones, hagan conocer sus móviles ocultos. Pero no, ustedes no lo hacen, a pesar de que tienen organizaciones poderosas a las que es imposible oponerse. Han pasado por 1905 y 1917, saben que las revoluciones no se hacen por encargo, que en los otros países las revoluciones se han hecho al precio de duras y sangrientas insurrecciones, mientras que en Rusia no existe un solo grupo, una sola clase que pueda oponerse al poder de los sóviets. En Rusia, esa revolución, excepcionalmente, puede ser pacífica. Si esa revolución ofreciese hoy o mañana la paz a todos los pueblos, rompiendo con todas las clases capitalistas, nosotros tendríamos en el más breve plazo el apoyo de los pueblos de Francia y Alemania, porque esos países perecen, porque la situación de Alemania es desesperada, porque Alemania no puede salvarse y porque Francia...

(El presidente: "Su tiempo se ha cumplido".)

Termino en medio minuto...

(Rumores, voces: "¡Que siga hablando!". Protestas. Aplausos.)

(El presidente: "Comunico al Congreso que el presidium propone aumentar el plazo concedido al orador. ¿Alguien se opone? La mayoría está por la afirmativa".)

Quedamos en que si los demócratas revolucionarios de Rusia fuesen demócratas, no de palabra, sino en los hechos, impulsarían la revolución y no se entenderían con los capitalistas ni hablarían sobre la paz sin anexiones ni indemnizaciones, sino que suprimirían las anexiones de Rusia y declararían abiertamente que consideran toda anexión como un robo y un crimen. Entonces podría impedirse la ofensiva imperialista que amenaza con la muerte a miles y millones de hombres para asegurar el reparto de Persia y de los Balcanes. Entonces quedaría abierto el camino hacia la paz, que no sería un camino llano —ti pretendemos que lo sea—, sino un camino que no excluye la posibilidad de una guerra realmente revolucionaria.

Nosotros no planteamos este problema como lo plantea hoy Bazarov en *Nicaya Zhizn*; decimos solamente que la situación de Rusia, al terminar la guerra imperialista, es tal que sus tareas son más fáciles de lo que podría parecer. Además la posición geográfica de Rusia es tal que cualquier potencia que se arriesgase a usar el capital y sus intereses rapaces y se arriesgase a marchar contra la clase obrera rusa y el semiproletariado aliado con ella —es decir, los campesinos pobres— se vería ante una empresa difícil. Alemania está al borde

de la derrota y, después de la incorporación de Estados Unidos a la guerra, que quiere devorar a México y que probablemente mañana comenzará a luchar contra Japón, la situación de Alemania se ha vuelto desesperada: Alemania será aniquilada. Francia, que por su posición geográfica es la que más padece, está llegando al límite del agotamiento. Cierro es que este país pasa menos hambre que Alemania, pero ha perdido incomparablemente más vidas que esta. Si desde el primer momento se hubiese restringido las ganancias de los capitalistas rusos y se los hubiese privado de toda posibilidad de embolsar ganancias de centenares de millones; si ustedes hubiesen propuesto a *todos* las naciones un tratado de paz contra los capitalistas de *todos* los países y declarado abiertamente que no entablarán ningún género de negociaciones ni de relaciones con los capitalistas alemanes ni con quienes, directa o indirectamente, los favorecen o tienen algo que ver con ellos, y que se niegan a negociar con los capitalistas franceses e ingleses, habrían seguido una conducta que condenaría a esos capitalistas ante los obreros. No considerarían como un triunfo el que se haya otorgado pasaporte a MacDonald, un hombre que jamás ha sostenido una lucha revolucionaria contra el capital y a quien se deja pasar porque nunca ha expresado las ideas, los principios, la práctica ni la experiencia de la lucha revolucionaria contra los capitalistas ingleses, lucha por la que nuestro camarada MacLean y cientos de socialistas ingleses están en la cárcel, así como nuestro camarada Liebknecht está recluso en presidio por haber dicho: "¡Soldados alemanes, disparen contra su káiser!".

¿No sería más acertado mandar a los capitalistas imperialistas a ese presidio que la mayoría de los miembros del Gobierno provisional nos preparan y prometen diariamente en la III Duma —dicho sea de paso, no sé si es la III o la IV—, reconstituida expresamente, y acerca del cual el ministro de Justicia elabora ya nuevos proyectos de ley? MacLean y Liebknecht: he ahí los nombres de los socialistas que llevan a la práctica la idea de la lucha revolucionaria contra el imperialismo. Eso es lo que debemos decir a todos los Gobiernos si queremos luchar por la paz. Debemos condenarlos ante sus pueblos. De ese modo ustedes colocarán a todos los Gobiernos imperialistas en una situación difícil. Ahora, los que están en una situación difícil son ustedes, al dirigir al pueblo el llamamiento de paz del 14 de marzo, donde se dice: "¡Derroquen a sus emperadores, sus reyes y sus banqueros!", mientras que nosotros, que poseemos una organización tan extraordinariamente rica en número, experiencia y fuerza material como el Sóviet de diputados obreros y soldados, nos aliamos con nuestros banqueros, formamos un Gobierno de coalición casi socialista y redactamos proyectos de reformas como los que se redactan en Europa desde hace muchas décadas. Allí, en Europa, se ríen de semejante lucha por la paz. Allí sólo la comprenderán cuando los sóviets tomen el poder y actúen de un modo revolucionario.

Sólo un país en el mundo puede hoy dar los pasos necesarios sobre el terreno de la lucha de clases para poner fin a la guerra imperialista, contra los

capitalistas y sin una revolución sangrienta. Sólo un país puede hacerlo y ese país es Rusia. Y seguirá siendo el único mientras exista el Sóviet de diputados obreros y soldados. El Sóviet no podrá existir mucho tiempo junto con un Gobierno provisional de tipo corriente. Seguirá siendo lo que es sólo hasta que se pase a la *ofensiva*. Esta última será un viraje en toda la política de la revolución rusa, es decir, será una transición de la espera, de la preparación de la paz por medio de un alzaniento revolucionario desde abajo a la reanudación de la guerra. El camino que se abrió fue la transición de la confraternización en un frente a la confraternización en todos los frentes, de la confraternización espontánea, tal como el intercambio con un obrero alemán hambriento de una corteza de pan por un cortaplumas —lo cual se castiga con el presidio— a la confraternización consciente.

Cuando nosotros tomemos el poder, pondremos freno a los capitalistas, y la guerra no seguirá siendo ya *la misma* que hoy se libra, pues el carácter de una guerra depende de qué clase la libra y no de lo que se escriba en un papel. En el papel se puede escribir cualquier cosa. Pero mientras la clase capitalista forme la mayoría en el Gobierno, la guerra, no importa lo que escriban, por muy elocuentes que sean, por muchos ministros casi socialistas que tengan, seguirá siendo una guerra imperialista. Esto lo saben y lo ven todos. ¡El ejemplo de Albania, el ejemplo de Grecia, de Persia lo han puesto de relieve de un modo tan claro y tangible que me sorprende que todo el mundo ataque nuestra declaración escrita sobre la *ofensiva* sin que nadie diga una palabra sobre los ejemplos concretos! Es fácil prometer planes, pero las medidas concretas se van postergando y postergando. Es fácil escribir una declaración sobre la paz sin anexiones, pero los acontecimientos de Albania, de Grecia, de Persia son *posteriores* a la constitución del Gobierno de coalición. Después de todo, fue *Diele Namsla*, que no es un órgano de nuestro partido, sino un órgano del Gobierno, un órgano ministerial, quien dijo que se somete a la democracia rusa a esta humillación y que se estrangula a Grecia. Y este mismísimo Miliukov, de quien ustedes se forman Dios sabe qué idea —a pesar de que no es más que un simple miembro de su partido y no se diferencia en nada de Tereschenko—, escribía que la diplomacia de la Entente ejercía presión sobre Grecia. La guerra sigue siendo una guerra imperialista y por mucho que deseen ustedes la paz, por muy sincera que sea su simpatía hacia los trabajadores y su deseo de paz —yo estoy plenamente convencido de que es sincero entre las masas— ustedes son impotentes, pues sólo se puede poner fin a la guerra impulsando el desarrollo de la revolución. Cuando en Rusia comenzó la revolución, comenzó también la lucha revolucionaria desde abajo por la paz. Si tomaran el poder en sus manos, si el poder pasase a las organizaciones revolucionarias y fuese utilizado para combatir a los capitalistas rusos, los trabajadores de algunos países les creerían y ustedes podrían proponer la paz. Entonces nuestra paz quedaría garantizada, al menos por dos partes, por las dos naciones que se están desangrando y cuya causa es desesperada: Alemania y Francia. Y si las circunstancias nos obligaran

entonces a sostener una guerra revolucionaria —cosa que nadie sabe y cuya posibilidad no descartamos—, nosotros diríamos: “No somos pacifistas, no renunciamos a la guerra cuando la clase revolucionaria está en el poder, cuando real y verdaderamente ha despojado a los capitalistas de la posibilidad de influir en la marcha de las cosas, de acentuar el desastre económico que les permite embolsarse cientos de millones”. El Gobierno revolucionario explicaría a todas las naciones sin excepción que todas las naciones deben ser libres, que del mismo modo que la nación alemana no debe luchar por la conservación de Alsacia y Lorena, la nación francesa no debe tampoco luchar por sus colonias. Pues si Francia lucha por sus colonias, Rusia tiene a Jiva y a Bujara, que son también una especie de colonias. Entonces comenzará el reparto de las colonias. ¿Y cómo podrían repartirse? ¿Sobre qué base? De acuerdo con la fuerza. Pero la fuerza ha cambiado. La situación de los capitalistas es tal que su única salida es la guerra. Cuando ustedes tomen el poder revolucionario se les abrirá un camino revolucionario para asegurar la paz: dirigirán a todas las naciones un llamamiento revolucionario y les explicarán su táctica con su ejemplo. De ese modo, se les abrirá el camino para una paz asegurada por medios revolucionarios y tendrán las más grandes probabilidades de evitar la muerte de cientos de miles de hombres. De ese modo, pueden estar seguros de que el pueblo alemán y el francés se declararán a favor de ustedes. Y los capitalistas británicos, norteamericanos y japoneses, aun cuando quisieran una guerra contra la clase obrera revolucionaria —cuya fuerza se decuplicará tan pronto como se haya puesto freno y abatido a los capitalistas y el control haya pasado a manos de la clase obrera—, aun cuando los capitalistas norteamericanos, británicos y japoneses opten por la guerra habría noventa y nueve probabilidades contra una de que no serían capaces de librarla. Y para asegurar la paz bastará con que ustedes declaren que no son pacifistas, que están dispuestos a defender su república, su democracia obrera, proletaria, contra los capitalistas alemanes, franceses y otros.

He ahí por qué atribuimos una importancia tan fundamental a nuestra declaración sobre la *ghénésis*. Ha llegado la hora de un viraje radical en toda la historia de la revolución rusa. Esta comenzó apoyada por la burguesía imperialista de Gran Bretaña, que creyó que Rusia era algo así como China o India. Pero resultó que al lado del Gobierno en que hoy tienen mayoría los terratenientes y los capitalistas surgieron los sóviets, institución representativa sin paralelo ni precedentes en todo el mundo por su fuerza, institución que ustedes están matando con su participación en un ministerio de coalición de la burguesía. En realidad, la revolución rusa ha conseguido triplicar en todas partes, en todos los países, la simpatía por la lucha revolucionaria desde abajo contra el Gobierno capitalista. El problema está planteado en estos términos: avanzar o retroceder. Durante una revolución nadie puede mantenerse quieto. Por eso, la *ghénésis* es un viraje en la revolución rusa, pero no en el sentido estratégico de la *ghénésis*, sino político y económico. Una *ghénésis* significa hoy:

objetivamente, independientemente de la voluntad o de la conciencia de este o de aquel ministro, la prosecución de la matanza imperialista y de la muerte de cientos de miles, de millones de seres por el objetivo de estrangular a Persia y a otras naciones débiles. El paso del poder al proletariado revolucionario, apoyado por los campesinos pobres, significa el tránsito a la lucha revolucionaria por la paz bajo las formas más seguras y menos dolorosas que haya conocido nunca la humanidad, el tránsito hacia un estado de cosas en que quedarán asegurados el poder y el triunfo de los obreros revolucionarios en Rusia y en el mundo entero. *(Aplausos de una parte de la audiencia.)*

2. Discurso sobre la guerra

9 (22) de junio

Camaradas: permítanme, como introducción al análisis del problema de la guerra, recordarles dos pasajes del llamamiento a todos los países publicado el 14 de marzo por el Sóviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado: "Ha llegado el momento —se dice en el llamamiento— de iniciar una lucha resuelta contra las ambiciones de conquista de los Gobiernos de todos los países. Ha llegado el momento de que el pueblo tome en sus propias manos la decisión sobre el problema de la guerra y de la paz". En otro pasaje del llamamiento, dirigido a los obreros de la coalición austro-alemana, se dice: "Niéguese a servir de instrumento de conquista y violencia en manos de los reyes, de los terratenientes y de los banqueros". Estos dos pasajes, con distintas formulaciones, se repiten en decenas, centenares y hasta creo que en millares de resoluciones de los obreros y campesinos de Rusia.

Estoy seguro de que estos dos pasajes son los que mejor muestran la situación tan contradictoria, tan desesperadamente complicada en que se encuentran los obreros y campesinos revolucionarios debido a la actual política de los mencheviques y los *narodniks*. Por un lado, ellos apoyan la guerra. Por el otro, pertenecen a las clases no interesadas en las ambiciones de conquista del Gobierno de cualquier país y no pueden dejar de decirlo. Esta psicología e ideología, por muy confusa que sea, está extraordinariamente arraigada en casi todos los obreros y campesinos. Se comprende que la guerra se libra por las ambiciones de conquista de los Gobiernos de todos los países. Pero al mismo tiempo se comprende de manera muy vaga, o no se comprende en absoluto, que un Gobierno, cualquiera sea su forma, expresa los intereses de determinadas clases y, por consiguiente, oponer el Gobierno al pueblo, como se hace en el primer pasaje citado, constituye una enorme confusión teórica, una enorme impotencia política, y significa condenarse a sí mismos y a toda su política a una posición y a una conducta sumamente vacilantes e inestables. Exactamente por las mismas características, las palabras finales del segundo pasaje que he citado, esa excelente exhortación: "Niéguese a servir de instrumentos de conquista y

violencia en manos de los reyes, de los terratenientes y de los banqueros”, son magníficas, pero sólo si se incluye a los propios; porque si ustedes, obreros y campesinos rusos, se dirigen a los obreros y campesinos de Austria y de Alemania, cuyos Gobiernos y clases dirigentes libran la misma guerra de rapiña y expoliadora que los capitalistas y banqueros rusos, así como los de Gran Bretaña y Francia; si les dicen: “*Néguese a servir de instrumentos en manos de sus banqueros*”, pero permiten que sus propios banqueros entren en el Ministerio y los sientan junto a los ministros socialistas, invalidan todos sus llamamientos y desmienten en los hechos toda su política. Es como si no existieran sus excelentes aspiraciones y anhelos, pues contribuyen a que Rusia libere la misma guerra imperialista, la misma guerra de conquista. Se ponen en contradicción con las masas que ustedes representan, porque estas jamás adoptarán el punto de vista capitalista, expresado abiertamente por Miliukov, Makhakov y otros, quienes dicen: “No hay nada más criminal que la idea de que la guerra se libra en interés del capital”.

Yo no sé si esa idea es criminal. No dudo que desde el punto de vista de quienes hoy existen a medias y mañana quizá no existan más la idea es realmente criminal. Pero es la única idea correcta, la única que expresa nuestra concepción de esta guerra, la única que expresa los intereses de las clases oprimidas en lucha contra sus opresores. Y cuando decimos que la guerra es capitalista y de rapiña no cabe ilusionarse: no implica, ni mucho menos, que los crímenes de individuos, de ciertos reyes, hubieran podido provocar una guerra semejante.

El imperialismo es una etapa determinada en el desarrollo del capital mundial. El capitalismo, que se desarrolla desde hace decenas de años, ha creado una situación en que un pequeño grupo de países inmensamente ricos —no son más de cuatro: Gran Bretaña, Francia, Alemania y Estados Unidos— acumuló riquezas que ascienden a cientos de miles de millones y concentró una enorme fuerza en manos de los grandes bancos y de los grandes capitalistas —difícilmente son más de dos, o de media docena como máximo, en cada uno de esos países—, una fuerza inmensa que abarca el mundo entero y que repartió, literalmente hablando, el globo entero, desde el punto de vista territorial, mediante el establecimiento de colonias. Estas potencias tenían colonias en todos los países del mundo. Repartieron de nuevo el globo terrestre entre sí también desde el punto de vista económico, pues no hay un rincón del globo terrestre donde no hayan penetrado las concesiones y los hilos del capital financiero. Esta es la base de las anexiones. Estas no son una fantasía. No aparecieron por el hecho de que hombres amantes de la libertad se transformaron de pronto en reaccionarios. Las anexiones no son más que una expresión política y la forma política de la dominación de los gigantescos bancos que han surgido inevitablemente del capitalismo, no por culpa de nadie, sino porque las acciones son la base de los bancos y porque la acumulación de las acciones es la base del imperialismo, y los grandes bancos dominan el mundo entero con sus capitales de cientos y miles de millones y unen industrias enteras por medio de

asociaciones de capitalistas y de monopolistas; eso es el imperialismo, que ha dividido el mundo entero en tres grupos de saqueadores inmensamente ricos.

A la cabeza de uno de esos grupos, del primero, del que está más cerca de nosotros en Europa, se encuentra Gran Bretaña; a la cabeza de los otros dos, Alemania y Estados Unidos. Los otros cómplices se ven obligados a ayudarlos mientras subsistan las relaciones capitalistas. Por eso, si se tiene una idea clara de la esencia del problema, que todo oprimido comprende instintivamente y que todo obrero ruso y la enorme mayoría de los campesinos rusos comprenden instintivamente si tienen una idea clara de él, verán cuán ridícula es la idea de luchar contra la guerra con palabras, manifiestos, proclamas y congresos socialistas. Es ridícula, pues por más declaraciones que ustedes emitán, por más revoluciones políticas que efectúen, han destronado en Rusia a Nikolai Romanov y en cierta medida la han convertido en una república: Rusia ha dado un gigantesco paso adelante y posiblemente ha alcanzado, casi de golpe, a Francia, que, en condiciones diferentes, requirió cien años para hacer lo mismo y no obstante sigue siendo un país capitalista donde los bancos siguen siendo todopoderosos. Los capitalistas están allí todavía. Han perdido cierto terreno. También lo perdieron en 1905, pero ¿caso eso socavó su fuerza? Si bien para los rusos esto puede ser nuevo, en Europa todas las revoluciones demostraron que con cada ascenso del movimiento revolucionario los obreros obtenían mejoras, pero los capitalistas conservaban el poder. La lucha contra la guerra imperialista sólo es posible como lucha de las clases revolucionarias contra las clases dominantes en escala mundial. No se trata de los terratenientes en general. En Rusia hay terratenientes y cumplen un papel más importante que en cualquier otro país, pero no son la clase que creó el imperialismo. Se trata de la clase capitalista, encabezada por los más grandes magnates financieros y los bancos. Y mientras esa clase, que domina a los proletarios oprimidos y a sus aliados, los campesinos pobres —los semiproletarios, como los llamamos en nuestro programa—, mientras esa clase no sea derribada, no habrá modo de salir de esta guerra. La ilusión de que es posible, con proclamas y llamamientos a otras naciones, unir a los trabajadores del mundo sólo puede provenir del estrecho enfoque ruso, que ignora que en Europa occidental —donde los obreros y campesinos están acostumbrados a las revoluciones políticas y han visto decenas de ellas— la prensa se ríe de semejantes frases y llamamientos. Allí no saben que en Rusia las masas obreras realmente se han levantado, que la mayoría de los obreros son absolutamente sinceros en su fe y condenan las ambiciones de conquista de los capitalistas de todos los países y desean ver a los pueblos liberados de los banqueros. Pero los europeos no pueden comprender por qué ustedes, que tienen una organización como nadie en el mundo —los sóviets de diputados obreros, campesinos y soldados, que están armados—, por qué convierten a sus socialistas en ministros. Después de todo, están entregando el poder a los banqueros. En el extranjero no los acusan sólo de ingenuidad; eso no sería lo peor. Los europeos ya no

pueden comprender la ingenuidad en política, no pueden comprender que en Rusia haya decenas de millones de hombres que por primera vez se incorporan a la vida y que los hombres en Rusia desconozcan cuál es la vinculación entre las clases y el Gobierno, cuál es la vinculación entre el Gobierno y la guerra. La guerra es la continuación de la política burguesa; nada más. La clase dominante es la que determina la política también durante la guerra. La guerra, de punta a cubo, es política; es la prosecución de los mismos fines, por las mismas clases, con otros medios. Por eso, cuando ustedes escriben en sus llamamientos a los obreros y a los campesinos: *"Derriben a sus banqueros"*, todo obrero políticamente consciente de un país europeo, o se ríe de ustedes, o llora amargamente y se dice: "¿Qué podemos hacer nosotros si allí han derrocado a un idiota semisalvaje, a un monarca monstruoso como los que hemos suprimido hace mucho —en eso consiste todo nuestro crimen— y ahora, con sus ministros 'casi socialistas', respaldan a los banqueros rusos?!"

Los banqueros continúan en el poder. Siguen una política exterior por medio de una guerra imperialista, apoyan íntegramente los tratados concertados en Rusia por Nikolai II. En nuestro país esto es particularmente evidente. Todos los principios de la política exterior imperialista rusa están predeterminados, no por los capitalistas actuales, sino por el Gobierno anterior y por Nikolai Romanov, a quien hemos derribado. Él concluyó esos tratados; esos tratados siguen siendo secretos; los capitalistas, por ser capitalistas, no pueden publicarlos. Pero ningún obrero o campesino comprenderá este embrollo, porque él se dice: si nosotros llamamos a derrocar a los capitalistas en otros países, antes que nada debemos desembarazarnos de nuestros propios banqueros, si no nadie creerá en nosotros y nadie nos tomará en serio. La gente dirá que somos unos ingenuos salvajes rusos, que escribimos palabras excelentes en sí mismas, pero sin contenido político o, peor aún, pensarán que somos hipócritas. Verían estas cosas en la prensa extranjera de todos los matices si esta pudiera pasar libremente la frontera de Rusia y no fuera retenida en el río Tormo por las autoridades británicas y francesas. Verían por una simple selección de citas de diarios extranjeros la flagrante contradicción en que se encuentran. Verían cuán increíblemente ridícula y errónea es esa idea de luchar contra la guerra por medio de conferencias socialistas, de acuerdos tomados por los socialistas en congresos. Si el imperialismo fuera un defecto o un crimen individual, el socialismo podría seguir siendo socialismo. El imperialismo es la última etapa en el desarrollo del capitalismo, la etapa en que este ha llegado a dividir el mundo entero y en que dos gigantescos grupos se traban en lucha mortal. Queda entonces servir a uno u otro grupo, o bien derribar a ambos. No existe otro camino. Cuando ustedes rechazan un tratado de paz por separado diciendo que no quieren servir a los imperialistas alemanes es totalmente correcto y por eso también nosotros estamos contra un tratado de paz por separado. Pero, en realidad, y a pesar de ustedes mismos, siguen sirviendo a los imperialistas anglo-franceses, quienes tienen las mismas ambiciones de conquista y expoliación que los tratados concluidos por los capitalistas rusos

con ayuda de Nikolai Romanov. No conocemos el texto de esos tratados, pero cualquiera que haya seguido la literatura política, cualquiera que haya hojeado un solo libro sobre economía y diplomacia, conoce el contenido de los tratados. Además, Miliukov, según recuerdo, escribió en sus libros, respecto de esos tratados y promesas, que ellos saquearían a Galitzia, a los Estrechos y a Armenia, conservarían lo anexado antes y obtendrían gran parte de otros territorios. Esto lo saben todos y, sin embargo, los tratados se mantienen en secreto, mientras se nos dice que si los anulamos ello significará una ruptura con nuestros aliados.

En cuanto a un tratado de paz por separado, ya he dicho que para nosotros no puede haber tratado de paz por separado y la resolución de nuestro partido señala, sin ninguna posibilidad de duda, que lo rechazamos del mismo modo que rechazamos todo acuerdo con los capitalistas. Para nosotros, un tratado de paz por separado significa un arreglo con los saqueadores alemanes, porque saquean del mismo modo que los otros. Pero un arreglo con el capital ruso dentro del Gobierno provisional ruso es un tratado de paz por separado similar. Los tratados zaristas están en vigor y también ellos ayudan a saquear y estrangular a otros pueblos. Cuando se dice "paz sin anexiones ni indemnizaciones", como debe decir todo obrero y todo campesino en Rusia, porque es lo que la vida le enseña, porque no está interesado en las ganancias de los bancos y porque anhela vivir, yo le contesto: sus dirigentes del actual Sóviet de Diputados Obreros y Soldados que pertenecen al partido *narodniki* y al menchevique se han entredado en esa consigna. Han dicho en su *Exposición* que significa conservar el *status quo*, es decir, el estado de cosas de preguerra, volver a lo que existía antes de la guerra. ¿No es eso una paz capitalista? ¡Y qué paz capitalista! Si ustedes formulan esa consigna deben recordar que quizás el curso de los acontecimientos lleve a sus partidos al poder. Eso es posible durante una revolución y tendrán que hacer lo que dicen. Pero si proponen ahora una paz sin anexiones los alemanes aceptarían y los británicos, no, porque los capitalistas británicos no han perdido ni un palmo de territorio y en cambio han saqueado en todas partes del mundo. Los alemanes asimismo saquearon mucho, pero también perdieron mucho, y no sólo perdieron mucho, sino que se enfrentaron con un adversario formidable, Estados Unidos. Si al proponer una paz sin anexiones entienden por ello el *status quo* caen en una situación en que su propuesta producirá un tratado de paz por separado con los capitalistas, porque si proponen eso los capitalistas alemanes, viendo ante sí a Estados Unidos e Italia, con quienes ya antes habían concertado tratados, dirán: "Aceptarémos ese tratado de paz sin anexiones; lejos de ser una derrota para nosotros, será una victoria sobre Estados Unidos e Italia". Objetivamente ustedes se deslizaron hacia el mismo tipo de tratado de paz por separado con los capitalistas del que nos acusan a nosotros, porque no rompen fundamentalmente —en su política, en los hechos, en sus pasos prácticos— con esos banqueros que expresan la dominación imperialista en el mundo entero y a quienes ustedes y sus ministros "socialistas" apoyan en el Gobierno provisional.

Se colocan así en una posición contradictoria y vacilante que las masas no entienden bien. Las masas, que no tienen interés en las anexiones, dicen: nos negamos a combatir por ningún capitalista. Cuando nos dicen que mediante congresos y acuerdos entre los socialistas del mundo se puede poner fin a una política de este tipo, contestamos: si el imperialismo fuera obra de algunos criminales, podría ser; pero el imperialismo es resultado del desarrollo del capitalismo mundial, al cual se halla ligado el movimiento obrero.

La victoria del imperialismo es el comienzo de la escisión inminente, inevitable, de los socialistas de todos los países en dos campos. El que sigue hablando de los socialistas como de un todo íntegro, como de algo que puede seguir siendo íntegro, se engaña a sí mismo y engaña a los demás. Todo el curso de la guerra, los dos años y medio de guerra, han conducido a esta escisión, desde que el Manifiesto de Basilea, firmado por unanimidad, sostuvo que esta guerra es consecuencia del capitalismo imperialista. El Manifiesto de Basilea no dice una sola palabra sobre "la defensa de la patria". No se podía escribir otro manifiesto antes de la guerra, del mismo modo que ningún socialista propondría hoy que se escriba un manifiesto sobre "la defensa de la patria" en la guerra entre Estados Unidos y Japón, donde no se trata de su propio pellejo, ni de sus propios capitalistas ni de sus propios ministros. ¡Redactar una resolución para los congresos internacionales! Ustedes saben que la guerra entre Japón y Estados Unidos es un desenlace predeterminado. Esta guerra fue preparándose durante décadas. No es fortuita. La táctica no depende de quién dispare primero. Eso es ridículo. Ustedes saben muy bien que el capitalismo japonés y el norteamericano son igualmente rapaces. De ambos lados hablarán de la "defensa de la patria". Eso será un crimen o el indicio de una tremenda debilidad, ocasionada por la "defensa" de los intereses de nuestros enemigos, los capitalistas. Por esta razón decimos que el socialismo se ha dividido irrevocablemente. Han renegado por completo del socialismo precisamente los socialistas que se pasaron al campo de su Gobierno o de sus banqueros y capitalistas a pesar de las censuras que les hicieron y por más que los hayan condenado. No se trata de condenar. ¡A veces, sin embargo, condenar a los alemanes por prestar apoyo a sus capitalistas encubre la defensa del mismo "pecado" de los rusos! Si ustedes acusan a los socialchovinistas alemanes, es decir, a gente que se dice socialista —es posible que muchos de ellos sean socialistas en el fondo—, pero que en realidad es chovinista, gente que no defiende al pueblo alemán, sino a los sórdidos, ávidos y rapaces capitalistas alemanes, entonces no defienden a los capitalistas ingleses, franceses y rusos. Los socialchovinistas alemanes no son peores que los que en nuestro Ministerio continúan la política de los tratados secretos, del saqueo, y encubren esto con piadosos deseos en los cuales hay mucho de bueno y, desde el punto de vista de las masas, reconozco que son absolutamente sinceros, pero en los que no veo ni puedo ver una sola palabra de verdad política. Esos son únicamente los deseos de ustedes, ¡pero la guerra sigue siendo tan imperialista como antes y se libra por los mismos

tratados secretos que antes! ¡Ustedes exhortan a otros pueblos a derribar a sus banqueros, pero respaldan a los propios! Cuando hablan de la paz, no dicen de qué paz se trata. Cuando nosotros señalamos esa flagrante contradicción de un tratado de paz sobre la base del *status quo* nadie nos respondió. Ustedes no pueden decir en su resolución sobre la paz sin anexiones que no significa conservar el *status quo*. No pueden decir que significa conservar el *status quo*, es decir, el restablecimiento del estado de cosas de preguerra. Entonces, ¿qué? ¿Quitar a Inglaterra las colonias alemanas? ¡Intenten hacerlo por medio de acuerdos pacíficos! Todo el mundo se reirá de ustedes. ¡Intenten quitar a Japón, sin una revolución, Kiaocheu y las islas del Pacífico de las cuales se ha apoderado!

Se han enredado en contradicciones sin remedio. Cuando decimos "sin anexiones" entendemos que esta consigna es sólo una parte subordinada a la lucha contra el imperialismo mundial. Nosotros decimos que queremos liberar a todos los pueblos, empezando por los nuestros. Ustedes hablan de la guerra contra las anexiones y de la paz sin anexiones, pero en Rusia continúan la política de las anexiones. Es simplemente ridículo. Ustedes y su Gobierno, sus nuevos ministros, continúan en los hechos, con respecto a Finlandia y Ucrania, la política de las anexiones. Censuran al Congreso ucraniano y prohíben sus deliberaciones por intermedio de sus ministros⁵. ¿No es eso una anexión? Es una burla a los derechos de una nacionalidad que ha sido atormentada por los zares porque sus hijos querían hablar en su lengua materna. Eso significa tener miedo de las repúblicas separadas. Desde el punto de vista de los obreros y campesinos no hay nada terrible en eso. Que Rusia sea una unión de repúblicas libres. Los obreros y campesinos no lucharán para impedirlo. Que cada nación sea libre y, en primer lugar, que sean libres todas las nacionalidades que junto a ustedes hacen la revolución en Rusia. Al no dar ese paso se condenan a ser "demócratas revolucionarios" de palabra, mientras que, en los hechos, toda la política de ustedes es contrarrevolucionaria.

La política exterior de ustedes es antidemocrática y contrarrevolucionaria; mientras que una política revolucionaria puede colocarlos en la obligación de tener que librar una guerra revolucionaria. Pero no necesariamente. Sobre este punto se han extendido mucho el principal orador y la prensa de estos últimos tiempos. Yo también quisiera detenerme en este punto.

¿Cuál es la salida práctica para esta guerra? Nosotros decimos: la única salida reside en la revolución. Apoyen la revolución de las clases oprimidas por los capitalistas, derriben a la clase capitalista en su país y den con ello un ejemplo a los demás países. Sólo eso es socialismo. Sólo eso significa luchar contra la guerra. Todo lo demás son promesas vacías, fraseología o piadosos deseos. En todo el mundo el socialismo se ha dividido. Ustedes continúan enredando las cosas al vincularse con los socialistas que respaldan a sus Gobiernos. Olvidan

⁵ Se refiere al intento de Kerensky, por ese entonces ministro de Guerra del Gobierno provisional, de prohibir la reunión del Congreso de las Unidades Militares de Ucrania (NDE).

que en Inglaterra y Alemania los verdaderos socialistas, los que expresan el socialismo de masas, son aislados y están en la cárcel. Pero sólo ellos expresan los intereses del movimiento proletario. ¿Y si en Rusia la clase oprimida se encontrara en el poder? Cuando se nos pregunta cómo saldremos solos de la guerra contestamos: es imposible salir solos. Todas las resoluciones de nuestro partido y todos los oradores en nuestras asambleas públicas hablan de que es un absurdo decir que uno pueda salir solo de esta guerra. Esta guerra involucra a cientos de millones de hombres, a cientos de miles de millones de capital. No hay otro medio para salir de ella que el paso del poder a la clase revolucionaria, que debe realmente destruir al imperialismo, sus hilos financieros, bancarios y anexionistas. Mientras esto no suceda no habrá nada hecho. La revolución se limitó a darles, en lugar del zarismo y del imperialismo, una casi república enteramente imperialista, que no es capaz, ni siquiera a través de los representantes de los obreros y campesinos revolucionarios, de tratar a Finlandia y Ucrania de un modo democrático, es decir, sin temer la separación.

Es falso decir que nosotros exigimos un tratado de paz por separado. Nosotros decimos: ningún tratado de paz por separado con capitalistas de ningún país, menos aún con los rusos. Sin embargo, el Gobierno provisional tiene un tratado de paz por separado con los capitalistas rusos. ¡Abajo ese tratado de paz por separado! (*Applaus.*) No reconoceremos ningún tratado de paz por separado con los capitalistas alemanes ni entablaremos ningún tipo de negociaciones con ellos. Tampoco debe haber un tratado de paz por separado con los imperialistas británicos y franceses. Se nos dice que romper con ellos significaría negociar con los imperialistas alemanes. No es verdad. Debemos romper con ellos sin demora, porque es una alianza para el saqueo. Dicen que no se pueden hacer públicos los tratados porque eso significaría desenmascarar a todo nuestro Gobierno, toda nuestra política, ante los ojos de cada obrero y cada campesino. Si se publicaran esos tratados, si se dijera claramente en las reuniones a los obreros y a los campesinos rusos, sobre todo en cada aldea lejana: ahora están combatiendo por los Estrechos y porque se quiere conservar a Armenia, todos ellos dirían: no queremos semejante guerra. (*El presidente: "Su tiempo ha terminado". Voces: "¡Que hable!"*)

Pido diez minutos más. (*Voces: "¡Que hable!"*)

Digo que la alternativa: "*Con los imperialistas ingleses o con los imperialistas alemanes*" es falsa. Implica que si hacemos la paz con los imperialistas alemanes debemos luchar contra los ingleses y viceversa. Esta alternativa es aceptable sólo para los que no quieren romper con sus capitalistas y banqueros y para los que admiten cualquier tipo de alianza con ellos. Pero no es aceptable para nosotros. Nosotros hablamos de defender la alianza con la clase oprimida, con los pueblos oprimidos. Permanezcan fieles a esta alianza y serán democratas revolucionarios. No es una tarea fácil. Esta tarea no nos dejará olvidar que, en ciertas condiciones, no podremos evitar una guerra revolucionaria. Ninguna clase revolucionaria puede descartar la guerra revolucionaria porque,

de lo contrario, se condenaría a un pacifismo ridículo. Nosotros no somos tolstoianos. Si la clase revolucionaria toma el poder, si su Estado no conserva territorios anexados, si los bancos y el gran capital dejan de tener poder alguno —lo cual no es fácil en Rusia—, entonces esa clase librará una guerra revolucionaria, no de palabra, sino en los hechos. No es posible descartar este tipo de guerra. Eso sería caer en la filosofía tolstoiana, en el filisteísmo, olvidar toda la ciencia marxista y la experiencia de todas las revoluciones europeas.

No se puede arrancar a Rusia sola de la guerra. Pero le están surgiendo importantes aliados que ahora no tienen fe en ustedes porque su posición es contradictoria o ingenua y porque aconsejan a otros pueblos "que pongan fin a las anexiones" mientras ustedes las establecen en su propio país. A los otros pueblos les dicen que derriben a los banqueros. Pero a los propios no los derriban. Intenten una política distinta. Hagan públicos los tratados y desenmáscenlos ante cada obrero y campesino en las asambleas públicas. Digan: ninguna paz con los capitalistas alemanes y completa ruptura con los capitalistas anglo-franceses. Que los británicos se vayan de Turquía y dejen de combatir por Bagdad. Que se vayan de India y de Egipto. Nos negamos a combatir para que sea conservado el botín capturado, así como no gastaremos ni un átomo de energía para ayudar a los saqueadores alemanes a conservar su botín. Si ustedes *hacen* esto —hasta ahora sólo lo dicen, pero en la política nadie cree en palabras y está bien que no se crea—, si ustedes no sólo lo dicen, sino que lo hacen, entonces los aliados que tienen ahora mostrarán lo que pueden hacer. Piensen en el estado de ánimo de cada obrero y campesino oprimido. Simpatizan con ustedes y deploran que sean tan débiles, que, aun cuando tienen armas, dejen a los banqueros en paz. Sus aliados son los obreros oprimidos del mundo. Sucederá lo que la revolución de 1905 demostró en la práctica. Cuando empezó era terriblemente débil. Sin embargo, ¿cuál fue su efecto internacional? ¿Cómo esa política y la historia de 1905 delinearon toda la política exterior de la revolución rusa? Ahora ustedes conducen toda la política exterior de la revolución rusa en total acuerdo con los capitalistas. Pero 1905 mostró cuál debe ser la política exterior de la revolución rusa. Es un hecho indiscutible que después del 17 de octubre de 1905 empezaron en Viena y Praga disturbios callejeros de masas y se levantaron barricadas. Después de 1905 llegó 1908 en Turquía, 1909 en Persia y 1910 en China. Si llaman a los demócratas verdaderamente revolucionarios, a la clase obrera, a los oprimidos, en vez de pactar con los capitalistas, sus aliados serán, no los opresores, sino las clases oprimidas, no las naciones donde predominan hoy, transitoriamente, las clases opresoras, sino las naciones que actualmente están siendo desmembradas.

Se nos ha recordado aquí el frente alemán donde el único cambio que propusimos es la difusión sin trabas de nuestros llamamientos, escritos de un lado en ruso y del otro en alemán. En ellos se dice: los capitalistas de ambos países son ladrones. Eliminarlos sería un paso hacia la paz. Pero existen otros frentes. En el frente turco hay un ejército nuestro cuyos efectivos ignoro. Admitamos

que sean tres millones de hombres. Si ese ejército que actualmente está en Armenia y realiza anexiones que ustedes toleran, a la vez que predicán a otros pueblos la paz sin anexiones, a pesar de que tienen fuerza y autoridad; si ese ejército adoptara este programa y si hiciera de Armenia una república armenia independiente y le diera el dinero que los financistas de Gran Bretaña y de Francia nos quitan a nosotros, eso sería mucho mejor.

Dicen que nada podemos hacer sin el sostén financiero de Gran Bretaña y Francia. Pero ese sostén nos "sostiene" como la cuerda sostiene al ahorcado. Que la clase revolucionaria rusa diga, pues: abajo ese sostén, me niego a reconocer deudas contraídas con los capitalistas franceses e ingleses y exhorto a la insurrección general contra los capitalistas. ¡Ningún tratado de paz con los capitalistas alemanes y ninguna alianza con los ingleses y franceses! Si realmente se aplicara esta política, nuestro ejército que lucha contra los turcos podría ser relevado y enviado a otros frentes, porque todos los pueblos asiáticos verían que el pueblo ruso no se limita a proclamar la paz sin anexiones sobre la base de la autodeterminación, sino que el obrero y el campesino rusos se ponen efectivamente a la cabeza de todas las nacionalidades oprimidas y que, para ellos, la lucha contra el imperialismo no es un piadoso desco ni una frase ministerial grandilocuente, sino una cuestión de interés vital para la revolución.

Nuestra situación es tal que puede amenazarnos una guerra revolucionaria, pero no debe producirse necesariamente, ya que a los imperialistas ingleses les será difícil lanzar una guerra contra nosotros si ustedes dan un ejemplo práctico a los pueblos vecinos de Rusia. Demuestren que liberan a la república armenia, que concluyen un acuerdo con los sóviets de diputados obreros y campesinos de cada país, que son partidarios de una república libre y entonces la política exterior de la revolución rusa será efectivamente revolucionaria, efectivamente democrática. Hoy sólo lo es de palabra. En los hechos es contrarrevolucionaria, porque están atados de pies y manos a los imperialistas anglo-franceses y se niegan a decirlo abiertamente, tienen miedo de confesarlo. Hubiera sido mejor que, en lugar de lanzar ese llamamiento a "*derrubar a los banqueros extranjeros*" dijeran francamente al pueblo ruso, a los obreros y campesinos: "*Somos demasiado débiles, no podemos sacudirnos el yugo de los imperialistas anglo-franceses, somos sus esclavos y por eso combatimos*". Hubiera sido una amarga verdad, pero habría tenido una significación revolucionaria. En realidad habría acercado el fin de esta guerra de rapiña. Eso tiene un significado mil veces más grande que un acuerdo con los socialchovinistas franceses e ingleses que la convocatoria de congresos para que ellos concurren, que la continuación de una política que en realidad hace que teman romper con los imperialistas de un país, a la vez que continúan siendo aliados de otro. Pueden atraerse el apoyo de las clases oprimidas de Europa, de los oprimidos de los países más débiles, que Rusia asfixiaba durante el zarismo y que aún ahora asfixia, como asfixia a Armenia. Con el apoyo de ellos pueden traer la libertad ayudando a sus comités obreros y campesinos. Se pondrían a la cabeza de todas las clases oprimidas, de todos

los pueblos oprimidos, en la guerra contra los imperialismos alemán y británico, que no pueden unirse contra ustedes porque están empeñados en una lucha a muerte entre sí y porque están en una situación desesperada, en la cual la política exterior de la revolución rusa, una alianza sincera y efectiva con las clases oprimidas, con los pueblos oprimidos, puede tener éxito: ¡hay noventa y nueve probabilidades sobre cien de que tenga éxito!

Hace poco leímos en el diario de nuestro partido que aparece en Moscú la carta de un campesino que comentaba nuestro programa. Quisiera terminar mi discurso con una breve cita de esa carta, que muestra cómo entiende nuestro programa un campesino. La carta fue publicada en el número 59 de *Sotsial-Demokrat*, diario de nuestro partido que aparece en Moscú, y reproducida en *Pravda* N.º 68:

- « Debemos apretar los tornillos a la burguesía hasta que reviente por todas sus costuras. ¡Entonces se terminará la guerra! Pero si no apretamos con bastante fuerza a la burguesía, entonces las cosas irán mal.

(Aplausos.)

¡TODO EL PODER A LOS SÓVIETS!

"Echa a la naturaleza por la puerta y entrará por la ventana". Al parecer, los partidos gobernantes, los eseristas y los mencheviques, tienen que "aprender" una y otra vez esta sencilla verdad por su propia experiencia. Intentaron ser "demócratas revolucionarios" y se encontraron en la situación de demócratas revolucionarios: ahora tienen la obligación de extraer las conclusiones que todo demócrata revolucionario debe extraer.

La democracia es el gobierno de la mayoría. Mientras la voluntad de la mayoría no era clara, mientras se pudo, con una sombra de verosimilitud al menos, afirmar que no se conocía esa voluntad, se presentó al pueblo un Gobierno de burgueses contrarrevolucionarios disfrazado de "democrático". Pero esta dilación no podía durar mucho. Durante los meses transcurridos desde el 27 de febrero, la voluntad de los obreros y campesinos, de la inmensa mayoría del país, se aclaró, y no sólo en forma general. Su voluntad halló expresión en las organizaciones de masas, en los sóviets de diputados obreros, soldados y campesinos.

¿Cómo es posible, entonces, oponerse a la entrega de todo el poder estatal a los sóviets? ¡Tal oposición no significa otra cosa que renunciar a la democracia! Significa, ni más ni menos, imponer al pueblo un Gobierno que no puede evidentemente surgir ni mantenerse *democráticamente*, es decir, como resultado de elecciones verdaderamente libres, verdaderamente populares.

El hecho es ese, por extraño que parezca a primera vista: los eseristas y los mencheviques han *olvidado* esta verdad tan simple, tan evidente y tan palpable.

Su posición es tan falsa, se han confundido y enredado tanto que ya no están en condiciones de "recobrar" esta verdad que han perdido. Después de las elecciones de Petrogrado y Moscú, después de la convocatoria del Sóviet de Campesinos de toda Rusia, después del Congreso de los Sóviets, las clases y los partidos se han definido en toda Rusia con tal claridad y precisión que la gente no puede tener ninguna ilusión al respecto, a menos que se haya vuelto loca o confundido deliberadamente.

Tolerar a los ministros kadetes o al Gobierno kadete o la política kadete significa lanzar un desafío a los demócratas y a la democracia. He ahí la fuente de las crisis políticas desde el 27 de febrero y he ahí también la fuente de la inestabilidad y las vacilaciones de nuestro sistema gubernamental. A cada paso, diariamente, y aun a cada hora, se apela, en nombre de las instituciones

gubernamentales y de los congresos más autorizados, al espíritu revolucionario del pueblo y a su democracia. Sin embargo, la política del Gobierno en general y su política exterior y económica en particular son desviaciones de los principios revolucionarios y violaciones de la democracia.

Semejantes cosas no pueden continuar.

Los elementos de inestabilidad, por uno u otro motivo, son inevitables en una situación como la actual. Y obstinarse no es precisamente una política muy inteligente. Aunque a empujones y a saltos, las cosas se encaminan hacia el paso del poder a los sóviets, proclamado por nuestro partido desde hace tiempo.

TRES CRISIS¹

de errata

del 10 de julio

de

de

Cuanto más violentas sean la calumnia y las mentiras contra los bolcheviques en estos días, más serenamente debemos nosotros, al refutar las mentiras y las calumnias, reflexionar sobre el nexo histórico de los acontecimientos y el significado político, *es decir, de clase*, del actual curso de la revolución.

Para refutar las mentiras y las calumnias basta con que nos remitamos una vez más a *Listok Pravdi* del 6 de julio y dirijamos la atención de los lectores en especial al artículo que publicamos más abajo, en el cual se prueba documentalmente que el 2 de julio (según lo admite el periódico del partido de los social-revolucionarios) los bolcheviques hicieron campaña *contra* la manifestación. El artículo señala que el 3 de julio el estado de ánimo de las masas desbordó y la manifestación comenzó a pesar de nuestros consejos. Muestra que el 4 de julio, en un panfleto (que reproduce el periódico eserista *Dieko Naroda*), llamamos a realizar una manifestación *pacífica y organizada*, y que en la noche del 4 de julio aprobamos la resolución de poner fin a la manifestación. ¡Calumnién, calumniadores! ¡Nunca conseguirán refutar estos hechos ni el significado decisivo que tienen en toda su interrelación!

Pasemos al problema del nexo histórico de los acontecimientos. Cuando, ya en los primeros días de abril, nos declaramos contra el apoyo al Gobierno provisional, fuimos atacados por los eseristas y los mencheviques. ¿Y qué ha demostrado la realidad?

¿Qué han demostrado las tres crisis políticas, la del 20 y 21 de abril, la del 10 y 18 de junio y la del 3 y 4 de julio?

Han demostrado, en primer lugar, el creciente descontento de las masas con la política burguesa de la mayoría burguesa del Gobierno provisional.

No carece de interés observar que en su número del 6 de julio el periódico del partido eserista gobernante, *Dieko Naroda*, pese a su notoria hostilidad hacia los bolcheviques, se ve obligado a admitir que la acción del 3 y 4 de julio responde a causas económicas y políticas profundas. La necia, bairda e infame mentira de que esa acción fue creada artificialmente, de que los bolcheviques hicieron campaña *a favor* de la acción se pondrá cada vez más de relieve a medida que pase el tiempo.

La causa general, la fuente general, la profunda raíz general de las tres crisis políticas mencionadas es evidente, sobre todo para quien las enfoque en su

¹ Publicado el 19 de julio de 1917 en la revista *Rabotnitsa* N.º 7 [El *Pravda* fue censurado por el Gobierno, apareciendo este texto en la revista *Rabotnitsa* (*La obrera*). NdE].

conexión, como debe enfocar la política quien la considera una ciencia. Es absurdo pensar siquiera que tres crisis semejantes hayan podido ser producidas artificialmente.

En segundo lugar, es instructivo entender qué tienen en común y cuál es el rasgo específico de cada una de estas tres crisis.

Lo común a las tres es el descontento desbordante de las masas, su indignación contra la burguesía y su Gobierno. Quien olvide, pase por alto o subestime *esta esencia del problema* reniega de las verdades elementales del socialismo acerca de la lucha de clases.

Que quienes se llaman a sí mismos socialistas, que quienes algo saben sobre el carácter de la lucha de clases en las revoluciones europeas mediten sobre la lucha de clases en la revolución rusa.

Lo peculiar de estas tres crisis es su forma de manifestarse. La primera (20 y 21 de abril) fue turbulenta y espontánea, sin la menor organización. Condujo a los disparos de los centurionegristas contra los manifestantes y a una inaudita campaña de acusaciones salvajes y falsas contra los bolcheviques. A la explosión siguió una crisis política.

En el segundo caso, la manifestación fue organizada por los bolcheviques y suspendida después del amenazador ultimátum y de la prohibición formal del Congreso de los Sóviets; después vino la manifestación en común del 18 de junio en la que evidentemente predominaban las consignas bolcheviques. Según lo admiten los propios eseristas y mencheviques, en la noche del 18 de junio, si no hubiera sido por el inicio de la ofensiva en el frente, probablemente se hubiese desencadenado una crisis política.

La tercera crisis estalló espontáneamente el 3 de julio, a pesar de los esfuerzos hechos el día 2 por los bolcheviques para contenerla. Después de alcanzar su punto máximo el día 4, condujo en los días 5 y 6 a una furiosa explosión de la contrarrevolución. Las vacilaciones de los eseristas y mencheviques se expresaron en el hecho de que Spiridonova y una serie de eseristas se declararan a favor de la entrega del poder a los sóviets y de que los mencheviques internacionalistas, que hasta ese momento se habían opuesto a ello, se pronuncian en el mismo sentido.

Finalmente, la última -y acaso la más instructiva- conclusión que debe extraerse del estudio de los acontecimientos enfocados en su conexión consiste en que las tres crisis revelaron una forma de manifestación nueva en la historia de nuestra revolución, una manifestación de un tipo más complejo, en la cual el movimiento se desarrolla por oleadas que suben velozmente y descienden de modo súbito, la revolución y la contrarrevolución se exageran, y los elementos moderados son eliminados por un período más o menos largo.

El movimiento tomó en las tres crisis la forma de una *manifestación*. Una manifestación antigubernamental: tal es, ateniéndonos al punto de vista formal, la descripción más exacta de los acontecimientos. Pero es el caso que no fue una manifestación corriente. Fue algo que es bastante más que una manifestación y

menos que una revolución. Fue un estallido *simultáneo* de revolución y de contrarrevolución, una violenta y a veces casi súbita eliminación de los elementos moderados, al mismo tiempo que hacían su turbulenta aparición los elementos proletarios y burgueses².

A este respecto, es muy característico que los elementos moderados acusen por *cada uno* de esos movimientos a *las dos* fuerzas concretas de clase: al proletariado y a la burguesía. Fijémonos en los eseristas y en los mencheviques: desaforados, gritan con toda la fuerza de sus pulmones que los bolcheviques, con sus extremismos, ayudan a la contrarrevolución. Pero al mismo tiempo confiesan una y otra vez que los kadetes (con quienes forman un bloque en el Gobierno) son contrarrevolucionarios. "Nuestra apremiante tarea —escribía ayer *Diele Narod*— es trazar una línea divisoria entre nosotros y todos los elementos de derecha, incluyendo al belicoso *Kólúsh*" (con el que, podríamos añadir nosotros, los eseristas formaron un bloque en las últimas elecciones).

Compárese esto con el número de *Kólúsh* de hoy (7 de julio), en el cual Plejanov se ve obligado a reconocer, en el editorial, el hecho indiscutible de que los sóviets (es decir, los eseristas y los mencheviques) se han tomado "dos semanas para pensar el asunto" y de que el paso del poder a los sóviets "equivale a la victoria de los leninistas". "Si los kadetes no se atienen a la regla: cuanto peor, mejor... —dice Plejanov—, ellos mismos tendrán que reconocer que han cometido un grave error [al retirarse del Ministerio], allanando de ese modo el camino a los leninistas".

¿No es eso típico? ¡Los elementos moderados acusan a los kadetes de allanar el camino a los bolcheviques, y a los bolcheviques de allanar el camino a los kadetes!! ¿Tan difícil es adivinar que no hay más que cambiar las denominaciones políticas por las de clase para tener ante nosotros los sueños de la pequeñoburguesía sobre la desaparición de la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado? ¿No se lamenta la pequeñoburguesía por la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía? ¿Tan difícil realmente es adivinar que ningún bolchevique del mundo sería capaz de "crear" un "movimiento popular", mucho menos tres, si causas económicas y políticas muy profundas no pusieran en acción al proletariado? ¿Es tan difícil adivinar que todos los kadetes y monárquicos juntos serían incapaces de provocar ni un solo movimiento "de derecha" si no fuera por causas igualmente profundas, que engendran la posición contrarrevolucionaria de la burguesía como clase?

Durante el movimiento del 20 y 21 de abril se nos acusó, a nosotros y a los kadetes, de intransigencia, de extremismo, de agravar la situación. Se llegó hasta el colmo de acusar a los bolcheviques (por disparatado que ello parezca) de abrir fuego en Nevsky. Pero cuando el movimiento tocó a su fin esos mismos

² A las manifestaciones del 3 y 4 (16 y 17) de julio, de obreros y soldados, le siguió una manifestación de los nacionalistas, retirados del Ejército y elementos burgueses, en apoyo al Gobierno y a la ofensiva en la guerra. Algunas de estas manifestaciones contrarrevolucionarias se dirigieron a los locales de los bolcheviques (Néfi).

escritas y mencheviques escribieron en su órgano único y oficial, *Izvestia*, que el "movimiento popular" había "barrido a los imperialistas, a Miliukov, etc.", es decir, *ligorificaban* el movimiento!! ¿No es eso típico? ¿No revela con toda claridad la total incapacidad de la pequeñoburguesía para comprender el juego de la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía, su esencia?

La situación objetiva es esta: la inmensa mayoría de la población del país es, por sus condiciones de vida y sobre todo por sus ideas, pequeñoburguesa. Pero en el país reina, principalmente por medio de los bancos y los consorcios, el gran capital. En nuestro país hay un proletariado urbano lo suficientemente maduro como para seguir su propio camino, pero que todavía no es capaz de atraer inmediatamente a su lado a la mayoría de los semiproletarios. De este hecho fundamental, de clase, se desprende la inevitabilidad de crisis como estas tres que estamos examinando, así como sus formas.

Claro está que en el futuro las formas de las crisis podrán variar, pero la esencia del problema no variará, aun cuando, por ejemplo, en octubre se reúna la Asamblea Constituyente escrista. Los escristas han prometido a los campesinos: 1) la abolición de la propiedad privada de la tierra; 2) la entrega de la tierra a los trabajadores; 3) la confiscación de las tierras de los terratenientes y su entrega sin indemnización a los campesinos. La realización de estas gigantescas reformas es absolutamente imposible sin las medidas revolucionarias más decididas contra la burguesía, medidas que *sólo* podrán ser adoptadas cuando el campesinado pobre se una al proletariado, *sólo* cuando los bancos y los consorcios sean nacionalizados.

Los confiados campesinos, que durante algún tiempo creyeron que podrían conseguir esas cosas tan hermosas pactando con la burguesía, se sentirán inevitablemente desengañados y... "descontentos" (para decirlo con suavidad) con la aguda lucha de clases del proletariado contra la burguesía por el cumplimiento de las promesas de los escristas. Así fue y así será.

7 (20) de julio de 1917

¿DÓNDE ESTÁ EL PODER Y DÓNDE LA CONTRARREVOLUCIÓN?

Esta pregunta, por lo general, se contesta muy simplemente: la contrarrevolución no existe en absoluto o no sabemos dónde está. En cambio, sabemos muy bien dónde está el poder. Está en manos del Gobierno provisional, controlado por el Comité Ejecutivo Central (CEC) del Congreso de los Sóviets de Diputados Obreros y Soldados de toda Rusia². Tal es la respuesta habitual.

La crisis política de ayer³, como la mayoría de las crisis, que arrancan todo lo convencional y destruyen todas las ilusiones, ha dejado tras de sí las ruinas de las ilusiones expresadas en las respuestas habituales a las cuestiones fundamentales de toda revolución.

Hay un exmiembro de la segunda Duma de Estado, Alexinsky, a quien los *eseristas* y los *mencheviques*, partidos dominantes en los sóviets de diputados obreros, soldados y campesinos, *se negaron* a admitir en el Comité Ejecutivo del Sóviet de Diputados Obreros y Soldados *mientras no se rehabilite*, es decir, mientras no dé pruebas de su honorabilidad.

¿Qué significa esto? ¿Por qué el Comité Ejecutivo pública y formalmente negó su confianza a Alexinsky y exigió que redima su honor, o sea, lo declaró deshonesto?

Porque Alexinsky se había hecho tan famoso por sus declaraciones calumniosas que en París los periodistas de los más diversos partidos lo calificaron de difamador. Alexinsky no se molestó en redimir su honor ante el Comité Ejecutivo. Prefirió ocultarse en el periódico de Plejanov, *Iskústvo*, colaborando en él, al principio bajo iniciales y después, envalentonado, con su nombre completo.

El 4 de julio, en la tarde de ayer, algunos bolcheviques fueron advertidos por amigos de que Alexinsky había expuesto ante el comité de periodistas de

1 Publicado el 19 (6) de julio de 1917 en *Litsai Pressi*.

2 El Comité Ejecutivo Central (CEC) fue elegido en el I Congreso de los Sóviets de Diputados Obreros y Soldados de toda Rusia, realizado en junio de 1917. Fue integrado por 107 mencheviques, 101 eseristas, 35 bolcheviques, 8 socialdemócratas unidos, 4 trudoviques y "socialistas populares" y un bandista. El menchevique Chjeldac fue su presidente. Este CEC existió hasta el II Congreso de los Sóviets. [Ndt].

3 Lenia hace referencia a la crisis producida el 3-4 (16-17) de julio, cuando una manifestación espontánea de obreros y soldados se dirigió contra el Gobierno de coalición. Los soldados de la guarnición de Petrogrado habían recibido la orden de desplazarse al frente para participar de la ofensiva contra los ejércitos austro-húngaro y alemán... pero la guarnición se amotina; recorre las fábricas llamando a los obreros, incitando a la lucha contra el Gobierno. Los bolcheviques primero no impulsan la manifestación, pero una vez desencadenada la apoyan bajo la consigna de "Todo el poder a los sóviets" [Ndt].

Petrogrado una nueva y maliciosa difamación. La mayoría de los que recibieron la advertencia no le prestó ninguna atención, porque sólo sentían desprecio y repugnancia hacia Alexinsky y su "trabajo". Pero un bolchevique, Dzhugashvili (Stalin), miembro del Comité Ejecutivo Central, que por ser un socialdemócrata georgiano conocía de antaño al camarada Chjeidze, le habló a este en una reunión del CEC de la nueva infame campaña de calumnias de Alexinsky.

Esto sucedió muy tarde en la noche, pero Chjeidze declaró que el CEC no quedaría indiferente ante la difusión de difamaciones por personas que temen a los tribunales y a las investigaciones del CEC. En su nombre, como presidente del CEC, y en nombre de Tsereteli, como miembro del Gobierno provisional, Chjeidze habló enseguida *por teléfono* a todas las oficinas de redacción sugiriéndoles que se negaran a publicar las difamaciones de Alexinsky. Chjeidze le dijo a Stalin que la mayoría de los periódicos expresaron su conformidad con el pedido y que únicamente *Volnusto* y *Rech* "guardaron silencio" por un rato (no hemos visto *Volnusto*, pero *Rech* no ha reproducido la difamación). Finalmente la difamación apareció sólo en las páginas de un pequeño periódico amarillo, totalmente desconocido para la mayoría de las personas cultas, *Zhivoye Slovo* N.º 51 (404), cuyo editor y director firma A. M. Umansky.

Ahora los calumniadores responderán ante los tribunales. En este aspecto, las cosas son muy simples.

El absurdo de la difamación salta a la vista: un tal Yermolenko, alférez del 16º Regimiento de Fusileros Siberianos, habría sido "destacado" (?) "el 25 de abril a la retaguardia del 6º Ejército para ocuparse de la agitación en favor de la rápida conclusión de un tratado de paz por separado con Alemania". Evidentemente, es un prisionero de guerra escapado de Alemania, sobre quien el "documento" publicado en *Zhivoye Slovo* dice: ¡¡"Yermolenko aceptó la misión debido a la insistencia de los camaradas"!!

¡Esto basta para juzgar la confianza que merece un individuo tan deshonesto como para aceptar semejante "misión"!... El testigo, sin duda, no tiene sentido del honor. Esto es un hecho.

¿Y qué declaró el testigo?

Declaró lo siguiente: "Los oficiales del Estado Mayor alemán, Schiditski y Lübers, le dijeron que el mismo tipo de agitación realizan en Rusia A. Skoropis-Yolukhovskiy, presidente de la sección ucraniana de la Unión de Liberación de Ucrania⁴ y agente del Estado Mayor General alemán, y Lenin. Lenin fue comisionado para hacer cuanto pudiera por minar la confianza del pueblo ruso en el Gobierno provisional".

Así, los oficiales alemanes, para inducir a Yermolenko a cometer su deshonesto acción, le mintieron desvergonzadamente acerca de Lenin, quien, como todos saben y ha sido declarado oficialmente *por todo el Partido Bolchevique*, ¡¡se

⁴ "La Palabra Vital" fue un periódico reaccionario; apareció en Petrogrado desde 1916 [Ndl].

⁵ Unión de Liberación de Ucrania fue una organización nacionalista ucraniana creada en 1914 [Ndl].

ha *opuesto* siempre a un tratado de paz por separado con Alemania de la manera más categórica, consecuente y absoluta!! La mentira de los oficiales alemanes es tan evidente, grosera y absurda que ninguna persona que sepa leer podría dudar ni un minuto de que no es sino una mentira. ¡Y cualquier persona enterada de la vida política dudará todavía menos de que asociar a Lenin con un sujeto como Yoltukhovsky (?) y con la Unión de Liberación de Ucrania es un absurdo que salta a la vista, porque tanto Lenin como todos los otros internacionalistas muchas veces *han declarado públicamente no tener nada en común* con esta sospechosa "Unión" socialpatriota durante la guerra!

La burda mentira de Yermolenko, sobornado por los alemanes, o de los oficiales alemanes, no hubiera merecido la menor atención si el "documento" no añadiese ciertos "informes recientes" -recibidos no se sabe por quién, de quién, cómo, dónde ni cuándo-, según los cuales "el dinero para la propaganda se recibe [¿quién lo recibe? ¡El "documento" *teme* decir directamente que se acusa o se sospecha de Lenin!! ¡El "documento" no menciona *quién* "recibe" el dinero!] por medio de personas de confianza": "los bolcheviques" Fürstenberg (Hanecki) y Kozlovsky. Al parecer, hay también informes que prueban el envío de dinero por medio de los bancos ¡y que "la censura militar ha descubierto un incesante [!] intercambio de telegramas de carácter político y financiero entre los agentes alemanes y los líderes bolcheviques"!!

De nuevo una mentira tan burda que resulta un disparate. Si hubiera en esto sólo una palabra de verdad, ¿cómo pudo ocurrir entonces: 1) que a Hanecki *hace muy poco* se lo dejara entrar libremente en Rusia y se le permitiera salir libremente de ella?; 2) ¿que Hanecki y Kozlovsky no fueran arrestados *antes* de que la prensa publicara las noticias de sus crímenes? ¿Acaso el Estado Mayor, si realmente hubiera tenido en sus manos informes dignos de confianza sobre el envío de dinero, telegramas, etc., permitiría la publicación de tales rumores por medio de los Alexinsky y de la prensa amarilla sin arrestar a Hanecki y a Kozlovsky? ¿No está claro que esto no es más que un trabajo barato de calumniadores periodísticos del más bajo nivel?

Agreguemos que ni Hanecki ni Kozlovsky son bolcheviques, sino miembros del Partido Socialdemócrata polaco; que Hanecki es miembro del OC de ese partido; que lo conocemos desde el Congreso de Londres (1903), del cual los delegados polacos se retiraron, etc. Los bolcheviques *jamás* recibieron *ningún* dinero de Hanecki ni de Kozlovsky. Todo eso es mentira, una grosera y total mentira.

¿Cuál es su significado político? En primer lugar, indica que los adversarios políticos de los bolcheviques son viles y bajos hasta tal punto que no pueden proceder sin mentiras y difamaciones.

En segundo lugar, nos da respuesta al interrogante planteado en el título de este artículo.

El informe sobre los "documentos" fue remitido a Kerensky ya el 16 de mayo. Kerensky es miembro del Gobierno provisional y del Sóviet, es decir,

de ambos "poderes". Desde el 16 de mayo hasta el 5 de julio pasó mucho tiempo. Un poder digno de su nombre hubiera podido y debido *el mismo* investigar esos "documentos", interrogar a los testigos y arrestar a los sospechosos. El poder, *ambos* "poderes" —el Gobierno provisional y el CEC— podían y debían haberlo hecho.

¡Sin embargo, ambos poderes están inactivos, mientras al Estado Mayor se le descubren ciertas relaciones con Alexinsky, a quien no se admitió, por sus actividades difamatorias, en el Comité Ejecutivo del Sóviet! ¡El Estado Mayor, justamente cuando los kadetes se retiran, permite —por casualidad, seguramente— la entrega de sus documentos oficiales a Alexinsky para su publicación!

El poder está inactivo. Ni Kerensky, ni el Gobierno provisional ni el Comité Ejecutivo del Sóviet piensan siquiera en arrestar a Lenin, Hanecki o Kozlovsky, si es que son sospechosos. Ayer, 4 de julio por la noche, Gijcidze y Tsereteli pidieron a los periódicos que no publicaran esa difamación evidente. Pero, al mismo tiempo, más avanzada la noche, Polovtsev envió a los cadetes militares y cosacos para que destrozaran las oficinas de *Pravda*, impidieran la publicación del periódico, arrestaran a los editores y se apoderaran de los libros (con el pretexto de investigar si figuran en ellos fondos sospechosos). Al mismo tiempo, ese sucio periodichucho amarillo de baja calaña, *Zhiznyé Slova*, publicó esa vil difamación para excitar las pasiones, denigrar a los bolcheviques, crear una atmósfera de pogromo, para proporcionar una justificación posible a la conducta de Polovtsev, de los cadetes militares y los cosacos que destrozaron las oficinas de *Pravda*.

Quien no cierre los ojos *para no ver* la verdad no puede seguir en el error. Cuando es *necesario* actuar, *ambos* poderes permanecen inactivos: el CEC porque "confía" en los kadetes y teme irritarlos, y los kadetes no actúan como poder porque prefieren actuar *entre bastidores*.

La contrarrevolución entre bastidores; esto es claro como la luz del día, los kadetes, ciertos círculos del Estado Mayor General ("los jefes superiores del Ejército", como dice la resolución de nuestro partido) y la turbia prensa semicenturionegrista. Ellos *se* están inactivos, "trabajan" juntos codo a codo; tal es el medio del que surgen los pogromos, los intentos de represión, los disparos sobre los manifestantes, etc., etcétera.

Quien no cierre deliberadamente los ojos ante la verdad no puede seguir en el error.

No hay poder, y no lo habrá hasta que el paso del poder a los sóviets sienta las bases para crear el poder. La contrarrevolución se aprovecha de la ausencia de autoridad para unir a los kadetes con ciertos jefes superiores del Ejército y con la prensa centurionegrista. Tal es la triste pero innegable realidad.

¡Obreros y soldados! ¡Deben dar prueba de firmeza, decisión y vigilancia!

SOBRE LAS CONSIGNAS¹

Ocorre muy a menudo que cuando la historia da un viraje brusco hasta los partidos avanzados no son capaces, por un tiempo más o menos largo, de adaptarse a la nueva situación y repiten consignas que, si ayer eran correctas, hoy han perdido todo sentido, tan "súbitamente" como "súbito" fue el brusco viraje de la historia.

Algo semejante puede ocurrir, al parecer, con la consigna del paso de todo el poder estatal a los sóviets. Esa consigna fue correcta durante un período de nuestra revolución —digamos, desde el 27 de febrero hasta el 4 de julio—, que ahora ha pasado irrevocablemente. Pero hoy es evidente que ha dejado de ser correcta. Si no comprendemos esto, tampoco podremos comprender ninguno de los problemas esenciales de la actualidad. Cada consigna debe ser deducida siempre del conjunto de los rasgos específicos de una situación política determinada. Y hoy, después del 4 de julio, la situación política de Rusia es radicalmente distinta a la situación imperante entre el 27 de febrero y el 4 de julio.

Durante ese período ya pasado de la revolución existía en el país la llamada "dualidad de poder", que expresaba, material y formalmente, el carácter indefinido y transitorio del poder estatal. No olvidemos que el problema del poder del Estado es el problema fundamental de toda revolución.

En ese entonces el poder era un equilibrio inestable. Lo compartían, mediante un acuerdo voluntario, el Gobierno provisional y los sóviets. Los sóviets estaban formados por delegados de la masa de obreros y soldados libres —es decir, no supeditados a la coerción exterior— y armados. Las armas estaban en manos del pueblo y no había coerción sobre este desde afuera: tal era la verdadera esencia de la cuestión. Eso era lo que abría y garantizaba una vía pacífica para el desarrollo de la revolución. La consigna "Todo el poder a los sóviets" era una consigna para el paso siguiente, el paso de realización inmediata en esta vía pacífica de desarrollo. Era la consigna del desarrollo pacífico de la revolución que, desde el 27 de febrero hasta el 4 de julio, era posible y, por supuesto, el más deseable, pero que hoy es ya absolutamente imposible.

Según parece, no todos los partidarios de la consigna "Todo el poder a los sóviets" han prestado suficiente atención al hecho de que era la consigna de marcha pacífica de la revolución, pacífica no sólo en el sentido de que nadie, ninguna clase, ninguna fuerza importante, hubiera podido entonces (desde el

¹ Escrito a mediados de julio de 1917. Publicado como folleto por el Comité del POSDR(b) de Kronstadt.

27 de febrero hasta el 4 de julio) resistirse a impedir el paso del poder a los *sóviets*. Eso no es todo. El desarrollo pacífico hubiera podido realizarse entonces también en el sentido de que la lucha de clases y de partidos *dentro* de los *sóviets*, siempre que estos hubiesen asumido a tiempo todo el poder estatal, habría adoptado la forma más pacífica y menos dolorosa.

A este último aspecto del problema tampoco se le ha concedido todavía suficiente atención. Por su composición de clase, los *sóviets* eran los órganos del movimiento obrero y campesino, la forma ya plasmada de su dictadura. Si hubieran tenido todo el poder estatal, el defecto principal de las capas pequeño-burguesas, su pecado capital —la confianza en los capitalistas— habría sido eliminado por la práctica, habría sido sometido a la crítica de la experiencia de sus propias medidas. La sustitución de las clases y los partidos que ocupan el poder habría podido operarse pacíficamente dentro de los *sóviets*, siempre que estos dispusieran de un total y pleno poder. El vínculo entre todos los partidos representados en los *sóviets* y las masas se hubiera mantenido sólido e íntegro. No se debe perder de vista ni un instante que sólo este vínculo estrecho, cada vez mayor en extensión y profundidad, entre los partidos representados en los *sóviets* y las masas, habría podido contribuir a eliminar pacíficamente las ilusiones en la política pequeño-burguesa de pactos con la burguesía. El paso del poder a los *sóviets* en sí mismo no habría cambiado, y no podía hacerlo, la correlación de clases; no habría cambiado en nada el carácter pequeño-burgués del campesinado. Pero habría dado oportunamente un gran paso para apartar a los campesinos de la burguesía, para acercarlos a los obreros y después unirlos con ellos.

Así habrían podido ocurrir las cosas si el poder hubiese pasado a los *sóviets* en el momento oportuno. Y eso habría sido lo más fácil y lo más ventajoso para el pueblo. Era la vía menos dolorosa y por eso había que luchar por ella con toda energía. Pero hoy esa lucha, la lucha por la entrega oportuna del poder a los *sóviets*, ha terminado. La vía pacífica de desarrollo se ha vuelto imposible. Se ha iniciado una vía no pacífica y la más dolorosa.

El viraje del 4 de julio consiste precisamente en un cambio brusco en la situación objetiva. La posición inestable del poder ha cesado; en el punto decisivo el poder ha pasado a manos de la contrarrevolución. El desarrollo de los partidos sobre la base de la colaboración de los partidos pequeño-burgueses socialista revolucionario y menchevique con los kadetes contrarrevolucionarios ha creado una situación en la cual ambos partidos pequeño-burgueses se han convertido virtualmente en participantes y cómplices de la salvaje represión contrarrevolucionaria. La inconsciente confianza de la pequeño-burguesía en los capitalistas la llevó, impulsada por el desarrollo de la lucha entre los partidos, al apoyo consciente a los contrarrevolucionarios. El desarrollo de las relaciones entre los partidos ha completado su ciclo. El 27 de febrero todas las clases se encontraron unidas contra la monarquía. Después del 4 de julio, la burguesía contrarrevolucionaria, estrechamente unida a los monárquicos y a las Centurias Negras, apelando en parte a la intimidación, logró el apoyo de

los pequeñoburgueses eseristas y mencheviques, entregando el poder estatal efectivo a los Cavaignac, a la camarilla militar que fusila a los soldados insubordinados en el frente y reprime a los bolcheviques en Petrogrado.

La consigna del paso del poder a los sóviets podría parecer hoy una quijotada o una burla. Esta consigna, objetivamente, sería un engaño al pueblo, sería infundirle la ilusión de que aún hoy bastaría que los sóviets quisieran tomar el poder o plantearan esa decisión para que el poder fuese suyo; la ilusión de que en los sóviets hay aún partidos no manchados por su complicidad con los verdugos, de que es posible anular lo ocurrido.

Sería un profundo error creer que el proletariado revolucionario es capaz de "negar" apoyo a los eseristas y mencheviques frente a la contrarrevolución como "venganza", por así decirlo, por el apoyo que ellos dieron a la represión contra los bolcheviques, a los fusilamientos de soldados en el frente y al desarme de los obreros. Esto, en primer lugar, sería aplicar al proletariado las concepciones filisteas de moral (pues, *por el bien de la causa*, el proletariado siempre apoyará no sólo a la pequeñoburguesía vacilante, sino incluso a la gran burguesía); en segundo lugar —y esto es lo importante—, sería un intento filisteo de ocultar la esencia política de la situación con argumentos de índole "moral".

Y la esencia política está en que ya no se puede tomar el poder por vía pacífica. Sólo puede llegarse a él mediante la victoria en una lucha decisiva contra los que hoy están efectivamente en el poder, la camarilla militar, los Cavaignac, que se apoyan en las tropas reaccionarias trasladadas a Petrogrado, en los kadetes y en los monárquicos.

La esencia de la situación consiste en que estos nuevos detentadores del poder estatal sólo pueden ser vencidos por las masas revolucionarias, que, para ser puestas en movimiento, no sólo deben ser dirigidas por el proletariado, sino que también deben volver la espalda a los partidos eserista y menchevique, que han traicionado la causa de la revolución.

Los que introducen en la política la moral filisteo razonan así: admitamos que al apoyar a los Cavaignac, que desarman al proletariado y a los regimientos revolucionarios, los eseristas y los mencheviques cometieron un "error"; pero hay que darles una oportunidad para que "rectifiquen" su "error"; la rectificación del "error" "no debería hacerse difícil" para ellos; hay que facilitar la fluctuación de la pequeñoburguesía hacia los obreros. Razonar así sería una pueril ingenuidad o simplemente una tontería, si no un nuevo engaño a los obreros, ya que la fluctuación de las masas pequeñoburguesas hacia los obreros significaría única y precisamente que estas masas han vuelto la espalda a los eseristas y mencheviques. Los partidos eserista y menchevique sólo pueden hoy rectificar su "error" si denuncian a Tsereteli y Chernov, a Dan y Rakitnikov como secuaces de los verdugos. Nosotros nos declaramos plena e incondicionalmente a favor de semejante "rectificación" de su "error"...

El problema fundamental de la revolución, decíamos, es el problema del poder. A esto tenemos que añadir que precisamente las revoluciones demuestran a

cada paso cómo se oculta el problema de *dónde* está el verdadero poder y ponen de relieve la divergencia entre el poder formal y el poder efectivo. En eso reside una de las características principales de todo período revolucionario. Durante los meses de marzo y abril de 1917 no se sabía si el poder efectivo estaba en manos del Gobierno o en manos del Sóviet.

Pero hoy es particularmente importante que los obreros con conciencia de clase encaren serenamente el problema central de la revolución: en manos de quién está en este momento el poder del Estado. Examinen sus manifestaciones materiales, no confundan las palabras con los hechos y no les será difícil hallar la respuesta.

El Estado —escribió Friedrich Engels— está constituido, ante todo, por destacamentos de hombres armados provistos de medios materiales como, por ejemplo, las cárceles. Hoy el Estado está constituido por los cadetes militares y los cosacos reaccionarios, traídos expresamente a Petrogrado; los que mantienen en la cárcel a Kamenev y a otros; los que han clausurado *Pravda*; los que desarmaron a los obreros y a un sector determinado de soldados; los que fusilan a un sector igualmente determinado de los soldados, los que fusilan a un sector igualmente determinado de las tropas en el Ejército. Esos verdugos constituyen hoy el poder efectivo. Los Tsereteli y los Chernov son ministros sin poder, ministros fantoches, líderes de partidos que apoyan la represión salvaje. Eso es un hecho. Y el hecho no es menos cierto porque Tsereteli y Chernov en forma personal seguramente "no aprueben" la represión salvaje o porque sus periódicos nieguen tímidamente toda relación con esto. Tales cambios de ropaje político no cambian la esencia del problema.

La clausura del periódico de ciento cincuenta mil votantes de Petrogrado, el asesinato del obrero Voinov por los cadetes militares (el 6 de julio) en el momento en que retiraba de la imprenta el *Listok Pravdi*: ¿qué es eso sino represión salvaje? ¿Qué es eso sino la obra de los Cavaignac? Se nos dirá que de ello no son "culpables" ni el Gobierno ni los sóviets.

Pues tanto peor para el Gobierno y para los sóviets —contestamos nosotros—, porque eso significa precisamente que no son más que nulidades, marionetas, y que el poder efectivo no está en sus manos.

El pueblo debe saber, ante todo y en primer término, la verdad; debe saber quién posee, en realidad, el poder estatal. Al pueblo hay que decirle toda la verdad: hay que decirle que el poder está en manos de una camarilla militar de Cavaignac (en manos de Kerensky, de ciertos generales, oficiales, etc.), apoyados por la clase burguesa, con el partido kadete al frente, y por todos los monárquicos, que actúan por medio de la prensa centurionegría, *Nashe Vremya*, *Zhivye Slova*, etc., etcétera.

Hay que derrocar ese poder. Mientras no lo hagamos, todo lo que sea hablar de lucha frente a la contrarrevolución no será más que fraseología, no será más que "engañarnos a nosotros mismos y engañar al pueblo".

Hoy ese poder encuentra también apoyo en los ministros Tsereteli y Chernov y en sus partidos. Hay que explicar al pueblo el papel de verdugos que desempeñan,

hacerle ver que era inevitable que esos partidos, después de sus "errores" del 21 de abril, del 5 de mayo, del 9 de junio y del 4 de julio, después de aprobar la política de la ofensiva, una política que en sus nueve décimas partes predeterminaba el triunfo de los Cavaignac en julio, llegasen a semejante "final".

Hay que reorganizar toda la labor de agitación entre el pueblo a fin de tener en cuenta la experiencia concreta de la actual revolución y principalmente de las jornadas de julio, es decir, a fin de señalar al pueblo con toda claridad que sus verdaderos enemigos son la camarilla militar, los kadetes y los centurionegristas, y desenmascarar específicamente a todos los partidos pequeñoburgueses, a los partidos eserista y menchevique, que han desempeñado y desempeñan el papel de cómplices de los verdugos.

Hay que reorganizar toda la labor de agitación entre el pueblo a fin de hacer ver a los campesinos que es totalmente inútil confiar en obtener la tierra mientras no se derroque el poder de la camarilla militar, mientras no se desenmascare a los partidos eserista y menchevique y se los prive de la confianza del pueblo. Bajo las condiciones "normales" del desarrollo capitalista este proceso sería muy largo y muy difícil, pero la guerra y la ruina económica lo acelerarán extraordinariamente. Con estos "aceleradores", un mes y hasta una semana pueden equipararse a un año.

Dos objeciones se formularán quizá contra lo que hemos dicho: primero, que hablar hoy de una lucha decisiva es fomentar las acciones aisladas, las cuales sólo favorecerían a la contrarrevolución; segundo, que el derrocamiento de esta significaría de todas formas el paso del poder a los sóviets.

A la primera objeción replicamos lo siguiente: los obreros de Rusia tienen ya suficiente conciencia de clase como para no caer en provocaciones en un momento evidentemente desfavorable para ellos. Es indudable que lanzarse hoy a la acción y ofrecer resistencia equivaldría a ayudar a los contrarrevolucionarios. Es asimismo indiscutible que una lucha decisiva sólo será posible cuando un nuevo ascenso revolucionario surja en lo más profundo de las masas. Pero no basta con hablar en general de un ascenso revolucionario, de la marea alta de la revolución, de la ayuda de los obreros de Europa occidental, etc., sino que hay que sacar una conclusión determinada de nuestro pasado, de las lecciones que hemos recibido. Y eso nos conducirá a la consigna de la lucha decisiva frente a los contrarrevolucionarios, que se han adueñado del poder.

La segunda objeción también equivale a sustituir realidades concretas por consideraciones demasiado generales. Fuera del proletariado revolucionario, no hay nada, no existe ninguna fuerza capaz de derrocar a la contrarrevolución burguesa. Es precisamente el proletariado revolucionario el que, después de la experiencia de julio de 1917, tiene que hacerse cargo independientemente del poder estatal; sin eso es imposible que triunfe la revolución. El poder en manos del proletariado, apoyado este por los campesinos pobres y los semiproletarios: he ahí la única salida. Y ya hemos indicado cuáles son los factores que contribuirán a acelerar extraordinariamente esta solución.

En esta nueva revolución podrán y deberán surgir los sóviets, pero *no* serán los sóviets actuales, no serán órganos de colaboración con la burguesía, sino órganos de la lucha revolucionaria contra ella. Es cierto que también entonces nos pronunciaremos por un Estado estructurado enteramente según el modelo de los sóviets. Pero no se trata del problema de los sóviets en general, sino de combatir la contrarrevolución *actual* y la traición de los sóviets *actuales*.

La sustitución de lo concreto por lo abstracto es uno de los pecados capitales, uno de los pecados más peligrosos que pueden cometerse en una revolución. Los actuales sóviets han fracasado, han sufrido una derrota completa por predominar en ellos los partidos eserista y menchevique. En este momento esos sóviets son como ovejas conducidas al matadero que, puestas bajo la cuchilla, balan lastimosamente. *Hoy* los sóviets son débiles e impotentes ante la triunfadora y triunfante contrarrevolución. La consigna del paso del poder a los sóviets podría ser interpretada como un "simple" llamado para la entrega del poder a los sóviets actuales; pero decir eso, hacer tal llamado, equivaldría ahora a engañar al pueblo. Y no hay nada más peligroso que el engaño.

El ciclo de desarrollo de la lucha de clases y partidos en Rusia desde el 27 de febrero hasta el 4 de julio se ha completado. Comienza un nuevo ciclo, en el que no entran ya las viejas clases, los viejos partidos, los viejos sóviets, sino los partidos, las clases y los sóviets purificados por el fuego de la lucha, templados, instruidos y renovados por el proceso de la lucha. No hay que mirar hacia atrás, sino hacia adelante. No hay que operar con las viejas categorías de clases y de partidos, sino con las nuevas, posteriores a julio. Hay que partir, en los comienzos del nuevo ciclo, del hecho de que la contrarrevolución burguesa triunfó; de que triunfó porque los eseristas y mencheviques pactaron con ella y de que sólo puede ser vencida por el proletariado revolucionario. Por supuesto, en este nuevo ciclo habrá todavía muchas y diversas etapas antes de la victoria definitiva de la contrarrevolución, antes de la derrota definitiva (sin lucha) de los eseristas y mencheviques y antes de un nuevo ascenso de una nueva revolución. Pero de esto podrá hablarse únicamente más tarde, cuando se alcance cada una de esas etapas...

EL COMIENZO DEL BONAPARTISMO¹

Ahora que se ha formado el gabinete de Kerensky, Nekrasov, Avksentiev y Cia.², el error más grave, el más funesto que pueden cometer los marxistas sería confundir las palabras con los hechos, las apariencias ilusorias con la realidad o, en general, con algo serio.

Dejemos ese pasatiempo a los mencheviques y eseristas, quienes desempeñan ya el papel de bufones junto al bonapartista Kerensky. En efecto, es por cierto una bufonada de parte de los Chernov, los Avksentiev y los Tiereteli empezar con posturas llamativas y palabras elegantes en un momento en que Kerensky, evidentemente bajo el dictado de los kadetes, forma una especie de directorio secreto compuesto por él mismo, Nekrasov, Tereschenko y Savinkov; guarda silencio acerca de la Asamblea Constituyente y de la declaración del 8 de julio; proclama en su mensaje al pueblo la sagrada unión entre las clases; y concluye, en condiciones que nadie conoce, un acuerdo con Kornilov, que acaba de presentar un ultimátum descarado; continúe la política de escandalosos e indignantes arrestos.

Es por cierto una bufonada que Chernov, en un momento como este, exija a Miliukov que comparezca ante un tribunal de arbitraje, que Avksentiev declame acerca de lo inservible que es un estrecho punto de vista de clase, cuando Tiereteli y Dan hacen aprobar por el Comité Ejecutivo Central de los Sóviets resoluciones compuestas de frases absolutamente vacías, que recuerdan los peores tiempos de la impotencia de la primera Duma kadete ante el zarismo.

Así como los kadetes en 1906 prostituyeron la primera asamblea de representantes del pueblo en Rusia, reduciéndola a una lamentable tertulia frente a la creciente contrarrevolución zarista, así también los mencheviques en 1917 han prostituido a los sóviets, reduciéndolos a una lamentable tertulia frente a la creciente contrarrevolución bonapartista.

El gabinete de Kerensky indudablemente es un gabinete que da los primeros pasos hacia el bonapartismo.

Tenemos ante nosotros el síntoma histórico fundamental del bonapartismo: un poder estatal apoyado en la camarilla militar (en los peores elementos del Ejército), que maniobra entre dos clases, dos fuerzas hostiles, más o menos equilibradas entre sí.

¹ Publicado el 26 de julio (9 de agosto) de 1917 en *Rabochi i Soldat* N.º 6.

² Se trata del nuevo gabinete conformado el 24 de julio (6 de agosto) de 1917; ver Gobierno de coalición en el índice de conceptos [NdE].

La lucha de clases entre la burguesía y el proletariado se ha agudizado al extremo: tanto el 20 y 21 de abril como del 3 al 5 de julio el país estuvo al borde de la guerra civil. Esta condición economicosocial constituye el terreno clásico para el bonapartismo. Pero a esta condición se unen otras del mismo género; la burguesía está despotricando contra los sóviets, pero es *todavía* impotente para disolverlos; en cambio los sóviets, prostituidos por los señores Tsereteli, Chernov y Cia., son ya impotentes para ofrecer una seria resistencia a la burguesía.

Los terratenientes y el campesinado también viven como en vísperas de guerra civil: los campesinos exigen tierra y libertad y sólo puede contenerlos —si es que puede— un Gobierno bonapartista, capaz de hacer a todas las clases las promesas más inescrupulosas sin cumplir ninguna.

Agréguese a esto la situación creada por la aventura de la ofensiva y por las derrotas militares, las bellas frases especialmente de moda acerca de la salvación de la patria (que encubren el deseo de salvar el programa imperialista de la burguesía) y se tendrá un cuadro perfecto del clima político y social del bonapartismo.

No nos dejemos engañar por las frases. No nos dejemos confundir por la idea de que todo lo que enfrentamos son los primeros pasos del bonapartismo. Precisamente hay que saber desentrañar estos primeros pasos para no caer en la ridícula categoría del obtuso filisteo, que lamenta el segundo paso aunque él mismo ayudó a dar el primero.

No sería otra cosa que ciego filisteísmo abrigar ahora ilusiones constitucionalistas, algo así, por ejemplo, como que el gabinete actual es quizá más de izquierda que todos los anteriores (véase *Izvestia*), o que la crítica bienintencionada de los sóviets puede corregir los errores del Gobierno, o que los arbitrarios arrestos y clausuras de periódicos fueron incidentes aislados que es de esperar nunca se repetirán, o que Zarudny es una persona honesta y que en la Rusia republicana democrática existen tribunales justos a los cuales todos deben presentarse, etc., etcétera.

La tontería de estas ilusiones constitucionalistas de los filisteos es demasiado evidente para que valga la pena detenerse a refutarla.

La lucha frente a la contrarrevolución burguesa exige sensatez y capacidad de ver y decir las cosas tal como son.

El bonapartismo en Rusia no es un fenómeno casual, sino un producto natural del desarrollo de la lucha de clases en un país pequeñoburgués con un capitalismo relativamente desarrollado y un proletariado revolucionario. Las etapas históricas como el 20 y 21 de abril, el 6 de mayo, el 9 y 10 de junio, el 18 y 19 de julio, del 3 al 5 de julio son jalones que evidencian cómo se realizó la preparación del bonapartismo. Sería un gravísimo error creer que una situación de democracia excluye el bonapartismo. Por el contrario, justamente en una situación como esta (la historia de Francia lo confirmó dos veces) el bonapartismo surge dadas ciertas relaciones entre las clases y su lucha.

No obstante, reconocer la inevitabilidad del bonapartismo no significa de ningún modo olvidar la inevitabilidad de su derrota.

Si solamente dijéramos que en Rusia se observa un momentáneo triunfo de la contrarrevolución, eso no sería más que eludir el problema.

Si analizamos el origen del bonapartismo y si, sin temor a enfrentar la verdad, decimos a la clase obrera y a todo el pueblo que la aparición del bonapartismo es un hecho, habremos iniciado en ese momento la lucha por el derrocamiento del bonapartismo, una lucha seria y tenaz, librada en gran escala política y apoyada en profundos intereses de clase.

El bonapartismo ruso de 1917 se diferencia de los comienzos del bonapartismo francés de 1799 y 1849 en una serie de aspectos, por ejemplo, en que ni una sola de las tareas fundamentales de la revolución ha sido cumplida. La lucha por la solución de los problemas agrario y nacional recién comienza a cobrar impulso.

Kerensky y los kadetes contrarrevolucionarios, que lo mueven como a un títere, no pueden convocar la Asamblea Constituyente en la fecha fijada ni aplazar su convocatoria sin ahondar la revolución en ambos casos. Pero la catástrofe generada por la prolongación de la guerra imperialista continúa avanzando con fuerza y rapidez aún mayores.

Los destacamentos de vanguardia del proletariado ruso lograron salir de nuestras jornadas de junio y julio sin desangrarse demasiado. El partido del proletariado tiene plena posibilidad de elegir la táctica y la forma (o las formas) de organización, de modo tal que las repentinas (aparentemente repentinas) persecuciones de los bonapartistas no puedan, en ningún caso, poner en peligro su existencia y su sistemática propaganda al pueblo.

Que el partido diga al pueblo con claridad y en voz alta la verdad sin retaceos: que comienza el bonapartismo; que el "nuevo" Gobierno de Kerensky, Avksentiev y Cía. no es más que un biombo tras el cual se ocultan los kadetes contrarrevolucionarios y la camarilla militar en cuyas manos está ahora el poder; que el pueblo no conseguirá la paz, los campesinos no conseguirán la tierra, los obreros no conseguirán la jornada de ocho horas, los hambrientos no conseguirán el pan si no se liquida completamente a la contrarrevolución. Que el partido lo diga así y cada paso en la marcha de los acontecimientos confirmará su acierto.

Con notable rapidez Rusia ha atravesado por toda una etapa en la cual la mayoría del pueblo confió en los partidos pequeñoburgueses eserista y menchevíque. Y ahora la mayoría de los trabajadores comienza a pagar cara esa confianza.

Todos los indicios señalan que la marcha de los acontecimientos prosigue con un ritmo muy acelerado y que el país se acerca a la etapa siguiente, en que la mayoría de los trabajadores tendrá que confiar su destino al proletariado revolucionario. Este tomará el poder e iniciará la revolución socialista; pese a todas las dificultades y a los posibles zigzags del desarrollo, atravesará a los proletarios de todos los países avanzados a la revolución y vencerá a la guerra y al capitalismo.

EL ESTADO Y LA REVOLUCIÓN

LA TEORÍA MARXISTA DEL ESTADO Y LAS TAREAS DEL PROLETARIADO EN LA REVOLUCIÓN¹

¹ Escrito entre agosto y septiembre de 1917; el punto 3 del cap. II, antes del 17 de diciembre de 1918. Publicado en 1918 en Petrogrado como libro por la Ed. Zhizn i Znanie.

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

El problema del Estado adquiere, en la actualidad, particular importancia, tanto en lo referente a la teoría como a la política práctica. La guerra imperialista ha acelerado e intensificado enormemente el proceso de transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado. La monstruosa opresión de las masas trabajadoras por el Estado, que se funde cada vez más con las todopoderosas asociaciones de capitalistas, adquiere proporciones cada vez más monstruosas. Los países avanzados –nos referimos a su “retaguardia”– se convierten en cárceles militares para los obreros.

Los incalificables horrores y calamidades de la larga guerra hacen insoportable la situación de las masas y aumentan su cólera. Claramente madura la revolución proletaria internacional. El problema de su actitud hacia el Estado adquiere importancia práctica.

Los elementos de oportunismo que se fueron acumulando durante décadas de desarrollo relativamente pacífico dieron origen a la tendencia de socialchovinismo que predomina en los partidos socialistas oficiales del mundo entero. Esta tendencia (Plejanov, Potresov, Breshkoskaya, Rubanovich y, en una forma apenas velada, los señores Tsereteli, Chernov y Cia en Rusia; Scheidemann, Legien, David y otros en Alemania; Renaudel, Guesde y Vandervelde en Francia y Bélgica; Hyndman y los fabianos en Inglaterra, etc., etc.) –socialismo en las palabras y chovinismo en los hechos– se distingue por la adaptación ruin y servil de los “dirigentes del socialismo” a los intereses, no sólo de “su” burguesía nacional, sino de “su” Estado, pues la mayoría de las llamadas grandes potencias hace ya largo tiempo que explotan y esclavizan a gran número de nacionalidades pequeñas y débiles. Y la guerra imperialista es una guerra para la distribución y redistribución de esta clase de botín. La lucha por liberar a las masas trabajadoras de la influencia de la burguesía en general y de la burguesía imperialista en particular es imposible sin una lucha contra los prejuicios oportunistas referentes al “Estado”.

Primero examinaremos la teoría del Estado de Marx y Engels, deteniéndonos con particular detalle en aquellos aspectos de esta teoría que los oportunistas han olvidado o tergiversado. Luego nos ocuparemos especialmente del principal responsable de estas tergiversaciones, Karl Kautsky, el dirigente más conocido de la II Internacional (1889-1914), que sufrió un fracaso tan lamentable en la guerra actual. Finalmente, resumiremos los resultados fundamentales de la experiencia de las revoluciones rusas de 1905 y, sobre todo, de 1917. Esta última, evidentemente, completa ahora (comienzos de agosto de 1917)

la primera etapa de su desarrollo; pero esta revolución en su conjunto sólo puede comprenderse como un eslabón de la cadena de revoluciones socialistas proletarias originadas por la guerra imperialista. El problema de la actitud de la revolución socialista del proletariado hacia el Estado adquiere, por lo tanto, no sólo importancia política práctica, sino la importancia de un problema actual en extremo urgente, el problema de explicar a las masas qué deberán hacer, en breve, para liberarse del yugo del capital.

El autor

Agosto de 1917

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Esta edición, la segunda, se publica casi sin modificaciones. No se ha hecho más que añadir el apartado 3 al capítulo II.

El autor

Moscú, 17 de diciembre de 1918

1. LA SOCIEDAD DE CLASES Y EL ESTADO

1. El Estado, producto del carácter irreconciliable de las contradicciones de clase

Lo que ocurre ahora con la teoría de Marx ocurrió repetidas veces, en el curso de la historia, con las teorías de pensadores revolucionarios y dirigentes de las clases oprimidas que luchaban por su emancipación. En vida de los grandes revolucionarios las clases opresoras los recompensan con incesantes persecuciones, reciben sus doctrinas con la perversidad más salvaje, el odio más furioso, con la campaña más inescrupulosa de mentiras y calumnias. Después de su muerte ensayan convertirlos en íconos inofensivos, canonizarlos, por así decirlo, y santificar hasta cierto punto sus *nombres* para "consuelo" de las clases oprimidas y con el fin de engañarlas, despojando al mismo tiempo a la teoría revolucionaria de su *esencia*, mellando su filo revolucionario y vulgarizándola. Concuerdan hoy en tal "corrección" del marxismo la burguesía y los oportunistas dentro del movimiento obrero. Olvidan, ocultan o tergiversan el aspecto revolucionario de esta teoría, su espíritu revolucionario. Colocan en primer plano y exaltan lo que es o parece ser aceptable para la burguesía. Todos los socialchovinistas son ahora "marxistas" (¡no por nada!). Y cada vez con mayor frecuencia los teóricos burgueses alemanes, hasta ayer especialistas en la aniquilación del marxismo, hablan idel Marx "nacional-alemán" que, según ellos, educó los sindicatos obreros tan magníficamente organizados para llevar a cabo una guerra de rapiña!

En tal circunstancia, en vista de la increíblemente extensa deformación del marxismo, nuestra tarea principal es *restablecer* las verdaderas enseñanzas de Marx a propósito del Estado. Para ello será necesario citar una serie de largos pasajes de las obras de los mismos Marx y Engels. Las largas citas, por supuesto, harán pesada la exposición y en nada contribuirán a facilitar su lectura. Pero es imposible prescindir de ellas. Hay que citar en la forma más completa posible todos los pasajes o, por lo menos, todos los pasajes decisivos de las obras de Marx y Engels sobre el problema del Estado para que el lector pueda formarse una opinión propia del conjunto de las ideas de los fundadores del socialismo científico y del desarrollo de esas ideas, de modo que su tergiversación por el "kautskismo" hoy imperante quede probada en forma documentada y claramente demostrada.

Comencemos por la obra más conocida de F. Engels: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, cuya sexta edición se publicó en Stuttgart ya en 1894. Tendremos que traducir las citas de los originales alemanes, pues las traducciones rusas, aunque muy numerosas, son en su mayor parte incompletas o muy deficientes.

El Estado —dice Engels, resumiendo su análisis histórico— no es de ningún modo un poder impuesto desde fuera a la sociedad; tampoco es “la realidad de la idea moral”, “la imagen y la realidad de la razón”, como afirma Hegel. Es más bien un producto de la sociedad en una etapa determinada de desarrollo; es la admisión de que esa sociedad se ha enredado en una contradicción insoluble consigo misma, que se ha dividido en antagonismos irreconciliables que es incapaz de eliminar. Pero para que esos antagonismos, esas clases con intereses económicos contradictorios, no se devoren entre sí ni devoren a la sociedad en una lucha estéril, se hace necesaria la existencia de una fuerza situada, aparentemente, por encima de la sociedad que mitigue el conflicto y lo mantenga dentro de los límites del “orden”. Y esa fuerza, surgida de la sociedad, pero que se coloca por encima de ella y se divorcia más y más de ella, es el Estado (pp. 177 y 178 de la sexta edición alemana).

Esto expresa con perfecta claridad la idea fundamental del marxismo respecto del papel histórico y el significado del Estado. El Estado es producto y manifestación del *carácter irreconciliable* de las contradicciones de clase. El Estado surge donde, cuando y en la medida en que las contradicciones de clase *no pueden*, objetivamente, conciliarse. Y, a la inversa, la existencia del Estado prueba que las contradicciones de clase son irreconciliables.

Es en este punto, importantísimo y cardinal, donde comienza la tergiversación del marxismo siguiendo dos direcciones fundamentales.

Por una parte, los ideólogos burgueses y especialmente los pequeñoburgueses obligados, por la presión de hechos históricos indiscutibles, a reconocer que el Estado sólo existe allí donde existen las contradicciones de clase y la lucha de clases “corrigen” a Marx de tal manera que el Estado resulta ser un órgano de *conciliación* de clases. Según Marx, el Estado no podría haber surgido ni mantenerse si hubiese sido posible conciliar las clases. De lo que dicen los profesores y publicistas mezquinos y filisteos —con frecuentes y benevolentes referencias a Marx!— resulta que el Estado efectivamente concilia las clases. Según Marx, el Estado es un órgano de *dominación* de clase, un órgano de *opresión* de una clase por otra, es la creación del “orden” que legaliza y consolida esa opresión, apaciguando los conflictos entre las clases. En opinión de los políticos pequeñoburgueses, sin embargo, el “orden” significa la conciliación de clases y no la opresión de una clase por otra. Moderar los conflictos, esto es conciliar las clases, y no apartar ciertos medios y métodos de combate de las clases oprimidas en lucha para derrocar a los opresores.

Por ejemplo, cuando durante la revolución de 1917² el problema del significado y el papel del Estado surgió en toda su magnitud como un problema práctico que exigía acción inmediata y, además, acción de masas, todos los escritistas (socialrevolucionarios) y mencheviques descendieron bruscamente a la

² Se refiere a la revolución de febrero de 1917 (NóE).

teoría pequeñoburguesa de que el "Estado" "concilia" las clases. Innumerables resoluciones y artículos de los políticos de estos dos partidos están completamente saturados de esta teoría pequeñoburguesa y filisteica de la "conciliación". Que el Estado es un órgano de dominación de una determinada clase que *no puede* conciliarse con su antípoda (con su clase antagonica) es algo que los demócratas pequeñoburgueses jamás podrán comprender. Su actitud hacia el Estado es una de las manifestaciones más evidentes de que nuestros eseristas y mencheviques de ningún modo son socialistas (cosa que nosotros, los bolcheviques, hemos sostenido siempre), sino demócratas pequeñoburgueses que emplean una fraseología seudosocialista.

Por otra parte, la tergiversación "kautskista" del marxismo es mucho más sutil. "Teóricamente", no se niega que el Estado sea un órgano de dominación de clase ni que las contradicciones de clase sean irreconciliables. Pero se pasa por alto o se oculta lo siguiente: si el Estado es el producto del carácter irreconciliable de las contradicciones de clase, si es una fuerza colocada *por encima* de la sociedad y que "*se divorcia más y más de ella*" resulta evidente que la liberación de la clase oprimida es imposible, no sólo sin una revolución violenta, *sino también sin la destrucción* del aparato del poder del Estado creado por la clase dominante y encarnación de ese "divorcio". Como veremos más adelante, Marx, con la precisión más absoluta, extrajo esta conclusión, teóricamente evidente por sí misma, basándose en un análisis histórico concreto de las tareas de la revolución. Y es esta conclusión —como lo demostraremos detalladamente más adelante— la que Kautsky... ha "olvidado" y tergiversado.

2. Destacamentos especiales de hombres armados, cárceles, etcétera

A diferencia de la antigua organización gentilicia (tribal o de clan) —prosigue Engels—, el Estado, en primer lugar, separa a sus súbditos según divisiones territoriales...

A nosotros esta separación nos parece "natural", pero exigió una larga lucha contra la antigua organización conforme a clanes o tribus.

El segundo rasgo distintivo es el establecimiento de un poder público que ya no coincide directamente con la población que se organiza a sí misma como fuerza armada. Este poder público especial es necesario porque desde la división en clases se hace imposible una organización armada espontánea de la población... Ese poder público existe en cada Estado: se compone no sólo de hombres armados, sino también de agregados materiales, cárceles e instituciones coercitivas de todo género, que la sociedad gentilicia (clan) no conocía...

Engels explica el concepto de la "fuerza" llamada Estado, fuerza que surge de la sociedad, pero que se sitúa por encima de ella y que se divorcia cada vez más

de ella. ¿En qué consiste, fundamentalmente, esa fuerza? Consiste en destacamentos especiales de hombres armados que disponen de cárceles y otros elementos.

— Tenemos derecho a hablar de destacamentos especiales de hombres armados porque la fuerza pública, característica de todo Estado, “no coincide directamente” con la población armada, con su “organización armada espontánea”.

— Como todos los grandes pensadores revolucionarios, Engels procura atraer la atención de los obreros con conciencia de clase hacia lo que el filisteísmo reinante considera como lo menos digno de atención, como lo más habitual, santificado por prejuicios, no sólo profundamente arraigados, sino, podría decirse, petrificados. El Ejército regular y la Policía son los instrumentos fundamentales del poder del Estado. Pero ¿puede acaso ser de otro modo?

Desde el punto de vista de la inmensa mayoría de los europeos de fines del siglo XIX, a quienes se dirigía Engels y que no habían vivido u observado de cerca ninguna gran revolución, no podía ser de otro modo. No podían comprender en absoluto qué era una “organización armada espontánea de la población”. Al responder por qué fue necesario tener destacamentos especiales de hombres armados situados por encima de la sociedad y divorciados de ella (Policía y Ejército regular), los filisteos de Europa occidental y de Rusia se inclinan a proferir algunas frases tomadas de Spencer o Mijailovsky para referirse a la creciente complejidad de la vida social, a la diferenciación de funciones, etcétera.

Estas referencias parecen “científicas” y adornan magníficamente al hombre común, disimulando el hecho principal y fundamental: la división de la sociedad en clases irreconciliablemente antagónicas.

Si no fuera por esa división, la “organización armada espontánea de la población” se diferenciaría de la organización primitiva de una manada de monos que esgrimían palos (o de los hombres primitivos, o de los hombres agrupados en clanes) por su complejidad, por su elevada técnica, etc. Pero semejante organización aún sería posible.

No es posible porque la sociedad civilizada está dividida en clases antagónicas y, además, irreconciliablemente antagónicas que si se armaran de modo “espontáneo” terminarían en una lucha armada entre sí. Surge un Estado, se crea una fuerza especial, destacamentos especiales de hombres armados, y cada revolución, al destruir el aparato del Estado, nos muestra muy a las claras cómo la clase dominante se esfuerza por restablecer los destacamentos especiales de hombres armados que están a su servicio y cómo la clase oprimida se esfuerza por crear una nueva organización de este tipo, capaz de estar al servicio, no de los explotadores, sino de los explotados.

En el análisis señalado, Engels plantea teóricamente el mismo problema que toda gran revolución nos plantea en la práctica, palpablemente, y, además, sobre un plano de acción de masas, es decir, el problema de la relación entre los destacamentos “especiales” de hombres armados y la “organización armada espontánea de la población”. Veamos cómo la experiencia de las revoluciones europeas y rusas ilustra específicamente este problema.

Pero volvamos a la exposición de Engels.

Engels señala que, a veces, por ejemplo, en algunos lugares de Norteamérica, esta fuerza pública es débil (se refiere a raras excepciones dentro de la sociedad capitalista y a aquellos lugares de Norteamérica en su época preimperialista, cuando imperaba el colono libre), pero que, en términos generales, se fortalece:

[El poder público] se fortalece a medida que las contradicciones de clase dentro del Estado se agudizan y a medida que crecen en extensión y población los Estados limítrofes. No hay más que observar nuestra Europa actual, donde la lucha de clases y la rivalidad en las conquistas han hecho crecer tanto el poder público que este amenaza con devorar a la sociedad entera e incluso al Estado...

Esto fue escrito a más tardar a comienzos de la década del 90 del siglo pasado; el último prólogo de Engels está fechado el 16 de junio de 1891. El viraje hacia el imperialismo, entendiéndose por ello la total dominación de los trusts, la omnipotencia de los grandes bancos, una política colonial en gran escala, etc., estaba recién comenzando en Francia y más débilmente aún en Norteamérica y Alemania. Desde entonces, la "rivalidad en las conquistas" ha dado un paso gigantesco, tanto más por cuanto a comienzos de la segunda década del siglo XX el mundo quedó definitivamente repartido entre estos "rivales en las conquistas", es decir, entre las grandes potencias rapaces. Desde entonces, el armamento militar y naval ha crecido en proporciones increíbles y la guerra de rapiña de 1914 a 1917 por la dominación de Inglaterra o Alemania sobre el mundo, por el reparto del botín, ha "devorado" todas las fuerzas de la sociedad por el rapaz poder estatal hasta el borde de una catástrofe completa.

Ya en 1891 Engels señaló la "rivalidad en las conquistas" como uno de los más importantes rasgos distintivos de la política exterior de las grandes potencias. ¡Y los canallas socialchovinistas desde 1914, cuando esta rivalidad, muy agudizada, dio origen a una guerra imperialista, encubren la defensa de los intereses rapaces de "su" burguesía con frases sobre "la defensa de la patria", "la defensa de la república y de la revolución", etcétera!

3. El Estado, instrumento para la explotación de la clase oprimida

El mantenimiento del poder público especial situado por encima de la sociedad requiere impuestos y deudas estatales. Dice Engels:

Dueños de la fuerza pública y del derecho a recaudar los impuestos, los funcionarios están ahora situados, como órganos de la sociedad, *por encima* de la sociedad. El respeto libre y voluntario que se tributaba a los órganos de la sociedad gentilicia (de clan) ya no les basta, incluso si pudieran lograrlo...

Se promulgan leyes especiales proclamando la santidad y la inmunidad de los funcionarios. "El agente de Policía más ruin" tiene más "autoridad" que los representantes del clan; pero incluso el jefe del poder militar de un Estado civilizado puede envidiar al jefe de un clan "el respeto espontáneo" de la sociedad.

Se plantea aquí el problema de la situación privilegiada de los funcionarios como órganos de poder. Lo fundamental es saber: ¿qué es lo que los coloca *por encima* de la sociedad? Veremos cómo este problema teórico fue resuelto, en la práctica, por la Comuna de París en 1871, y cómo fue confundido por Kautsky, desde un punto de vista reaccionario, en 1912.

Así como el Estado surgió de la necesidad de poner freno a los antagonismos de clase; así como, al mismo tiempo, surgió en medio del conflicto de esas clases es, por regla general, el Estado de la clase más poderosa, económicamente dominante que, mediante el Estado, se convierte también en la clase políticamente dominante, adquiriendo con ello nuevos medios para someter y explotar a la clase oprimida... El Estado antiguo y el feudal eran órganos de explotación de los esclavos y los siervos; del mismo modo, "el moderno Estado representativo es un instrumento de explotación del trabajo asalariado por el capital. Sin embargo, por excepción, hay períodos en que el equilibrio de las clases en lucha es tal que el poder del Estado, como mediador aparente, adquiere cierta independencia momentánea respecto de una y otra...". Tal fue el caso de las monarquías absolutas de los siglos XVII y XVIII, del bonapartismo del primer y del segundo imperios en Francia y del régimen de Bismarck en Alemania.

Tal es el caso -podríamos agregar nosotros- del Gobierno de Kerensky en la Rusia republicana, después de que comenzó a perseguir al proletariado revolucionario, en un momento en que, por estar dirigidos por demócratas pequeñoburgueses, los sóviets son *ya* impotentes, mientras que la burguesía no es *todavía* bastante fuerte para disolverlos pura y simplemente.

En una república democrática -prosigue Engels- la riqueza ejerce su poder indirectamente, pero en cambio de manera más segura, [en primer lugar, mediante] "la corrupción directa de funcionarios" (Norteamérica) [y, en segundo lugar, mediante una] "alianza entre el Gobierno y la bolsa" (Francia y Norteamérica).

En la actualidad, el imperialismo y la dominación de los bancos han "transformado" en un arte excepcional estos dos métodos de defender y poner en práctica la omnipotencia de la riqueza en repúblicas democráticas de toda clase. Cuando, por ejemplo, en los primeros meses de la república democrática en Rusia, podría decirse durante la luna de miel de los "socialistas" (eseristas y mencheviques) con la burguesía en el Gobierno de coalición, el señor Palchinsky saboteó todas las medidas destinadas a poner freno a los capitalistas

y a sus prácticas dolosas, a su saqueo del fisco mediante los suministros bélicos; y cuando más tarde el señor Palchinsky al abandonar el Ministerio (y ser reemplazado, naturalmente, por otro Palchinsky exactamente igual) fue "recompensado" por los capitalistas con un cargo lucrativo con un sueldo de ciento veinte mil rublos al año, ¿cómo puede ser calificado? ¿De soborno directo o indirecto? ¿De alianza del Gobierno con los consorcios de capitalistas o "simplemente" de relaciones amistosas? ¿Qué papel desempeñan los Chernov, Tsereteli, Avksentiev y Skobelev? ¿Son los aliados "directos" o sólo indirectos de los millonarios saqueadores del erario público?

La razón por la cual la omnipotencia de la "riqueza" es *más segura* en una república democrática es que no depende de la defectuosa envoltura política del capitalismo. La república democrática es la mejor envoltura política posible para el capitalismo; y, por lo tanto, una vez que el capital logra dominar (a través de los Palchinsky, Chernov, Tsereteli y Cía.) esta envoltura óptima, instaura su poder con tanta seguridad, con tanta firmeza, que *ningún* cambio de personas, de instituciones o partidos en la república democrática burguesa puede conmovirlo.

Debemos señalar, además, que Engels es bastante categórico al llamar al sufragio universal instrumento de dominación de la burguesía. El sufragio universal es, dice Engels, teniendo en cuenta, evidentemente, la larga experiencia de la socialdemocracia alemana, "el índice de la madurez de la clase obrera. No puede dar más ni lo dará jamás en el Estado actual".

Los demócratas pequeñoburgueses, como nuestros escritas y menchevíques, y sus hermanos gemelos, todos los socialchovinistas y oportunistas de la Europa occidental, esperan precisamente esa "otra cosa" del sufragio universal. Ellos mismos comparten e infunden en la conciencia del pueblo la falsa idea de que el sufragio universal, "en el Estado *actual*", puede revelar realmente la voluntad de la mayoría de los trabajadores y garantizar su realización.

No cabe aquí más que señalar esa idea falsa, poner de manifiesto que la afirmación de Engels, perfectamente clara, precisa y concreta, es deformada a cada paso en la propaganda y la agitación de los partidos socialistas "oficiales" (es decir, oportunistas). Más adelante, en nuestra exposición de los puntos de vista de Marx y Engels sobre el Estado "*actual*", daremos una explicación minuciosa de toda la falsedad de esta idea, rechazada aquí por Engels.

En la más popular de sus obras, Engels hace un resumen general de sus puntos de vista en los siguientes términos:

El Estado, entonces, no ha existido desde la eternidad. Hubo sociedades que se las arreglaron sin él, que no tenían la menor idea del Estado ni del poder. En una cierta etapa del desarrollo económico, necesariamente ligada con la división de la sociedad en clases, el Estado se convierte en una necesidad debido a esa división. Ahora nos aproximamos con rapidez a una etapa en el desarrollo de la producción en la cual la existencia de esas clases no sólo deja de ser una

necesidad, sino que se convierte en un verdadero obstáculo para la producción. Las clases desaparecerán tan inevitablemente como surgieron en una etapa anterior. Con ellas, el Estado desaparecerá inevitablemente. La sociedad, que reorganizará la producción sobre la base de una asociación libre e igual de productores, pondrá todo el aparato del Estado donde entonces le correspondía: en un museo de antigüedades, junto a la ruca y al hacha de bronce.

No es frecuente encontrar este pasaje en las publicaciones de propaganda y agitación de los socialdemócratas contemporáneos. Incluso cuando tropezamos con él, por lo general se lo cita como si se reverenciara un ícono, o sea, para mostrar un respeto oficial por Engels, y no se hace el menor intento por medir la amplitud y profundidad de la revolución que implica este relegar "todo el aparato del Estado a un museo de antigüedades". En la mayoría de los casos, ni siquiera encontramos la comprensión de lo que Engels llama la maquinaria del Estado.

4. La "extinción" del Estado y la revolución violenta

Las palabras de Engels respecto de la "extinción" del Estado son tan conocidas, se las cita con tanta frecuencia y muestran con tanta claridad la esencia de la adaptación usual del marxismo al oportunismo que se hace necesario examinarlas detalladamente. Citaremos todo el pasaje donde figuran estas palabras:

El proletariado toma el poder y, en primer término, convierte los medios de producción en propiedad del Estado. Pero con ello se suprime a sí mismo como proletariado, suprime todas las diferencias de clase y todos los antagonismos de clase, y suprime, asimismo, el Estado como tal. La sociedad, que hasta entonces actuaba entre antagonismos de clase, necesitaba un Estado, o sea, una organización de la clase explotadora, para el mantenimiento de sus condiciones exteriores de producción y, por lo tanto, particularmente para mantener por la fuerza a la clase explotada en las condiciones de opresión determinadas por el modo de producción existente (esclavitud, servidumbre, trabajo asalariado). El Estado era el representante oficial de la sociedad en su conjunto, su síntesis en una corporación visible; pero lo era sólo en tanto fuera el Estado de la clase que representaba, en su época, a la sociedad en su conjunto: en la antigüedad, el Estado de los ciudadanos propietarios de esclavos; en la Edad Media, de la nobleza feudal; en nuestros tiempos, de la burguesía. Cuando finalmente el Estado se convierte en el verdadero representante de toda la sociedad éste se hace innecesario. No bien no exista ya ninguna clase social a la cual someter, no bien se suprima la dominación de clase y la lucha individual por la existencia, basada en la actual anarquía de la producción, con los conflictos y los excesos resultantes de esa lucha, no quedará nada por mantener sometido, nada

que precise una fuerza coercitiva especial, un Estado. El primer acto mediante el cual el Estado se manifiesta efectivamente como representante de toda la sociedad —la toma de posesión de los medios de producción en nombre de la sociedad— es también su último acto independiente como Estado. La interferencia del Estado en las relaciones sociales se hace, en todos los ámbitos, superflua, y entonces expira por sí mismo.

El gobierno sobre las personas se reemplaza por la administración de las cosas y por la dirección de los procesos de producción. El Estado no es “abolido”: *se extingue*. Esto da la medida del valor de la frase “un Estado popular libre”, tanto en cuanto a su empleo justificable, durante cierto tiempo, desde un punto de vista de agitación, como en cuanto a su esencial insuficiencia científica; y también de la exigencia de los llamados anarquistas de que el Estado sea abolido de la noche a la mañana (*Anti-Dühring* o *La subversión de la ciencia por el señor Eugen Dühring*, pp. 301-303 de la 3ª ed. alemana).

No hace falta decir que de este pasaje de Engels, tan rico en ideas, sólo un punto se ha convertido en parte integrante del pensamiento socialista entre los partidos socialistas actuales, o sea, que según Marx el Estado “se extingue”, al contrario que la doctrina anarquista de la “abolición” del Estado. Podar el marxismo hasta tal punto significa rebajarlo a oportunismo, pues esa “interpretación” sólo deja en pie una vaga noción de un cambio lento, apacible, gradual, de ausencia de saltos y tormentas, de ausencia de revoluciones. La concepción corriente, general, popular, si cabe así decirlo, de la “extinción” del Estado significa ocultar la revolución, si no negarla.

Tal “interpretación”, sin embargo, es la más burda deformación del marxismo, favorable sólo a la burguesía; teóricamente, se basa en el desconocimiento de las muy importantes circunstancias y consideraciones señaladas, por ejemplo, en el “resumen” contenido en el pasaje de Engels que acabamos de citar íntegramente.

En primer lugar, Engels dice, en el comienzo mismo de este pasaje, que, al tomar el poder del Estado, el proletariado “suprime al Estado como tal”. “No es usual” detenerse a reflexionar sobre el significado de esto. Por lo general se lo ignora totalmente o se lo considera algo así como una “debilidad hegeliana” de Engels. Sin embargo, estas palabras, en realidad, expresan brevemente la experiencia de una de las más grandes revoluciones proletarias, la Comuna de París de 1871, de la que hablaremos más detalladamente en el lugar adecuado. En realidad, Engels habla aquí de la “supresión” del Estado *de la burguesía* por la revolución proletaria, mientras que las palabras sobre la extinción del Estado se refieren a los restos del Estado *proletario después* de la revolución socialista. Según Engels, el Estado burgués no se “extingue”, sino que “*es suprimido*” por el proletariado en el curso de la revolución. Lo que se extingue después de esta revolución es el Estado o semi-Estado proletario.

En segundo lugar, el Estado es una "fuerza especial de represión". Engels da esta magnífica y profundísima definición con la más completa claridad. Y de ella se deduce que la "fuerza especial de represión" del proletariado por la burguesía, de millones de trabajadores por un puñado de ricos, debe ser reemplazada por una "fuerza especial de represión" de la burguesía por el proletariado (la dictadura del proletariado). Esto precisamente es lo que significa la "supresión del Estado como tal". En esto consiste precisamente el "acto" de tomar posesión de los medios de producción en nombre de la sociedad. Y es evidente que semejante reemplazo de una "fuerza especial" (burguesa) por otra "fuerza especial" (proletaria) es imposible que pueda realizarse en forma de "extinción".

En tercer lugar, al hablar de que el Estado se "extingue" y, en forma aún más gráfica y expresiva, de que "expira por sí mismo", Engels se refiere muy clara y definitivamente al período *posterior* a la "toma de posesión de los medios de producción por el Estado en nombre de toda la sociedad", es decir, *posterior* a la revolución socialista. Todos sabemos que la forma política del "Estado" en esa época es la democracia más completa. Pero a ninguno de los oportunistas, que deforman desvergonzadamente el marxismo, jamás se le pasa por la cabeza que Engels habla aquí, por consiguiente, de que la *democracia* "expira por sí misma" o se "extingue". A primera vista, esto parece muy extraño. Pero es "incomprensible" sólo para quienes no consideran que la democracia es *también* un Estado y que, en consecuencia, desaparecerá también cuando desaparezca el Estado. Sólo la revolución puede "suprimir" el Estado burgués. El Estado en general, es decir, la más completa democracia, sólo puede "extinguirse".

En cuarto lugar, después de formular su tesis famosa de que "el Estado se extingue", Engels explica enseguida, en forma concreta, que esta tesis está dirigida tanto contra los oportunistas como contra los anarquistas. Al hacerlo, Engels pone en primer plano esa conclusión, extraída de su tesis sobre la "extinción del Estado", que va dirigida contra los oportunistas.

Se puede apostar que de diez mil hombres que han leído u oído hablar sobre la "extinción" del Estado nueve mil novecientos noventa no saben en lo absoluto o no se acuerdan que Engels dirigió sus conclusiones, derivadas de esta tesis, *no sólo* contra los anarquistas. Y de las diez personas restantes, probablemente nueve no saben qué significa un "Estado popular libre" y por qué atacar esta consigna significa atacar a los oportunistas. ¡Así se escribe la historia! Así se falsifica imperceptiblemente una gran teoría revolucionaria y se la adapta al filisteísmo reinante. La conclusión dirigida contra los anarquistas ha sido repetida miles de veces, ha sido vulgarizada y metida en la cabeza de la gente del modo más superficial, y ha adquirido la fuerza de un prejuicio. ¡Mientras que la conclusión dirigida contra los oportunistas ha sido ocultada y "olvidada"!

El "Estado popular libre" era una reivindicación programática y una consigna extendida entre los socialdemócratas alemanes en la década del 70. Esta consigna, desprovista de todo contenido político, no encierra más que la traducción enfática y pequeñoburguesa del concepto de democracia. Engels estaba

dispuesto a "justificar" su empleo "por cierto tiempo", desde un punto de vista de la agitación, en la medida en que hacía alusión, de un modo legalmente permitido, a la república democrática. Pero era una consigna oportunista porque embellecía la democracia burguesa y mostraba también la incompreensión de la crítica socialista del Estado en general. Nosotros somos partidarios de la república democrática como la mejor forma de Estado para el proletariado bajo el capitalismo, pero no tenemos derecho a olvidar que la esclavitud asalariada es el destino del pueblo, incluso en la república burguesa más democrática. Además, todo Estado es una "fuerza especial para la represión" de la clase oprimida. Por consiguiente *todo* Estado es *no* libre y *no* popular. Marx y Engels explicaron esto reiteradamente a sus camaradas de partido en la década del 70.

En quinto lugar, la misma obra de Engels, cuyo concepto sobre la extinción del Estado todos recuerdan, contiene también conceptos sobre la importancia de la revolución violenta. El análisis histórico que Engels hace de su papel tiene el alcance de un verdadero panegírico de la revolución violenta. Esto "nadie lo recuerda". En los partidos socialistas contemporáneos no se acostumbra a hablar de la importancia de esta idea y ni siquiera a pensar en ello, y no desempeña papel alguno en su propaganda y agitación cotidiana entre las masas. Y, sin embargo, está indisolublemente ligada a la "extinción" del Estado, formando un todo armónico.

Estos son los conceptos de Engels:

Que la violencia, sin embargo, también desempeña en la historia otro papel [además de ser fuente del mal], un papel revolucionario; que, según las palabras de Marx, ella es la partera de toda vieja sociedad que lleva en sus entrañas otra nueva; que es el instrumento con el cual el movimiento social se abre camino y destruye las formas políticas muertas y fosilizadas; de todo esto no dice una palabra el señor Dühring. Sólo entre suspiros y gemidos admite la posibilidad de que la violencia sea quizá necesaria para derrocar un sistema económico basado en la explotación —¡desgraciadamente!— porque todo empleo de la violencia, dice él, corrompe a quien la emplea. ¡Y dice esto a pesar del gran impulso moral y espiritual dado por cada revolución victoriosa! Y dice esto en Alemania, donde un choque violento, que igualmente puede ser impuesto al pueblo, tendría al menos la ventaja de extirpar el servilismo que ha penetrado en la conciencia nacional como consecuencia de la humillación de la Guerra de los Treinta Años. ¡Y estas reflexiones de clérigo, opacas, insípidas e impotentes se atreven a imponerse en el partido más revolucionario que haya conocido la historia! (p. 193, 3ª ed. alemana, final del IV capítulo, II parte).

¿Cómo puede combinarse este panegírico de la revolución violenta, expuesto insistentemente por Engels a los socialdemócratas alemanes desde 1878 hasta 1894, es decir, hasta los últimos días de su vida, con la teoría de la "extinción" del Estado y conformar una sola teoría ?

Generalmente se los combina echando mano del eclecticismo, mediante una selección sin principios o una sofística realizada en forma arbitraria (o para complacer a las autoridades) primero de un concepto y luego de otro, y, en el noventa y nueve por ciento de los casos, si no más, es la idea de la "extinción" lo que se coloca en primer plano. La dialéctica es reemplazada por el eclecticismo; es la práctica más usual, más difundida con que tropezamos en las publicaciones socialdemócratas oficiales actuales con relación al marxismo. Este tipo de sustituciones no es, por cierto, nada nuevo; pueden observarse incluso en la historia de la filosofía clásica griega. En la falsificación del marxismo en forma oportunista, reemplazar la dialéctica por el eclecticismo es el modo más fácil de engañar a la gente. Le da una aparente satisfacción, parece tener en cuenta todos los aspectos del proceso, todas las tendencias del desarrollo, todas las influencias contradictorias, etc., cuando en realidad no proporciona ninguna concepción integral y revolucionaria del proceso del desarrollo social.

Ya hemos dicho más arriba, y demostraremos con mayor detalle más adelante, que la teoría de Marx y Engels sobre la inevitabilidad de una revolución violenta se refiere al Estado burgués. Este último *no puede ser* reemplazado por el Estado proletario (la dictadura del proletariado) mediante el proceso de "extinción", sino, como regla general, sólo mediante una revolución violenta. El panegírico que hace Engels de esta, y que coincide plenamente con reiteradas manifestaciones de Marx (véanse los pasajes finales de *Miseria de la filosofía* y del *Manifiesto comunista*, con su orgullosa y franca proclamación de la inevitabilidad de una revolución violenta; véase lo que escribió Marx casi treinta años más tarde, criticando el Programa de Gotha de 1875, cuando fustigó implacablemente el carácter oportunista de ese programa), este panegírico no es, de ningún modo, un simple "impulso", una simple declamación o un arranque polémico. La necesidad de hacer penetrar sistemáticamente en las masas *esta* y precisamente esta idea de la revolución violenta constituye la base de *toda* la teoría de Marx y Engels. La traición a su teoría por parte de las tendencias socialchovinista y kautskista hoy imperantes se manifiesta con singular relieve en ambas tendencias en el olvido de *tal* propaganda y agitación.

Sin una revolución violenta es imposible sustituir el Estado burgués por el Estado proletario. La supresión del Estado proletario, es decir, del Estado en general, sólo es posible mediante el proceso de "extinción".

Al estudiar cada situación revolucionaria particular, al analizar las enseñanzas que surgen de la experiencia de cada revolución Marx y Engels desarrollaron estas ideas de modo detallado y concreto. Pasaremos ahora a esta parte de su teoría, indudablemente la más importante.

II. LA EXPERIENCIA DE 1848-1851

I. La víspera de la revolución

Las primeras obras del marxismo llegan a su madurez con la *Miseria de la filosofía* y el *Manifiesto comunista* que aparecieron precisamente en la víspera de la revolución de 1848. Por tal motivo, además de exponer los principios generales del marxismo, reflejan, hasta cierto punto, la situación revolucionaria concreta de aquella época; por ello será quizá más conveniente examinar qué decían los autores de estas obras sobre el Estado inmediatamente antes de extraer sus conclusiones de la experiencia de los años de 1848 a 1851.

La clase obrera, en el curso del desarrollo —escribe Marx en *Miseria de la filosofía*—, sustituirá la vieja sociedad burguesa por una asociación que excluirá las clases y su antagonismo; no habrá ya poder político propiamente dicho, puesto que el poder político es precisamente la expresión oficial del antagonismo de clases en la sociedad burguesa (p. 182 de la edición alemana de 1885).

Es instructivo comparar esta exposición general de la idea de la desaparición del Estado después de la eliminación de las clases con la exposición contenida en el *Manifiesto comunista*, escrito por Marx y Engels algunos meses después, en noviembre de 1847, para ser exactos:

Al esbozar las bases más generales del desarrollo del proletariado hemos seguido el curso de la guerra civil más o menos oculta que se desarrolla dentro de la sociedad existente hasta el momento en que se transforma en una revolución abierta y el proletariado, derrocando por la violencia a la burguesía, implanta su dominación. Como ya hemos visto más arriba, el primer paso de la revolución obrera es la transformación [literalmente: elevación] del proletariado en clase dominante, la conquista de la democracia.

El proletariado se valdrá de su dominación política para ir arrancando gradualmente a la burguesía todo el capital, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante, y para aumentar con la mayor rapidez posible la suma total de las fuerzas productivas (pp. 31 y 57 de la 7ª ed. alemana de 1906).

Tenemos aquí la formulación de una de las ideas más admirables e importantes del marxismo respecto del Estado, o sea, la idea de la "dictadura

del proletariado" (como comenzaron a llamarla Marx y Engels después de la Comuna de París), y, asimismo, una definición del Estado en extremo interesante, que es también una de las "palabras olvidadas" del marxismo: *"El Estado, es decir, el proletariado organizado como clase dominante"*.

Esta definición del Estado jamás ha sido explicada en las publicaciones de propaganda y agitación en boga de los partidos socialdemócratas oficiales. Más aún, ha sido deliberadamente ignorada, pues es por completo irreconciliable con el reformismo y es una bofetada a los prejuicios oportunistas corrientes y a las ilusiones pequeñoburguesas respecto del "desarrollo pacífico de la democracia".

El proletariado necesita del Estado; esto lo repiten todos los oportunistas, socialchovinistas y kautskistas, quienes nos aseguran que así lo enseñó Marx. Pero *"olvidan"* añadir que, en primer lugar, según Marx, el proletariado necesita sólo un Estado que se extingue, es decir, un Estado organizado de modo tal que comience a extinguirse inmediatamente y no pueda dejar de extinguirse; y, en segundo lugar, que los trabajadores necesitan un "Estado, o sea, el proletariado organizado como clase dominante".

El Estado es una organización especial de la fuerza, una organización de la violencia para reprimir a una clase. ¿A qué clase tiene que reprimir el proletariado? Naturalmente, sólo a la clase explotadora, es decir, la burguesía. Los trabajadores necesitan al Estado sólo para aplastar la resistencia de los explotadores, y sólo el proletariado puede dirigir esa represión, llevarla a cabo. Porque el proletariado es la única clase consecuentemente revolucionaria, la única clase capaz de unir a todos los trabajadores y explotados en la lucha contra la burguesía, por la completa supresión de esta.

Las clases explotadoras necesitan la dominación política para mantener la explotación, es decir, en el interés egoísta de una minoría insignificante contra la inmensa mayoría del pueblo. Las clases explotadas necesitan la dominación política para suprimir completamente toda explotación, es decir, en interés de la inmensa mayoría del pueblo y contra una minoría insignificante compuesta por modernos propietarios de esclavos, es decir, por los terratenientes y capitalistas.

Los demócratas pequeñoburgueses, esos falsos socialistas que han reemplazado la lucha de clases por sueños de conciliación de clases, también describen la transformación socialista de manera soñadora, no como el derrocamiento de la dominación de la clase explotadora, sino como la sumisión pacífica de la minoría a la mayoría, que habrá adquirido conciencia de sus objetivos. Esta utopía pequeñoburguesa, inseparable de la idea de que el Estado está situado por encima de las clases, ha conducido en la práctica a la traición de los intereses de las clases trabajadoras, como lo demostró, por ejemplo, la historia de las revoluciones francesas de 1848 y 1871 y la experiencia de la participación "socialista" en ministerios burgueses en Inglaterra, Francia, Italia y otros países a fines del siglo XIX y comienzos del XX.

Marx luchó durante toda su vida contra este socialismo pequeñoburgués, hoy resucitado en Rusia por los partidos escrista y menchevique. Marx desarrolló consecuentemente su teoría de la lucha de clases hasta llegar a la teoría del poder político, del Estado.

El derrocamiento de la dominación burguesa sólo puede llevarlo a cabo el proletariado, la clase particular cuyas condiciones económicas de existencia la preparan para esta tarea y le dan posibilidades y fuerzas para realizarla. Mientras la burguesía divide y disgrega al campesinado y a todos los grupos pequeñoburgueses, cohesionan, une y organiza al proletariado. Sólo el proletariado —en virtud del papel económico que desempeña en la gran producción— es capaz de ser el dirigente de *todos* los trabajadores y explotados, a quienes la burguesía explota, oprime y aplasta a menudo no menos, sino más que a los proletarios, pero que no son capaces de librar una lucha *independiente* por su emancipación.

La teoría de la lucha de clases, aplicada por Marx al problema del Estado y de la revolución socialista, conduce necesariamente a reconocer la *dominación política* del proletariado, de su dictadura, es decir, de un poder íntegro y directamente respaldado por la fuerza armada del pueblo. El derrocamiento de la burguesía sólo puede realizarse mediante la transformación del proletariado en *clase dominante*, capaz de aplastar la resistencia inevitable y desesperada de la burguesía y de organizar para el nuevo sistema económico a *sólos* los trabajadores y explotados.

El proletariado necesita del poder, una organización centralizada de la fuerza, una organización de la violencia, tanto para aplastar la resistencia de los explotadores como para *dirigir* a la enorme masa de la población —el campesinado, la pequeñoburguesía, los semiproletarios— en la tarea de “organizar” una economía socialista.

Al educar al partido obrero el marxismo educa a la vanguardia del proletariado, capaz de asumir el poder y de *conducir a todo el pueblo* hacia el socialismo, de dirigir y organizar el nuevo régimen, de ser el maestro, el guía, el dirigente de todos los trabajadores y explotados en la tarea de organizar su propia vida social sin la burguesía y contra la burguesía. Por el contrario, el oportunismo hoy reinante educa a los miembros del partido obrero para ser representantes de los obreros mejor pagados, que pierden contacto con las masas, se “arreglan” bastante bien en el capitalismo y venden por un plato de lentejas su derecho de nacimiento, es decir, renuncian a su papel de dirigentes revolucionarios del pueblo contra la burguesía.

La teoría de Marx sobre “el Estado, es decir, el proletariado organizado como clase dirigente” está inseparablemente vinculada a toda su teoría sobre el papel revolucionario del proletariado en la historia. La culminación de este papel es la dictadura proletaria, la dominación política del proletariado.

Pero puesto que el proletariado necesita del Estado como forma de organización *especial* de la violencia *contra* la burguesía, se desprende por sí misma la siguiente conclusión: *es* concebible que pueda crearse una organización

semejante sin eliminar previamente, sin destruir el aparato del Estado creado por la burguesía *para sí*? A esta conclusión lleva directamente el *Manifiesto comunista*, y de esta conclusión habla Marx al hacer el balance de la experiencia de la revolución de 1848 a 1851.

En el capítulo

se dice que

2. Balance de la revolución

se dice que

En el siguiente pasaje de *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte* Marx resume sus conclusiones sobre la revolución de 1848 a 1851 respecto del problema del Estado, que es lo que nos interesa:

Se dice que

Pero la revolución es radical. Aún está pasando por el purgatorio. Realiza su obra en forma metódica. Hasta el 2 de diciembre de 1851 [día del golpe de Estado de Luis Bonaparte] había completado la mitad de su labor preparatoria; ahora está completando la otra mitad. Perfeccionó primero el poder parlamentario para tener la posibilidad de derrocarlo. Ahora, logrado ya esto, está perfeccionando el *poder ejecutivo*, lo reduce a su más pura expresión, lo aísla, se enfrenta con él con el único objeto de *concentrar contra él todas sus fuerzas de destrucción* [la cursiva es nuestra]. Y cuando la revolución haya llevado a cabo esta segunda parte de su labor preliminar Europa se levantará y gritará jubilosa: ¡buen trabajo, viejo topo!

Este poder ejecutivo, con su inmensa organización burocrática y militar, con su vasto y artificioso aparato estatal, una multitud de funcionarios públicos que suma medio millón de hombres, junto a un Ejército de otro medio millón de hombres, este aterrador organismo parasitario que encierra en sus redes a la sociedad francesa y obstruye todos sus poros surgió en la época de la monarquía absoluta, con la descomposición del sistema feudal, que dicho organismo contribuyó a acelerar. [La primera revolución francesa promovió la centralización], pero al mismo tiempo amplió el alcance, las atribuciones y el número de servidores del poder gubernamental. Napoleón perfeccionó este aparato estatal. [La monarquía legitimista y la monarquía de Julio] no añadieron nada más que una mayor división del trabajo...

Finalmente, en su lucha contra la revolución, la república se vio obligada a fortalecer, junto con las medidas represivas, los recursos y la centralización del poder gubernamental. *Todas las revoluciones perfeccionaron este aparato en vez de destruirlo* [la cursiva es nuestra]. Los partidos que se disputaban por turno la dominación consideraban la posesión de este inmenso edificio del Estado como el botín principal del vencedor (*El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, pp. 98-99, 4^a ed., Hamburgo, 1907).

Se dice que

En este notable pasaje el marxismo da un enorme paso adelante en comparación con el *Manifiesto comunista*. En este último, el problema del Estado

todavía está tratado de modo muy abstracto, en los términos y expresiones más generales. En el pasaje citado más arriba se trata el problema de manera concreta, y la conclusión a que se llega es en extremo precisa, definida, práctica y tangible: todas las revoluciones anteriores perfeccionaron el aparato del Estado, siendo que hay que romperlo, destruirlo.

Esta conclusión es el aspecto principal, fundamental, de la teoría marxista sobre el Estado. Y es precisamente este aspecto fundamental lo que ha sido *olvidado* completamente por los partidos socialdemócratas oficiales imperantes y, de hecho, *deformado* (como veremos más adelante) por el teórico más relevante de la II Internacional, K. Kautsky.

El *Manifiesto comunista* hace un resumen general de la historia, que nos obliga a considerar el Estado como un órgano de dominación de clase y nos lleva a la inevitable conclusión de que el proletariado no puede derrocar a la burguesía sin conquistar primero el poder político, sin lograr la supremacía política, sin transformar el Estado en "el proletariado organizado como clase dominante"; de que ese Estado proletario comenzará a extinguirse inmediatamente después de su triunfo, porque en una sociedad en la que no existen contradicciones de clase el Estado es innecesario e imposible. Pero aquí no se plantea cómo deberá realizarse —desde el punto de vista del desarrollo histórico— el reemplazo del Estado burgués por el Estado proletario.

Ese es el problema que Marx plantea y resuelve en 1852. Fiel a su filosofía del materialismo dialéctico, Marx toma como base la experiencia histórica de los grandes años de la revolución: 1848 a 1851. Aquí, como siempre, su teoría es un resumen de la experiencia, iluminado por una profunda concepción filosófica del mundo y por un rico conocimiento de la historia.

El problema del Estado se plantea de manera concreta: *¿cómo surgió históricamente el Estado burgués, el aparato estatal necesario para la dominación de la burguesía? ¿Qué modificaciones sufrió, cómo evolucionó en el transcurso de las revoluciones burguesas y ante las acciones independientes de las clases oprimidas? ¿Cuáles son las tareas del proletariado con relación a ese aparato estatal?*

El poder estatal centralizado, característico de la sociedad burguesa, surgió en la época de la caída del absolutismo. Dos son las instituciones más características de este aparato estatal: la burocracia y el Ejército regular. Marx y Engels demuestran reiteradas veces en sus obras que la burguesía está vinculada a estas instituciones por miles de hilos. La experiencia de todo obrero revela estos vínculos de modo en extremo gráfico e impresionante. La clase obrera aprende, con su amarga experiencia, a reconocer estos vínculos; por eso capta tan fácilmente y asimila tan bien la teoría que demuestra la inevitabilidad de estos vínculos, teoría que los demócratas pequeñoburgueses niegan tanto por ignorancia como por petulancia o, de un modo aún más petulante, reconocen "en términos generales", olvidándose de sacar conclusiones prácticas apropiadas.

La burocracia y el Ejército regular son un "parásito" adherido al cuerpo de la sociedad burguesa, un parásito creado por las contradicciones internas que

desgarran a esa sociedad, pero un parásito que "obstruye" todos sus poros vitales. El oportunismo kautskista, hoy imperante en la socialdemocracia oficial, considera atributo especial y exclusivo del anarquismo la idea de que el Estado es un *organismo parásitario*. No hace falta decir que esta tergiversación del marxismo es muy ventajosa para aquellos filisteos que han reducido el socialismo a la ignominia inaudita de justificar y embellecer la guerra imperialista, aplicándole el concepto de "defensa de la patria", pero a pesar de todo es indiscutiblemente una tergiversación.

—A través de todas las numerosas revoluciones burguesas de que Europa fue testigo desde la caída del feudalismo, el aparato burocrático y militar fue desarrollándose, perfeccionándose y afianzándose. En particular, es la pequeñoburguesía la que es atraída al lado de la gran burguesía y ampliamente subordinada a ella a través de dicho aparato, que proporciona a las capas altas del campesinado, a los pequeños artesanos, a los comerciantes, etc., cargos relativamente cómodos, tranquilos y respetables, que colocan a quienes los ocupan *por encima* del pueblo. Piénsese en lo ocurrido en Rusia durante el medio año transcurrido desde el 27 de febrero de 1917: los cargos públicos, que antes se adjudicaban preferentemente a los centurionegristas, se han convertido en botín de kadetes, mencheviques y eseristas. Nadie pensó en realidad en implantar ninguna reforma seria; todos los esfuerzos se orientaron a aplazarlas "hasta que se reuniera la Asamblea Constituyente" y a aplazar constantemente poco a poco *hasta después de la guerra*! Pero para repartir el botín, para ocupar cargos lucrativos de ministros, subsecretarios, gobernadores, generales, etc., etc., no hubo demora, no se esperó a ninguna Asamblea Constituyente! El juego de las combinaciones que se hizo para formar Gobierno fue, en esencia, sólo la expresión de esa distribución y redistribución del "botín", que se hacía de arriba abajo, en todo el país, en cada oficina de Gobierno, central y local. Los seis meses que van del 27 de febrero al 27 de agosto de 1917 pueden resumirse, resumirse objetivamente y fuera de toda disputa, tal como sigue: las reformas archivadas, la distribución de cargos públicos terminada y los "errores" cometidos en la distribución corregidos mediante algunas redistribuciones.

Pero cuanto más se "redistribuye" el aparato burocrático entre los distintos partidos burgueses y pequeñoburgueses (entre los kadetes, eseristas y mencheviques, en el caso de Rusia), tanto más profundamente perciben las clases oprimidas, y el proletariado a la cabeza, su irreconciliable hostilidad hacia *toda* la sociedad burguesa. De ahí que todos los partidos burgueses, incluyendo a los más democráticos y "revolucionariodemocráticos" de ellos, tengan necesidad de intensificar las medidas represivas contra el proletariado revolucionario, de fortalecer el aparato coercitivo, o sea, el mismo aparato del Estado. Esta marcha de los acontecimientos obliga a la revolución "a *concentrar todas las fuerzas de destrucción*" contra el poder y a plantearse el objetivo, no de perfeccionar el aparato del Estado, sino de *demolerlo y destruirlo*.

No fue un razonamiento lógico, sino los acontecimientos reales, la experiencia real de 1848-1851 lo que llevó a plantear de este modo la cuestión. Hasta qué punto se atuvo Marx rigurosamente a la firme base de la experiencia histórica se desprende del hecho de que, en 1852, no planteaba todavía concretamente el problema de con qué se reemplazaría el aparato del Estado que había de ser destruido. La experiencia aún no había suministrado material para abordar este problema que la historia puso a la orden del día más tarde, en 1871. En 1852, todo lo que podía establecerse con la precisión de la observación científica era que la revolución proletaria *había enfocado* la tarea de "concentrar todas sus fuerzas de destrucción" contra el poder, de "destrozar" el aparato del Estado.

Aquí puede surgir la pregunta: ¿es correcto generalizar la experiencia, las observaciones y las conclusiones de Marx para aplicarlas a un terreno que rebasa los límites de la historia de Francia durante los tres años que van de 1848 a 1851? Antes de ocuparnos de este problema recordemos una observación de Engels y examinemos luego los hechos.

Francia—decía Engels en el prefacio de la tercera edición de *El dieciocho brumario*—es el país donde, más que en ninguna otra parte, las luchas históricas de clase se llevaron siempre a cabo hasta el fin, y donde, por consiguiente, las diferentes formas políticas dentro de las que estas luchas se han movido y en las que se resumen sus resultados están marcadas por los contornos más agudos. Centro del feudalismo en la Edad Media, país modelo después del Renacimiento de una monarquía hereditaria, Francia demolió el feudalismo en la Gran Revolución e instauró la dominación de la burguesía con una pureza clásica, como ningún otro país de Europa. De igual manera, la lucha del proletariado revolucionario contra la burguesía dominante revistió aquí una forma aguda, desconocida en otras partes (p. 4, ed. de 1907).

La última observación ha quedado anticuada, ya que a partir de 1871 se ha producido una calma en la lucha revolucionaria del proletariado francés, aunque, por mucho que dure esta calma, de ningún modo excluye la posibilidad de que, en la próxima revolución proletaria, Francia demuestre ser el país clásico de la lucha de clases hasta el fin.

Echemos, sin embargo, una mirada general a la historia de los países avanzados a fines del siglo XIX y comienzos del XX. Veremos que de un modo más lento, más variado, en un terreno mucho más amplio se desarrolló el mismo proceso: por una parte, la formación del "poder parlamentario", tanto en los países republicanos (Francia, Norteamérica, Suiza) como en las monarquías (Gran Bretaña, Alemania hasta cierto punto, Italia, los países escandinavos, etc.); por otra parte, una lucha por el poder entre los distintos partidos burgueses y pequeñoburgueses, que se distribuyeron y redistribuyeron el "botín" de los cargos públicos, dejando intactas las bases de la sociedad burguesa; y,

finalmente, el perfeccionamiento y consolidación del "poder ejecutivo", de su aparato burocrático y militar.

No cabe la menor duda de que estas son las características comunes de toda la evolución moderna de todos los Estados capitalistas en general. En los tres años que van de 1848 a 1851, en Francia se llevó a cabo en forma rápida, tajante, concentrada, el mismo proceso de desarrollo peculiar de todo el mundo capitalista.

El imperialismo —la época del capital bancario, la época de los gigantes-cos monopolios capitalistas, de la transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado— revela claramente un extraordinario fortalecimiento del "aparato estatal" y un crecimiento inaudito de su aparato burocrático y militar en relación con la intensificación de las medidas represivas contra el proletariado, tanto en los países monárquicos como en los países republicanos más libres.

La historia del mundo conduce ahora, sin duda, en proporciones incomparablemente mayores que en 1852, a la "concentración de todas las fuerzas" de la revolución proletaria en la "destrucción" de la máquina estatal.

¿Con qué lo reemplazará el proletariado? Esto lo insinúa el material altamente instructivo que proporciona la Comuna de París.

3. Planteamiento del problema por Marx en 1852³

En 1907, en la revista *Neue Zeit* (XXV, 2, p. 164), Mehring publicó extractos de una carta de Marx a Weydemeyer fechada el 5 de marzo de 1852. Esta carta, entre otras cosas, contiene la siguiente notable observación:

Por lo que a mí se refiere, no me cabe el mérito de haber descubierto la existencia de las clases en la sociedad moderna ni la lucha entre ellas. Mucho antes que yo hubo historiadores burgueses que describieron el desarrollo histórico de esta lucha de clases y economistas burgueses que estudiaron la anatomía económica de las clases.

Lo que yo hice de nuevo fue demostrar: 1) que la existencia de las clases sólo está ligada a determinadas fases históricas en el desarrollo de la producción (*historische Entwicklungsphasen der Produktion*); 2) que la lucha de clases conduce, necesariamente, a la dictadura del proletariado; 3) que esta misma dictadura no es más que la transición a la abolición de todas las clases y a una sociedad sin clases...

Con estas palabras, Marx logró expresar con asombrosa claridad, primero, la diferencia fundamental y radical entre su teoría y las de los pensadores

³ Este apartado fue incluido luego de la segunda edición [NME].

avanzados y más profundos de la burguesía, y, segundo, la esencia de su teoría del Estado.

A menudo se dice y se escribe que lo fundamental en la teoría de Marx es la lucha de clases. Pero no es exacto. De esta idea equivocada se deriva con gran frecuencia una tergiversación oportunista del marxismo y su falsificación en un sentido aceptable para la burguesía. En efecto, la teoría de la lucha de clases *no fue* creada por Marx, *sino* por la burguesía, *antes* que Marx, y es, en términos generales, *aceptable* para la burguesía. Quien reconoce *solamente* la lucha de clases no es aún marxista, puede mantenerse todavía dentro del marco del pensamiento burgués y de la política burguesa. Limitar el marxismo a la teoría de la lucha de clases significa cercenar el marxismo, tergiversarlo, reducirlo a algo aceptable para la burguesía. Marxista sólo es quien *hace extensivo* el reconocimiento de la lucha de clases al reconocimiento de la *dictadura del proletariado*. En ello estriba la más profunda diferencia entre un marxista y un pequeño (o un gran) burgués ordinario. Esta es la piedra de toque con la que debe comprobarse la comprensión y el reconocimiento *reales* del marxismo. Y nada tiene de extraño que cuando la historia de Europa colocó a la clase obrera frente a frente con este problema como cuestión *práctica* no sólo todos los oportunistas y reformistas, sino también todos los "kautskistas" (personas que vacilan entre el reformismo y el marxismo) demostraron ser miserables filisteos y demócratas pequeñoburgueses *que niegan* la dictadura del proletariado. El folleto de Kautsky *La dictadura del proletariado*, publicado en agosto de 1918, es decir, mucho después de aparecer la primera edición del presente libro, es un perfecto modelo de deformación pequeñoburguesa del marxismo y de ruin negación de este *en la hecho*, mientras se lo reconoce hipócriticamente de *palabra* (véase mi folleto *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*⁴, Petrogrado y Moscú, 1918).

El oportunismo de nuestros días, representado por su principal portavoz, el exmarxista K. Kautsky, se ajusta plenamente a la característica que Marx hace de la posición *burguesa* más arriba citada, pues este oportunismo limita el reconocimiento de la lucha de clases a la esfera de las relaciones burguesas. (¡Y dentro de los límites de esa esfera, dentro de ese marco, ningún liberal culto se negará a reconocer, "en principio", la lucha de clases!). El oportunismo *no extiende* el reconocimiento de la lucha de clases a lo fundamental, al período de *transición* del capitalismo al comunismo, al período del *derrumbe* y de la *opresión* completa de la burguesía. En realidad, este período es, inevitablemente, un período de lucha de clases de una violencia sin precedentes en que esta reviste formas de una agudeza sin precedentes y por consiguiente, durante ese período el Estado debe ser inevitablemente un Estado democrático de *masa tipo* (para los proletarios y los desposeídos en general) y dictatorial de *masa tipo* (contra la burguesía).

Además, la esencia de la teoría de Marx sobre el Estado sólo la han asimilado quienes han comprendido que la dictadura de *una sola* clase es necesaria,

⁴ 4 Folleto publicado en el presente tomo (Nº 6).

no sólo para toda sociedad de clases en general, no sólo para el *proletariado* que ha derrocado a la burguesía, sino también para *todo el período histórico* que separa al capitalismo de la "sociedad sin clases", del comunismo. Los Estados burgueses tienen las formas más variadas, pero su esencia es la misma: todos esos Estados, cualquiera sea su forma, en última instancia son inevitablemente la *dictadura de la burguesía*. La transición del capitalismo al comunismo producirá ciertamente una enorme abundancia y variedad de formas políticas, pero la esencia será inevitablemente la misma: la *dictadura del proletariado*.

III. LA EXPERIENCIA DE LA COMUNA DE PARÍS (1871) EL ANÁLISIS DE MARX

I. ¿En qué fue heroica la tentativa de los comuneros?

Sabemos que algunos meses antes de la Comuna, en el otoño de 1870, Marx advirtió a los obreros de París que cualquier tentativa de derrocar el Gobierno sería una locura fruto de la desesperación. Pero cuando en marzo de 1871 les fue *impuesta* a los obreros una batalla decisiva y ellos la aceptaron, cuando la insurrección fue un hecho, Marx saludó la revolución proletaria con el mayor entusiasmo, a pesar de los pronósticos desfavorables. Marx no persistió en la actitud pedante de condenar un movimiento "premature", como lo hizo el tristemente célebre renegado ruso del marxismo, Plejanov, quien en noviembre de 1905 escribió estimulando la lucha de los obreros y campesinos, pero después de diciembre de 1905 exclamó, al estilo liberal: "¡No debieron empuñar las armas!".

Marx, sin embargo, no se limitó a entusiasmarse ante el heroísmo de los comuneros, quienes, según sus palabras, "tomaron el cielo por asalto". Aunque el movimiento revolucionario de masas no logró sus objetivos él lo consideró como una experiencia histórica de enorme importancia, como un avance indudable de la revolución proletaria mundial, como un paso práctico más importante que cientos de programas y argumentos. Marx se esforzó por analizar esa experiencia, por sacar de ella enseñanzas tácticas, por revisar su teoría a la luz de ella.

La única "corrección" que Marx consideró necesario introducir en el *Manifiesto comunista* se la sugirió la experiencia revolucionaria de los comuneros de París.

El último prefacio a la nueva edición alemana del *Manifiesto comunista*, firmado por sus dos autores, está fechado el 24 de junio de 1872. En ese prefacio, los autores, Karl Marx y Friedrich Engels, dicen que el programa del *Manifiesto comunista* "en algunos detalles ha quedado anticuado".

La Comuna ha demostrado, sobre todo —continúan—, que "la clase obrera no puede simplemente tomar posesión de la maquinaria estatal existente y ponerla en marcha para sus propios fines".

Los autores tomaron las palabras que en esta cita están entre comillas simples del libro de Marx, *La guerra civil en Francia*. Así, entonces, Marx y Engels atribuían tan enorme importancia a esta enseñanza fundamental y principal

de la Comuna de París que la introdujeron como corrección importante en el *Manifiesto comunista*.

Es muy característico que precisamente esta importante corrección haya sido deformada por los oportunistas y que su sentido sea, probablemente, desconocido por las nueve décimas partes, si no por el noventa y nueve por ciento de los lectores del *Manifiesto comunista*. Más adelante nos ocuparemos en detalle de esta deformación en un capítulo consagrado especialmente a las tergiversaciones. Bastará por el momento señalar que la "interpretación" corriente y vulgar de la famosa declaración de Marx más arriba citada es que supuestamente él subraya aquí la idea del desarrollo lento en oposición a la toma del poder, y así sucesivamente.

En realidad, es *precisamente lo contrario*. La idea de Marx es que la clase obrera debe *destruir, romper* la "maquinaria estatal existente" y no limitarse simplemente a apoderarse de ella.

El 12 de abril de 1871, es decir, en plena época de la Comuna, Marx escribía a Kugelmann:

Si te fijas en el último capítulo de mi *Dieciocho brumario*, hallarás que afirmo que la próxima tentativa de la revolución francesa no será ya, como lo fue hasta ahora, transferir de una mano a otra la máquina burocrático-militar, sino *demolerla* [la cursiva es de Marx; en el original: *zerbrechen*], y esta es la condición previa para toda verdadera revolución popular en el continente. Y esto es lo que intentan hacer nuestros heroicos camaradas de París (p. 709 de la revista *New Zeit*, t. XX, 1, año 1901-1902). (Las cartas de Marx a Kugelmann fueron publicadas en ruso en dos ediciones, por lo menos, una de las cuales dirigí yo y le añadí un prólogo.)

Las palabras "destruir la máquina burocrático-militar" expresan concisamente la enseñanza fundamental del marxismo respecto de las tareas del proletariado durante la revolución con relación al Estado. ¡Y esta enseñanza es la que no sólo ha sido olvidada por completo, sino también totalmente tergiversada por la "interpretación" kautskista imperante del marxismo!

En cuanto a la referencia de Marx a *El dieciocho Brumario*, más arriba hemos citado íntegro el pasaje pertinente.

Es interesante señalar, en particular, dos puntos del pasaje de Marx arriba citado. Primero, Marx limita su conclusión al continente. Esto era comprensible en 1871, cuando Inglaterra era todavía el modelo de país netamente capitalista, pero sin esta milia y, en grado considerable, sin burocracia. Marx, por lo tanto, excluyó a Inglaterra, donde una revolución, incluso una revolución popular, parecía entonces posible, y ciertamente era posible, *sin* la condición previa de destruir la "maquinaria estatal existente".

Hoy, en 1917, en la época de la primera gran guerra imperialista, esta limitación hecha por Marx no tiene ya validez. Tanto Inglaterra como Norteamérica, los mayores y últimos representantes —en el mundo entero— de la "libertad"

anglosajona, en el sentido de que carecen de militarismo y burocracia, se han hundido completamente en la ciénaga inmundada, sangrienta, común a toda Europa, de las instituciones burocrático-militares, que todo lo someten y lo aplastan. Hoy, también en Inglaterra y Norteamérica la "condición previa para toda verdadera revolución popular" es *démolir*, destruir la "máquina estatal existente" (creada y desarrollada, en esos países, con una perfección "europea", imperialista en general, en los años 1914-17).

En segundo lugar, debe prestarse especial atención a la observación de Marx, en extremo profunda, de que la destrucción de la máquina burocrático-militar del Estado es "la condición previa de toda verdadera revolución popular". Esta idea de una revolución "popular" parece extraña viniendo de Marx; de modo que los partidarios rusos de Plejanov y los mencheviques, esos discípulos de Struve que quieren hacerse pasar por marxistas, podrían tal vez calificar esta expresión de "lapsus" por parte de Marx. Han reducido el marxismo a una deformación tan ruinmente liberal que para ellos nada existe fuera de la antítesis entre revolución burguesa y revolución proletaria e incluso esta antítesis la interpretan con rigidez escolástica.

Si tomamos como ejemplos las revoluciones del siglo XX tendremos que reconocer, naturalmente, que las revoluciones portuguesa y turca son burguesas. Ninguna de ellas, sin embargo, es una revolución "popular", pues en ninguna de ellas la masa del pueblo, su inmensa mayoría, se manifiesta en forma activa, independiente, en ningún grado notable, con sus propias reivindicaciones económicas y políticas. En cambio, aunque la revolución burguesa rusa de 1905 a 1907 no registró éxitos tan "brillantes" como los que alcanzaron en ciertos momentos las revoluciones portuguesa y turca fue, sin duda, una "verdadera" revolución "popular", pues la masa del pueblo, la mayoría de este, las "más bajas capas" sociales, aplastadas por la opresión y la explotación, se alzaron en forma independiente y estamparon en todo el curso de la revolución el sello de sus reivindicaciones, de sus intentos de construir a su modo una nueva sociedad en lugar de la antigua que estaba siendo destruida.

En la Europa de 1871, el proletariado no constituía la mayoría del pueblo en ningún país del continente. Una revolución "popular" que realmente arrasase en su torrente a la mayoría sólo podía darse si abarcaba tanto al proletariado como al campesinado. Ambas clases constituían entonces el "pueblo". A ambas clases las une el hecho de que la "máquina burocrático-militar del Estado" las oprime, las aplasta, las explota. *Détruire* esta maquinaria, *démolir-la*: tal es el auténtico interés del "pueblo", de su mayoría, de los obreros y de la mayoría de los campesinos, tal es la "condición previa" para una alianza libre de los campesinos pobres con los proletarios, en tanto que sin esa alianza la democracia es precaria y la transformación socialista, imposible.

Hacia esta alianza, como se sabe, se abrió camino la Comuna de París, si bien no alcanzó su objetivo debido a una serie de circunstancias de carácter interno y externo.

En consecuencia, al hablar de una "verdadera revolución popular", Marx, sin desestimar para nada los rasgos específicos de la pequeñoburguesía (de los cuales habló mucho y con frecuencia), tuvo en cuenta estrictamente el verdadero equilibrio de las fuerzas de clases en la mayoría de los países continentales de Europa en 1871. Y, por otra parte, consignó que la "destrucción" de la máquina estatal responde a los intereses de los obreros y campesinos, que los une, que les plantea la tarea común de suprimir al "parásito" y reemplazarlo por algo nuevo.

¿Con qué concretamente?

2. ¿Con qué reemplazar la máquina del Estado, una vez destruida?

La respuesta que daba Marx a esta pregunta en 1847, en el *Manifiesto comunista*, era todavía completamente abstracta o, para ser exactos, era una respuesta que señalaba las tareas, pero no la forma de realizarlas. La respuesta que daba el *Manifiesto comunista* era que esa máquina debía ser reemplazada por "el proletariado organizado como clase dominante", mediante "la conquista de la democracia".

Marx no se perdió en utopías; esperaba que la experiencia del movimiento de masas le proporcionara la respuesta a la pregunta referente a las formas específicas que asumiría esa organización del proletariado como clase dominante y al modo exacto en que esta organización se combinaría con la más completa, más consecuente "conquista de la democracia".

En *La guerra civil en Francia* Marx somete la experiencia de la Comuna, limitada como era, al análisis más minucioso. Citemos los pasajes más importantes de esta obra:

Originado en la Edad Media, en el siglo XIX se desarrolló "el poder del Estado centralizado con sus órganos omnipresentes: el Ejército regular, la Policía, la burocracia, el clero y la magistratura". Con el desarrollo de los antagonismos de clase entre el capital y el trabajo, "el poder del Estado fue adquiriendo cada vez más el carácter de fuerza pública para la represión de la clase trabajadora, el carácter de una máquina de dominación de clase. Después de cada revolución, que marca un paso adelante en la lucha de clases, el carácter puramente coercitivo del poder del Estado se destaca cada vez con mayor relieve". Después de la revolución de 1848-1849 el poder del Estado se convirtió en el "arma nacional de guerra del capital contra el trabajo". El Segundo Imperio consolidó esto. La antítesis directa del Imperio fue la Comuna [...]. La Comuna fue la forma positiva [...] de una república que debía no solamente abolir la forma monárquica de la dominación de clase, sino la dominación de clase misma...

¿En qué consistió esa forma "específica" de la república proletaria, socialista? ¿Cuál fue el Estado que ella comenzó a crear?

El primer decreto de la Comuna fue [...] la supresión del Ejército regular y su reemplazo por el pueblo armado...

Esta reivindicación figura hoy en los programas de todos los partidos que se llaman a sí mismos socialistas. ¡Pero el real valor de sus programas queda demostrado por la conducta de nuestros escritas y mencheviques, quienes, inmediatamente después de la revolución del 27 de febrero, en realidad se negaron a llevar a la práctica dicha reivindicación!

La Comuna estaba formada por los concejales municipales, elegidos por sufragio universal en los diversos distritos de París, responsables y revocables en cualquier momento. La mayoría de sus miembros eran, naturalmente, obreros o representantes reconocidos de la clase obrera [...].

La Policía, que hasta entonces había sido instrumento del Gobierno, fue despojada inmediatamente de sus atribuciones políticas y convertida en instrumento responsable y en cualquier momento revocable [...] de la Comuna. Igual medida se tomó con los funcionarios de todas las demás ramas de la administración [...]. Desde los miembros de la Comuna para abajo, todos los cargos públicos debían desempeñarse con *salarios de obreros*. Los privilegios y los gastos de representación de los altos dignatarios del Estado desaparecieron junto con los propios altos dignatarios [...]. Una vez suprimidos el Ejército regular y la Policía, instrumentos de la fuerza física del antiguo Gobierno, la Comuna procedió de inmediato a destruir el instrumento de represión espiritual, el poder del clero [...]. Los funcionarios judiciales perdieron esa fingida independencia [...] de ahora en adelante serían electivos, responsables y revocables.

Por lo tanto, la Comuna de París reemplazó la máquina estatal destruida por una democracia "simplemente" más completa: abolición del Ejército regular; todos los funcionarios públicos sujetos a elección y revocación. Pero, en realidad, este "simplemente" representa el reemplazo gigantesco de determinadas instituciones por otras de tipo radicalmente diferente. Este es precisamente un caso de "transformación de cantidad en calidad"; la democracia, implantada del modo más completo y consecuente que puede concebirse, se convierte de democracia burguesa en democracia proletaria; de Estado (= fuerza especial para la represión de una clase determinada) en algo que ya no es el Estado propiamente dicho.

Todavía es necesario contener a la burguesía y aplastar su resistencia. Esto era especialmente necesario para la Comuna, y una de las causas de su derrota fue que no hizo esto con suficiente decisión. Pero aquí el órgano de represión es la mayoría de la población y no una minoría, como siempre fue el caso bajo la esclavitud, la servidumbre y la esclavitud asalariada. ¡Y dado que es la mayoría del pueblo mismo la que reprime a sus opresores ya no es necesaria una "fuerza especial" de represión! En ese sentido, el *Estado comienza a extinguirse*. En

vez de las instituciones especiales de una minoría privilegiada (la burocracia privilegiada, los jefes del Ejército regular), la propia mayoría puede desempeñar directamente todas estas funciones, y cuanto más desempeñe el pueblo en su conjunto las funciones del poder, menos necesaria es la existencia de dicho poder.

A este respecto, las siguientes medidas de la Comuna, subrayadas por Marx, son dignas de particular atención: la abolición de todos los gastos de representación, de todos los privilegios pecuniarios de los funcionarios públicos, la reducción de los sueldos de *todos* los servidores del Estado hasta el nivel del "salario del obrero". Esto muestra con mayor claridad que ninguna otra cosa el *origen* de la democracia burguesa a la democracia proletaria, de la democracia de los opresores a la democracia de las clases oprimidas, del Estado como "fuerza especial" para la represión de una determinada clase a la represión de los opresores por la *fuerza general* de la mayoría del pueblo, obreros y campesinos. ¡Y es en este punto particularmente notable –tal vez el más importante en lo que al problema del Estado se refiere– en el que las ideas de Marx han sido más relegadas al olvido! En los comentarios populares –cuyo número es incalculable– esto no se menciona. Lo "habitual" sobre esto es guardar silencio, como si se tratara de una "ingenuidad" pasada de moda, así como los cristianos, cuando su religión se convirtió en religión de Estado, "olvidaron" las "ingenuidades" del cristianismo primitivo con su espíritu revolucionario democrático.

La reducción de los sueldos de los altos funcionarios del Estado parece ser "simplemente" la reivindicación de una democracia ingenua, primitiva. Uno de los "fundadores" del oportunismo moderno, el exsocialdemócrata E. Bernstein, ha repetido más de una vez las triviales burlas burguesas sobre la democracia "primitiva". Como todos los oportunistas y como los actuales kautskistas, no comprendía en absoluto, en primer lugar, que la transición del capitalismo al socialismo es *imposible* sin un cierto "retorno" a la democracia "primitiva" (porque ¿de qué otro modo puede la mayoría, y después toda la población sin excepción, proceder a desempeñar las funciones del Estado?); y, en segundo lugar, que esa "democracia primitiva", basada en el capitalismo y en la cultura capitalista, no es la misma democracia primitiva de los tiempos prehistóricos o de la época precapitalista. La cultura capitalista ha *creado* la gran producción, fábricas, ferrocarriles, el correo, el teléfono, etc., y *sobre esta base* la gran mayoría de las funciones del antiguo "poder estatal" se han simplificado tanto y pueden reducirse a operaciones tan sencillas de registro, archivo y verificación que pueden ser fácilmente desempeñadas por cualquiera que sepa leer y escribir; pueden muy fácilmente ser desempeñadas por un "salario obrero" corriente y esas funciones pueden (y deben) ser despojadas de toda sombra de privilegio, de todo carácter "jerárquico".

— Todos los funcionarios públicos, sin excepción, sujetos a elección y revocación en *cualquier momento*, sus sueldos reducidos al nivel de un "salario obrero"

corriente; estas sencillas y "evidentes" medidas democráticas, al mismo tiempo que unifican totalmente los intereses de los obreros y de la mayoría de los campesinos, sirven de puente que conduce del capitalismo al socialismo. Estas medidas conciernen a la reorganización del Estado, la reorganización exclusivamente política de la sociedad; pero, desde luego, adquieren su pleno sentido e importancia sólo en conexión con la "expropiación de los expropiadores" ya en realización o en preparación, es decir, con la transformación de la propiedad privada capitalista de los medios de producción en propiedad social.

La Comuna —escribió Marx— convirtió la consigna de todas las revoluciones burguesas, Gobierno barato, en una realidad al abolir las dos mayores fuentes de gastos: el Ejército y la burocracia.

En el campesinado, al igual que en otros sectores de la pequeñoburguesía, sólo una minoría insignificante "llega arriba", "se abre paso" en el sentido burgués, es decir, se convierten en personas acomodadas, en burgueses o en funcionarios públicos con una situación segura y privilegiada. En todo país capitalista donde hay campesinado (como sucede en la mayor parte de los países capitalistas) la inmensa mayoría de este se halla oprimido por el Gobierno y ansía su derrocamiento, ansía un Gobierno "barato". Esto puede realizarlo sólo el proletariado y, al realizarlo, este da al mismo tiempo un paso hacia la organización socialista del Estado.

3. La abolición del parlamentarismo

La Comuna —escribió Marx— debía ser, no un cuerpo parlamentario, sino un organismo activo, ejecutivo y legislativo al mismo tiempo...

En lugar de decidir una vez cada tres o seis años qué miembros de la clase dominante habrían de representar en el parlamento y reprimir (*ver-und verbieten*) al pueblo, el sufragio universal habría de servir a este último, organizado en comunas, de igual modo que el sufragio individual sirve a cualquier patrón para buscar obreros, inspectores y contables para su empresa.

Gracias al predominio del socialchovinismo y el oportunismo, esta notable crítica del parlamentarismo, hecha en 1871, también pertenece ahora a las "palabras olvidadas" del marxismo. Los ministros y parlamentarios profesionales, los traidores al proletariado y los socialistas "utilitarios" de nuestros días han dejado a los anarquistas toda la crítica del parlamentarismo y, sobre esta base maravillosamente razonable, denuncian que *toda* crítica del parlamentarismo es li"anarquismo"! No es de extrañar que el proletariado de los países parlamentarios "avanzados", asqueados con "socialistas" como los Scheidemann, David, Legien, Sembat, Renaudel, Henderson, Vandervelde,

Strauning, Branting, Bissolati y Cia., vuelque cada vez más sus simpatías al anarcosindicalismo, a pesar de que este último es simplemente hermano gemelo del oportunismo.

Para Marx, sin embargo, la dialéctica revolucionaria no fue nunca la frase vacía de moda, el sonajero en que Plejanov, Kautsky y otros la han convertido. Marx sabía cómo romper implacablemente con el anarquismo por su incapacidad para utilizar incluso el "chiquero" del parlamentarismo burgués —en especial cuando la situación evidentemente no es revolucionaria—, pero, al mismo tiempo, sabía cómo someter el parlamentarismo a una crítica proletaria auténticamente revolucionaria.

Decidir una vez cada tantos años qué miembros de la clase dominante han de reprimir y aplastar al pueblo a través del parlamento: tal es la verdadera esencia del parlamentarismo burgués, no sólo en las monarquías constitucionales parlamentarias, sino también en las repúblicas más democráticas.

Pero si abordamos el problema del Estado, si consideramos el parlamentarismo como una de las instituciones del Estado, desde el punto de vista de las tareas del proletariado en este terreno, ¿cómo salir del parlamentarismo? ¿Cómo prescindir de él?

Debemos decirlo una y otra vez: las enseñanzas de Marx, basadas en el análisis de la Comuna, están tan olvidadas que el "socialdemócrata" de hoy (léase: el actual traidor al socialismo) sencillamente no puede comprender otra crítica del parlamentarismo que no sea la crítica anarquista o la reaccionaria.

Salir del parlamentarismo no consiste, ciertamente, en abolir las instituciones representativas y el principio electivo, sino en transformar las instituciones representativas de ser recintos de charlatanería a organismos "activos". "La Comuna debía ser, no un cuerpo parlamentario, sino un organismo activo, ejecutivo y legislativo al mismo tiempo".

"No un cuerpo parlamentario, sino un organismo activo"; leste es un golpe directo a los actuales parlamentarios y a los "perritos falderos" parlamentarios de la socialdemocracia! Obsérvese cualquier país parlamentario, de Norteamérica a Suiza, de Francia a Inglaterra, Noruega, etc.: en estos países los verdaderos asuntos de "Estado" se tratan entre bastidores y se ocupan de ellos los ministerios, cancillerías y Estados Mayores. Al parlamento se lo deja hablar con el fin específico de engañar a la "plebe". Tan cierto es esto que incluso en la república rusa, una república democraticoburguesa, todas estas lacras del parlamentarismo surgieron enseguida, aun antes de haber conseguido crear un verdadero parlamento. Los héroes del filisteísmo podrido, los Skobelev y Tsereteli, los Chernov y Avksentiev, lograron incluso gangrenar a los sóviets según el modelo del más repugnante parlamentarismo burgués y convertirlos en recintos de simple charlatanería. En los sóviets, los señores ministros "socialistas" engañan a los ingenuos *nyúls* con frases y resoluciones. En el Gobierno se baila un constante rigodón para que, por una parte, el mayor número posible de socialistas revolucionarios y mencheviques puedan acercarse, por turno,

al "botín", a los lucrativos y honoríficos cargos, y, por otra parte, para "distraer la atención" del pueblo. ¡Mientras tanto las cancillerías y los Estados Mayores "se ocupan" de los asuntos de "Estado"!

Dielo Narod, órgano del partido gobernante, de los "socialrevolucionarios", reconoció recientemente en un editorial —con esa franqueza sin igual de la gente de la "buena sociedad" en la que "todos" practican la prostitución política— que hasta en los ministerios encabezados por "socialistas" (¡con perdón de la palabra!) todo el aparato burocrático sigue siendo en realidad el mismo, funciona como antes y se sabotea con absoluta "libertad" las medidas revolucionarias! Y aun sin este reconocimiento, ¿cómo no lo prueba la historia verdadera de la participación de los eseristas y los mencheviques en el Gobierno? Es digno de destacar, sin embargo, que, en la compañía ministerial de los kadetes, los señores Chernov, Rusanov, Zenzinov y demás redactores de *Dielo Narod* han perdido hasta tal punto la vergüenza que declaran descaradamente, como si se tratase de una bagatela, ¡¡que en "sus" ministerios todo está como antes!! Frases revolucionariodemocráticas para estafar a los *myñils* ingenuos y burocracia y papeleo para "llenar de alegría" a los capitalistas: he ahí la esencia de la "honrada" coalición.

La Comuna reemplaza el parlamentarismo venal y podrido de la sociedad burguesa por instituciones en las que la libertad de opinión y de discusión no degenera en engaño, pues los propios parlamentarios tienen que trabajar, tienen que poner en ejecución sus propias leyes, tienen que comprobar ellos mismos los resultados logrados en la realidad y responder directamente ante sus electores. Las instituciones representativas no desaparecen, pero no existe el parlamentarismo como sistema especial, como división del trabajo entre el poder legislativo y el ejecutivo, como posición privilegiada para los diputados. No se puede concebir la democracia, ni siquiera la democracia proletaria, sin instituciones representativas, pero sí se puede y se *debe* concebir la democracia sin parlamentarismo si la crítica de la sociedad burguesa no es sólo palabras para nosotros, si el deseo de derrocar la dominación de la burguesía es en nosotros un deseo serio y sincero y no una simple frase "electoral" para pescar votos obreros, como sucede con los mencheviques y los eseristas y también con los Scheidemann y Legien, los Sembat y Vandervelde.

Es muy instructivo observar que al hablar de las funciones de aquellos empleados que necesitan la Comuna y la democracia proletaria Marx los compara con los trabajadores de "cualquier otro patrón", es decir, una empresa capitalista corriente, con sus "obreros, inspectores y contables".

En Marx no hay el menor rastro de utopía, pues no inventó ni imaginó una "nueva" sociedad. No, él estudió como un proceso de historia natural el *arrogamiento* de la nueva sociedad *a partir* de la antigua y las formas de transición de una a la otra. Analizó la experiencia real de un movimiento proletario de masas y procuró extraer de ella enseñanzas prácticas. "Aprendió" de la Comuna como todos los grandes pensadores revolucionarios aprendieron sin vacilar de la experiencia de los grandes movimientos de las clases oprimidas y nunca

les dirigieron "sermones" pedantescos (por el estilo del "No debieron empuñar las armas", de Plejanov, o "Una clase debe saber moderarse", de Tsereteli).

No se puede pensar en abolir la burocracia de golpe, en todas partes y por completo. Es una utopía. Pero *destruir* de golpe la vieja máquina burocrática y comenzar inmediatamente a construir una nueva, que haga posible la abolición gradual de toda burocracia, eso no es una utopía; es la experiencia de la Comuna, es la tarea directa, inmediata del proletariado revolucionario.

El capitalismo simplifica las funciones de la administración "del Estado", permite desterrar los "métodos de mando" y deriva todo el asunto a la organización de proletarios (como clase dominante), que contratará en nombre de toda la sociedad a "obreros, inspectores y contables".

No somos utópicos. No "soñamos" con prescindir *de golpe* de todo gobierno, de toda subordinación; estos sueños anarquistas, basados en la incompreensión de las tareas de la dictadura del proletariado, son totalmente ajenos al marxismo y, en realidad, sólo sirven para postergar la revolución socialista hasta que la gente sea diferente. No, nosotros queremos la revolución socialista con gente como la de hoy, con gente que no puede prescindir de la subordinación, del control, de "inspectores y contables".

Pero la subordinación debe ser a la vanguardia armada de todos los explotados y trabajadores; al proletariado. Se puede y se debe comenzar enseguida, de la noche a la mañana, a reemplazar los "métodos de dirección" propios de los funcionarios del Estado por las simples funciones de "inspectores y contables", funciones que ya hoy son plenamente accesibles a la capacidad media de los habitantes de las ciudades y que pueden ser perfectamente desempeñadas por un "salario obrero".

Nosotros, los obreros, organizaremos la gran producción sobre la base de lo que ha sido creado ya por el capitalismo, apoyándonos en nuestra experiencia de trabajadores, estableciendo una disciplina estricta, de hierro, respaldada por el poder político de los obreros armados; reduciremos el papel de los funcionarios públicos al de simples ejecutores de nuestras instrucciones, como "inspectores y contables" responsables, revocables y modestamente retribuidos (con la ayuda, naturalmente, de técnicos de toda clase, de todo tipo y de todo grado); esa es *nuestra* tarea proletaria, de ese modo podemos y debemos *empezar* a llevar a cabo la revolución proletaria. Ese comienzo, sobre la base de la gran producción, conducirá por sí mismo a la "extinción" gradual de toda burocracia, a la creación gradual de un orden —un orden sin comillas, un orden que no se parecerá en nada a la esclavitud asalariada—, un orden en que las funciones de control y contabilidad, cada vez más simplificadas, serán desempeñadas por turno por todos, se convertirán luego en costumbre y, por último, expirarán como funciones *especiales* de un sector especial de la población.

Un ingenioso socialdemócrata alemán de la década del 70 del siglo pasado dijo que el *correo* era un ejemplo de sistema económico socialista. Esto es muy exacto. Hoy el correo es una empresa organizada confor-

me a un monopolio *capitalista* de Estado. El imperialismo transforma gradualmente todos los trusts en organizaciones parecidas en las que, por encima de los "simples" trabajadores, agobiados por el trabajo y hambrientos, encontramos la misma burocracia burguesa. Pero el mecanismo de la administración social ya está listo aquí. Una vez derrocados los capitalistas, aplastada la resistencia de estos explotadores con la mano férrea de los obreros armados, destruido el aparato burocrático del Estado moderno, tendremos un mecanismo de alta perfección técnica, libre del "parásito", perfectamente susceptible de ser puesto en marcha por los mismos obreros unidos, que contratarán técnicos, inspectores y contables y retribuirán el trabajo de *todos* ellos, como el de *todos* los funcionarios "del Estado" en general, con un salario obrero. He aquí una tarea concreta, práctica, inmediatamente realizable con respecto a todos los trusts, una tarea cuya realización liberará a los trabajadores de la explotación, que tiene en cuenta lo que la Comuna comenzó a poner en práctica (sobre todo en el terreno de la organización del Estado).

Organizar *toda* la economía conforme al correo, de modo que los técnicos, inspectores y contables, lo mismo que *todos* los funcionarios públicos, perciban sueldos que no sean superiores a un "salario obrero", todo bajo el control y la dirección del proletariado armado: ese es nuestro objetivo inmediato. Tal es el Estado, tal es la base económica que necesitamos. Eso es lo que resultará de la abolición del parlamentarismo y de la conservación de las instituciones representativas; eso es lo que librará a las clases trabajadoras de la prostitución de estas instituciones por la burguesía.

4. Organización de la unidad nacional

En un breve bosquejo de organización nacional que la Comuna no tuvo tiempo de desarrollar se dice claramente que la Comuna sería [...] la forma política incluso para la aldea más pequeña... Las comunas elegirían también la "delegación nacional" de París.

... Las pocas, pero importantes funciones que aún quedarían para un Gobierno central no serían suprimidas –como en forma deliberada se ha dicho falsamente–, sino que serían transferidas a funcionarios comunales, o sea, a funcionarios estrictamente responsables...

... La unidad nacional no sería destruida, sino, por el contrario, organizada mediante un régimen comunal; se convertiría en una realidad al destruir el poder estatal, que pretendía ser la encarnación de esa unidad, independiente y situada por encima de la nación. En realidad ese poder estatal era sólo una excrescencia parasitaria de la nación [...]. El problema era amputar los órganos puramente represivos del viejo poder estatal, quitar las funciones legítimas a ese poder, que pretendía situarse por encima de la sociedad, y restituirlos a los servidores responsables de la sociedad.

Hasta qué punto los oportunistas de la socialdemocracia actual no han comprendido —tal vez sea más exacto decir que no han querido comprender— estas observaciones de Marx lo revela mejor que nada el libro famoso a la manera de Eróstrato del renegado Bernstein, *Premisas del socialismo y objetivos de la socialdemocracia*.

Refiriéndose a las citadas palabras de Marx, dice Bernstein que, "por lo que a su contenido político se refiere", este programa "presenta, en todos sus rasgos esenciales, la mayor semejanza con el federalismo de Proudhon... Pese a todos los demás puntos de diferencia que separan a Marx del 'pequeñoburgués' Proudhon [Bernstein pone la palabra "pequeñoburgués" entre comillas para darle un sentido irónico], en esos puntos el hilo de sus razonamientos no puede ser más parecido". Naturalmente, prosigue Bernstein, la importancia de las municipalidades va en aumento, pero "a mí me parece dudoso que la primera tarea de la democracia deba ser esa abolición [*Auflösung*, literalmente: disolución] de los Estados modernos y esa transformación completa [*Umwandlung*: transformación radical] de su organización, tal como la conciben Marx y Proudhon: la formación de una Asamblea Nacional con delegados de las asambleas provinciales o regionales, integradas a su vez por delegados de las comunas, de modo que, en consecuencia, desaparecerían las formas anteriores de representación nacional" (Bernstein, *Premisa...*, pp. 134 y 136, edición alemana de 1899).

¡Confundir las concepciones de Marx sobre la "destrucción del poder estatal, una excrecencia parasitaria" con el federalismo de Proudhon es sencillamente monstruoso! Pero no es casual, pues al oportunista nunca se le pasa por la imaginación que Marx no habla aquí de ninguna manera del federalismo por oposición al centralismo, sino de la destrucción del viejo aparato burgués del Estado, existente en todos los países burgueses.

Al oportunista sólo le viene a la imaginación lo que ve en torno suyo, en un medio de filisteísmo pequeñoburgués y de estancamiento "reformista", a saber: sólo las "municipalidades"! El oportunista ha perdido hasta la costumbre de pensar en la revolución proletaria.

Esto es ridículo. Pero lo curioso es que nadie haya discutido con Bernstein a propósito de este punto. Bernstein ha sido refutado por muchos, especialmente por Plejanov en las publicaciones rusas y por Kautsky en las europeas, pero ninguno de los dos ha dicho *nada sobre esta* deformación de Marx por Bernstein.

Hasta tal punto se ha olvidado el oportunista de pensar en forma revolucionaria y de discurrir sobre la revolución que atribuye a Marx el "federalismo", confundiéndolo con el fundador del anarquismo, Proudhon. En cuanto a Kautsky y Plejanov, que sostienen ser marxistas ortodoxos y defender la teoría del marxismo revolucionario, guardan silencio sobre esto! Esta es una de las raíces de esa extrema vulgarización de las ideas sobre la diferencia entre marxismo y anarquismo, característico tanto de los kautskistas como de los oportunistas y de la que hablaremos más adelante.

En las observaciones de Marx sobre la experiencia de la Comuna arriba citadas no hay ni rastro de federalismo. Marx coincide con Proudhon en el punto preciso que no ve el oportunista Bernstein. Marx discrepa de Proudhon en el punto preciso en que Bernstein halla una semejanza entre ellos.

Marx coincide con Proudhon en que ambos están por la "destrucción" del aparato moderno del Estado. Ni los oportunistas ni los kautskistas desean ver la semejanza de ideas sobre este punto entre el marxismo y el anarquismo (tanto Proudhon como Bakunin) porque es en esto en lo que se han apartado del marxismo.

Marx discrepa tanto de Proudhon como de Bakunin precisamente en la cuestión del federalismo (sin hablar de la dictadura del proletariado). El federalismo como principio se deriva lógicamente de las concepciones pequeñoburguesas del anarquismo. Marx es centralista. En sus observaciones que acabamos de citar no hay la menor desviación del centralismo. ¡Sólo quienes están imbuidos de la "confianza supersticiosa" filisteica en el Estado pueden confundir la destrucción de la máquina estatal burguesa con la destrucción del centralismo!

Ahora bien, si el proletariado y el campesinado pobre toman el poder, se organizan de modo absolutamente libre en comunas y *unifican* la acción de todas las comunas para golpear al capital, para aplastar la resistencia de los capitalistas, para entregar a *toda* la nación, a toda la sociedad, los ferrocarriles, las fábricas, la tierra, etc., de propiedad privada, ¿no será esto centralismo? ¿No será esto el más consecuente centralismo democrático y, además, centralismo proletario?

Bernstein sencillamente no puede concebir la idea de un centralismo voluntario, de la unión voluntaria de las comunas en una nación, de la fusión voluntaria de las comunas proletarias con el fin de aplastar la dominación burguesa y la maquinaria estatal burguesa. Como todos los filisteos, Bernstein describe el centralismo como algo que sólo puede ser impuesto y mantenido desde arriba y sólo por la burocracia y la camarilla militar.

Como si previera que sus ideas podrían ser deformadas, Marx subraya en forma expresa que la acusación de que la Comuna quería destruir la unidad nacional, abolir el gobierno central, es una falsedad deliberada. Marx usa intencionadamente la expresión "la unidad nacional sería [...] organizada" para contraponer el centralismo políticamente consciente, democrático, proletario, al centralismo burgués, militar, burocrático.

Pero... no hay peor sordo que el que no quiere oír. Y de lo que no quieren hablar precisamente los oportunistas de la socialdemocracia actual es de la destrucción del poder estatal, de la amputación de la excrecencia parasitaria.

5. Destrucción del Estado parásito

Acabamos de citar palabras de Marx relativas a este punto y ahora debemos completarlas.

Es generalmente el destino de las creaciones históricas enteramente nuevas —escribía Marx— el ser confundidas con una réplica de antiguas e incluso caducas formas de vida social con las que pueden tener una cierta semejanza. Así, esta nueva Comuna, que destruye [*bricht*: rompe] el poder estatal moderno, ha sido considerada como una resurrección de las comunas medievales... como una federación de pequeños Estados como lo imaginaban Montesquieu y los girondinos... como una forma exagerada de la vieja lucha contra el supercentralismo...

... El régimen comunal habría devuelto al organismo social todas las fuerzas que hasta entonces absorbía esa excrecencia parasitaria, el "Estado", alimentándose de la sociedad y entorpeciendo su libre movimiento. Con ese solo hecho habría iniciado la regeneración de Francia...

... El régimen comunal habría colocado a los productores rurales bajo la dirección intelectual de las principales ciudades de sus distritos, garantizándoles allí, en la persona de los obreros de la ciudad, los representantes naturales de sus intereses. La propia existencia de la Comuna implicaba, en realidad, un gobierno municipal autónomo, pero ya no como contrapeso del poder estatal, ahora superfluo.

"Destruir el poder estatal", que era una "excrecencia parasitaria"; "amputarlo", "romperlo"; "el poder estatal a partir de ahora demolido": estas son las expresiones que emplea Marx refiriéndose al Estado cuando valora y analiza la experiencia de la Comuna.

Todo esto fue escrito hace casi medio siglo y ahora tenemos que hacer excavaciones, por así decirlo, a fin de llevar al conocimiento de las masas populares un marxismo no deformado. Las conclusiones extraídas de la observación de la última gran revolución vivida por Marx fueron olvidadas precisamente cuando llegó el momento de las siguientes grandes revoluciones proletarias.

... La multiplicidad de interpretaciones a que ha sido sometida la Comuna y la multiplicidad de intereses que se manifestaron en ella demuestran que era una forma política enteramente flexible, mientras que todas las formas anteriores de gobierno fueron esencialmente represivas. Su verdadero secreto es este: fue esencialmente *un gobierno de la clase obrera*, resultado de la lucha de la clase productora contra la clase apropiadora, la forma política, al fin descubierta, bajo la cual podía realizarse la emancipación económica del trabajo...

Sin esta última condición, el régimen comunal habría sido una imposibilidad y un engaño...

Los utopistas se preocuparon por "descubrir" las formas políticas bajo las cuales habría de realizarse la transformación socialista de la sociedad. Los anarquistas descartaron totalmente el problema de las formas políticas. Los oportunistas de la socialdemocracia actual han aceptado las formas políti-

cas burguesas del Estado democrático parlamentario como un límite del que no puede pasarse; se han roto la frente de tanto postrarse ante este "modelo" y denuncian como anarquismo todo deseo de *romper* esas formas.

Marx dedujo de toda la historia del socialismo y de la lucha política que el Estado estaba destinado a desaparecer y que la forma transitoria de su desaparición (la transición de Estado a no Estado) sería "el proletariado organizado como clase dominante". Pero Marx no se propuso *descubrir* las formas políticas de esa etapa futura. Se limitó a la observación cuidadosa de la historia de Francia, a analizarla y a extraer la conclusión a que llevó el año 1851, o sea, que las cosas se encaminaban hacia la *destrucción* de la máquina estatal burguesa.

Cuando estalló el movimiento revolucionario de masas del proletariado, Marx, a pesar del revés sufrido por ese movimiento, a pesar de su corta vida y de su evidente debilidad, comenzó a estudiar las formas que *había revelado*.

La Comuna es la forma "al fin descubierta" por la revolución proletaria, bajo la cual puede lograrse la emancipación económica del trabajo.

La Comuna es el primer intento de una revolución proletaria de *destruir* la máquina estatal burguesa y es la forma política "al fin descubierta" con la que puede y debe ser reemplazado destruido aparato estatal.

Más adelante veremos que las revoluciones rusas de 1905 y 1917, en circunstancias diferentes y bajo condiciones diferentes, continuaron la obra de la Comuna y confirman el genial análisis histórico de Marx.

IV. CONTINUACIÓN. ACLARACIONES COMPLEMENTARIAS DE ENGELS

Marx fundamentó el significado de la experiencia de la Comuna. Engels volvió una y otra vez al mismo tema, aclarando el análisis y las conclusiones de Marx e iluminando a veces *otros* aspectos del problema con tal fuerza y brillo que es necesario detenerse especialmente en sus aclaraciones.

I. El problema de la vivienda

En su obra *El problema de la vivienda* (1872) Engels ya tuvo en cuenta la experiencia de la Comuna y se ocupó repetidas veces de las tareas de la revolución con relación al Estado. Es interesante observar que el tratamiento de este tema específico revela claramente, por una parte, puntos de coincidencia entre el Estado proletario y el Estado actual —puntos que autorizan a hablar del Estado en ambos casos— y, por otra parte, puntos de divergencia entre ellos, o la transición hacia la supresión del Estado.

¿Cómo resolver el problema de la vivienda? En la sociedad actual se resuelve exactamente lo mismo que cualquier otro problema social; por la nivelación económica gradual de la oferta y la demanda, solución que reproduce constantemente el problema y que, por lo tanto, no es una solución. La forma en que una revolución social resolverá este problema no depende solamente de las circunstancias de tiempo y lugar, sino que, además, está vinculada con problemas de mucho mayor alcance, entre los cuales figura uno de los más importantes, que es la eliminación de la contradicción entre la ciudad y el campo. Como no es nuestro propósito crear sistemas utópicos para la organización de la sociedad del futuro sería más que ocioso detenerse ahora en esto. Pero una cosa es cierta: existe ya hoy una cantidad suficiente de casas en las grandes ciudades para remediar enseguida toda real *carest* de vivienda, siempre que se las emplee con cordura. Eso sólo puede ocurrir, naturalmente, mediante la expropiación de los actuales propietarios y alojando en sus casas a los obreros sin techo o a los obreros que viven hacinados en sus actuales casas. Y tan pronto como el proletariado conquiste el poder político, esta medida, dictada por el interés del bien público, será tan fácil de llevar a la práctica como lo son otras expropiaciones y la requisita de viviendas por el Estado actual (p. 22 de la edición alemana de 1887).

Aquí no se analiza el cambio en la forma del poder estatal, sino sólo el contenido de sus actividades. La expropiación y la requisita de viviendas se ordena por el Estado actual. Desde el punto de vista formal, también el Estado proletario "ordenará" la ocupación de viviendas y la expropiación de casas. Pero es evidente que la antigua máquina ejecutiva, la burocracia, que está vinculada a la burguesía, sería sencillamente incompetente para llevar a la práctica las órdenes del Estado proletario.

... Hay que señalar que la apropiación real de todos los instrumentos de trabajo, la toma de posesión de toda la industria por los trabajadores es exactamente lo opuesto al "rescate" proudhoniano. En el último caso el obrero, en forma individual, pasa a ser propietario de la vivienda, de la parcela campesina, de los instrumentos de trabajo; en el primer caso la "población trabajadora" es la propietaria colectiva de las casas, de las fábricas y de los instrumentos de trabajo y difícilmente permita su utilización, al menos durante un período de transición, por individuos o asociaciones sin compensación por los gastos. Del mismo modo que la abolición de la propiedad agraria no significa la abolición de la renta del suelo, sino su transferencia, aunque en forma modificada, a la sociedad. La apropiación real de todos los instrumentos de trabajo por los trabajadores no excluye, por lo tanto, en modo alguno, el mantenimiento de las relaciones de arrendamiento (p. 68).

En el capítulo próximo examinaremos el problema que se toca en este párrafo, es decir, la base económica para la extinción del Estado. Engels se expresa con gran prudencia al decir que el Estado proletario "difícilmente" permitirá el uso de las casas sin pago, "al menos durante un período de transición". El arrendamiento de viviendas, propiedad de todo el pueblo, a distintas familias presupone el cobro de alquiler, un cierto control y ciertas normas en la adjudicación de las viviendas. Todo ello requiere una cierta forma de Estado, pero de ningún modo requiere un aparato militar y burocrático especial, con funcionarios que ocupen cargos especialmente privilegiados. La transición a una situación en la que será posible proveer de viviendas gratuitamente depende de la "extinción" completa del Estado.

Hablando de la forma en que los blanquistas, después de la Comuna y bajo la influencia de la experiencia de esta, adoptaron la posición de principios del marxismo, Engels, al pasar, enuncia esa posición en los siguientes términos:

... necesidad de la acción política por parte del proletariado y de su dictadura como transición hacia la abolición de las clases y, con ellas, del Estado... (p. 55)

Algunos aficionados a la crítica puntillosa o ciertos burgueses "exterminadores del marxismo" verán quizá una contradicción entre este *reconocimiento* de la "abolición del Estado" y la negación de esta fórmula por anarquista en

el pasaje del *Anti-Dühring* citado más arriba. Nada tendría de extraño que los oportunistas calificaran también a Engels de "anarquista", ya que cada vez es más corriente que los socialchovinistas acusen a los internacionalistas de anarquismo.

El marxismo ha enseñado siempre que junto con la abolición de las clases se abolirá el Estado. El conocido pasaje del *Anti-Dühring* sobre la "extinción del Estado" acusa a los anarquistas, no de propiciar simplemente la abolición del Estado, sino de predicar que el Estado puede ser abolido "de la noche a la mañana".

Como la teoría "socialdemócrata" hoy imperante tergiversa completamente la actitud del marxismo hacia el anarquismo respecto del problema de la eliminación del Estado será útil recordar aquí una polémica de Marx y Engels con los anarquistas.

2. Polémica con los anarquistas

Esta polémica tuvo lugar en 1873. Marx y Engels escribieron para un anuario socialista italiano artículos contra los proudhonistas, "autonomistas" o "antiautoritarios", artículos que recién en 1913 fueron publicados en alemán, en la revista *Neue Zeit*.

Si la lucha política de la clase obrera —escribía Marx ridiculizando a los anarquistas por su negación de la política— asume formas revolucionarias, si los obreros instauran su dictadura revolucionaria en lugar de la dictadura de la burguesía cometen el terrible crimen de violar los principios porque, para satisfacer sus mezquinas y vulgares necesidades cotidianas y aplastar la resistencia de la burguesía, dan al Estado una forma revolucionaria y transitoria en vez de deponer las armas y abolir el Estado... (*Neue Zeit*, 1913-1914, año 32, t. I, p. 40.)

¡Sólo esta forma de "abolición" del Estado combatió Marx al refutar a los anarquistas! No combatió de ningún modo la idea de que el Estado desaparecerá cuando desaparezcan las clases o de que será abolido cuando las clases sean abolidas. Lo que él combatió fue la idea de que los obreros debían renunciar al empleo de las armas, a la violencia organizada, es decir, al Estado, que ha de servir para "aplantar la resistencia de la burguesía".

Para impedir que el verdadero sentido de su lucha contra el anarquismo sea desvirtuado, Marx subraya expresamente la "forma revolucionaria y transitoria" del Estado que el proletariado necesita. El proletariado necesita el Estado sólo en forma temporal. No discrepamos en modo alguno con los anarquistas en lo que se refiere al problema de la abolición del Estado como objetivo. Sostenemos que, para lograr ese objetivo, debemos hacer uso en forma temporal de los instrumentos, los recursos y los métodos del poder estatal contra los explotadores.

del mismo modo que para eliminar las clases es necesaria la dictadura temporal de la clase oprimida. Marx elige la forma más tajante y clara para plantear su argumento contra los anarquistas: después de derrocar el yugo de los capitalistas, ¿los obreros deben "deponer sus armas" o emplearlas contra los capitalistas para aplastar su resistencia? ¿Y qué es el empleo sistemático de las armas por una clase contra otra, si no una "forma transitoria" de Estado?

Que cada socialdemócrata se pregunte: ¿es así como se ha planteado el problema del Estado al polemizar con los anarquistas? ¿Es así como ha sido planteado por la inmensa mayoría de los partidos socialistas oficiales de la Segunda Internacional?

Engels expone las mismas ideas con mucho mayor detalle y en forma aún más popular. Ridiculiza primero la confusión de ideas de los proudhonistas, quienes se llamaban a sí mismos "antiautoritarios", es decir, negaban toda autoridad, toda subordinación, todo poder. Tómese una fábrica, un ferrocarril, un barco en alta mar, dice Engels: ¿no es acaso evidente que ninguna de estas complejas empresas técnicas, basadas en el empleo de máquinas y en la cooperación sistemática de muchas personas, podría funcionar sin una cierta subordinación y, por consiguiente, sin una cierta autoridad o poder?

Cuando enfrente a los más furiosos antiautoritarios con estos argumentos —escribe Engels— lo único que pueden responderme es esto: "¡Sí! Eso es verdad, sólo que aquí no se trata de la autoridad con que investimos a nuestros delegados *sino de una misión*". Estos señores creen que podemos cambiar una cosa si le cambiamos el nombre...

Después de demostrar así que autoridad y autonomía son conceptos relativos, que su esfera de aplicación cambia con las distintas fases del desarrollo social, que es absurdo aceptarlos como absolutos, y añadiendo que el campo de aplicación de las máquinas y de la gran industria se extiende constantemente, Engels pasa de las consideraciones generales sobre la autoridad al problema del Estado.

Si los autonomistas —prosigue— se hubieran limitado a decir que la organización social del futuro permitiría la autoridad sólo hasta el límite en que la hacen inevitable las condiciones de la producción podríamos haber llegado a entendernos; pero son ciegos frente a todos los hechos que hacen necesaria la autoridad y combaten con furor la palabra.

¿Por qué los antiautoritarios no se limitan a clamar contra la autoridad política, contra el Estado? Todos los socialistas están de acuerdo en que el Estado, y con él la autoridad política, desaparecerá como consecuencia de la próxima revolución social, es decir, que las funciones públicas perderán su carácter político y se convertirán en simples funciones administrativas de velar por los intereses sociales. Pero los antiautoritarios exigen que el Estado político sea abolido de

un plumazo, aun antes de haber sido destruidas las relaciones sociales que le dieron origen. Exigen que el primer acto de la revolución social sea la abolición de la autoridad.

¿Han visto estos señores alguna vez una revolución? Una revolución es, por cierto, la cosa más autoritaria que existe; es un acto mediante el cual una parte de la población impone su voluntad a la otra parte por medio de fusiles, bayonetas y cañones, medios, todos ellos, altamente autoritarios; y el partido victorioso debe mantener su dominación mediante el terror que sus armas inspiran a los reaccionarios. ¿La Comuna de París habría durado acaso un solo día de no haber empleado la autoridad del pueblo armado contra la burguesía? ¿No podemos, por el contrario, reprocharle el haberse servido muy poco de la autoridad? Por lo tanto, una de dos: o los antiautoritarios no saben lo que dicen, en cuyo caso no hacen más que sembrar confusión, o lo saben, y en ese caso traicionan la causa del proletariado. En ambos casos, sólo sirven a la reacción (p. 39).

Estos conceptos tocan problemas que deben ser examinados en vinculación con la relación que existe entre la política y la economía durante la extinción del Estado (el próximo capítulo está consagrado a ello). Estos problemas son: la transformación de las funciones públicas, de funciones políticas a simples funciones administrativas, y el "Estado político". Esta última expresión, especialmente expuesta a provocar confusiones, se refiere al proceso de extinción del Estado: en una etapa determinada de este proceso el Estado que se extingue puede ser calificado de Estado no político.

Nuevamente, lo más notable en este pasaje de Engels es la forma en que expone sus argumentos contra los anarquistas. Los socialdemócratas, que pretenden ser discípulos de Engels, han discutido millones de veces con los anarquistas desde 1873, pero han discutido no precisamente como pueden y deben hacerlo los marxistas. El concepto anarquista de la abolición del Estado es confuso y *no revolucionario*: es así como lo plantea Engels. Es precisamente la revolución en su nacimiento y desarrollo, con sus tareas específicas respecto de la violencia, la autoridad, el poder y el Estado, lo que se niegan a ver los anarquistas.

La crítica habitual del anarquismo que hacen los actuales socialdemócratas se ha reducido a la más pura trivialidad pequeñoburguesa: "¡Nosotros reconocemos el Estado; los anarquistas, no!". Naturalmente, semejante trivialidad no puede sino repugnar a los obreros, por poco reflexivos y revolucionarios que sean. Engels dice otra cosa: subraya que todos los socialistas reconocen que el Estado desaparecerá como consecuencia de la revolución socialista. Luego se ocupa concretamente del problema de la revolución, del problema preciso que, por lo general, los socialdemócratas eluden por oportunismo, dejándolo, por así decirlo, al "estudio" exclusivo de los anarquistas. Y al tratar este problema Engels agarra el toro por las astas; pregunta: ¿no habría debido la Comuna

servirse más del poder *revolucionario del Estado*, es decir, del proletariado armado, organizado como clase dominante?

La socialdemocracia oficial imperante cludió siempre, por regla general, el problema de las tareas concretas del proletariado en la revolución, bien con un desdén filisteo, o bien, en el mejor de los casos, con la evasiva sofistería: «[El tiempo lo dirá!]. Y los anarquistas tenían derecho a decir que esa socialdemocracia no cumplía con su tarea de brindar una educación revolucionaria a los obreros. Engels se vale, precisamente, de la experiencia de la última revolución proletaria para realizar el estudio más concreto sobre cuál debe ser la actitud del proletariado y cómo debe actuar tanto con relación a los bancos como al Estado.

3. Carta a Bebel

Una de las observaciones más notables, si no la más, sobre el Estado en las obras de Marx y Engels está contenida en el siguiente pasaje de una carta de Engels a Bebel fechada 18-28 de marzo de 1875. Esta carta —dicho entre paréntesis— fue publicada por vez primera por Bebel, según creemos, en el segundo tomo de sus memorias (*De mi vida*), que aparecieron en 1911, es decir, treinta y seis años después de escrita y enviada aquella carta.

Engels escribió a Bebel criticando ese mismo proyecto del programa de Gotha que Marx criticó en su conocida carta a Bracke. Refiriéndose especialmente al problema del Estado, decía Engels:

El Estado popular libre se ha convertido en el Estado libre. Según el sentido gramatical, Estado libre es un Estado que es libre con relación a sus ciudadanos, por consiguiente, un Estado con un Gobierno despótico. Habría que acabar con toda la charla sobre el Estado, sobre todo después de la Comuna, que no era ya un Estado en el sentido propio de la palabra. Los anarquistas nos han echado en cara hasta el fastidio el “Estado popular”, a pesar de que ya el libro de Marx contra Proudhon y más tarde el *Manifiesto comunista* dicen claramente que con la implantación del régimen socialista el Estado se disuelve por sí mismo [*sich auflöst*] y desaparece. Siendo el Estado sólo una institución transitoria, que se utiliza en la lucha, en la revolución, para someter por la violencia a los adversarios, es un absurdo hablar de un “Estado popular libre”; el proletariado, mientras *necesita* todavía el Estado, no lo necesita en interés de la libertad, sino para someter a sus adversarios, y tan pronto como sea posible hablar de libertad, el Estado como tal dejará de existir. Nosotros, por consiguiente, propondríamos reemplazar en todas partes la palabra *Estado* por la palabra “comunidad” [*Gemeinschaft*], una buena y antigua palabra alemana equivalente a la francesa *communauté* (pp. 321-322 del texto alemán).

Hay que tener en cuenta que esta carta se refiere al programa del partido que Marx criticó en una carta escrita sólo unas pocas semanas después de la citada arriba (la carta de Marx tiene fecha del 5 de mayo de 1875) y que Engels, en ese momento, vivía en Londres con Marx. Por lo tanto, cuando dice "nosotros" en la última frase, Engels, indudablemente, en su propio nombre y en el de Marx, sugiere al dirigente del partido obrero alemán *borrar del programa* la palabra "Estado" y reemplazarla por la palabra "comunidad".

¡Qué alaridos sobre "anarquismo" lanzarían los jefes del "marxismo" de hoy, que ha sido falsificado a gusto de los oportunistas, si se les sugiriera una enmienda semejante en su programa!

Que lancen alaridos. Con ello se ganarán el elogio de la burguesía.

En cuanto a nosotros, seguiremos adelante. Al revisar el programa de nuestro partido debemos, sin falta, tener en cuenta el consejo de Engels y Marx para acercarnos más a la verdad, para restablecer el marxismo limpiándolo de deformaciones, para orientar más correctamente la lucha de la clase obrera por su emancipación. Entre los bolcheviques no habrá, por cierto, nadie que se oponga al consejo de Engels y Marx. La única dificultad que quizá pueda surgir será respecto del término. En alemán hay dos palabras que significan "comunidad", de las cuales Engels emplea la que no designa una comunidad aislada, sino la totalidad de ellas, un sistema de comunidades. En ruso no existe un vocablo semejante y quizá tengamos que escoger la palabra francesa "*commun*", aunque también esta tiene sus desventajas.

"La Comuna no era ya un Estado en el sentido propio de la palabra"; esta es la afirmación más importante de Engels desde el punto de vista teórico. Después de lo expuesto más arriba, esta afirmación resulta absolutamente clara. La Comuna *iba dejando* de ser un Estado, puesto que su papel consistía en reprimir, no a la mayoría de la población, sino a la minoría (los explotadores): había destruido la máquina del Estado burgués; en lugar de una fuerza *especial* para la represión entró en escena la población misma. Todo esto significaba desviarse del Estado en el propio sentido de la palabra. Y si la Comuna se hubiera consolidado habrían ido "extinguiéndose" en ella, por sí mismas, todas las huellas del Estado, no habría tenido necesidad de "abolir" sus instituciones: estas habrían dejado de funcionar a medida que no tuviesen nada que hacer.

"Los anarquistas nos han echado en cara el 'Estado popular'". Al decir esto, Engels se refiere, sobre todo, a Bakunin y a sus ataques contra los socialdemócratas alemanes. Engels reconoce que estos ataques se justificaban *en tanto* el "Estado popular" era un absurdo tal y una desviación tal del socialismo como el "Estado popular libre". Engels trató de poner en sus justos términos la lucha de los socialdemócratas alemanes contra los anarquistas, de hacer que esta fuera una correcta lucha de principios, de despojarla de prejuicios oportunistas relativos al "Estado". Desgraciadamente la carta de Engels estuvo archivada durante treinta y seis años. Más adelante veremos que, aun

después de publicada esta carta, Kautsky persistió virtualmente en los mismos errores contra los que Engels había alertado.

Bebel contestó a Engels el 21 de septiembre de 1875 con una carta en la que le decía, entre otras cosas, que estaba "completamente de acuerdo" con la opinión de Engels sobre el proyecto de programa y que había reprochado a Liebknecht su disposición a hacer concesiones (página 334 de la edición alemana de las memorias de Bebel, tomo II). Pero si tomamos el folleto de Bebel titulado *Nuestros objetivos* encontramos en él conceptos sobre el Estado absolutamente erróneos:

El Estado debe convertirse de un Estado basado en la *dominación de clase* a un *Estado popular* (*Unsere Ziele*, ed. alemana, 1886, p. 14).

¡Así se publicó en la novena (¡novena!) edición del folleto de Bebel! No es de extrañar que las concepciones oportunistas sobre el Estado, tan persistentemente repetidas, hayan sido asimiladas por los socialdemócratas alemanes, especialmente dado que las interpretaciones revolucionarias de Engels estaban a salvo en el archivo y todas las condiciones de vida eran como para "desacostumbrarlos" de la revolución por mucho tiempo.

4. Crítica del proyecto de programa de Erfurt⁵

Al analizar la teoría marxista sobre el Estado no es posible ignorar la crítica del proyecto de programa de Erfurt enviada por Engels a Kautsky el 29 de junio de 1891 y publicada recién diez años más tarde en *Neue Zeit*, pues esta crítica está dedicada, fundamentalmente, a las concepciones oportunistas de los socialdemócratas respecto de la organización del Estado.

Señalaremos de paso que Engels hace también, con respecto a problemas económicos, una indicación de importancia extraordinaria que demuestra con cuánta atención y penetración observaba los cambios que se iban produciendo en el capitalismo moderno y cómo ello le permitía prever, hasta cierto punto, las tareas de nuestra época, de la época imperialista. He aquí esa indicación: refiriéndose a la expresión "ausencia de planificación" [*Planlosigkeit*] empleada en el proyecto de programa, como algo característico del capitalismo, Engels decía:

Quando pasamos de las sociedades anónimas a los trusts, que controlan ramas industriales enteras y las monopolizan, no sólo desaparece la producción privada, sino que también cesa la ausencia de planificación (*Neue Zeit*, año 20, t. I, 1901-1902, p. 8).

⁵ En el congreso de Erfurt de 1891 el SPD votó un nuevo programa, redactado por Kautsky, Bebel y Bernstein [NóE].

Esto es lo fundamental en la apreciación teórica de la última etapa del capitalismo, es decir, del imperialismo, a saber: que el capitalismo se convierte en un *capitalismo* monopolista. Esto debe subrayarse debido a que se ha hecho muy corriente la errónea afirmación reformista burguesa de que el capitalismo monopolista o capitalismo monopolista de Estado *no* es *ya* capitalismo, sino que ahora puede ser llamado "socialismo de Estado", etc. Los trusts, naturalmente, nunca facilitaron, no facilitan y no pueden facilitar una planificación completa. Pero, por mucho que estos planifiquen, por mucho que los magnates del capital calculen de antemano el volumen de la producción en escala nacional e incluso internacional, por mucho que la regulen sistemáticamente aún seguimos bajo el *capitalismo*, en su nueva etapa, es verdad, pero aún capitalismo, sin la menor duda. La "proximidad" de *tal* capitalismo con el socialismo debe servir a los verdaderos representantes del proletariado de argumento para demostrar la proximidad, la facilidad, la viabilidad y la urgencia de la revolución socialista, y de ningún modo de argumento para tolerar la renuncia a esa revolución y los esfuerzos por embellecer el capitalismo, cosa que procuran hacer todos los reformistas.

Pero volvamos al problema del Estado. En su carta, Engels hace tres indicaciones particularmente valiosas: primero, respecto de la república; segundo, respecto de la relación entre el problema nacional y la organización del Estado; y tercero, respecto del gobierno local autónomo.

Respecto de la república, Engels centró en esto su crítica del proyecto de programa de Erfurt. Y cuando recordamos la importancia que adquirió el programa de Erfurt para todos los socialdemócratas del mundo, y que se convirtió en modelo para toda la II Internacional, podemos decir sin exageración que, de ese modo, Engels criticó el oportunismo de toda la II Internacional.

Las reivindicaciones políticas del proyecto —escribía Engels— adolecen de un gran defecto. *Falta* [la cursiva es de Engels] precisamente lo que debía haberse dicho.

Más adelante aclara que la Constitución alemana es, en rigor, un calco de la Constitución de 1850, reaccionaria en extremo; que el Reichstag es sólo, según la expresión de Wilhelm Liebknecht, "la hoja de parra del absolutismo" y que pretender "transformar todos los instrumentos de trabajo en propiedad común", sobre la base de una Constitución que legaliza pequeños Estados y la federación de pequeños Estados alemanes, es un "absurdo evidente".

"Tocar este tema es peligroso, sin embargo", añadía Engels, sabiendo demasiado bien que en Alemania era legalmente imposible incluir en el programa la reivindicación de una república. Pero se negó a aceptar simplemente esa consideración obvia que satisfacía a "todos". Engels prosigue:

Sin embargo, de un modo o de otro debe abordarse el asunto. Hasta qué punto esto es necesario lo demuestra precisamente ahora el oportunismo, que está

ganando terreno [*avanzando*] en gran parte de la prensa socialdemócrata. Por temor a que se renueve la ley contra los socialistas, o por el recuerdo de precipitadas declaraciones de todo género hechas bajo el imperio de esa ley, ahora quieren que el partido reconozca que el orden legal vigente en Alemania es adecuado para lograr todas las reivindicaciones del partido por medios pacíficos...

Engels subraya en particular el hecho fundamental de que los socialdemócratas alemanes obraban impulsados por el temor a que se renovase la ley antisocialista y en forma explícita califica esto de oportunismo, manifestando que los sueños acerca de una vía "pacífica" eran totalmente absurdos, precisamente por no existir en Alemania ni república ni libertades. Engels se cuidaba de no atarse las manos. Reconoce que en países republicanos o con una gran libertad "se puede concebir" (sólo "concebir"!) un desarrollo pacífico hacia el socialismo, pero en Alemania, repite:

... en Alemania, donde el Gobierno es casi omnipotente y el Reichstag y todas las demás instituciones representativas carecen de poder efectivo, propugnar semejante cosa en Alemania donde, además, no es necesario hacerlo significa arrancarle la hoja de parra al absolutismo y convertirse uno mismo en pantalla para cubrir su desnudez...

La gran mayoría de los dirigentes oficiales del Partido Socialdemócrata alemán, que "archivó" este consejo, demostraron ser realmente una pantalla para el absolutismo.

A la larga semejante política sólo puede llevar por mal camino al propio partido. Hacen pasar a primer plano los problemas políticos generales, abstractos, ocultando de ese modo los problemas concretos inmediatos que, al producirse los primeros grandes acontecimientos, la primera crisis política, se plantean automáticamente. ¿Qué puede resultar de esto, excepto que, en el momento decisivo, el partido se encuentre de pronto desarmado y que reinen en él la inseguridad y el desacuerdo respecto de cuestiones decisivas, por no haberlas discutido nunca?...

Este olvido de las grandes, de las principales consideraciones en aras de los intereses momentáneos del día, esa lucha y ese esfuerzo por lograr éxitos pasajeros sin pensar en las consecuencias posteriores, ese sacrificio del futuro del movimiento en aras de su presente podrán obedecer a motivos "honrados", pero es y seguirá siendo oportunismo y el oportunismo "honrado" es quizá el más peligroso de todos...

Si hay algo indudable es que nuestro partido y la clase obrera sólo pueden llegar al poder bajo la forma de república democrática. Esta es, incluso, la forma específica para la dictadura del proletariado, como ya lo demostró la gran Revolución francesa...

Engels repite aquí, de modo particularmente notable, la idea fundamental que atraviesa como un hilo todas las obras de Marx: que la república democrática es el camino más corto a la dictadura del proletariado, pues esta república, al no eliminar en manera alguna la dominación del capital y, por consiguiente, tampoco la opresión de las masas y la lucha de clases, lleva inevitablemente a una expansión, a un desarrollo, a un despliegue e intensificación tales de esta lucha que, no bien se hace posible satisfacer los intereses vitales de las masas oprimidas, esta posibilidad se realiza, inevitable y exclusivamente por medio de la dictadura del proletariado, por medio de la dirección de estas masas por el proletariado. Estas también son "palabras olvidadas" del marxismo para toda la Segunda Internacional y este olvido fue revelado con extraordinaria nitidez por la historia del partido menchevique durante los seis primeros meses de la revolución rusa de 1917.

Respecto del problema de la república federativa en relación con la composición nacional de la población, escribía Engels:

¿Qué debe ocupar el lugar de la actual Alemania? [Con su Constitución reaccionaria monárquica y su igualmente reaccionaria división en pequeños Estados, división que perpetúa todos los rasgos específicos del "prusianismo", en vez de disolverlos en Alemania como un todo]. A mi juicio, el proletariado sólo puede emplear la forma de la república única e indivisible. La república federal es todavía hoy, en general, una necesidad en el gigantesco territorio de Estados Unidos, aunque en los estados del este se está convirtiendo ya en un estorbo. Representaría un paso adelante en Gran Bretaña, donde cuatro naciones pueblan las dos islas y donde, a pesar de no existir más que un parlamento, coexisten tres sistemas de legislación. En la pequeña Suiza hace tiempo que es un obstáculo que se tolera tan sólo porque Suiza se contenta con ser un miembro puramente pasivo del sistema de Estados europeos. Para Alemania, una federación como la de Suiza sería un enorme paso atrás. Hay dos puntos que distinguen a un Estado federal de un Estado unitario: primero, que cada estado confederado, cada cantón, tiene su propia legislación civil y penal y su propio sistema jurídico; y, segundo, que al lado de una Cámara del pueblo hay también una Cámara de representantes de los estados en la que cada cantón, sea grande o pequeño, vota como tal. [En Alemania, el Estado federal es la transición hacia un Estado totalmente unitario, y la] "revolución desde arriba" [de 1886 y 1870 no debe ser anulada sino completada mediante un] "movimiento desde abajo".

Lejos de ser indiferente a las formas de Estado, Engels, por el contrario, se esforzó por analizar escrupulosamente las formas transitorias para determinar, de acuerdo con las peculiaridades históricas concretas de cada caso particular, *de qué y hacia qué* avanza la forma transitoria dada.

Engels, como Marx, enfoca el asunto desde el punto de vista del proletariado y de la revolución proletaria y defiende el centralismo democrático, la república

única e indivisible. Considera la república federal como una excepción y un obstáculo para el desarrollo o como una transición de la monarquía a una república centralizada, como "un paso adelante" en determinadas condiciones especiales. Y entre esas condiciones especiales destaca en primer plano el problema nacional.

Engels, como Marx, a pesar de criticar sin piedad el carácter reaccionario de los pequeños Estados y el ocultamiento de esto por el problema nacional en determinados casos concretos, jamás manifestó el menor deseo de dejar de lado el problema nacional, cosa de lo que a menudo son culpables los marxistas holandeses y polacos, que parten de su oposición, perfectamente justificada, al nacionalismo filisteo estrecho de "sus" pequeños Estados.

Aun con respecto a Inglaterra, donde las condiciones geográficas, un idioma común y la historia de muchos siglos parecerían haber "terminado" con el problema nacional en las distintas pequeñas divisiones del país, aun con respecto a este país Engels tuvo en cuenta el hecho evidente de que el problema nacional no era aún cosa del pasado y reconocía, por consiguiente, que la creación de una república federal sería "un paso adelante". Por supuesto, no hay en esto ni la menor sombra de duda de que Engels abandonara la crítica de los defectos de una república federal o renunciara a la defensa más decidida de una república democrática unitaria y centralizada y a la lucha por ella.

Pero Engels no concibe, en modo alguno, el centralismo democrático en el sentido burocrático con que emplean este concepto los ideólogos burgueses y pequeñosburgueses, entre estos últimos los anarquistas. El centralismo, para Engels, no excluye en absoluto esa amplia autonomía local que ha de combinar la defensa voluntaria de la unidad del Estado por las "comunidades" y los distritos con la total eliminación de todas las prácticas burocráticas y de toda "orden" desde arriba.

Así, pues, una república unitaria —escribe Engels, desarrollando las ideas programáticas del marxismo sobre el Estado—, pero no en el sentido de la actual república francesa, que no es más que el imperio creado en 1798 sin el emperador. De 1792 a 1798 cada departamento francés, cada comuna [*Gemeinde*] gozó de una completa autonomía, según el modelo norteamericano, y eso es lo que debemos tener también nosotros. Norteamérica y la Primera República francesa nos mostraron, y Canadá, Australia y demás colonias inglesas nos lo muestran aún hoy, cómo hay que organizar la autonomía y cómo se puede prescindir de la burocracia. Y una autonomía provincial y comunal de este tipo es mucho más libre que, por ejemplo, el federalismo suizo, donde, es verdad, el cantón goza de gran independencia respecto de la federación (es decir, el Estado federal en conjunto), pero también es independiente respecto del distrito [*Bezirk*] y la comuna. Los gobiernos cantonales designan a los gobernadores de distrito [*Bezirkshauptleute*] y a los prefectos, cosa absolutamente desconocida en los países de habla inglesa y que nosotros queremos eliminar aquí en el futuro con la misma energía que a los *Landrat* y *Regierungsräte* prusianos (los comisarios, los jefes de Policía de distrito, los gobernadores y, en general, todos

los funcionarios designados desde arriba). En consonancia con esto, Engels propone la siguiente formulación para el punto del programa sobre la autonomía:] Completa autonomía para las provincias, distritos y comunas mediante la elección de los funcionarios por sufragio universal. Eliminación de todas las autoridades locales y provinciales designadas por el Estado.

En *Pravda* (N.º 68, del 28 de mayo de 1917), prohibida por el Gobierno de Kerensky y de otros ministros "socialistas", tuve la oportunidad de señalar cómo, en este punto —por supuesto, de ningún modo en este punto solamente—, nuestros seudosocialistas representantes de una seudorrevolucionaria seudodemocracia se desviaron escandalosamente *de la democracia*. Como es natural, las personas que se han atado a la burguesía imperialista con una "coalición" han permanecido sordas a esta crítica.

Es en extremo importante señalar que Engels, apoyándose en hechos, refuta con el ejemplo más preciso el prejuicio, muy difundido, sobre todo entre los demócratas pequeñoburgueses, de que una república federal implica, necesariamente, mayor libertad que una república centralizada. Esto es falso. Lo refutan los hechos citados por Engels con referencia a la República centralizada francesa de 1792 a 1798 y a la República federal suiza. La república centralizada verdaderamente democrática dio más libertad que la república federal. En otras palabras, la *mayor* libertad local, provincial, etc., que conoce la historia fue acordada por una república *centralizada* y no por una república federal.

En nuestra propaganda y agitación de partido no se ha prestado ni se presta suficiente atención a este hecho ni, en general, a todo el problema de la república federal y centralizada y la autonomía local.

5. El prefacio de 1891 a *La guerra civil en Francia* de Marx

En su prefacio a la tercera edición de *La guerra civil en Francia* —este prefacio está fechado el 18 de marzo de 1891 y fue publicado por primera vez en la revista *Neue Zeit*—, Engels, además de hacer algunas interesantes observaciones incidentales sobre problemas relativos a la actitud hacia el Estado, hace un resumen extraordinariamente gráfico de las enseñanzas de la Comuna. Este resumen, enriquecido por toda la experiencia de los veinte años que separaban a su autor de la Comuna y dirigido expresamente contra la "confianza supersticiosa en el Estado", tan difundida en Alemania, puede ser llamado con justicia la *última palabra* del marxismo respecto de la cuestión que examinamos.

En Francia —observa Engels—, los obreros aparecieron armados después de cada revolución; por ello, el desarme de los obreros fue el primer mandato para los burgueses que se hallaban al frente del Estado. De ahí que, después de

cada revolución ganada por los obreros, surgiera una nueva lucha que acaba con la derrota de los obreros...

Este resumen de la experiencia de las revoluciones burguesas es tan conciso como significativo. El fondo del asunto —entre otras cosas en lo que se refiere al problema del Estado (¿tiene armas la clase oprimida?)— está aquí enfocado de modo admirable. Es este fondo precisamente lo que eluden con tanta frecuencia tanto los profesores influidos por la ideología burguesa como los demócratas pequeñoburgueses. En la revolución rusa de 1917 correspondió al “menchevique” y “seudomarxista” Tsereteli el honor (un honor a lo Cavaignac⁶) de revelar ese secreto de las revoluciones burguesas. En su “histórico” discurso del 11 de junio, Tsereteli confesó que la burguesía estaba decidida a desarmar a los obreros de San Petersburgo, ipresentando, por supuesto, esa decisión como suya y como necesidad “del Estado” en general!

El histórico discurso de Tsereteli del 11 de junio será, por supuesto, para todo historiador de la revolución de 1917 una ilustración gráfica de cómo el bloque de los escristas y mencheviques, encabezado por el señor Tsereteli, se pasó a la burguesía *contra* el proletariado revolucionario.

Otra de las observaciones incidentales de Engels, relacionada también con el problema del Estado, se refiere a la religión. Se sabe que los socialdemócratas alemanes, a medida que fueron degenerando y haciéndose cada vez más oportunistas, se deslizaron con más y más frecuencia a una falsa interpretación filístea de la célebre fórmula: “La religión debe ser declarada asunto privado”. O sea que se torció esta fórmula dando a entender que la religión era asunto privado *ilícito para el partido* del proletariado revolucionario!! Fue contra esta traición completa al programa revolucionario del proletariado que se alzó Engels enérgicamente. En 1891 sólo podía observar los gérmenes *más débiles* del oportunismo en su partido y, por lo tanto, se expresó con mucha cautela:

Como los miembros de la Comuna eran todos, casi sin excepción, obreros o representantes reconocidos de los obreros, sus acuerdos se distinguían por un carácter decididamente proletario. Decretaron reformas que la burguesía republicana había impedido que se aprobaran sólo por cobardía, pero que echaban las bases indispensables para la libre actividad de la clase obrera, como, por ejemplo, la implantación del principio de que, *con respecto al Estado*, la religión es asunto exclusivamente privado; o la Comuna promulgaba decretos en interés directo de la clase obrera y que abrían profundas brechas en el viejo orden social...

Engels subrayó deliberadamente las palabras “con respecto al Estado” como una estocada directa al oportunismo alemán, que había declarado que la

⁶ En referencia al general republicano francés que reprimió la insurrección del proletariado de París en junio de 1848 [NdlE].

religión era asunto privado *con respecto al partido*, rebajando con ello al partido del proletariado revolucionario al nivel del más vulgar filisteísmo "librepensador", dispuesto a admitir la posición no confesional, pero renunciando a la lucha del *partido* contra el opio de la religión que embrutece al pueblo.

Cuando el futuro historiador investigue las raíces del vergonzoso descabro de los socialdemócratas alemanes en 1914 encontrará una buena cantidad de materiales interesantes sobre esta cuestión, comenzando por las evasivas declaraciones en los artículos del dirigente ideológico de este partido, Kautsky, que abrieron de par en par las puertas al oportunismo, y terminando con la actitud del Partido hacia el "*Los-von-Kirche-Bewegung*" (movimiento por la separación de la Iglesia) de 1913.

Pero veamos cómo Engels, veinte años después de la Comuna, resumió sus enseñanzas para el proletariado militante.

Estas son las enseñanzas a las que Engels atribuye mayor importancia:

... Era precisamente el poder opresor del anterior Gobierno centralizado, el Ejército, la Policía política, la burocracia, creado por Napoleón en 1798 y que, desde entonces, fue heredado por todos los nuevos Gobiernos como un bienvenido instrumento y utilizado contra sus enemigos; era este poder el que debía derrumbarse en todas partes, así como se había derrumbado en París.

La Comuna tuvo que reconocer, desde el primer momento, que la clase obrera, una vez en el poder, no podía seguir gobernando con el viejo aparato del Estado; que, para no volver a perder su supremacía recién conquistada, esa clase obrera tenía que, por una parte, barrer toda la vieja maquinaria de opresión utilizada hasta entonces contra ella, y, por otra parte, precaverse contra sus propios diputados y funcionarios, declarándolos a todos, sin excepción, sujetos a ser revocados en cualquier momento...

Engels subraya una y otra vez que no sólo bajo la monarquía, sino *también bajo la república democrática* el Estado sigue siendo un Estado, es decir, conserva su rasgo distintivo fundamental de convertir a sus funcionarios, los "servidores de la sociedad", sus órganos, en *amos* de la sociedad.

Contra esta transformación del Estado y de los órganos del Estado de servidores de la sociedad en amos de la sociedad, transformación inevitable en todos los Estados anteriores, la Comuna utilizó dos recursos infalibles. En primer lugar, cubrió todos los cargos, los administrativos, judiciales y docentes, por elección sobre la base del sufragio universal de todos los interesados, cargos que quedaban sujetos a ser revocados, en cualquier momento, por los electores. En segundo lugar, retribuyó a todos los funcionarios, altos y bajos, igual que a los demás trabajadores. El sueldo más alto pagado por la Comuna era de seis mil francos [aproximadamente unos dos mil cuatrocientos rublos nominales o

seis mil rublos de valor corriente. Se equivocan los bolcheviques que proponen un salario de nueve mil rublos en las municipalidades, en lugar de proponer un máximo de seis mil rublos (suma suficiente) para todo el Estado. Es un error impondonable]. De ese modo se ponía una barrera segura al arribismo y a la cara de cargos, y esto sin contar el añadido de los mandatos imperativos de diputados a los cuerpos representativos...

Engels se acerca aquí a la interesante línea divisoria en que la democracia consecuente, por una parte, se *transforma* en socialismo y, por otra, *exige* el socialismo. Porque para abolir el Estado es necesario convertir las funciones de la administración pública en las sencillas operaciones de control y registro que están dentro de las posibilidades de la inmensa mayoría de la población y, posteriormente, de todos. Y si hay que eliminar completamente el arribismo, hay que hacer que sea *imposible* utilizar los cargos "honoríficos", aunque no lucrativos, en la administración pública como trampolín para los muy lucrativos cargos en bancos y sociedades anónimas, como ocurre constantemente en los países capitalistas más libres.

Engels, sin embargo, no incurrió en el error en que incurren algunos marxistas al tratar, por ejemplo, el problema del derecho de las naciones a la autodeterminación cuando dicen que es imposible bajo el capitalismo y será superfluo bajo el socialismo. Esta afirmación, aparentemente ingeniosa, pero en realidad incorrecta, podría aplicarse a *cualquier* institución democrática, incluyendo los sueldos modestos para los funcionarios, porque una democracia llevada hasta sus últimas consecuencias es imposible bajo el capitalismo y bajo el socialismo toda democracia se *extinguirá*.

Esto es un sofisma como aquel viejo chiste sobre un hombre que se queda calvo cuando se le cae un pelo más.

Desarrollar la democracia *hasta sus últimas consecuencias*, encontrar las formas para este desarrollo, comprobarlas en la *práctica*, etc.: todo esto constituye una de las tareas que forman parte de la lucha por la revolución social. Tomada por separado, ninguna clase de democracia producirá el socialismo; pero, en la vida real, la democracia nunca será tomada "por separado"; se "tomará en conjunto" con otras cosas, ejercerá su influencia también sobre la vida económica, acelerará su transformación y, a su vez, recibirá la influencia del desarrollo económico, etc. Esa es la dialéctica de la historia viva.

Engels prosigue:

... En el capítulo tercero de *La guerra civil...* se describe en detalle la labor encaminada a provocar el estallido [*Springung*] del viejo poder estatal y a reemplazarlo por otro nuevo y realmente democrático. Sin embargo, era necesario examinar aquí brevemente algunos de sus rasgos, porque precisamente en Alemania la confianza supersticiosa en el Estado ha pasado de filosofía a la conciencia general de la burguesía e incluso de muchos obreros. Según la concepción filosófica, el

Estado es la "realización de la idea" o, traducido al lenguaje filosófico, el reino de Dios en la Tierra, la esfera donde se realizan o deben realizarse la verdad y la justicia eternas. De aquí se desprende un respeto supersticioso por el Estado y todo lo que con él se relaciona, respeto supersticioso que se arraiga tanto más fácilmente por cuanto la gente se ha acostumbrado desde la infancia a considerar que los asuntos e intereses comunes a toda la sociedad no pueden ser cuidados de otro modo que como han sido cuidados hasta ahora, es decir, por medio del Estado y de sus bien retribuidos funcionarios. Y la gente cree haber dado un paso de una enorme audacia por haberse librado de la confianza en la monarquía hereditaria y confiar en la república democrática. En realidad, el Estado no es más que una máquina de opresión de una clase por otra, tanto en la república democrática como en la monarquía; y, en el mejor de los casos, es un mal heredado por el proletariado luego de su lucha victoriosa por la dominación de clase, mal cuyos peores aspectos el proletariado triunfante, como lo hizo la Comuna, tendrá que cercenar lo más rápido posible hasta que una generación educada en condiciones sociales nuevas y libres pueda descartar todo el trasto viejo del Estado.

Engels advertía a los alemanes que no olvidasen los principios del socialismo respecto del Estado en general a propósito del reemplazo de la monarquía por una república. Hoy sus advertencias parecen una lección directa a los señores Tsereteli y Chernov, que en su aplicación de la "coalición" (revelaron una confianza supersticiosa en el Estado y un respeto supersticioso hacia él!

Dos observaciones más. 1) La afirmación de Engels de que en una república democrática, "lo mismo" que en una monarquía, el Estado sigue siendo "una máquina de opresión de una clase por otra" de ningún modo significa que la *forma* de opresión sea indiferente para el proletariado, como "enseñan" algunos anarquistas. Una *forma* más amplia, más abierta de lucha de clases y de opresión de clases ayuda enormemente al proletariado en su lucha por la eliminación de las clases en general.

2) ¿Por qué solamente una nueva generación estará en condiciones de descartar todo el trasto viejo del Estado? Esta pregunta se relaciona con la superación de la democracia, problema del que nos ocuparemos ahora.

6. Engels y la superación de la democracia

Engels opinó sobre este tema cuando demostró que el término "socialdemócrata" era *científicamente* erróneo.

En un prefacio a una edición de sus artículos de la década del 70 sobre diversos temas, en su mayoría de carácter "internacional" (*Internationales aus dem Föderalismus*), fechado el 3 de enero de 1894, es decir, escrito un año y medio antes de su muerte, Engels decía que en todos los artículos había empleado la

palabra "comunista" y no "socialdemócrata" porque, en esa época, los proudhonistas en Francia y los lassalcanos en Alemania se llamaban a sí mismos socialdemócratas.

Para Marx y para mí —prosigue Engels— era, por lo tanto, absolutamente imposible emplear un término tan vago para caracterizar nuestro punto de vista especial. Las cosas son hoy diferentes y la palabra ["socialdemócrata"] puede, quizá, llenar los requisitos [*mag passieren*], aunque sigue siendo inadecuada [*unpassend*] para un partido cuyo programa económico no es un simple programa socialista en general, sino directamente comunista, y cuyo objetivo político final es superar todo el Estado y, por consiguiente, también la democracia. Los verdaderos [la cursiva es de Engels] partidos políticos, sin embargo, nunca tienen nombres totalmente adecuados; el partido se desarrolla y el nombre queda.

El dialéctico Engels permaneció fiel a la dialéctica hasta el fin de sus días. Marx y yo, decía, teníamos un nombre espléndido, científicamente exacto para el partido, pero no existía un verdadero partido, es decir, un partido proletario de masas. Hoy (a fines del siglo XIX) existe un verdadero partido, pero su nombre es científicamente erróneo. No importa, puede "llenar los requisitos" siempre que el partido *se desarrolle*, siempre que no se oculte la inexactitud científica de su nombre y que ello no impida que se desarrolle en la dirección justa!

Tal vez haya algún ingenioso que quiera consolarnos a nosotros, los bolcheviques, a la manera de Engels: tenemos un verdadero partido, se desarrolla espléndidamente; incluso un término tan sin sentido y tan feo como "bolchevique" puede "llenar los requisitos", aunque no exprese absolutamente nada, excepto el hecho puramente accidental de que en el Congreso de Bruselas-Londres de 1903 nosotros éramos mayoría... Tal vez ahora que las persecuciones de julio y agosto contra nuestro partido por parte de los republicanos y por los "revolucionarios" demócratas pequeñoburgueses han hecho merecedora de un respeto tan general a la palabra "bolchevique", ahora que, además, esas persecuciones señalan el enorme progreso histórico de nuestro partido en su desarrollo *real*, tal vez ahora también yo dudaría en insistir en la propuesta que hice en abril de cambiar el nombre de nuestro partido. Quizá propondría a mis camaradas una "transacción": denominarnos Partido Comunista, pero conservar entre paréntesis la palabra bolchevique...

Pero el problema del nombre del partido es incomparablemente menos importante que el problema de la actitud del proletariado revolucionario hacia el Estado.

En los argumentos habituales sobre el Estado se comete constantemente el error contra el que alertaba Engels y que hemos señalado al pasar más arriba, o sea, que se olvida constantemente que la abolición del Estado significa también la abolición de la democracia; que la extinción del Estado significa la extinción de la democracia.

A primera vista, esta afirmación parece excesivamente extraña e incomprensible; por cierto. ¿Alguien puede incluso temer que esperemos el advenimiento de un sistema social en el que no se observe el principio de la subordinación de la minoría a la mayoría, ya que la democracia es el reconocimiento precisamente de este principio?

No. La democracia no es idéntica a la subordinación de la minoría a la mayoría. Democracia es *un Estado* que reconoce la subordinación de la minoría a la mayoría, es decir, una organización para el empleo sistemático de la *violencia* por una clase contra otra, por un sector de la población contra otro.

Nosotros nos proponemos como objetivo final la abolición del Estado, es decir, de toda violencia organizada y sistemática, de todo empleo de la violencia contra la gente en general. No esperamos el advenimiento de un sistema social en el que no se observe el principio de la subordinación de la minoría a la mayoría. Al aspirar al socialismo, sin embargo, estamos convencidos de que este se transformará en comunismo y que, por lo tanto, desaparecerá del todo la necesidad de violencia contra la gente en general, de *subordinación* de un hombre a otro y de un sector de la población a otro, pues la gente *se acostumbrará* a observar las reglas elementales de la convivencia social sin *violencia* y sin *subordinación*.

Para subrayar este elemento del hábito, Engels habla de una nueva *generación* "educada en condiciones sociales nuevas y libres, que pueda descartar todo el trasto viejo del Estado", de cualquier Estado, incluso de la república democrática.

Para poder explicar esto es necesario analizar la base económica de la extinción del Estado.

V. LAS BASES ECONÓMICAS DE LA EXTINCIÓN DEL ESTADO

En su *Crítica del Programa de Gotha* (carta a Bracke del 5 de mayo de 1875, que no fue publicada hasta 1891, cuando apareció en la revista *Neue Zeit*, IX, 1, y de la que se publicó en ruso una edición aparte) es donde Marx explica con mayor detenimiento este problema. La parte polémica de esta notable obra, que contiene una crítica del lassallecanismo, ha dejado en la sombra, por así decirlo, su parte positiva, es decir, el análisis de la relación entre el desarrollo del comunismo y la extinción del Estado.

1. Planteamiento del problema por Marx

Si se compara superficialmente la carta de Marx a Bracke del 5 de mayo de 1875 con la carta de Engels a Bebel del 28 de marzo de 1875 que hemos examinado más arriba podría parecer que Marx era mucho más "estatista" que Engels y que la diferencia de opinión entre ambos escritores sobre este problema era muy considerable.

Engels sugiere a Bebel abandonar por completo toda la charlatanería sobre el Estado, eliminar del programa la palabra Estado y reemplazarla por la palabra "comunidad". Engels llega incluso a manifestar que la Comuna no era ya un Estado en el propio sentido de la palabra. En cambio, Marx habla incluso del "Estado [Staatswesen] futuro de la sociedad comunista", es decir, parecería reconocer la necesidad del Estado aun bajo el comunismo.

Pero semejante parecer sería profundamente erróneo. Un examen más atento demuestra que las concepciones de Marx y Engels sobre el Estado y su extinción eran idénticas y que la expresión de Marx antes citada se refiere al Estado en proceso de *extinción*.

Está claro que no puede hablarse de determinar el momento de la "extinción" futura, tanto más debido a que será, evidentemente, un proceso largo. La aparente diferencia entre Marx y Engels se debe al hecho de que tratan temas diferentes y persiguen objetivos diferentes. Engels se propuso demostrar a Bebel en forma gráfica, tajante y resumida el completo absurdo de los prejuicios corrientes (compartidos en no pequeño grado por Lassalle) respecto del Estado. Marx sólo toca este problema al pasar, viéndose interesado por otro tema, es decir, el desarrollo de la sociedad comunista.

Toda la teoría de Marx es la aplicación de la teoría del desarrollo —en su forma más consecuente, completa, meditada y concisa— al capitalismo moderno. Naturalmente, Marx enfrentaba el problema de aplicar esta teoría tanto al *próximo* derrumbe del capitalismo como al *futuro* desarrollo del *futuro* comunismo.

Ahora bien, ¿sobre la base de qué hechos se puede plantear el problema del futuro desarrollo del futuro comunismo?

Sobre la base del hecho de que este *se origina* en el capitalismo, de que se desarrolla históricamente del capitalismo, de que es el resultado de la acción de una fuerza social *engendrada* por el capitalismo. En Marx no encontramos el más leve intento de inventar utopías, de entregarse a conjeturas sobre lo que no es posible conocer. Marx trata el problema del comunismo del mismo modo que un naturalista trataría el problema del desarrollo, digamos, de una nueva especie biológica luego de saber que se ha originado de tal y tal modo y se modifica en tal y tal dirección determinada.

Marx comienza descartando la confusión que el programa de Gotha siembra en el problema de las relaciones entre el Estado y la sociedad.

La sociedad actual —dice Marx— es la sociedad capitalista, que existe en todos los países civilizados, más o menos libre de ingredientes medievales, más o menos modificada por el desarrollo histórico particular de cada país, más o menos desarrollada. Por otra parte, el “Estado actual” cambia con las fronteras de cada país. Es diferente en el Imperio prusiano-alemán de lo que es en Suiza, y diferente en Inglaterra de lo que es en Estados Unidos. “El Estado actual” es, por lo tanto, una ficción.

Sin embargo, los distintos Estados de los distintos países civilizados, pese a su heterogénea diversidad de formas, tienen en común que todos ellos están basados en una sociedad burguesa moderna más o menos desarrollada desde el punto de vista capitalista. Tienen también, por tanto, ciertas características esenciales comunes. En este sentido, se puede hablar del “Estado actual” por oposición al futuro, en el que su raíz actual, la sociedad burguesa, se habrá extinguido.

Surge entonces la pregunta: ¿qué transformación sufrirá el Estado en la sociedad comunista? En otras palabras: ¿qué funciones sociales análogas a las actuales funciones del Estado subsistirán entonces? Esta pregunta sólo puede contestarse científicamente, y por más que combinemos de mil maneras la palabra “Pueblo” y la palabra “Estado” no nos acercamos al problema ni a la distancia de un salto de pulga...

Después de ridiculizar de este modo toda charlatanería sobre el “Estado del pueblo”, Marx plantea el problema y, en cierto modo, advierte que quienes deseen darle una respuesta científica deberán manejar sólo datos científicos sólidamente establecidos.

El hecho primero que ha sido establecido con absoluta precisión por toda la teoría del desarrollo, por la ciencia en general —hecho que ignoraron los utopistas

y que ignoran los oportunistas de hoy, que temen la revolución socialista— es que, históricamente, tiene que haber, sin lugar a dudas, una etapa especial o una fase especial de *transición* del capitalismo al comunismo.

2. La transición del capitalismo al comunismo

Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista —prosigue Marx— transcurre el período de la transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A este período corresponde también un período político de transición en el cual el Estado no puede ser más que la *dictadura revolucionaria del proletariado*...

Marx basa esta conclusión en un análisis del papel que el proletariado desempeña en la sociedad capitalista moderna, en los datos sobre el desarrollo de esta sociedad y en el carácter irreconciliable de los intereses antagónicos del proletariado y la burguesía.

Anteriormente la cuestión se planteaba así: para lograr su liberación, el proletariado debe derrocar a la burguesía, conquistar el poder político y establecer su dictadura revolucionaria.

Ahora la cuestión se plantea en forma algo diferente: la transición de la sociedad capitalista —que marcha hacia el comunismo— a la sociedad comunista es imposible sin un “período político de transición” y el Estado en ese período sólo puede ser la dictadura revolucionaria del proletariado.

¿Cuál es, entonces, la relación de esta dictadura con la democracia?

Hemos visto que el *Manifiesto comunista* simplemente coloca juntos los dos conceptos: “Erigir al proletariado en clase dominante” y “conquistar la democracia”. Sobre la base de todo lo dicho más arriba se puede determinar con más precisión cómo se transforma la democracia durante la transición del capitalismo al comunismo.

En la sociedad capitalista, siempre que se desarrolle en las condiciones más favorables, tenemos una democracia más o menos completa en la república democrática. Pero esta democracia se halla siempre encerrada dentro de los estrechos límites de la explotación capitalista y por consiguiente es siempre, en realidad, una democracia para la minoría, sólo para las clases poseedoras, sólo para los ricos. La libertad de la sociedad capitalista es siempre, poco más o menos, lo que era en las antiguas repúblicas griegas: libertad para los propietarios de esclavos. En virtud de las condiciones de la explotación capitalista, los esclavos asalariados modernos están tan agobiados por las necesidades y la miseria que “no puede preocuparles la democracia”, “no puede preocuparles la política”; en el curso corriente y pacífico de los acontecimientos a la mayoría de la población se la excluye de la participación en la vida política y social.

Alemania es tal vez el país que confirma con mayor evidencia la exactitud de esta afirmación, porque allí la legalidad constitucional perduró durante un

tiempo asombrosamente largo, casi medio siglo (1871-1914), y durante ese período los socialdemócratas pudieron lograr muchísimo más que en otros países en la esfera de la "utilización de la legalidad" y organizaron en partido político a un número de obreros mayor que en ningún otro país del mundo.

¿Cuál es este mayor número de esclavos asalariados, políticamente conscientes y activos, hasta ahora registrado en la sociedad capitalista? ¡Un millón de afiliados al Partido Socialdemócrata sobre quince millones de obreros! ¡Tres millones organizados en sindicatos sobre quince millones!

Democracia para una minoría insignificante, democracia para los ricos: esa es la democracia de la sociedad capitalista. Si observamos más de cerca la maquinaria de la democracia capitalista vemos en todas partes, en los "pequeños" detalles —supuestamente pequeños— de la legislación electoral (requisito de residencia, exclusión de la mujer, etc.), en el funcionamiento de las instituciones representativas, en los obstáculos efectivos al derecho de reunión (los edificios públicos no son para los "misérables"!); en la organización puramente capitalista de los diarios, etc., etc., vemos restricciones y más restricciones de la democracia. Estas restricciones, excepciones, exclusiones y trabas a los pobres parecen insignificantes, sobre todo a quien jamás ha pasado necesidad ni ha estado jamás en estrecho contacto con las clases oprimidas y con la vida de las masas (que es lo que ocurre con las nueve décimas partes, si no con el noventa y nueve por ciento de los publicistas y políticos burgueses), pero totalizadas estas restricciones excluyen y eliminan a los pobres de la política, de la participación activa en la democracia.

Marx captó magníficamente este rasgo esencial de la democracia capitalista cuando, al analizar la experiencia de la Comuna, dijo que a los oprimidos se les permite decidir, una vez cada tantos años, iqué representantes de la clase opresora han de representarlos y reprimirlos en el parlamento!

Pero, partiendo de esta democracia capitalista —que es inevitablemente estrecha y que aparta sigilosamente a los pobres y que es, por lo tanto, enteramente hipócrita y mentirosa—, el desarrollo progresivo no transcurre de modo sencillo, directo y tranquilo "hacia una democracia cada vez mayor", como quieren hacernos creer los profesores liberales y los oportunistas pequeñoburgueses. No, el desarrollo progresivo, es decir, el desarrollo hacia el comunismo, pasa a través de la dictadura del proletariado y no puede ser de otro modo porque nadie más, y de ningún otro modo, puede *romper la resistencia* de los explotadores capitalistas.

La dictadura del proletariado, es decir, la organización de la vanguardia de los oprimidos como clase dominante con el fin de aplastar a los opresores, no puede limitarse a una simple ampliación de la democracia. *Simultáneamente* con la enorme ampliación de la democracia, que por primera vez se convierte en democracia para los pobres, en democracia para el pueblo y no en democracia para los ricos, la dictadura del proletariado impone una serie de restricciones a la libertad de los opresores, de los explotadores, de los capitalistas. Debemos reprimirlos para liberar a la humanidad de la esclavitud asalariada; hay que

vencer por la fuerza su resistencia; es evidente que no hay libertad ni democracia allí donde hay represión, allí donde hay violencia.

Engels expresaba magníficamente esto en su carta a Bebel, cuando le decía, como recordará el lector, que "el proletariado, mientras necesita todavía el Estado, no lo necesita en interés de la libertad, sino para someter a sus adversarios, y tan pronto como sea posible hablar de libertad el Estado como tal dejará de existir".

Democracia para la inmensa mayoría del pueblo y represión por la fuerza, es decir, exclusión de la democracia, de los explotadores y opresores del pueblo: esta es la modificación que sufrirá la democracia durante la *transición* del capitalismo al comunismo.

Sólo en la sociedad comunista, cuando se haya aplastado completamente la resistencia de los capitalistas, cuando hayan desaparecido los capitalistas, cuando no existan clases (es decir, cuando no existan diferencias entre los miembros de la sociedad en lo que respecta a su relación con los medios sociales de producción), sólo entonces "el Estado... deja de existir" y "*se puede hablar de libertad*". Sólo entonces se hará posible y se realizará una democracia verdaderamente completa, una democracia sin ningún tipo de excepciones. Y sólo entonces comenzará a *extinguirse* la democracia, por la sencilla razón de que, liberada de la esclavitud capitalista, de los incontables horrores, bestialidades, absurdos e infamias de la explotación capitalista, la gente se habituara gradualmente a observar las reglas elementales de convivencia social, conocidas desde hace siglos y repetidas durante miles de años en todos los preceptos. Se acostumbrará a observarlas sin el empleo de la fuerza, sin coerción, sin subordinación, *sin el aparato especial* de coerción llamado Estado.

La expresión "el Estado se *extingue*" está muy bien elegida, porque señala el carácter tanto gradual como espontáneo del proceso. Sólo la fuerza de la costumbre puede producir e indudablemente producirá ese efecto, pues vemos alrededor nuestro, en millones de oportunidades, con qué facilidad se habitúa la gente a observar las reglas de convivencia social necesarias cuando no hay explotación, cuando no hay nada que cause indignación, provoque protestas y rebeliones y cree la necesidad *de la represión*.

Tenemos así, en la sociedad capitalista, una democracia cercenada, mezquina, falsa, una democracia sólo para los ricos, para la minoría. La dictadura del proletariado, el período de transición hacia el comunismo, creará por primera vez la democracia para el pueblo, para la mayoría, junto con la necesaria represión de los explotadores, de la minoría. Sólo el comunismo puede dar una democracia verdaderamente completa, y cuanto más completa sea, más prontamente se hará innecesaria y se extinguirá por sí misma.

En otras palabras, bajo el capitalismo tenemos el Estado en el propio sentido de la palabra, o sea, una máquina especial para la represión de una clase por otra y, lo que es más, de la minoría hacia la mayoría. Naturalmente que para el éxito de una empresa como la represión sistemática de la mayoría explotada por parte de la minoría explotadora son necesarios la mayor crueldad y el mayor

salvajismo en materia de represión, son necesarios mares de sangre, a través de los cuales la humanidad prosigue su marcha bajo el régimen de la esclavitud, la servidumbre y el trabajo asalariado.

Además, durante la *transición* del capitalismo al comunismo la represión es *totalmente* necesaria, pero ya es la represión de la minoría explotadora por la mayoría explotada. Es necesario *totalmente* un aparato especial, una máquina especial para la represión: el "Estado", pero este es ya un Estado de transición. Deja de ser un Estado en el propio sentido de la palabra, pues la represión de la minoría de explotadores por la mayoría de los esclavos asalariados de *ayer* es relativamente una tarea tan fácil, sencilla y natural que será muchísimo menos sangrienta que la represión de los levantamientos de esclavos, siervos u obreros y costará muchísimo menos a la humanidad. Y ello es compatible con la extensión de la democracia para una mayoría tan aplastante de la población que la necesidad de *una máquina especial* de represión comenzará a desaparecer. Naturalmente, los explotadores no pueden reprimir al pueblo sin una máquina muy complicada para el cumplimiento de este cometido, pero el *pueblo* puede reprimir a los explotadores con una "máquina" muy sencilla, casi sin "máquina", sin un aparato especial, mediante la *simple organización del pueblo armado* (como los sóviets de diputados obreros y soldados, remarcaremos, adelantándonos un poco).

Por último, sólo el comunismo suprime en absoluto la necesidad del Estado, pues no hay *nadie* a quién reprimir, "nadie" en el sentido de *clase*, en el sentido de una lucha sistemática contra un sector determinado de la población. No somos utópicos y de ningún modo negamos la posibilidad y la inevitabilidad de excesos por parte de *algunos individuos* ni la necesidad de poner coto a *tales* excesos. Pero, en primer lugar, para ello no hace falta una máquina especial, un aparato especial de represión; esto lo hará el propio pueblo armado con tanta sencillez y facilidad como cualquier grupo de gente civilizada, incluso en la sociedad actual, que interviene para poner fin a una pelea o para impedir que se maltrate a una mujer. Y, en segundo lugar, sabemos que la causa social más importante de los excesos, que consisten en la infracción de las reglas de convivencia social, estriba en la explotación del pueblo, en sus necesidades y su miseria. Con la supresión de esta causa fundamental, los excesos, inevitablemente, comenzarán a "extinguirse". No sabemos con qué rapidez ni en qué orden, pero sabemos que se extinguirán. Con su extinción, también *se extinguirá* el Estado.

Sin dejarse llevar por utopías, Marx señaló detalladamente lo que es posible determinar *ahora* respecto de ese futuro, a saber: la diferencia entre las fases (grados o etapas) inferior y superior de la sociedad comunista.

3. Primera fase de la sociedad comunista

En la *Crítica del Programa de Gotha*, Marx refuta minuciosamente la idea de Lassalle de que, bajo el socialismo, el obrero recibirá el "producto íntegro" o

"completo de su trabajo". Marx demuestra que, del conjunto del trabajo social de toda la sociedad, deberá descontarse un fondo de reserva, un fondo para la expansión de la producción, un fondo para la reposición de la maquinaria "deteriorada", etc. Además, de los artículos de consumo se deberá descontar un fondo para gastos administrativos, para escuelas, hospitales, asilos de ancianos, etcétera.

En lugar de la frase confusa, oscura y general de Lassalle ("el producto íntegro de su trabajo para el obrero"), Marx hace un cálculo sereno de cómo exactamente la sociedad socialista tendrá que administrar sus asuntos. Marx hace un análisis *suave* de las condiciones de vida de una sociedad en la que no existirá el capitalismo y dice:

De lo que aquí se trata [en el análisis del programa del partido obrero] no es de una sociedad comunista que se *ha desarrollado* sobre su propia base, sino, por el contrario, tal como *surge* de la sociedad capitalista y que, por lo tanto, presenta todavía en todos sus aspectos, el económico, el moral y el intelectual, las huellas de la vieja sociedad de cuyas entrañas procede.

Esta sociedad comunista, que acaba de salir a la luz de las entrañas del capitalismo y que presenta en todos sus aspectos las huellas de la vieja sociedad, es lo que Marx denomina "primera" fase o fase inferior de la sociedad comunista.

Los medios de producción han dejado de ser propiedad privada personal. Los medios de producción pertenecen al conjunto de la sociedad. Cada miembro de la sociedad, al realizar una cierta parte del trabajo socialmente necesario, recibe de la sociedad un certificado que le acredita haber realizado una cantidad determinada de trabajo. Y con este certificado recibe de los almacenes sociales de artículos de consumo una cantidad correspondiente de productos. Deducida la cantidad de trabajo que pasa al fondo social, cada obrero, por consiguiente, recibe de la sociedad tanto como ha entregado.

Aparentemente reina la "igualdad".

Pero Lassalle se equivoca cuando, refiriéndose a este orden social (comúnmente llamado socialismo, pero que Marx denomina primera fase del comunismo), dice que esto es "distribución equitativa", que es "el derecho igual de todos a un producto igual de trabajo", y Marx pone al descubierto el error.

Ciertamente —dice Marx—, tenemos aquí "derecho igual", pero es *todavía* un "derecho burgués" que, como todo derecho, implica *desigualdad*. Todo derecho significa la aplicación de una medida *igual* a personas *distintas*, que en realidad no son semejantes, no son iguales entre sí; por ello el "derecho igual" constituye una violación de la igualdad y una injusticia. En realidad, toda persona que ha realizado la misma cantidad de trabajo social que otra recibe una porción igual del producto social (después de hechas las deducciones arriba señaladas).

Sin embargo, los hombres no son todos iguales: unos son fuertes, otros débiles; unos son casados, otros, no; unos tienen más hijos, otros, menos, etc.

Y Marx extrae la siguiente conclusión:

Con igual trabajo y, por consiguiente, con igual participación en el fondo social de consumo, unos recibirán en realidad más que otros, unos serán más ricos que otros, etc. Para evitar todos estos inconvenientes, el derecho no tendría que ser igual, sino desigual...

Por consiguiente, la primera fase del comunismo no puede proporcionar todavía justicia e igualdad: subsistirán diferencias, y diferencias injustas de riqueza; pero será imposible *la explotación* del hombre por el hombre, porque será imposible apoderarse de los *medios de producción*, de las fábricas, las máquinas, la tierra, etc., y convertirlos en propiedad privada. Al pulverizar las frases confusas y pequeñoburguesas de Lassalle sobre la "igualdad" y la "justicia" *en general*, Marx señala *el curso de desarrollo* de la sociedad comunista, que se ve obligada a eliminar al principio *tan sólo* la "injusticia" de que los medios de producción estén en poder de individuos privados y que *no está en condiciones* de eliminar enseguida la otra injusticia, que consiste en la distribución de los artículos de consumo "según el trabajo" (y no según las necesidades).

Los economistas vulgares, incluyendo a los profesores burgueses y a "nuestro" Tugan [Baranowsky, NdE], acusan constantemente a los socialistas de olvidar la desigualdad de la gente y de "soñar" con eliminar esa desigualdad. Semejante acusación sólo demuestra, como vemos, la extrema ignorancia de los señores ideólogos burgueses.

Marx no sólo tiene en cuenta con la mayor escrupulosidad la inevitable desigualdad de los hombres, sino que también tiene en cuenta que la sola transformación de los medios de producción en propiedad común del conjunto de la sociedad (corrientemente llamado "socialismo") no suprime los defectos de la distribución y la desigualdad del "derecho burgués", el cual *sigue prevaleciendo* mientras los productos se distribuyan "según el trabajo".

Pero estos defectos —prosigue Marx— son inevitables en la primera fase de la sociedad comunista tal como acaba de surgir, después de prolongados dolores de parto, de la sociedad capitalista. El derecho no puede ser nunca superior a la estructura económica de la sociedad ni a su desarrollo cultural por ello condicionado...

Así, pues, en la primera fase de la sociedad comunista (habitualmente llamada socialismo) el "derecho burgués" no se elimina completamente, sino sólo en parte, sólo en proporción a la revolución económica hasta allí alcanzada, es decir, sólo con respecto a los medios de producción. El "derecho burgués" los reconoce como propiedad privada de individuos. El socialismo los convierte en propiedad *común*. *Hasta este punto* —y sólo hasta este punto— desaparece el "derecho burgués".

Sin embargo, este derecho persiste en lo que se refiere a su otro aspecto: persiste en calidad de regulador (determinante) de la distribución de los productos y de la asignación de trabajo entre los miembros de la sociedad. El principio socialista "quien no trabaja no come" se ha realizado ya; el otro principio socialista, "a igual cantidad de trabajo, igual cantidad de productos", también se ha realizado ya. Sin embargo, esto no es comunismo todavía y no elimina todavía el "derecho burgués", que da una cantidad igual de productos a hombres desiguales a cambio de una cantidad desigual (realmente desigual) de trabajo.

Esto es un "defecto", dice Marx, pero es inevitable en la primera fase del comunismo, pues, si no queremos caer en la utopía, no debemos pensar que, al derrocar el capitalismo, los hombres aprenderán a trabajar inmediatamente para la sociedad *sin sujetarse a ninguna norma de derecho*; además, la abolición del capitalismo *no sienta de repente* las premisas económicas *para este cambio*.

Ahora bien, no hay otras normas que no sean las del "derecho burgués". Y, por lo tanto, subsiste todavía la necesidad de un Estado que, al velar por la propiedad común sobre los medios de producción, vele por la igualdad en el trabajo y en la distribución de los productos.

El Estado se extingue en la medida en que no existen ya capitalistas, no existen clases y, por consiguiente, no se puede *reprimir* a ninguna *clase*.

Pero el Estado no se ha extinguido todavía completamente, pues aún subsiste la protección del "derecho burgués", que sanciona la desigualdad real. Para que el Estado se extinga completamente es necesario el comunismo completo.

4. La fase superior de la sociedad comunista

Marx prosigue:

En la fase superior de la sociedad comunista, cuando haya desaparecido la subordinación esclavizadora de los individuos a la división del trabajo y con ella también la oposición entre el trabajo intelectual y el trabajo manual; cuando el trabajo sea no sólo un medio de vida, sino la primera necesidad vital; cuando hayan crecido las fuerzas productivas junto con el desarrollo completo de los individuos y fluyan con mayor abundancia todos los manantiales de la riqueza colectiva, sólo entonces podrá rebasarse totalmente el estrecho horizonte del derecho burgués y la sociedad podrá escribir en sus banderas: "De cada cual según sus capacidades; a cada cual según sus necesidades".

Sólo ahora podemos apreciar todo lo acertado de las observaciones de Engels ridiculizando implacablemente el absurdo de combinar las palabras "libertad" y "Estado". Mientras existe el Estado, no existe libertad. Cuando haya libertad, no habrá Estado.

La base económica para la extinción completa del Estado es una etapa de desarrollo tan alta del comunismo que desaparece la oposición entre el trabajo intelectual y el trabajo manual y desaparece, por consiguiente, una de las fuentes más importantes de la desigualdad *social* moderna, fuente que, por otra parte, de ningún modo puede ser suprimida inmediatamente con la sola transformación de los medios de producción en propiedad social, por la sola expropiación de los capitalistas.

Esta expropiación hará *posible* un gigantesco desarrollo de las fuerzas productivas. Y cuando vemos en qué medida increíble el capitalismo frena ya ese desarrollo, cuando vemos qué progresos podrían lograrse sobre la base del nivel técnico ya alcanzado tenemos derecho a decir, con la más absoluta convicción, que la expropiación de los capitalistas producirá inevitablemente un desarrollo gigantesco de las fuerzas productivas de la sociedad humana. Pero no sabemos ni *podemos* saber con qué rapidez avanzará este desarrollo, con qué rapidez llegará a la ruptura de la división del trabajo, a suprimir la oposición entre el trabajo intelectual y el trabajo manual, a convertir el trabajo "en la primera necesidad vital".

Es por ello que estamos autorizados a hablar tan sólo de la extinción inevitable del Estado, subrayando la larga duración de este proceso y su dependencia de la rapidez de desarrollo de la *fase superior* del comunismo, y dejando en pie el problema del plazo o de las formas concretas que requiere la extinción, pues *no tenemos* datos para responder estas preguntas.

El Estado estará en condiciones de extinguirse por completo cuando la sociedad adopte la regla: "De cada cual según sus capacidades; a cada cual según sus necesidades"; es decir, cuando los hombres estén ya tan habituados a observar las normas fundamentales de la convivencia social y cuando su trabajo sean tan productivo que trabajarán voluntariamente *según su capacidad*. El "estrecho horizonte del derecho burgués", que obliga a calcular con la frialdad de un Shylock, si alguien no ha trabajado media hora más que otro, si el salario que alguien percibe no es inferior al de otro, este estrecho horizonte será entonces rebasado. La sociedad, al distribuir los productos, no tendrá necesidad de regular la cantidad que ha de recibir cada uno; todo hombre podrá tomar libremente "según su necesidad".

Desde el punto de vista burgués, resulta fácil afirmar que semejante régimen social es una "pura utopía" y burlarse de los socialistas diciendo que prometen a todos el derecho a recibir de la sociedad, sin el menor control del trabajo de cada ciudadano, cualquier cantidad de trufas, automóviles, pianos, etc. Incluso hasta hoy la mayoría de los "sabios" burgueses se limitan a burlarse de este modo, mostrando con ello tanto su ignorancia como su defensa interesada del capitalismo.

Su ignorancia, pues a ningún socialista jamás se le ha pasado por la cabeza "prometer" la llegada de la fase superior de desarrollo del comunismo; en cuanto al *prométio* de los grandes socialistas de que esa fase llegará, ello presupone,

no la actual productividad del trabajo, *no el actual* tipo corriente de hombres que, como los seminaristas de los cuantos de Poniálovsky, son capaces de perjudicar los bienes públicos "sólo por diversión" y de pedir lo imposible.

Hasta que llegue la fase "superior" del comunismo los socialistas exigen *el más riguroso* control por parte de la sociedad y *por parte del Estado* sobre la norma de trabajo y la norma de consumo, pero dicho control debe *comenzar* con la expropiación de los capitalistas, con el establecimiento del control obrero sobre los capitalistas y debe llevarse a cabo, no por un Estado de burócratas, sino por un Estado *de obreros armados*.

La defensa interesada del capitalismo por los ideólogos burgueses (y sus partidarios, como los señores Tsereteli, Chernov y Cia.) consiste en que *reemplazan* por discusiones y charlas sobre el futuro remoto el problema vital y candente de la política *actual*, es decir, la expropiación de los capitalistas, la transformación de *todos* los ciudadanos en trabajadores y empleados de *una sola* gran "empresa", el Estado, y la subordinación completa del trabajo íntegro de esta empresa a un Estado realmente democrático, *el Estado de los Soviets de diputados obreros y soldados*.

En realidad, cuando un profesor erudito, seguido por los filisteos, y a su vez seguido por los señores Tsereteli y Chernov, habla de utopías absurdas, de promesas demagógicas de los bolcheviques, de imposibilidad de "implantar" el socialismo se refiere precisamente a la etapa o fase superior del comunismo, que nadie ha prometido jamás ni ha pensado en "implantar" porque, en términos generales, no puede ser "implantado".

Esto nos lleva al problema de la diferencia científica entre socialismo y comunismo al que Engels hizo alusión en el pasaje antes citado al hablar de la inexactitud del nombre "socialdemócrata". Desde el punto de vista político, es posible que, con el tiempo, la diferencia entre la fase primera e inferior y la fase superior del comunismo llegue a ser enorme; pero hoy, bajo el capitalismo, sería ridículo destacar esa diferencia, y sólo algunos anarquistas, quizá, podrían conferirle primordial importancia (si es que aún quedan, entre los anarquistas, quienes nada han aprendido de la conversión "plejanovista" de los Kropotkin, los Grave, los Cornelissen y otras "estrellas" del anarquismo en socialchovinistas o "anarcotríncheristas", como los llama Gay, uno de los pocos anarquistas que aún conserva el sentido del honor y una conciencia).

Pero la diferencia científica entre socialismo y comunismo es clara. Lo que se llama habitualmente socialismo fue denominado por Marx "primera" fase o fase inferior de la sociedad comunista. Por cuanto los medios de producción se convierten en propiedad *común*, también puede aplicarse aquí la palabra "comunismo", siempre que no olvidemos que *no* es comunismo completo. La gran importancia de la explicación de Marx reside en que también aquí aplica consecuentemente la dialéctica materialista, la teoría del desarrollo, y considera el comunismo como algo que se desarrolla *del* capitalismo. En vez de definiciones "fraguadas", escolásticamente inventadas, y de discusiones estériles

sobre palabras (¿qué es el socialismo?, ¿qué es el comunismo?). Marx analiza lo que se podría llamar las etapas de la madurez económica del comunismo.

En su primera fase, en su primera etapa, el comunismo no puede todavía tener plena madurez económica ni estar completamente libre de las tradiciones o de las huellas del capitalismo. De ahí el interesante fenómeno de que el comunismo en su primera fase conserve el "estrecho horizonte del derecho *burgués*". Naturalmente, el derecho burgués respecto de la distribución de los artículos de *consumo* presupone inevitablemente la existencia del *Estado burgués*, pues el derecho no es nada sin un aparato capaz de *obligar* a respetar las normas del derecho.

De donde se deduce que bajo el comunismo subsiste durante un tiempo no sólo el derecho burgués, sino incluso el Estado burgués, sin la burguesía!

Esto podrá parecer una paradoja o un simple juego dialéctico de la mente, de lo que suele ser acusado el marxismo por quienes no se han tomado el menor trabajo de estudiar su extraordinariamente profundo contenido.

Pero, en realidad, en la vida nos enfrentamos a cada paso con vestigios de lo viejo que sobreviven en lo nuevo, tanto en la naturaleza como en la sociedad. Y Marx no introdujo arbitrariamente un fragmento de derecho "burgués" en el comunismo, sino que señaló lo que es económica y políticamente inevitable en una sociedad que surge *de las entrañas* del capitalismo.

La democracia es de una enorme importancia para la clase obrera en su lucha contra los capitalistas por su liberación. Pero la democracia no es, en modo alguno, un límite infranqueable, sino solamente una de las etapas en el camino del feudalismo al capitalismo y del capitalismo al comunismo.

Democracia significa igualdad. La gran importancia de la lucha del proletariado por la igualdad y de la igualdad como consigna se comprenderá si la interpretamos correctamente en el sentido de la abolición *de las clases*. Pero la democracia significa tan sólo igualdad *formal*. Y no bien se obtenga la igualdad para todos los miembros de la sociedad con *relación* a la propiedad de los medios de producción, es decir, la igualdad de trabajo y de salario, la humanidad se enfrentará inevitablemente con el problema de avanzar más, de la igualdad formal a la igualdad real, es decir, a la aplicación de la regla: "De cada cual según sus capacidades; a cada cual según sus necesidades". A través de qué etapas, por medio de qué medidas prácticas la humanidad llegará a este supremo objetivo, no lo sabemos ni podemos saberlo. Pero es importante comprender cuán infinitamente mentirosa es la concepción burguesa corriente del socialismo que lo presenta como algo sin vida, rígido, estático, cuando en realidad *sólo* el socialismo será el comienzo de un rápido, auténtico y verdadero movimiento de avance masivo, que abarcará primero a *la mayoría* y luego a la población entera, en todas las esferas de la vida pública y privada.

La democracia es una forma de Estado, una de sus variedades. Por consiguiente, como todo Estado, representa, por una parte, el empleo organizado y sistemático de la fuerza contra personas; pero, por la otra, significa el reconocimiento formal de la igualdad entre los ciudadanos, el derecho igual de todos

para determinar la estructura del Estado y gobernarlo. Y esto, a su vez, lleva a que, en una etapa determinada del desarrollo de la democracia, esta unifica primero a la clase que libra una lucha revolucionaria contra el capitalismo, el proletariado, y le permite aplastar, hacer añicos, barrer de la faz de la Tierra la máquina estatal burguesa, inclusive si ella es republicana burguesa, el Ejército regular, la Policía y la burocracia, y reemplazarla por una máquina estatal *más* democrática, pero una máquina estatal, sin embargo, bajo la forma de obreros armados que comienzan a formar una milicia que abarcará a toda la población.

Aquí "la cantidad se transforma en calidad": *este* grado de democracia significa traspasar los límites de la sociedad burguesa y comenzar su reestructuración socialista. Si *todos* intervienen realmente en la dirección del Estado, el capitalismo no puede conservar su dominio. Y, a su vez, el desarrollo del capitalismo crea las *premisas* que *permiten* que "todos" intervengan realmente en la dirección del Estado. Algunas de estas premisas son: la liquidación del analfabetismo, cosa ya lograda en varios de los países capitalistas más adelantados, luego la "instrucción, el adiestramiento y la disciplina" de millones de obreros por el enorme y complejo aparato socializado de correos, ferrocarriles, grandes fábricas, gran comercio, bancos, etc., etcétera.

Una vez dadas estas premisas *económicas*, es perfectamente posible, después del derrocamiento de los capitalistas y los burócratas, pasar enseguida, de la noche a la mañana, a reemplazarlos por los obreros armados, por toda la población armada, en la tarea de *controlar* la producción y la distribución, en la tarea de *llevar el registro* del trabajo y los productos. (No hay que confundir el problema del control y del registro con el problema del personal científico de ingenieros, agrónomos, etc.: estos señores trabajan hoy acatando el deseo de los capitalistas y trabajarán todavía mejor mañana, acatando el deseo de los obreros armados.)

Registro y control: esto es *principalmente* lo que hace falta para la "puesta en marcha", para el buen funcionamiento de la *primera fase* de la sociedad comunista. *Todos* los ciudadanos se convierten en empleados a sueldo del Estado, que consiste en los obreros armados. *Todos* los ciudadanos pasan a ser empleados y obreros de *una sola* "empresa" estatal de todo el pueblo. Todo lo que se necesita es que trabajen por igual, que respeten la norma de trabajo y reciban un salario equitativo. El capitalismo *ha simplificado* hasta el extremo el registro y el control necesarios para esto, reduciéndolos a operaciones extraordinariamente simples, accesibles a cualquiera que sepa leer y escribir, de inspección y anotación, conocimiento de las cuatro reglas aritméticas y extensión de los recibos pertinentes [Cuando el Estado reduzca sus funciones esenciales en un registro y control de este tipo efectuados por los propios trabajadores, dejará de ser un "Estado político", las funciones "públicas perderán su carácter político y se convertirán en simples funciones administrativas" (ver más arriba, capítulo IV, punto 2: La polémica con los anarquistas Engels)].

Cuando *la mayoría* del pueblo comience a llevar en forma independiente y en todas partes esos registros y ejerza ese control sobre los capitalistas (que entonces

se habrán convertido en empleados) y sobre los señores intelectuales que conserven sus hábitos capitalistas, este control será realmente universal, general y popular; y nadie podrá eludirlo, porque "no habrá mas nada que hacer".

Toda la sociedad será una sola oficina y una sola fábrica, con igualdad de trabajo y de salario.

Pero esta disciplina "fabril" que el proletariado, después de derrotar a los capitalistas, después de derrocar a los explotadores, hará extensiva a toda la sociedad de ningún modo es nuestro ideal o nuestro objetivo final. Es sólo un *eslabón* necesario para limpiar a fondo la sociedad de todas las infamias y bajasas de la explotación capitalista y *para seguir* avanzando.

Desde el momento en que todos los miembros de la sociedad o, por lo menos, la inmensa mayoría de ellos, aprenden a dirigir *ellos mismos* el Estado, toman esta tarea en sus propias manos, organizan el control sobre la minoría insignificante de capitalistas, sobre los caballeros que quieren conservar sus hábitos capitalistas y sobre los obreros que fueron profundamente corrompidos por el capitalismo, desde este momento comenzará a desaparecer la necesidad de todo gobierno en general. Cuanto más completa sea la democracia, más cercano estará el momento en que se haga innecesaria. Cuanto más democrático sea el "Estado", que consiste en los obreros armados y que "no es ya un Estado en el sentido estricto de la palabra", más rápidamente comienza a extinguirse *toda forma* de Estado.

Pues cuando todos hayan aprendido a dirigir y en realidad dirijan independientemente la producción social, lleven los registros y ejerzan control independientemente sobre los hijos de los ricos, los granujas y otros "guardianes de las tradiciones capitalistas", escapar a este registro y a este control populares será en forma inevitable tan increíblemente difícil, una excepción tan rara, y será probablemente acompañado de una sanción tan rápida y severa (porque los obreros armados son hombres prácticos, no intelectuales sentimentales, y será muy difícil que permitan que nadie juegue con ellos) que la necesidad de observar las reglas sencillas y fundamentales de la comunidad se convertirá muy pronto en una *costumbre*.

Entonces quedarán abiertas de par en par las puertas para la transición de la primera fase de la sociedad comunista a su fase superior y, con ello, a la extinción completa del Estado.

VI. LA VULGARIZACIÓN DEL MARXISMO POR LOS OPORTUNISTAS

El problema de la relación entre el Estado y la revolución social y entre la revolución social y el Estado, así como el problema de la revolución en general, ha sido objeto de muy poca atención por parte de los teóricos y publicistas más destacados de la Segunda Internacional (1889-1914). Pero lo más característico del proceso de desarrollo gradual del oportunismo, que llevó al descalabro a la Segunda Internacional en 1914, es, en realidad, que incluso cuando esta gente se vio enfrentada directamente con este problema *trató de eludirlo* o ignorarlo.

En términos generales puede decirse que la *actitud evasiva* hacia el problema de la relación entre la revolución proletaria y el Estado, actitud evasiva que favoreció y fomentó el oportunismo, condujo a la *deformación* del marxismo y a su total vulgarización.

Para caracterizar, aunque sea brevemente, este proceso lamentable tomaremos a los teóricos más destacados del marxismo: Plejanov y Kautsky.

I. La polémica de Plejanov con los anarquistas

Plejanov consagró al problema de la relación entre el anarquismo y el socialismo un folleto titulado *Anarquismo y socialismo*, que se publicó en alemán en 1894.

Al tratar este tema Plejanov se las ingenió para eludir completamente el aspecto más actual, más candente y políticamente más esencial de la lucha contra el anarquismo, es decir, la relación entre la revolución y el Estado y el problema del Estado en general! En su folleto se destacan dos partes. Una de ellas es histórica y literaria y contiene un valioso material sobre la historia de las ideas de Stirner, Proudhon, etc. La otra es filisteo y contiene torpes digresiones sobre el tema de que no se puede distinguir a un anarquista de un bandido.

Es una muy graciosa combinación de temas y algo muy característico de toda la actuación de Plejanov en vísperas de la revolución y durante el período revolucionario en Rusia. En efecto, de 1905 a 1917 Plejanov se reveló como un semi-doctrinario y un semifilisteo que, en política, marchaba a la zaga de la burguesía.

Hemos visto cómo, en su polémica con los anarquistas, Marx y Engels explicaron escrupulosamente sus puntos de vista sobre la relación entre la revolución y el Estado. En 1891, en su prefacio a la *Crítica del programa de Gotha* de Marx, Engels dice: "Nosotros [es decir, Engels y Marx] nos encontrábamos entonces, apenas dos años después del Congreso de La Haya de la

[Primera] Internacional, empeñados en la lucha más violenta contra Bakunin y sus anarquistas”.

Los anarquistas intentaron reivindicar como “suya”, por así decirlo, la Comuna de París, como una confirmación de su teoría, sin comprender en absoluto las enseñanzas de la Comuna y el análisis de Marx de esas enseñanzas. El anarquismo no ha aportado nada que se acerque siquiera a la verdad respecto de estas cuestiones políticas concretas: *¿debe ser destruido el viejo aparato del Estado? ¿Y con qué reemplazarlo?*

Pero hablar de “anarquismo y socialismo” eludiendo por completo el problema del Estado, *desconociendo* todo el desarrollo del marxismo antes y después de la Comuna significaba inevitablemente caer en el oportunismo, ya que no hay nada que interese tanto a este último como que no se planteen en modo alguno los dos problemas que acabamos de señalar. Esto es *en sí* una victoria del oportunismo.

2. La polémica de Kautsky con los oportunistas

Es indudable que se ha traducido al ruso una cantidad incomparablemente mayor de obras de Kautsky que a ningún otro idioma. No en vano algunos socialdemócratas dicen, bromeando, que Kautsky es más leído en Rusia que en Alemania. (Digamos entre paréntesis que esta broma tiene un sentido histórico mucho más profundo de lo que sospechan sus autores: los obreros rusos, que en 1905 reclamaban, con avidez extraordinaria, nunca vista, las mejores obras de la mejor literatura socialdemócrata del mundo y que recibieron traducciones y ediciones de esas obras en cantidades nunca vistas en otros países, trasplantaron, por así decirlo, rápidamente al joven terreno de nuestro movimiento proletario la enorme experiencia de un país vecino, más adelantado.)

Kautsky es especialmente conocido entre nosotros, no sólo por su divulgación del marxismo, sino por su polémica con los oportunistas, encabezados por Bernstein. Un hecho, sin embargo, es casi desconocido, un hecho que no puede silenciarse si nos proponemos investigar cómo cayó Kautsky en la cénaga de una confusión increíblemente vergonzosa y en la defensa del socialchovinismo durante la profunda crisis de 1914-1915. Este hecho sucedió así: poco antes de enfrentarse con los más destacados representantes del oportunismo en Francia (Millerand y Jaurès) y en Alemania (Bernstein), Kautsky dio pruebas de grandes vacilaciones. La revista marxista *Zarya*, que se publicó en Stuttgart de 1901 a 1902 y que defendía concepciones revolucionarias proletarias, se vio obligada a *polemicar* con Kautsky y a calificar de “elástica” la tímida y evasiva resolución, conciliadora con los oportunistas, presentada por él en el Congreso Socialista Internacional de París en 1900. En alemán fueron publicadas cartas de Kautsky que revelan no menores vacilaciones suyas antes de emprender la campaña contra Bernstein.

Muchísimo más importante, sin embargo, es el hecho de que, en su misma polémica con los oportunistas, en su planteamiento del problema y en su modo de tratarlo advertimos hoy, cuando estudiamos la *historia* de la última traición de Kautsky al marxismo, una desviación sistemática hacia el oportunismo precisamente a propósito del problema del Estado.

Tomemos la primera obra importante de Kautsky contra el oportunismo: *Bernstein y el programa socialdemócrata*. Kautsky refuta minuciosamente a Bernstein, pero hay aquí algo característico:

En sus *Premisas del socialismo*, célebres a lo Eróstrato, Bernstein acusa al marxismo de "blanquismo" (acusación mil veces repetida desde entonces por los oportunistas y los burgueses liberales de Rusia contra los marxistas revolucionarios, los bolcheviques). Con respecto a esto, Bernstein se detiene especialmente en *La guerra civil en Francia* de Marx y trata —sin ningún éxito, como hemos visto— de identificar el criterio de Marx sobre las enseñanzas de la Comuna con el de Proudhon. Bernstein presta especial atención a la conclusión que Marx subrayara en su prefacio de 1872 al *Manifiesto comunista*, a saber, que "la clase obrera no puede simplemente tomar posesión de la máquina estatal existente y ponerla en marcha para sus propios fines".

A Bernstein le "gustó" tanto esta afirmación que la repite en su libro no menos de tres veces, interpretándola de manera deformada y oportunista. Marx quiso decir, como hemos visto, que la clase obrera debe *destruir, romper, hacer pedazos* (*Sprengung*: explosión; esa es la expresión que emplea Engels) toda la máquina del Estado. Pero según Bernstein parecería como si Marx, con estas palabras, previniese a la clase obrera *contra* un excesivo ardor revolucionario luego de tomar el poder.

No es posible imaginar una deformación más grosera y escandalosa del pensamiento de Marx.

Ahora bien, ¿cómo procedió Kautsky en su minuciosa refutación del bernsteinismo?

Se abstuvo de analizar la profunda deformación del marxismo por el oportunismo en este punto. Mencionó el pasaje más arriba citado del prefacio de Engels a *La guerra civil...* de Marx y dijo que, según este último, la clase obrera no puede contentarse *simplemente* con tomar la máquina estatal *existente*, pero que, en términos generales, *puede* tomar posesión de ella; y eso es todo. Kautsky no dice ni una palabra sobre el hecho de que Bernstein atribuye a Marx *exactamente* lo contrario de su verdadero pensamiento, de que desde 1852 Marx señalaba que la tarea de la revolución proletaria era "romper" la máquina del Estado.

(El resultado es que la diferencia más esencial entre el marxismo y el oportunismo, a propósito de las tareas de la revolución proletaria, es oculta por Kautsky!

La solución del problema de la dictadura proletaria —decía Kautsky al escribir "contra" Bernstein— podemos dejarla al futuro con toda tranquilidad (p. 172 de la edición alemana).

Esto no es una polémica *contra* Bernstein, sino, en el fondo, una *concesión* a él, una capitulación ante el oportunismo, pues, en este momento, los oportunistas no piden nada mejor que "dejar al futuro con toda tranquilidad" todos los problemas fundamentales de las tareas de la revolución proletaria.

Durante cuarenta años, desde 1852 hasta 1891, Marx y Engels enseñaron al proletariado que debía destruir la máquina del Estado. Sin embargo, Kautsky, en 1899, ante la completa traición al marxismo por los oportunistas en este punto, *sustituye* en forma fraudulenta el problema de si es necesario destruir esta máquina por el problema de las formas concretas con que ha de ser destruido y luego se refugia tras la "indiscutible" (y estéril) verdad filisteica *ide* que las formas concretas no pueden conocerse de antemano!!

Un abismo separa a Marx de Kautsky en lo que respecta a su actitud hacia la tarea del partido proletario de educar a la clase obrera para la revolución.

Tomemos la siguiente obra de Kautsky, más madura, también dedicada, en gran medida, a refutar los errores oportunistas, su folleto *La revolución social*. En este folleto el autor elige como tema especial el problema de la "revolución proletaria" y "del régimen proletario". Señala muchas cosas de extraordinario valor, pero *elude* el problema del Estado. A lo largo de todo el folleto habla de la conquista del poder y nada más; es decir, eligió una fórmula que constituye una concesión a los oportunistas en la medida que *admite* la posibilidad de conquistar el poder *sin* destruir la máquina del Estado. Precisamente lo que Marx en 1872 declaró "envejecido" en el programa del *Manifiesto comunista* es lo que Kautsky *resucita* en 1902.

Una parte especial del folleto está dedicada a las "formas y las armas de la revolución social". Kautsky habla aquí de la huelga política de masas, de la guerra civil y de los "instrumentos de poder del gran Estado moderno, su burocracia y su Ejército", pero no se dice una sola palabra de lo que la Comuna enseñó ya a los obreros. Evidentemente, no por casualidad prevenía Engels, especialmente a los socialistas alemanes, contra la "veneración supersticiosa" del Estado.

Kautsky trata el asunto como sigue: el proletariado triunfante "realizará el programa democrático", y pasa a enunciar los puntos de su programa. Pero no dice ni una sola palabra sobre el nuevo material que aportó el año 1871 sobre el reemplazo de la democracia burguesa por la democracia proletaria. Kautsky resuelve el problema con trivialidades de tan "seria" apariencia como esta:

No obstante, no hace falta decir que no lograremos la supremacía bajo las condiciones actuales. La misma revolución presupone luchas de largo aliento y de gran profundidad que, por sí mismas, cambiarán nuestra actual estructura política y social.

Sin duda es una verdad "tan evidente" como la de que los caballos comen avena y que el Volga desemboca en el mar Caspio. Sólo es lamentable que se emplee una frase vacía y ampulosa sobre luchas "de gran profundidad" para

eludir un problema de vital importancia para el proletariado revolucionario; aquella de saber en *qué* consiste la "profundidad" *en* revolución respecto al Estado y a la democracia, a diferencia de revoluciones anteriores no proletarias.

Al eludir este problema, Kautsky hace *en la práctica* una concesión al oportunismo en este punto esencial, aunque le declare una guerra decidida de palabra subrayando la importancia de la "idea de la revolución" (¿qué valor tiene esta "idea" cuando se teme enseñar a los obreros las lecciones concretas de la revolución?), o diga: "Ante todo, el idealismo revolucionario" o manifieste que los obreros ingleses son ahora "apenas un poco más que pequeñoburgueses".

En una sociedad socialista —dice Kautsky— pueden coexistir las más diversas formas de empresas: la burocrática (?), la tradeunionista, la cooperativa, la privada [...]. Hay, por ejemplo, empresas que no pueden prescindir de una organización burocrática (?), como ser los ferrocarriles. Aquí la organización democrática puede asumir la siguiente forma: los obreros eligen delegados que constituyen una especie de parlamento que fija la reglamentación laboral y supervisa la administración del aparato burocrático. La administración de otras empresas puede ser transferida a los sindicatos obreros; otras, en fin, pueden convertirse en empresas cooperativas (pp. 148 y 115 de la traducción rusa editada en Ginebra en 1903).

Este argumento es erróneo: representa un paso atrás con relación a lo expuesto por Marx y Engels en la década del 70 utilizando como ejemplo las enseñanzas de la Comuna.

Por lo que se refiere a la supuestamente necesaria organización "burocrática", no existe la menor diferencia entre los ferrocarriles y cualquier otra empresa de la gran industria mecánica, cualquier filbrica, gran almacén o gran empresa agrícola capitalista. La técnica de todas estas empresas hace imprescindible la más estricta disciplina y la mayor precisión en la ejecución del trabajo asignado a cada uno, porque de otro modo podría paralizarse toda la empresa o perjudicarse la maquinaria o los productos elaborados. En todas estas empresas los obreros procederán, por supuesto, a "elegir delegados que constituirán una especie de parlamento".

Pero la esencia de la cuestión está en que esta "especie de parlamento" *no* será un parlamento en el sentido de una institución parlamentaria o burguesa. Toda la esencia está en que esta "especie de parlamento" *no* se limitará a "fijar la reglamentación laboral y a supervisar la administración del aparato burocrático", como lo imagina Kautsky, cuyo pensamiento no rebasa los límites del parlamentarismo burgués. En la sociedad socialista, la "especie de parlamento" formado por diputados obreros "fijará", por supuesto, "la reglamentación laboral y supervisará la administración" del "aparato", *pero* ese aparato *no* será "burocrático". Los obreros, después de conquistar el poder político, destruirán el viejo aparato burocrático, lo demolerán hasta sus cimientos, sin dejar piedra sobre piedra; lo reemplazarán por uno nuevo, formado por los mismos obreros

y empleados, *contra* cuya transformación en burócratas se tomarán de inmediato las medidas estipuladas en detalle por Marx y Engels: 1) no sólo elección, sino revocación del mandato en cualquier momento; 2) un sueldo que no exceda el salario de un obrero; 3) implantación inmediata de un sistema en el que *todos* desempeñen funciones de control y de inspección, de manera que *todos* se conviertan en "burócratas" por un tiempo y que, por lo tanto, *nadie* pueda convertirse en "burócrata".

Kautsky no meditó en absoluto las palabras de Marx: "La Comuna no era un organismo parlamentario, sino un cuerpo activo, ejecutivo y legislativo al mismo tiempo".

Kautsky no comprendió en absoluto la diferencia entre el parlamentarismo burgués —que combina la democracia (*no para el pueblo*) con la burocracia (*contra el pueblo*)— y la democracia proletaria, que tomará medidas inmediatas para arrancar de raíz la burocracia y que podrá llevar a cabo estas medidas hasta el fin, hasta la eliminación total del burocratismo, hasta la implantación total de la democracia para el pueblo.

Kautsky muestra aquí el mismo "respeto supersticioso" hacia el Estado, la misma "confianza supersticiosa" en la burocracia.

Pasemos ahora a la última y la mejor de las obras de Kautsky contra los oportunistas, su folleto *El camino hacia el poder* (inédito, creo, en Rusia, dado que apareció en 1909, en pleno apogeo de la reacción en nuestro país). Este folleto constituye un gran paso adelante, ya que no versa sobre el programa revolucionario en general, como el folleto de 1899 contra Bernstein, o sobre las tareas de la revolución social prescindiendo del momento en que ocurre, como el folleto *La revolución social*, de 1902; trata de las condiciones concretas que nos obligan a reconocer que *comienza* la "era de las revoluciones".

El autor apunta, en forma explícita, al agravamiento de las contradicciones de clase en general y al imperialismo, que desempeña al respecto un papel de singular importancia. Después del "período revolucionario de 1789 a 1871" en Europa occidental, comienza en 1905 un período similar en el Este. Una guerra mundial se avecina con amenazante celeridad. "El proletariado ya no puede hablar de revolución prematura". "Hemos entrado en un período revolucionario". "Comienza la era revolucionaria".

Estas afirmaciones son perfectamente claras. Este folleto de Kautsky debe servir para comparar lo que los socialdemócratas alemanes *prometieron ser* antes de la guerra imperialista y la profunda degradación en que cayeron, incluyendo al propio Kautsky, cuando estalló la guerra. "La situación actual —decía Kautsky en el citado folleto— encierra el peligro de que nosotros (es decir, los socialdemócratas alemanes) fácilmente podamos parecer más 'moderados' de lo que somos en realidad". ¡El Partido Socialdemócrata alemán resultó ser en realidad muchísimo más moderado y oportunista de lo que parecía!

Ea, sin embargo, en extremo característico que Kautsky, a pesar de haber manifestado en forma explícita que la era de las revoluciones ya había comenzado,

vuelva a eludir por completo el problema del Estado en el folleto que, según sus propias palabras, estaba dedicado a analizar la "revolución política".

Estas evasiones del problema, estas omisiones y estos equívocos culminaron inevitablemente en ese viraje total hacia el oportunismo del que tendremos que ocuparnos ahora.

Kautsky, el portavoz de los socialdemócratas alemanes, parece haber declarado: me atengo a concepciones revolucionarias (1899); reconozco, sobre todo, la inevitabilidad de la revolución social del proletariado (1902); reconozco el advenimiento de una nueva era de revoluciones (1909). No obstante, retrocedo respecto a lo que dijo Marx ya en 1852 cuando se plantea el problema de las tareas de la revolución proletaria con relación al Estado (1912).

Así, de este modo categórico, se planteó el problema en la polémica de Kautsky con Pannekoek.

3. La polémica de Kautsky con Pannekoek

Al combatir a Kautsky, Pannekoek apareció como uno de los representantes de la tendencia "radical de izquierda" que incluía a Rosa Luxemburg, Karl Radek y otros. Defendían la táctica revolucionaria y los unía la convicción de que Kautsky se estaba pasando al "centro", que, al margen de los principios, oscilaba entre el marxismo y el oportunismo. La guerra demostró que esta apreciación era por completo acertada cuando esta tendencia del "centro" (erróneamente llamada marxista) o "kautskista" se mostró en toda su repugnante hajeza.

En el artículo "*Las acciones de masas y la revolución*" (*Neue Zeit*, 1912, XXX, 2), en el que se toca el problema del Estado, Pannekoek caracteriza la actitud de Kautsky como de "radicalismo pasivo", como "una teoría de expectativa inactiva". "Kautsky se niega a ver el proceso de la revolución", decía Pannekoek (p. 616). Al plantear así el problema, Pannekoek aborda el tema que nos interesa, o sea, las tareas de la revolución proletaria con relación al Estado.

La lucha del proletariado —decía— no es simplemente una lucha contra la burguesía *por* el poder, sino una lucha *contra* el poder del Estado [...]. El contenido de la revolución proletaria es la destrucción y eliminación [literalmente: disolución, *Auflösung*] de los instrumentos de poder del Estado con ayuda de los instrumentos de poder del proletariado (p. 544). La lucha sólo cesará cuando, como resultado de ella, quede completamente destruida la organización estatal. La organización de la mayoría habrá demostrado entonces su superioridad al haber destruido la organización de la minoría dominante (p. 548).

La forma en que Pannekoek formula sus ideas adolece de serios defectos. Pero, a pesar de todo, su sentido está claro y es interesante ver *cómo* lo refuta Kautsky.

Hasta ahora —dice— la diferencia entre los socialdemócratas y los anarquistas consistía en que los primeros querían conquistar el poder, mientras que los segundos querían destruirlo. Pannekoek quiere hacer ambas cosas (p. 724).

Aunque a la exposición de Pannekoek le falta precisión y no es lo bastante concreta (sin hablar de otros defectos de su artículo que no tienen relación con el presente tema), Kautsky recoge precisamente la cuestión de *principio* planteada por Pannekoek; y en esta fundamental cuestión de *principio* Kautsky abandona completamente la posición marxista y se pasa por entero al oportunismo. Define erróneamente la diferencia entre los socialdemócratas y los anarquistas; vulgariza y deforma por completo el marxismo.

La diferencia entre los marxistas y los anarquistas es la siguiente: 1) los primeros, al mismo tiempo que se proponen la abolición total del Estado, reconocen que este objetivo sólo puede alcanzarse después de haber sido abolidas las clases por una revolución socialista, como resultado de la instauración del socialismo, que conduce a la extinción del Estado. Los segundos quieren abolir por completo el Estado de la noche a la mañana, sin comprender las condiciones bajo las cuales este puede ser abolido. 2) Los primeros reconocen que el proletariado, después de conquistar el poder político, debe destruir totalmente la vieja máquina del Estado y reemplazarla por una nueva, que consiste en una organización de obreros armados, similar al de la Comuna. Los segundos, si bien insisten en la destrucción del aparato del Estado, tienen una muy vaga idea en lo que respecta a *cómo* lo reemplazará el proletariado y a *cómo* utilizará este su poder revolucionario. Los anarquistas niegan, incluso, que el proletariado revolucionario deba hacer uso del poder, rechazan su dictadura revolucionaria. 3) Los primeros exigen que el proletariado se prepare para la revolución utilizando el Estado moderno. Los anarquistas lo rechazan.

En esta controversia no es Kautsky sino Pannekoek quien representa el marxismo, pues fue Marx quien nos enseñó que el proletariado no puede limitarse a conquistar el poder en el sentido de que la vieja máquina estatal pase a nuevas manos, sino que debe destruir esa máquina, romperla y reemplazarla por una nueva.

Kautsky abandona el marxismo y se pasa al oportunismo, porque de su argumentación desaparece completamente esta destrucción del aparato del Estado, que es completamente inaceptable para los oportunistas, y les deja la escapatoria de poder interpretar la "conquista" como una simple adquisición de la mayoría.

Para disimular su deformación del marxismo, Kautsky procede como un doctrinario: maneja una "cita" del propio Marx. En 1850 Marx escribió que era necesaria una "firme centralización del poder en manos del Estado". Y Kautsky pregunta, triunfante: ¿cómo pretende Pannekoek destruir el "centralismo"?

Esto es sencillamente una artimaña, como la identificación que hace Bernstein de las ideas del marxismo y del proudhonismo sobre el federalismo comparado con el centralismo.

La "cita" de Kautsky no viene al caso. El centralismo es posible tanto con la vieja como con la nueva máquina estatal. Si los obreros unen voluntariamente sus fuerzas armadas, esto será centralismo, pero basado en la "completa destrucción" de la máquina centralizada del Estado, el Ejército regular, la Policía y la burocracia. Kautsky actúa como un verdadero estafador al eludir las consideraciones perfectamente conocidas de Marx y Engels sobre la Comuna y al extraer una cita que no tiene nada que ver con el asunto.

¿Acaso Pannekoek quiere abolir las funciones públicas de los funcionarios? — pregunta Kautsky— Pero no podemos prescindir de funcionarios, ni siquiera en el partido y los sindicatos, sin hablar de la administración pública. Y nuestro programa no plantea la eliminación de los funcionarios públicos, sino que sean elegidos por el pueblo... No estamos discutiendo aquí la forma administrativa del aparato del "Estado futuro", sino si nuestra lucha política destruirá [literalmente: disolverá, *auflöst*] el poder de Estado antes de que nosotros lo hayamos conquistado [la cursiva es de Kautsky]. ¿Qué ministerio, con sus funcionarios, podría abolirse? [Sigue luego una enumeración de los ministerios de Educación, Justicia, Hacienda y Guerra]. No, ninguno de los actuales ministerios será eliminado por nuestra lucha política contra el Gobierno [...]. Repito, para evitar malentendidos: no estamos discutiendo aquí la forma que darán al "Estado futuro" los socialdemócratas triunfantes, sino cómo nuestra oposición modifica el Estado actual (p. 725).

Esto es una artimaña evidente. Pannekoek planteó el problema de la *revolución*. Tanto el título de su artículo como los pasajes más arriba citados lo indican claramente. Al saltar a la cuestión de la "oposición", Kautsky reemplaza el punto de vista revolucionario por el oportunista. Lo que él dice significa: en este momento somos opositores; qué seremos *después* de haber conquistado el poder, eso ya lo veremos. ¡La *revolución desaparece*! Y eso es exactamente lo que querían los oportunistas.

De lo que se trata no es de la oposición ni de la lucha política en general, sino de la *revolución*. La revolución consiste en que el proletariado *destruya* el "aparato administrativo" y *toda* la máquina del Estado y la reemplace por una nueva, constituida por los obreros armados. Kautsky pone de manifiesto una "veneración supersticiosa" hacia los "ministerios", pero ¿por qué no pueden estos ser reemplazados, digamos, por comisiones de especialistas subordinadas a los sóviets soberanos y todopoderosos de diputados obreros y soldados?

El punto no es, de ningún modo, si van a subsistir los "ministerios" o si se han de crear "comisiones de especialistas" u otros organismos; esto es completamente secundario. El punto es si subsistirá la vieja máquina estatal (atado por miles de hilos a la burguesía y calado hasta los huesos de rutina y de inercia) o si será *destruida* y reemplazada por una *nueva*. La revolución consiste, no en que la nueva clase dirija y gobierne con ayuda de la *vieja* máquina del Estado, sino en que esta clase *destruya* esa máquina y dirija, gobierne con ayuda

de una máquina *nueva*. Kautsky oculta este concepto *fundamental* del marxismo o no lo entiende en absoluto.

Su pregunta sobre los funcionarios demuestra claramente que no comprende las lecciones de la Comuna ni las enseñanzas de Marx. "No podemos prescindir de funcionarios, ni siquiera en el partido y los sindicatos..."

No podemos prescindir de funcionarios *bajo el capitalismo*, bajo la *dominación de la burguesía*. El proletariado está oprimido, el pueblo trabajador está esclavizado por el capitalismo. Bajo el capitalismo, la democracia está limitada, entumecida, cercenada, mutilada, por todo el Estado de esclavitud asalariada, por la penuria y miseria del pueblo. Esta y sólo esta es la razón por la que los funcionarios de nuestras organizaciones políticas y sindicales están corrompidos (o, más bien, tienden a corromperse) por el ambiente capitalista y muestran una tendencia a convertirse en burócratas, es decir, en personas privilegiadas, divorciadas del pueblo y situadas *por encima* de este.

Esta es la *ciencia* de la burocracia, y mientras los capitalistas no sean expropiados, mientras no se derroque a la burguesía, *incluso* los funcionarios proletarios estarán, hasta cierto punto, "burocratizados".

Según Kautsky, puesto que bajo el socialismo seguirá habiendo funcionarios elegidos, también habrá funcionarios públicos, *también* habrá burocracia! Y es en esto, precisamente, en lo que se equivoca. Marx, refiriéndose al ejemplo de la Comuna, demostró que bajo el socialismo los funcionarios dejarán de ser "burócratas", de ser "funcionarios públicos", dejarán de serlo *a medida que*, además del principio de la elección de los funcionarios, se implante *también* el principio de revocación de su mandato en cualquier momento; a medida que se reduzcan los sueldos al nivel de un salario obrero medio, y a medida que las instituciones parlamentarias sean reemplazadas por "organismos activos, ejecutivos y legislativos al mismo tiempo".

En realidad, todos los argumentos de Kautsky contra Parusckoeck, y en especial su extraordinario argumento de que no podemos prescindir de funcionarios ni siquiera en nuestro partido y en las organizaciones sindicales, no son más que una repetición de los viejos "argumentos" de Bernstein contra el marxismo en general. En su libro de renegado, *Las premisas del socialismo*, Bernstein combate contra las ideas de la democracia "primitiva", contra lo que él llama "democracia doctrinaria": mandatos imperativos, funcionarios sin sueldo, organismos representativos centrales impotentes, etc. Para demostrar que esta democracia "primitiva" no tiene solidez, Bernstein menciona la experiencia de las trade unions inglesas tal como la interpretan los esposos Webb. Setenta años de desarrollo "en absoluta libertad", dice (página 137 de la edición alemana), convencieron a las trade unions de la inutilidad de la democracia primitiva y la reemplazaron por la democracia corriente, es decir, por el parlamentarismo combinado con la burocracia.

En realidad, las trade unions no se desarrollaron "en absoluta libertad", *sino en absoluta esclavitud capitalista*, bajo la cual, no hace falta decirlo, "no se puede

prescindir" de una serie de concesiones a los males imperantes, la violencia, la falsedad, la exclusión de los pobres de los asuntos de la "alta" administración. Bajo el socialismo revivirán, inevitablemente, muchas cosas de la democracia "primitiva" porque, por primera vez en la historia de la sociedad civilizada, *la masa* de la población se elevará para intervenir *por cuenta propia* no sólo en votaciones y elecciones, *sino también en la administración diaria del Estado*. Bajo el socialismo, todos gobernarán por turno y pronto se acostumbrarán a que nadie gobierne.

El genio crítico-analítico de Marx vio en las medidas prácticas de la Comuna el *virgí* que temen los oportunistas y que no quieren reconocer por cobardía, porque no quieren romper irrevocablemente con la burguesía; y que no quieren ver los anarquistas, ya sea porque están apurados o porque no comprenden en absoluto las condiciones de los grandes cambios sociales. "No debemos pensar siquiera en destruir la vieja máquina del Estado; ¿cómo prescindir de ministerios y funcionarios públicos?", razona el oportunista, saturado de filisteísmo y que, en el fondo, no sólo no cree en la revolución, en la capacidad creadora de la revolución, sino que le tiene un miedo mortal (como nuestros mencheviques y eseristas).

"Debemos pensar *sólo* en destruir la vieja máquina del Estado; de nada vale indagar en las enseñanzas *oscuras* de las primitivas revoluciones proletarias ni analizar *con qué y cómo* reemplazar lo que ha sido destruido", razonan los anarquistas (los mejores anarquistas, naturalmente, no los que siguiendo a los señores Kropotkin y Cía. marchan a la zaga de la burguesía). En consecuencia, la táctica de los anarquistas es la táctica de la *desesperación*, en lugar de un esfuerzo revolucionario, implacable y audaz para resolver los problemas concretos, teniendo en cuenta, al mismo tiempo, las condiciones prácticas del movimiento de masas.

Marx nos enseña a evitar ambos errores; nos enseña a actuar con la mayor audacia en la destrucción de toda la vieja máquina del Estado y, al mismo tiempo, nos enseña a plantear el problema de modo concreto: la Comuna pudo, en el lapso de unas cuantas semanas, *comenzar* a construir una *nueva* máquina estatal, proletaria, implantando tales y tales medidas destinadas a ampliar la democracia y desarraigar la burocracia. Aprendamos de los comuneros la intrepidez revolucionaria; veamos en sus medidas prácticas un *esbozo* de las medidas realmente urgentes e inmediatamente aplicables y, entonces, *siguiendo este camino*, lograremos la total destrucción de la burocracia.

La posibilidad de esta destrucción está garantizada por el hecho de que el socialismo reducirá la jornada de trabajo, elevará *al pueblo* a una nueva vida, creará tales condiciones para *la mayoría* de la población que todos, sin excepción, podrán ejercer las "funciones del Estado", y esto conducirá a la *extinción completa* de toda forma de Estado en general.

El objetivo de la huelga de masas —prosigue Kautsky— no puede ser *destruir* el poder estatal; su objetivo sólo puede ser lograr que el Gobierno haga concesiones

en alguna cuestión específica o reemplazar un Gobierno hostil al proletariado por otro dispuesto a hacer algunas concesiones [*mitgetragenen*]... Pero nunca, bajo ninguna circunstancia puede esto [es decir, la victoria del proletariado sobre un Gobierno hostil] conducir a la destrucción del poder estatal; sólo puede conducir a un cierto *desplazamiento* [*Verschiebung*] en el equilibrio de fuerzas *dentro del poder estatal* [...]. El objetivo de nuestra lucha política sigue siendo, como antes, conquistar el poder ganando la mayoría en el parlamento y elevando el parlamento a la posición de jefe del Gobierno (pp. 726, 727, 732).

Esto no es otra cosa que el más puro y vulgar oportunismo: renunciar a la revolución en los hechos y aceptarla de palabra. El pensamiento de Kautsky no va más allá de "un Gobierno dispuesto a hacer algunas concesiones al proletariado", es un paso atrás hacia el filisteísmo en comparación con el año 1847, cuando el *Manifiesto comunista* proclamaba la "organización del proletariado como clase dominante".

Kautsky tendrá que realizar su tan preciada "unidad" con los Scheidemann, los Plejanov y los Vandervelde, todos los cuales están de acuerdo en luchar por un Gobierno "dispuesto a hacer algunas concesiones al proletariado".

Nosotros, sin embargo, romperemos con estos traidores al socialismo y lucharemos por la total destrucción de la vieja máquina estatal para que el mismo proletariado armado *sea el Gobierno*. Son dos cosas muy distintas.

Kautsky tendrá que gozar de la grata compañía de los Legien y David, los Plejanov, Potresov, Tsereteli y Chernov, que están muy dispuestos a luchar por "un desplazamiento en el equilibrio de fuerzas dentro del poder del Estado", por "ganar la mayoría en el parlamento" y "elevar el parlamento a la posición de jefe del Gobierno", un muy noble objetivo, totalmente aceptable para los oportunistas y que conserva todo dentro de los límites de la república parlamentaria burguesa.

Nosotros, sin embargo, romperemos con los oportunistas, y todo el proletariado con conciencia de clase estará con nosotros en la lucha, no por un "desplazamiento en el equilibrio de las fuerzas", sino para *derrocar a la burguesía*, para *destruir* el parlamentarismo burgués, por una república democrática similar a la de la Comuna, o una República de los sóviets de diputados obreros y soldados, por la dictadura revolucionaria del proletariado.

A la derecha de Kautsky, en el socialismo internacional, hay tendencias como la de los *Sozialistische Monatshefte* (Cuadernos mensuales socialistas) en Alemania (Legien, David, Kolb y muchos otros, incluyendo a los escandinavos Stauning y Branting); los partidarios de Jaurès y Vandervelde en Francia y Bélgica; Turati, Treves y otros derechistas del partido italiano; los fabianos y los "independientes" (el Partido Laborista Independiente, que en realidad

siempre dependió de los liberales) en Inglaterra, etc. Todos estos caballeros, que desempeñan un papel enorme, no pocas veces predominante, en la actividad parlamentaria y en la prensa de sus partidos, niegan francamente la dictadura del proletariado y siguen una política oportunista descarada. Para estos caballeros, la "dictadura" del proletariado li"contradice" la democracia!! No existe, en realidad, ninguna diferencia sustancial entre ellos y los demócratas pequeñoburgueses.

Si tomamos en consideración esta circunstancia tenemos derecho a llegar a la conclusión de que la II Internacional, es decir, la aplastante mayoría de sus representantes oficiales, se ha hundido completamente en el oportunismo. La experiencia de la Comuna no sólo ha sido ignorada, sino tergiversada. Lejos de inculcar en la conciencia de los obreros la idea de que se acerca el día en que deberán proceder a destruir la vieja máquina del Estado, reemplazarla por una nueva y convertir así su dominación política en base para la transformación socialista de la sociedad, en realidad han predicado a las masas todo lo contrario y han presentado la "conquista del poder" de modo tal que deja miles de escapatorias al oportunismo.

La deformación y el ocultamiento del problema de la relación entre la revolución proletaria y el Estado no podían dejar de desempeñar un enorme papel en un momento en que los Estados, que tienen un amplio aparato militar como consecuencia de la rivalidad imperialista, se han convertido en monstruos militares que están exterminando a millones de personas para decidir quién habrá de dominar el mundo: Gran Bretaña o Alemania, este o el otro capital financiero.

VII. LA EXPERIENCIA DE LA REVOLUCIÓN RUSA DE 1905 Y 1917

El objetivo indicado en el título de este capítulo es tan vasto que uno podría y debería consagrar volúmenes. En este folleto, naturalmente, nos limitaremos a las lecciones más importantes de la experiencia, que está directamente relacionada con las tareas del proletariado respecto al poder del Estado durante la revolución.

Palabras finales a la primera edición

El presente folleto fue escrito en agosto y septiembre de 1917. Ya había hecho el guión para el capítulo siguiente, el VII: "La experiencia de las revoluciones rusas en 1905 y 1917". Fuera del título, sin embargo, no tuve tiempo de escribir una sola línea de ese capítulo: fui "interrumpido" por una crisis política, la víspera de la Revolución de Octubre de 1917. Semejantes "interrupciones" no pueden producir más que alegría. Pero la elaboración de la segunda parte del folleto (*La experiencia de las revoluciones rusas en 1905 y 1917*) habrá que aplazarla seguramente por mucho tiempo; es más agradable y provechoso vivir la "experiencia de la revolución" que escribir sobre ella.

El autor

Petrogrado, 30 de noviembre de 1917

ACERCA DE LOS COMPROMISOS¹

Se llama compromiso en política a la concesión hecha a ciertas exigencias, a la renuncia a una parte de las propias reivindicaciones en virtud de un acuerdo con otro partido.

La idea que el hombre de la calle tiene habitualmente de los bolcheviques, idea fomentada por la prensa que los calumnia, es que los bolcheviques nunca acceden a compromiso alguno con nadie.

Tal idea es halagadora para nosotros como partido del proletariado revolucionario, ya que demuestra que hasta nuestros enemigos se ven obligados a reconocer nuestra fidelidad a los principios fundamentales del socialismo y de la revolución. Sin embargo, debemos decir que esa idea es errónea. Engels estaba en lo cierto cuando en su crítica al manifiesto de los blanquistas de la Comuna (1873) ridiculizó la declaración de estos: "¡Nada de compromisos!"². Esto es una frase vacía –dijo– porque los compromisos son a menudo inevitablemente impuestos por las circunstancias a un partido que lucha y es absurdo negarse de una vez para siempre a aceptar "pagos a cuenta". El deber de un partido auténticamente revolucionario no es declarar que es imposible renunciar a todo compromiso, sino saber, *a través de todos los compromisos* –cuando son inevitables–, permanecer fiel a sus principios, a su clase, a su misión revolucionaria, a su tarea de preparar la revolución y de educar a las masas populares para la victoria en la revolución.

Por ejemplo: participar en la tercera y cuarta Dumas era un compromiso, una renuncia temporaria a las exigencias revolucionarias. Pero era un compromiso absolutamente forzoso, porque la correlación de fuerzas excluía para nosotros, por cierto tiempo, la lucha revolucionaria de masas, y para su larga preparación era necesario saber trabajar aun *desde adentro* de una "pocilga" semejante. La historia ha demostrado que tal planteamiento del problema por los bolcheviques, como partido, era absolutamente correcto.

Ahora el problema no es un compromiso impuesto, sino un compromiso voluntario.

Nuestro partido, como cualquier otro partido político, aspira a conquistar el poder político *para sí*. Nuestra meta es la dictadura del proletariado revolucionario. Seis meses de revolución han confirmado con extraordinaria claridad, fuerza y elocuencia lo justo e inevitable de tal exigencia en interés

¹ Publicado el 19 (6) de septiembre de 1917 en *Rabochi Put* N.º 3.

² Ver Friedrich Engels, "El programa de los emigrados blanquistas de la Comuna", escrito en junio de 1874 y disponible en <http://marxists.org> [NdlE].

de *esta* revolución, ya que, de otro modo, el pueblo nunca obtendrá ni paz democrática, ni tierra para los campesinos ni completa libertad (una república enteramente democrática). Así lo reveló y demostró el curso de los acontecimientos durante los seis meses de nuestra revolución, la lucha de las clases y de los partidos, el desarrollo de las crisis del 20 y 21 de abril, del 9 y 10, 18 y 19 de junio, del 3 al 5 de julio y del 27 al 31 de agosto.

En la revolución rusa se produce un viraje tan brusco y original que, como partido, podemos proponer un compromiso voluntario, es cierto, no a la burguesía, nuestro directo y principal enemigo de clase, sino a nuestros adversarios más próximos, los partidos "dirigentes" democráticos pequeñoburgueses, los eseristas y los mencheviques.

Sólo como una excepción y sólo forzados por una situación especial que, evidentemente, se mantendrá sólo por un breve tiempo podemos proponer un compromiso a esos partidos y, a mi juicio, debemos hacerlo.

El compromiso por nuestra parte es *retirar* a nuestra exigencia de antes de julio: todo el poder a los sóviets y un Gobierno de eseristas y mencheviques responsable ante los sóviets.

Ahora, sólo ahora, y quizá *durante unos pocos días* o por una o dos semanas, un Gobierno de ese tipo podría ser creado y consolidado de un modo completamente pacífico. Podría garantizar muy probablemente el *avance* pacífico de toda la revolución rusa y ofrecer extraordinarias probabilidades de que el movimiento mundial se adelante a grandes pasos hacia la paz y hacia el triunfo del socialismo.

A mi parecer, sólo en nombre del desarrollo pacífico de la revolución, posibilidad *extraordinariamente* rara en la historia y *extraordinariamente* valiosa, posibilidad que sólo se presenta de cuando en cuando, los bolcheviques, que son partidarios de la revolución mundial y de los métodos revolucionarios, pueden y deben aceptar tal compromiso.

El compromiso consistiría en que los bolcheviques, sin pretender una participación en el Gobierno (imposible para los internacionalistas si no se ha realizado la dictadura del proletariado y del campesinado pobre), se abstendrán de exigir el inmediato paso del poder al proletariado y a los campesinos pobres y de emplear métodos revolucionarios de lucha por esta exigencia. La condición, de por sí evidente y que no es nueva para los eseristas y mencheviques, sería plena libertad de propaganda y la convocatoria a la Asamblea Constituyente sin nuevas dilaciones o aun en un plazo más breve.

Los mencheviques y los eseristas, como bloque gubernamental, consentirían (en el supuesto de que se llegara al compromiso) en formar un Gobierno íntegro y exclusivamente responsable ante los sóviets, que asumirán totalmente también el poder local. En eso consistiría la "nueva" condición. Pienso que los bolcheviques no propondrían otras condiciones, confiando en que una verdadera y completa libertad de propaganda y el inmediato establecimiento de una nueva democracia en la composición de los sóviets (nuevas elecciones)

y en su funcionamiento garantizarían de por sí un desarrollo pacífico de la revolución y *eliminarían pacíficamente* las luchas partidistas dentro de los sóviets.

¿Quizás esto ya sea imposible? Quizás. Pero, si existe aunque sea una probabilidad sobre cien, valdría la pena intentarlo.

¿Qué ganarían ambas partes "contratantes", o sea, los bolcheviques, por un lado y el bloque de los eseristas y los mencheviques, por el otro, con este "compromiso"? Si *ninguna* de las dos partes ganara nada sería necesario reconocer entonces la imposibilidad del compromiso y no habría nada más que decir. Por más difícil que sea ahora (después de julio y agosto, dos meses que equivalen a dos décadas de los tiempos "pacíficos" y somnolientos) ese compromiso, me parece que existe una pequeña probabilidad de llevarlo a cabo. Esa probabilidad se ha creado por la decisión de los eseristas y los mencheviques de no participar en un Gobierno junto con los kadetes.

Los bolcheviques ganarían la posibilidad de realizar con toda libertad la propaganda de sus opiniones y, en condiciones de una efectiva y plena democracia, conquistar influencia en los sóviets. De palabra "todos" conceden hoy esa libertad a los bolcheviques. Pero en la práctica esa libertad es *imposible* bajo un Gobierno burgués o un Gobierno en el que participe la burguesía, o bajo cualquier Gobierno, excepto el de los sóviets. Bajo un Gobierno soviético esa libertad sería *posible* (no decimos que sería una certeza, pero, con todo, sería posible). Por esa posibilidad, en un momento tan difícil, habría que llegar a un compromiso con la mayoría actual en los sóviets. Con una verdadera democracia *nosotros* nada tenemos que temer, ya que la vida está con nosotros y hasta la forma en que se desarrollan las tendencias dentro de los partidos eserista y menchevique, que nos son hostiles, confirma que estamos en lo cierto.

Los mencheviques y los eseristas ganarían al recibir de inmediato la plena posibilidad de realizar el programa de *su* bloque, con el apoyo de la evidentemente abrumadora mayoría del pueblo, y al asegurarse la utilización "pacífica" de su mayoría en los sóviets.

Por cierto que desde ese bloque, heterogéneo porque es un bloque y porque la democracia pequeñoburguesa es *siempre* menos homogénea que la burguesía y que el proletariado, se alzarían probablemente dos voces.

Una voz diría: no podemos seguir el mismo camino que los bolcheviques y el proletariado revolucionario. Este, de todos modos, exigirá más y atraerá demagógicamente a los campesinos pobres. Exigirá la paz y la ruptura con los aliados. Eso es imposible. Estamos más cómodos y más seguros con la burguesía; después de todo, no nos hemos separado de ella, sino que sólo hemos tenido una *riña* transitoria y sólo por el incidente de Kornilov. Hemos reñido, pero ya nos reconciliaremos. Además, los bolcheviques no nos hacen ninguna "concesión", porque sus intentos de insurrección están condenados a la derrota, como la Comuna de 1871.

La otra voz diría: referirse a la Comuna es muy superficial y hasta tonto porque, en primer lugar, algo han aprendido los bolcheviques desde 1871 y

ahora no dejarían de apoderarse de los bancos y no vacilarían en marchar sobre Versailles. En tales condiciones hasta la Comuna podría haber triunfado. Además, la Comuna no podía ofrecer inmediatamente al pueblo todo lo que podrán ofrecerle los bolcheviques si llegan al poder, es decir: la tierra a los campesinos, una propuesta inmediata de paz, un verdadero control de la producción, una paz honesta con los ucranianos, con los finlandeses, etc. Hablando en términos vulgares, los bolcheviques tienen diez veces más "cartas de triunfo" en sus manos que la Comuna. En segundo lugar, la Comuna significa después de todo una penosa guerra civil, una prolongada detención del desarrollo cultural pacífico, facilita las operaciones y las maniobras de todos los MacMahon y Kornilov; y tales operaciones amenazan a toda nuestra sociedad burguesa. ¿Es sensato correr el riesgo de una Comuna?

Pero la Comuna será inevitable en Rusia si no tomamos el poder en nuestras manos, si las cosas siguen en el mismo estado grave en que se hallaron desde el 6 de mayo hasta el 31 de agosto. Todo obrero y soldado revolucionario inevitablemente pensará en la Comuna, tendrá fe en ella, inevitablemente intentará llevarla a cabo, pues razonará así: el pueblo perece; la guerra, el hambre y la ruina se extienden. Sólo la Comuna puede salvarnos. Pereceremos, moriremos todos, pero crearemos la Comuna. Tales pensamientos son inevitables en los obreros y no se logrará vencer a la Comuna ahora tan fácilmente como en 1871. La Comuna rusa tendrá en todo el mundo aliados cien veces más fuertes que en 1871... ¿Es sensato que corramos el riesgo de una Comuna? Tampoco puedo consentir que los bolcheviques en la práctica no nos cedan nada con su compromiso, ya que en todos los países civilizados los ministros civilizados atribuyen un gran valor a todo acuerdo con el proletariado en tiempos de guerra, por pequeño que sea. Le reconocen un valor muy, muy grande. Y se trata de hombres de acción, de auténticos ministros. Los bolcheviques se fortalecen con rapidez, a pesar de la represión y de debilidad de su prensa... ¿Es sensato que corramos el riesgo de una Comuna?

Tenemos una mayoría segura; todavía no está tan cercano el despertar del campesino pobre; estamos a salvo para toda la vida. No creo que en un país campesino la mayoría siga a los extremistas. Y contra una mayoría evidente, en una república verdaderamente democrática, la insurrección es imposible. Así hablaría la segunda voz.

Quizá se encuentre también una tercera voz entre los partidarios de Martov o de Spiridonova, que diga: me indigna, "camaradas", que ambos, al hablar acerca de la Comuna y de la posibilidad de su existencia, se coloquen sin vacilar del lado de sus adversarios. En una forma u otra, ambos se colocan del lado de aquellos que aplastaron a la Comuna. No emprenderé una campaña por la Comuna, no puedo prometer de antemano que combatiré en sus filas como lo hará cualquier bolchevique, pero debo decir que si la Comuna, a pesar de mis esfuerzos, se inicia, antes ayudaré a sus defensores que a sus adversarios...

La mezcolanza de voces en el "bloque" es grande e inevitable, porque entre los demócratas pequeñoburgueses está representado un mundo de matices, desde un completo burgués, perfectamente elegible para un cargo en el Gobierno, hasta un semimendigo, que aún no es capaz de adoptar la posición del proletariado. Y nadie sabe cuál será en cada momento el resultado de esa mezcolanza de voces.

Las líneas precedentes fueron escritas el viernes 1° de septiembre, pero debido a circunstancias imprevistas (la historia dirá que bajo Kerensky no todos los bolcheviques eran libres de elegir su domicilio) no llegaron a la redacción ese mismo día. Después de haber leído los periódicos del sábado y los de hoy, me digo: quizá sea demasiado tarde para proponer un compromiso. Quizá los pocos días en los cuales *todavía* era posible un desarrollo pacífico *también* hayan pasado. Sí, todo indica que ya han pasado. Kerensky se alejará, de uno u otro modo, del partido de los escritas, y *de los propios* escritas, y afianzará su posición con ayuda de los burgueses sin los escritas y gracias a su inacción... Sí, todo indica que los días en que era ocasionalmente posible el camino del desarrollo pacífico han pasado ya. Sólo me resta enviar estas notas a la redacción rogándole que las encabece así: "Reflexiones tardías"... A veces, quizá, puede ser de cierto interés conocer algunas reflexiones tardías.

3 de septiembre de 1917

PROYECTO DE RESOLUCIÓN SOBRE LA SITUACIÓN POLÍTICA ACTUAL¹

Basándose en la resolución sobre la situación política, aprobada por el VI Congreso del POSDR (de los bolcheviques), y aplicando dicha resolución a la situación actual, el Comité Central del POSDR en su reunión plenaria², declara:

1. En dos meses, desde el 3 de julio hasta el 3 de septiembre, el curso de la lucha de clases y el desarrollo de los acontecimientos políticos, a consecuencia de la velocidad inaudita de la revolución, han impulsado tanto a todo el país hacia adelante como no hubiera podido avanzar en muchos años de paz, sin revolución y sin guerra.

2. Se pone cada vez más en claro que los acontecimientos del 3 al 5 de julio fueron el viraje de toda la revolución. Sin una valoración correcta de estos acontecimientos, no es posible valorar correctamente las tareas del proletariado ni la velocidad de desarrollo de los acontecimientos revolucionarios, que está fuera de nuestro control.

3. Las calumnias contra los bolcheviques, que la burguesía difunde con increíble empeño y que hace circular pródigamente entre el pueblo con la ayuda de los millones invertidos en los periódicos y editoriales capitalistas, se desenmascaran cada día más rápida y ampliamente. Las masas obreras de la capital y de las grandes ciudades, primero, y luego los campesinos, comprenden cada vez más que las calumnias contra los bolcheviques son una de las armas principales que emplean los capitalistas en la lucha contra los defensores de los intereses de los obreros y de los campesinos pobres, es decir, contra los bolcheviques.

4. La rebelión de Kornilov, es decir, la rebelión de los generales y oficiales, respaldados por los terratenientes y capitalistas, con el partido kadete (el partido de la "libertad del pueblo") a la cabeza, intentó simplemente encubrirse repitiendo las viejas calumnias contra los bolcheviques. Esto fue lo que más contribuyó a abrir los ojos definitivamente a los más amplios sectores del pueblo acerca de la verdadera significación de las calumnias burguesas contra el partido obrero bolchevique, partido de los auténticos defensores de los pobres.

5. Si nuestro partido se hubiese negado a apoyar el movimiento de masas del 3 y 4 de julio, que estalló espontáneamente a pesar de nuestros esfuerzos por contenerlo, habría traicionado real y completamente al proletariado,

¹ Escrito antes del 3 (16) de septiembre de 1917. Publicado por primera vez en 1925, en *Leninskiy Sbornik* N.º 4.

² Estas tesis finalmente no fueron votadas por el Comité Central [NdE].

porque el pueblo se lanzó a la acción, justa y legítimamente indignado por la prolongación de la guerra imperialista, que es una guerra de rapina librada en interés de los capitalistas, y por la inacción del Gobierno y de los sóviets frente a la burguesía, que agudiza y acentúa el hambre y el caos económico.

6. A pesar de todos los esfuerzos de la burguesía y del Gobierno, a pesar de los arrestos de cientos de bolcheviques, de la confiscación de sus papeles y documentos, de los allanamientos a las oficinas de redacción, etc.; a pesar de todo esto, nadie ha conseguido ni conseguirá jamás probar la calumnia de que el objetivo de nuestro partido en el movimiento del 3 y 4 de julio fue otro que el de una demostración "pacífica y organizada", bajo la consigna de la entrega de todo el poder estatal a los sóviets de diputados obreros, soldados y campesinos.

7. Habría sido un error si el 3 y 4 de julio los bolcheviques se hubiesen propuesto como objetivo la toma del poder, debido a que la mayoría, no sólo del pueblo, sino también de los obreros, no había experimentado entonces en la práctica la política contrarrevolucionaria de los generales en el Ejército, de los terratenientes en el campo y de los capitalistas en la ciudad. Esta política sólo quedó al descubierto para las masas después del 5 de julio, y fue el fruto de la conciliación entre los socialrevolucionarios y mencheviques, por un lado, y la burguesía, por otro. Pero ni una sola organización de nuestro partido, ni central ni local, sostuvo oralmente ni por escrito la consigna de la toma del poder el 3 y 4 de julio ni discutió siquiera esta cuestión.

8. El verdadero error cometido por nuestro partido el 3 y 4 de julio, error que hoy han puesto de relieve los acontecimientos, consistió sencillamente en considerar la situación general del país *menos* revolucionaria de lo que en realidad resultó ser, en considerar que *todavía* era posible un desarrollo pacífico de las transformaciones políticas por medio de un cambio en la política de los sóviets, cuando en la práctica los mencheviques y socialrevolucionarios se habían enredado y atado tanto en su conciliación con la burguesía y cuando esta se había vuelto a tal punto contrarrevolucionaria que ya no era posible el desarrollo pacífico. Pero nuestro partido no podía desterrar esta idea errónea —inspirada sólo en la confianza de que los acontecimientos no se desarrollarían con demasiada celeridad— más que participando en el movimiento popular del 3 y 4 de julio con la consigna "Todo el poder a los sóviets" y con el objetivo de otorgar al movimiento un carácter pacífico y organizado.

9. La significación histórica de la rebelión de Kornilov reside en que con extraordinaria fuerza abrió los ojos del pueblo a un hecho que con frases conciliatorias encubrían y siguen encubriendo los escristas y mencheviques. El hecho es que los terratenientes y burgueses, encabezados por el partido kadete, y con los generales y oficiales que están de su lado, se han organizado; están dispuestos a cometer, o cometen, los crímenes más atroces, tales como los de entregar Riga (y tras ella, Petrogrado) a los alemanes, dejarles abierto el frente de guerra, mandar los regimientos bolcheviques al combate, iniciar motines, hacer marchar las tropas sobre la capital, con la División Salvaje a la cabeza,

etc., etc. El propósito de todo esto es tomar el poder íntegro y ponerlo en manos de la burguesía para afianzar el poder de los terratenientes en el campo e inundar el país con la sangre de los obreros y los campesinos.

La rebelión de Kornilov ha demostrado en Rusia lo que la historia había probado en todos los países: que la burguesía traiciona a su país y comete cualquier crimen con tal de retener su poder sobre el pueblo y sus ganancias.

10. Para los obreros y campesinos de Rusia no hay otra alternativa, salvo la de luchar resueltamente y lograr la victoria sobre los terratenientes y la burguesía, sobre el partido kadete y los generales y oficiales que simpatizan con él. Sólo la clase obrera de las ciudades podrá conducir al pueblo, es decir, a todos los trabajadores, a esa lucha y a esa victoria, siempre que todo el poder estatal pase a sus manos y siempre que la apoyen los campesinos pobres.

11. Los acontecimientos de la revolución rusa, sobre todo después del 6 de mayo y aún más después del 3 de julio, se desarrollan con tan increíble velocidad de torbellino o de huracán que el Partido no debe proponerse en modo alguno acelerarlos. Por el contrario, todos los esfuerzos deberán orientarse a no quedar a la zaga de los acontecimientos y a realizar a tiempo nuestra labor de explicar, en la medida de nuestras fuerzas, a los obreros y trabajadores los cambios en la situación y en el curso de la lucha de clases. Tal sigue siendo la principal tarea del Partido: explicar al pueblo que la situación es extremadamente crítica, que toda acción puede terminar en un estallido, razón por la cual un levantamiento prematuro podría acarrear los mayores daños. Al mismo tiempo, la situación crítica lleva inevitablemente a la clase obrera —y tal vez con una rapidez catastrófica— a una situación en que ella, dado el giro de los acontecimientos, que están fuera de su control, se vea obligada a dar la batalla decisiva a la burguesía contrarrevolucionaria y a conquistar el poder.

12. La rebelión de Kornilov ha puesto bien en evidencia que el Ejército, todo el Ejército, *odia al Estado Mayor*. Así tuvieron que reconocerlo hasta esos mencheviques y eseristas que, durante meses, han demostrado su odio a los bolcheviques y su defensa de la política del acuerdo entre los obreros y los campesinos, por un lado, y los terratenientes y la burguesía, por otro. El gobierno de Kerensky, al limitarse a sustituir a Kornilov por Alexéyev, dejando en sus puestos a Klembovsky y otros generales de Kornilov, al no hacer nada serio por democratizar las fuerzas armadas y eliminar los jefes contrarrevolucionarios, no debilitará el odio de la base del Ejército hacia el Estado Mayor, sino que lo accentuará. Los sóviets, que toleran y apoyan esta política débil, vacilante y sin principios de Kerensky, y que una vez más perdieron la ocasión de tomar pacíficamente todo el poder al liquidar la revuelta de Kornilov, se hacen culpables, no sólo por su política de conciliación, sino incluso por su conciliación criminal.

El Ejército, que odia al Estado Mayor y no quiere librar una guerra que, como ahora sabe, es una guerra de conquista, está inevitablemente condenado a nuevas catástrofes.

13. La clase obrera, cuando conquiste el poder, será la única capaz de seguir una política de paz en los hechos y no de palabra, como los mencheviques y escristas, quienes en realidad apoyan a la burguesía y sus tratados secretos. Concretamente, la clase obrera, inmediatamente y cualquiera sea la situación militar, aun si los generales de Kornikov, después de entregar Riga, entregasen también Petrogrado, propondrá a *todos* los pueblos condiciones francas, precisas, claras y *justas* de paz. La clase obrera puede hacerlo en nombre de todo el pueblo, porque la abrumadora mayoría de los obreros y campesinos de Rusia se oponen a la guerra anexionista actual y son partidarios de una paz concertada en condiciones justas, sin anexiones (conquistas) y sin indemnizaciones.

Los socialrevolucionarios y mencheviques, que llevan varios meses hablando de esta paz, se engañan a sí mismos y engañan al pueblo. Tan pronto como conquiste el poder, la clase obrera, sin perder un solo día, propondrá esa paz a todos.

A los capitalistas de todos los países les es tan difícil contener la revolución obrera contra la guerra —una revolución que se extiende por todas partes— que si la revolución rusa deja de suspirar impotente y lastimosamente por la paz y pasa a proponerla directamente, junto con la publicación y anulación de los tratados secretos, etc., hay noventa y nueve probabilidades sobre cien de que esa paz se establezca rápidamente, de que los capitalistas no puedan impedir la paz.

Y si se da el caso, muy improbable, de que los capitalistas rechacen las condiciones de paz del Gobierno obrero ruso contra la voluntad de sus propios pueblos, la revolución en Europa se acercaría cien veces más, y el Ejército de nuestros obreros y campesinos no elegirá a jefes y superiores odiados, sino a otros a quienes respete. El Ejército se convencerá, una vez ofrecida la paz y desbaratados los tratados secretos, rota la alianza con los terratenientes y la burguesía, y entregada toda la tierra a los campesinos, de la necesidad de una guerra justa. Sólo entonces será la guerra por parte de Rusia una guerra justa, la única en que los obreros y los campesinos lucharán por su propia voluntad y no por la fuerza; y esta guerra acercará aún más la inevitable revolución obrera en los países avanzados.

14. La clase obrera, cuando conquiste el poder, será la única capaz de garantizar la entrega inmediata y sin indemnización de todas las tierras de los terratenientes a los campesinos. Esto no se debe postergar. La Asamblea Constituyente legitimará la entrega, pero los campesinos no son culpables de que la Asamblea Constituyente se aplace. Los campesinos están cada vez más convencidos de que por medio de un acuerdo con los terratenientes y los capitalistas es imposible conseguir la tierra. La tierra sólo puede conseguirse por la alianza fraternal y muy estrecha entre los campesinos pobres y los obreros.

La renuncia de Chernov al Gobierno, después de que se esforzó durante meses por defender los intereses de los campesinos mediante grandes y pequeñas concesiones a los terratenientes del partido kadete y después de que

fracasaron todas estas tentativas, puso de manifiesto palpablemente lo estéril de la política de conciliación. Los campesinos en las aldeas ven, saben y sienten toda la insolencia de los terratenientes después del 5 de julio y se dan cuenta de que es necesario ponerles freno.

15. La clase obrera, cuando conquiste el poder, será la única capaz de poner fin al caos económico y al hambre inminente. El Gobierno viene prometiendo el control desde el 6 de mayo; pero no ha hecho ni podía hacer nada, porque los capitalistas y terratenientes desbaratan todo trabajo en ese sentido. La desocupación crece, el hambre se avecina, la moneda se devalúa. La dimisión de Peshejonov, después de duplicar los precios fijos, acentuará la crisis y muestra una vez más toda la debilidad e impotencia del Gobierno. Sólo el control obrero sobre la producción y la distribución puede salvar la situación. Sólo un Gobierno obrero pondrá freno a los capitalistas, promoverá un apoyo heroico de los trabajadores a los esfuerzos del *poder estatal* y establecerá el orden y un intercambio regular de cereal por artículos manufacturados.

16. La confianza de los campesinos pobres en la clase obrera de las ciudades, socavada durante algún tiempo por las calumnias de la burguesía y las esperanzas en la política de conciliación, se restablece sobre todo después de que los arrestos en el campo y las diversas formas de persecución a los trabajadores posteriores al 5 de julio, y, por último, la rebelión de Kornilov, abrieron los ojos al pueblo. Los dos principales partidos que llevaron hasta el fin la política de conciliación con la burguesía, los socialrevolucionarios y mencheviques, ven crecer en su seno, sobre todo después del 5 de julio, el descontento contra esta política. Descontento que se expresó en la oposición a la política de conciliación en el último "Consejo" del Partido Socialrevolucionario y en el congreso del Partido Menchevique, oposición que abarcó aproximadamente a los dos quintos (40%) de sus miembros. Este es uno de los síntomas de que la fe en la política de conciliación con la burguesía se está perdiendo.

17. Todo el curso de los acontecimientos, todas las condiciones económicas y políticas, todo lo que ocurre en las fuerzas armadas, contribuye crecientemente a preparar la triunfal conquista del poder por la clase obrera, que dará paz, pan y libertad y que acelerará la victoria de la revolución proletaria en otros países.

LOS BOLCHEVIQUES DEBEN TOMAR EL PODER¹

Carta al Comité Central y a los comités del POSDR(b) de Petrogrado y de Moscú

Al haber obtenido la mayoría en los sóviets de diputados obreros y soldados de ambas capitales los bolcheviques pueden y deben tomar el poder en sus manos.

Ellos pueden porque la mayoría activa de los elementos revolucionarios del pueblo de ambas capitales es suficientemente amplia para arrastrar a las masas, vencer la resistencia del adversario, derrotarlo, conquistar el poder y retenerlo. Porque los bolcheviques, al proponer de inmediato una paz democrática, al entregar de inmediato la tierra a los campesinos y al restablecer las instituciones y las libertades democráticas cercenadas o destruidas por Kerensky, constituirán un Gobierno que nadie podrá derrocar.

La mayoría del pueblo está con nosotros. Lo ha demostrado el largo y difícil curso de los acontecimientos desde el 6 de mayo hasta el 31 de agosto² y el 12 de septiembre: la mayoría conquistada en los sóviets de las capitales es el fruto de la evolución del pueblo hacia nosotros. Las vacilaciones de los eseristas y de los mencheviques y el aumento de la cantidad de mencheviques internacionalistas en sus filas también lo confirman.

La Conferencia Democrática³ no representa a la mayoría del pueblo revolucionario, sino sólo a la capa superior conciliadora de la pequeñoburguesía. No hay que dejarse engañar por las cifras electorales; las elecciones no prueban nada: compárense las elecciones a las Dumas de Petrogrado y Moscú con las elecciones a los sóviets. Compárense las elecciones en Moscú con la huelga del 12 de agosto en Moscú: estos son datos objetivos respecto de esa mayoría de elementos revolucionarios que conducen a las masas.

La Conferencia Democrática engaña al campesinado; no le da ni paz ni tierra.

Sólo un Gobierno bolchevique dará satisfacción a las reivindicaciones del campesinado.

1 Escrito el 12-14 (25-27) de septiembre de 1917. Publicado por primera vez en 1921 en la revista *Proletarskaya Revoliutsia* N.º 2.

2 El 31 de agosto, luego del levantamiento de Kornilov, la plenaria del Sóviet de Petrogrado vota el paso del poder a manos del Sóviet [NdE].

3 La Conferencia Democrática fue convocada por el CEC del Sóviet y se reunió en Petrogrado del 14 (25) al 22 (5 de octubre) de septiembre de 1917. Los bolcheviques votan participar de la misma pero luego cambian su posición y se retiran [NdE].

¿Por qué los bolcheviques deben tomar el poder justamente ahora?

Porque la inminente rendición de Petrogrado hará que nuestras posibilidades sean cien veces menos favorables.

Y no está dentro de nuestras posibilidades impedir la rendición de Petrogrado mientras Kerensky y Cía. estén al frente del Ejército.

Tampoco podemos "esperar" a que se reúna la Asamblea Constituyente, porque entregando Petrogrado Kerensky y Cía. pueden siempre frustrar su convocatoria. Sólo nuestro partido, habiendo tomado el poder, podrá garantizar la convocatoria de la Asamblea Constituyente y, con el poder, acusará a los demás partidos por la dilación y podrá probar sus acusaciones.

Se puede y se debe impedir una paz por separado entre los imperialistas británicos y alemanes, pero sólo procediendo rápidamente.

El pueblo está cansado de las vacilaciones de los mencheviques y eseristas. Sólo nuestra victoria en las capitales arrastrará a los campesinos detrás de nosotros.

No se trata ahora del "día" o del "momento" de la insurrección en el sentido estricto de la palabra. Eso lo decidirá la opinión general de quienes están en contacto con los obreros y los soldados, con las masas.

Se trata de que ahora nuestro partido tiene virtualmente en la Conferencia Democrática su congreso, y este congreso debe decidir (quiera o no quiera, pero debe) el destino de la revolución.

Se trata de que la tarea sea clara para el Partido: una insurrección armada, en Petrogrado y Moscú (con su región), la conquista del poder y el derrocamiento del Gobierno. Debemos estudiar cómo hacer propaganda a favor de esto sin decirlo tan explícitamente en la prensa.

Recordar y examinar las palabras de Marx sobre la insurrección: "La insurrección es un arte", etcétera.

Sería ingenuo esperar hasta que los bolcheviques logren una mayoría "formal": ninguna revolución espera tal cosa. Tampoco esperan Kerensky y Cía., sino que preparan la entrega de Petrogrado. ¡Son las deplorables vacilaciones de la "Conferencia Democrática" las que han de hacer agotar la paciencia de los obreros de Petrogrado y de Moscú! La historia no nos perdonará si no tomamos el poder ahora.

¿Que no tenemos un aparato? Existe un aparato: los sóviets y las organizaciones democráticas. La situación internacional en este momento, en vísperas de la conclusión de una paz por separado entre los británicos y los alemanes, nos favorece. Ofrecer la paz a los pueblos ahora mismo significa vencer.

Con la toma inmediata del poder tanto en Moscú como en Petrogrado (no importa en cuál primero; es probable que comience Moscú) triunfaremos absoluta e incuestionablemente.

EL MARXISMO Y LA INSURRECCIÓN CARTA AL COMITÉ CENTRAL DEL POSDR (B)¹

Una de las más perniciosas y quizá más difundidas deformaciones del marxismo utilizada por los partidos "socialistas" imperantes es la mentira oportunista de que la preparación de la insurrección y, en general, considerar la insurrección como un arte es "blanquismo".

Bernstein, dirigente del oportunismo, se ganó ya triste celebridad al acusar de blanquismo al marxismo, y cuando nuestros actuales oportunistas lanzan exclamaciones sobre blanquismo no mejoran ni "enriquecen" en lo más mínimo las pobres "ideas" de Bernstein.

¿Se acusa de blanquismo a los marxistas porque consideran la insurrección como un arte? ¿Es posible una más flagrante distorsión de la verdad, cuando ningún marxista negará que fue el propio Marx quien se pronunció al respecto del modo más concreto, más preciso y categórico, refiriéndose a la insurrección específicamente como un arte, diciendo que debe ser considerada como un arte, que es necesario obtener el primer triunfo y proseguir luego de triunfo en triunfo sin interrumpir jamás la ofensiva contra el enemigo, aprovechando su confusión, etc., etcétera?

Para poder triunfar, la insurrección debe apoyarse, no en una conspiración, no en un partido, sino en la clase de avanzada. Esto en primer lugar. La insurrección debe apoyarse en *el ascenso revolucionario del pueblo*. Esto en segundo lugar. La insurrección debe apoyarse en *ese momento de viraje* en la historia ascendente de la revolución cuando la actividad de la vanguardia del pueblo está en su apogeo, en que son mayores las *violaciones* en las filas del enemigo y *en las filas de los débiles, fríos, indecisos amigos de la revolución*. Esto en tercer lugar. Y estas tres condiciones, al plantear el problema de la insurrección, son las que distinguen el *marxismo* del *blanquismo*.

Pero, una vez dadas estas condiciones, negarse a concebir la insurrección como un arte significa traicionar el marxismo y traicionar la revolución.

Para demostrar que este es precisamente el momento que el partido debe reconocer como aquel en el que todo el curso de los acontecimientos ha colocado objetivamente la insurrección a la orden del día y que la insurrección debe ser considerada como un arte, quizá sea lo mejor emplear el método comparativo y trazar un paralelo entre las jornadas del 3 y 4 de julio y las de septiembre.

¹ Escrito el 13-14 (26-27) de septiembre de 1917. Publicado por primera vez en 1921 en la revista *Proletarskaya Revoliutsia* N.º 2.

El 3 y 4 de julio se podía sostener, sin faltar a la verdad, que lo correcto era tomar el poder, porque de todos modos nuestros enemigos nos acusarían de insurrección y nos tratarían implacablemente como rebeldes. Sin embargo, haberse decidido, según este cálculo, por la toma del poder en ese entonces habría sido un error porque no existían las condiciones objetivas para el triunfo de la insurrección.

(1) No contábamos todavía con el apoyo de la clase que es la vanguardia de la revolución.

No teníamos todavía la mayoría entre los obreros y soldados de las capitales. Hoy la tenemos en ambos sóviets. Ello es fruto *únicamente* de la experiencia de los acontecimientos que van de julio a agosto, por la experiencia de la "represión" de que fueron objeto los bolcheviques y por la experiencia frente a la rebelión de Kornilov.

(2) No existía entonces un ascenso revolucionario de todo el pueblo. Ahora existe, después de la rebelión de Kornilov. La situación en las provincias y el hecho de que los sóviets hayan asumido el poder en muchas localidades así lo demuestran.

(3) Por aquel entonces las *vacilaciones* no habían alcanzado todavía un grado político serio en las filas de nuestros enemigos y en las de la pequeñoburguesía indecisa. Ahora esas vacilaciones son gigantescas: nuestro principal enemigo, el imperialismo aliado y mundial (ya que los "aliados" encabezan el imperialismo mundial), ha empezado a *vacilar* entre una guerra hasta la victoria final y una paz por separado dirigida contra Rusia. Y nuestros demócratas pequeñoburgueses, que han perdido, evidentemente, la mayoría en el pueblo, han empezado a vacilar terriblemente y han rechazado un bloque, es decir, una coalición, con los kadetes.

(4) Por consiguiente, una insurrección el 3 y 4 de julio habría sido un error: no habríamos podido retener el poder ni física ni políticamente. No habríamos podido mantenernos físicamente, aunque por momentos tuviéramos a Petrogrado en nuestras manos, porque en ese entonces nuestros obreros y soldados no habrían *luchado y muerto* por retener Petrogrado: les faltaba todavía ese "furor", ese odio violento *tanto* contra los Kerensky como contra los Tsereteli y los Chernov. Nuestra gente no estaba todavía templada por la experiencia de las persecuciones a los bolcheviques en las que participaron los escritas y los mencheviques.

No habríamos podido retener políticamente el poder el 3 y 4 de julio porque antes de la rebelión de Kornilov el Ejército y las provincias podían marchar y habrían marchado sobre Petrogrado.

Hoy el panorama es completamente diferente.

Contamos con la adhesión de la mayoría de una clase, la vanguardia de la revolución, la vanguardia del pueblo, capaz de arrastrar a las masas tras de sí.

Contamos con la adhesión de la mayoría del pueblo, porque la renuncia de Chernov, si bien de ningún modo es el único síntoma, es el más claro y más evidente síntoma de que los campesinos *se recibirán* la tierra por parte del

bloque de los eseristas (ni por parte de los propios eseristas), y esta es la razón fundamental del carácter popular de la revolución.

Estamos en la posición ventajosa de un partido que conoce con certeza cuál es su camino, en momentos en que todo el imperialismo y todo el bloque de los mencheviques y eseristas vacilan de modo increíble.

Nuestro *triunfo está asegurado*, porque el pueblo está ya al borde de la desesperación y nosotros ofrecemos a todo el pueblo una salida segura; durante los "días de la rebelión de Kornilov" hemos demostrado al pueblo entero la importancia de nuestra dirección, y después propusimos a "los políticos del bloque" un compromiso que *ellos rechazaron*, sin haber cesado por ello en sus vacilaciones.

Sería un gran error creer que nuestro ofrecimiento de un acuerdo no ha sido todavía rechazado y que la Conferencia Democrática puede todavía aceptarlo. El compromiso fue propuesto por un partido a partidos, no podía ser propuesto de otro modo. Los partidos lo rechazaron. La Conferencia Democrática es solamente una conferencia y nada más. No hay que olvidar una cosa: en ella no está representada la mayoría del pueblo revolucionario, los campesinos pobres y enfurecidos. Se trata de una conferencia *de una minoría del pueblo*; no debe olvidarse esta verdad evidente. Sería un gran error, puro cretinismo parlamentario de nuestra parte, considerar la Conferencia Democrática como un parlamento; porque aunque se hubiese proclamado a sí misma un parlamento permanente y soberano de la revolución, a pesar de ello no decidiría nada: *el poder de decisión está fuera de ella*, en los barrios obreros de Petrogrado y Moscú.

Existen todas las *condiciones objetivas* para una insurrección victoriosa. Contamos con la excepcional ventaja de una situación en la que *sólo nuestra* victoria en la insurrección puede poner fin a la cosa más penosa del mundo, las vacilaciones, que han agotado al pueblo; en la que *sólo nuestra* victoria en la insurrección entregará inmediatamente la tierra a los campesinos; una situación en la que *sólo nuestra* victoria en la insurrección puede frustrar la treta de una paz por separado dirigida contra la revolución; frustrarla mediante la oferta franca de una paz más completa, más justa y más próxima, una paz que beneficiará a la revolución.

Por último, *sólo* nuestro partido, mediante una insurrección victoriosa, puede salvar a Petrogrado, porque si nuestra oferta de paz es rechazada y no obtenemos ni siquiera un armisticio, nos convertiremos entonces en "defensistas", nos pondremos al frente de los partidos belicistas, nos convertiremos en el más "belicista" y libraremos una guerra verdaderamente revolucionaria. Despojaremos a los capitalistas de todo el pan y de todas las botas. Les dejaremos sólo migajas y los calzaremos con zapatillas. Y enviaremos al frente todo el pan y todo el calzado.

Y así salvaremos a Petrogrado.

Todavía son inmensos, en Rusia, los recursos, tanto materiales como espirituales, para una guerra verdaderamente revolucionaria: hay un 99% de

probabilidades de que los alemanes nos concederán por lo menos un armisticio. Y obtener ahora un armisticio significaría en sí *una victoria mundial*.

Luego de haber reconocido la absoluta necesidad de una insurrección de los obreros de Petrogrado y de Moscú para salvar la revolución y para salvar a Rusia de un reparto "por separado" por parte de los imperialistas de ambas coaliciones, primero debemos adaptar nuestra táctica política en la Conferencia a las condiciones de la creciente insurrección; en segundo lugar, debemos demostrar que no sólo de palabra aceptamos la idea de Marx de que la insurrección debe considerarse como un arte.

Inmediatamente debemos cohesionar al grupo bolchevique en la Conferencia, sin correr detrás de los números y sin temor a dejar a los vacilantes en el campo de los vacilantes: allí son más útiles a la causa de la revolución que en el campo de los luchadores firmes y decididos.

Debemos elaborar una breve declaración de los bolcheviques, subrayando resueltamente la improcedencia de los largos discursos, la improcedencia de los "discursos" en general, la necesidad de una acción inmediata para salvar la revolución, la absoluta necesidad de una ruptura total con la burguesía, de la total destitución de todo el actual Gobierno, de una ruptura total con los imperialistas anglo-franceses, que están preparando un reparto "por separado" de Rusia; la necesidad del paso inmediato de todo el poder a manos de *la democracia revolucionaria encabezada por el proletariado revolucionario*.

Nuestra declaración deberá formular esta conclusión en la forma más breve y tajante, de acuerdo con los proyectos de programa: paz para los pueblos, tierra para los campesinos, confiscación de las ganancias escandalosas y represión del escandaloso sabotaje de la producción por los capitalistas.

Cuanto más breve, cuanto más tajante sea la declaración, mejor. Dos puntos más, de enorme importancia, deben señalarse claramente en ella: que el pueblo está agotado por las vacilaciones, que está harto de la indecisión de los eseristas y mencheviques; y que nosotros rompemos definitivamente con esos partidos porque han traicionado a la revolución.

Una cosa más: al proponer inmediatamente una paz sin anexiones, al romper inmediatamente con los aliados imperialistas y con todos los imperialistas, obtendremos enseguida un armisticio, o bien todo el proletariado revolucionario estrechará filas en defensa del país y bajo la dirección del proletariado, todos los demócratas revolucionarios librarán una guerra verdaderamente justa, verdaderamente revolucionaria.

Después de dar lectura a esta declaración y de reclamar *resoluciones* y no palabras, *acciones* y no resoluciones escritas, debemos enviar a todo nuestro grupo a las *fábricas* y a los *cuarteles*: allí está su lugar, allí está el pulso de la vida,

allí está la fuente de salvación de nuestra revolución y allí está el motor de la Conferencia Democrática.

Allí, con discursos fogosos y apasionados, debemos explicar nuestro programa y presentar la alternativa: o la Conferencia lo acepta íntegro, o si no la insurrección. No hay término medio. No es posible esperar. La revolución se muere.

Si planteamos el problema de ese modo y concentramos todo nuestro grupo en las fábricas y los cuarteles, estaremos en condiciones de determinar el momento justo para iniciar la insurrección.

Para considerar la insurrección en forma marxista, es decir, como un arte, debemos, al mismo tiempo, sin perder un solo minuto, organizar un *Estado Mayor* de los destacamentos insurgentes, distribuir nuestras fuerzas, enviar los regimientos de confianza a los puntos más importantes, rodear el Teatro Alexandrinsky, ocupar la Fortaleza de Pedro y Pablo, arrestar al Estado Mayor y al Gobierno y enviar contra los cadetes militares y contra la División Salvaje aquellos destacamentos dispuestos a morir antes de dejar acercar al enemigo a los puntos estratégicos de la ciudad; debemos movilizar a los obreros armados y llamarlos a librar la furiosa batalla final, ocupar inmediatamente el telégrafo y la central telefónica, trasladar *nuestro* Estado Mayor insurreccional a esta última y conectarlo por teléfono con todas las fábricas, todos los regimientos, con todos los puntos de lucha armada, etcétera.

Por supuesto, todo esto es a modo de ejemplo, sólo para ilustrar el hecho de que en el momento presente es imposible permanecer fiel al marxismo, permanecer fiel a la revolución, *sin considerar como un arte la insurrección*.

N. Lenin

LA CATÁSTROFE QUE NOS AMENAZA Y CÓMO LUCHAR CONTRA ELLA¹

El hambre se acerca²

Una catástrofe inminente se cierne sobre Rusia. El transporte ferroviario se halla increíblemente desorganizado y la desorganización avanza. Los ferrocarriles acabarán por paralizarse. Cesará el suministro de materias primas y de carbón a las fábricas. Cesará el suministro de cereal. Los capitalistas sabotean (dañan, paran, minan, frenan) deliberada y persistentemente la producción, confiando en que una catástrofe inaudita significará la bancarrota de la república y de la democracia, de los soviets y, en general, de las asociaciones proletarias y campesinas, y facilitará así el retorno a la monarquía y la restauración del poder ilimitado de la burguesía y de los terratenientes.

El peligro de una gran catástrofe y del hambre es inminente. Todos los periódicos han escrito ya sobre eso infinidad de veces. Los partidos y los soviets de obreros, soldados y campesinos han votado un sinnúmero de resoluciones en las que se reconoce que la catástrofe es inevitable, que está ya muy cerca, que es necesario adoptar medidas extremas para luchar contra ella, que es necesario que el pueblo haga "esfuerzos heroicos" para evitar la ruina, etcétera.

Todo el mundo lo dice. Todo el mundo lo reconoce. Todo el mundo juzga que es así.

Pero no se hace nada.

Han pasado seis meses de revolución. La catástrofe está aún más cerca. El desempleo ha adquirido carácter masivo. Reflexionen: en el país hay escasez de mercancías, el país parece por falta de víveres, por falta de mano de obra, aunque existe cereal y materias primas en cantidad suficiente; ¡y en un país que se encuentra en esas condiciones, en un momento tan crítico, hay desempleo masivo! ¿Hace falta mejor prueba de que durante estos seis meses de revolución (que algunos denominan gran revolución, pero que, por ahora, sería más justo denominar revolución podrida), con una república democrática, con gran profusión de asociaciones, organismos e instituciones que se intitulan orgullosamente "democráticas revolucionarias", no se ha hecho en realidad *nada*?

¹ Escrito entre el 10 y el 14 (23 y 27) de septiembre de 1917. Publicado como folleto a fines de octubre de 1917 en Petrogrado por la Ed. Priboi.

² Escritas estas líneas, me entero por los periódicos de que el Gobierno de Kerensky implanta el monopolio del azúcar y, por supuesto, lo implanta de un modo burocrático-reaccionario, sin congresos de los empleados y obreros, sin publicidad, sin poner freno a los capitalistas!

serio, nada absolutamente, para evitar la catástrofe, para evitar el hambre? Nos acercamos con rapidez creciente a la ruina. La guerra no espera, y aumenta el caos originado por ella en todos los aspectos de la vida del pueblo.

Sin embargo, basta con fijarse y reflexionar un poco para convenirse de que existen los medios necesarios para luchar contra la catástrofe y el hambre, de que las medidas que se requieren para combatirlas son muy claras, sencillas, perfectamente realizables y al alcance de las fuerzas del pueblo, y de que si no se toman es *sólo y exclusivamente* porque su cumplimiento afectaría las ganancias fabulosas de un puñado de terratenientes y capitalistas.

En efecto, puede asegurarse que no se hallará un solo discurso, ni un solo artículo, sea cual fuere la tendencia del periódico, ni una sola resolución, sea cual fuere la asamblea o institución en que se haya votado, donde no se expongan de modo claro y concreto las medidas fundamentales y decisivas para luchar contra la catástrofe y el hambre, para evitarlos. Esas medidas son el control, la inspección, el registro, la regulación por el Estado, la implantación de una distribución acertada de la mano de obra en la producción y en la distribución de los productos, el ahorro de las energías del pueblo, la eliminación de todo esfuerzo superfluo, la economía de esfuerzos. Control, inspección, registro: son los requisitos principales para luchar contra la catástrofe y el hambre. Eso es algo indiscutible y admitido por todo el mundo. Pero eso es precisamente lo que *no hacen* por miedo a atentar contra la supremacía de los terratenientes y los capitalistas, contra sus beneficios inmensos, inauditos, escandalosos, beneficios obtenidos con los altos precios y los suministros de guerra (y hoy, directa o indirectamente, casi todos "trabajan" para la guerra), beneficios que todo el mundo conoce, que todo el mundo observa y a propósito de los cuales todo el mundo se lamenta y gime.

Sin embargo, el Estado no hace nada serio, nada absolutamente, para implantar ese control, ese registro e inspección.

La pasividad completa del Gobierno

En todas partes tiene lugar un sabotaje sistemático y persistente a todo tipo de control, inspección y registro y a todos los intentos del Estado para establecerlos. Y hace falta ser increíblemente ingenuo para no comprender —o profundamente hipócrita para aparentar que no se comprende— de dónde parte ese sabotaje y de qué recursos se vale. Porque ese sabotaje por parte de los banqueros y los capitalistas, esa *frustración* por parte de ellos de todo tipo de control, inspección y registro, se adapta a las formas estatales de una república democrática, a la existencia de las instituciones "democráticas revolucionarias". Los señores capitalistas han aprendido perfectamente un hecho que reconocen de palabra todos los partidarios del socialismo científico, pero que los mencheviques y los eseristas procuraron olvidar tan pronto como sus amigos

lograron cómodos puestos de ministros, viceministros, etc. Ese hecho es que la esencia económica de la explotación capitalista no varía en lo más mínimo porque las formas monárquicas de gobierno sean sustituidas por las republicanas democráticas, y que, por consiguiente, también lo contrario es cierto: sólo necesita ser modificada la *forma* de lucha a favor de conservar la inviolabilidad y la santidad de las ganancias capitalistas salvaguardándolas con la misma eficacia bajo una república democrática que bajo una monarquía absoluta.

El sabotaje actual, moderno, republicano, democrático, a todo tipo de control, registro e inspección consiste en que los capitalistas aceptan verbalmente, "de todo corazón", el "principio" del control y la necesidad del control (como hacen, por supuesto, todos los mencheviques y todos los eseristas) e insisten en que se implante "gradualmente", metódicamente, y según una "regulación establecida por el Estado". Pero, en realidad, tras estas bellas palabras se oculta la *frustración* del control, su reducción a la nada, a una ficción, la simple comedia del control, el aplazamiento de todas las medidas eficaces y de verdadera importancia práctica, la creación de organismos de control extraordinariamente complicados, engorrosos, inertes y burocráticos, dependientes todos ellos de los capitalistas y que no hacen ni pueden hacer absolutamente nada.

Para no lanzar afirmaciones gratuitas nos remitiremos a testimonios de mencheviques y eseristas, es decir, de esas mismas personas que en los primeros seis meses de revolución tuvieron la mayoría en los sóviets, que participaron en el "Gobierno de coalición" y que, por ello, son políticamente responsables ante los obreros y los campesinos rusos de su tolerancia para con los capitalistas y de que estos hayan frustrado todo control.

El periódico oficial del organismo supremo entre los llamados organismos "plenamente competentes" (¡no es broma!) de la democracia "revolucionaria", *Ivestia del GEC* (es decir, del Comité Ejecutivo Central del Congreso de los Sóviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos de toda Rusia), publica en su número 164, del 7 de septiembre de 1917, una *resolución* de una organización especial de control, creada y dirigida por esos mismos mencheviques y eseristas. Esa institución especial es el Departamento Económico del Comité Ejecutivo Central. En esa resolución se consigna oficialmente, como un hecho, "*la completa pasividad de los organismos centrales de regulación de la vida económica adjuntos al Gobierno*".

¿Puede haber un testimonio más elocuente de la bancarrota de la política menchevique y eserista que esta declaración suscrita por los propios mencheviques y eseristas?

La necesidad de regular la vida económica fue ya reconocida bajo el zarismo, y con ese fin se crearon ciertas instituciones. Pero bajo el zarismo el caos económico hacía progresos cada vez mayores y alcanzó proporciones monstruosas. Inmediatamente se reconoció que era misión del Gobierno republicano, revolucionario, adoptar medidas efectivas y decididas para poner fin al caos económico. Al ser formado, con la participación de los mencheviques y

escribas, el Gobierno de "coalición", este prometió, en su muy solemne declaración pública del 6 de mayo, que el Estado implantaría el control y la regulación. Los Tsereteli y los Chernov, y como ellos todos los líderes mencheviques y escribas, juraron y perjurarón que ellos no eran sólo responsables por la gestión del Gobierno, sino que, además, los "organismos plenamente competentes de la democracia revolucionaria" por ellos regidos vigilaban en la práctica la labor del Gobierno y la verificaban.

Desde el 6 de mayo han transcurrido cuatro meses, cuatro largos meses en los que Rusia ha sacrificado la vida de cientos de miles de soldados en aras de la absurda "ofensiva" imperialista, en los que el caos y el desastre se han aproximado con botas de siete leguas, en los que el verano ofrecía posibilidades excepcionales para hacer muchas cosas, tanto en el transporte por agua como en la agricultura, en la exploración de minerales, etc., etc. ¡Y al cabo de cuatro meses los mencheviques y los escribas se ven obligados a admitir oficialmente la "completa pasividad" de las instituciones de control adjuntas al Gobierno!

¡Y hoy (escribo estas líneas precisamente en vísperas de la Conferencia Democrática convocada para el 12 de septiembre) estos mencheviques y escribas declaman, con seriedad de estadistas, que aún puede ponerse remedio a las cosas sustituyendo la coalición con los kadetes por una coalición con los Kit Kirich de la industria y del comercio, con los Riabushinsky, los Bublikov, los Tereschenko y Cía.!

¿Cómo se explica —nos preguntamos— esta asombrosa ceguera de los mencheviques y los escribas? ¿Debemos considerar que como políticos son criaturitas que por su extremo candor y falta de discernimiento no saben lo que hacen y se equivocan de buena fe? ¿O será que los abundantes puestos de ministro, viceministro, gobernador general, comisario, etc., que ocupan tienen la virtud de producir una ceguera especial, "política"?

Medidas de control conocidas por todos y fácilmente aplicables

Puede surgir la pregunta de si los métodos y medidas de control no son extraordinariamente complejos, difíciles, no probados y hasta desconocidos. ¿No se deberán las dilaciones a que los estadistas del partido kadete, la clase industrial y comercial y los partidos escriba y menchevique llevan ya seis meses esforzándose a más no poder por indagar, estudiar y descubrir medidas y métodos de control sin que hayan podido llegar todavía a una solución del problema, dada su increíble dificultad?

Desgraciadamente, así es como tratan de presentar las cosas para "echar polvo a los ojos" del *myñik* inculto, ignorante y embrutecido y del hombre de la calle, que cree en todo y no averigua nada. La realidad es que hasta el zarismo, hasta el "viejo régimen", al crear los Comités de la Industria de Guerra *comocía* la medida fundamental, el método principal y vía para implantar el control:

agrupar a la población según su profesión, según el objetivo y la rama de su trabajo, etc. Pero el zarismo *temía* que la población se agrupase y por eso recurría a todos los medios para limitar y obstaculizar artificialmente esa vía y ese método de control, universalmente conocido, muy fácil y enteramente práctico.

Todos los países beligerantes, que sufren la carga extraordinaria y las calamidades de la guerra, que sufren, en mayor o menor grado, el caos económico y el hambre, han trazado, fijado, aplicado y probado hace ya mucho *toda una serie* de medidas de control, que consisten casi todas ellas en agrupar a la población, crear o fomentar asociaciones de diverso tipo, vigiladas por el Estado, en las que participan representantes del Estado, etc., etc. Estas medidas de control son conocidas por todos y sobre ellas se ha hablado y escrito mucho; las leyes sobre el control dictadas por las potencias beligerantes más adelantadas han sido traducidas al ruso o expuestas con todo detalle en la prensa rusa.

Si quisiera realmente ejercer el control de un modo serio y efectivo, si sus instituciones no se hubiesen condenado ellas mismas a la "completa pasividad" con su servilismo ante los capitalistas, a nuestro Estado le bastaría con echar mano de la abundante reserva de medidas de control ya conocidas y aplicadas en el pasado. El único obstáculo en ese camino —obstáculo que los kadetes, los eseristas y los mencheviques ocultan al pueblo— era y sigue siendo que el control posdría al descubierto los beneficios fabulosos de los capitalistas y minaría la base de esos beneficios.

Para explicar mejor esta cuestión importantísima (que en esencia equivale a la cuestión del programa de *todo* Gobierno realmente revolucionario, que quiere salvar a Rusia de la guerra y del hambre), enumeremos y examinemos por separado las principales medidas de control.

Vemos que a un Gobierno que no se llamara democrático revolucionario solamente en broma le hubiese bastado con decretar (disponer, ordenar), ya en la primera semana de su existencia, la adopción de las principales medidas de control, imponer a los capitalistas que pretendiesen burlar fraudulentamente el control castigos estrictos y severos, e invitar a la población a que inspeccionase ella misma a los capitalistas, a que vigilase si cumplían o no escrupulosamente las disposiciones acerca del control, para que este hubiese sido implantado en Rusia hace ya tiempo.

He aquí esas medidas principales:

- 1) Fusión de todos los bancos en un banco único y control por el Estado de sus operaciones, o nacionalización de los bancos.
- 2) Nacionalización de los consorcios, es decir, de las más grandes asociaciones monopolistas de los capitalistas (consorcios del azúcar, del petróleo, del carbón, metalúrgico y otros).
- 3) Abolición del secreto comercial.
- 4) Agremiación obligatoria (es decir, agrupación obligatoria en asociaciones) de los industriales, los comerciantes y los patrones en general.

5) Organización obligatoria de la población en cooperativas de consumo o fomento, y control de esa organización.

Vamos ahora qué significación tendría cada una de estas medidas siempre y cuando se realizase por vía democráticorevolucionaria.

La nacionalización de los bancos

Los bancos constituyen, como es sabido, centros de la vida económica moderna, los principales centros nerviosos de todo el sistema económico capitalista. Hablar de una "regulación de la vida económica" y eludir el problema de la nacionalización de los bancos significa mostrar una ignorancia supina o engañar a la "gente común" con frases pomposas y promesas alisonantes con la deliberada intención de no cumplir esas promesas.

Es absurdo querer controlar y regular el suministro de cereal o, en general, la producción y la distribución de los productos si a la par no se controlan y regulan las operaciones bancarias. Es algo así como lanzarse a la caza de unos *kopeks* sueltos y cerrar los ojos a millones de rublos. Los bancos modernos están tan estrecha e indisolublemente entrelazados con el comercio (de cereales y todo lo demás) y con la industria que sin "poner la mano" sobre los bancos no se puede hacer nada serio, nada "democrático revolucionario".

Pero ¿quizás eso de "poner la mano" sobre los bancos sea para el Estado una operación muy difícil y complicada? Habitualmente se trata de asustar a los filisteos con esta idea, es decir, tratan los capitalistas y sus abogados, porque son los que salen beneficiados con ello.

Pero, en realidad, la nacionalización de los bancos, que no priva ni de un solo *kopek* a ningún "propietario", no ofrece absolutamente ninguna dificultad, ni técnica ni cultural, y si esa medida se demora es *exclusivamente* por la sórdida codicia de un insignificante puñado de ricos. Si se confunde con tanta frecuencia la nacionalización de los bancos con la confiscación de los bienes privados es por culpa de la prensa burguesa, que difunde esa confusión para engañar al público.

La propiedad sobre el capital con que operan los bancos y que se concentra en ellos se acredita por medio de certificados impresos y manuscritos, a los que se da nombre de acciones, obligaciones, letras de cambio, recibos, etc. Con la nacionalización de los bancos, es decir, con la fusión de todos los bancos en un solo banco estatal, no se anularía ni modificaría ninguno de esos certificados. Quien poseyese quince rublos en su libreta de ahorros seguiría siendo propietario de quince rublos después de la nacionalización de los bancos, y quien tuviese quince millones seguiría teniendo quince millones después de la nacionalización de los bancos, en forma de acciones, obligaciones, letras de cambio, documentos comerciales, etcétera.

¿En qué reside, pues, la significación de la nacionalización de los bancos?

En que es imposible ejercer un efectivo control de cualquier tipo sobre los bancos por separado y sus operaciones (aun suponiendo que se suprima el secreto comercial, etc.), porque no se puede seguir las complicadísimas, confusas y astutas maniobras a que se recurre al hacer los balances, al fundar empresas y sucursales ficticias, al emplear los servicios de testaferros, etc., etc. Sólo la fusión de todos los bancos en un banco único, sin que esto implique la menor modificación en las relaciones de propiedad, sin que, repetimos, se le quite un solo *ápéol* a ningún propietario, *permitiría* ejercer un verdadero control, naturalmente, siempre y cuando se lleven a cabo todas las demás medidas antes mencionadas. Sólo nacionalizando los bancos *podrá* el Estado estar en condiciones de saber adónde y cómo, de dónde y cuándo se desplazan los millones y los miles de millones de rublos. Y sólo el control sobre los bancos, sobre el centro, sobre el eje principal y mecanismo básico de la circulación capitalista, permitiría organizar el control real y no ficticio sobre toda la vida económica, sobre la producción y distribución de los productos más importantes, y organizar la "regulación de la vida económica", que de otro modo está inevitablemente condenada a seguir siendo una frase ministerial para engañar a la gente común. Sólo el control sobre las operaciones bancarias, a condición de que se concentren en un solo banco estatal, permitiría organizar, previa adopción de otras medidas fácilmente realizables, la recaudación efectiva del impuesto a las utilidades sin que haya ocultaciones de bienes e ingresos, dado que en la actualidad el impuesto a las utilidades es, en gran parte, una ficción.

Bastaría tan sólo decretar la nacionalización de los bancos y la llevarían a cabo los mismos directores y empleados. Para ello no hace falta ningún aparato especial ni se requiere tampoco pasos preparatorios especiales por parte del Estado, ya que es una medida que puede ser efectuada por simple decreto, "de un solo golpe". El propio capitalismo, que en su desarrollo ha llegado a la etapa de las letras de cambio, las acciones, las obligaciones, etc., se encargó de crear la posibilidad económica de esa medida. *Todo* lo que se requiere es *unificar la contabilidad*. Y si el Gobierno democrático revolucionario decidiera que en cada ciudad se convocasen inmediatamente, por telégrafo, asambleas y; en cada región y en todo el país, conferencias de directores y empleados para la inmediata fusión de todos los bancos en un solo banco estatal, esa reforma sería llevada a cabo en unas pocas semanas. Por supuesto, serían precisamente los directores y los altos empleados quienes opondrían resistencia, quienes tratarían de engañar al Estado, de postergar las cosas, etc., pues esos caballeros perderían puestos muy rentables y la posibilidad de operaciones fraudulentas muy lucrativas; *ahí está el quid de la cuestión*. Pero no existe la menor dificultad técnica para la fusión de los bancos, y si el poder estatal fuese revolucionario no sólo de palabra (es decir, si no temiese acabar con la inercia y con la rutina), si fuese democrático no sólo de palabra (es decir, si obrase en interés de la mayoría del pueblo y no de un puñado de ricos), bastaría con decretar la confiscación de bienes y el encarcelamiento de los directores, los consejeros y los grandes accionistas en castigo por la menor dilación o por los intentos

de ocultar los saldos de cuentas y otros documentos. Bastaría con organizar *aparte*, por ejemplo, a los empleados más pobres y premiarlos por descubrir los fraudes y dilaciones de los ricos para que la nacionalización de los bancos avanzara lisa y llanamente y con suma velocidad.

La nacionalización de los bancos reportaría enormes ventajas a todo el pueblo, y particularmente no a los obreros (pues los obreros poco tienen que ver con los bancos), sino a la masa de campesinos y pequeños industriales. El ahorro de trabajo sería gigantesco, y suponiendo que el Estado conservase el mismo número de empleados de banco, con la nacionalización se habría dado un gran paso hacia la universalización del uso de los bancos, el aumento del número de sus sucursales, la mayor accesibilidad de sus operaciones, etc., etc. Serían precisamente los *pequeños* propietarios, los campesinos, quienes podrían obtener créditos en condiciones muchísimo más fáciles y accesibles. Y el Estado obtendría por primera vez la posibilidad, primero, de *revisar*, sin que nadie pudiera ocultárselas, las operaciones financieras más importantes; luego, de *controlarlas*, luego de *regular* la vida económica y, finalmente, de *obtener* millones y miles de millones para las grandes transacciones estatales sin necesidad de abonar "comisiones" fabulosas a los señores capitalistas por sus "servicios". Por eso, y sólo por eso, todos los capitalistas, todos los profesores burgueses, toda la burguesía y todos los Plejanov, Potresov y Cía. a su servicio están dispuestos a luchar con uñas y dientes contra la nacionalización de los bancos e inventan miles de excusas para impedir la adopción de esta medida muy fácil y muy urgente a pesar de tratarse de una medida que *hasta* desde el punto de vista de la "defensa" del país, es decir, desde el punto de vista militar, proporcionaría una enorme ventaja y reforzaría extraordinariamente el "poderío militar" del país.

Se nos podrá objetar: ¿por qué países tan avanzados como Alemania y Estados Unidos de América practican una excelente "regulación de la vida económica" sin pensar siquiera en nacionalizar los bancos?

Porque —contestamos—, aunque uno de ellos es una monarquía y el otro una república, *ambos* Estados no son sólo capitalistas, sino también imperialistas. Como tales, llevan a cabo las reformas que necesitan por métodos burocráticos reaccionarios, mientras que nosotros hablamos aquí de métodos democrático-revolucionarios.

Esta "pequeña diferencia" es de una importancia sustancial. "No es costumbre", por lo general, pensar en ella. En nuestro país (y especialmente entre los *eseristas* y los *mencheviques*), las palabras "democracia revolucionaria" se han convertido casi en una frase convencional, algo así como la expresión "a Dios gracias", que emplea también gente no tan poco instruida como para creer en Dios, o como la expresión "respetable ciudadano", con la que uno se dirige a veces incluso a los redactores de *Dnev* o de *Volintat*, a pesar de que casi todos se dan cuenta de que estos periódicos han sido fundados y son sostenidos por los capitalistas en interés de los capitalistas y que por lo tanto la colaboración en ellos de los *seudosocialistas* tiene muy poco de "respetable".

Si no empleamos la frase "democracia revolucionaria" como una pomposa frase estereotipada, como una frase convencional, y *reflexionamos* acerca de lo que significa, encontramos que ser demócrata significa tener presentes en la práctica los intereses de la mayoría y no los de la minoría del pueblo, y que ser revolucionario significa demoler del modo más resuelto e implacable todo lo perjudicial, todo lo caduco.

En Norteamérica y en Alemania ni los Gobiernos ni las clases gobernantes, que nosotros sepamos, pretenden el título de "democracia revolucionaria", que reivindicar para sí (y prostituyen) nuestros eseristas y mencheviques.

En Alemania son *muchos*, en total, los grandes bancos privados que tienen importancia nacional; en Norteamérica hay sólo *dos*. Para los magnates financieros de esos bancos es más fácil, más cómodo, más ventajoso asociarse privadamente, subrepticiamente, de modo reaccionario y no revolucionario; de modo burocrático y no democrático; sobornando a los funcionarios gubernamentales (esa es la norma general lo mismo en Norteamérica *que en Alemania*) y manteniendo el carácter privado de los bancos a fin conservar el secreto de las operaciones, estrujar al mismo Estado millones y más millones de "super-ganancias" y asegurar los fraudes financieros.

Tanto Norteamérica como Alemania "regulan la vida económica" en forma tal que crean para los obreros (y en parte también para los campesinos) condiciones de *prejuicio militar*, y para los banqueros y capitalistas, un *paraíso*. Su regulación consiste en "exprimir" a los obreros hasta llevarlos al hambre, mientras que a los capitalistas se les garantizan (subrepticiamente, al estilo burocrático reaccionario) ganancias *más altas* que antes de la guerra.

También en la Rusia republicana imperialista es del todo posible semejante camino. No es otro, en efecto, el que siguen no sólo los Miliukov y los Shingariov, sino también Kerensky, en sociedad con Tèreschenko, Nekrasov, Bernatsky, Prokopovich y Cía., quienes *defienden, asimismo*, de manera burocrática y reaccionaria la "inviolabilidad" de los bancos y su derecho sagrado a percibir fabulosos beneficios. Digamos, pues, la verdad: en la Rusia republicana quieren regular la vida económica de manera burocrática y reaccionaria, pero tropiezan "a menudo" con la dificultad que para ello supone la existencia de los "sóviets", esos sóviets que el Kornilov número uno no logró disolver, pero que tratará de disolver el Kornilov número dos...

Tal será la verdad. Y esta verdad sencilla, aunque amarga, contribuirá más al esclarecimiento del pueblo que las almbaradas mentiras sobre "nuestra" "gran" democracia "revolucionaria"...

La nacionalización de los bancos facilitaría extraordinariamente la simultánea nacionalización de los seguros, es decir, la fusión de todas las compañías de seguros en una sola, la centralización de sus operaciones, su control por el

Estado. Los congresos de empleados de las compañías de seguros se encargarían también en este caso de llevar a cabo la fusión inmediatamente y sin grandes esfuerzos, tan pronto como el Estado democrático revolucionario lo decretase y ordenase a los directores y a los grandes accionistas que efectuaran esa fusión sin la menor demora y bajo su estricta responsabilidad personal. Los capitalistas han invertido en los seguros cientos de millones de rublos. Todo el trabajo lo hacen los empleados. La fusión de estos negocios conduciría a que bajasen las primas del seguro, proporcionaría numerosas ventajas y facilidades para los asegurados y permitiría aumentar el número de estos sin aumentar el gasto de fondos y energías. Fuera de la inercia, la rutina y el egoísmo de un puñado de personas colocadas en puestos lucrativos, no hay absolutamente nada que demore esta reforma, que, además, reforzaría la "capacidad defensiva" del país, ahorrando trabajo del pueblo y abriendo, no de palabra, sino en los hechos, muchas y muy importantes posibilidades de "regular la vida económica".

La nacionalización de los consorcios

El capitalismo se distingue de los antiguos sistemas económicos precapitalistas en que ha creado la más estrecha interconexión e interdependencia de las distintas ramas de la economía. Si no fuese así, sería técnicamente imposible —dicho sea de paso— el menor avance hacia el socialismo. El capitalismo moderno, bajo el cual los bancos dominan la producción, ha llevado a su punto culminante esa interdependencia de las distintas ramas de la economía. Los bancos y las ramas más importantes de la industria y del comercio están inseparablemente unidos. Eso quiere decir, por una parte, que no es posible nacionalizar sólo los bancos, sin proceder a crear el monopolio estatal de los consorcios comerciales e industriales (del azúcar, del carbón, hierro, petróleo, etc.) y sin nacionalizarlos. Eso quiere decir, por otra parte, que la regulación de la actividad económica, si se lleva a cabo seriamente, exige a un mismo tiempo la nacionalización de los bancos y de los consorcios.

Tomemos, por ejemplo, el consorcio del azúcar. Surgió bajo el zarismo y se transformó entonces en una enorme asociación capitalista con refinerías magníficamente equipadas; y esta asociación, como es lógico, imbuida del espíritu más reaccionario y burocrático, garantizaba a los capitalistas elevadas ganancias, mientras reducía a sus obreros y empleados a un régimen de humillación, opresión y esclavitud y a la absoluta privación de derechos. Ya entonces el Estado controlaba y regulaba la producción... en interés de los magnates, de los ricos.

En este caso, *bastaría* con transformar la regulación burocrática reaccionaria en democrática revolucionaria, mediante simples decretos que convocasen un congreso de empleados, ingenieros, directores y accionistas, implantasen un sistema de contabilidad uniforme, el control por parte de los sindicatos obreros, etc. Es una cosa sumamente sencilla ¡y, sin embargo, no se ha hecho!! Bajo

lo que es una república democrática la regulación de la industria del azúcar sigue siendo, *en los hechos*, burocrática reaccionaria; todo sigue como antes: despilfarro del trabajo del pueblo, estancamiento y rutina, enriquecimiento de los Bobrinsky y los Tèreschenko. Llamar a los demócratas y no a los burócratas, a los obreros y los empleados y no a los "reyes del azúcar" a que desplieguen su iniciativa propia: eso es lo que hubiera podido y debido hacerse en unos cuantos días, de un solo golpe, si los eseristas y los mencheviques no hubiesen empañado la mente del pueblo con planes de "asociación" con esos mismos reyes del azúcar, asociación con los ricos por la cual y en virtud de la cual la "completa pasividad" del Gobierno en materia de regulación de la vida económica es completamente inevitable³.

Tomemos la industria del petróleo. Fue "socializada" en enorme medida por el desarrollo anterior del capitalismo. Dos o tres reyes del petróleo manejan millones y cientos de millones de rublos, dedicándose a cortar cupones y a embolsar beneficios fabulosos de un "negocio" que ya hoy está, en los hechos, técnica y socialmente organizado en escala nacional y es dirigido ya por cientos y miles de empleados, ingenieros, etc. La nacionalización de la industria del petróleo puede efectuarse *inmediatamente* y es, además, imperiosa para un Estado democrático revolucionario, sobre todo si este atraviesa por una crisis aguda, en la que urge ahorrar a todo trance trabajo del pueblo y aumentar la producción de combustible. Es evidente que un control burocrático no serviría de nada ni cambiaría nada, porque a los Tèreschenko y a los Kerensky, a los Avksentiev y a los Skobeliev, los "reyes del petróleo" los vencerán con la misma facilidad con que vencían a los ministros zaristas: por medio de demoras, excusas y promesas, con el soborno directo e indirecto de la prensa burguesa (la llamada "opinión pública" a la que tanto "tienen en cuenta" los Kerensky y los Avksentiev) y con el soborno de los funcionarios públicos (a quienes los Kerensky y los Avksentiev dejaron en sus antiguos puestos en el antiguo aparato estatal, hasta ahora intacto).

Para hacer algo serio hay que abandonar la burocracia por la democracia, y de un modo verdaderamente revolucionario, es decir, hay que declarar la guerra a los reyes del petróleo y a los accionistas, decretar la confiscación de sus bienes y el encarcelamiento de todo el que demore la nacionalización de la industria del petróleo, oculte los ingresos o los balances, sabotee la producción o no dé los pasos conducentes a aumentarla. Hay que apelar a la iniciativa de los obreros y los empleados, convocarlos *a ellos* inmediatamente a conferencias y congresos y poner en sus manos una parte de las ganancias, a condición de que establezcan el control en todos sus aspectos y aumenten la producción. Si

3 En la prensa bolchevique he tenido ya ocasión de señalar que es correcto oponerse a la pena de muerte únicamente cuando los explotadores la aplican contra las *masas* trabajadoras, para mantener la explotación. Un Gobierno revolucionario, sea el que fuere, difícilmente podrá prescindir de la pena de muerte contra los *explotadores* (es decir, contra los terratenientes y los capitalistas).

esos pasos democrático-revolucionarios se hubiesen dado enseguida, inmediatamente, en abril de 1917, Rusia, uno de los países más ricos del mundo por sus reservas de combustible líquido, hubiese podido hacer muchísimo durante el verano, utilizando el transporte por agua para abastecer al pueblo del combustible necesario.

Ni el Gobierno burgués ni el Gobierno de coalición eserista-menchevique han hecho absolutamente nada. Ambos se han limitado al juego burocrático de las reformas. No se han atrevido a dar un solo paso democrático revolucionario. Los reyes del petróleo, el estancamiento, el odio de los obreros y empleados contra los explotadores, el caos resultante, el despilfarro de trabajo del pueblo; todo ha seguido como bajo el zarismo; lo único que ha cambiado ha sido el *membré* de los papeles que salen de las oficinas "republicanas" y entran en ellas!

Tomemos la industria del carbón. No está menos "madura", por su nivel técnico y cultural, para la nacionalización, y no es administrada con menos desvergüenza por los saqueadores del pueblo, por los reyes del carbón, y hay muchos y muy evidentes *hechos* de sabotaje directo, de directo *deterioro* y paralización de la producción por los industriales. Hasta la ministerial *Rabochaya Gazeta* de los mencheviques ha reconocido estos hechos. ¿Y qué encontramos? Que no se hizo absolutamente nada, excepto llamar a las antiguas reuniones "paritarias" burocráticas reaccionarias —¡un número igual de obreros y de bandidos del consorcio del carbón!—. ¡No se ha dado un solo paso democrático revolucionario; no se ha hecho siquiera la tentativa de establecer el único control real, el control *desde abajo*, por medio del sindicato de empleados, por medio de los obreros, y empleando el terror contra los industriales del carbón, que llevan al país a la ruina y paralizan la producción! ¿Cómo se puede hacer eso cuando "todos" somos partidarios de la "coalición", si no con los kadetes, con los círculos comerciales e industriales? Y la coalición significa dejar el poder en manos de los capitalistas, dejarlos maniobrar impunemente, permitirles que obstruyan, que culpen de todo a los obreros, que agudicen el caos y preparen *de este modo* una nueva revuelta de Kornilov.

Abolición del secreto comercial

Sin la abolición del secreto comercial, el control sobre la producción y la distribución, o bien quedará en una promesa vacua, útil sólo para que los kadetes engañen a los eseristas y a los mencheviques y estos, a su vez, a las clases trabajadoras, o bien se ejercerá únicamente con métodos y medios burocráticos reaccionarios. A pesar de que esto es evidente para cualquier persona sin prejuicios, a pesar de la tenacidad con que *Pravda* exigía la abolición del secreto comercial (y por esta razón, en gran parte, fue suspendida por el Gobierno de

Kerensky, tan sumiso al capital), ni nuestro Gobierno republicano ni los "organismos competentes de la democracia revolucionaria" han pensado siquiera en este *primer paso* hacia un verdadero control.

Aquí está la clave de todo control. Aquí tenemos el punto más sensible del capital, que saquea al pueblo y sabotea la producción. Por eso precisamente los eseristas y los mencheviques no se atreven a hacer nada al respecto.

El argumento habitual de los capitalistas, que la pequenoburguesía repite sin reflexionar, consiste en que en la economía capitalista es en general absolutamente imposible la abolición del secreto comercial, porque la propiedad privada sobre los medios de producción y la supeditación de las distintas empresas al mercado imponen la "sagrada inviolabilidad" de los libros y de las operaciones comerciales, incluyendo, naturalmente, las operaciones bancarias.

Todo el que repita, en una u otra forma, este argumento u otros semejantes se engaña y engaña al pueblo al cerrar los ojos ante dos hechos fundamentales, importantísimos y universalmente conocidos, de la actividad económica moderna. El primer hecho es la existencia del gran capitalismo, es decir, los rasgos peculiares del sistema económico de los bancos, los consorcios, las grandes fábricas, etc. El segundo hecho es la guerra.

Precisamente el gran capitalismo moderno, que por todas partes se está convirtiendo en capitalismo monopolista, quita toda razón de ser al secreto comercial y lo convierte en una hipocresía, en un instrumento manejado exclusivamente para ocultar las trampas financieras y los beneficios inauditos del gran capital. La gran empresa capitalista es, por su mismo carácter técnico, una empresa socializada, es decir, que trabaja para millones de hombres y que asocia con sus operaciones, directa e indirectamente, a cientos, miles y decenas de miles de familias. ¡No es como la economía del pequeño artesano o del campesino medio, que no llevan ningún tipo de libros comerciales y a quienes, por lo tanto, no afecta la abolición del secreto comercial!

Así las cosas, en la gran empresa las operaciones realizadas son conocidas por cientos y miles de personas. Aquí la ley que protege el secreto comercial no sirve a los intereses de la producción o el intercambio, sino que sirve a los de la especulación y la usura en su forma más brutal, a los del fraude descarado, que, como se sabe, está particularmente extendido en el caso de las sociedades anónimas y se encubre con gran habilidad en las memorias y en los balances, compilados cuidadosamente para engañar al público.

Mientras en la pequeña producción de mercancías, es decir, entre los pequeños campesinos y los artesanos, donde la producción misma no está socializada, sino dispersa, desunida, el secreto comercial es inevitable, en la gran producción capitalista, por el contrario, proteger ese secreto significa proteger los privilegios y los beneficios de un puñado, así literalmente, de un puñado de personas *contra* los intereses de todo el pueblo. Eso lo han reconocido ya las leyes, por cuanto prescriben la publicación de las memorias de las sociedades anónimas. Pero *este* control, implantado ya en todos los países avanzados y

también en Rusia, es un control burocrático reaccionario, que no abre los ojos al pueblo ni le permite saber toda la verdad acerca de las operaciones de las sociedades anónimas.

Para actuar de un modo democrático revolucionario habría que dictar inmediatamente una ley de carácter distinto, aboliendo el secreto comercial, obligando a las grandes empresas y a los ricos a rendir cuentas con todo detalle y autorizando a cualquier grupo de ciudadanos de sustancial fuerza numérica democrática (digamos de unos mil a diez mil votantes) a comprobar *todos* los documentos de cualquier gran empresa. Tal medida es plena y fácilmente aplicable por simple decreto; sólo ella desplegaría la iniciativa popular en el control por medio de los sindicatos de empleados, por medio de los sindicatos obreros y por todos los partidos políticos; sólo ella haría que el control fuese efectivo y democrático.

A esto viene a sumarse la guerra. La inmensa mayoría de los establecimientos comerciales e industriales no trabajan hoy para el "mercado libre", sino para el Estado, para la guerra. Por eso, yo he dicho ya en *Pravda* que mienten, y descaradamente además, quienes nos contraatacan con el argumento de que no es posible implantar el socialismo, porque no se trata de implantar el socialismo ahora, en el acto, de la noche a la mañana, sino de *desenmascarar la dilapidación de fondos públicos*.

La economía capitalista "de guerra" (es decir, la economía directa o indirectamente relacionada con los suministros de guerra) es la *dilapidación de fondos públicos* sistemática y legalizada, y los señores kadetes, y con ellos los mencheviques y los eseristas que se oponen a la abolición del secreto comercial, no son más que *cómplices y encubridores* de la *dilapidación de fondos públicos*.

La guerra cuesta hoy a Rusia cincuenta millones de rublos *diarios*. La mayor parte de estos cincuenta millones va a parar a manos de los proveedores del Ejército. De estos cincuenta millones, por lo menos, cinco millones *diarios*, y quizá diez millones o más, constituyen los "ingresos honestos" de los capitalistas y de los funcionarios que de uno u otro modo están confabulados con ellos. Las grandes compañías y los bancos, que adelantan el dinero para las transacciones de los suministros de guerra, embolsan de este modo ganancias inauditas, y lo hacen saqueando al Estado, ya que no puede darse otro nombre a esta estafa y robo al pueblo "con motivo" de las calamidades de la guerra, "con motivo" de la muerte de cientos de miles y millones de hombres.

"Todo el mundo" sabe acerca de esas ganancias escandalosas amasadas con los suministros de guerra, acerca de las "cartas de garantía" ocultadas por los bancos y acerca de quiénes se enriquecen a costa de la carestía cada vez mayor. En la "sociedad" se habla de ello con una sonrisa y hasta la prensa burguesa, que por lo general guarda silencio sobre los hechos "desagradables" y elude los problemas "delicados", contiene no pocas alusiones concretas a esos asuntos. ¡Todo el mundo lo sabe y todo el mundo guarda silencio, todo el mundo lo tolera, todo el mundo transige con el Gobierno, que charla elocuentemente acerca del "control" y de la "regulación"! ¡

Los demócratas revolucionarios, si fuesen revolucionarios y demócratas de verdad, dictarían inmediatamente una ley aboliendo el secreto comercial, obligando a los proveedores y a los negociantes a rendir cuentas, prohibiéndoles cambiar de actividad sin permiso de las autoridades; una ley que imponga la confiscación de bienes y el fusilamiento para castigar la ocultación y los engaños al pueblo y que organice la verificación y el control *desde abajo*, democráticamente, por el propio pueblo, por los sindicatos de obreros y empleados, por las asociaciones de consumidores, etcétera.

Nuestros eseristas y mencheviques merecen plenamente el nombre de demócratas atemorizados, porque en este problema repiten lo que dicen todos los filisteos atemorizados: que los capitalistas "huirían" si se adoptaran medidas "demasiado rigurosas"; que "nosotros" no podríamos salir adelante sin los capitalistas; que, probablemente, esas medidas "ofenderían" también a los millonarios británicos y franceses, quienes, por supuesto, nos "apoyan", etc. Podría creerse que los bolcheviques proponen una cosa desconocida en la historia de la humanidad, jamás probada antes, "utópica", cuando, en realidad, hace ya más de ciento veinticinco años, en Francia, unos hombres que eran verdaderos "demócratas revolucionarios", unos hombres realmente convencidos del carácter justo y defensivo de la guerra que libraban, que verdaderamente tenían apoyo popular y estaban sinceramente convencidos de esto, supieron implantar un control *revolucionario* sobre los ricos y obtener resultados que dejaron admirado al mundo entero. Y en el siglo y cuarto que ha transcurrido desde entonces el desarrollo del capitalismo, que llevó a la creación de bancos, consorcios, ferrocarriles, etc., etc., ha facilitado y simplificado extraordinariamente la adopción de medidas de control verdaderamente democrático de los obreros y los campesinos sobre los explotadores, los terratenientes y los capitalistas.

En el fondo, todo el problema del control se reduce a quién controla a quién, es decir, qué clase tiene el control y cuál es la controlada. En nuestro país, en la Rusia republicana, con la ayuda de los "organismos competentes" de una pretendida democracia revolucionaria, se sigue reconociendo, y sigue siendo así, que quienes ejercen el control son los terratenientes y los capitalistas. Consecuencia inevitable de ello es el saqueo de los capitalistas, que provoca la indignación general del pueblo, y el caos económico artificialmente mantenido por los capitalistas. Es preciso pasar resuelta y definitivamente, sin temor a romper con lo viejo, sin temor a construir audazmente lo nuevo, al control ejercido *por* los obreros y los campesinos *sobre* los terratenientes y los capitalistas. Pero nuestros eseristas y mencheviques temen a eso más que a la peste.

Asociación obligatoria

La agremiación obligatoria, es decir, la agrupación obligatoria en asociaciones, por ejemplo, de los industriales, rige ya prácticamente en Alemania:

Tampoco hay nada nuevo en ello. También en esto, por culpa de los eseristas y mencheviques, observamos el completo estancamiento de la Rusia republicana, a la que esos poco honorables partidos "entretenen" bailando un rigodón con los kadetes, o con los Bublikov, o con Tèreschenko y Kerensky.

La agremiación obligatoria es, por un lado, un medio con el cual el Estado, por decirlo así, impulsa el desarrollo capitalista, que conduce en todas partes a la organización de la lucha de clases y al aumento del número, variedad e importancia de las asociaciones. Por otro lado, esta "sindicalización" obligatoria es una condición previa indispensable de todo tipo de control eficaz y de todo ahorro de trabajo nacional.

La ley alemana obliga, por ejemplo, a los propietarios de curtiembres de una localidad dada o de todo el país a agruparse en una asociación, en cuya dirección hay, con fines de control, un representante del Estado. Directamente, es decir, de por sí, semejante ley no afecta en lo más mínimo las relaciones de propiedad, no priva de un solo *kopek* a ningún propietario ni predetermina si la forma, la tendencia y el espíritu del control serán burocráticos reaccionarios o democráticos revolucionarios.

Leyes como esta podrían y deberían dictarse en nuestro país inmediatamente, sin perder una semana de tiempo precioso; debería dejarse que *las mismas condiciones sociales* determinasen las formas más concretas de aplicación de la ley, la rapidez con que será aplicada, los métodos de vigilar su aplicación, etc. En este caso, el Estado no necesita disponer de un aparato especial ni recurrir a investigaciones especiales ni a estudios previos de ninguna clase. Todo lo que se necesita es la decisión de romper con ciertos intereses privados de los capitalistas, que "no están acostumbrados" a esas intromisiones y no quieren perder las superganancias que les aseguran los viejos métodos de administración y la falta de control.

Para *ditar* tal ley no se necesita ningún aparato ni ninguna "estadística" (con la que Chernov pretendía suplantarse la iniciativa revolucionaria del campesinado), ya que su ejecución estaría a cargo de los mismos fabricantes o industriales, de las fuerzas sociales *existentes*, bajo el control de fuerzas sociales (es decir, no gubernamentales, no burocráticas) también existentes, pero que deben pertenecer obligatoriamente a las llamadas "capas inferiores", es decir, a las clases oprimidas y explotadas, que por su capacidad de heroísmo, abnegación y disciplina basada en la camaradería han demostrado siempre, en todo el curso de la historia, ser inmensamente *superiores* a los explotadores.

Supongamos que tenemos un Gobierno verdaderamente democrático revolucionario y que este Gobierno decida que todos los fabricantes e industriales de todas las ramas de la producción que empleen, digamos, no menos de dos obreros, deben agruparse de inmediato en asociaciones de distrito y de provincia. La responsabilidad por el estricto cumplimiento de esta ley incumbe en primer lugar a los fabricantes, a los directores, a los miembros de dirección y a los grandes accionistas (pues todos ellos son los verdaderos jefes de la industria moderna, sus verdaderos amos). Serán considerados como desertores del servicio militar

y castigados como tales si no trabajan por el cumplimiento inmediato de la ley, y responderán con todos sus bienes, según el principio de la caución solidaria: todos por uno y uno por todos. Asimismo, se hará responsables tanto a todos los empleados, que también formarán un sindicato *único*, como a todos los obreros y a su respectivo sindicato. La finalidad de la "sindicalización" es instituir la contabilidad más completa, más rigurosa y más detallada, pero sobre todo *centralizar las operaciones* de compra de materias primas, la venta de los productos, así como *ahorrar* recursos y fuerzas del pueblo. Una vez que se hayan agrupado en un solo sindicato los establecimientos desperdigados, este ahorro adquirirá proporciones gigantescas, como enseña la ciencia económica y demuestra la experiencia de todos los consorcios, cárteles y trusts. Debemos repetir una vez más que, de por sí, esta sindicalización no altera un ápice las relaciones de propiedad ni priva de un solo *kopek* a ningún propietario. Hay que subrayar con fuerza esta circunstancia, porque la prensa burguesa no cesa de "asustar" a los pequeños y medianos propietarios afirmando que los socialistas en general, y los bolcheviques en particular, quieren "expropiarlos"; esta afirmación es una deliberada mentira, ya que los socialistas, *aun en el caso* de una revolución *completamente socialista*, no expropiarán a los pequeños campesinos, ya que no pueden ni quieren hacerlo. Nosotros hablamos únicamente de las medidas inmediatas y urgentes, ya implantadas en Europa occidental y que una democracia medianamente consecuente habría implantado también en Rusia sin demora, para combatir la inminente e inevitable catástrofe.

La agrupación en asociaciones de los pequeños y muy pequeños propietarios tropezaría con serias dificultades técnicas y culturales debido a las pequeñísimas proporciones de sus empresas, a la primitiva técnica de estas y al analfabetismo o la falta de instrucción de los propietarios. Pero esas empresas, precisamente, podrían ser eximidas del cumplimiento de la ley (como señalamos en el hipotético ejemplo citado antes). El hecho de que no hubieran sido agrupadas —sin hablar de su agrupación posterior— no representaría un obstáculo serio, porque las pequeñas empresas, aunque muy numerosas, desempeñan un papel *insignificante* en el volumen global de la producción, en la economía en su conjunto y, además, dependen casi siempre, en una forma u otra, de las grandes empresas.

Sólo las grandes empresas tienen una importancia decisiva, y aquí se *dan* ya los recursos y las fuerzas técnicas y culturales necesarios para proceder a la "sindicalización". Lo que falta es la iniciativa firme, decidida de un Gobierno *revolucionario*, que debe ser implacablemente severa para con los explotadores, a fin de poner en movimiento esas fuerzas y esos recursos.

Cuanto más *pobre* es un país en fuerzas con instrucción técnica y en fuerzas intelectuales en general, más *se impone* la necesidad de decretar cuanto antes y lo más resueltamente posible la asociación obligatoria, y de comenzar por las empresas grandes y muy grandes, ya que precisamente la asociación permitirá *ahorrar* fuerzas intelectuales para aprovecharlas *íntegramente* y distribuir las con más acierto. Si hasta los campesinos rusos, en sus apartados rincones, bajo el

Gobierno zarista, frente a los miles de obstáculos que erigía ese Gobierno, supieron, después de 1905, dar un gigantesco paso en la creación de organizaciones de todo género, es evidente que en unos cuantos meses, si no antes, podría llevarse a cabo la asociación de la gran y mediana industria y del comercio, siempre que la coerción fuese ejercida por un Gobierno verdaderamente democrático revolucionario, apoyado en la ayuda, la participación, el interés y la conveniencia de las "capas inferiores", la democracia, los obreros y empleados, un Gobierno que los llamara a ejercer el control.

La regulación del consumo

La guerra ha obligado a todos los países beligerantes y a muchos de los países neutrales a regular el consumo. Se han puesto en circulación las tarjetas de racionamiento del pan y se han convertido en algo habitual, y tras ellas aparecieron otras tarjetas de racionamiento. Rusia no es una excepción y ha implantado también las tarjetas de racionamiento del pan.

A la luz de este ejemplo, podemos quizá trazar la más vívida comparación entre los métodos burocráticos reaccionarios de lucha contra la catástrofe, que se limitan a un mínimo de reformas, y los métodos democráticos revolucionarios que, si quieren ser dignos de ese nombre, deben proponerse como objetivo inmediato romper violentamente con el viejo y caduco sistema y realizar el progreso más rápido posible.

Las tarjetas de racionamiento del pan, ejemplo típico de la regulación del consumo en los países capitalistas modernos, se propone y lleva a cabo (en el mejor de los casos) una sola cosa: distribuir las existencias de cereal de manera que alcancen para todos. Se establece un límite máximo para el consumo, no de todos, ni mucho menos, sino de los comestibles más importantes, los de consumo "popular". Eso es todo. Nada más les preocupa. Las existencias de cereal se calculan burocráticamente, luego se dividen per cápita, se fija una ración y se implanta, y ahí termina el asunto. Los artículos de lujo no se tocan, dado que son "de todos modos" tan escasos y "de todos modos" tan caros que no están al alcance del "pueblo". Por eso, en todos los países beligerantes, absolutamente en todos, incluso en Alemania, país que sin duda puede ser considerado sin temor a contradicciones modelo de la regulación más cuidadosa, pedantesca y rigurosa del consumo, incluso en Alemania vemos cómo los ricos burlan constantemente todo "racionamiento". Y también esto lo sabe "todo el mundo", también "todo el mundo" habla de ello con una sonrisa; y en los periódicos socialistas alemanes —y de vez en cuando hasta en los periódicos burgueses— vemos constantemente, a pesar de las ferocidades de la censura de allí, con su rigidez militar, noticias e informes acerca del "menú" de los ricos; del pan blanco que estos obtienen en cualquier cantidad en tal o cual balneario (haciéndose pasar por enfermos, a esos balnearios concurren todos... los que

tienen dinero); de cómo los ricos consumen en lugar de los artículos que consume el pueblo, artículos de lujo, refinados y raros.

El reaccionario Estado capitalista, que *tiene* socavar los cimientos del capitalismo, de la esclavitud asalariada, de la supremacía económica de los ricos, que *tiene* fomentar la iniciativa de los obreros y de los trabajadores en general, que *tiene* "suscitar" en ellos una actitud más exigente, *ese* Estado no necesita nada más que las tarjetas de racionamiento del pan. Ese Estado no pierde jamás de vista, ni por un instante, en ninguno de los pasos que da, su meta *reaccionaria*: consolidar el capitalismo, impedir su quebrantamiento, circunscribir la "regulación de la vida económica" en general y la regulación del consumo en particular a las medidas estrictamente indispensables para alimentar al pueblo, y *no intenta* en modo alguno una regulación efectiva del consumo mediante el *control sobre los ríos*, mediante un sistema que, en tiempos de guerra, imponga *mayores* cargas a los que en tiempos de paz son los más acomodados, los privilegiados, satisfechos y sobrealimentados.

La solución burocrática reaccionaria del problema planteado a los pueblos por la guerra se limita al racionamiento del pan, a la distribución equitativa de los artículos de consumo "popular", de los que son absolutamente indispensables para alimentar al pueblo, sin apartarse ni una pulgada de las ideas burocráticas y reaccionarias, es decir, del objetivo de *no* alentar la iniciativa de los pobres, del proletariado, de la masa del pueblo ("demos"), de *no* permitir *su* control sobre los ricos y dejar el *mayor número posible* de escapatorias para que los ricos puedan gratificarse con artículos de lujo. Esas escapatorias se dejan en gran abundancia en *todos* los países, incluso, repetimos, en Alemania —y no hablemos de Rusia—; en todas partes la "gente común" pasa hambre, mientras los ricos se instalan en los balnearios, completan las escasas raciones oficiales con todo género de "extras" y *no se* dejan controlar.

En Rusia, que acaba de hacer la revolución contra el régimen zarista en nombre de la libertad y de la igualdad; en Rusia, que se ha convertido de golpe, si nos atenemos a sus instituciones políticas efectivas, en una república democrática, lo que impresiona particularmente al pueblo, lo que suscita particularmente el descontento, la irritación, la cólera y la indignación del pueblo, es la facilidad, que *todo el mundo* ve, con que los ricos burlan las "tarjetas de racionamiento del pan". Esa facilidad es enorme, en efecto. "Por debajo del mostrador", y a precios muy altos, sobre todo cuando se tiene "*révoluciones*" (las tienen únicamente los ricos), se puede obtener lo que se quiere y en grandes cantidades. El pueblo es el que pasa hambre. La regulación del consumo se limita al más estrecho marco burocrático reaccionario. Y el Gobierno no manifiesta la menor intención de establecer una regulación basada en principios auténticamente democráticos revolucionarios, no se preocupa en lo más mínimo de hacerlo.

¡"Todo el mundo" sufre en las colas; "todo el mundo"... sólo que los ricos mandan a la cola a sus criados y hasta toman criados especialmente para ese propósito! ¡Y eso es "democracia"! ¡

Una política democrática revolucionaria no se limitaría en momentos en que el país sufre calamidades indecibles a establecer el racionamiento del pan para luchar contra la catástrofe inminente. Añadiría a eso, en primer lugar, la organización obligatoria de toda la población en cooperativas de consumo, porque sin esa medida es imposible ejercer un control integral del consumo; en segundo lugar, el trabajo obligatorio para los ricos, haciéndolos prestar servicios gratuitos como secretarios de las cooperativas de consumo o en otras tareas similares; en tercer lugar, la distribución equitativa de absolutamente todos los artículos de consumo entre la población, para repartir de un modo verdaderamente equitativo las cargas de la guerra; en cuarto lugar, la organización del control de tal manera que las clases pobres de la población ejercerían el control sobre el consumo de los ricos.

La instauración de una verdadera democracia en esta esfera y el despliegue de un espíritu verdaderamente revolucionario en la organización del control por las clases más necesitadas del pueblo sería el estímulo más grande para el empleo de todas las fuerzas intelectuales existentes y para el desarrollo de las energías verdaderamente revolucionarias de todo el pueblo. Hoy, los ministros de la Rusia republicana y democrática revolucionaria, exactamente lo mismo que sus colegas de todos los demás Estados imperialistas, pronuncian discursos altisonantes acerca del "trabajo común en bien del pueblo" y acerca de "hacer todo lo posible", pero el pueblo ve, percibe y siente la hipocresía de esa charla.

El resultado es que no se adelanta nada, mientras el caos aumenta de modo incontenible y la catástrofe se avecina, porque nuestro Gobierno no puede someter a los obreros a un régimen de presidio militar, según el modelo general imperialista de Kornilov o de Hindenburg; las tradiciones, los recuerdos, las huellas, las costumbres y las instituciones de la *revolución* están aún demasiado vivos en el pueblo; nuestro Gobierno no quiere dar ningún paso realmente serio por la senda democrática revolucionaria, porque está totalmente saturado y enredado de pies a cabeza por su dependencia de la burguesía, por su "coalición" con la burguesía y por su miedo a atentar contra los reales privilegios de esta.

El Gobierno destruye la labor de las organizaciones democráticas

Hemos examinado los diversos medios y procedimientos para luchar contra la catástrofe y el hambre. Hemos visto en todas partes que las contradicciones entre los demócratas, por una parte, y, por otra, el Gobierno y el bloque de los escritas y los mencheviques que lo apoya son irreconciliables. A fin de probar que esas contradicciones existen en la realidad y no sólo en nuestra exposición, y que su carácter irreconciliable lo confirman en la *práctica* conflictos que afectan a todo el pueblo, basta recordar dos "resultados" muy típicos, dos enseñanzas de los seis meses de historia de nuestra revolución.

Una de estas enseñanzas es la historia del "reinado" de Palchinsky. Otra, la historia del "reinado" y la caída de Peshejonov.

Las medidas que hemos descrito para luchar contra la catástrofe y el hambre se reducen a fomentar por todos los medios (hasta por la coerción) la "sindicalización" de la población, y en primer término de los demócratas, es decir, de la mayoría de la población, o sea, ante todo, de las clases oprimidas, de los obreros y los campesinos, principalmente de los campesinos pobres. La población por sí misma, de un modo espontáneo, empezó a seguir ese camino para luchar contra las inauditas dificultades, cargas y calamidades de la guerra.

El zarismo ponía todo género de trabas a la "sindicalización" libre e independiente de la población. Pero una vez derrocada la monarquía zarista, las organizaciones democráticas comenzaron a surgir y a desarrollarse rápidamente en toda Rusia. La lucha contra la catástrofe fue emprendida por organizaciones democráticas surgidas espontáneamente, por todo tipo de comités de aprovisionamiento, comités de abastecimiento de víveres, comisiones de combustibles, etc., etcétera.

Y lo más notable en los seis meses de nuestra revolución, en cuanto al problema que estudiamos, es que un Gobierno que se llama republicano y revolucionario, y que es apoyado por los mencheviques y los eseristas en nombre de los "órganos competentes de la democracia revolucionaria", *luchó contra* las organizaciones democráticas y *las derrotó*!!

Palchinsky ha adquirido, en esta lucha, la más triste y más amplia celebridad en toda Rusia. Actuó al amparo del Gobierno, sin intervenir abiertamente (como preferían actuar, generalmente, los kadetes, poniendo delante de buena gana, "para el pueblo", a Tsereteli, mientras ellos mismos arreglaban con disimulo todos los asuntos importantes). Palchinsky frenó y sabotó todas las medidas serias tomadas por las organizaciones democráticas espontáneamente creadas, porque ninguna medida seria podía tomarse sin "afectar" los excesivos beneficios y la arbitrariedad de los Kit Kitich y Palchinsky era fiel abogado y servidor de estos. Y tan lejos fueron las cosas que Palchinsky —este hecho fue publicado en los periódicos— llegó a *anular* sin más ni más las disposiciones de las organizaciones democráticas creadas espontáneamente!!

Toda la historia del "reinado" de Palchinsky —y "reinó" durante muchos meses, precisamente cuando eran "ministros" Tsereteli, Skobeliev y Chernov— es un monstruoso escándalo del principio al fin; la voluntad del pueblo y de las resoluciones de los demócratas fueron frustradas para *complacer* a los capitalistas y satisfacer su inmundicia codicia. Naturalmente la prensa sólo pudo publicar una ínfima parte de las "hazañas" de Palchinsky; la investigación completa de cómo *obstaculizaba* la lucha contra el hambre sólo podrá realizarla un Gobierno verdaderamente democrático del proletariado, cuando este conquiste el poder y someta *al tribunal* del pueblo, sin ocultaciones, todas las acciones de Palchinsky y sus semejantes.

Quizá se nos objetará que Palchinsky era una excepción y que, al fin y al cabo, fue destituido... Pero el caso es que Palchinsky no es la excepción, sino *la regla*, que con su destitución las cosas no han mejorado en lo más mínimo, que su vacante ha sido ocupada por otros Palchinsky con otros apellidos y que toda la "influencia" de los capitalistas y toda la política de *frustrar la lucha contra el hambre para complacer a los capitalistas* han quedado intactas, ya que Kerensky y Cía. no son más que un biombo que cubre la defensa de los intereses de los capitalistas.

La prueba más evidente de esto es la dimisión de Peshejonov, ministro de Abastecimiento. Como se sabe, Peshejonov es un populista de los más moderados. No obstante, quiso emprender la organización del abastecimiento concienzudamente, en contacto con las organizaciones democráticas y apoyándose en estas. La *experiencia* de Peshejonov y su *dimisión* son tanto más interesantes porque este moderadísimo populista, afiliado al partido "socialista popular" y dispuesto a aceptar cualquier compromiso con la burguesía, se vio, a pesar de todo, obligado a dimitir, ya que para complacer a los capitalistas, a los terratenientes y a los *kulaks*, el Gobierno de Kerensky ha *subido* los precios fijos del cereal!!

He aquí cómo relata M. Smith, en el N.º 1 de *Svoboda* y *Zhizn* del 2 de septiembre, este "paso" y su significación:

Pocos días antes de que el Gobierno acordase elevar los precios fijos se desarrolló en el Comité Nacional de Abastecimiento la siguiente escena: el representante de la derecha, Rolovich, tenaz defensor de los intereses del comercio privado y enemigo implacable del monopolio del cereal y de la intervención estatal en los asuntos económicos, declaró en público, con una sonrisa de satisfacción, que entendía que pronto iban a ser subidos los precios fijos del cereal.

El representante del Sóviet de Diputados Obreros y Soldados le replicó que él no tenía la menor noticia de ello y que, mientras durase en Rusia la revolución, dicha medida no podía aplicarse; y que, en todo caso, el Gobierno no daría tal paso sin consultar antes con los organismos democráticos competentes: el Consejo Económico y el Comité Nacional de Abastecimiento. A estas manifestaciones se adhirió el representante del Sóviet de Diputados Campesinos.

¡Pero, ay, la realidad enmendó cruelmente esta controversia! Dio la razón, no a los representantes de la democracia, sino al representante de los elementos ricos. Resultó que este estaba magníficamente informado de la preparación de un atentado contra los derechos democráticos, a pesar de que los representantes democráticos rechazaban indignados hasta la posibilidad de que ese atentado llegase a consumarse.

Es decir, que tanto el representante de los obreros como el representante de los campesinos expresan concretamente su opinión en nombre de la abrumadora mayoría del pueblo, ¡pero el Gobierno de Kerensky actúa contrariamente a esa opinión, en interés de los capitalistas!

Rolovich, representante de los capitalistas, resultó estar perfectamente informado, a espaldas de los demócratas, exactamente igual que, como hemos visto siempre y vemos también ahora, los periódicos burgueses *Rech* y *Birshenka* son los que están mejor informados de lo que ocurre en el Gobierno de Kerensky.

¿Qué denota esa excelente información? Indudablemente, que los capitalistas tienen sus "canales" y que el poder está *en las hechas* en sus manos. Kerensky no es más que un títere, a quien ponen en movimiento cuando y como lo creen necesario. Los intereses de decenas de millones de obreros y campesinos se sacrifican por los beneficios de un puñado de ricos.

¿Y cómo responden a esta afrenta de que se hace objeto al pueblo nuestros eseristas y mencheviques? ¿Tal vez hayan dirigido a los obreros y a los campesinos un llamamiento para decirles que, en vista de todo eso, el único sitio de Kerensky y de sus colegas está en la cárcel?

¡Dios nos libre! ¡Los eseristas y los mencheviques, por medio de su Departamento Económico, se limitaron a votar una resolución impresionante, a la que ya nos hemos referido! ¡En esa resolución declaran que el aumento de los precios del cereal por el Gobierno de Kerensky es "una medida *funesta*, que asesta *un severo golpe* al abastecimiento y a toda la vida económica del país" y que estas medidas funestas se han aplicado "*violando*" abiertamente la ley!

¡Tales son los resultados de la política de conciliación, la política de coquetos con Kerensky y el deseo de "compadecerse" de él!

Al adoptar, en interés de los ricos, los terratenientes y los capitalistas, una medida que *echa por tierra* toda la tarea del control, el abastecimiento y la estabilización de las finanzas quebrantadas en extremo, el Gobierno viola la ley, y los eseristas y los mencheviques continúan hablando de un entendimiento con los círculos del comercio y la industria, continúan conferenciando con Tereschenko, compadeciendo a Kerensky y se limitan a votar una resolución de protesta puramente formal, líque el Gobierno archiva tranquilamente!!

Esto revela con gran claridad el hecho de que los eseristas y los mencheviques han traicionado al pueblo y a la revolución y de que los bolcheviques se están convirtiendo en los verdaderos dirigentes de las masas, *incluso* de las masas eseristas y mencheviques.

Porque sólo la conquista del poder por el proletariado, dirigido por el Partido Bolchevique, puede poner fin a los abusos de Kerensky y Cía. y *restaurar* la labor de las organizaciones democráticas de distribución de víveres, abastecimiento y otras, que Kerensky y su Gobierno han *destruido*.

Los bolcheviques obran —el ejemplo anterior lo demuestra muy claramente— como representantes de los intereses de *todo* el pueblo que luchan por asegurar la distribución de víveres y el abastecimiento, por satisfacer las necesidades más apremiantes de los obreros y *de los campesinos*, a pesar de la política vacilante, irresoluta y verdaderamente traidora de los eseristas y de los mencheviques, una política que ha llevado el país a un acto tan ignominioso como este aumento de los precios del cereal!

La bancarrota financiera y las medidas para combatirla

El problema del aumento de los precios fijos del cereal presenta, además, otro aspecto. Este aumento de precios trae consigo un nuevo aumento caótico de la emisión de papel moneda, un aumento más en el costo de la vida, el incremento de la desorganización financiera y la aproximación de la bancarrota financiera. Todo el mundo reconoce que la emisión de papel moneda constituye un empréstito forzoso de la peor especie, que empeora, principalmente, la situación de los obreros, el sector más pobre de la población, y que es el mal fundamental engendrado por el caos financiero.

Y esa es precisamente la medida a que recurre el Gobierno de Kerensky, apoyado por los eseristas y los mencheviques!

Para combatir seriamente la desorganización y la inevitable bancarrota financieras no hay más camino que la ruptura revolucionaria con los intereses del capital y la organización de un control verdaderamente democrático, es decir, "desde abajo", el control de los obreros y los campesinos pobres *sobre* los capitalistas; el camino a que nos referimos a lo largo de la primera parte de esta exposición.

La emisión ilimitada de papel moneda estimula la especulación, permite a los capitalistas amasar millones de rublos y crea enormes dificultades al tan necesario aumento de la producción, porque el ya alto costo de los materiales, la maquinaria, etc., sigue aumentando a saltos. ¿Cómo poner remedio a esto cuando se ocultan las fortunas adquiridas por los ricos mediante la especulación?

Puede implantarse un impuesto a las utilidades con tasas progresivas y muy elevadas para los grandes y muy grandes ingresos. Nuestro Gobierno, siguiendo las huellas de los demás Gobiernos imperialistas, ha implantado este impuesto. Pero no es, en gran parte, más que una ficción, letra muerta: primero, porque el valor de la moneda está cayendo cada vez con más rapidez, y segundo, porque la ocultación de los ingresos es tanto mayor cuanto más derivan de la especulación y más se protege el secreto comercial.

Para que este impuesto fuese real y no nominal habría que proceder a un control efectivo y no ficticio. Pero el control sobre los capitalistas es imposible mientras no pierda su carácter burocrático, ya que la burocracia misma está atada y entrelazada con la burguesía por miles de hilos. Por eso, en los Estados imperialistas de Europa occidental, sean monarquías o repúblicas, el orden financiero se logra a costa de la implantación del "trabajo obligatorio", que para los obreros crea el *previdio militar* o la *esclavitud militar*.

El control burocrático reaccionario: he ahí el único método que conocen los Estados imperialistas, sin exceptuar las repúblicas democráticas de Francia y Norteamérica, para volcar las cargas de la guerra sobre el proletariado y los trabajadores.

La contradicción fundamental de la política de nuestro Gobierno reside en que —para no reñir con la burguesía, para no deshacer la "coalición" con

ella- el Gobierno tiene que implantar un control burocrático reaccionario, al que llama "democrático revolucionario", engañando a cada paso al pueblo, exasperando y enfureciendo a las masas que acaban de derrocar al zarismo.

En cambio, sólo la aplicación de medidas democráticas y revolucionarias, sólo la organización de las clases oprimidas, los obreros y los campesinos, las masas, en asociaciones permitirían establecer el control más efectivo *sobre los ricos* y librar la lucha más exitosa contra la ocultación de los ingresos.

Se quiere fomentar la circulación de cheques como medio de evitar la emisión excesiva de papel moneda. Para los pobres esa medida carece de significación, ya que de todos modos viven al día, realizan su "ciclo económico" en una semana y restituyen a los capitalistas los contados *kopeks* que han conseguido ganar. Para los ricos, la circulación de cheques podría tener una gran significación, ya que permitiría al Estado -particularmente si se acompaña de medidas tales como la nacionalización de los bancos y la abolición del secreto comercial- *controlar realmente* los ingresos de los capitalistas, fijarles realmente impuestos y "democratizar" (y, al mismo tiempo, ordenar) realmente el sistema financiero.

Pero el obstáculo con que se tropieza es el miedo de atentar contra los privilegios de la burguesía y de romper la "coalición" con ella; porque sin medidas verdaderamente revolucionarias, sin la más seria coerción, los capitalistas no se someterán a ningún control, no descubrirán sus presupuestos ni entregarán sus reservas de papel moneda para que el Estado democrático "lleve la cuenta" de ellas.

Los obreros y los campesinos, organizados en asociaciones, por medio de la nacionalización de los bancos, de una ley que hiciese obligatorio el uso de cheques para todos los ricos, la abolición del secreto comercial, la confiscación de los bienes como castigo por la ocultación de los ingresos, etc., podrían, con extraordinaria facilidad, hacer el control eficaz y universal, establecer el control precisamente sobre los ricos, un control que *reintegraría al fisco* el papel moneda por él emitido, de manos de *quienes* lo tienen, *de quienes* lo ocultan.

Para ello hay que instaurar una dictadura revolucionaria de la democracia, encabezada por el proletariado revolucionario, es decir, para ello la democracia debe ser revolucionaria *en los hechos*. Ese es el quid de la cuestión. Pero eso es lo que no quieren nuestros eseristas y mencheviques, que despliegan la *bandera* de la "democracia revolucionaria" para engañar al pueblo y en los hechos apoyan la política burocrática reaccionaria de la burguesía, cuya norma es siempre la misma: "*Après nous le déluge*" (después de nosotros, el diluvio).

Generalmente, no nos damos cuenta hasta qué punto han arraigado en nosotros las costumbres y prejuicios antidemocráticos en cuanto a la "santidad" de la propiedad burguesa. Cuando un ingeniero o un banquero publican los ingresos y los gastos de un obrero, los datos referentes a su salario y a la productividad de su trabajo, eso se considera perfectamente justo y legal. A nadie se le ocurre ver en ello una intromisión en la "vida privada" del obrero

ni "espionaje o delación" por parte del ingeniero. La sociedad burguesa considera el trabajo y los ingresos de un asalariado como su libro abierto, en el que cualquier burgués tiene el derecho de husmear en cualquier momento y de denunciar en cualquier momento el "lujo" del obrero, su supuesta "haraganería", etcétera.

Bien, ¿y qué hay respecto al control inverso? ¿Qué pasaría si el Estado democrático invitase a los sindicatos de empleados, de oficinistas, de los *servidores domésticos* a verificar los ingresos y los gastos de los capitalistas, a publicar los datos correspondientes, a ayudar al Gobierno a combatir la ocultación de los ingresos?

¡Qué salvajes clamores lanzaría la burguesía contra el "espionaje" y la "delación"! ¡Que los "amos" controlen a sus servidores, que los capitalistas controlen a los obreros, eso es considerado como la cosa más natural; la vida privada de los trabajadores y de los explotados, no se considera inviolable! La burguesía tiene derecho a pedir cuentas a todo "esclavo asalariado", a dar publicidad en cualquier momento a sus ingresos y sus gastos. Pero que los oprimidos intenten controlar a los opresores, sacar a la luz sus ingresos y sus gastos, denunciar su lujo, aun en tiempo de guerra, cuando ese lujo es el responsable directo del hambre y de la muerte de los ejércitos en el frente... ¡Oh, no! ¡La burguesía no tolerará ni el "espionaje" ni la "delación"!

Todo se reduce a lo mismo: la dominación de la burguesía es incompatible con una democracia verdadera, auténticamente revolucionaria. En el siglo XX, y en un país capitalista, no podemos ser demócratas revolucionarios si tenemos marchar hacia el socialismo.

¿Podemos avanzar si tenemos marchar hacia el socialismo?

Cuanto hemos expuesto podría suscitar fácilmente en un lector educado en las ideas oportunistas corrientes entre los eseristas y los mencheviques la siguiente objeción: la mayor parte de las medidas aquí descritas no son, en realidad, medidas democráticas, ¡son ya medidas socialistas!

Esta objeción corriente, habitual (en una u otra forma) en la prensa burguesa, eserista y menchevique, es una defensa reaccionaria del capitalismo atrasado, una defensa aderezada a lo Struve. Nosotros —dicen— no estamos todavía maduros para el socialismo; sería prematuro "implantar" el socialismo; nuestra revolución es una revolución burguesa; debemos ser, por lo tanto, lacayos de la burguesía (¡a pesar de que, hace ya más de ciento veinticinco años, los grandes revolucionarios burgueses de Francia hicieron grande a su revolución ejerciendo el *terror* contra todos los opresores, contra los terratenientes y los capitalistas!).

Los seudomarxistas al servicio de la burguesía, a los que se han sumado los eseristas, discurren de ese modo, no comprenden (como lo demuestra un análisis de las bases teóricas de su opinión) qué es el imperialismo, qué son los

monopolios capitalistas, qué es el Estado, qué es la democracia revolucionaria. Porque si se comprende eso no puede dejar de reconocerse que es imposible avanzar sin marchar hacia el socialismo.

— Todo el mundo habla del imperialismo. Pero el imperialismo no es otra cosa que el capitalismo monopolista.

— Que también en Rusia el capitalismo se ha transformado en capitalismo monopolista lo evidencian palpablemente los ejemplos de los monopolios Pródugol y Prodamet, el consorcio del azúcar, etc. Este consorcio del azúcar es una lección práctica de cómo el capitalismo monopolista se transforma en capitalismo monopolista de Estado.

— ¿Y qué es el Estado? Es la organización de la clase dominante; en Alemania, por ejemplo, la organización de los *junker*s y los capitalistas. Por eso, lo que los Plejanov alemanes (Scheidemann, Lensch, etc.) llaman "socialismo de guerra" no es en realidad más que un capitalismo monopolista de Estado en tiempo de guerra o, dicho en términos más sencillos y claros, presidio militar para los obreros y protección militar para los beneficios capitalistas.

Pues bien, *antithesis* ese Estado de *junker*s y capitalistas, ese Estado de terratenientes y capitalistas, por un Estado *democrático revolucionario*, es decir, por un Estado que destruya de modo revolucionario *todos* los privilegios, que no tema implantar de modo revolucionario la democracia más completa, y verán que el capitalismo monopolista de Estado, en un Estado verdaderamente democrático, revolucionario, representa, inevitablemente, infaliblemente, un paso y más que un paso hacia el socialismo!

Cuando una empresa capitalista gigantesca se convierte en monopolio significa que sirve a toda la nación. Si se ha convertido en monopolio de Estado, el Estado (es decir, la organización armada del pueblo, en primer término de los obreros y los campesinos, si se trata de un régimen de democracia *revolucionaria*) dirige toda la empresa. ¿En interés de quién?

O bien en interés de los terratenientes y los capitalistas, en cuyo caso no tendremos un Estado democrático revolucionario, sino un Estado burocrático reaccionario, es decir, una república imperialista;

O bien en interés de la democracia revolucionaria y entonces *es un paso hacia el socialismo*.

Porque el socialismo no es más que el paso siguiente al monopolio capitalista de Estado. O, en otros términos, el socialismo no es más que el monopolio capitalista de Estado *puesto al servicio de todo el pueblo* y que, por ello, *ha dejado de ser monopolio capitalista*.

No cabe término medio. El proceso objetivo del desarrollo es tal que *no es posible* avanzar partiendo de los *monopolios* (cuyo número, papel e importancia han sido decuplicados por la guerra) sin marchar hacia el socialismo.

O bien tenemos que ser demócratas revolucionarios en los hechos, en cuyo caso no debemos temer dar ningún paso hacia el socialismo. O bien tenemos dar los pasos hacia el socialismo, los condenamos, al estilo de Plejanov, Dan

y Chernov, alegando que nuestra revolución es una revolución burguesa, que no se puede "implantar" el socialismo, etc., etc., en cuyo caso nos deslizamos fatalmente hacia el nivel de Kerensky, Miliukov y Kornilov, es decir, hacia la represión *burocrática reaccionaria* de las aspiraciones "democráticas revolucionarias" de las masas obreras y campesinas.

No hay término medio.

Y en esto reside la contradicción fundamental de nuestra revolución.

En la historia en general, y en tiempos de guerra en particular, no se puede permanecer quieto en un sitio. Debemos avanzar o retroceder. En la Rusia del siglo XX, que ha conquistado por vía revolucionaria la república y la democracia, es imposible avanzar sin *marchar* hacia el socialismo, sin dar *pasos* hacia él (pasos condicionados y determinados por el nivel técnico y cultural: en la agricultura basada en las haciendas campesinas es imposible "implantar" la gran producción mecanizada; en la fabricación del azúcar es imposible suprimirla).

Y temer avanzar *significa* retroceder, que es precisamente lo que hacen los Kerensky, para deleite de los Miliukov y los Plejanov y con la tonta complicidad de los Tsereteli y los Chernov.

La dialéctica de la historia es tal que la guerra, al acelerar extraordinariamente la transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado, *con ello* impulsa extraordinariamente a la humanidad hacia el socialismo.

La guerra imperialista es la víspera de la revolución socialista. Ello no sólo se debe a que la guerra engendra, con sus horrores, la insurrección proletaria —pues no hay insurrección capaz de instaurar el socialismo si no han madurado las condiciones económicas para el socialismo—, sino a que el capitalismo monopolista de Estado es la completa preparación *materal* para el socialismo, la *antecámara* del socialismo, un peldaño de la escalera de la historia para el cual *no hay ningún peldaño intermedio* que lo separe del peldaño llamado socialismo.

Nuestros eseristas y mencheviques enfocan el problema del socialismo de manera doctrinaria, desde el punto de vista de una doctrina aprendida de memoria y mal asimilada. Presentan el socialismo como un lejano, desconocido y nebuloso futuro.

Pero el socialismo asoma ya por todas las ventanas del capitalismo moderno; el socialismo se perfila en forma directa, *práctica*, en toda medida importante que constituye un paso adelante sobre la base de este capitalismo moderno.

¿Qué es el trabajo general obligatorio?

Un paso adelante sobre la base del capitalismo monopolista moderno, un paso hacia la regulación de la vida económica en su conjunto de acuerdo con determinado plan general, un paso hacia el ahorro de trabajo del pueblo y hacia la prevención de su absurdo despilfarro por el capitalismo.

En Alemania son los *Junkers* (terratenientes) y los capitalistas quienes implantan el trabajo general obligatorio; por eso dicha medida se convierte inevitablemente en la instauración de un presidio militar para los obreros.

Pero tomen la misma institución y mediten en la significación que tendrá en un Estado democrático revolucionario. El trabajo general obligatorio implantado, regulado y dirigido por los *sóviets* de diputados obreros, soldados y campesinos *no sería todavía* el socialismo, pero *ya sería* el capitalismo. Representaría un *paso gigantesco hacia* el socialismo, un paso después del cual sería imposible, si se mantuviese una democracia plena, retroceder hacia el capitalismo sin recurrir a una violencia inaudita contra las masas.

La lucha contra el caos económico y la guerra

El problema de las medidas que deben adoptarse para evitar la catástrofe que se avecina nos lleva a tratar otro problema, sumamente importante: la conexión entre la política interna y la política exterior o, en otras palabras, la relación entre la guerra de conquista, imperialista, y la guerra revolucionaria, proletaria, entre la criminal guerra de rapiña y la guerra justa y democrática.

Todas las medidas para evitar la catástrofe que hemos descrito reforzarían extraordinariamente, como ya lo señalamos, la capacidad de defensa o, dicho de otro modo, el poderío militar del país. Esto, por un lado. Por otro lado, estas medidas no pueden llevarse a la práctica sin transformar la guerra de conquista en una guerra justa, sin transformar la guerra librada por los capitalistas en interés de los capitalistas en una guerra librada por el proletariado en interés de todos los trabajadores y explotados.

En efecto, la nacionalización de los bancos y de los consorcios, unida a la abolición del secreto comercial y al establecimiento del control obrero sobre los capitalistas, no sólo representaría un ahorro gigantesco de trabajo del pueblo, la posibilidad de economizar fuerzas y recursos, sino que, además, representaría una mejora en la situación de *las masas* trabajadoras, de la mayoría de la población. En la guerra moderna, como todos saben, la organización económica tiene una importancia decisiva. En Rusia hay cereal, carbón, petróleo y hierro en cantidad suficiente; en este aspecto, nuestra situación es mejor que la de ningún otro país beligerante de Europa. Y con la lucha contra el caos económico por medio de las medidas indicadas, ganando para esa lucha la iniciativa popular, mejorando la situación del pueblo, nacionalizando los bancos y los consorcios, Rusia podría aprovechar su revolución y su democracia para elevar a todo el país a un nivel incomparablemente más alto de organización económica.

Si en vez de la "coalición" con la burguesía, que entorpece todas las medidas de control y sabotea la producción, los *eseristas* y los *mencheviques* hubieran efectuado en abril el paso del poder a los *sóviets* , si no hubiesen orientado sus esfuerzos a jugar al "carrusel ministerial" y a ocupar, como *burócratas* , junto

con los kadetes, los puestos ministeriales, de viceministros y otros similares, sino a dirigir a los obreros y campesinos en el ejercicio de su control sobre los capitalistas, en su guerra contra los capitalistas, Rusia sería hoy un país en plena transformación económica, donde la tierra pertenecería a los campesinos y los bancos estarían nacionalizados; es decir, nuestro país estaría en ese sentido (en cuanto a estas medidas, que son bases económicas importantísimas en la vida moderna) *por encima* de todos los demás países capitalistas.

La capacidad defensiva, el poderío militar de un país cuyos bancos han sido nacionalizados está *por encima* de la de un país cuyos bancos siguen en manos privadas. El poderío militar de un país agrario, cuyas tierras están en manos de comités agrarios, está *por encima* de la de un país cuyas tierras están en manos de terratenientes.

Se invoca constantemente el patriotismo heroico y los prodigios de arrojo militar de los franceses en 1792 y 1793. Pero se olvidan las condiciones materiales, las condiciones históricas y económicas sin las que hubieran sido imposibles esos prodigios. La destrucción efectivamente revolucionaria del feudalismo caduco, la implantación en todo el país con una celeridad, una decisión, una energía y una abnegación verdaderamente revolucionarias y democráticas de un modo de producción superior y de la libre posesión de la tierra por los campesinos: he ahí las condiciones materiales, las condiciones económicas que salvaron a Francia con una celeridad "prodigiosa" al regenerar y renovar su base económica.

El ejemplo de Francia nos dice una y sólo una cosa: para que Rusia tenga capacidad defensiva y para lograr que también en Rusia se produzcan "prodigios" de heroísmo en masa hoy que barrer con implacabilidad "jacobina" todo lo caduco y renovar, regenerar a Rusia *económicamente*. Pero en el siglo XX eso no puede hacerse simplemente barriendo el zarismo (hace ciento veinticinco años Francia no se limitó a eso). No puede hacerse siquiera con la sola abolición revolucionaria de la gran propiedad terrateniente (¡nosotros ni eso hemos hecho, porque los eseristas y los mencheviques han traicionado al campesinado!) ni con la sola entrega de la tierra a los campesinos, ya que vivimos en el siglo XX y dominar la tierra *sin dominar los bancos* no basta para regenerar y renovar la vida del pueblo.

La renovación material, industrial de Francia, a fines del siglo XVIII, fue unida a su renovación política y espiritual, a la dictadura de los demócratas revolucionarios y del proletariado revolucionario (del que los demócratas no se habían separado y con el que todavía estaban casi fusionados), a la guerra sin cuartel declarada a todo lo reaccionario. En todo el pueblo, y especialmente en las masas, es decir, en las clases *oprimidas*, prendió un entusiasmo revolucionario ilimitado; *todo el mundo* consideraba la guerra como una justa guerra defensiva y en efecto lo era. La Francia revolucionaria se defendía contra la Europa reaccionaria y monárquica. No fue entre 1792 y 1793, sino muchos años más tarde, después de triunfar la reacción en el interior del país, cuando la dictadura contrarrevolucionaria de Napoleón transformó las guerras defensivas por parte de Francia en guerras de conquista.

¿Y en Rusia? Nosotros continuamos librando una guerra imperialista en interés de los capitalistas, en alianza con los imperialistas y en virtud de los tratados secretos concluidos por el Zar con los capitalistas de Gran Bretaña, etc., prometiendo en dichos tratados a los capitalistas rusos la expoliación de otros países: Constantinopla, Lwow, Armenia, etcétera.

Mientras Rusia no proponga una paz justa y no rompa con el imperialismo la guerra seguirá siendo, por parte de Rusia, una guerra injusta y reaccionaria, una guerra de conquista. El carácter social de la guerra, su verdadero significado, no son determinados (como piensan los escritores y los mencheviques, descendiendo hasta la vulgaridad de un *myúk* ignorante) por la posición de las tropas enemigas. Lo que determina este carácter es la *política* que continúa la guerra ("la guerra es la continuación de la política"), la *clase* que la libra y los fines por los cuales se libra tal guerra.

No se puede llevar al pueblo a una guerra de rapiña en virtud de tratados secretos y cifrar esperanzas en su entusiasmo. La clase más avanzada de la Rusia revolucionaria, el proletariado, se hace cada vez más consciente del carácter criminal de la guerra. La burguesía está muy lejos de haber logrado que el pueblo cambie de opinión; al contrario, la comprensión del carácter criminal de la guerra crece. ¡El proletariado de *ambas capitales* de Rusia se ha vuelto definitivamente internacionalista!

¡Cómo se puede esperar, entonces, entusiasmo de las masas por guerra!

Lo uno es inseparable de lo otro, la política interna es inseparable de la política exterior. Es imposible hacer que un país tenga capacidad defensiva sin el supremo heroísmo del pueblo, que realiza, intrépida y resueltamente, grandes transformaciones económicas. Y no se puede encender ese heroísmo popular sin romper con el imperialismo, sin proponer a todas las naciones una paz democrática, sin transformar de ese modo la guerra rapaz y criminal, la guerra de conquista, en una justa guerra defensiva y revolucionaria.

Sólo una ruptura total y consecuente con los capitalistas, tanto en la política interna como en la política exterior, puede salvar nuestra revolución y nuestro país, atenazado por las férreas garras del imperialismo.

Los demócratas revolucionarios y el proletariado revolucionario

Para ser verdaderamente revolucionarios, los demócratas de la Rusia actual deben marchar estrechamente aliados al proletariado, la única clase consecuentemente revolucionaria, y apoyar su lucha.

Esta es la conclusión a que nos lleva el análisis de los medios con que puede combatirse la inminente catástrofe de proporciones inauditas.

La guerra ha engendrado una crisis tan inmensa, ha puesto en tensión de tal modo las fuerzas materiales y morales del pueblo, ha asestado tales golpes a toda la organización de la sociedad moderna que la humanidad se ve ante un dilema:

o perecer, o poner su suerte en manos de la clase más revolucionaria, para pasar por la vía más rápida y más radical a un modo de producción superior.

Por efecto de múltiples causas históricas —el mayor atraso de Rusia, las calamidades insólitas que para este país representaba la guerra, la total corrupción del zarismo y las tradiciones sumamente vivas del año 1905—, la revolución estalló en Rusia antes que en ningún otro país. La revolución ha hecho que en algunos meses Rusia haya alcanzado por su sistema *político* a los países avanzados.

Pero esto no basta. La guerra es implacable y plantea la alternativa con despiadada aspereza: perecer o alcanzar y sobrepasar a los países avanzados también *en el plano económico*.

Esto es posible, dado que contamos con la experiencia de un gran número de países avanzados y con los frutos de su técnica y de su cultura. Recibimos el apoyo moral en la protesta, cada vez mayor en Europa, contra la guerra y en el creciente clima de revolución obrera en todo el mundo. La libertad democrático-revolucionaria, extraordinariamente excepcional en una época de guerra imperialista, nos estimula y alienta.

Perecer o lanzarse adelante a todo vapor. Esa es la alternativa planteada por la historia.

Y la actitud del proletariado hacia el campesinado en tal situación confirma —con la modificación correspondiente— la vieja tesis bolchevique de que hay que arrancar a los campesinos de la influencia de la burguesía. Esa es la única garantía de salvación de la revolución.

Y el campesinado es el sector más numeroso de toda la masa pequeñoburguesa.

Nuestros eseristas y mencheviques han asumido la misión reaccionaria de mantener al campesinado bajo la influencia de la burguesía y de llevarlo a una coalición con la burguesía y no con el proletariado.

La experiencia de la revolución enseña con rapidez a las masas. La política reaccionaria de los eseristas y los mencheviques fracasa: han sido derrotados en los sóviets de Petrogrado y de Moscú. En ambos partidos democráticos pequeñoburgueses está creciendo una oposición de "izquierda". El 10 de septiembre de 1917 una conferencia local de los eseristas realizada en Petrogrado dio una mayoría de dos tercios a los eseristas *de izquierda*, que se inclinan por la alianza con el proletariado y rechazan la alianza (coalición) con la burguesía.

Los eseristas y los mencheviques repiten una comparación favorita de la burguesía: burguesía y democracia. Pero, en esencia, esa comparación es tan disparatada como lo sería comparar gramos con metros.

Hay una burguesía democrática y hay una democracia burguesa: sólo quien ignore totalmente la historia y la economía política puede negar esto.

Los eseristas y los mencheviques necesitaban de una falsa comparación para *ocultar* un hecho indiscutible: entre la burguesía y el proletariado se encuentra la *pequeñoburguesía*. Esta, en virtud de su situación económica de clase, vacila inevitablemente entre la burguesía y el proletariado.

Los eseristas y los mencheviques tratan de empujar a la pequeñoburguesía hacia una alianza con la burguesía. Ese es todo el sentido de su "coalición", del gabinete de coalición y de toda la política de Kerensky, típico semikadete. En los seis meses de revolución esta política ha fracasado totalmente.

Los kadetes se deleitan maliciosamente: la revolución, dicen, ha fracasado; la revolución no ha podido acabar ni con la guerra ni con el caos económico.

No es verdad. Han fracasado *los kadetes, los eseristas y los mencheviques*, porque este bloque (alianza) ha gobernado Rusia durante seis meses y sólo para agudizar el caos económico y embrollar y agravar la situación militar.

Cuanto más completo sea el fracaso de la *alianza* de la burguesía con *los eseristas y los mencheviques*, más pronto *aprenderá* el pueblo y más fácilmente encontrará el camino *correcto*: la alianza del campesinado pobre, es decir, de la mayoría de los campesinos, con el proletariado.

¿PODRÁN LOS BOLCHEVIQUES MANTENERSE EN EL PODER?¹

Prólogo a la segunda edición²

Como se desprende del texto, el presente folleto fue escrito a fines de septiembre y quedó terminado el 1º de octubre de 1917.

La revolución del 25 de octubre ha trasladado el problema planteado en este folleto del terreno de la teoría al de la práctica.

Hay que responder ahora a este problema con actos y no con palabras. Los argumentos teóricos contra la toma del poder por los bolcheviques eran en extremo débiles. Esos argumentos se hicieron añicos.

Para la clase avanzada —el proletariado— la tarea consiste ahora en demostrar, en la práctica, la viabilidad del gobierno obrero y campesino. Todos los obreros con conciencia de clase, todos los campesinos activos y honestos, todos los trabajadores y explotados harán todo lo posible para resolver en la práctica este enorme problema histórico.

¡Manos a la obra, manos a la obra todos; la causa de la revolución socialista mundial debe triunfar y triunfará!

N. Lenin

San Petersburgo, 9 de noviembre de 1917

(I)

¿En qué coinciden todas las tendencias, desde *Rech* hasta *Novaya Zhizn* inclusive, desde los kadetes partidarios de Kornilov hasta los semibolcheviques, todos, excepto los bolcheviques?

Todos coinciden en que los bolcheviques jamás se atreverán a tomar todo el poder ellos solos, o en que si se atreven y llegan a tomar el poder no lograrán retenerlo ni siquiera durante un corto tiempo.

Y si alguien afirma que el problema de la toma de todo el poder del Estado por los bolcheviques solos es un problema político completamente impracticable, que sólo un “fanático” enreído de la peor especie puede considerarlo

1 Publicado en octubre de 1917 en la revista *Pravoslavleniye*, números 1-2.

2 Publicado por primera vez en 1918, en el folleto de Lenin *¿Podrán los bolcheviques mantenerse en el poder?*, serie Biblioteca del soldado y del campesino, San Petersburgo.

factible, refutamos esa afirmación reproduciendo al pie de la letra las declaraciones de los partidos y tendencias políticas más responsables e influyentes de distintos "matices".

Pero permítaseme empezar con una o dos palabras sobre el primero de los problemas mencionados: ¿se atreverán los bolcheviques a tomar ellos solos todo el poder del Estado? En el Congreso de los Sóviets de toda Rusia, en una observación que hice desde mi banca durante uno de los discursos ministeriales de Tsereteli, tuve ya ocasión de contestar a esa pregunta con una categórica afirmación. Y no encontré en la prensa ni oí declaración alguna de los bolcheviques en que hayan dicho que no debemos tomar nosotros solos el poder. Sigo sosteniendo que un partido político en general —y el partido de la clase de vanguardia en particular— no tendría derecho a existir, sería indigno de llamarse partido, sería en todo sentido una nulidad si se negara a tomar el poder cuando se le presenta la oportunidad.

Citaremos ahora declaraciones de los kadetes, escritores y semibolcheviques (preferiría decir un cuarto de bolcheviques) respecto del problema que nos ocupa.

El 16 de septiembre decía el editorial de *Rech*:

En la sala del teatro Alexandrinsky había desacuerdo y confusión, y la prensa socialista refleja el mismo cuadro. Sólo las opiniones de los bolcheviques son concretas y sinceras. En la Conferencia, son las opiniones de la minoría; en los sóviets representan una tendencia en constante crecimiento. Pero, a pesar de todo su ímpetu verbal, sus frases jactanciosas y el despliegue de confianza en sí mismos, los bolcheviques, excepto unos pocos fanáticos, sólo son valientes de palabra. Jamás intentarán espontáneamente tomar "todo el poder". Desorganizadores y destructores *par excellence*, son verdaderos cobardes que en el fondo de sus corazones están perfectamente convencidos tanto de su ignorancia intrínseca como del carácter efímero de sus triunfos actuales. Saben, tan bien como todos nosotros, que el primer día de su triunfo definitivo será también el primer día de su precipitada caída. Irresponsables por naturaleza, anarquistas por sus métodos y procedimientos, sólo deben ser considerados como una tendencia del pensamiento político, mejor dicho, como una de sus aberraciones. El mejor modo de librarse por muchos años del bolchevismo, de desterrarlo, sería poner el destino del país en manos de sus dirigentes. Y si no fuese por la conciencia de que experimentos de este tipo son inadmisibles y funestos la desesperación podría decidimos a emplear incluso ese remedio heroico. Por fortuna, repetimos, estos tristes héroes del día no están en realidad empeñados, de ningún modo, en tomar todo el poder. En ninguna circunstancia son capaces de una labor constructiva. Por eso, todas sus opiniones concretas y sinceras se circunscriben a la tribuna política, a la oratoria demagógica callejera. En la práctica, su posición no puede ser tomada en consideración desde ningún punto de vista. Sin embargo, en un solo sentido tiene ciertas consecuencias prácticas: une a todos los demás matices del "pensamiento socialista" que están en contra de su posición...

Así argumentan los kadetes. Veamos ahora cuál es la opinión del partido más importante de Rusia, del partido "dirigente y gobernante", del Partido de los Socialrevolucionarios, expresada también en un artículo sin firma, y por lo tanto editorial, de *Dielo Naroda*, órgano oficial de ese partido, del 21 de septiembre:

Si la burguesía, a la espera de la Asamblea Constituyente, se niega a colaborar con la democracia sobre la base de la plataforma refrendada por la Conferencia [Democrática. NdE], *entonces la coalición deberá surgir dentro de la misma Conferencia. Esto será un duro sacrificio para los defensores de la coalición, pero tendrán que estar de acuerdo con ello incluso los que defienden la idea de una "línea pura" de poder. Tenemos, sin embargo, que no se llegue a un acuerdo en este punto. En tal caso, resta una tercera y última combinación: el Gobierno deberá ser organizado por el sector de la Conferencia que ha defendido como principio la idea de un Gobierno homogéneo.*

Digámoslo sin ambages: *los bolcheviques se verán obligados a formar un gabinete.* Con la mayor energía, infundieron a la democracia revolucionaria el odio hacia la coalición, prometiéndole toda clase de beneficios no bien se abandonara la "política de compromiso", política a la cual han atribuido todos los males del país.

Si comprendían lo que hacían con su *agitación*, si no *engañaban al pueblo*, están obligados a saldar todos los pagarés que libraron a diestra y siniestra.

El problema es claro.

Que no intenten inútilmente ocultarse detrás de la teoría improvisada de que les es imposible tomar el poder.

La democracia no aceptará esas teorías.

Al mismo tiempo, los partidarios de la coalición deben garantizarles todo su apoyo. Estas son las tres combinaciones, los tres caminos que se abren ante nosotros. ¡Otros no hay! (La cursiva es del mismo *Dielo Naroda*.)

Así argumentan los eseristas. Y esta, por último, es la "posición" (si intentan sentarse entre dos sillas puede llamarse posición) de los "un cuarto de bolcheviques" de *Novaya Zhizn*, según el editorial del 23 de septiembre:

Si se restablece la coalición con Kononov y Kishkin equivaldría sencillamente a una nueva capitulación de la democracia y a la revocación de la resolución de la Conferencia sobre la formación de un Gobierno responsable basándose en la plataforma del 14 de agosto...

Un ministerio homogéneo de mencheviques y eseristas sería tan incapaz de comprender sus obligaciones como lo fueron los ministros socialistas responsables del gabinete de coalición... Un Gobierno de ese tipo no sólo sería incapaz de reunir en torno suyo a las "fuerzas vivas" de la revolución, sino que ni siquiera podría tampoco contar con el mínimo apoyo activo de su vanguardia, el proletariado.

No obstante, no sería una salida mejor, sino, por el contrario, aún peor la formación de otro tipo de gabinete homogéneo, un Gobierno "del proletariado y de los campesinos pobres"; en realidad no sería una salida, sino un fracaso total. Por cierto, nadie lanza semejante consigna, excepto en comentarios casuales, tímidos y luego sistemáticamente "explicados" en *Rabochi Put*.

(Esta falsedad evidente la escriben con "audacia" periodistas responsables que han olvidado hasta el editorial de *Dielo Nóvoda* del 21 de septiembre...)

Formalmente, los bolcheviques han resucitado la consigna "Todo el poder a los sóviets", consigna que fue retirada después de las jornadas de julio, cuando los sóviets, representados por el CEC, adoptaron resueltamente una activa política antibolchevique. Ahora, sin embargo, no sólo puede considerarse enderezada la "línea del sóviet", sino que hay muchas razones para suponer que en el proyectado congreso de los sóviets los bolcheviques serán mayoría. En estas condiciones, la consigna "Todo el poder a los sóviets", resucitada por los bolcheviques, es una "línea táctica" para lograr precisamente la dictadura del proletariado y de los "campesinos pobres". Claro está que por sóviets también se entiende los sóviets de diputados campesinos y de esta manera la consigna bolchevique presupone un poder que se apoya en la inmensa mayoría de toda la democracia de Rusia. Pero, en este caso, la consigna "Todo el poder a los sóviets" pierde todo significado independiente, puesto que convierte a los sóviets, por su composición, en algo casi idéntico al "preparlamento" creado por la Conferencia...

(Esta afirmación de *Nóvaya Zhizn* es una mentira desvergonzada, que equivale a afirmar que la democracia espuria y fraudulenta es "casi idéntica" a la democracia. El preparlamento es una *impostura* que hace pasar la voluntad de una minoría del pueblo, particularmente de Kuskova, Berkenheim, los Chaikovsky y Cia., por la voluntad de la mayoría. Esto en primer lugar. En segundo lugar, hasta los sóviets campesinos, manipulados por los Avksentiey y los Chaikovsky, han arrojado en la Conferencia un porcentaje tan elevado en contra de la coalición que junto con los sóviets de diputados obreros y soldados habrían causado el *fracaso seguro de la coalición*. En tercer lugar, "el poder a los sóviets" significa que el poder de los sóviets campesinos abarcaría principalmente el campo y en el campo está asegurado el predominio de los campesinos *pobres*.)

Si es idéntico, entonces la consigna bolchevique debe ser retirada inmediatamente del orden del día. Y si el "poder a los sóviets" sólo oculta la dictadura del proletariado, entonces ese poder significará precisamente el fracaso y el derrumbe de la revolución.

¿Hace falta demostrar que el proletariado, aislado no sólo de las demás clases del país, sino también de las verdaderas fuerzas vivas de la democracia no

podrá, técnicamente, apoderarse del aparato de Estado y ponerlo en marcha en una situación excepcionalmente complicada ni resistir políticamente toda la presión de las fuerzas enemigas, que barrerán no sólo la dictadura del proletariado, sino toda la revolución por añadidura?

El único poder que puede responder a las exigencias de la situación actual es una coalición realmente honesta dentro de la democracia.

El lector nos perdonará estos largos extractos; no podíamos prescindir de ellos. Es necesario presentar una imagen exacta de la posición adoptada por los distintos partidos hostiles a los bolcheviques. Es necesario demostrar, con toda exactitud, el hecho importantísimo de que *todos* estos partidos han reconocido que la toma de todo el poder por los bolcheviques solos no sólo es un problema real, sino apremiante.

Pasemos ahora al análisis de los argumentos que convencen a "todos", desde los kadetes hasta la gente de *Návojs Zhizn*, de que los bolcheviques no podrán retener el poder.

Un periódico tan serio como *Rech* no aduce argumento alguno. No hace más que derramar sobre los bolcheviques un diluvio de insultos, de los más escogidos y furibundos. El pasaje que hemos citado demuestra, entre otras cosas, cuán profundamente erróneo sería decir: "¡Mucho cuidado, camaradas, porque lo que el enemigo aconseja seguramente no nos conviene!", pensando que *Rech* "provoca" a los bolcheviques para que tomen el poder. Si en vez de analizar con sentido práctico las consideraciones generales y concretas nos dejamos "convencer" por el argumento de que la burguesía nos "provoca" para que tomemos el poder, seremos burlados por la burguesía, pues esta, naturalmente, con perversidad, pronosticará millones de desastres que resultarán de la toma del poder por los bolcheviques y gritará siempre con perversidad: "Para deshacernos de los bolcheviques de una vez y 'por muchos años', lo mejor es permitirles que tomen el poder y después aniquilarlos". Estos gritos, si se quiere, también son "provocación", pero desde un ángulo diferente. Los kadetes y los burgueses de ningún modo nos "aconsejan" ni nos han "aconsejado" jamás que tomemos el poder; sólo tratan de *asustarnos* con los supuestos problemas insolubles del gobierno.

No, no debemos dejarnos asustar por los alaridos de la asustada burguesía. Debemos tener siempre presente que jamás nos hemos planteado problemas sociales "insolubles", y en cuanto al problema perfectamente soluble de dar pasos inmediatos hacia el socialismo, única salida de la extremadamente difícil situación, sólo lo resolverá la dictadura del proletariado y de los campesinos pobres. Hoy más que nunca y más que en cualquier otra parte el proletariado de Rusia, si toma el poder, tiene asegurada la victoria, la victoria perdurable.

Examinaremos, con criterio puramente práctico, las circunstancias *concretas* que hacen que un determinado momento sea desfavorable, pero ni por un

solo instante nos dejaremos asustar por los alaridos furiosos de la burguesía y no olvidaremos que el problema de la toma de todo el poder por los bolcheviques se hace realmente *imperiosa*. A nuestro partido lo amenazará un peligro muchísimo más grande si olvidamos esto que si admitimos que la toma del poder es "prematura". En este sentido, *no* puede haber ahora nada "prematura": hay un millón de probabilidades, excepto quizá, una o dos, a favor de esto.

Con respecto a los insultos rabiosos de *Rech*, podemos y debemos repetir:

Escuchamos la voz de aprobación, no en los dulces sonidos de alabanza, sino en los gritos salvajes de la furia.

El hecho de que la burguesía nos odie tanto es una de las pruebas más evidentes de que señalamos al pueblo el camino y los medios *acertados* para derrocar el dominio de la burguesía.

Dielo Naroda, esta vez por rara excepción, no se ha dignado a honrarnos con sus insultos y tampoco ofrece ni la sombra de un argumento. Sólo intenta, con alusiones indirectas, *asustarnos* con la perspectiva de que "los bolcheviques se verán obligados a formar un gabinete". Admito sin reservas, que los propios *escriastas* al tratar de asustarnos los tiene sinceramente afectados, muertos de susto, el liberal asustado del fantasma. Admito igualmente que en algunas instituciones excepcionalmente altas y excepcionalmente podridas, como el CEC y las comisiones de "enlace" similares (es decir, enlace con los kadetes o, en lenguaje llano, que tienen trato con los kadetes), los *escriastas* logren asustar a ciertos bolcheviques porque, en primer lugar, la atmósfera en todos esos CEC, "preparlamentos", etc., es repulsiva, viciada hasta las náuseas y nociva para *cualquier* persona que la respire; y, en segundo lugar, la sinceridad es contagiosa y un filisteo sinceramente asustado es capaz de convertir, por un tiempo, incluso a un revolucionario en un filisteo.

Pero, por mucho que comprendamos, hablando "humanamente", el miedo sincero de un *escriasta* que ha tenido la desgracia de ser ministro en compañía de los kadetes o que para estos últimos sería deseable como ministro, cometeríamos un error político que podría muy fácilmente rayar en traición al proletariado si nos dejáramos asustar. ¡Vengan sus argumentos prácticos, señores! ¡No acaricien la ilusión de que nos vamos a dejar asustar por el miedo de ustedes!

Esta vez sólo encontramos argumentos prácticos en *Novaya Zhizn*. En esta oportunidad, el periódico asume el papel de abogado de la burguesía, papel

que le sienta mucho mejor que el de defensor de los bolcheviques, que tan manifiestamente "choca" a esta dama con muchas características agradables.

El abogado presenta *six* argumentos:

1. El proletariado está "aislado de las demás clases del país".
2. El proletariado está "aislado de las verdaderas fuerzas vivas de la democracia".
3. "No podrá, técnicamente, apoderarse del aparato de Estado".
4. "No podrá poner en marcha" ese aparato.
5. "Una situación excepcionalmente complicada".
6. El proletariado "no será capaz de resistir toda la presión de las fuerzas enemigas que barrerán no sólo la dictadura del proletariado, sino, además, toda la revolución".

Nóvaya Zhízn formula el primer argumento en forma ridículamente torpe, dado que en la sociedad capitalista y semicapitalista no conocemos más que tres clases: la burguesía, la pequeñoburguesía (que está formada sobre todo por campesinos) y el proletariado. ¿Qué sentido tiene entonces hablar del aislamiento del proletariado respecto de las demás clases cuando de lo que en realidad se trata es de la lucha del proletariado contra la burguesía, de la revolución contra la burguesía?

Es evidente que *Nóvaya Zhízn* quiso decir que el proletariado está aislado de los campesinos, porque no es posible que se refiriera a los terratenientes. No podía, sin embargo, decir clara y definitivamente que el proletariado está en la actualidad aislado de los campesinos porque la falsedad de esa afirmación sería demasiado evidente.

Es difícil concebir que en un país capitalista el proletariado -y, adviértase bien, en una revolución *contra la burguesía*- esté tan poco aislado de la pequeñoburguesía como lo está hoy el proletariado de Rusia. Los últimos resultados de la votación por las "curias" *a favor y en contra* de la coalición con la burguesía en la "Duma buliguiana" de Tsereteli, o sea de la famosa Conferencia "Democrática", constituyen una prueba objetiva e indiscutible de ello. Las curias de los sóviets arrojaron los resultados siguientes:

	A favor de la coalición	En contra
Sóviets de diputados obreros y soldados	83	192
Sóviets de diputados campesinos	102	70
Total	185	262

Vemos así que la mayoría, en su conjunto, está a favor de la consigna proletaria: *contra* la coalición con la burguesía. Hemos visto más arriba que hasta

los kadetes se ven obligados a reconocer el crecimiento de la influencia de los bolcheviques en los sóviets. ¡Téngase en cuenta, además, que se trata de una conferencia convocada por los que, hasta *ayer*, fueron dirigentes en los sóviets, por los eseristas y mencheviques, que cuentan con una mayoría segura en las instituciones centrales! Es evidente que estos datos *no revelan el verdadero grado de predominio* de los bolcheviques en los sóviets.

Los bolcheviques cuentan ya con la mayoría en los sóviets de diputados obreros, soldados y campesinos, con la *mayoría del pueblo*, con la mayoría de la pequeña burguesía, tanto en lo referente al problema de la coalición con la burguesía como al problema de la entrega inmediata de las tierras de los terratenientes a los comités de campesinos. *Rabochi Put* N.º 19, del 24 de septiembre, cita, tomándola de *Zemlya Truda* N.º 25, órgano de los eseristas, una información sobre la conferencia de los sóviets locales de diputados campesinos, celebrada en San Petersburgo el 18 de septiembre. En esa conferencia votaron por una coalición sin restricciones los comités ejecutivos de cuatro sóviets campesinos (los de las provincias de Kostromá, Moscú, Samara y Táurida). Por una coalición sin los kadetes se pronunciaron los comités ejecutivos de tres provincias (de Vladímir, de Riazán y del Mar Negro) y *dos* ejércitos. En cambio, votaron en contra de la coalición los comités ejecutivos de *veintitrés* provincias y de *cuatro* ejércitos.

¡De modo que la mayoría de los campesinos está en contra de la coalición! Eso en cuanto al "aislamiento del proletariado".

Debemos señalar, de paso, que las tres provincias partidarias de la coalición eran provincias remotas, Samara, Táurida y el Mar Negro, donde hay un número relativamente grande de campesinos ricos y de grandes terratenientes que emplean trabajo asalariado, y además cuatro provincias industriales (Vladímir, Riazán, Kostromá y Moscú), en las que la burguesía rural es también más fuerte que en la mayoría de las provincias de Rusia. Sería interesante reunir datos más detallados sobre esta cuestión y averiguar si existe alguna información referente a los campesinos *pobres* en las provincias donde hay una gran cantidad de campesinos "ricos".

Otro dato interesante, asimismo, es que los "grupos nacionales" revelaron un considerable predominio de adversarios de la coalición: cuarenta votos contra quince. La política anexionista y de franca violencia del bonapartista Kerensky y Cía. contra las naciones que no gozan de todos los derechos cívicos en Rusia ha dado sus frutos. Grandes sectores de la población de las naciones oprimidas, es decir, la masa de la pequeña burguesía incluída, confía más en el proletariado de Rusia que en la burguesía, porque la historia de Rusia ha puesto en primer plano la lucha por la liberación de las naciones oprimidas contra las naciones opresoras. La burguesía ha traicionado vilmente la causa de la libertad de las naciones oprimidas, en tanto que el proletariado es fiel a la causa de la libertad.

El problema nacional y el agrario son, en la actualidad, los problemas cardinales para los sectores pequeñoburgueses de la población de Rusia. Esto es indiscutible. Y en ambos problemas el proletariado "no está aislado"; más lejos

que nunca de estarlo. Tiene consigo a la mayoría del pueblo. *Solo él* es capaz de seguir, respecto de ambos problemas, una política tan resuelta, tan verdaderamente "democrática y revolucionaria" que garantizará inmediatamente al poder del Estado proletario no sólo el apoyo de la mayoría de la población, sino un verdadero estallido de entusiasmo revolucionario en el pueblo. Porque, por primera vez, el pueblo no verá, por parte del Gobierno, la despiadada opresión de los campesinos por los terratenientes, de los ucranianos por los gran rusos, como sucedía bajo el zarismo, ni los esfuerzos por continuar la misma política —disfrazada con frases akisonantes— bajo la república, ni atropellos, insultos, embrollos, dilaciones, una conducta solapada y evasiva (todo lo que Kerensky ofrece a los campesinos y a las naciones oprimidas), sino una cálida simpatía demostrada con hechos, medidas inmediatas y revolucionarias contra los terratenientes, inmediato restablecimiento de *plena* libertad para Finlandia, Ucrania, Bielorrusia, para los musulmanes, etcétera.

Los señores eseristas y mencheviques lo saben perfectamente y por ello utilizan a los jefes semikadetes de las cooperativas para que los ayuden a aplicar su política *revisionista* democrática *contra* las masas. Por ello jamás se atreverán a explorar la opinión popular, realizar un referéndum o tan siquiera una simple votación en todos los sóviets y organizaciones locales sobre aspectos concretos de la política práctica, como por ejemplo si todas las tierras de los terratenientes deben ser o no entregadas inmediatamente a los comités campesinos, si se debe satisfacer o no determinadas reivindicaciones de los finlandeses o de los ucranianos, etcétera.

Tomemos el problema de la paz, el asunto más decisivo del momento. El proletariado "está aislado de las demás clases"... En realidad, en este problema el proletariado representa a *toda* la nación, a todo lo que hay de vital y honesto en *todas* las clases, a la inmensa mayoría de la pequeñoburguesía; porque sólo el proletariado, al conquistar el poder, ofrecerá *inmediatamente* a todos los pueblos beligerantes una paz justa, porque sólo el proletariado se animará a tomar medidas verdaderamente *revolucionarias* (publicación de los tratados secretos, etc.) para lograr la paz más rápida y más justa posible.

No. Los señores de *Novaya Zhizn*, que gritan que el proletariado está aislado, no hacen sino expresar el temor subjetivo de la burguesía. La situación objetiva en Rusia es sin duda tal que *precisamente ahora* el proletariado *no* está "aislado" de la mayoría de la pequeñoburguesía, precisamente ahora, después de la triste experiencia de la "coalición", cuando el proletariado cuenta con las simpatías de la *mayoría* del pueblo. *Esta* condición para que los bolcheviques puedan retener el poder *existe*.

El segundo argumento es que el proletariado "está aislado de las verdaderas fuerzas vivas de la democracia". Qué significa esto es realmente incomprensible. Probablemente debe ser "griego", como dicen los franceses en casos semejantes.

Los escritores de *Nóvaya Zhín* podrían ser ministros. Serían magníficos ministros en un Gobierno kadete. Porque lo que se necesita de esos ministros es precisamente talento para lanzar frases loables, cuidadas, pero totalmente vacías, con ayuda de las cuales se pueda encubrir el más sucio trabajo y que, por lo tanto, les asegure el aplauso de los imperialistas y de los socialimperialistas. Los escritores de *Nóvaya Zhín* pueden estar seguros de que merecen el aplauso de los kadetes, de Breshkovskaya, de Plejanov y Cía. por afirmar que el proletariado está aislado de las verdaderas fuerzas vivas de la democracia. Porque, *indirectamente*, con eso quieren decir –o quieren dejar sobreentendido que así es– que los kadetes, Breshkovskaya, Plejanov, Kerensky y Cía. son “las fuerzas vivas de la democracia”.

Eso no es verdad. Son fuerzas muertas. La historia de la coalición lo ha demostrado.

La gente de *Nóvaya Zhín*, intimidada por la burguesía y por su ambiente burgués intelectual, considera “viva” al ala *derecha* de los eseristas y mencheviques, como *Vólya Naroda*, *Yedinstvo*, etc., que, en esencia, no se diferencian de los kadetes. En cambio, nosotros consideramos como vivos sólo a aquellos que tienen vinculación con el pueblo y no con los *akolats*, sólo a aquellos a quienes las enseñanzas de la coalición han ahuyentado. “Las fuerzas vivas activas” de la democracia pequeñoburguesa están representadas por el ala izquierda de los eseristas y mencheviques. El fortalecimiento de esta ala izquierda, sobre todo después de la contrarrevolución de julio, es uno de los síntomas objetivos más seguros de que el proletariado *no está* aislado.

Esto se ha hecho aún más evidente con el viraje hacia la izquierda del centro eserista, como lo prueba la declaración de Chernov del 24 de septiembre en la que dice que su grupo no puede apoyar la nueva coalición con Kishkin y Cía. Este viraje hacia la izquierda del centro eserista, que hasta ahora constituía la aplastante mayoría de los miembros del partido eserista –el partido principal y preponderante desde el punto de vista del número de votos obtenidos en las ciudades y sobre todo en el campo–, demuestra que las expresiones de *Diób Naroda* citadas más arriba, según las cuales la democracia debía, en ciertas condiciones, “garantizar su pleno apoyo” a un Gobierno puramente bolchevique son, en todo caso, algo más que simples frases.

Hechos como el de la negativa del centro eserista a apoyar una nueva coalición con Kishkin, o la preponderancia de los *adversarios* de la coalición entre los *mencheviques defensistas* en provincias (Zhordania en el Cáucaso, etc.), resultan una prueba objetiva de que determinada parte de las *masas*, que hasta ahora siguieron a los mencheviques y a los eseristas, *apoyará* un Gobierno puramente bolchevique.

Es precisamente de las fuerzas *vivas* de la democracia de las que no está aislado hoy el proletariado de Rusia.

El tercer argumento, el de que el proletariado "no podrá, técnicamente, apoderarse del aparato de Estado", es quizá el argumento más corriente y más generalizado. Merece por ello la mayor atención, y también porque muestra una de las tareas más *serias* y más *difíciles* con que se enfrentará el proletariado victorioso. No hay duda alguna de que estas tareas serán muy difíciles; pero si nosotros, que nos llamamos socialistas, señalamos esta dificultad sólo para *evitar* esas tareas, en la práctica se borraría toda diferencia entre nosotros y los lacayos de la burguesía. La dificultad de las tareas de la revolución proletaria debe mover a los partidarios del proletariado a realizar un estudio más atento y más concreto de los medios para cumplir esas tareas.

Por aparato de Estado se entiende, ante todo, el Ejército regular, la Policía y la burocracia. Al afirmar que el proletariado no podrá técnicamente apoderarse de ese aparato, los escritores de *Novaya Zhizn* revelan su total ignorancia y su renuencia a tener en cuenta los hechos y las consideraciones formulados hace ya mucho tiempo en las publicaciones bolcheviques.

Todos los escritores de *Novaya Zhizn* se consideran a sí mismos, si no marxistas, por lo menos conocedores del marxismo, socialistas versados. Pero Marx, basándose en la experiencia de la Comuna de París, enseñaba que el proletariado *no puede* limitarse simplemente a apoderarse de la maquinaria de Estado ya existente y utilizarla para sus fines; que el proletariado debe *destruir* esa máquina y reemplazarla por una nueva (hablo de ello con más detalle en un folleto, cuya primera parte está ya terminada y que pronto aparecerá con el título *El Estado y la revolución. La teoría marxista del Estado y las tareas del proletariado en la revolución*). Ese nuevo tipo de maquinaria estatal fue creada por la Comuna de París, y los *sóviets* rusos de diputados obreros, soldados y campesinos son un "aparato de Estado" *del mismo tipo*. He señalado esto muchas veces desde el 4 de abril de 1917 y es tratado en las resoluciones de las conferencias bolcheviques y también en las publicaciones bolcheviques. *Novaya Zhizn*, naturalmente, podía haber manifestado su total desacuerdo, tanto con Marx como con los bolcheviques, pero, para un periódico que con tanta frecuencia y tanta arrogancia reprochó a los bolcheviques su pretendida actitud poco seria hacia problemas difíciles, eludir este problema equivale a otorgarse un certificado de pobreza mental.

El proletariado *no puede* "apoderarse" del "aparato de Estado" y "ponerlo en marcha". Pero sí puede *destruir* todo lo que hay de opresor, de rutinario, de incorregiblemente burgués en el viejo aparato de Estado y reemplazarlo por su *propio* y nuevo aparato. Los *sóviets* de diputados obreros, soldados y campesinos son precisamente este aparato.

El hecho de que *Novaya Zhizn* se haya olvidado por completo de este "aparato de Estado" es algo que sólo puede calificarse de monstruoso. Al comportarse de este modo en su argumentación teórica, la gente de *Novaya Zhizn* procede, en esencia, en la esfera de la teoría política como los kadetes lo hacen en el terreno de la práctica política. Porque si en realidad el proletariado y la

democracia revolucionaria *no necesitan* un nuevo aparato de Estado, entonces los sóviets no tienen *raison d'être*, no tienen derecho a existir (y los kadetes kornilovistas tienen *razón* al pretender reducir los sóviets a la nada!

Este error teórico monstruoso y esta ceguera política de *Nóvaya Zhízn* son tanto más monstruosos por cuanto hasta los mencheviques internacionalistas (con los cuales *Nóvaya Zhízn* formó un bloque en las últimas elecciones de la Duma municipal de San Petersburgo) han demostrado, en esta cuestión, cierta proximidad con los bolcheviques. Así, en la declaración de la mayoría de los sóviets, presentada por el camarada Martov en la Conferencia Democrática, leemos:

Los sóviets de diputados obreros, soldados y campesinos, creados en los primeros días de la revolución por el potente estallido de entusiasmo creador que emana del mismo pueblo, constituyen la nueva trama del Estado revolucionario, que ha reemplazado la envejecida trama estatal del antiguo régimen.

Esto es demasiado florido; es decir, la retórica oculta aquí la falta de un claro pensamiento político. Los sóviets *no* han reemplazado *totalmente* a la vieja "trama" y esa vieja "trama" *no* es la trama estatal del antiguo régimen, sino la trama estatal *ante* del zarismo *como* de la república burguesa. De todos modos, Martov se sitúa aquí a mucha mayor altura que *Nóvaya Zhízn*.

Los sóviets son un nuevo aparato de Estado que, en primer lugar, proporciona una fuerza armada de obreros y campesinos, y esa fuerza no está divorciada del pueblo, como lo estaba la del viejo Ejército regular, sino muy estrechamente ligada al pueblo. Desde el punto de vista militar, esta fuerza es incomparablemente más poderosa que las anteriores; desde el punto de vista revolucionario, nada puede reemplazarla. En segundo lugar, este aparato ofrece un vínculo con las masas, con la mayoría del pueblo, tan estrecho, tan indisoluble, tan fácil de verificar y renovar que no encontramos nada ni remotamente parecido en el anterior aparato de Estado. En tercer lugar, este aparato, por ser sus integrantes elegibles y sujetos a revocación por voluntad del pueblo, sin ninguna formalidad burocrática, es mucho más democrático que cualquier aparato anterior. En cuarto lugar, ofrece un estrecho contacto con las profesiones más diversas, facilitando de este modo la adopción de las reformas más diversas y más radicales sin burocracia. En quinto lugar, ofrece una forma de organización para la vanguardia, es decir, para el sector de las clases *oprimidas* más enérgico y más progresista, los obreros y los campesinos con mayor conciencia de clase, y constituye así un aparato por medio del cual la vanguardia de las clases oprimidas puede elevar, preparar, educar y dirigir *a toda la gigantesca masa* de estas clases, que hasta hoy permanecía completamente al margen de la vida política, al margen de la historia. En sexto lugar, brinda la posibilidad de combinar las ventajas del parlamentarismo con las de la democracia inmediata y directa, es decir, de reunir, en los representantes elegidos por el pueblo, las funciones legislativas y *ejecutivas*. Comparado con el

parlamentarismo burgués, es un avance de trascendencia histórica mundial en el desarrollo de la democracia.

En 1905 nuestros sóviets no eran, por así decirlo, más que un embrión, porque en total subsistieron sólo unas pocas semanas. Evidentemente, en las condiciones de entonces no podía ni pensarse en su desarrollo completo. Tampoco puede pensarse en ello en la revolución de 1917, porque unos pocos meses es un período muy reducido y —esto es lo más importante— los dirigentes eseristas y mencheviques han *prostituido* los sóviets, han reducido su papel al de un corrillo de parlanchines, al de cómplices en la política de compromisos de los dirigentes. Bajo la dirección de los Lieber, Dan, Tsereteli y Chernov los sóviets se han estado descomponiendo y pudriendo en vida. Los sóviets podrán desarrollarse en debida forma, desplegar a fondo sus aptitudes y su capacidad, sólo tomando *todo* el poder del Estado, ya que de otro modo *nada tienen que hacer*, de otro modo no son más que simples embriones (y permanecer en estado embrionario durante mucho tiempo es fatal) o juguetes. La "dualidad de poder" es la parálisis de los sóviets.

Si la iniciativa creadora de las clases revolucionarias no hubiera dado origen a los sóviets, la revolución proletaria en Rusia estaría desahuciada, porque el proletariado no podría, indudablemente, retener el poder con el antiguo aparato de Estado y es imposible crear de golpe un nuevo aparato. La triste historia de la prostitución de los sóviets por Tsereteli y Chernov, la historia de la "coalición" es también la historia de la liberación de los sóviets de las ilusiones pequeñoburguesas, de su paso por el "purgatorio" de la experiencia práctica de toda la infamia y la suciedad absolutas de *todas y cada una* de las coaliciones burguesas. Esperemos que este "purgatorio", más que debilitar a los sóviets, los haya templado.

La principal dificultad que enfrenta la revolución proletaria es la instauración en escala nacional del sistema más preciso, meticuloso, de registro y control, de *control obrero* sobre la producción y distribución de los productos.

Cuando los escritores de *Nóvaya Zhizn* nos acusaban de caer en el sindicalismo por lanzar la consigna de "control obrero", su objeción era un ejemplo de aplicación escolar, simplista del "marxismo", sin estudiarlo, *aprendido de memoria*, a la manera de Struve. El sindicalismo, o rechaza la dictadura revolucionaria del proletariado, o la relega, lo mismo que al poder político en general, a último plano. Nosotros, en cambio, la ponemos en primer plano.

Y si dijéramos simplemente como *Nóvaya Zhizn*: "*Nada de control obrero, sino control de Estado!*", lanzaríamos una frase reformista burguesa, una fórmula, en el fondo, puramente kadete, porque los kadetes no se oponen a que los obreros *participen* en el control "estatal". Los kadetes kornilovistas saben muy bien que semejante participación brinda a la burguesía el mejor medio de

engañar a los obreros, el medio más sutil de *sobornar* políticamente a todos los Gvozdyov, Nikitin, Prokopovich, Tsereteli y al resto de esta pandilla.

Cuando decimos "control obrero", poniendo siempre esta consigna junto a la de la dictadura del proletariado, colocándola siempre *inmediatamente* después de ella, aclaramos con ello a qué Estado nos referimos. El Estado es el órgano de dominación de una *clase*. ¿De qué clase? Si es de la burguesía, entonces es el Estado kadete-Kornilov-"Kerensky", que ha estado "komilovando" y "kerenskiando" a los obreros de Rusia durante más de seis meses. Si es del proletariado, si hablamos de un Estado proletario, *es decir*, de la dictadura del proletariado, entonces *si puede* el control obrero convertirse en el registro de la producción y distribución de los productos por todo el pueblo, universal, omnipresente, más preciso y escrupuloso.

Esa es la dificultad principal, la tarea principal de la revolución proletaria, es decir, de la revolución socialista. Sin los sóviets esta tarea sería impracticable, por lo menos para Rusia. Los sóviets *indican* al proletario la labor organizativa que *puede* resolver este problema de importancia histórica.

Esto nos lleva a otro aspecto del problema del aparato de Estado. Además del aparato de "opresión" por excelencia —el Ejército regular, la Policía y la burocracia—, el Estado moderno tiene un aparato que está íntimamente vinculado con los bancos y los consorcios, un aparato que realiza, si vale la expresión, un vasto trabajo de contabilidad y registro. Este aparato no puede ni debe ser destruido. Lo que hay que hacer es arrancarlo del control de los capitalistas; hay que *separar, incommunicar, aislar* a los capitalistas, y a los hilos que ellos manejan, de este aparato; hay que *subordinarlo* a los sóviets proletarios; hay que hacerlo más vasto, más universal, más popular. Esto se *puede* lograr apoyándose en las conquistas ya realizadas por el gran capitalismo (así como la revolución proletaria puede, en general, lograr su objetivo sólo apoyándose en esas conquistas).

El capitalismo creó un *aparato* de registro en forma de bancos, consorcios, servicios postales, sociedades de consumidores y sindicatos de empleados públicos. *Sin grandes bancos, el socialismo sería irrealizable.*

Los grandes bancos son el "aparato de Estado" que *necesitamos* para realizar el socialismo y que *tenemos ya hecho* del capitalismo; nuestra tarea consiste sencillamente en *extirpar* lo que, *desde el punto de vista capitalista, mutila* este excelente aparato, en hacerlo *aún* más poderoso, aún más democrático, aún más universal. La cantidad se transformará en calidad. Un solo banco del Estado, el más grande de los grandes, con sucursales en cada distrito rural, en cada fábrica, constituirá las nueve décimas partes del aparato *socialista*. Será una *contabilidad* nacional, un *registro* nacional de la producción y distribución de los productos; será, por así decirlo, algo así como el *esqueleto* de la sociedad socialista.

Podemos "apoderarnos" de este "aparato de Estado" (que bajo el capitalismo no es totalmente un aparato de Estado, pero que lo será en nuestras manos, bajo el socialismo) y "ponerlo en marcha" de un solo golpe, con un solo decreto, porque el verdadero trabajo de contabilidad, control, registro y

cálculo es realizado por *empleados*, la mayoría de los cuales son, por sus condiciones de vida, proletarios o semiproletarios.

Con un solo decreto del Gobierno proletario se puede y se debe transformar a todos esos empleados en empleados del Estado, del mismo modo que los perros guardianes del capitalismo, como Briand y otros ministros burgueses, transforman a los ferroviarios en huelga, con un solo decreto, en empleados públicos. Nosotros necesitaremos más empleados públicos de ese tipo y *podremos* obtenerlos, porque el capitalismo ha simplificado la tarea de registro y control, reduciéndola a un sistema relativamente sencillo de *anotaciones* al alcance de cualquier persona que sepa leer y escribir.

La "transformación en empleados públicos" de la masa de empleados de banco, consorcios, comercio, etc., etc., es completamente factible, tanto técnicamente (gracias a la labor previa realizada para nosotros por el capitalismo, incluyendo el capitalismo financiero) como políticamente, a condición de que se haga bajo el control y la supervisión de los sóviets.

En cuanto a los altos funcionarios, que son muy pocos, pero que tienden hacia los capitalistas, habrá que tratarlos del mismo modo que a los capitalistas, es decir, con "rigor". Igual que los capitalistas, opondrán *resistencia*. Habrá que vencer esa resistencia. Y si el eternamente ingenuo Peshejonov ya en junio de 1917 balbuceaba, como niño que era en asuntos de Estado, que "la resistencia de los capitalistas ha sido vencida", *el proletariado convertirá en realidad esa frase infantil, esa jactancia infantil, esa fanfarronada infantil*.

Podemos hacer esto porque sólo se trata de vencer la resistencia de una minoría insignificante de la población, literalmente de un puñado de personas, sobre cada una de las cuales las asociaciones de empleados, los sindicatos, las sociedades de consumidores y los sóviets establecerán un *control* tal que cada Tit Titich³ quedará *atado* como lo fueron los franceses en Sedán. Conocemos por sus nombres a estos Tit Titich; no hay más que consultar las listas de directores, miembros de los consejos de administración, grandes accionistas, etc. Son unos cuantos cientos o, a lo sumo, unos cuantos miles en *toda* Rusia; el Estado proletario, con el aparato de los sóviets, de las asociaciones de empleados, etc., podrá designar diez y hasta cien inspectores para cada uno de ellos, de modo que en lugar de "vencer la resistencia" será incluso posible, mediante el *control obrero* (sobre los capitalistas), lograr que toda resistencia sea imposible. La "clave" de todo no será siquiera la confiscación de bienes de los capitalistas, sino el control obrero general, de todo el pueblo, universal, sobre los capitalistas y sus posibles partidarios. La confiscación sola no lleva a ninguna parte, porque no encierra elemento alguno de organización, de registro para una distribución equitativa. En lugar de confiscación implantaremos fácilmente un impuesto *justo* (incluso según la "escala de Shingariov", por ejemplo), cuidando, naturalmente, evitar la posibilidad de que nadie eluda el impuesto, oculte la

3 Personaje de la literatura rusa que refiere a un avaro empresario (NdlE).

verdad, burle la ley. Y esa posibilidad será *eliminada sólo* mediante el control obrero del Estado obrero.

La *agremiación obligatoria*, es decir, la organización obligatoria en asociaciones bajo el control del Estado: ese es el camino que ha preparado el capitalismo; eso es lo que ha realizado en Alemania el Estado de los *junkers*, eso es lo que pueden realizar fácilmente en Rusia los *sóviets*, la dictadura del proletariado, y eso es lo que *nos proporcionará un "aparato de Estado"* que será universal, moderno y no burocrático.

Cuarto argumento de los abogados de la burguesía: el proletariado no podrá "poner en marcha" el aparato de Estado. No hay nada nuevo en este argumento comparado con el anterior. Naturalmente, no podríamos apoderarnos del viejo aparato ni ponerlo en marcha. El nuevo aparato, los *sóviets*, ha sido puesto *ya* en marcha por "un potente estallido de entusiasmo creador que emana del propio pueblo". Sólo es necesario librarlo de los *grilletos* que le puso la dominación de los dirigentes escristas y mencheviques. Este aparato *está ya* en marcha, sólo falta librarlo de los monstruosos impedimentos pequenoburgueses que le impiden avanzar a todo vapor.

Para completar lo que ya se ha dicho, deben considerarse aquí dos circunstancias: primero, los nuevos medios de control fueron creados, *no* por nosotros, sino por el capitalismo en su etapa militar-imperialista; y, segundo, es importante introducir más democracia en la *administración* de un Estado proletario.

El monopolio de los cereales y el racionamiento del pan no fueron implantados por nosotros sino por el Estado capitalista en tiempos de guerra. Este ha implantado ya, en los marcos del capitalismo, el trabajo general obligatorio⁴, que es un régimen militar para los obreros. Pero también aquí, como en toda su actividad de creación histórica, el proletariado toma sus armas del capitalismo, no las "inventa" ni las "crea de la nada".

El monopolio de los cereales, el racionamiento del pan, el trabajo general obligatorio serán, en manos del Estado proletario, en manos de los *sóviets* soberanos, el medio más eficaz de registro y control, medio que, aplicado a los capitalistas y a los *ricos en general*, aplicado a ellos *por los obreros*, proporcionará una fuerza jamás vista en la historia para "poner en marcha" el aparato de Estado, para vencer la resistencia de los capitalistas y para someterlos al Estado proletario. Estos medios de control y de *obligar a la gente a trabajar* serán más poderosos que las leyes de la Convención y su guillotina. La guillotina *sólo* sirvió para asustar, venció la resistencia *activa*. Y a nosotros *eso no nos basta*.

A nosotros eso no nos basta. No sólo debemos "asustar" a los capitalistas, es decir, hacerles sentir la omnipotencia del Estado proletario y hacerles desistir de toda idea de resistencia activa. Debemos también vencer su resistencia *pasiva*, que es indudablemente más peligrosa y más nociva. No sólo debemos

⁴ Los obreros rusos estaban obligados a *comparecer* para apoyar el esfuerzo de guerra del zarismo [Nde].

vencer todo género de resistencia, sino que, además, debemos *obligar a los capitalistas a trabajar* dentro de los marcos de la nueva organización del Estado. No basta con "eliminar" a los capitalistas, debemos emplearlos *en servicio del nuevo Estado* (después de eliminar a los "resistentes", indeseables e incorregibles). Esto es aplicable tanto a los capitalistas, como al sector superior de los intelectuales burgueses, empleados públicos, etcétera.

Disponemos de los medios necesarios para ello. El propio Estado capitalista beligerante ha puesto en nuestras manos los medios y las armas para ello. Estos medios son: el monopolio de los cereales, el racionamiento del pan y el trabajo general obligatorio. "Quien no trabaja, no come": esta es la norma fundamental, primera y más importante que los sóviets de diputados obreros pueden implantar e implantarán no bien se conviertan en Gobierno.

Cada obrero tiene una libreta de trabajo. Esta libreta no lo deshonra, aunque *hey*, indudablemente, es un documento de esclavitud asalariada capitalista, un certificado de que el trabajador pertenece a algún parásito.

Los sóviets implantarán libretas de trabajo *para los ricos* y luego, gradualmente, para toda la población (en un país campesino es probable que pase mucho tiempo antes de que la libreta de trabajo sea necesaria para la inmensa mayoría del campesinado). La libreta de trabajo dejará de ser el distintivo de la "plebe", un documento de los estamentos "inferiores", un certificado de esclavitud asalariada. Se convertirá en un documento que certifique que en la nueva sociedad no hay ya "obreros" ni tampoco, por otra parte, no hay ya gente *que no trabaje*.

Los ricos estarán obligados a obtener una libreta de trabajo del sindicato de obreros o empleados con el que más estrecha vinculación tenga su ocupación, y cada semana, o en otro plazo determinado, deberán obtener de ese sindicato un certificado de que realizan honestamente su trabajo; sin esa condición no podrán recibir tarjetas de racionamiento de pan o provisiones en general. Necesitamos —dirá el Estado proletario— buenos organizadores de la banca y de la fusión de empresas (los capitalistas tienen más experiencia en esta cuestión y es más fácil trabajar con gente experta); y necesitamos muchos, muchísimos más ingenieros, agrónomos, técnicos, especialistas de todo género y con formación científica que los que antes se necesitaban. A todos estos especialistas les asignaremos un trabajo al que están habituados y al que puedan hacer frente; es probable que establezcamos, sólo gradualmente, la igualdad total de salarios y que paguemos a estos especialistas sueldos más altos durante el período de transición. Los colocaremos, sin embargo, bajo un amplio control obrero y lo-graremos la vigencia absoluta y total de la norma "Quien no trabaja, no come". No inventaremos la forma de organización del trabajo, sino que la tomaremos ya hecha del capitalismo: nos adecuaremos de los bancos, los consorcios, las mejores fábricas, los centros de experimentación, las academias, etc. No tendremos más que adoptar lo mejor de la experiencia de los países avanzados.

Y, desde luego, no pecamos en absoluto de utopía, no abandonamos el terreno de las consideraciones prácticas más sobrias si decimos que toda la

clase capitalista nos opondrá la resistencia más tenaz, pero esa resistencia será quebrada por la organización de toda la población en sóviets. Los capitalistas excepcionalmente obstinados y recalcitrantes tendrán, naturalmente, que ser castigados con la confiscación de todos sus bienes y con la cárcel. Por otra parte, sin embargo, la victoria del proletariado *multiplicará* los casos como el siguiente, que he leído en *Izvestia* de hoy:

El 26 de septiembre dos ingenieros se presentaron al Consejo Central de Comités de Fábrica para informar que un grupo de ingenieros había decidido constituir una asociación de ingenieros socialistas. La asociación considera que el momento actual constituye realmente el comienzo de la revolución social y se pone a disposición de las masas obreras, deseando, en defensa de los intereses de los obreros, trabajar en completa unidad con las organizaciones obreras. Los representantes del Consejo Central de Comités de Fábrica contestaron que con mucho gusto el Consejo creará en su organización una sección de ingenieros, cuyo programa contendrá las tesis fundamentales de la I Conferencia de Comités de Fábrica sobre control obrero de la producción. En los próximos días se celebrará una reunión conjunta de delegados del Consejo Central de Comités de Fábrica y el grupo iniciador de ingenieros socialistas (*Izvestia del CEC del 27 de septiembre de 1917*.)

(2)

El proletariado, se nos dice, no podrá poner en marcha el aparato de Estado.

Desde la revolución de 1905, Rusia ha estado gobernada por ciento treinta mil terratenientes, que han cometido un sinnúmero de violencias contra ciento cincuenta millones de personas, que han acumulado sobre ellas ultrajes sin límite y condenado a la inmensa mayoría a trabajos inhumanos y al hambre.

Y ahora nos dicen que no podrán gobernar Rusia los doscientos cuarenta mil miembros del Partido Bolchevique, gobernarla en interés de los pobres y contra los ricos. Esas doscientas cuarenta mil personas están ya respaldadas por no menos de un millón de votos de la población adulta, porque la experiencia de Europa y la de Rusia —como quedó demostrado, por ejemplo, con las elecciones de agosto a la Duma de San Petersburgo— establecen dicha proporción entre el número de miembros del Partido y el número de votos emitidos a favor del Partido. Ya tenemos, por lo tanto, un "aparato estatal" de *un millón* de personas, fieles al Estado socialista en el aspecto ideológico y no por cobrar una importante suma el 20 de cada mes.

Tenemos además un "recurso mágico" para aumentar en *diez veces*, rápidamente, de golpe, nuestro aparato estatal, un recurso del que nunca ha dispuesto

ni puede disponer ningún Estado capitalista. Este recurso mágico es incorporar a los trabajadores, incorporar a los pobres, al trabajo cotidiano de la administración del Estado.

Para explicar qué fácil será emplear ese recurso mágico y con qué perfección funcionará permítasenos escoger el ejemplo más sencillo y más claro.

El Estado debe desalojar forzosamente de su departamento a una determinada familia y alojar en él a otra. Esto sucede a menudo en el Estado capitalista y también sucederá en nuestro Estado proletario o socialista.

El Estado capitalista desaloja a una familia obrera que ha perdido a quien la mantenía y no puede pagar el alquiler. Aparece el alguacil con un comisario de Policía y un escuadrón entero de ellos. Para realizar un desalojo en un barrio obrero se requiere un destacamento entero de cosacos. ¿Por qué? Porque el alguacil y el comisario se niegan a ir sin el auxilio de una fuerte custodia militar. Saben que el espectáculo de un desalojo despierta una ira tal en los vecinos, en miles de personas llevadas al borde de la desesperación, despierta un odio tal contra los capitalistas y contra el Estado capitalista que el alguacil y el escuadrón de policías corren el riesgo de ser despedazados en cualquier momento. Se requieren importantes fuerzas militares, deben trasladarse a una gran ciudad varios regimientos y las tropas deben provenir de regiones distantes, remotas, para que los soldados no se familiaricen con la vida de los pobres de la ciudad, para que los soldados no se "contagien" de socialismo.

El Estado proletario tiene que instalar forzosamente a una familia muy pobre en el departamento de un hombre rico. Supongamos que nuestro pelotón de milicia obrera se compone de quince personas: dos marineros, dos soldados, dos obreros con conciencia de clase (de los cuales, supongamos, sólo uno es miembro de nuestro partido o simpatizante), un intelectual y ocho trabajadores pobres, de los cuales cinco por lo menos deben ser mujeres, criados, trabajadores no calificados, etc. El pelotón llega al departamento del hombre rico, lo revisa y encuentra que tiene cinco habitaciones ocupadas por dos hombres y dos mujeres. "Ciudadanos —les dice—, este invierno deben apretarse un poco en dos habitaciones y dejar dos habitaciones para dos familias que ahora viven en el sótano. Hasta que, con la ayuda de los ingenieros (a propósito, ¿usted es ingeniero, verdad?), no hayamos construido buenas viviendas para todos tendrán ustedes que apretarse un poco. Su teléfono será utilizado por diez familias, con lo cual se economizarán unas cien horas de trabajo desperdiciadas en hacer compras, etc. Además, hay en su familia dos personas desocupadas que pueden realizar un trabajo liviano: una ciudadana de cincuenta y cinco años y un ciudadano de catorce. Harán una guardia diaria de tres horas, inspeccionando la justa distribución de provisiones para las diez familias y llevando el correspondiente registro. El ciudadano estudiante de nuestro pelotón escribirá ahora, en dos copias, esta orden oficial y ustedes tendrán la bondad de entregarnos una declaración firmada de que se comprometen a cumplirla exactamente".

De este modo, a mi juicio, podría ilustrarse la diferencia entre el viejo, burgués, y el nuevo, socialista, aparato de Estado y de administración estatal.

No somos utópicos. Sabemos que un trabajador no calificado o una cocinera no son capaces de dirigir inmediatamente el Estado. En eso coincidimos con los kadetes, con Breshkovskaya y con Tsereteli. Diferimos de estos ciudadanos, sin embargo, en que exigimos que se rompa inmediatamente con el prejuicio de que sólo los ricos o los funcionarios procedentes de familias ricas son capaces de *administrar* el Estado, llevar a cabo el trabajo corriente, cotidiano de administración. Nosotros exigimos que el *aprendizaje* de las tareas de la administración del Estado sea dirigido por los obreros y soldados con conciencia de clase y que ese aprendizaje comience enseguida, es decir, que se *empiece* a hacer participar enseguida en el aprendizaje de esta tarea a todos los trabajadores, a todos los pobres.

Sabemos que los kadetes están también dispuestos a enseñar al pueblo los principios de la democracia. Las señoras kadetes están dispuestas a dar conferencias a las criadas sobre la igualdad de derechos de la mujer, de acuerdo con las mejores fuentes británicas y francesas. Y además, en la próxima reunión-concierto, ante miles de espectadores, se concertará en el estrado un intercambio de besos: la señora conferenciante kadete besará a Breshkovskaya, Breshkovskaya besará al exministro Tsereteli, y el pueblo, agradecido, recibirá de este modo una lección práctica sobre la igualdad, la libertad y la fraternidad republicanas...

Sí, reconocemos que los kadetes Breshkovskaya y Tsereteli son, a su modo, fieles a la democracia y la propagan entre el pueblo. Pero ¿qué puede hacerse si nuestra concepción de la democracia es un tan diferente a la de ellos?

En nuestra opinión, para aliviar los inauditos sufrimientos y desgracias de la guerra, así como para curar las horribles heridas que la guerra ha infligido al pueblo, se necesita una democracia *revolucionaria*, medidas *revolucionarias* como las descritas en el ejemplo de la distribución de alojamiento en beneficio de los pobres. Hay que adoptar *exactamente el mismo* procedimiento, tanto en la ciudad como en el campo, en lo que se refiere a la distribución de provisiones, ropas, calzado, etc., en lo que se refiere a la tierra en el campo, etc. Para administrar el Estado en *este* espíritu podemos *poner en marcha enseguida* un aparato *estatal* de unos diez, si no veinte, millones de personas, un aparato como jamás ha conocido ningún Estado capitalista. Sólo nosotros podemos crear ese aparato, porque contamos con la adhesión completa y sin reservas de la inmensa mayoría de la población. Sólo nosotros podemos crear ese aparato, porque contamos con obreros con conciencia de clase, disciplinados por un largo "aprendizaje" capitalista (no por nada fuimos a estudiar en la escuela del capitalismo), obreros que son *capaces* de formar una milicia obrera y de ampliarla *gradualmente* (comenzando a ampliarla enseguida) hasta convertirla en una milicia que *abarque a todo el pueblo*. Los obreros con conciencia de clase deben dirigir, pero para la labor de administración pueden enrolar a las amplias masas de trabajadores y oprimidos.

Es claro que este nuevo aparato no podrá evitar errores al dar sus primeros pasos, pero ¿acaso no cometieron errores los campesinos cuando se liberaron de la servidumbre y empezaron a dirigir sus propios asuntos? ¿Hay otro camino, que no sea el de la práctica, mediante el cual puede el pueblo aprender a gobernarse, evitar los errores? ¿Hay otro camino que no sea el de implantar inmediatamente un verdadero autogobierno del pueblo? Lo más importante hoy es abandonar el prejuicio intelectual burgués de que sólo pueden administrar el Estado funcionarios especiales, quienes, por su misma posición social, dependen totalmente del capital. Lo más importante es poner término a la situación en la que los funcionarios burgueses y los ministros "socialistas" tratan de gobernar como en el pasado pero no pueden hacerlo y enfrentan, desde hace siete meses, un levantamiento campesino en un país campesino!! Lo más importante es infundir confianza en sus propias fuerzas a los oprimidos y a los trabajadores, demostrarles en la práctica que pueden y deben asegurar ellos mismos una distribución *justa*, estrictamente reglamentada y organizada, de pan, de todo tipo de alimentos, de leche, de ropa, de vivienda, etc., en *interés de los pobres*. A menos que se haga esto, Rusia *no podrá* ser salvada de la ruina y el derrumbe. La entrega escrupulosa, audaz, general, de la labor administrativa a los proletarios y semiproletarios despertará un entusiasmo revolucionario tan sin precedentes entre el pueblo, multiplicará de tal modo las energías del pueblo en su lucha contra las calamidades, que muchas cosas que parecían imposibles a nuestras mezquinas y viejas fuerzas burocráticas serán posibles para los millones de personas que *empezarán a trabajar para sí* y no para los capitalistas, los aristócratas, los burócratas, y no por temor al castigo.

Relacionado con el problema del aparato de Estado se halla también el problema del centralismo, planteado con inusitada vehemencia e ineptitud por el camarada Bazarov en *Nóvaya Zhizn* N.º 138 del 27 de septiembre, en un artículo titulado "Los bolcheviques y el problema del poder".

El camarada Bazarov argumenta así: "Los sóviets no son un aparato apto para todas las esferas de la vida del Estado" porque, dice, la experiencia de siete meses ha mostrado, y "decenas y cientos de documentos en poder de la Sección Económica del Comité Ejecutivo de Petrogrado" han confirmado, que los sóviets, aunque en muchos lugares lograron efectivamente "todo el poder", "no pudieron conseguir nada parecido a resultados satisfactorios en su lucha contra el desastre económico". Lo que hace falta es un aparato "dividido según las ramas de producción, con una rigurosa centralización dentro de cada rama y subordinado a un centro nacional único". "No se trata" —fíjense— "de reemplazar el viejo aparato, sino sólo de reformarlo... por más que los bolcheviques se burlen de los hombres con planes".

Todos estos argumentos del camarada Bazarov son verdaderamente asombrosos por lo torpes, se hacen eco de los argumentos de la burguesía y reflejan su punto de vista de clase!

En realidad, afirmar que en alguna parte de Rusia los sóviets lograron alguna vez "todo el poder" es sencillamente ridículo (si no es una simple repetición de la interesada mentira de clase de los capitalistas). Todo el poder significa poder sobre toda la tierra, sobre todos los bancos, sobre todas las fábricas y, por poco que conozca un hombre los datos de la historia y de la ciencia concernientes a la relación entre la política y la economía, no puede "olvidar" este detalle "insignificante".

El engaño de la burguesía consiste en *negar* el poder a los sóviets, en *sabotear* toda medida importante que toman, al tiempo que retiene el Gobierno en sus manos, retiene el poder sobre la tierra, los bancos, etc., ¡y culpa luego a los sóviets por el desastre económico! A esto se reduce, exactamente, la triste experiencia de la coalición.

Los sóviets jamás lograron todo el poder, y las medidas que tomaron no podían ser más que paliativos que aumentaban la confusión.

Tratar de demostrar a los bolcheviques, centralistas por convicción, de acuerdo con su programa y con toda la táctica de su partido, la necesidad del centralismo es lo mismo que querer forzar una puerta abierta. Si los escritores de *Novaya Zhizn* se dedican a perder el tiempo de ese modo, ello sólo se debe a que no han comprendido en absoluto el sentido y el alcance de nuestras burlas contra su punto de vista "nacional". Y la gente de *Novaya Zhizn* no lo ha comprendido porque sólo reconoce *de la boca para afuera* la teoría de la lucha de clases, pero no la aceptan seriamente. Al repetir palabras aprendidas de memoria sobre la lucha de clases se deslizan constantemente hacia el punto de vista "por encima de las clases", ridículo en teoría y reaccionario en la práctica, y llaman a ese servilismo respecto de la burguesía un plan "nacional".

El Estado, estimados señores, es un concepto de clase. El Estado es un órgano o instrumento de violencia ejercida por una clase contra otra. Y mientras sea un instrumento de violencia ejercida por la burguesía contra el proletariado, éste no puede tener más que una consigna: la *destrucción* de ese Estado. Pero cuando el Estado sea un Estado proletario, cuando sea un instrumento de violencia ejercida por el proletariado contra la burguesía, seremos partidarios, íntegra e incondicionalmente, de un poder fuerte y del centralismo.

Para decirlo en un lenguaje más popular: no nos burlamos de los "planes", sino de la incapacidad de Bazarov y Cia. de comprender que, al negar el "control obrero", al negar la "dictadura del proletariado", defienden la dictadura de la burguesía. No hay término medio; el término medio sólo es una ilusión de los demócratas pequeñoburgueses.

Ninguno de nuestros órganos centrales, ningún bolchevique se ha pronunciado jamás contra la *centralización* de los sóviets, contra su unificación. Ninguno de nosotros objeta la organización de comités de fábrica en cada rama de la producción o su centralización. Bazarov *no ha dado en el blanco*.

Nosotros nos reímos, nos hemos reído y nos reiremos, no del "centralismo", no de los "planes", sino del *reformismo*. Porque, después de la experiencia de la coalición, el reformismo de ustedes es completamente ridículo. Y decir que "no se trata de reemplazar el aparato sino de reformarlo" es ser reformista, es convertirse, no en un democrata revolucionario, sino en un democrata reformista. El reformismo no es más que una serie de concesiones por parte de la clase gobernante y no su derrocamiento; hace concesiones pero conserva el poder *para sí*.

Eso es precisamente lo que se intentó durante los seis meses de la coalición.

Y de eso nos reímos. Sin haber logrado comprender a fondo la teoría de la lucha de clases, Bazarov se deja atrapar por la burguesía, que canta a coro: "Sí, señor, eso es; nosotros no nos oponemos a las reformas; somos partidarios de que los obreros intervengan en el control nacional; estamos perfectamente de acuerdo". Y, *objetivamente*, el bueno de Bazarov se convierte en vocero de los capitalistas.

Siempre ha sucedido así y siempre sucederá con las personas que, en lo más reñido de una violenta lucha de clases, pretenden ocupar una posición "intermedia". Su incapacidad de comprender la lucha de clases es justamente lo que hace que la política de los escritores de *Novaya Zhizn* sea una tan eterna y ridícula oscilación entre la burguesía y el proletariado.

Aprestúrense con los "planes", estimados ciudadanos; eso no es política, no es lucha de clases; aquí pueden rendir un buen servicio al pueblo. En su periódico colaboran muchos economistas. Únanse a aquellos ingenieros y demás elementos dispuestos a trabajar en problemas de regulación de la producción y la distribución, consagren la página central de su gran "máquina" (el periódico de ustedes) al estudio práctico de datos concretos sobre la producción y distribución de mercancías en Rusia, sobre los bancos, los consorcios, etc., etc., y así prestarán un servicio al pueblo, así la costumbre de ustedes de sentarse entre dos sillas no será demasiado perjudicial. Ese trabajo en "planes" no les valdrá las burlas, sino la gratitud de los obreros.

Después de triunfar, el proletariado procederá del siguiente modo: encomendará a economistas, ingenieros, agrónomos, etc., *bajo el control* de las organizaciones obreras, que elaboren un "plan", que lo comprueben; que ideen métodos de centralización que permitan ahorrar trabajo, que ideen las medidas y los métodos de control más sencillos, más económicos, más convenientes y generales. Por ello pagaremos bien a los economistas, los estadísticos, los técnicos, pero... no les daremos nada de comer si no trabajan a conciencia y sin reservas *en interés de los trabajadores*.

Somos partidarios del centralismo y de un "plan", pero del centralismo y del plan del Estado *proletario*, de la regulación proletaria de la producción y la distribución en interés de los pobres, de los trabajadores, los explotados, *contra* los explotadores. Sólo podemos estar de acuerdo con un significado de la palabra "nacional", o sea, romper la resistencia de los capitalistas, entregar todo el

poder a la mayoría del pueblo, es decir, a los proletarios y semiproletarios, los obreros y los campesinos pobres.

El quinto argumento es que los bolcheviques no podrán retener el poder porque "la situación es excepcionalmente complicada...".

¡Gran sabiduría! Ellos estarían quizá dispuestos a reconciliarse con la revolución si la "situación" no fuera "excepcionalmente complicada".

Semejantes revoluciones no existen, y los suspiros por semejantes revoluciones se reducen a los lamentos reaccionarios de los intelectuales burgueses. Aunque la revolución se haya iniciado en una situación que parecía ser no muy complicada, el desarrollo de la revolución misma crea *siempre* una situación *excepcionalmente* complicada. Una revolución, una revolución verdadera, profunda, "popular", según la expresión de Marx, es un proceso increíblemente complicado y doloroso de agonía del viejo orden social y nacimiento del nuevo, de decenas de millones de hombres naciendo a una vida nueva. La revolución es la más intensa, más furiosa y más desesperada lucha de clases y guerra civil. No ha tenido lugar en la historia ni una sola gran revolución sin guerra civil. Y sólo un "hombre enfundado" puede pensar que es concebible una guerra civil sin una "situación excepcionalmente complicada".

Si la situación no fuera excepcionalmente complicada, no habría revolución. Quien tenga miedo de los lobos que no se interne en el bosque.

En este quinto argumento nada hay que analizar, ya que no tiene significado económico, ni político ni de ningún género. Sólo contiene los anhelos de gente angustiada y asustada por la revolución. Para caracterizar estos anhelos, me tomaré la libertad de mencionar dos pequeños hechos de mi experiencia personal.

Poco antes de las Jornadas de Julio tuve una conversación con un acaudalado ingeniero. Este ingeniero había sido, en una época, un revolucionario, había pertenecido al movimiento socialdemócrata e incluso había sido miembro del Partido Bolchevique. Ahora, lo embargaban el temor y la indignación ante los turbulentos e indomables obreros. "¡Si al menos fuesen como los obreros alemanes!, exclamó (se trata de un hombre culto que ha estado en el extranjero). Comprendo, naturalmente, que en general la revolución social *es* inevitable, pero en nuestro país, con la guerra que ha reducido tanto el nivel de nuestros obreros..., no es una revolución, les un abismo!".

Él estaba dispuesto a aceptar la revolución social si la historia nos llevase a ella de la manera pacífica, serena, suave, puntual, con que un tren rápido alemán entra a una estación. Un guarda muy formal abriría la puerta del coche y anunciaría: "¡Estación Revolución Social! *Alle aussteigen!* (¡Todos deben descender!)". En esas condiciones, ¿por qué no dejar de ser ingeniero al servicio de los señores Tit Titich para pasar a ser ingeniero al servicio de las organizaciones obreras?

Este hombre ha visto huelgas. Sabe qué huracán de pasiones levanta siempre la más simple huelga en los tiempos más pacíficos. Y comprende, desde luego, que ese huracán será muchos millones de veces más fuerte cuando la lucha de clases haya levantado a *todo* el pueblo trabajador de un país gigantesco, cuando la guerra y la explotación hayan llevado casi a la desesperación a millones de personas, que durante siglos fueron torturadas por los terratenientes, durante décadas fueron saqueadas y oprimidas por los capitalistas y los funcionarios del Zar. Todo esto lo comprende "teóricamente", sólo lo reconoce *de la boca para afuera*; simplemente lo aterra la "situación excepcionalmente complicada".

Después de las Jornadas de Julio, gracias a la atención tan solícita con que me honró el Gobierno de Kerensky, me vi obligado a pasar a la clandestinidad. Naturalmente, eran los obreros quienes ocultaban a la gente como nosotros. En un apartado suburbio obrero de Petrogrado, en una pequeña casa obrera, nos sirven la comida. La anfitriona pone el pan en la mesa. El anfitrión dice: "¡Mira qué buen pan! 'Ellos' ahora no se atreven a darnos pan malo. Y casi nos habíamos olvidado de que en Petrogrado podía haber pan bueno".

Me quedé sorprendido ante esta apreciación de clase de las Jornadas de Julio. Mis pensamientos giraban en torno de la significación política de esos acontecimientos, valoraban su papel en el curso general de los acontecimientos, analizaban la situación que había provocado ese zigzag en la historia y la situación que crearía y cómo debíamos modificar nuestras consignas y nuestro aparato de partido para adaptarlo a la nueva situación. En cuanto al pan, yo, que no he conocido la miseria, no había pensado en él. Yo consideraba que el pan por sí mismo era algo así como un subproducto del trabajo de publicista. El pensamiento llega a lo que es la base de todo, la lucha de clases por el pan, a través del análisis político, siguiendo un camino extraordinariamente complicado y tortuoso.

Y, sin embargo, este representante de la clase oprimida, si bien parte de los obreros bien pagados y muy inteligentes, toma el toro por las astas con esa admirable sencillez y franqueza, con esa firme decisión y esa asombrosa claridad de juicio de las que nosotros, los intelectuales, estamos tan distantes como la tierra del cielo. El mundo entero está dividido en dos campos: "Nosotros", los trabajadores, y "ellos", los explotadores. Ni sombra de perplejidad por lo sucedido: es una de las tantas batallas en la larga lucha entre el trabajo y el capital. No se coloca un poste sin cavar.

"¡Qué cosa dolorosa es esta 'situación excepcionalmente complicada' creada por la revolución!", piensa y siente el intelectual burgués.

"Nosotros 'los' hemos apretado un poco; 'ellos' no se atreverán a mandarnos despóticamente como antes. ¡Los apretaremos más todavía y los echaremos para siempre!", es así como piensa y siente el obrero.

El sexto y último argumento: el proletariado "no será capaz de resistir toda la presión de las fuerzas enemigas que barrerán no sólo la dictadura del proletariado, sino, además, toda la revolución".

No intenten asustarnos, señores, no tendrán éxito. Hemos visto a esas fuerzas enemigas y su presión en el kornilovismo (del que no se diferencia el régimen de Kerensky). Todos vieron, y el pueblo lo recuerda, cómo el proletariado y el campesinado pobre barrieron a la pandilla de Kornilov y qué lamentable e impotente resultó ser la posición de los partidarios de la burguesía y de los pocos pequeños propietarios agrarios locales, particularmente ricos y particularmente "enemigos" de la revolución. *Dielo Naroda* del 30 de septiembre insta a los obreros a "aguantar" a Kerensky (es decir, a Kornilov) y la fraudulenta Duma de Tsereteli-Bulguin hasta la Asamblea Constituyente (convocada al amparo de "medidas militares" contra los campesinos sublevados!), y con gran placer repite precisamente el sexto argumento de *Novaya Zhizn* y grita hasta enronquecer: "Bajo ninguna circunstancia el Gobierno de Kerensky se someterá" (al poder de los sóviets, al poder de los obreros y campesinos, que *Dielo Naroda*, para no ser menos que los monárquicos, los kadetes, los pogromistas y los antisemitas, llama poder "de Trotsky y Lenin"; ¡¡hasta eso llegan los eseristas!!).

Pero ni *Novaya Zhizn* ni *Dielo Naroda* pueden asustar a los obreros con conciencia de clase. "Bajo ninguna circunstancia —dicen ustedes— el Gobierno de Kerensky se someterá", es decir, hablando en términos sencillos, más sinceros y más claros, volverá a repetir la rebelión de Kornilov. ¡Y los señores de *Dielo Naroda* se atreven a sostener que ello será una "guerra civil", que es una "perspectiva aterradora"!

¡No, señores, no conseguirán engañar a los obreros! No será una guerra civil, sino una rebelión impotente de un puñado de kornilovistas. Si se empeñan en "no querer someterse" al pueblo y provocan a toda costa una repetición en gran escala de lo que les sucedió en Viborg a los hombres de Kornilov; si es eso lo que quieren los eseristas, si es lo que quiere el miembro del partido de los eseristas Kerensky, puede llevar al pueblo a extremos de furia. Pero con eso, señores, no asustarán ustedes a los obreros y a los soldados.

Qué cinismo sin límites. Han fabricado una nueva Duma bulguiniana; con medios fraudulentos han reclutado, para que los ayuden, a una multitud de cooperativistas reaccionarios y *kulaks* de aldea, han sumado a ellos a los capitalistas y terratenientes (las llamadas clases propietarias) ¡y con la ayuda de esa banda de kornilovistas quieren burlar la voluntad del pueblo, la voluntad de los obreros y campesinos!

¡Han llevado las cosas a tal extremo que, en un país campesino, el levantamiento campesino se extiende por todas partes como una inundación! Imagínense! En una república democrática en la cual el 80% de la población es campesina los campesinos han sido empujados a un levantamiento... Este mismo *Dielo Naroda*, el periódico de Chernov, el órgano del Partido de los "Socialrevolucionarios", que el 30 de septiembre tenía el descaro de aconsejar

a los obreros y campesinos que "aguanten", se vio obligado a reconocer, en un editorial del 29 de septiembre:

Casi nada se ha hecho hasta el momento para poner fin a esas relaciones de servidumbre que aún imperan en el campo de Rusia central.

Y este mismo *Dielo Naroda*, en el mismo editorial del 29 de septiembre, dice que "el puño de Stolipin aún se deja sentir con fuerza" en los métodos que emplean los "ministros revolucionarios". En otras palabras, diciéndolo en términos más claros y sencillos, llama *estolipinianos* a Kerensky, Nikitin, Kishkin y compañía.

Los "estolipinianos" Kerensky y Cia. han empujado a los campesinos a un levantamiento, toman ahora "medidas militares" contra los campesinos y tratan de apaciguar al pueblo con la convocatoria a la Asamblea Constituyente (aunque Kerensky y Tsereteli ya *engañaron* una vez al pueblo al declarar solemnemente, el 8 de julio, que la Asamblea Constituyente se reuniría en la fecha establecida, el 17 de septiembre; luego, *faltaron a su palabra* y postergaron la Asamblea Constituyente aun contra la opinión del *menchevique Dux*; postergaron la Asamblea Constituyente, no hasta fines de octubre, como quería el Comité Ejecutivo Central menchevique de entonces, sino hasta fines de noviembre). Los "estolipinianos" Kerensky y Cia. tratan de apaciguar al pueblo con la inminente reunión de la Asamblea Constituyente, como si el pueblo pudiese creer a quienes ya le mintieron al respecto, como si el pueblo pudiese creer que un Gobierno que ha tomado *medidas militares* en aldeas remotas, es decir, que tolera abiertamente el arresto arbitrario de los campesinos con conciencia de clase y la *falsificación* de las elecciones pueda convocar *en debida forma* la Asamblea Constituyente.

El Gobierno ha empujado a los campesinos a un levantamiento y ahora tiene el descaro de decirles: "¡Deben 'ser pacientes', deben esperar, confiar en el Gobierno que pacifica a los campesinos sublevados con 'medidas militares'!".

¡Dejar llegar las cosas hasta un grado tal que cientos de miles de soldados rusos mueren en la ofensiva posterior al 19 de junio, la guerra se prolonga, los marineros alemanes se amotinan y arrojan al agua a sus oficiales; dejar llegar las cosas hasta un grado tal, profiriendo sin cesar frases sobre la paz, pero *sin ofrecer* una paz justa a *todos* los Estados beligerantes, y con todo tener el descaro de decir a los obreros y campesinos, de decir a los soldados que van a la muerte: "Deben ser pacientes"; deben confiar en el Gobierno del "estolipiniano" Kerensky, confiar todavía un mes en los generales de Kornilov, quizás en ese mes envíen a la muerte a varias decenas de miles más de soldados! "Deben ser pacientes".

¿No es eso desvergüenza?

¡No, señores escribas, correligionarios de Kerensky, no lograrán ustedes engañar a los soldados!

Los obreros y soldados no tolerarán el Gobierno de Kerensky un solo día, una sola hora más, porque saben que el Gobierno *de los soviets* ofrecerá inmediatamente a todos los beligerantes una paz justa, y por consiguiente logrará, según toda probabilidad, un armisticio inmediato y una pronta paz.

Ni un solo día, ni una sola hora más permitirán los soldados de nuestro Ejército campesino que permanezca en el poder, contra la voluntad de los soviets, el Gobierno de Kerensky, el Gobierno que emplea *medidas militares* para reprimir el levantamiento campesino.

¡No, señores eseristas, correligionarios de Kerensky, no lograrán ustedes engañar más a los obreros y campesinos!

En lo que se refiere al problema de la presión de las fuerzas enemigas, que la mortalmente asustada *Novaya Zhizn* nos asegura han de barrer la dictadura del proletariado, se comete otro error lógico y político monstruoso, que sólo puede pasar inadvertido para aquellos a quienes el miedo haya hecho perder la razón.

"La presión de las fuerzas enemigas barrerá la dictadura del proletariado", afirman ustedes. Perfectamente. Pero ustedes, esimados conciudadanos, son todos economistas y personas cultas. Todos ustedes saben que oponer la democracia a la burguesía es un absurdo y un signo de ignorancia, es lo mismo que comparar kilos con metros. Existe una burguesía democrática y existen grupos antidemocráticos de la pequeñoburguesía (capaces de provocar una Vendée).

"Fuerzas enemigas" no es más que una frase vacía. Desde el punto de vista de clase es la *burguesía* (respaldada por los terratenientes).

La burguesía y los terratenientes, el proletariado y la pequeñoburguesía, los pequeños propietarios, en primer lugar el campesinado; estas son las tres fuerzas fundamentales en que, como *todo* país capitalista, se divide Rusia. Estas son las tres "fuerzas" fundamentales que desde hace mucho tiempo han sido puestas de manifiesto en todo país capitalista (incluyendo a Rusia) no sólo por el análisis económico científico, sino también por la *experiencia política* de la historia moderna de *todos* los países, por la experiencia de *todas* las revoluciones europeas desde el siglo XVIII, por la experiencia de las *dos* revoluciones rusas de 1905 y 1917.

¿Amenazan ustedes al proletariado con la perspectiva de que la presión de la burguesía barrerá su Gobierno? A eso y sólo a eso se reduce la amenaza de ustedes; no tiene otro sentido.

Perfectamente. Si la burguesía, por ejemplo, puede barrer el Gobierno de los obreros y campesinos pobres, entonces no hay otra alternativa que una "coalición", es decir, una alianza o acuerdo entre la pequeñoburguesía y la burguesía. ¡Ni pensar en otra solución!

Pero la coalición fue ensayada durante seis meses y llevó al fracaso; y ustedes mismos, esimados y obtusos ciudadanos de *Novaya Zhizn*, han renunciado a la coalición.

¿En qué quedamos, entonces?

Se han enredado ustedes tanto, ciudadanos de *Novaya Zhizn*, se han dejado asustar tanto que no pueden pensar acertadamente en la muy sencilla cuestión de *andar siquiera hasta tres y no digamos hasta cinco*.

O bien todo el poder a la burguesía, consigna que desde hace mucho tiempo han dejado ustedes de defender y que ni la propia burguesía se atreve siquiera a insinuar, porque sabe que el pueblo, los días 20 y 21 de abril, derrocó ese poder de un empujón y que hoy lo derribaría con el triple de energía y decisión; o el poder a la pequeñoburguesía, es decir, una coalición (alianza, acuerdo) entre esta y la burguesía, dado que la pequeñoburguesía no quiere y no puede tomar el poder sola y en forma independiente, como lo demuestra la experiencia de todas las revoluciones y como lo demuestra la economía política, que explica que en un país capitalista se puede estar del lado del capital y se puede estar al lado del trabajo, pero es imposible estar durante mucho tiempo en el medio. Esa coalición probó en Rusia durante seis meses decenas de métodos y fracasó.

O bien, por último, todo el poder a los proletarios y a los campesinos pobres contra la burguesía, para vencer su resistencia. Esto no ha sido aún probado y ustedes, señores de *Novaya Zhizn*, quieren *dismuadir* al pueblo de esto, tratan de asustarlo con el propio miedo de ustedes ante la burguesía.

No hay un cuarto camino posible.

Por lo tanto, si *Novaya Zhizn* tiene miedo de la dictadura del proletariado y la rechaza, alegando que el poder proletario puede ser derrotado por la burguesía, ello equivale a *retroceder subrepticamente* a una posición de *compromiso* con los capitalistas!!! Es claro como la luz del día que quien teme la resistencia, quien no cree en la posibilidad de vencer esa resistencia, quien previene al pueblo: "Cuidado con la resistencia de los capitalistas, no podrán hacerles frente", *con ello* propicia de nuevo un compromiso con los capitalistas.

Novaya Zhizn se ha embrollado torpe y lamentablemente, como se han embrollado todos los demócratas pequeñoburgueses que hoy comprenden que la coalición es un fracaso, que no se atreven a defenderla abiertamente y que, al mismo tiempo, protegidos por la burguesía, temen la entrega de todo el poder a los proletarios y a los campesinos pobres.

Temer la resistencia de los capitalistas y llamarse revolucionario, desear ser considerado socialista. ¡Qué ignominia! ¡Qué bajo ha de haber caído ideológicamente el socialismo internacional, corrompido por el oportunismo, para que *puedan* surgir esas voces!

Hemos visto ya la fuerza de la resistencia de los capitalistas; el pueblo entero lo ha visto, dado que los capitalistas tienen más conciencia de clase que otras clases y comprendieron inmediatamente la importancia de los sóviets; inmediatamente hicieron *todos los esfuerzos* posibles, recurrieron a cualquier medio, llegaron

a todos los extremos, recurrieron a las más increíbles mentiras y calumnias, a conspiraciones militares *para desbaratar los soviets*, para reducirlos a la nada, para prostituirlos (con ayuda de los mencheviques y eseristas), para convertirlos en tertulias, para cansar a los obreros y campesinos con meses y meses de discursos vacíos y de jugar a la revolución.

Sin embargo, *no hemos visto todavía* la fuerza de resistencia de los proletarios y de los campesinos pobres, porque esta fuerza se revelará con toda su potencia sólo cuando el poder se encuentre en manos del proletariado, cuando la experiencia haga ver y *sentir* a decenas de millones de personas oprimidas por la miseria y la esclavitud capitalista que el poder ha pasado a manos de las clases oprimidas, que el Estado ayuda a los pobres a luchar contra los terratenientes y capitalistas, que *ven* su resistencia. Sólo entonces podremos ver qué fuerzas intactas de resistencia a los capitalistas están latentes en el pueblo, sólo entonces se pondrá de relieve lo que Engels llamaba "socialismo latente", sólo entonces, por cada *día* mil enemigos abiertos o encubiertos del poder de la clase obrera que opongan una resistencia activa o pasiva, se alzarán *un millón* de luchadores nuevos que estaban sumidos en un letargo político, retorciéndose en los tormentos de la miseria y la desesperación, que habían dejado de creer que eran seres humanos, que tenían derecho a la vida, que todo el poder del Estado moderno centralizado podía estar a su servicio, que los contingentes de la milicia proletaria podían llamarlos también *a ellos*, con plena confianza, a intervenir en forma directa, inmediata, diaria, en la administración del Estado.

Con la colaboración benévola de los Plejanov, Breshkovskaya, Tsereteli, Chernov y Cía., los capitalistas y terratenientes han hecho *todo* lo posible para *corromper* la república democrática, para corromperla poniéndola al servicio de la riqueza hasta tal punto que el pueblo se siente vencido por la apatía y la indiferencia; *todo le da igual*, porque el hombre hambriento no puede ver la diferencia entre república y monarquía; el soldado con frío, descalzo, exterminado, que sacrifica su vida en defensa de intereses ajenos, no se siente inclinado a amar a la república.

Pero cuando cada peón, cada desocupado, cada cocinera, cada campesino arruinado vea —y no en los periódicos, sino con sus propios ojos— que el Estado proletario no se rebaja ante la riqueza, sino que ayuda a los pobres; que este poder no vacila en tomar medidas revolucionarias, que confisca a los parásitos el excedente de los productos y lo distribuye entre los hambrientos, que instala, por la fuerza, a los que no tienen hogar en las casas de los ricos, que obliga a estos a pagar por la leche, pero no les da una gota mientras los niños de *todas* las familias pobres no tengan lo suficiente; que la tierra pasa a manos de los trabajadores, y las fábricas y los bancos se ponen bajo el control de los obreros, y que se castiga inmediatamente y con severidad a los millonarios que ocultan sus riquezas; cuando los pobres vean y sientan esto ninguna fuerza capitalista o de *hulaks*, ninguna fuerza del capital financiero mundial que maneja miles de millones podrá derrotar la revolución popular; por el contrario, *ésta* triunfará en el mundo entero, porque en todos los países madura la revolución socialista.

Nuestra revolución será invencible si no tiene miedo de sí misma, si entrega todo el poder al proletariado, porque detrás de nosotros están las fuerzas del proletariado mundial, incomparablemente mayores, más desarrolladas, mejor organizadas, momentáneamente oprimidas por la guerra, pero no destruidas; por el contrario, la guerra las ha multiplicado.

¡Temer que el poder bolchevique, es decir, el poder del proletariado, que cuenta con el serviente apoyo de los campesinos pobres, sea "barrido" por los señores capitalistas! ¡Qué miopía, qué miedo ignominioso al pueblo, qué hipocresía! Quienes dan muestra de ese miedo pertenecen a la "alta sociedad" (alta según las normas capitalistas, pero, en realidad, *podrida*), que pronuncia la palabra "justicia" sin creer en ella, por costumbre, como una frase trivial, sin atribuirle ningún sentido.

He aquí un ejemplo:

El señor Peshejonov es un conocido semikadete. Sería difícil encontrar un *trudovique* más moderado, con la misma mentalidad que las *Breshkovskaya* y los *Plejanov*. Jamás ha habido ministro más servil a la burguesía. ¡No existe en el mundo un partidario más fervoroso de la "coalición", del compromiso con los capitalistas!

He aquí las confesiones que este caballero se vio obligado a hacer en su discurso en la Conferencia "Democrática" (léase: *Buliguin*), según la información del defensorista *Ivestia*:

Hay dos programas. Uno es el programa de las reivindicaciones de grupo, de las reivindicaciones de clase y nacionales. Quienes más abiertamente defienden este programa son los bolcheviques. No resulta fácil, sin embargo, a los otros sectores de la democracia, rechazar ese programa. Son reivindicaciones de las masas trabajadoras, reivindicaciones de las nacionalidades defraudadas y oprimidas. Por consiguiente, no es fácil para la democracia romper con los bolcheviques, rechazar esas reivindicaciones de clase, principalmente, porque en el fondo esas reivindicaciones son justas. Pero este programa, por el que luchamos antes de la revolución, por el que hicimos la revolución y al que bajo otras condiciones todos defenderíamos unánimemente, constituye, en las presentes circunstancias, un enorme peligro. El peligro es tanto mayor hoy porque estas reivindicaciones tienen que ser presentadas en un momento en que al Estado le es imposible satisfacerlas. Debemos primero defender al conjunto -al Estado-, salvarlo de la ruina, y para ello sólo hay un camino: no satisfacer las reivindicaciones, por justas y convincentes que sean, sino, por el contrario, imponer restricciones y sacrificios a los que todos deben ser sometidos (*Ivestia del CEC del 17 de septiembre*.)

El señor Peshejonov no alcanza a comprender que, mientras estén en el poder los capitalistas, *no es* el conjunto lo que él defiende, sino los intereses egoístas del capital ruso e imperialista "aliado". El señor Peshejonov no alcanza a comprender que la guerra dejará de ser una guerra imperialista de conquista y de rapiña sólo después de romper con los capitalistas, con *sus* tratados secretos, con *sus* anexiones (la apropiación de territorios ajenos), con *sus* estafas financieras y bancarias. El señor Peshejonov no alcanza a comprender que sólo *después* de esto la guerra se convertiría —si el enemigo rechazara el ofrecimiento formal de una paz justa— en una guerra defensiva, en una guerra justa. El señor Peshejonov no alcanza a comprender que el potencial defensivo de un país que se ha sacudido el yugo del capital, que ha dado tierra a los campesinos y puesto los bancos y las fábricas bajo el control de los obreros sería *muchísimo* mayor que el potencial defensivo de un país capitalista.

Y, sobre todo, lo que el señor Peshejonov no alcanza a comprender es que, al verse obligado a reconocer la justicia del bolchevismo, a reconocer que sus reivindicaciones son las de las "*masas trabajadoras*", es decir, de la mayoría de la población, *renuncia* a todas sus posiciones, a todas las posiciones de toda la democracia pequeñoburguesa.

En ello reside nuestra fuerza. Por ello será invencible nuestro Gobierno: porque incluso nuestros enemigos se ven obligados a reconocer que el programa bolchevique es el programa de las "*masas trabajadoras*" y de las "*nacionalidades oprimidas*".

Después de todo, el señor Peshejonov es amigo político de los kadetes, de la gente de *Kómitov* y *Diejo Narda*, de las Breshkovskaya y los Plejanov; es el representante de los *kulaks* y de los caballeros cuyas esposas y hermanas irían mañana a vaciarles los ojos con sus sombrillas a los bolcheviques heridos si llegaran a ser derrotados por las tropas de Kornilov o (lo que es la misma cosa) por las tropas de Kerensky.

Y semejante señor se ve *obligado* a reconocer la "justicia" de las reivindicaciones bolcheviques.

Para él la "justicia" no es más que una frase. Para las masas de los semi-proletarios, sin embargo, y para la mayoría de la pequeñoburguesía urbana y rural, arruinada, torturada y agotada por la guerra, no es una frase, sino el problema en extremo agudo, candente e importante de morir de hambre, de un pedazo de pan. Es por ello que *ninguna* política *puede* estar basada en una "coalición", en un "compromiso" entre los intereses de los hambrientos y arruinados y los intereses de los explotadores. Es por ello que el Gobierno bolchevique tiene *asegurado* el apoyo de la inmensa mayoría de *esa* gente.

La justicia es una palabra vacía, dicen los intelectuales y esos canallas proclives a proclamarse marxistas por la sublime razón de haber "*contemplado la parte de atrás*" del materialismo económico.

Las ideas se convierten en una fuerza cuando prenden en las masas. Y hoy son precisamente los bolcheviques, es decir, los representantes del internacio-

nalismo proletario revolucionario, quienes encarnan en su política la idea que pone en acción, en el mundo entero, a un sinnúmero de trabajadores.

La justicia, por sí sola, la sola ira de las masas por la explotación, jamás las habría llevado al camino verdadero del socialismo. Pero ahora que, gracias al capitalismo, ha surgido el aparato material de los grandes bancos, de los consorcios, de los ferrocarriles, etc.; ahora, que la enorme experiencia de los países avanzados ha acumulado una cantidad de maravillas de la técnica, cuya aplicación *traba* el capitalismo; ahora, que los obreros con conciencia de clase han creado un partido con un cuarto de millón de miembros para apoderarse sistemáticamente de ese aparato y ponerlo en marcha con el apoyo de todos los trabajadores y explotados; ahora, que *existen* todas esas condiciones, no hay en el mundo fuerza capaz de impedir que los bolcheviques, *si no se dejan asustar* y si logran tomar el poder, lo retengan hasta el triunfo de la revolución socialista mundial.

Epílogo

Ya estaban escritas las líneas precedentes cuando el editorial de *Novaya Zhizn* del 1º de octubre exhibió una nueva "perla" de estupidez, que es tanto más peligrosa por cuanto manifiesta simpatía por los bolcheviques y advierte con la mayor sagacidad filisteica: "No deben dejarse provocar" (no deben caer en la trampa de los gritos sobre provocación, cuyo objeto es asustar a los bolcheviques y lograr que *se abstengan* de tomar el poder).

He aquí la perla:

Las enseñanzas de movimientos como el del 3 al 5 de julio, por una parte, y las de las jornadas de Kornilov, por la otra, han demostrado con plena claridad que una democracia que dispone de órganos que ejercen una enorme influencia entre la población es invencible cuando en la guerra civil adopta una posición defensiva y que, en cambio, es derrotada y pierde todos los grupos vacilantes intermedios cuando toma la iniciativa y lanza una ofensiva.

Si los bolcheviques cediesen de cualquier modo y en el grado menor a la estupidez filisteica de este argumento, arruinarían su partido y la revolución.

Porque el autor de este argumento, al ponerse a escribir sobre la guerra civil (¡justo el tema para una dama con muchas características agradables!), desfiguró hasta lo grotesco las enseñanzas de la historia respecto de este problema.

He aquí lo que pensaba de *estas* enseñanzas, las enseñanzas de la historia respecto de *este* problema, el representante y fundador de la táctica proletaria revolucionaria, Karl Marx:

Ahora bien, la insurrección es un arte, tanto como la guerra u otro arte cualquiera. Se halla sometida a ciertas reglas de procedimiento que, si se descuidan,

acarrearán la ruina del partido que las descuida. Estas reglas, deducciones lógicas del carácter de los partidos y de las condiciones que en tales casos hay que enfrentar, son tan claras y tan sencillas que la breve experiencia de 1848 ha hecho que los alemanes se familiarizaran bastante bien con ellas. En primer lugar, no hay que jugar nunca con la insurrección a no ser que se esté dispuesto a llegar hasta el fin [literalmente: afrontar todas las consecuencias del juego]. La insurrección es una ecuación con magnitudes muy indeterminadas, cuyo valor puede variar de un día para otro. Las fuerzas militares contra las que hay que luchar tienen toda la ventaja de la organización, de la disciplina y de la autoridad tradicional [Marx se refiere aquí al caso más "difícil" de la insurrección: contra el viejo poder "firmemente asentado", contra un Ejército no minado todavía por la influencia de la revolución y las vacilaciones del Gobierno]; a no ser que se tenga una considerable ventaja sobre ellas, los insurrectos serán derrotados y aplastados. En segundo lugar, una vez comenzada la insurrección, debe procederse con la mayor energía y pasar a la ofensiva. La defensiva es la muerte de toda sublevación armada; significa perder antes de medir fuerzas con el enemigo. Hay que sorprender al enemigo cuando sus tropas están todavía dispersas, preparar el camino para nuevos triunfos, aunque sean pequeños, pero prepararlos todos los días; mantener la superioridad moral conseguida con el primer levantamiento victorioso; atraerse a esos elementos vacilantes que siguen siempre el impulso más fuerte y siempre se colocan del lado más seguro; obligar al enemigo a batirse en retirada antes de que pueda reunir sus fuerzas contra los sublevados; en una palabra, actuar según las palabras de Danton, el mayor maestro de la táctica revolucionaria conocido hasta hoy: "¡Audacia, audacia, siempre audacia!" (*Revolución y contrarrevolución en Alemania*, ed. alemana de 1907, pág. 118.)

Nosotros lo hemos cambiado todo —podría decir de sí la gente del "seudomarxista" *Novaya Zhizn*—; en vez de triple audacia, tenemos dos virtudes: "Tenemos dos, señor: moderación y precisión". Para "nosotros", la experiencia de la historia universal, la experiencia de la Gran Revolución francesa no tiene ningún valor. Para "nosotros", lo que tiene importancia es la experiencia de los dos movimientos de 1917, deformada por los lentes de Molchalin.

Examinemos esas experiencias sin esos encantadores lentes.

Ustedes comparan las jornadas del 3 al 5 de julio con la "guerra civil" porque han creído en Alexinsky, Pereverzev y Cía. Es característico de los señores de *Novaya Zhizn* creer a esa gente (sin molestarle ni lo más mínimo en recoger información sobre los sucesos del 3 al 5 de julio, a pesar de tener a su disposición el enorme aparato de un gran diario).

Supongamos por un momento, sin embargo, que las jornadas del 3 al 5 de julio no fueron el rudimento de una guerra civil, mantenida por los bolcheviques dentro de esos límites rudimentarios, sino una verdadera guerra civil. Supongamos esto.

¿Qué demuestra, en ese caso, esta enseñanza?

Primero, los bolcheviques no pasaron a la ofensiva, ya que es indiscutible que en la noche del 3 al 4 de julio, y aun el 4 de julio, hubieran podido ganar mucho tomando la ofensiva. Su posición defensiva fue su debilidad, si cabe hablar de guerra civil (como lo hace *Novaya Zhizn*, y no de transformar un estallido espontáneo en una manifestación semejante a la del 20 y 21 de abril, como lo atestiguan los hechos).

De modo que la "enseñanza" demuestra que los genios de *Novaya Zhizn* están equivocados.

En segundo lugar, la razón por la cual en los días 3 y 4 de julio los bolcheviques no se propusieron siquiera iniciar una insurrección, y ni un solo organismo bolchevique llegó siquiera a plantear ese problema, queda al margen de nuestra polémica con *Novaya Zhizn*. Porque estamos discutiendo sobre las enseñanzas de la "guerra civil", es decir, de la insurrección, y no sobre la circunstancia de que una falta evidente de una mayoría que la apoye hace que un partido revolucionario se abstenga de pensar en una insurrección.

Y puesto que todo el mundo sabe que los bolcheviques conquistaron la mayoría en los sóviets de las capitales y en los del resto del país (más del 49% de los votos en Moscú) mucho después de julio de 1917, de nuevo se sigue que las "enseñanzas" están lejos, muy lejos de lo que *Novaya Zhizn*, esa dama con muchas características agradables, quisiera que estuvieran.

¡No, ciudadanos de *Novaya Zhizn*, no, mucho mejor que no se metan en política!

Si el partido revolucionario no cuenta con la mayoría en los contingentes avanzados de las clases revolucionarias y en el país, no puede ni pensar en la insurrección. Además, para ello es necesario: 1) la marcha ascendente de la revolución en escala nacional; 2) la total quiebra moral y política del viejo Gobierno, por ejemplo, el Gobierno de "coalición"; 3) grandes vacilaciones en los grupos intermedios, es decir, aquellos que no apoyan totalmente al Gobierno, aunque hasta ayer lo apoyaron totalmente.

¿Por qué *Novaya Zhizn*, al hablar de las "enseñanzas" del movimiento del 3 al 5 de julio, no ha reparado siquiera en esta enseñanza tan importante? Porque no se trata de políticos, sino de intelectuales atemorizados por la burguesía que se han puesto a tratar problemas políticos.

Continuemos. En tercer lugar, los hechos demuestran que fue después del 3 y 4 de julio —precisamente porque esa política de julio *desembarazó* a los Tsarevich, precisamente porque las masas populares comprendieron que los bolcheviques eran su propio combatientes de vanguardia y que los partidarios del "bloque social" eran traidores— cuando comenzó la *descomposición* de los eseristas y mencheviques. Esa descomposición se puso en evidencia *aun antes* de la rebelión de Kornilov, en las elecciones de San Petersburgo del 20 de agosto, elecciones cuyo resultado fue un triunfo para los bolcheviques y una derrota para los partidarios del "bloque social". (*Dielo Naroda* intentó recientemente refutar esto,

ocultando los resultados electorales de *todos* los partidos; pero eso fue un autoengaño y un engaño a los lectores; según los datos publicados por *Dién* el 24 de agosto, referentes sólo a la ciudad, el porcentaje de los votos obtenidos por los kadetes pasó del 22 al 23%, pero el número absoluto de votos emitidos a favor de los kadetes descendió un 40%; el porcentaje de los votos obtenidos por los bolcheviques aumentó del 20 al 33%, mientras que el número absoluto de votos emitidos a favor de los bolcheviques descendió sólo un 10%; el porcentaje de todos los "grupos intermedios" descendió del 58 al 44% y el número absoluto de votos emitidos a su favor descendió ¡¡el 60%!!)

El comienzo de la descomposición de los eseristas y de los mencheviques, después de las Jornadas de Julio y antes de las jornadas de Kornilov, se puso también de manifiesto por el crecimiento de las alas de "izquierda" de ambos partidos, que alcanzó casi el 40%; ese fue el "pago" por la persecución a los bolcheviques por los Kerensky.

A pesar de la "pérdida" de algunos cientos de miembros, el partido proletario *ganó* enormemente con los sucesos del 3 y 4 de julio, porque precisamente durante esas duras jornadas el *pueblo* comprendió y vio la lealtad de nuestro partido y la *traición* de los eseristas y mencheviques. De modo que la "enseñanza" está lejos, muy lejos de ser lo que *Novaya Zhizn* pretende, consiste en todo lo contrario: no abandonar a las masas en efervescencia para seguir a los "Molchalin de la democracia"; y si se lanza una insurrección, pasar a la ofensiva mientras las fuerzas enemigas están dispersas, tomar desprevenido al enemigo.

¿No es así, señores "seudomarkistas" de *Novaya Zhizn*?

¿O acaso el "marxismo" consiste en no basar la táctica en una apreciación exacta de la situación *objetiva*, sino en amontonar sin ton ni son, sin espíritu crítico, la "guerra civil" y el "Congreso de los Sóviets y la convocatoria de la Asamblea Constituyente"?

¡Señores, esto es sencillamente ridículo, es burlarse del marxismo y de la lógica en general!

Si no hay *nada* en la situación *objetiva* que garantice la intensificación de la lucha de clases hasta el grado de "guerra civil", ¿por qué hablan ustedes de "guerra civil" en relación con "un Congreso de los Sóviets y la Asamblea Constituyente"? (porque tal es el título del editorial de *Novaya Zhizn* que examinamos). En tal caso, deberían haber dicho claramente al lector, y demostrarlo, que la situación *objetiva* no da motivo para una guerra civil y que, por lo tanto, la base de la táctica pueden y deben ser los medios pacíficos, constitucionalmente legales, "simples", desde el punto de vista jurídico y parlamentario, como un Congreso de los Sóviets y una Asamblea Constituyente. En ese caso, se *podría* opinar que ese congreso y esa asamblea son realmente capaces de *tomar decisiones*.

Pero si las condiciones objetivas del momento implican la inevitabilidad, o incluso sólo la probabilidad de la guerra civil, si no han hablado ustedes "ociosamente" sobre ello, sino porque sienten, ven, perciben con claridad que existe

una situación de guerra civil; si es así, ¿cómo es posible que tomen como base el Congreso de los Sóviets o la Asamblea Constituyente?? ¡Eso es burlarse de las masas hambrientas y angustiadas! ¿Creen ustedes que los hambrientos consentirán en "esperar" dos meses más?

¿O que el desastre económico, sobre cuya agravación hablan ustedes todos los días, consentirá en "esperar" hasta que se reúna el Congreso de los Sóviets o la Asamblea Constituyente? ¿Poseen ustedes datos que les permitan deducir que la historia de la revolución rusa, que desde el 28 de febrero hasta el 30 de septiembre se ha desarrollado con impulso turbulento, con ritmo verdaderamente inaudito, va a desarrollarse, desde el 1º de octubre hasta el 29 de noviembre⁵, en forma supertranquila, pacífica, legalmente equilibrada, sin levantamientos, explosiones, derrotas militares y crisis económicas? ¿O el Ejército en el frente, respecto del cual el oficial so bolchevique Dubasov declaró oficialmente, en nombre del frente, que "no luchará", va a seguir pasando hambre y frío tranquilamente hasta la fecha "señalada"? ¿O dejará de ser el levantamiento campesino un factor de guerra civil porque ustedes lo llaman "anarquía" y "pogromo", o porque Kerensky envíe fuerzas "militares" *contra los campesinos*? ¿Es acaso posible, concebible, que el Gobierno pueda realizar una labor serena y justa, y sin engaños, para convocar la Asamblea Constituyente en un país *campesino* cuando ese mismo Gobierno *está reprimiendo* el levantamiento campesino?

¡No se rían de "la confusión que reina en el Instituto Smolny"⁶, señores! No es menor la confusión en las filas de ustedes. A las preguntas inexorables de la guerra civil, contestan ustedes con frases confusas y con lastimosas ilusiones constitucionalistas. Por eso afirmo que si los bolcheviques se dejasen llevar por ese estado de ánimo hundirían a su partido y a su revolución.

N. Lenin

1º de octubre de 1917

⁵ El 29 de noviembre fue la fecha estipulada para la convocatoria a las elecciones de la Asamblea Constituyente [NdE].

⁶ En el Instituto Smolny se reúnan los delegados del Partido Bolchevique del CEC y de los sóviets. La frase es tomada de un artículo de Sejanov en *Nuevo Zhén* que hacía referencia a los debates dentro del bolchevismo entre los partidarios de preparar la insurrección y aquellos que se oponían, encabezados por Zinoviev y Kamenev [NdE].

II CONGRESO DE LOS SÓVIETS DE DIPUTADOS OBREROS Y SOLDADOS DE TODA RUSIA

25 y 26 de octubre (7 y 8 de noviembre) de 1917

I. A los obreros, a los soldados y a los campesinos¹

25 de octubre (7 de noviembre) de 1917

Se ha inaugurado el II Congreso de los Sóviets de Diputados Obreros y Soldados de toda Rusia. En él está representada la inmensa mayoría de los sóviets. También están presentes muchos delegados de los sóviets campesinos. El mandato del Comité Ejecutivo Central conciliador ha terminado. Respaldado por la voluntad de la inmensa mayoría de los obreros, los soldados y los campesinos, respaldado por la insurrección victoriosa de los obreros y de la guarnición de Petrogrado, el Congreso toma en sus manos el poder.

El Gobierno provisional ha sido derrocado. La mayoría de los miembros del Gobierno provisional ya han sido detenidos.

El poder de los sóviets propondrá una inmediata paz democrática a todas las naciones y un armisticio inmediato en todos los frentes. Asegurará el traspaso sin indemnización de la tierra de los terratenientes, de la Corona y de los monasterios a los comités campesinos; defenderá los derechos de los soldados implantando la democracia total en el Ejército; implantará el control obrero sobre la producción; asegurará la convocatoria a la Asamblea Constituyente en la fecha establecida; se preocupará de abastecer a las ciudades de pan y a las aldeas de artículos de primera necesidad; garantizará a todas las naciones que pueblan Rusia el verdadero derecho a la autodeterminación.

El Congreso decreta: todo el poder en las localidades debe pasar a los sóviets de diputados obreros, soldados y campesinos, que deben garantizar el orden verdaderamente revolucionario.

El Congreso llama a los soldados de las trincheras a ser vigilantes y firmes. El Congreso de los Sóviets está convencido de que el Ejército revolucionario sabrá defender la revolución contra todos los ataques del imperialismo hasta que el nuevo Gobierno logre obtener una paz democrática, que propondrá directamente a todos los pueblos. El nuevo Gobierno tomará todas las medidas necesarias para abastecer al Ejército revolucionario mediante una enérgica

¹ Publicado en *Rabochi i Soldat* N.º 9 el 26 de octubre (8 de noviembre) de 1917.

política de requisas e impuestos a las clases poseedoras; mejorará también la situación de las familias de los soldados.

Los kornilovistas —Kerensky, Kaledin y otros— intentan enviar tropas contra Petrogrado. Varios destacamentos, que Kerensky había trasladado con engaños, se han pasado al pueblo insurrecto.

¡Soldados, opongan resistencia activa al kornilovista Kerensky! ¡En guardia!

¡Ferrovianos, detengan todos los trenes con tropas enviados por Kerensky contra Petrogrado!

¡Soldados, obreros, empleados, la suerte de la revolución y la suerte de la paz democrática están en sus manos!

¡Viva la revolución!

El Congreso de los Sóviets de Diputados Obreros y Soldados de toda Rusia. Delegados de los sóviets campesinos

II. Informe sobre la paz²

26 de octubre (8 de noviembre)

El problema de la paz es un problema candente, el gran problema del momento. Mucho se ha dicho y escrito sobre el tema, y todos ustedes, sin duda, lo habrán discutido no pocas veces. Permitanme, entonces, leer una declaración que debe hacer pública el Gobierno elegido por ustedes.

Decreto sobre la paz

El Gobierno obrero y campesino, surgido de la revolución del 24 y 25 de octubre y que se apoya en los sóviets de diputados obreros, soldados y campesinos, llama a todos los pueblos beligerantes y a sus Gobiernos a iniciar negociaciones inmediatas para una paz justa y democrática.

Por una paz justa y democrática, por la que suspira la aplastante mayoría de la clase obrera y los trabajadores de todos los países beligerantes, agotados, atormentados y agobiados por la guerra, una paz que los obreros y campesinos rusos vienen reclamando categórica e insistentemente desde el derrocamiento de la monarquía zarista, por tal paz el Gobierno entiende una paz inmediata, sin anexiones (es decir, sin conquistas de territorios ajenos, sin incorporación violenta de naciones extranjeras) y sin indemnizaciones.

El Gobierno de Rusia propone que una paz de este tipo sea concertada inmediatamente por todas las naciones beligerantes y se declara dispuesto a tomar ahora, sin dilaciones, todas las medidas necesarias hasta la ratificación definitiva de todas las condiciones para una paz semejante por parte de

² Publicado en *Izvestia* N.º 208 el 27 octubre (8 noviembre) de 1917 y en *Pravda* N.º 171, el 28 octubre (10 noviembre) de 1917.

asambleas autorizadas de los representantes del pueblo de todos los países y de todas las naciones.

De acuerdo con el sentido de la justicia de los demócratas en general, y de las clases trabajadoras en particular, el Gobierno entiende por anexión o conquista de territorios ajenos toda incorporación a un Estado grande y poderoso de una nación pequeña o débil sin el deseo o consentimiento explícito, clara y libremente expresado de esa nación, con independencia de la época en que haya tenido lugar esa incorporación violenta, con independencia asimismo, del grado de civilización o de atraso de la nación anexada por la fuerza a un Estado dado o mantenida por la fuerza dentro de sus límites; y con independencia, por último, de si dicha nación se encuentra en Europa o en lejanos países de ultramar.

Si una nación cualquiera es mantenida por la fuerza dentro de los límites de un Estado, si, a pesar de su expreso deseo —no importa si expresado en la prensa, en reuniones públicas, en las resoluciones de los partidos o en protestas e insurrecciones contra la opresión nacional— no se le concede el derecho de decidir las formas de su régimen estatal por votación libre, realizada después del retiro total de las tropas de la nación conquistadora o, en general, más poderosa, y sin ejercer la menor presión, semejante incorporación es una anexión, es decir, conquista y violencia.

El Gobierno considera que continuar esta guerra por el reparto, entre las naciones fuertes y ricas, de las nacionalidades débiles por ellas conquistadas es el mayor crimen contra la humanidad, y proclama solemnemente su resolución de firmar inmediatamente las condiciones de paz que pongan fin a esta guerra, en las condiciones indicadas, que son justas por igual para todas las nacionalidades sin excepción.

El Gobierno declara, al mismo tiempo, que en modo alguno considera como *ultimátum* las condiciones de paz antes mencionadas; en otras palabras, que está dispuesto a considerar cualesquiera otras condiciones de paz e insiste sólo en que sean presentadas lo más rápidamente posible por cualquier país beligerante, y en que en las proposiciones de paz debe haber absoluta claridad y total ausencia de ambigüedades y secreto.

El Gobierno suprime la diplomacia secreta y manifiesta su firme intención de llevar a cabo todas las negociaciones abiertamente, a la vista de todo el pueblo; inmediatamente procederá a publicar en forma completa los tratados secretos, apoyados o concertados por el Gobierno de terratenientes y capitalistas desde febrero hasta el 25 de octubre de 1917. El Gobierno proclama la anulación incondicional e inmediata de todas las cláusulas de esos tratados secretos que tiendan, como sucede en la mayoría de los casos, a proporcionar ventajas y privilegios a los terratenientes y a los capitalistas rusos y a la retención o ampliación de las anexiones realizadas por los gran rusos.

Al proponer a los Gobiernos y a los pueblos de todos los países iniciar inmediatamente negociaciones públicas de paz, el Gobierno, por su parte, manifiesta

su disposición a realizar estas negociaciones por escrito, por telégrafo, o mediante negociaciones entre los representantes de los distintos países, o en una conferencia de esos representantes. Con el objeto de facilitar esas negociaciones el Gobierno designa su representante plenipotenciario ante los países neutrales.

El Gobierno propone a todos los Gobiernos y pueblos de todos los países beligerantes un armisticio inmediato y, por su parte, considera conveniente que este armisticio sea concertado por un período no menor a tres meses, es decir, un período suficientemente largo como para permitir la terminación de las negociaciones de paz con la participación de los representantes de todos los pueblos y naciones, sin excepción, comprometidos en la guerra u obligados a participar en ella, y la convocatoria de asambleas autorizadas de representantes de los pueblos de todos los países para la ratificación definitiva de las condiciones de paz.

Al dirigir esta proposición de paz a los Gobiernos y a los pueblos de todos los países beligerantes, el Gobierno provisional obrero y campesino de Rusia se dirige en particular también a los obreros con conciencia de clase de las tres naciones más adelantadas de la humanidad, de los tres Estados más importantes que participan en la guerra actual: Gran Bretaña, Francia y Alemania. Los obreros de estos tres países han prestado los mayores servicios a la causa del progreso y del socialismo; han proporcionado los magníficos ejemplos del movimiento cartista en Gran Bretaña, de una serie de revoluciones de importancia histórica realizadas por el proletariado francés y, por último, de la lucha heroica contra la ley de excepción en Alemania y el trabajo prolongado, tenaz y disciplinado de crear organizaciones proletarias de masas en Alemania, trabajo que sirve de ejemplo a los obreros de todo el mundo. Todos estos ejemplos de heroísmo proletario y de actividad creadora histórica son una garantía de que los obreros de los países mencionados comprenderán el deber que hoy enfrentan de librar a la humanidad de los horrores de la guerra y de sus consecuencias, de que esos obreros, con su actividad múltiple, resuelta, abnegada y enérgica, nos ayudarán a concertar la paz exitosamente y, al mismo tiempo, a liberar a las masas trabajadoras y explotadas de toda forma de esclavitud y de toda forma de explotación.

El Gobierno obrero y campesino, creado por la revolución del 24 y 25 de octubre y que se apoya en los sóviets de diputados obreros, soldados y campesinos, debe iniciar inmediatas negociaciones de paz. Nuestro llamamiento debe ser dirigido a los Gobiernos y a los pueblos. No podemos ignorar a los Gobiernos, porque ello postergaría la posibilidad de concertar la paz, y un Gobierno popular no puede atreverse a hacerlo. Pero no tenemos derecho a no dirigirnos al mismo tiempo a los pueblos. En todas partes hay desacuerdos entre los Gobiernos y los pueblos, y por eso debemos ayudar a los pueblos a intervenir en los problemas de la guerra y de la paz. Insistiremos, naturalmente, en todo nuestro programa de paz sin anexiones ni indemnizaciones. No nos apartaremos de él, pero no debemos dar a nuestros enemigos la posibilidad de

decir que sus condiciones difieren de las nuestras y que, por consiguiente, es inútil entablar negociaciones con nosotros. Sí, debemos privarlos de esa posición ventajosa y no presentar nuestras condiciones en forma de ultimátum. Por eso se incluye un punto que señala que estamos dispuestos a considerar todas las condiciones de paz, todas las proposiciones. Las consideraremos, pero eso no significa necesariamente que las aceptaremos. Las someteremos a consideración de la Asamblea Constituyente, que tendrá plenos poderes para decidir qué concesiones se pueden hacer y cuáles no. Combatimos el engaño de los Gobiernos que, de palabra, hablan de paz y de justicia, pero que, en realidad, libran guerras de conquista y de rapiña. Ningún Gobierno dirá todo lo que piensa. Nosotros, sin embargo, estamos en contra de la diplomacia secreta y actuaremos abiertamente, a la vista de todo el pueblo. No cerramos los ojos ante las dificultades y nunca lo hemos hecho. La guerra no puede terminarse renunciando simplemente a ella; no puede terminarse unilateralmente. Proponemos un armisticio de tres meses, pero no rechazaremos un período más breve a fin de que, aunque sea por poco tiempo, el Ejército exhausto pueda respirar libremente; además, en todos los países civilizados deben convocarse asambleas populares para la discusión de las condiciones de la paz.

Al proponer un armisticio inmediato nos dirigimos a los obreros con conciencia de clase de los países que tanto han hecho por el desarrollo del movimiento proletario. Nos dirigimos a los obreros de Gran Bretaña, donde existió el movimiento cartista; a los obreros de Francia, que han demostrado, en repetidas insurrecciones, todo el vigor de su conciencia de clase; a los obreros de Alemania, que lucharon contra la ley antisocialistas y han creado poderosas organizaciones.

En el manifiesto del 14 de marzo llamábamos a derrocar a los banqueros³; pero, lejos de derrocar a nuestros propios banqueros, nos aliamos con ellos. Ahora hemos derrocado al Gobierno de los banqueros.

Los Gobiernos y la burguesía harán todos los esfuerzos posibles para unir sus fuerzas y ahogar en sangre la revolución obrera y campesina. Pero los tres años de guerra son una buena enseñanza para las masas: el movimiento de los sóviets en otros países, la sublevación de la flota alemana, que fue aplastada por los *junkers* del verdugo Wilhelm II. Debemos recordar, por último, que no vivimos en el centro de África, sino en Europa, donde las noticias se difunden con rapidez.

El movimiento obrero triunfará y preparará el terreno para la paz y el socialismo. (*Aplausos*)

3 Lenin hace referencia al manifiesto *A los pueblos del mundo*, emitido por el CEC del Sóviet en mayo de ese año [NdE].

4 Lenin se refiere a la sublevación de los comités clandestinos de marineros apostados en Kiel, dirigidos por el marinero socialista independiente Max Reichpietsch bajo el lema "¡Rompanos las cadenas como lo han hecho los rusos!". El 5 de septiembre el káiser ordena el fusilamiento de dieciséis marineros en represalia por el motín [NdE].

III. Palabras finales luego del debate del informe sobre la paz⁵ 25 de octubre (8 de noviembre)

No me detendré en el carácter general de la declaración. El Gobierno que este Congreso establecerá podrá modificar los puntos no sustanciales.

Me opondré resueltamente a dar a nuestra proposición de paz el carácter de ultimátum. Un ultimátum podría resultar funesto para toda nuestra causa. No podemos exigir tal cosa, ya que la más insignificante divergencia con nuestras exigencias por parte de los Gobiernos imperialistas les brindaría la oportunidad de decir que no fue posible entablar negociaciones de paz debido a nuestra intransigencia.

Enviaremos nuestro llamamiento a todas partes, lo haremos conocer a todo el mundo. Será imposible ocultar las condiciones propuestas por nuestro Gobierno obrero y campesino.

Será imposible ocultar nuestra revolución obrera y campesina, que derrocó al Gobierno de banqueros y de terratenientes.

Los Gobiernos podrían negarse a responder a un ultimátum; ellos deberán contestar al texto tal como lo hemos formulado. Que todos sepan lo que piensan sus Gobiernos. No queremos secretos. Queremos que el Gobierno esté siempre sometido al control de la opinión pública de su país.

¿Qué diría el campesino de alguna remota provincia si, debido a nuestra insistencia en presentar un ultimátum, no se entera de lo que quiere otro Gobierno cualquiera? "Camaradas -nos dirá-, ¿por qué han excluido toda posibilidad de que se propongan otras condiciones de paz? Yo las habría examinado, las habría estudiado y después habría dado mandato a mis representantes en la Asamblea Constituyente sobre la manera de proceder. Estoy dispuesto a luchar con métodos revolucionarios para lograr condiciones justas si los Gobiernos no están de acuerdo; pero puede ocurrir que a ciertos países les presenten condiciones tales que estoy dispuesto a proponer a sus Gobiernos que continúen luchando. La total realización de nuestras aspiraciones depende únicamente del derrocamiento de todo el sistema capitalista". Esto es lo que podría decirnos el campesino y nos acusaría de ser demasiado intransigentes en cuestiones insignificantes, cuando lo esencial para nosotros es descubrir toda la infamia, toda la ignominia de la burguesía y de sus verdugos, coronados o no coronados, que encabezan los Gobiernos.

No podemos ni debemos dar a los Gobiernos una posibilidad de escudarse tras nuestra actitud intransigente y de ocultar a los pueblos por qué se los envía al matadero. Esto no es más que una gota de agua, pero no podemos ni debemos renunciar a esta gota de agua, que horadará la roca de la política burguesa de conquistas. Un ultimátum haría que la situación de nuestros adversarios fuera más fácil. Pero nosotros haremos conocer al pueblo todas las condiciones. Enfrentaremos a todos los Gobiernos con nuestras condiciones y

⁵ Publicado en *Pravda* N.º 171 el 28 octubre (10 noviembre) de 1917.

que respondan ante sus propios pueblos! Someteremos todas las proposiciones de paz a la decisión de la Asamblea Constituyente.

Hay otro punto, camaradas, al que deben prestar la mayor atención. Los tratados secretos deben ser publicados. Las cláusulas referentes a las anexiones y a las indemnizaciones deben ser anuladas. Existen diversas cláusulas, camaradas, porque los Gobiernos rapaces no sólo se ponían de acuerdo sobre los saqueos; en sus tratados figuraban también tratados económicos y diversas cláusulas sobre las relaciones de buena vecindad.

No nos dejaremos maniatar por los tratados. No nos dejaremos enredar por los tratados. Rechazamos todas las cláusulas referentes a saqueos y violencia, pero aceptaremos con satisfacción todas las que contengan disposiciones para el establecimiento de relaciones de buena vecindad y todos los tratados económicos; eso no podemos rechazarlo. Proponemos un armisticio de tres meses; hemos fijado un plazo largo porque los pueblos están agotados, los pueblos ansían descansar de esta carnicería que ya dura más de tres años. Debemos comprender que hay que dar a los pueblos la posibilidad de discutir las condiciones de paz, de manifestar su voluntad por medio de sus parlamentos, y que todo esto lleva tiempo. Exigimos un armisticio largo para que los soldados que están en las trincheras salgan de esta pesadilla de constantes asesinatos, pero no rechazaremos proposiciones de un armisticio más corto; las discutiremos y a nosotros nos incumbe aceptarlas, aunque se nos proponga un armisticio de un mes o un mes y medio. Tampoco nuestra proposición de armisticio debe tener el carácter de un ultimátum, porque no debemos dar a nuestros enemigos la posibilidad de ocultar toda la verdad a los pueblos con el pretexto de nuestra intransigencia. No debe tener carácter de ultimátum, porque el Gobierno que no quiere un armisticio es un Gobierno criminal. Si no damos a nuestra proposición de armisticio el carácter de un ultimátum demostraremos con ello a los pueblos que los Gobiernos son criminales, y los pueblos no tendrán ceremonias con semejantes criminales. Se nos objeta que si no presentamos un ultimátum daremos muestras de debilidad; pero ya es hora de dejar de lado toda la hipocresía burguesa al hablar de la fuerza del pueblo. Según la concepción burguesa, existe fuerza cuando los pueblos van ciegamente a la carnicería, obedeciendo las órdenes de los Gobiernos imperialistas. La burguesía no reconoce como fuerte a un Estado, sino cuando este puede, haciendo uso de todo el poder del aparato gubernamental, lanzar al pueblo a donde desean lanzarlo los gobernantes burgueses. Nuestra concepción de la fuerza es distinta. Nosotros creemos que un Estado es fuerte cuando el pueblo tiene conciencia política. Es fuerte cuando las masas están enteradas de todo, pueden formarse opinión de todo y hacerlo todo conscientemente. No debemos tener miedo de decir la verdad sobre nuestro cansancio porque ¿qué Estado no está hoy cansado, qué pueblo no habla de ello abiertamente? Tomemos Italia, donde, debido al cansancio, se produjo un prolongado movimiento revolucionario, que exigía se terminara con la matanza. ¿No vemos en Alemania manifestaciones obreras de masas

que exigen la terminación de la guerra? ¿No fue el cansancio lo que provocó la sublevación de la flota alemana, brutalmente reprimida por el verdugo Wilhelm y por sus lacayos? Si pueden ocurrir tales hechos en un país tan disciplinado como Alemania, donde ya se empieza a hablar de cansancio y de poner fin a la guerra, no tenemos nosotros por qué temer hablar de ello abiertamente, porque es la verdad, tan verdad para nosotros como para todos los países beligerantes e incluso para los no beligerantes.

IV. Informe sobre la tierra⁶

26 de octubre (8 de noviembre)

Sostenemos que la revolución ha probado y demostrado qué importante es plantear con claridad el problema de la tierra. El estallido de la insurrección armada, de la segunda revolución, la de octubre, prueba claramente que hay que entregar la tierra a los campesinos. El Gobierno que ha sido derrocado y los partidos conciliadores de los mencheviques y eseristas cometieron un crimen al aplazar, con diversos pretextos, la solución del problema de la tierra, y con ello llevaron al país al caos económico y a un levantamiento campesino. Sus palabras sobre motines y anarquía en el campo suenan falsas, cobardes y engañosas.

¿Cuándo y dónde los motines y la anarquía han sido provocados por medidas sensatas? Si el Gobierno hubiera actuado de un modo sensato y si sus medidas hubieran respondido a las necesidades de los campesinos pobres, ¿habría existido inquietud entre las masas campesinas? Pero todas las medidas del Gobierno, aprobadas por los sóviets de Avksentiev y Dan, iban dirigidas contra los intereses de los campesinos y los obligaron al levantamiento.

Después de provocar el levantamiento el Gobierno comenzó una gritería sobre motines y anarquía, por las cuales este era el único responsable. Quería reprimirlos a sangre y fuego, pero él mismo fue barrido por la insurrección armada de los soldados, los marineros y los obreros revolucionarios. El Gobierno de la revolución obrera y campesina debe resolver, en primer término, el problema de la tierra, que llevará la tranquilidad y dará satisfacción a las grandes masas de campesinos pobres. Les leeré los artículos del decreto que debe promulgar nuestro Gobierno de los sóviets. En uno de los artículos de este decreto ha sido incorporado el mandato a los comités agrarios, elaborado sobre la base de los doscientos cuarenta y dos mandatos de los sóviets locales de diputados campesinos.

Decreto sobre la tierra

1) Queda abolida en el acto, sin indemnización alguna, la propiedad terrateniente sobre la tierra.

⁶ Publicado *Izvestia* N.º 209 y en *Pravda* N.º 171 el 28 octubre (10 noviembre) de 1917.

2) Las propiedades, así como todas las tierras de la Corona, de los monasterios y de la Iglesia, con todo su ganado, aperos de labranza, construcciones y todas sus pertenencias, serán puestos a disposición de los comités agrarios comarcales y de los sóviets de diputados campesinos de distrito hasta que se reúna la Asamblea Constituyente.

3) Cualquier daño inferido a los bienes confiscados, que desde este momento pertenecen a todo el pueblo, será considerado un grave delito, que será castigado por los tribunales revolucionarios. Los sóviets de diputados campesinos de distrito adoptarán las medidas necesarias para asegurar el orden más riguroso durante la confiscación de las propiedades de los terratenientes, para determinar la extensión de las propiedades y precisar cuáles deben ser confiscadas, para realizar un inventario exacto de todos los bienes confiscados y para proteger con el mayor rigor revolucionario todas las explotaciones agrícolas transferidas al pueblo, con todas las construcciones, aperos de labranza, ganado, provisiones, etcétera.

4) Para la realización de las grandes transformaciones agrarias, hasta que la Asamblea Constituyente tome una resolución definitiva, debe servir de guía en todas partes el siguiente mandato campesino, preparado sobre la base de los doscientos cuarenta y dos mandatos campesinos locales por la redacción de *Investia del Sóviet de Diputados Campesinos de toda Rusia* y publicado en el número 88 de dicho periódico (Petrogrado, N.º 88, 19 de agosto de 1917).

Mandato campesino sobre la tierra

El problema de la tierra sólo puede ser resuelto en toda su extensión por la Asamblea Constituyente Nacional.

La solución más justa del problema de la tierra debe ser la siguiente:

1) *Señalado para siempre el derecho de propiedad privada sobre la tierra; la tierra no podrá ser vendida, comprada, arrendada, hipotecada o enajenada en forma alguna. Todas las tierras, ya sean del Estado, de la Corona, de instituciones oficiales, de los monasterios, de la Iglesia, tierras de posesión, de los mayorazgos, de propiedad privada, públicas, de los campesinos, etc., serán confiscadas sin indemnización, se convertirán en propiedad de todo el pueblo y pasarán a ser usufructuadas por quienes las trabajan.*

A las personas que resulten damnificadas por esta transformación del régimen de propiedad se les reconocerá el derecho al socorro público sólo durante el tiempo necesario para la adaptación a las nuevas condiciones de vida.

2) *Todas las riquezas —minerales, petróleo, carbón, sal, etc.—, así como los bosques y las aguas de importancia nacional, serán usufructuados con carácter exclusivo por el Estado. Todos los pequeños ríos, lagos, bosques, etc., serán usufructuados por las comunidades rurales y serán administrados por los organismos de gobierno local autónomo.*

3) *Las tierras en las que se practica una agricultura de alto nivel técnico: huertos, plantaciones, semilleros, viveros, invernaderos, etc., no serán divididas, sino con-*

territorios en haciendas modelo y entregadas, para su usufructo exclusivo, al Estado o a las comunidades rurales, según la extensión e importancia de dichas tierras.

Los terrenos que rodean las casas, en las ciudades y en las aldeas, con sus jardines y huertos, quedarán reservados al uso de sus actuales propietarios, debiendo establecerse por ley la extensión de los predios y el impuesto a pagar por su usufructo.

4) Los criaderos de caballos, ganado, aves de corral de raza, del Gobierno o privados, serán confiscados y se convertirán en propiedad de todo el pueblo y pasarán al usufructo exclusivo del Estado o de las comunidades rurales, según su extensión e importancia.

El problema de la indemnización será examinado por la Asamblea Constituyente.

5) Todo el ganado y los aperos de labranza de los fundos confiscados pasarán, sin indemnización, al uso exclusivo del Estado o de las comunidades rurales, según su extensión e importancia.

Los aperos de labranza de los campesinos con poca tierra no serán confiscados.

6) El derecho al usufructo de la tierra será concedido a todos los ciudadanos (sin distinción de sexo) del Estado ruso que deseen cultivarla con sus propias manos, con la ayuda de sus familias o en sociedad con otras, pero sólo mientras estén en condiciones de cultivarla. No se permite el empleo de trabajo asalariado.

En caso de incapacidad física ocasional de cualquier miembro de la comunidad rural que se prolongue durante dos años, la comunidad rural deberá ayudarlo durante ese período, cultivando colectivamente su tierra hasta que pueda volver a trabajar.

Los campesinos que por su avanzada edad o su mala salud estén permanentemente incapacitados y no puedan cultivar la tierra personalmente perderán el derecho a usufructuarla, pero recibirán en cambio una pensión del Estado.

7) El usufructo de la tierra debe ser igualitario, es decir, la tierra se repartirá entre los trabajadores con arreglo a una norma de trabajo o a una norma de consumo, de acuerdo con las condiciones locales.

No habrá absolutamente ninguna restricción en las formas de usufructo de la tierra: familiar, hacienda, comunal o cooperativa, según lo decidan las distintas aldeas y poblados.

8) Al ser enajenada, toda la tierra pasará a formar parte del fondo agrario nacional. Su distribución entre los trabajadores correrá por cuenta de los organismos de gobierno autónomo local y central, desde las comunidades rurales y urbanas, democráticamente organizadas, en las que no existen diferencias de estamentos hasta las instituciones regionales centrales.

El fondo agrario será objeto de redistribuciones periódicas de acuerdo con el crecimiento de la población y con la elevación de la productividad y el nivel técnico de la agricultura.

En caso de modificarse los límites de las parcelas, el núcleo original quedará intacto.

La tierra de los miembros de la comunidad que la abandonan volverá al fondo agrario. Se dará derecho preferencial sobre esas tierras a los parientes más cercanos de los miembros que la abandonan o a personas designadas por estos últimos.

El costo de los abonos y de las mejoras (mejoras radicales) introducidas en la tierra, en la medida en que estos no hayan sido totalmente aprovechados al ser devuelta la parcela al fondo agrario, será compensado.

Si el fondo de tierras disponibles en un distrito determinado no fuera suficiente para cubrir las necesidades de la población local, se adjudicará tierras en otro lugar al excedente de población.

El Estado debe hacerse cargo de la organización de esta reubicación, así como de los gastos que origine y de los gastos de la provisión de aperos de labranza, etcétera. La reubicación se hará en el siguiente orden: campesinos sin tierra que lo deseen, luego los miembros indescables, los desertores, etc., y, finalmente, por sorteo o acuerdo.

Se declara ley provisional el contenido íntegro de este mandato, que expresa la voluntad absoluta de la inmensa mayoría de los campesinos con conciencia de clase de toda Rusia. Esta ley será aplicada hasta la reunión de la Asamblea Constituyente, lo más rápido posible, y, en algunas de sus partes, con el carácter gradual que impongan las circunstancias, cosa que deberán determinar los sóviets de diputados campesinos de distrito.

5) No se confiscarán las tierras de los campesinos y cosacos comunes.

Se oyen aquí voces que dicen que el decreto y el mandato han sido redactados por los socialrevolucionarios. ¿Qué importa? No interesa quién los haya redactado; como Gobierno democrático no podemos ignorar la decisión de las masas populares, aunque podamos no estar de acuerdo con ella. En el juego de la vida, al aplicar el decreto en la práctica, al ponerlo en ejecución en cada localidad, los propios campesinos verán dónde está la verdad. Y aun si los campesinos continúan siguiendo a los socialistas revolucionarios, aun si dan a este partido la mayoría en la Asamblea Constituyente, seguiremos diciendo: ¿qué importa? No hay mejor maestro que la experiencia y ella demostrará quién tiene razón. Que los campesinos resuelvan este problema por un extremo y nosotros lo resolveremos por el otro. La experiencia nos obligará a juntarnos en el torrente común de la actividad creadora revolucionaria, en la elaboración de nuevas formas de Estado. Debemos guiarnos por la experiencia; debemos conceder plena libertad al genio creador de las masas populares. El antiguo Gobierno, derribado por la insurrección armada, pretendía resolver el problema de la tierra con el concurso de la vieja e invariable burocracia zarista. Pero, en lugar de resolver el problema, la burocracia no hizo más que combatir a los campesinos. Los campesinos aprendieron algo en estos ocho meses de nuestra

revolución y quieren resolver por sí mismos todos los problemas de la tierra. Por eso nos pronunciamos contra toda enmienda a este proyecto de ley. No queremos entrar en detalles, porque estamos elaborando un decreto y no un programa de acción. Rusia es grande y las condiciones locales son diversas. Confiamos en que el propio campesinado sabrá, mejor que nosotros, resolver el problema con acierto, como es debido. No es lo esencial que lo haga de acuerdo con nuestro programa o con el de los eseristas. Lo esencial es que el campesinado tenga la firme seguridad de que no hay más terratenientes en el campo; ique los campesinos resuelvan ellos mismos todos los problemas y organicen ellos mismos su propia vida! (*Clamorosas aplausos.*)

V. Resolución sobre la creación de un Gobierno obrero y campesino⁷ 26 de octubre (8 de noviembre) de 1917

El Congreso de los Sóviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos de toda Rusia resuelve:

Constituir un Gobierno provisional obrero y campesino, que se denominará Consejo de Comisarios del Pueblo, que gobernará el país hasta que se reúna la Asamblea Constituyente. La dirección de las diversas ramas de la actividad del Estado se confía a comisiones, cuyos miembros deben asegurar la realización del programa proclamado por el Congreso y deberán actuar en estrecho contacto con las organizaciones de masas de obreros y obreras, marineros, soldados, campesinos y empleados. El poder gubernamental pertenece a un cuerpo colegiado formado por los presidentes de esas comisiones, es decir, el Consejo de Comisarios del Pueblo.

El control sobre las actividades de los comisarios del pueblo, con derecho a reemplazarlos, pertenece al Congreso de los Sóviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos de toda Rusia y a su Comité Ejecutivo Central.

En este momento, el Consejo de Comisarios del Pueblo está constituido por las siguientes personas:

Presidente del Consejo: *Vladimir Uliánov (Lenin)*;

Comisario del pueblo del Interior: *A. I. Ríkov*;

Agricultura: *V. P. Milútín*;

Trabajo: *A. G. Shliapnikov*;

Guerra: un comité compuesto por *V. A. Osejénko (Antonov)*, *N. V. Krílenko* y *P. E. Dibénko*;

Comercio e Industria: *V. P. Noguín*;

Instrucción Pública: *A. V. Lunacharsky*;

⁷ Publicado en *Rabotchi i Soldat* N.º 10 el 27 octubre (9 noviembre) de 1917.

Finanzas: *I. I. Skvortsov (Stepanov)*;

Relaciones Exteriores: *I. D. Bronstein (Trotzky)*;

Justicia: *G. I. Oppokov (Loma)*;

Abastecimiento: *I. A. Fedorovich*;

Correos y Telégrafos: *N. P. Avilov (Glebov)*;

Presidente para Asuntos de las Nacionalidades: *I. V. Dolguashvili (Stalin)*.

El cargo de comisario del pueblo de Ferrocarriles queda momentáneamente vacante.

PROYECTO DE DECRETO SOBRE EL CONTROL OBRERO¹

1. En todas las empresas industriales, comerciales, bancarias, agrícolas, etc., que cuenten al menos con cinco obreros y empleados (en conjunto) o cuyos negocios sean al menos de diez mil rublos anuales, queda establecido el control obrero sobre la producción, conservación y compraventa de todos los productos y materias primas.

2. Ejercerán el control obrero todos los obreros y empleados de la empresa, ya sea directamente, si la empresa es tan pequeña que lo hace posible, ya sea por medio de sus representantes, cuya elección tendrá lugar inmediatamente en asambleas generales, debiendo levantarse actas de la elección y ser comunicados los nombres de los elegidos al gobierno y a los Sóviets locales de diputados obreros y campesinos.

3. Sin autorización de los representantes elegidos por los obreros y empleados queda absolutamente prohibida la interrupción del trabajo de una empresa o industria de importancia nacional (véase N.º 7), así como la modificación de su funcionamiento sin autorización de los representantes elegidos por los obreros y empleados.

4. *Todos* los libros de contabilidad y documentos, sin excepción, así como *todos* los almacenes y depósitos de materiales, herramientas y productos, sin excepción alguna, deben estar abiertos a los representantes elegidos por los obreros y empleados.

5. Las decisiones de los representantes elegidos por los obreros y empleados son obligatorias para los propietarios de las empresas y no pueden ser anuladas más que por los sindicatos y los congresos.

6. En todas las empresas de importancia nacional, *todos* los propietarios y *todos* los representantes elegidos por los obreros y empleados para ejercer el control obrero son responsables ante el Estado del riguroso mantenimiento del orden, de la disciplina y de la protección de los bienes. Los culpables de

¹ Decreto escrito el 26 o 27 de octubre (8 o 9 de noviembre) de 1917 y publicado el 16 de noviembre del mismo año en *Avestia* N.º 227. [El proyecto fue adoptado con modificaciones por el Comisariado de Trabajo y votado por el CEC del Sóviet. Ndr.]

negligencia, de ocultación de stocks, balances, etc., serán castigados con la confiscación de todos sus bienes y con penas de reclusión que pueden llegar a cinco años.

7. Se declaran empresas de importancia nacional todas las que trabajan para la defensa o están relacionadas de algún modo con la producción de artículos necesarios para la subsistencia de las masas de la población.

8. Los Sóviets locales de diputados obreros, las conferencias de comités de fábrica y las de comités de empleados dictarán, en asambleas generales de sus representantes, reglas más detalladas de control obrero.

CARTA A LOS OBREROS NORTEAMERICANOS¹

Camaradas: un bolchevique ruso, que tomó parte en la revolución de 1903 y que después pasó muchos años en el país de ustedes, se ha ofrecido para hacerles llegar mi carta. Acepté su ofrecimiento con el mayor placer, ya que los obreros revolucionarios norteamericanos están llamados a desempeñar precisamente ahora un papel de singular importancia como enemigos irreconciliables del imperialismo norteamericano, el más nuevo, el más fuerte, el último que se ha incorporado a la matanza mundial de pueblos para el reparto de los beneficios capitalistas. Precisamente ahora, los multimillonarios norteamericanos, esos esclavistas contemporáneos, han abierto una página particularmente trágica en la historia sangrienta del sanguinario imperialismo al dar su aprobación —directa o indirecta, abierta o hipócritamente encubierta, es igual— a la intervención armada emprendida por las fieras imperialistas anglo-japonesas con el fin de estrangular a la primera república socialista.

La historia de la Norteamérica moderna, de la Norteamérica civilizada, comienza con una de las grandes guerras verdaderamente liberadoras y verdaderamente revolucionarias, tan escasas frente a la multitud de guerras de rapia provocadas, como la actual guerra imperialista, por peleas entre reyes, terratenientes y capitalistas por el reparto de tierras usurpadas o de las ganancias logradas mediante el pillaje. Fue la guerra del pueblo norteamericano contra los bandidos británicos, que oprimían a Norteamérica y la mantenían en esclavitud colonial, del mismo modo que esas sanguijuelas "civilizadas" siguen oprimiendo hoy y manteniendo en esclavitud colonial a centenares de millones de seres en la India, en Egipto y en todas partes del mundo.

Desde entonces han pasado unos ciento cincuenta años. La civilización burguesa aportó todos sus espléndidos frutos. Norteamérica se ha puesto a la cabeza de los países libres y cultos en cuanto al nivel de desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo humano colectivo, al empleo de la maquinaria y de todas las maravillas de la técnica moderna. Norteamérica se ha convertido a la vez en uno de los países donde es más profundo el abismo entre el puñado de multimillonarios que se revuelcan arrogantes en la corrupción y el lujo y los millones de trabajadores que viven permanentemente al borde de la miseria. El pueblo norteamericano, que dio al mundo un modelo de guerra revolucionaria contra la esclavitud feudal, se encuentra ahora en la última etapa capitalista de la esclavitud asalariada, que beneficia a un puñado de multimillonarios, y

¹ Publicado en *París N.º* 178, 22 de agosto de 1918.

se halla desempeñando el papel de asesino mercenario, que en beneficio de la opulenta canalla estranguló a Filipinas en 1898 con el pretexto de "liberarla" y en 1918 estrangula a la república socialista rusa con el pretexto de "defenderla" de los alemanes.

Pero los cuatro años de matanza imperialista de pueblos no han pasado en vano. El engaño del pueblo por los bandidos que forman los dos grupos de asaltantes, tanto el grupo británico como el alemán, ha sido desenmascarado plenamente por hechos incontrovertibles y evidentes. Los cuatro años de guerra han revelado con sus resultados la ley general del capitalismo aplicada a la guerra entre bandidos por el reparto del botín: los más ricos, los más fuertes, se han enriquecido y han expoliado más, mientras que los más débiles fueron totalmente despojados, torturados, oprimidos y estrangulados.

Los bandidos del imperialismo británico eran los más fuertes por el número de sus "esclavos coloniales". Los capitalistas británicos no perdieron ni una pulgada de "sus" territorios (es decir, de los territorios de los cuales se apoderaron en el curso de siglos), pero se apoderaron de todas las colonias alemanas de África, se adueñaron de la Mesopotamia y de Palestina, estrangularon a Grecia y comenzaron el saqueo de Rusia.

Los bandidos imperialistas alemanes eran los más fuertes por la organización y la disciplina de "sus" Ejércitos, pero eran más débiles en colonias. Perdieron todas sus colonias, pero saquearon media Europa, estrangularon el mayor número de países pequeños y de pueblos débiles. ¡Qué gran guerra "liberadora" por ambas partes! ¡Qué bien "defendían la patria" los bandidos de ambos grupos, los capitalistas anglo-franceses y alemanes con sus lacayos, los socialchovinistas, es decir, los socialistas que se pasaron al lado de "n" burguesía!

Los multimillonarios norteamericanos eran probablemente los más ricos de todos y los que se encontraban en la situación geográfica más segura. Se enriquecieron más que nadie; convirtieron en tributarios suyos a todos los países, incluso a los más ricos; reunieron como fruto del pillaje centenares de miles de millones de dólares. Y cada dólar está manchado de lodo, el lodo de los tratados secretos entre Gran Bretaña y sus "aliados", entre Alemania y sus vasallos; de los tratados sobre el reparto del botín, de tratados de "ayuda" mutua para oprimir a los obreros y a los socialistas internacionalistas. Cada dólar está manchado con el lodo de los "ventajosos" contratos de guerra, que en cada país enriquecían aún más a los ricos y empobrecían aún más a los pobres. Y cada dólar está manchado de sangre, de ese océano de sangre que vertieron los diez millones de muertos y los veinte millones de mutilados durante esa guerra grande, noble, sagrada y liberadora para decidir cuál de los dos bandidos, el británico o el alemán, habría de obtener mayor botín, cuál de los dos asesinos, el británico o el alemán, sería el principal estrangulador de los pueblos débiles en todo el mundo.

Si los bandidos alemanes han batido el récord por las atrocidades cometidas durante la guerra, los británicos lo han batido no sólo por la cantidad de

las colonias robadas, sino también por el refinamiento de su repugnante hipocresía. Precisamente ahora la prensa burguesa anglo-francesa y norteamericana, en millones y millones de ejemplares, difunde mentiras y calumnias sobre Rusia, tratando de justificar hipócritamente su intervención expoliadora contra ella con la supuesta intención de "defenderla" de los alemanes.

Para desmentir esta infame y vil mentira no hacen falta muchas palabras: basta mencionar un hecho muy conocido. Cuando los obreros rusos derrocaron su Gobierno imperialista en octubre de 1917, el poder soviético, el poder de los obreros y campesinos revolucionarios, propuso abiertamente a todos los países beligerantes una paz justa, sin anexiones ni indemnizaciones, una paz basada en la plena igualdad de derecho para todas las naciones.

¡Fueron precisamente la burguesía anglo-francesa y la burguesía norteamericana las que rechazaron nuestra propuesta, precisamente ellas rehusaron incluso tratar con nosotros sobre la paz general! ¡Esas burguesías, precisamente, traicionaron los intereses de todos los pueblos; ellas han hecho que se prolongue la matanza imperialista!

Ellas fueron, precisamente, las que, especulando con la posibilidad de arrastrar de nuevo a Rusia a la guerra imperialista, rehusaron participar en las negociaciones de paz, dejando así las manos libres a otros bandidos capitalistas igualmente rapaces, a los de Alemania, que impusieron a Rusia la dura paz anexionista de Brest.

Es difícil imaginarse algo más repugnante que la hipocresía con que la burguesía anglo-francesa y norteamericana nos echa la "culpa" por la paz de Brest... ¡y precisamente los capitalistas de los países de quienes dependía convertir las negociaciones de Brest en negociaciones generales para una paz general son nuestros "acusadores"! Los buitres del imperialismo anglo-francés, enriquecidos con el saqueo de las colonias y con la matanza de pueblos, han prolongado la guerra casi todo un año después de Brest; y son ellos quienes nos "acusan" a nosotros, a los bolcheviques, que hemos propuesto a todos los países una paz justa, nos acusan a nosotros que hemos roto, que hemos publicado y entregado a la vergüenza pública los criminales tratados secretos concertados entre el ex-Zar y los capitalistas anglo-franceses.

Los obreros de todo el mundo, cualquiera sea el país en que viven, nos saludan, simpatizan con nosotros, nos aplauden por haber roto los anillos de hierro de las ataduras imperialistas, de los sucios tratados imperialistas, de las cadenas imperialistas; por haber logrado la libertad aun a costa de los mayores sacrificios; porque como república socialista, aunque martirizada y saqueada por los imperialistas, nos hemos mantenido fuera de la guerra imperialista, levantando ante el mundo entero la bandera de la paz, la bandera del socialismo.

No es sorprendente que la pandilla imperialista internacional nos odie por ello, que nos "acuse", que todos los lacayos de los imperialistas, sin exceptuar a nuestros escritas de derecha y mencheviques, nos "acusen" también. El odio de estos perros de presa del imperialismo hacia los bolcheviques, lo mismo que

la simpatía de los obreros conscientes del mundo, nos infunde mayor seguridad aún en la justicia de nuestra causa.

Un verdadero socialista no puede dejar de comprender que en aras de la victoria sobre la burguesía, en aras del paso del poder a manos de los obreros, en aras del comienzo de la revolución proletaria en el mundo no podemos ni debemos vacilar ante los mayores sacrificios, incluso ante el sacrificio de una parte de nuestro territorio, ante el sacrificio de penosas derrotas a manos del imperialismo. Un verdadero socialista hubiera demostrado con hechos estar dispuesto a que "su" patria hiciera los mayores sacrificios para dar verdadero impulso a la causa de la revolución socialista.

En aras de "su" causa, es decir, en aras de la conquista de la hegemonía mundial, los imperialistas de Gran Bretaña y de Alemania no han vacilado en arruinar por completo y en estrangular a toda una serie de países, comenzando por Bélgica y Serbia y siguiendo con Palestina y la Mesopotamia. Pero los socialistas, en aras de "su" causa, la causa de la liberación de los trabajadores de todo el mundo del yugo del capital, en aras de la conquista de una paz universal duradera, ¿deben esperar hasta que se encuentre un camino que no exija sacrificios, deben abstenerse de comenzar el combate hasta que esté "garantizado" un triunfo fácil, deben poner la seguridad y la integridad de "su patria" -creada por la burguesía- por encima de los intereses de la revolución socialista mundial? Quienes así piensan, los canallas del socialismo internacional, esos lacayos de la moral burguesa, merecen ser tres veces condenados.

Los buitres del imperialismo anglo-francés y norteamericano nos "acusau" de concertar un "acuerdo" con el imperialismo alemán. ¡Qué hipócritas! ¡Qué miserables! ¡Calumnian al Gobierno obrero mientras tiemblan ante la simpatía que han demostrado hacia nosotros los obreros de "sus" propios países! Pero su hipocresía será desenmascarada. Fingen no comprender la diferencia que existe entre un acuerdo de los "socialistas" con la burguesía (la propia o la extranjera) *contra los obreros*, contra los trabajadores, y un acuerdo *para la defensa* de los obreros que han derrotado a su burguesía, un acuerdo con la burguesía de un color nacional *contra la burguesía* de otro color nacional a fin de que el proletariado aproveche las contradicciones entre los diferentes grupos de la burguesía.

En realidad, cualquier europeo conoce a la perfección esa diferencia, y el pueblo norteamericano, como demostraré enseguida, ha tenido un "ejemplo" bien palpable en su propia historia. Hay acuerdos y acuerdos, hay *faits et faits*², como dicen los franceses.

En febrero de 1918, cuando los buitres del imperialismo alemán lanzaron sus tropas contra la Rusia inerte con su Ejército desmovilizado, que había confiado en la solidaridad internacional del proletariado antes de que madurara plenamente la revolución mundial, no vacilé lo más mínimo en llegar a un "acuerdo" con los monárquicos franceses. El capitán Sadoul, un oficial del

2 "Una misma cosa puede tener distintos valores" [Nde].

Ejército francés, que de palabra simpatizaba con los bolcheviques pero que de hecho servía en cuerpo y alma al imperialismo francés, me presentó al oficial francés De Lubersac. "Yo soy monárquico -me manifestó De Lubersac-. Mi único objetivo es la derrota de Alemania". Se sobreentiende, le contesté (*cada va sans dire*). Ello no me impidió en absoluto "ponerme de acuerdo" con De Lubersac en cuanto a ciertos servicios que oficiales franceses, expertos en explosivos, estaban dispuestos a prestarnos para volar las vías férreas y obstaculizar así la invasión de los alemanes. Este es un modelo de "acuerdo" que aprobará todo obrero con conciencia de clase, un acuerdo en interés del socialismo. El monárquico francés y yo nos estrechamos la mano sabiendo que cada uno de nosotros colgaría gustoso a su "compañero". Pero nuestros intereses coincidían temporalmente. Contra los rapaces atacantes alemanes *nosotros* aprovechábamos intereses opuestos, igualmente rapaces, de otros imperialistas, en beneficio de la revolución socialista rusa y de la revolución socialista mundial. Así servíamos a los intereses de la clase obrera de Rusia y de otros países; fortalecíamos al proletariado y debilitábamos a la burguesía de todo el mundo; empleábamos medios totalmente legítimos y esenciales en toda guerra: la maniobra, la astucia, el repliegue, en espera del momento en que *esté completamente madura* la revolución proletaria que va madurando rápidamente en varios países avanzados.

Y por mucho que aúllen de rabia los tiburones del imperialismo anglo-francés y norteamericano, por mucho que nos calumnien, por muchos millones que gasten en sobornar a los periódicos eseristas de derecha, mencheviques y demás socialpatriotas, *yo no dudaré ni un solo instante* en concertar un "acuerdo" *idéntico* con los buitres imperialistas alemanes en caso de que un ataque de las tropas anglo-francesas a Rusia lo haga necesario. Y sé tan bien que el proletariado con conciencia de clase de Rusia, Alemania, Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos, en una palabra, de todo el mundo civilizado, aprobará mi táctica. Semejante táctica facilitará la tarea de la revolución socialista, la acelerará, debilitará a la burguesía internacional, reforzará la posición de la clase obrera que está derrotando a la burguesía.

Hace ya tiempo que el pueblo norteamericano empleó su táctica con éxito para su revolución. Cuando libraba su gran guerra de liberación contra los opresores británicos también tuvo enfrente a los opresores franceses y españoles, en cuyas manos se hallaba una parte del actual territorio de Estados Unidos de Norteamérica. También el pueblo norteamericano, en su difícil guerra de liberación, con unos opresores concertaba "acuerdos" dirigidos contra otros para debilitar a los opresores y reforzar a los que luchaban revolucionariamente contra la opresión, en interés del *pueblo* oprimido. El pueblo norteamericano aprovechaba las discordias entre los franceses, los españoles y los británicos; a veces peleaba codo a codo junto a las tropas de los opresores franceses y españoles contra los opresores británicos; venció primero a los últimos y después se liberó de los franceses y españoles (en parte por medio de rescates).

La acción histórica no es el pavimento de la Avenida Nevsky -decía el gran revolucionario ruso Chernishevsky-. El que "admite" la revolución proletaria sólo "a condición" de que se desarrolle fácil y llanamente, de que actúen desde el principio y en forma coordinada los proletarios de distintos países, de que exista una garantía de triunfo, de que el camino de la revolución sea ancho, libre y recto, de que para vencer no haya necesidad de pasar a veces por los más penosos sacrificios, no haya necesidad de "esperar el momento en una fortaleza sitiada" o de abrirse camino por las más tortuosas, estrechas, impracticables y peligrosas sendas de montaña, no es revolucionario, no se ha librado de la pedantería intelectual burguesa y se deslizará siempre hacia el campo de la burguesía contrarrevolucionaria, como le ocurre nuestros eseristas de derecha, a nuestros mencheviques e incluso (aunque con menos frecuencia) a nuestros eseristas de izquierda.

Haciendo coro a la burguesía, a esos señores les agrada culparnos por el "caos" de la revolución, por la "destrucción" de la industria, por el desempleo y la escasez de víveres. ¡Qué hipócritas son estas acusaciones, formuladas por los que aplaudieron y apoyaron la guerra imperialista o concertaron un "acuerdo" con Kerensky que la continuaba! Precisamente la guerra imperialista es la causa de todos estos desastres. Una revolución engendrada por la guerra no puede dejar de pasar por terribles dificultades y sufrimientos, recibidos como herencia de esta prolongada, devastadora y reaccionaria matanza de pueblos. Acusarnos de "destrucción" de la industria o de "terror" es hipocresía o pedantería obtusa, es mostrar incapacidad para comprender las condiciones fundamentales de esa violenta lucha de clases exacerbada al extremo que se llama revolución.

Incluso cuando los "acusadores" de este tipo llegan a "reconocer" la lucha de clases, se limitan a su reconocimiento verbal; en realidad, ellos se deslizan siempre hacia la utopía pequeñoburguesa de la "conciliación" y de la "colaboración" de las clases. La lucha de clases, en un período de revolución, ha tomado siempre, inevitablemente, en todos los países, la forma de *guerra civil*. Y la guerra civil es inconcebible sin la más grande destrucción, sin el terror, sin la restricción de la democracia formal en interés de la guerra. Sólo popes empalagosos -cristianos o "laicos" como los socialistas de salón, parlamentarios- pueden dejar de ver, de comprender, de sentir esta necesidad. Sólo "hombres enfundados"³, inanimados, pueden ser capaces de apartarse de la revolución por este motivo, en lugar de lanzarse al combate con total apasionamiento y resolución en el momento en que la historia exige que los más grandes problemas de la humanidad sean resueltos por la lucha y la guerra.

El pueblo norteamericano tiene una tradición revolucionaria, recogida por los mejores representantes del proletariado norteamericano, quienes reiteradamente nos han expresado su completa simpatía con nosotros, los bolcheviques.

3 En referencia al cuento de Chejov "El hombre enfundado", haciendo alusión al funcionario contrario a toda innovación o iniciativa [NdeE].

Esa tradición es la guerra de liberación contra los británicos en el siglo XVIII y luego la guerra civil en el siglo XIX. En cierto sentido, si sólo se tiene en cuenta la "destrucción" de algunas ramas de la industria y de la economía nacional, en 1870 Norteamérica había *retrocedido* con relación a 1860. Pero ¡qué pedante, qué cretino haría falta ser para negar con este motivo la inmensa significación histórica universal, progresista y revolucionaria de la guerra civil norteamericana de 1863-1865!

Los representantes de la burguesía comprenden que para derribar la esclavitud de los negros, para el derrocamiento del poder de los esclavistas, bien valió que todo el país pasase por los largos años de guerra civil, por la ruina, la destrucción y el terror colosales que acompañan a toda guerra. Pero ahora, cuando se trata de la tarea incommensurablemente más grande de derribar la esclavitud *asalariada* capitalista, de derrocar el poder de la burguesía, ahora los representantes y defensores de la burguesía, así como los socialistas reformistas que, amedrentados por la burguesía, se apartan de la revolución, no pueden ni quieren comprender la necesidad y la legitimidad de la guerra civil.

Los obreros norteamericanos no seguirán a la burguesía. Ellos estarán con nosotros, a favor de la guerra civil contra la burguesía. Refuerza esta convicción toda la historia del movimiento obrero norteamericano y mundial. Recuerdo también las palabras que Eugene Debs, uno de los dirigentes más queridos del proletariado norteamericano, escribió en *Appeal to Reason* —me parece que a fines de 1915— en su artículo "What shall I fight for" (Por qué lucharé) (citado por mí a comienzos de 1916 en una reunión pública de obreros celebrada en Berna, Suiza). Debs decía que se dejaría fusilar antes que votar los créditos para la actual guerra, guerra reaccionaria y criminal; que conocía una sola guerra sagrada y legítima desde el punto de vista de los proletarios, es decir, la guerra contra los capitalistas, la guerra para liberar a la humanidad de la esclavitud asalariada.

No me extraña que Wilson, cabeza de los multimillonarios norteamericanos y servidor de los tiburones capitalistas, haya encarcelado a Debs. ¡Que la burguesía se ensañe con los auténticos internacionalistas, con los auténticos representantes del proletariado revolucionario! Cuanto mayores sean su ferocidad y su ensañamiento, tanto más cerca estará el día del triunfo de la revolución proletaria.

Nos acusan de las destrucciones causadas por nuestra revolución... Pero ¿quién nos acusa? Los lacayos de la burguesía, de esa misma burguesía que en cuatro años de guerra imperialista ha destruido casi por completo la cultura europea, llevando Europa a la barbarie, al embrutecimiento y al hambre. Y esa burguesía nos exige hoy que no hagamos la revolución sobre esas ruinas, en medio de los escombros de la cultura, de los escombros y de las ruinas producidas por la guerra, con los hombres embrutecidos por la guerra. ¡Oh, qué burguesía tan humana y tan justa!

Sus sirvientes nos acusan de recurrir al terror... La burguesía británica ha olvidado su 1649, y la burguesía francesa, su 1793. El terror era justo y

legítimo cuando la burguesía lo empleaba en su favor contra el feudalismo. ¡El terror resulta monstruoso y criminal cuando los obreros y los campesinos pobres se atreven a emplearlo contra la burguesía! El terror era justo y legítimo cuando lo empleaban para reemplazar a una minoría explotadora por otra minoría explotadora. ¡El terror resulta monstruoso y criminal cuando se lo aplica para derrocar a *toda* minoría explotadora, en beneficio de la gran mayoría verdadera, en beneficio de los proletarios y semiproletarios, de la clase obrera y de los campesinos pobres!

La burguesía imperialista internacional ha exterminado a diez millones de hombres y mutilado a veinte millones en "su" guerra, en una guerra hecha para decidir quién habrá de dominar en el mundo: los buitres británicos o los alemanes.

Si *muestra* guerra, la guerra de los oprimidos y explotados contra los opresores y explotadores, costara medio millón o un millón de víctimas entre todos los países, la burguesía diría que las víctimas antes mencionadas están justificadas y que estas son criminales.

El proletariado dirá otra cosa bien distinta.

Ahora, en medio de los horrores de la guerra imperialista, el proletariado recibe un ejemplo vivo y palpable de la gran verdad que enseñan todas las revoluciones, la verdad que legaron a los obreros sus mejores maestros, los fundadores del socialismo moderno. Esta verdad es que no puede triunfar la revolución si no se *aplasta la resistencia de los explotadores*. Cuando nosotros, los obreros y los campesinos trabajadores, conquistamos el poder del Estado nuestro deber consistió en aplastar la resistencia de los explotadores. Estamos orgullosos de haberlo hecho y de hacerlo. Y lamentamos no hacerlo con suficiente firmeza y decisión.

Sabemos que la resistencia feroz de la burguesía contra la revolución socialista es inevitable en todos los países y que crece a medida que se desarrolle esa revolución. El proletariado aplastará esa resistencia y durante la lucha contra la burguesía que resiste adquirirá la madurez necesaria para triunfar y ejercer el poder.

Que la corrupta prensa burguesa grite ante todo el mundo cada error que cometa nuestra revolución. No tenemos miedo de nuestros errores. Los hombres no se han vuelto santos por el hecho de que haya comenzado la revolución. Las clases trabajadoras, oprimidas y mantenidas en la oscuridad durante siglos, condenadas por la fuerza a vivir en la miseria, en la ignorancia y el embrutecimiento, no pueden hacer la revolución sin cometer errores. Y al cadáver de la sociedad burguesa, como ya lo he señalado, no se lo puede encerrar en un ataúd y enterrarlo. El cadáver del capitalismo se pudre y se descompone entre nosotros, infestando el aire, emponzoñando nuestra vida y envolviendo lo nuevo, lo fresco, lo joven, lo vivo, con miles de hilos y vínculos de lo viejo, de lo podrido, de lo moribundo.

Por cada cien errores nuestros proclamados ante todo el mundo por la burguesía y sus lacayos (incluidos nuestros mencheviques y eseristas de derecha)

hay diez mil hechos grandes y heroicos, tanto más grandes y heroicos por tratarse de hechos sencillos, ocultos en la vida diaria del barrio fabril o de la aldea remota, de hechos realizados por hombres que no tienen la costumbre (ni la posibilidad) de gritar al mundo entero cada uno de sus éxitos.

Incluso si fuera al revés —aunque sé que tal suposición es falsa—, incluso si por cada cien de nuestros hechos acertados hubiera diez mil errores, incluso en este caso nuestra revolución sería, y lo será ante la historia universal, grande e invencible, porque *por primera vez* no es una minoría, no son sólo los ricos, no son únicamente los cultos, sino el verdadero pueblo, la inmensa mayoría de los trabajadores, quienes crean *por sí mismos* una vida nueva, quienes resuelven con su propia experiencia los difícilísimos problemas de la organización socialista.

Cualquier error cometido en el curso de semejante trabajo, en el curso de ese trabajo tan concienzudo y sincero que decenas de millones de sencillos obreros y campesinos llevan a cabo para reorganizar toda su vida, cada uno de esos errores vale por miles y millones de “infalibles” éxitos de la minoría explotadora, de éxitos para engañar y estafar a los trabajadores. Porque sólo *por medio* de esos errores *aprenderán* los obreros y los campesinos a construir la vida nueva, aprenderán a prescindir de los capitalistas; sólo así se abrirán camino, a través de miles de obstáculos, hacia el socialismo victorioso.

Cometen errores en el curso de su trabajo revolucionario nuestros campesinos, que de un solo golpe, en una sola noche, la del 25 al 26 de octubre (según el viejo calendario) de 1917, suprimieron por completo la propiedad privada de la tierra, y que ahora, mes tras mes, venciendo inmensas dificultades, corrigiendo ellos mismos sus errores, resuelven prácticamente la tarea difícilísima de organizar nuevas condiciones de vida económica, de luchar contra los *kulaks*, de asegurar que la tierra sea para los *trabajadores* (y no para los ricos), de pasar a la gran agricultura *comunal*.

Cometen errores en el curso de su trabajo revolucionario nuestros obreros, que ya han nacionalizado, en pocos meses, casi todas las fábricas y empresas más importantes y que, en el duro trabajo de cada día, aprenden la nueva tarea de dirigir ramas enteras de la industria, hacen funcionar las empresas nacionalizadas, venciendo la poderosa resistencia de la rutina, de la mentalidad y el egoísmo pequeñoburgueses; ponen, piedra sobre piedra, los cimientos de *nuevas* relaciones sociales, de una *nueva* disciplina del trabajo y de una nueva influencia de los sindicatos obreros sobre sus afiliados.

Cometen errores en el curso de su trabajo revolucionario nuestros sóviets, creados ya en 1905 por un potente ascenso de las masas. Los sóviets de obreros y campesinos representan un nuevo *tipo* de Estado, un *tipo* nuevo y superior de democracia; una forma de la dictadura del proletariado, el medio de gobernar el Estado sin la *burguesía* y *contra* la burguesía. Por primera vez la democracia sirve aquí al pueblo, a los trabajadores, deja de ser una democracia para los ricos, como sigue siéndolo en todas las repúblicas burguesas, incluso en las más democráticas. Por primera vez las masas populares se enfrentan, en

una escala que involucra a cien millones de personas, al problema de implementar la dictadura de los proletarios y los semiproletarios, un problema sin cuya solución *no se puede* ni hablar de socialismo.

Que los pedantes o las personas cuyas mentes están incurablemente atiborradas de prejuicios democraticoburgueses o parlamentarios muevan perplejos su cabeza ante nuestros sóviets de diputados, ante la falta de elecciones directas, por ejemplo. Es gente no ha olvidado nada ni ha aprendido nada durante el período de las grandes conmociones de 1914-1918. La combinación de la dictadura del proletariado con la nueva democracia para los trabajadores —de la guerra civil con la más amplia incorporación de las masas a la política—, una combinación así no se obtiene de golpe y no encuadra en las formas trilladas de la rutinaria democracia parlamentaria. Los contornos de un mundo nuevo, el mundo del socialismo, se levantan ante nosotros como república soviética. Y no debe causar asombro que ese mundo no nazca ya hecho, no surja como Minerva de la cabeza de Júpiter.

En tanto que las viejas constituciones democráticas burguesas exaltan, por ejemplo, la igualdad formal y el derecho de reunión, nuestra Constitución soviética, proletaria y campesina, rechaza la hipocresía de la igualdad formal. Cuando los republicanos burgueses derribaban tronos no se preocupaban de la igualdad formal de los monárquicos con los republicanos. Cuando se trata de derrocar a la burguesía, sólo los traidores o los idiotas pueden reclamar la igualdad formal de derechos para la burguesía. Bien poco vale la "libertad de reunión" para los obreros y los campesinos cuando los mejores edificios pertenecen a la burguesía. Nuestros sóviets han *confiscado* a los ricos todos los buenos edificios de la ciudad y del campo, *entregándolos* todos a los obreros y campesinos para sus organizaciones y asambleas. Esa es *nuestra* libertad de reunión; ilibertad de reunión para los trabajadores! ¡Ese es el significado y el contenido de nuestra Constitución soviética, de nuestra Constitución socialista!

Y por eso todos estamos tan firmemente convencidos de que nuestra república de los sóviets, cualesquiera que sean las desgracias que aún puedan caer sobre ella, es *inmovible*.

Es invencible porque cada golpe del furioso imperialismo, cada derrota que nos inflige la burguesía internacional, alza a la lucha a nuevos sectores de obreros y campesinos, los instruye al precio de enormes sacrificios, los templea y engendra un nuevo heroísmo de masas.

Sabemos, camaradas obreros norteamericanos, que la ayuda de ustedes tal vez tarde aún en llegar, porque el desarrollo de la revolución en los diversos países se produce en formas distintas, con ritmo distinto (y no puede producirse de otro modo). Sabemos que la revolución proletaria europea puede no estallar en las próximas semanas, por grande que sea la rapidez con que madura en este último tiempo. Nosotros contamos con la inevitabilidad de la revolución mundial, pero eso no quiere decir que seamos tan tontos como para que contemos con la inevitabilidad de la revolución en breve y *determinado* plazo. Hemos visto

en nuestro país dos grandes revoluciones, la de 1905 y la de 1917, y sabemos que las revoluciones no se hacen por encargo ni por acuerdos. Sabemos que las circunstancias no han puesto en la vanguardia a *nuestro* destacamento, al destacamento ruso del proletariado socialista, a causa de nuestros méritos, sino a causa del atraso excepcional de Rusia, y que *hasta* que estalle la revolución mundial es posible que algunas revoluciones sean derrotadas.

A pesar de ello, estamos firmemente convencidos de que somos invencibles, ya que la humanidad no se doblegará ante la matanza imperialista, sino que acabará con ella. Y el primer país que *rompió* las cadenas de presidiario de la guerra imperialista fue *nuestro* país. Hemos hecho los mayores sacrificios en la lucha por destruir esos grilletes, pero los *hemos roto*. Estamos *libres* de la dependencia imperialista y hemos levantado ante el mundo entero la bandera de la lucha por el derrocamiento completo del imperialismo.

Nos encontramos como en una fortaleza sitiada, esperando que llegue la ayuda de otros destacamentos de la revolución socialista mundial. Esos destacamentos *existen*, son *más numerosos* que los nuestros, maduran, crecen y se fortalecen cuanto más se prolongan las ferocidades del imperialismo. Los obreros rompen con sus socialtraidores: los Gompers, los Henderson, los Renaudel, los Scheidemann y los Renner. Los obreros marchan lento pero firmemente hacia la táctica comunista, bolchevique, hacia la revolución proletaria, la única capaz de salvar de la destrucción a la cultura y a la humanidad.

Dicho brevemente, somos invencibles, porque la revolución proletaria mundial es invencible.

N. Lenin

20 de agosto de 1918

nomes dos y
depois de
depois de
depois de
depois de

LA REVOLUCIÓN PROLETARIA Y EL RENEGADO KAUTSKY¹

¹ Escrito entre octubre y el 10 de noviembre de 1918. El suplemento, después del 10 de noviembre de 1918. Publicado en 1918 como libro por la editorial Kommunist, Moscú [NdlE].



LA REVOLUCIÓN PROLETARIA Y EL RENEGADO KAUTSKY

Prólogo

El folleto de Kautsky *La dictadura del proletariado*, publicado en Viena recientemente (Viena, 1918, Ignaz Brand, 63 páginas), es el más brillante ejemplo de esa completa y vergonzosa bancarrota de la Segunda Internacional, de la cual hace tiempo hablan todos los socialistas honestos de todos los países. La revolución proletaria se ha convertido ahora en un problema práctico en una serie de países. Por eso es imprescindible analizar los renegados sofismas de Kautsky y su renuncia total al marxismo.

Hay que subrayar, sin embargo, en primer lugar, que el autor de estas líneas desde el principio mismo de la guerra ha señalado repetidas veces la ruptura de Kautsky con el marxismo. Ese tema fue tratado en una serie de artículos, publicados entre 1914 y 1916 en *Sozial-Demokrat* y *Kommunist*, editados en el extranjero. El Sóviet de Petrogrado reunió y editó estos artículos con el título: *Contra la corriente*, G. Zinoviev y N. Lenin (Petrogrado, 1918, 550 páginas). En un folleto publicado en Ginebra en 1915, y traducido en la misma época al alemán y al francés, escribí sobre el "kautskismo":

Kautsky, la más alta autoridad de la Segunda Internacional, es el más típico y más claro ejemplo de cómo el reconocimiento verbal del marxismo ha llevado en la práctica a transformarlo en "estruvismo" o en "brentanismo" [es decir, en una teoría liberal burguesa que admite la lucha de "clase" no revolucionaria del proletariado, lo que fue expresado con especial claridad por el escritor ruso Struve y el economista alemán Brentano]. Plejánov nos ofrece otro ejemplo de ello. Mediante sofismas evidentes, se extirpa del marxismo su vivo espíritu revolucionario y se admite en él *todo, excepto* los métodos revolucionarios de lucha, la propaganda y preparación de esos métodos y la educación de las masas en ese sentido. Despreciando todo principio, Kautsky "concilia" el pensamiento fundamental del socialchovinismo, la aceptación de la defensa de la patria en la guerra actual, con una supuesta concesión a la izquierda bajo la forma de abstención al votarse los créditos, con la manifestación verbal de una postura oposicionista, etc. Kautsky, que en 1909 escribió un volumen íntegro sobre la inminencia de una época de revoluciones y sobre los vínculos de la guerra con la revolución; Kautsky, que en 1912 suscribió el Manifiesto de Basilea sobre la utilización revolucionaria de la guerra inminente, trata ahora por todos los

medios de justificar y embellecer el socialchovinismo y, como Plejanov, se une a la burguesía para ridiculizar cualquier idea de revolución, cualquier paso tendiente a la lucha revolucionaria directa.

La clase obrera no puede alcanzar su objetivo de la revolución mundial si no declara la guerra sin cuartel a esa apostasía, a esa cobardía, a ese sometimiento ante el oportunismo, a esa increíble vulgarización del marxismo en el plano teórico. El kautskismo no es accidental, es el producto social de las contradicciones en la II Internacional, una combinación de la fidelidad de palabra al marxismo con la subordinación, en los hechos, al oportunismo (G. Zinoviev y N. Lenin, *El socialismo y la guerra*, Ginebra, 1915, pp. 13-14).

Nuevamente, en mi libro *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*, escrito en 1916 (publicado en Petrogrado en 1917), analicé en detalle el fraude teórico de todas las consideraciones de Kautsky sobre el imperialismo. Cité la definición de Kautsky del imperialismo: "El imperialismo es un producto del capitalismo industrial altamente desarrollado. Consiste en la tendencia de toda nación capitalista industrial a someter a su control o anexionarse todas las vastas regiones agrarias [la cursiva es de Kautsky], con independencia de los pueblos que las habitan". Demostraba que esa definición era absolutamente incorrecta y que se "ajustaba" para encubrir las más profundas contradicciones del imperialismo y luego para la conciliación con el oportunismo. Daba mi propia definición del imperialismo: "El imperialismo es el capitalismo en aquella etapa de desarrollo en que se establece la dominación de los monopolios y el capital financiero; en que ha adquirido marcada importancia la exportación de capitales; en que empieza el reparto del mundo entre los trusts internacionales; en que ha culminado el reparto de todos los territorios del planeta entre las más grandes potencias capitalistas". Demostraba que la crítica que Kautsky hace del imperialismo es incluso de un nivel inferior a la crítica burguesa, filisteá.

Finalmente, en agosto y septiembre de 1917, o sea, antes de la revolución proletaria en Rusia (25 de octubre-7 de noviembre de 1917), escribí *El Estado y la revolución. La teoría marxista del Estado y las tareas del proletariado en la revolución*, folleto que fue publicado en Petrogrado a principios de 1918. En el capítulo VI, sobre *La vulgarización del marxismo por los oportunistas*, dedico especial atención a Kautsky, demostrando que ha deformado por completo las ideas de Marx, amoldándolas al oportunismo, y que eso es "renunciar a la revolución en los hechos y aceptarla de palabra".

En esencia, el principal error teórico de Kautsky en su folleto sobre la dictadura del proletariado reside en esa deformación oportunista de las ideas de Marx sobre el Estado, deformación que he expuesto detalladamente en mi folleto *El Estado y la revolución*.

Estas observaciones preliminares eran necesarias porque prueban que yo acusé públicamente a Kautsky de ser un renegado *mucho antes* de que los bolcheviques tomaran el poder y de que por ese motivo fueran condenados por Kautsky.

Cómo Kautsky convirtió a Marx en un vulgar liberal

El problema fundamental que Kautsky trata en su folleto es el de la esencia misma de la revolución proletaria, o sea, la dictadura del proletariado. Este es un problema que tiene enorme importancia para todos los países, especialmente para los avanzados, especialmente para los que están en guerra y especialmente en el momento actual. Puede decirse sin temor a exagerar que este es el problema clave de toda la lucha proletaria de clase. Por consiguiente, es necesario prestarle particular atención.

Kautsky plantea el problema del siguiente modo: "La oposición entre las dos tendencias socialistas" (es decir, los bolcheviques y los no bolcheviques) es "la oposición entre dos métodos radicalmente diferentes: el *dictatorial* y el *democrático*" (p. 3).

Señalemos, de paso, que al llamar socialistas a los no bolcheviques de Rusia, es decir, a los mencheviques y eseristas, Kautsky se guía por su *nombre*, es decir, por una palabra y no por el *verdadero lugar* que ocupan en la lucha entre el proletariado y la burguesía. ¡Maravillosa comprensión y aplicación del marxismo! Pero sobre esto hablaremos en detalle más adelante.

Por el momento, debemos ocuparnos de lo principal, o sea, del gran descubrimiento de Kautsky sobre la "oposición radical" entre los "métodos democrático y dictatorial". Ese es el nudo de la cuestión. Esa es la esencia del folleto de Kautsky. Y se trata de una confusión teórica tan monstruosa, de una renuncia al marxismo tan completa que Kautsky, hay que confesarlo, ha dejado muy atrás a Bernstein.

El problema de la dictadura del proletariado es el problema de la relación entre el Estado proletario y el Estado burgués, entre la democracia proletaria y la democracia burguesa. Parecería que esto es claro como la luz del día. ¡Pero Kautsky, como un maestro de escuela que se ha vuelto tan seco como el polvo de tanto repetir los mismos textos de historia, da la espalda porfiadamente al siglo XX y mira al siglo XVIII y, por centésima vez, en una serie de párrafos, rumia y vuelve a rumiar de un modo increíblemente aburrido la vieja cuestión de la relación entre la democracia burguesa con el absolutismo y el Medioevo!

¡Es como si masticara un trapo mientras duerme!

Porque esto significa que no comprende en absoluto lo que pasa. No es posible dejar de sonreír ante los vanos esfuerzos de Kautsky por presentar las cosas como si hubiera gente que predicara "el desprecio a la democracia" (p. 11), etc. Esas son las tonterías que utiliza Kautsky para oscurecer y embrollar el problema, porque al hablar de democracia en general y no de democracia *burguesa* razona como un liberal; incluso elude el empleo de este concepto preciso, de clase, y trata de hablar de democracia "presocialista". Este charlatán dedica casi una tercera parte del folleto, veinte páginas de las sesenta y tres, a esa palabrería que tanto agrada a la burguesía, porque equivale a embellecer la democracia burguesa y oscurece el problema de la revolución proletaria.

Pero, después de todo, el título del folleto de Kautsky es *La dictadura del proletariado*. Todos saben que esta es la *esencia* misma de la doctrina de Marx. Y, después de una serie de tonterías que no vienen al caso, Kautsky *se ve obligado* a citar las palabras de Marx sobre la dictadura del proletariado.

¡Pero la *forma* en que lo hace el "marxista" Kautsky es sencillamente cómica! Escuchen esto:

Este criterio [que Kautsky califica de desprecio por la democracia] se apoya en una sola palabra de Marx. [Así lo dice textualmente en la página veinte. Y en la página sesenta repite la misma cosa diciendo, incluso, que ellos (los bolcheviques)] recordaron oportunamente la palabrita [¡así lo dice, literalmente!! *Das Wortchen*] sobre la dictadura del proletariado, que Marx empleó una vez en 1875, en una carta.

He aquí la "palabrita" de Marx:

Entre la sociedad capitalista y la comunista media el período de la transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A este período corresponde también un período político de transición en el cual el Estado no puede ser otro que la dictadura revolucionaria del proletariado.

En primer lugar, decir que este clásico razonamiento de Marx, que resume toda su doctrina revolucionaria, es "una sola palabra" o incluso una "palabrita" es insultar al marxismo y renegar completamente de él. No hay que olvidar que Kautsky se sabe a Marx casi de memoria y que, a juzgar por todo lo que ha escrito, tiene en su escritorio, o en la cabeza, una serie de casilleros en los cuales todo lo que Marx ha escrito está cuidadosamente archivado y a mano para ser citado. Kautsky *debe saber* que tanto Marx como Engels, en sus cartas, lo mismo que en sus obras publicadas, hablaron *con frecuencia* de la dictadura del proletariado, antes y sobre todo después de la Comuna. Kautsky debe saber que la fórmula "dictadura del proletariado" no es sino una formulación históricamente más concreta y científicamente más exacta de la tarea del proletariado de "destruir" la máquina del Estado burgués, tarea de la cual, tanto Marx como Engels, al resumir la experiencia de la revolución de 1848 y, aún más, la de 1871, hablaron *durante cuarenta años*, de 1852 a 1891.

¿Cómo explicar esta monstruosa deformación del marxismo realizada por el comentarista del marxismo Kautsky? Por lo que se refiere a las raíces filosóficas de este fenómeno, esto se reduce a una sustitución de la dialéctica por el eclecticismo y la sofística. Kautsky es un gran maestro en esta clase de sustituciones. Considerado desde el punto de vista de la política práctica, esto se reduce al sometimiento a los oportunistas, es decir, en última instancia, a la burguesía. A partir del comienzo de la guerra, Kautsky ha hecho progresos extraordinariamente rápidos hasta alcanzar el virtuosismo en el arte de ser un marxista de palabra y un lacayo de la burguesía en los hechos.

Uno se convence aún más de ello al analizar la forma notable con que Kautsky "interpreta" la "palabrita" de Marx sobre la dictadura del proletariado. Escuchen esto:

Marx, desgraciadamente, omitió indicarnos en forma más detallada cómo concebía esta dictadura... [Una total mentira de un renegado, porque Marx y Engels han dado, por cierto, una cantidad de indicaciones muy detalladas, que Kautsky, el comentarista en marxismo, ignora deliberadamente.] Literalmente, la palabra dictadura significa la abolición de la democracia. Pero, por supuesto, tomada literalmente esta palabra significa también el poder indiviso de una sola persona, no limitado por ninguna ley; poder unipersonal que se diferencia del despotismo sólo en que no está destinado a ser una institución estatal permanente, sino una medida de emergencia transitoria.

El término "dictadura del proletariado", por lo tanto, no la dictadura de una sola persona, sino de una clase, excluye ya la posibilidad de que Marx, con respecto a esto, pensase en una dictadura en el sentido literal de la palabra.

No habla en este caso de una *forma de gobierno*, sino de una *situación* que surgirá necesariamente en todas partes donde el proletariado conquiste el poder político. Que Marx no pensaba en este caso en una forma de gobierno queda demostrado por el hecho de que consideraba posible en Gran Bretaña y Norteamérica el tránsito en forma pacífica, es decir, en forma democrática (p. 20).

Deliberadamente hemos citado este argumento completo para que el lector pueda ver con claridad los métodos que emplea el "teórico" Kautsky.

Kautsky ha buscado enfocar el problema de tal manera que le permitiese empezar por una definición de la "*palabra*" dictadura.

Muy bien. Cada uno tiene el sagrado derecho de enfocar los problemas como le guste. Pero hay que distinguir un enfoque serio y honesto de uno deshonesto. Quien quiera tratar con seriedad el problema, abordándolo de ese modo, debe dar *su propia definición* de la "palabra". Entonces la cuestión quedaría planteada con claridad y franqueza. Pero Kautsky no lo hace. "Literalmente -escribe-, la palabra dictadura significa la abolición de la democracia".

En primer lugar, esto no es una definición. Si Kautsky quería eludir dar una definición del concepto de dictadura, ¿por qué eligió esa forma de enfocar el problema?

En segundo lugar, es evidentemente falso. Es lógico que un liberal hable de "democracia" en términos generales. Pero un marxista jamás olvidará preguntar: "¿Para qué clase?". Todos saben, por ejemplo -y el "historiador" Kautsky también lo sabe-, que las sublevaciones e incluso la gran efervescencia entre los esclavos en la antigüedad revelaron inmediatamente que el Estado antiguo era en esencia una *dictadura de los propietarios de esclavos*. ¿Abolía esa dictadura la democracia *entre* los propietarios de esclavos y para ellos? Todos saben que no.

Kautsky, el "marxista", ha hecho esta afirmación monstruosamente absurda y falsa porque "*olvidó*" la lucha de clases...

Para transformar la afirmación liberal y falsa de Kautsky en una afirmación marxista y verdadera hay que decir: la dictadura no significa necesariamente la abolición de la democracia para la clase que ejerce esta dictadura sobre otras clases, pero significa la abolición (o una restricción muy sustancial, que es también una forma de abolición) de la democracia para la clase sobre la cual, o contra la cual, se ejerce la dictadura.

Pero, por verdadera que sea esta afirmación, no da una definición de dictadura.

Examinemos la frase siguiente de Kautsky:

... Pero, por supuesto, tomada literalmente esta palabra significa también el poder indiviso de una sola persona, no limitado por ninguna ley...

Como un cachorro ciego que husmea al azar en una u otra dirección, Kautsky tropieza aquí por casualidad con una idea correcta (es decir, que la dictadura es un poder no limitado por ninguna ley), pero, *sin embargo*, no da una definición de dictadura y, además, dice un evidente disparate histórico, o sea, que la dictadura significa el poder de una sola persona. Esto es incorrecto incluso desde el punto de vista gramatical, puesto que la dictadura también puede ser ejercida por un grupo de personas, por una oligarquía, por una clase, etcétera.

Kautsky señala luego la diferencia entre dictadura y despotismo, pero, aunque lo que dice es evidentemente incorrecto, no nos detendremos en ello porque no tiene nada que ver con el problema que nos interesa. Todos conocen la inclinación de Kautsky a dar la espalda al siglo XX y mirar al siglo XVIII, y del siglo XVIII mirar a la antigüedad clásica, y esperamos que el proletariado alemán, cuando implante su dictadura, tenga en cuenta esta inclinación y lo nombre, por ejemplo, profesor de historia antigua en algún liceo. Tratar de eludir una definición de la dictadura del proletariado filosofando sobre el despotismo es burda estupidez o una artimaña muy torpe.

En resumen, encontramos que Kautsky, que se proponía tratar la dictadura, ha soltado una cantidad de mentiras manifiestas, ¡pero no ha dado ninguna definición! Sin embargo, en lugar de confiar en sus facultades intelectuales, podría haber recurrido a su memoria y sacado de los "casilleros" todos los casos en que Marx habla de la dictadura. Si lo hubiese hecho, habría llegado, ciertamente, a la definición siguiente o a otra coincidente en esencia con ella:

La dictadura es el poder basado directamente en la violencia y no limitado por ninguna ley.

La dictadura revolucionaria del proletariado es un poder conquistado y conservado mediante la violencia ejercida por el proletariado contra la burguesía, poder que no está limitado por ninguna ley.

¡Y esta sencilla verdad, verdad clara como la luz del día para todo obrero con conciencia de clase (que representa al pueblo y no a una capa superior de canallas pequeñoburgueses sobornados por los capitalistas, como son los

socialimperialistas de todos los países), esta verdad, evidente para todo representante de los explotados que luchan por su liberación, esta verdad indiscutible para todo marxista hay que "arrancársela por la fuerza" al muy erudito señor Kautsky! ¿Cómo puede explicarse? Por ese espíritu de servilismo del que están imbuidos los líderes de la Segunda Internacional, que se han convertido en despreciables sicofantes al servicio de la burguesía.

Kautsky comienza con un ardor al proclamar el absurdo evidente de que la palabra dictadura en su sentido literal significa la dictadura de una sola persona; y luego —basándose en ese ardor!— declara que "por lo tanto" las palabras de Marx sobre la dictadura de una clase *no* expresan el sentido literal (sino un sentido según el cual dictadura no significa violencia revolucionaria, sino la "pacífica" conquista de una mayoría bajo la "democracia" —advértase esto— burguesa).

Hay que hacer una distinción, si les parece, entre "situación" y "forma de gobierno". Distinción extraordinariamente profunda; es como hacer una distinción entre la "situación" de tontería de una persona que razona sin inteligencia y la "forma" de sus tonterías.

Kautsky *encuentra necesario* interpretar la dictadura como una "situación de dominio" (es la expresión literal que emplea en la página siguiente, la veintinueve), porque entonces *desaparece la violencia revolucionaria* y desaparece *la revolución violenta*. ¡La "situación de dominio" es una situación en la que se encuentra cualquier mayoría bajo... la "democracia"! ¡Con este truco la *revolución afortunadamente desaparece*!

Pero el truco es demasiado burdo y no salvará a Kautsky. No se puede ocultar el hecho de que la dictadura presupone y significa una "situación" de *violencia revolucionaria* de una clase contra otra, cosa tan desagradable para los renegados. Hacer una distinción entre "situación" y "forma de gobierno" es un absurdo manifiesto. Hablar a este respecto de forma de gobierno es tres veces más tonto porque cualquier escolar sabe que monarquía y república son dos formas diferentes de gobierno. Hay que explicarle al señor Kautsky que estas *dos* formas de gobierno, como todas las "formas de gobierno" transitorias bajo el capitalismo, no son sino variantes del *Estado burgués*, es decir, de la *dictadura de la burguesía*.

Por último, hablar de formas de gobierno es una falsificación de Marx no sólo tonta, sino muy burda, porque Marx se refiere con absoluta claridad a una u otra forma o tipo de *Estado* y no a formas de gobierno.

La revolución proletaria es imposible sin la destrucción violenta de la máquina del Estado burgués y sin reemplazarla por *una nueva* que, según las palabras de Engels, "no es ya un Estado en el sentido estricto de la palabra".

Kautsky, sin embargo, debido a su posición de renegado, tiene que *encontrar* y *disfrazar* todo esto.

2 Lenin cita la carta de F. Engels a A. Bebel del 18-28 de marzo de 1875, que analiza en *El Estado y la revolución* [NHR].

Véase a qué miserables subterfugios recurre.

Primer subterfugio: "Que Marx no pensaba en este caso en una forma de gobierno queda demostrado por el hecho de que consideraba posible en Gran Bretaña y Norteamérica el tránsito en forma pacífica, es decir, en forma democrática...".

La forma de gobierno no tiene nada que ver con esto, porque hay monarquías que no son típicas del *Estado* burgués, que se distinguen, por ejemplo, por no tener una camarilla militar, y hay repúblicas muy típicas en este sentido, por ejemplo, con una camarilla militar y con burocracia. Este es un hecho político e histórico universalmente conocido y Kautsky no puede falsificarlo.

Si Kautsky hubiera querido razonar en forma seria y honesta se habría preguntado: ¿existen leyes históricas referentes a la revolución que no tengan excepciones? La respuesta habría sido: no, no existen tales leyes. Tales leyes sólo se aplican a lo típico, a lo que Marx denominó una vez el "ideal", entendiendo por ello el capitalismo medio, normal, típico.

Prosigamos. ¿Había algo, en la década del 70, que hiciera de Gran Bretaña o de Norteamérica una excepción *con respecto a lo que estamos tratando*? Para toda persona algo familiarizada con las exigencias de la ciencia respecto de los problemas de la historia es evidente que esta pregunta debe ser planteada. No hacerlo equivale a falsificar la ciencia, a jugar a los sofismas. Y una vez planteada la pregunta no puede haber dudas en cuanto a la respuesta: la dictadura revolucionaria del proletariado es *violencia* contra la burguesía; y la necesidad de esa violencia se debe particularmente, como lo han explicado muchas veces con todo detalle Marx y Engels (en especial en *La guerra civil en Francia* y en el prólogo a dicha obra), a la existencia *del militarismo y de una burocracia*. ¡Y precisamente estas instituciones no existían en Gran Bretaña y en Norteamérica en la década del 70 del siglo XIX, cuando Marx hizo sus observaciones! (Si existen ahora, tanto en Gran Bretaña como en Norteamérica.)

¡Kautsky tiene que recurrir a trampas literalmente a cada paso para ocultar su apostasía!

Y obsérvese cómo, sin darse cuenta, muestra la punta de la oreja cuando escribe: ¡¡"En forma pacífica, es decir, en forma democrática"! ¡

Al definir la dictadura, Kautsky ha hecho todos los esfuerzos posibles para ocultar al lector el rasgo fundamental de este concepto: *la violencia* revolucionaria. Pero ahora surge la verdad: se trata de la oposición entre *revolución pacífica y revolución violenta*.

Este es el quid de la cuestión. Kautsky tiene que recurrir a todos esos subterfugios, sofismas y engañosas falsificaciones nada más que para *librarse* de la *revolución violenta* y para ocultar su negación de ella, su desertión al lado de la política obrera *liberal*, es decir, al lado de la burguesía. Este es el quid de la cuestión.

Kautsky, el "historiador", falsifica la historia con tanto descaro que "olvida" el hecho fundamental de que el capitalismo premonopolista —que alcanzó su apogeo precisamente en la década del 70 del siglo XIX—, en virtud de sus rasgos

económicos esenciales, que encontraron en Gran Bretaña y Norteamérica su expresión más típica, se distinguía por una proporción máxima de pacifismo y liberalismo. En cambio, el imperialismo, es decir, el capitalismo monopolista, que sólo llegó a su plena madurez en el siglo XX, se distingue, en virtud de sus rasgos *económicos* esenciales, por una proporción mínima de pacifismo y liberalismo, por un desarrollo máximo del militarismo en todas partes. "No advertir" esto cuando se habla de hasta qué punto una revolución pacífica o violenta es típica o probable es rebajarse al nivel del más vulgar lacayo de la burguesía.

Segundo subterfugio: la Comuna de París era una dictadura del proletariado, pero fue elegida por *sufragio universal*, es decir, sin privar a la burguesía de sus derechos electorales, es decir, "democráticamente". Y Kautsky dice triunfalmente: "...la dictadura del proletariado era para Marx (o según Marx) una situación que necesariamente surge de la democracia pura si el proletariado constituye la mayoría" [*bei überwiegendem Proletariat*, S. 21].

Este argumento de Kautsky es tan cómico que uno se ve en un verdadero *embarras de richesses* (una vergüenza debido a la riqueza... de objeciones que pueden hacerse). En primer lugar, es cosa sabida que la flor y nata, el estado mayor, la cumbre de la burguesía había huido de París a Versalles. En Versalles se encontraba el "socialista" Louis Blanc, lo que demuestra, por otra parte, la falsedad de la afirmación de Kautsky de que en la Comuna participaron "todas las tendencias" del socialismo. ¿No es ridículo presentar como "democracia pura" con "sufragio universal" la división de los habitantes de París en dos campos beligerantes, uno de los cuales abarcaba a todo el sector militante y políticamente activo de la burguesía?

En segundo lugar, la Comuna luchó contra Versalles como gobierno obrero de Francia contra el gobierno burgués. ¿Qué tiene que ver aquí la "democracia pura" y el "sufragio universal" cuando París decidía la suerte de Francia? Cuando Marx expresó la opinión de que la Comuna había cometido un error al no apoderarse del Banco de Francia, que pertenecía a todo el país, ¿se inspiraba Marx en los principios y en la práctica de la "democracia pura"??

Se ve, en realidad, que Kautsky escribe en un país donde la Policía prohíbe a la gente reírse "en grupo", de otro modo ya lo habría matado el ridículo.

En tercer lugar, recordaré respetuosamente al señor Kautsky, que conoce al dedillo a Marx y a Engels, la siguiente apreciación de este último sobre la Comuna desde el punto de vista... de la "democracia pura":

«No han visto nunca estos señores [los antiautoritarios] una revolución? Una revolución es, sin duda, la cosa más autoritaria que existe; es un acto por el cual una parte de la población impone su voluntad a la otra parte mediante fusiles, bayonetas y cañones, medios todos ellos altamente autoritarios. Y el partido victorioso debe conservar su dominación mediante el terror que sus armas inspiran a los reaccionarios. ¿Habría durado la Comuna de París más de un día si no hubiese empleado la autoridad del pueblo armado contra la

burguesa? ¿No podemos, por el contrario, reprochar a la Comuna por haber utilizado poco esa autoridad?²⁰

¡Ahí tienen su "democracia pura"! ¡Cómo se habría reído Engels del vulgar pequeñoburgués, del "socialdemócrata" (en el sentido que se daba a estas palabras en Francia en la década del 40 y en el que se les da en toda Europa en 1914-1918) al que se le hubiera metido en la cabeza hablar de "democracia pura" en una sociedad dividida en clases!

Pero basta. Es imposible enumerar todos los absurdos a que llega Kautsky, porque cada una de sus frases es un abismo de apostasía sin fondo.

Marx y Engels analizaron del modo más detallado la Comuna de París y demostraron que su mérito reside en su intento de aplastar, de *destruir* "la máquina estatal existente". Tal importancia atribuían Marx y Engels a esta conclusión que fue la *única* enmienda que introdujeron en 1872 al programa "anticuado" (en parte) del *Manifiesto comunista*. Marx y Engels señalaron que la Comuna había abolido el Ejército y la burocracia, había abolido el *parlamentarismo*, había destruido "esa excrecencia parasitaria, el Estado", etc.; pero el sabio Kautsky, calándose su gorro de dormir, repite el cuento sobre la "democracia pura" que mil veces han contado los profesores liberales.

No es extraño que Rosa Luxemburg declarara el 4 de agosto de 1914 que la socialdemocracia alemana era *un cadáver pestilente*.

Tercer subterfugio: "Cuando hablamos de dictadura como forma de gobierno no podemos hablar de dictadura de una clase, porque una clase, como ya hemos señalado, sólo puede dominar, pero no gobernar...". Son las "organizaciones" o "partidos" los que gobiernan.

¡Eso es un embrollo, un embrollo repugnante, señor "consejero del embrollo"! La dictadura no es una "forma de gobierno", eso es un absurdo ridículo; y Marx no habla de la "forma de gobierno", sino de la forma o tipo de *Estado*. Es una cosa enteramente diferente, enteramente diferente. Es también absolutamente inexacto decir que una *clase* no puede gobernar: semejante absurdo sólo podía decirlo un "cretino parlamentario" que no ve nada más que el parlamento burgués y no advierte nada más que "partidos gobernantes". Cualquier país europeo puede ofrecer a Kautsky ejemplos de gobierno ejercido por una *clase* dominante, por ejemplo, los terratenientes en la Edad Media, a pesar de su insuficiente organización.

Resumiendo: Kautsky ha tergiversado del modo más inaudito el concepto de dictadura del proletariado y ha convertido a Marx en un vulgar liberal, es decir, él mismo ha descendido al nivel de un liberal que pronuncia frases triviales sobre la "democracia pura", embelleciendo y encubriendo el contenido de clase de la democracia *burguesa* y rehuendo, ante todo, el empleo de la *violencia*

20 F. Engels, "A propósito de la autoridad". Ver *El Estado y la revolución*, capítulo IV, apartado 2: "Polémica con los anarquistas", en este mismo tomo [NdeE].

revolucionaria por la clase oprimida. Al "interpretar" así el concepto de "dictadura revolucionaria del proletariado", excluyendo la violencia revolucionaria de la clase oprimida contra sus opresores, Kautsky bate el récord mundial de deformación liberal de Marx. El renegado Bernstein es sólo un cachorro comparado con el renegado Kautsky.

Democracia burguesa y democracia proletaria

El problema que tan descaradamente embrolla Kautsky es, en realidad, el siguiente.

Si no hemos de burlarnos del sentido común y de la historia es evidente que no podemos hablar de "democracia pura" mientras existan diferentes *clases*; sólo podemos hablar de democracia *de clase*. (Digamos, entre paréntesis, que "democracia pura" es no sólo una frase *ignorante*, que revela una falta de comprensión, tanto de la lucha de clases como de la naturaleza del Estado, sino una frase triplemente vacía, puesto que en la sociedad comunista la democracia *se extinguirá*, en un proceso de cambio y de transformación en costumbre, pero nunca será democracia "pura".)

La "democracia pura" es la frase mentirosa de un liberal que trata de engañar a los obreros. La historia conoce la democracia burguesa, que reemplaza al feudalismo, y la democracia proletaria, que reemplaza a la democracia burguesa.

Cuando Kautsky dedica decenas de páginas a "demostrar" la verdad de que la democracia burguesa es progresista en comparación con el Medioevo y que el proletariado indefectiblemente debe utilizarla en su lucha contra la burguesía, eso en realidad no es sino charlatanería liberal para engañar a los obreros. Es una perogrullada, tanto en la culta Alemania como en la inculta Rusia. Kautsky no hace sino arrojar polvo "culto" a los ojos de los obreros cuando con aire importante habla de Weitling y de los jesuitas del Paraguay y de otras muchas cosas *a fin de evitar* hablar de la esencia *burguesa* de la democracia moderna, es decir, de la democracia *capitalista*.

Kautsky toma del marxismo lo que es aceptable para los liberales, para la burguesía (la crítica de la Edad Media, el papel histórico progresista del capitalismo en general y de la democracia capitalista en particular), y descarta, calla y oculta todo lo que en el marxismo es *inaceptable* para la burguesía (la violencia revolucionaria del proletariado contra la burguesía para destruirla). Por ello, en virtud de su posición objetiva y prescindiendo de cuál pueda ser su convicción subjetiva, Kautsky demuestra inevitablemente ser un lacayo de la burguesía.

La democracia burguesa, pese a ser un gran avance histórico en comparación con el Medioevo, sigue siendo siempre —y no puede dejar de serlo bajo el capitalismo— estrecha, truncada, falsa e hipócrita, un paraíso para los ricos y una trampa y un engaño para los explotados, para los pobres. Esta verdad, que constituye la parte esencial de las enseñanzas de Marx, no la ha comprendido

el "marxista" Kautsky. En este problema —el fundamental— Kautsky ofrece "lo aceptable" para la burguesía, en lugar de una crítica científica de esas condiciones que hacen de toda democracia burguesa una democracia para los ricos.

Empecemos por recordar al muy docto señor Kautsky las proposiciones teóricas de Marx y Engels, que nuestro comentarista tan vergonzosamente "ha olvidado" (para complacer a la burguesía), y después explicaremos las cosas del modo más popular posible.

No sólo el Estado antiguo y feudal, sino también el "moderno Estado representativo es un instrumento de explotación del trabajo asalariado por el capital" (Engels en su obra sobre el Estado⁴). "Como, por lo tanto, el Estado es una institución meramente transitoria, que se utiliza en la lucha, en la revolución, para someter por la violencia a los adversarios, es un absurdo hablar de un Estado popular libre: mientras el proletariado siga necesitando del Estado, no lo necesitará en interés de la libertad, sino para dominar a sus adversarios, y apenas se haga posible hablar de libertad, el Estado como tal dejará de existir" (Engels en su carta a Bebel del 28 de marzo de 1875). "El Estado no es más que una máquina para que una clase reprima a otra, y en la república democrática no menos que en la monarquía" (Engels, prólogo a *La guerra civil en Francia*, de Marx). El sufragio universal es "el índice de la madurez de la clase obrera. *No es ni será jamás otra cosa en el Estado actual*" (Engels en su obra sobre el Estado⁵). El señor Kautsky rumia en forma extraordinariamente aburrida la primera parte de esta tesis, aceptable para la burguesía. ¡Pero la segunda parte, que hemos subrayado y que no es aceptable para la burguesía, el renegado Kautsky la pasa por alto! "La Comuna debía ser, no un cuerpo parlamentario, sino un organismo activo, ejecutivo y legislativo al mismo tiempo [...]. En lugar de decidir una vez cada tres o seis años qué miembros de la clase dominante iban a representar y reprimir [*versand zerkerten*] al pueblo en el parlamento, el sufragio universal debía servir al pueblo, organizado en comunas, como el sufragio individual sirve a cualquier patrón para buscar obreros, capataces y contadores para su empresa" (Marx en su obra sobre la Comuna de París, *La guerra civil en Francia*).

Cada una de estas tesis, que conoce perfectamente el muy docto señor Kautsky, es para él una bofetada y descubre toda su apostasía. En ninguna parte de su folleto revela Kautsky la menor comprensión de estas verdades. ¡Todo su folleto es una burla del marxismo!

Tómense las leyes fundamentales de los Estados contemporáneos, tómense sus Gobiernos, tómense la libertad de reunión, la libertad de prensa o la "igualdad de los ciudadanos ante la ley" y se verá a cada paso la hipocresía de la democracia burguesa, que tan bien conoce todo obrero honesto y con conciencia de clase. No existe un solo Estado, por democrático que sea, cuya Constitución

4 F. Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* [NdtE].

5 Ídem [NdtE].

no ofrezca alguna escapatoria o reserva que garantice a la burguesía la posibilidad de enviar tropas contra los obreros, de declarar la ley marcial, etc., "en caso de alteración del orden público"; en realidad, en caso de que la clase explotada "altere" su situación de esclavitud o intente no conducirse como esclava. Kautsky embellece descaradamente la democracia burguesa y omite mencionar, por ejemplo, cómo trata a los obreros en huelga la burguesía más democrática y republicana de Norteamérica o Suiza.

¡Oh, el sabio y docto Kautsky calla estas cosas! Este docto político no comprende que no decir nada sobre este asunto es una villanía. Prefiere relatar a los obreros cuentos infantiles por el estilo de que democracia significa "defensa de la minoría". ¡Increíble, pero es un hecho! En el año 1918 de la era cristiana, en el quinto año de la matanza imperialista mundial cuando toda las "democracias" reprimen a las minorías internacionalistas (es decir, aquellos que no han traicionado vilmente al socialismo como los Renaudel y los Longuet, los Scheidemann y los Kautsky, los Henderson y los Webb, etc.), el docto señor Kautsky dulce, muy dulcemente le canta loas a la "defensa de la minoría". Quien lo desee puede leerlo en la página 15 del folleto de Kautsky. Y en la página 16 este docto... individuo habla ide los Whigs y de los Tories del siglo XVIII en Inglaterra!

¡Qué maravillosa erudición! ¡Qué refinado servilismo a la burguesía! ¡Qué civilizada manera de reptar ante los capitalistas y lamerles las botas! Si yo fuera Krupp, Scheidemann, Clemenceau o Renaudel, le pagaría al señor Kautsky millones, lo recompensaría con besos de Judas, lo elogiaría ante los obreros, recomendaría "la unidad socialista" con gente tan "respetable" como él. Escribir folletos contra la dictadura del proletariado, hablar de los Whigs y los Tories del siglo XVIII en Inglaterra, afirmar que democracia significa "defensa de la minoría" y no decir nada sobre los pogromos contra los internacionalistas en la "democrática" república de Norteamérica, ¿no es esto prestar servicios de lacayo a la burguesía?

El docto señor Kautsky "ha olvidado" -probablemente por accidente- una "pequeñez": que el partido gobernante en una democracia burguesa sólo cede la defensa de la minoría a otro partido *burgués*, mientras que el proletariado en todo problema *serio, profundo y fundamental* obtiene ley marcial o masacres organizadas en lugar de la "defensa de la minoría". *Cuanto más desarrollada es una democracia más cerca está, en caso de cualquier divergencia política profunda y peligrosa para la burguesía, de las masacres y la guerra civil.* El docto señor Kautsky podía haber estudiado esta "ley" de la democracia burguesa con relación al caso Dreyfus en la Francia republicana, al linchamiento de negros e internacionalistas en la democrática república de Norteamérica, al caso de Irlanda y de Ulster por parte de la democrática Gran Bretaña, a la persecución de los bolcheviques y a la organización de masacres contra ellos en abril de 1917 en la democrática república de Rusia. Intencionadamente he escogido ejemplos no sólo del período de guerra, sino también del prebélico, de los tiempos de paz. Pero el meloso señor Kautsky prefiere cerrar los ojos ante estos hechos del siglo XX y, en cambio,

contar a los obreros cosas admirablemente nuevas, extraordinariamente interesantes, excepcionalmente instructivas e increíblemente importantes sobre los *Whigs* y los *Tories* del siglo XVIII.

Tómese el parlamento burgués. ¿Es posible que el docto Kautsky no haya oído decir nunca que los parlamentos burgueses están *tanto más* sometidos a la bolsa y a los banqueros *cuanto más* desarrollada está la democracia? Esto no significa que no se deba utilizar el parlamento burgués (y los bolcheviques lo han utilizado probablemente mejor que ningún otro partido del mundo, porque en 1912-1914 conquistamos toda la curia obrera en la cuarta Duma). Pero sí significa que sólo un liberal puede olvidar, como lo hace Kautsky, *las limitaciones históricas y el carácter convencional* del sistema parlamentario burgués. Incluso en el Estado burgués más democrático el pueblo oprimido tropieza a cada paso con la flagrante contradicción entre la igualdad *formal*, proclamada por la "democracia" de los capitalistas, y los miles de limitaciones y subterfugios *reales* que hacen a los proletarios *en todos* *asalarados*. Es esta contradicción precisamente lo que está abriendo los ojos del pueblo a la podredumbre, falsedad e hipocresía del capitalismo. ¿Es esta contradicción la que los agitadores y los propagandistas del socialismo denuncian constantemente ante el pueblo *a fin de prepararlo* para la revolución! Y ahora que ha *comenzado* una era de revoluciones Kautsky le vuelve la espalda y se dedica a ensalzar los encantos de la *agónica* democracia burguesa.

La democracia proletaria, una de cuyas formas es el poder soviético, ha producido un desarrollo y una expansión de la democracia sin precedentes en el mundo para la inmensa mayoría de la población, para los explotados y los trabajadores. Escribir todo un folleto sobre la democracia, como lo ha hecho Kautsky, en el cual se dedican dos páginas a la dictadura y decenas a la "democracia pura", y *no advertir* esto significa deformar por completo las cosas al estilo liberal.

Tómese la política exterior. En ningún Estado burgués, ni aun en el más democrático, se practica abiertamente. En todas partes se engaña al pueblo, y en la democrática Francia, en Suiza, Norteamérica e Inglaterra se hace de un modo cien veces más amplio y refinado que en otros países. El poder soviético arrancó de un modo revolucionario el velo de misterio de la política exterior. Kautsky no lo ha advertido. Nada dice de ello, aunque en la época de guerras de rapiña y de tratados secretos para "repartirse esferas de influencia" (es decir, para el reparto del mundo entre los bandidos capitalistas) este hecho tiene una importancia *cardinal* porque de él depende la cuestión de la paz, la vida y la muerte de millones de decenas de millones de personas.

Tómese la estructura del Estado. Kautsky se aferra a todo tipo de "minucias", hasta al hecho de que las elecciones son "indirectas" (en la Constitución soviética⁶), pero no ve el fondo del problema. No percibe la esencia *de clase* del aparato estatal, de la máquina del Estado. En la democracia burguesa, valiéndose de

6 Los obreros, campesinos e intelectuales votaban de manera directa para los sóviets locales, los cuales a la vez elegían sus representantes para el Congreso Nacional de los Sóviets [NdE].

mil ardides —tanto más ingeniosos y eficaces cuanto más desarrollada está la democracia “pura”—, los capitalistas *apartan* al pueblo de las tareas de gobierno, de la libertad de reunión y de prensa, etc. El poder soviético ha sido el *primero* del mundo (mejor dicho, el segundo, porque la Comuna de París empezó a hacer lo mismo) en *afectar* al pueblo, en especial a los *explotados*, para las tareas de gobierno. Mil obstáculos *impiden* a los trabajadores participar en el parlamento burgués (que *nunca resuelve* las cuestiones más importantes bajo la democracia burguesa; las resuelven la Bolsa y los bancos) y los obreros saben y sienten, ven y comprenden perfectamente que el parlamento burgués es una institución *extraña* a ellos, *un instrumento de opresión* de los proletarios por la burguesía, una institución de una clase hostil, de una minoría explotadora.

Los sóviets son la organización directa de los propios trabajadores y explotados que los *ayuda*, en todas las formas posibles, a organizar y gobernar su propio Estado. La vanguardia de los trabajadores y de los explotados, el proletariado urbano, tiene en este sentido la ventaja de estar más unido gracias a las grandes empresas; a este le es más fácil que a todos los otros elegir y controlar a los elegidos. La forma soviética de organización *ayuda* automáticamente a unir a todos los trabajadores y explotados en torno de su vanguardia, el proletariado. El viejo aparato burgués, la burocracia, los privilegios de la fortuna, de la instrucción burguesa, de las relaciones sociales, etc. (privilegios reales que son tanto más variados cuanto más desarrollada está la democracia burguesa), todo esto desaparece bajo la forma soviética de organización. La libertad de prensa deja de ser una hipocresía, porque se le quitan a la burguesía las imprentas y las existencias de papel. Lo mismo sucede con los mejores edificios, los palacios, las casas solariegas y las mansiones de los terratenientes. El poder soviético quitó a los explotadores, de un solo golpe, miles y miles de los mejores edificios e hizo de este modo *un millón de veces* más “democrático” para el pueblo el derecho de reunión, derecho sin el cual la democracia es un engaño. Las elecciones indirectas de los sóviets no locales facilitaron la realización de congresos de sóviets, hicieron que *todo* el aparato fuera menos costoso, más ágil, más accesible a los obreros y campesinos en momentos en que la vida hierve y es necesario poder proceder con gran celeridad para revocar a un diputado local o enviarlo a un congreso general de sóviets.

La democracia proletaria es *un millón de veces* más democrática que cualquier democracia burguesa. El poder soviético es un millón de veces más democrático que la más democrática de las repúblicas burguesas.

Para no advertirlo es preciso ser un servidor consciente de la burguesía o un hombre políticamente muerto, al que las páginas polvorientas de los libros burgueses le impiden ver la vida tal como es, estar totalmente impregnado de prejuicios democraticoburgueses y, por consiguiente, convertirse objetivamente en lacayo de la burguesía.

Para no advertirlo es preciso ser incapaz de *exponer el problema* desde el punto de vista de las clases *oprimidas*:

¿Existe un solo país en el mundo, incluso entre los países burgueses más democráticos, donde *el común* de los obreros de base, el común de los *peones agrícolas* de base o el semiproletario del campo en general (es decir, los representantes de las masas oprimidas, de la inmensa mayoría de la población) goce de algo parecido a la *libertad* de celebrar reuniones en los mejores edificios; a la *libertad* de disponer, para expresar sus ideas y defender sus intereses, de las imprentas más grandes y de las mayores existencias de papel; a la *libertad* de promover a personas de su clase al Gobierno para administrar y "poner en orden" el Estado, como sucede en la Rusia soviética?

Es ridículo pensar que el señor Kautsky pueda hallar en ningún país siquiera un obrero o un peón agrícola bien informado entre mil que pueda tener alguna duda en cuanto a la respuesta. Instintivamente, sin oír más que admisiones fragmentarias de la verdad en la prensa burguesa, los obreros de todo el mundo simpatizan con la República de los Sóviets precisamente porque la consideran una democracia *proletaria*, una *democracia para los pobres*, y no una democracia para los ricos, como en realidad es toda democracia burguesa, incluso la mejor.

Estamos gobernados (y nuestro Estado es "ordenado") por burócratas burgueses, por parlamentarios burgueses y jueces burgueses. Esta es la verdad sencilla, evidente, indiscutible, que conocen por propia experiencia, que sienten y verifican todos los días decenas y centenares de millones de personas de las clases oprimidas de todos los países burgueses, incluyendo a los más democráticos.

En Rusia, sin embargo, el aparato burocrático ha sido completamente destruido, no ha quedado piedra sobre piedra; fueron despedidos todos los viejos jueces, el parlamento burgués fue disuelto y se dio a los obreros y campesinos una representación *mucho más accesible*: sus sóviets reemplazaron a los burócratas, o sus sóviets han puesto bajo control a los burócratas; sus sóviets están facultados para elegir a los jueces. Este solo hecho basta para que todas las clases oprimidas reconozcan que el poder soviético, es decir, la forma actual de la dictadura del proletariado, es un millón de veces más democrático que la más democrática de las repúblicas burguesas.

Kautsky no comprende esta verdad, tan clara y evidente para todo obrero, porque "ha olvidado", "ha perdido la costumbre" de preguntar: ¿democracia *para* qué *clase*? Razona desde el punto de vista de la democracia "pura" (es decir, ¿sin clases o por encima de las clases?). Razona como Shylock: mi "libra de carne" y nada más. Igualdad de todos los ciudadanos; de lo contrario no hay democracia.

Debemos preguntar al docto Kautsky, al "marxista" y "socialista" Kautsky: ¿Puede haber igualdad entre el explotado y los explotadores?

Es monstruoso, es increíble que tengamos que hacer esta pregunta al analizar un libro escrito por el dirigente ideológico de la Segunda Internacional. Pero, cuando se empieza, hay que acabar. He empezado a escribir sobre Kautsky y debo explicar a este erudito por qué no puede haber igualdad entre el explotador y el explotado.

¿Puede haber igualdad entre el explotado y el explotador?

Kautsky razona como sigue:

(1) Los explotadores han constituido siempre una pequeña minoría de la población (página 14 del folleto de Kautsky).

Esta es una verdad indiscutible. ¿Cómo se debe razonar partiendo de ella? Se puede razonar como marxista, como socialista. En ese caso hay que partir de la relación entre el explotado y los explotadores. Se puede razonar como liberal, como demócrata burgués. Y en tal caso hay que partir de la relación entre la mayoría y la minoría.

Si razonamos como marxistas debemos decir: los explotadores inevitablemente transforman el Estado (y hablamos de democracia, es decir, de una de las formas del Estado) en instrumento de dominio de su clase, de la clase de los explotadores, sobre los explotados. Por lo tanto, mientras existan explotadores que ejerzan su dominio sobre la mayoría, los explotados, el Estado democrático será inevitablemente una democracia para los explotadores. El Estado de los explotados debe distinguirse por completo de semejante Estado; debe ser una democracia para los explotados y un medio para *oprimir a los explotadores*; y la represión de una clase significa desigualdad para esa clase, su exclusión de la "democracia".

Si razonamos como liberales debemos decir: la mayoría decide y la minoría se somete. Quienes no se someten son castigados. Y nada más. No es necesario hablar del carácter de clase del Estado en general ni de la "democracia pura" en particular, porque no viene al caso, porque la mayoría es la mayoría y la minoría, la minoría. Una libra de carne es una libra de carne y nada más.

Y Kautsky razona precisamente así:

(2) ¿Por qué el dominio del proletariado debe adquirir y adquirirá necesariamente una forma que sea incompatible con la democracia? (p. 21)

Explica luego, en forma muy detallada y prolija, echando mano de una cita de Marx y de cifras electorales de la Comuna de París, que el proletariado constituye la mayoría. Conclusión: "Un régimen tan fuertemente arraigado en el pueblo no tiene motivo alguno para atentar contra la democracia. No siempre podrá prescindir de la violencia cuando se haga uso de ésta contra la democracia. La violencia sólo se puede combatir con la violencia. Pero un régimen que sabe que tiene respaldo popular empleará la violencia sólo para *defender* la democracia y no para *destruirla*. Cometería un verdadero suicidio si quisiera suprimir su base más segura, el sufragio universal, esa profunda fuente de poderosa autoridad moral" (p. 22).

Como puede verse, la relación entre el explotado y los explotadores ha desaparecido en la argumentación de Kautsky. No queda más que la mayoría

en general, la minoría en general, la democracia en general, la "democracia pura" que ya conocemos.

¡Y todo esto, téngase en cuenta, se dice *a propósito de la Comuna de París*! Para aclarar más las cosas, veamos lo que decían Marx y Engels de la dictadura *a propósito de la Comuna*:

Marx: "...Cuando los obreros reemplazan la dictadura de la burguesía por su dictadura revolucionaria [...], para vencer la resistencia de la burguesía [...] los obreros confieren al Estado una forma revolucionaria y transitoria...".

Engels: "...El partido victorioso [en una revolución] debe conservar su dominio mediante el terror que sus armas inspiran a los reaccionarios. ¿Habría durado la Comuna de París más de un día si no hubiese empleado la autoridad del pueblo armado contra la burguesía? ¿No podemos, por el contrario, reprochar a la Comuna por haber utilizado poco esa autoridad?".

Engels: "Como, por lo tanto, el Estado es una institución meramente transitoria, que se utiliza en la lucha, en la revolución, para someter por la violencia a los adversarios, es un absurdo hablar de un Estado popular libre: mientras el proletariado siga necesitando del Estado, no lo necesitará en interés de la libertad, sino para dominar a sus adversarios, y apenas se haga posible hablar de libertad, el Estado, como tal, dejará de existir...".

Kautsky está tan lejos de Marx y Engels como el cielo de la tierra, como un liberal de un revolucionario proletario. La democracia pura y la simple "democracia" de las que habla Kautsky no son más que una paráfrasis del "Estado popular libre", es decir, un *puro absurdo*. Con el tono erudito del más erudito necio de gabinete, o con el candor de un escolar de diez años, Kautsky pregunta: ¿qué necesidad hay de una dictadura cuando tenemos una mayoría? Y Marx y Engels explican:

- Para aplastar la resistencia de la burguesía.
- Para inspirar temor a los reaccionarios.
- Para mantener la autoridad del pueblo armado contra la burguesía.
- Para que el proletariado pueda someter por la fuerza a sus adversarios.

Kautsky no comprende estas explicaciones. Enamorado de la "pureza" de la democracia, sin ver su carácter burgués, insiste con "bella lógica" en que la mayoría, puesto que es la mayoría, no tiene necesidad de "aplantar la resistencia" de la minoría, de "someterla por la fuerza"; basta con reprimir los *abusos* de violación de la democracia. Enamorado de la "pureza" de la democracia, Kautsky comete, *sin advertirlo*, el mismo pequeño error en que siempre incurren todos los demócratas burgueses, o sea: toma la igualdad formal (lo que no es más que mentira e hipocresía bajo el capitalismo) por igualdad real! ¡Una bagatela!

El explotador y el explotado no pueden ser iguales.

Esta verdad, por desagradable que le resulte a Kautsky, constituye la esencia del socialismo.

Otra verdad: no puede haber igualdad real, verdadera, mientras no haya desaparecido toda posibilidad de explotación de una clase por otra.

Se puede derrotar de un solo golpe a los explotadores en el caso de una insurrección victoriosa en el centro o una sublevación en el Ejército. Pero, excepto en casos muy raros y excepcionales, no se puede destruir de un solo golpe a los explotadores. Es imposible expropiar de un solo golpe a todos los terratenientes y capitalistas en cualquier país grande. Además, la expropiación por sí sola, como acto jurídico o político, de ningún modo resuelve el problema, porque es necesario deponer en forma efectiva a los terratenientes y capitalistas, *reemplazar* en forma efectiva su administración de las fábricas y haciendas por una administración diferente, una administración obrera. No puede haber igualdad entre los explotadores, que durante muchas generaciones han estado en mejores condiciones por su instrucción, su riqueza y sus costumbres, y los explotados, la mayoría de los cuales, incluso en las repúblicas burguesas más avanzadas y democráticas, son atrasados, ignorantes, están oprimidos, atomizados y desunidos. Durante mucho tiempo después de la revolución, los explotadores, inevitablemente, siguen conservando en la práctica una cantidad de grandes ventajas: siguen teniendo dinero (pues no es posible abolir el dinero de golpe), algunos bienes muebles, a menudo bastante considerables; siguen teniendo vinculaciones, hábitos de organización y administración, conocimiento de todos los "secretos" (costumbres, métodos, medios y posibilidades) de la administración; una instrucción superior; vínculos estrechos con el personal técnico superior (que vive y piensa como la burguesía); una experiencia incomparablemente superior en el arte militar (esto es muy importante), etc., etcétera.

Si los explotadores son derrotados sólo en un país —y este es, por supuesto, el caso típico, pues una revolución simultánea en varios países es una rara excepción— *seguirán* siendo *más fuertes* que los explotados, porque los vínculos internacionales de los explotadores son poderosos. Además, hasta ahora *todas* las revoluciones, incluyendo la Comuna, han probado que una parte de los explotados entre los campesinos medios menos avanzados, los artesanos y otros sectores del pueblo pueden seguir y siguen a los explotadores (entre las tropas de Versalles había también proletarios, cosa que "ha olvidado" el muy docto Kautsky).

Por lo tanto, suponer que en una revolución algo seria y profunda el problema pueda depender simplemente de la relación entre la mayoría y la minoría es el colmo de la estupidez, el más tonto prejuicio de un vulgar liberal, es *engañar a las masas* ocultándoles una verdad histórica evidente. Esta verdad histórica es la siguiente: en toda revolución profunda la *regla es* que los explotadores, que durante una cantidad de años tuvieron importantes ventajas prácticas sobre los explotados, opongan una resistencia *larga, obstinada y desesperada*. Nunca —excepto en la fantasía sentimental dulzona de Kautsky— se someterán los explotadores a la voluntad de la mayoría explotada sin tratar de hacer uso de sus ventajas en una última y desesperada batalla o en una serie de batallas.

La transición del capitalismo al comunismo es toda una época histórica. Mientras esa época histórica no termina, los explotadores inevitablemente mantienen la esperanza de restauración, y esa *esperanza* se transforma en *intentos* de

restauración. Después de su primera derrota seria, los explotadores derrocados, que no esperaban su derrocamiento, que nunca lo creyeron posible, que nunca pensaron en ello, se lanzan con decuplicada energía, con pasión furiosa y un odio cien veces mayor a la batalla por la recuperación del "paraíso" del que fueron privados, en defensa de sus familias que llevaban una vida tan dulce y a las que ahora la "vulgar gentuza" condena a la ruina y la miseria (o al "vulgar" trabajo...). Y tras los capitalistas explotadores se encuentran los vastos sectores de la pequeñoburguesía, respecto de la cual décadas de experiencia histórica en todos los países atestiguan que titubea y vacila, que hoy sigue al proletariado y mañana se asusta ante las dificultades de la revolución, que es presa de pánico ante la primera derrota o semiderrota de los obreros, se pone nerviosa, deambula sin rumbo, lloriquea y corre de un campo a otro... lo mismo que nuestros mencheviques y eseristas.

¡Y en estas circunstancias, en una época de guerra desesperadamente aguda, cuando la historia plantea en primer plano el problema del ser o no ser de privilegios seculares y milenarios, en una época semejante hablar de mayoría y minoría, de democracia pura, de que la dictadura no es necesaria y de igualdad entre explotadores y explotados! ¡Qué ilimitada estupidez y qué filisteísmo insondable se necesitan para ello!

Sin embargo, durante décadas de capitalismo relativamente "pacífico", de 1871 a 1914, los partidos socialistas que se adaptaban al oportunismo se convirtieron en establos de Augías de filisteísmo, imbecilidad y apostasía...

* * *

El lector habrá observado sin duda que Kautsky, en el pasaje de su libro antes citado, habla de un atentado contra el sufragio universal (al que califica —dicho sea entre paréntesis— de profunda fuente de poderosa autoridad moral, mientras que Engels, a propósito de la misma Comuna de París y del mismo problema de la dictadura, hablaba de la autoridad del pueblo armado contra la burguesía; diferencia muy característica entre el criterio de un filisteo y el de un revolucionario acerca de la "autoridad"...).

Debe advertirse que el problema de privar a los explotadores del derecho electoral es un problema *puramente ruso* y no un problema de la dictadura del proletariado en general. Si Kautsky, desechando la hipocresía, hubiera titulado su folleto *Contra los bolcheviques*, el título estaría de acuerdo con el contenido del folleto y se justificaría que Kautsky hablara directamente del derecho electoral. Pero Kautsky ha querido presentarse ante todo como un "teórico". Ha titulado su folleto *La dictadura del proletariado, en general*. De los sóviets y de Rusia habla específicamente sólo en la segunda parte del folleto, a partir del sexto párrafo. En cambio, en la primera parte (de donde tomé la cita) trata de la democracia y de la dictadura en general. Al hablar del derecho electoral, Kautsky se delata a sí mismo como polemista contrario a los bolcheviques a quien no le interesa un ápice

la teoría. Porque la teoría, es decir, el análisis de los fundamentos de clase generales (y no específicamente nacionales) de la democracia y de la dictadura, no debe abordar un problema específico, como es el del derecho electoral, sino el problema general de si puede *preservarse* la democracia *para los ricos, para los explotadores*, en el período histórico del derrocamiento de estos y del remplazo de su Estado por el de los explotados.

Así y sólo así puede un teórico plantear el problema.

Conocemos el ejemplo de la Comuna, conocemos todo lo que han dicho sobre ella y a propósito de ella los fundadores del marxismo. Basándome en estos materiales analicé, por ejemplo, el problema de la democracia y de la dictadura en mi folleto *El Estado y la revolución*, escrito antes de la Revolución de Octubre. *No dije una sola palabra* sobre la restricción del derecho electoral. Y hay que decir ahora que el de la restricción del derecho electoral es un problema específicamente nacional y no un problema general de la dictadura. El problema de la restricción del derecho electoral debe enfocarse con un estudio de las *condiciones específicas* de la revolución rusa y de su *camino específico* de desarrollo. Esto lo haré en la exposición posterior. Sería un error, sin embargo, asegurar por anticipado que las inminentes revoluciones proletarias en Europa estarán todas o la mayoría de ellas acompañadas necesariamente por la restricción del derecho electoral para la burguesía. Puede ser así. Después de la guerra y de la experiencia de la revolución rusa probablemente sea así, pero no es *absolutamente necesario* para el ejercicio de la dictadura, no es una característica *necesaria* del concepto lógico de dictadura, no está incluido en la dictadura como una condición *necesaria* de su realidad histórica y de clase.

La característica indispensable, la condición necesaria de la dictadura es la represión *violenta* de los explotadores como *clase* y, por consiguiente, la *violación* de la "democracia pura", es decir, de la igualdad y de la libertad *con respecto a esa clase*.

Así y sólo así puede plantearse teóricamente el problema. Y al no plantear así el problema Kautsky ha demostrado que enfrenta a los bolcheviques, no como teórico, sino como un sicofante de los oportunistas y de la burguesía.

En qué países y en qué condiciones nacionales específicas de capitalismo se restringirá (total o parcialmente), se violará la democracia para los explotadores es un problema que concierne a las peculiaridades nacionales de uno u otro capitalismo, de una u otra revolución. El problema teórico es distinto: ¿es posible la dictadura del proletariado *sin violación de la democracia* con respecto a la clase de los *explotadores*?

Es precisamente este problema, el *único* teóricamente importante y esencial, el que Kautsky ha eludido. Citó toda clase de pasajes de Marx y de Engels, *sólo aquellos* que se refieren a este problema y que he citado más arriba.

Kautsky habla de todo lo que se quiera, de todo lo que es aceptable para los liberales y los demócratas burgueses y que no rebasa su círculo de ideas, pero no habla de lo principal, es decir, de que el proletariado no puede alcanzar la victoria *sin quebrantar la resistencia* de la burguesía, *sin reprimir violentamente a sus*

adversarios, y de que donde hay "represión violenta", donde no hay "libertad", por supuesto no hay democracia.

Esto Kautsky no lo ha comprendido.

Analicemos ahora la experiencia de la revolución rusa y la divergencia entre los sóviets de diputados y la Asamblea Constituyente, que condujo a la disolución de la última y a privar del derecho electoral a la burguesía.

Defender que los sóviets no se conviertan en organizaciones del Estado

Los sóviets son la forma rusa de la dictadura del proletariado. Si el teórico marxista que escribe un trabajo sobre la dictadura del proletariado hubiera estudiado realmente este fenómeno (y no hubiera meramente repetido las lamentaciones pequeñoburguesas contra la dictadura, como hace Kautsky cantando las melodías mencheviques), habría comenzado por dar una definición general de dictadura y examinado después su forma particular, nacional, los sóviets; habría hecho una crítica de ellos como una de las formas de la dictadura del proletariado.

Se sobreentiende que nada serio podía esperarse de Kautsky después de su "interpretación" liberal de las enseñanzas de Marx sobre la dictadura. Pero es muy curiosa la forma en que enfoca el problema de qué son los sóviets y cómo lo trata.

Los sóviets, dice, recordando su aparición en 1905, crearon "la forma más universal [*universalste*] de organización proletaria, pues abarcaban a todos los trabajadores asalariados" (p. 31). En 1905 no eran más que cuerpos locales; en 1917 se convirtieron en una organización de toda Rusia.

La forma de organización soviética —prosigue Kautsky— tiene ya tras de sí una historia grande y gloriosa, y, por delante, un futuro aún más grande y no sólo en Rusia. Parece ser que en todas partes los antiguos métodos de la lucha económica y política del proletariado resultan inadecuados (*versagen*: esta expresión alemana es algo más fuerte que "inadecuados" y algo más débil que "impotentes") contra las gigantescas fuerzas económicas y políticas de que dispone el capital financiero. No pueden descartarse esos antiguos métodos; siguen siendo indispensables para tiempos normales, pero de cuando en cuando surgen tareas a las que no pueden hacer frente, tareas que sólo podrán resolverse exitosamente mediante una combinación de todos los instrumentos de fuerza políticos y económicos de la clase obrera (p. 32).

Sigue una disquisición sobre la huelga de masas y sobre "la burocracia sindical", no menos necesaria que los sindicatos, de la que dice que "no sirve para

dirigir las gigantescas batallas de masas que cada vez más se convierten en un signo de los tiempos...".

Por lo tanto —concluye Kautsky—, la forma soviética de organización es uno de los fenómenos más importantes de nuestra época. Promete adquirir significación decisiva en los grandes e inminentes combates decisivos entre el capital y el trabajo. Pero ¿tenemos derecho a exigir más de los sóviets? Los bolcheviques, después de la revolución de noviembre [según el nuevo calendario; es decir, de octubre según nuestro calendario] de 1917, se aseguraron, en conjunto con los socialistas revolucionarios de izquierda, la mayoría en los sóviets de diputados obreros de Rusia, y después de la disolución de la Asamblea Constituyente emprendieron la tarea de convertir a los sóviets, de una *organización de lucha de una clase, como habían sido hasta entonces, a una organización estatal*. Liquidaron la democracia que el pueblo ruso había conquistado en la revolución de marzo [según el nuevo calendario; de febrero según nuestro calendario]. De acuerdo con esto, los bolcheviques dejaron de llamarse *socialdemócratas*. Se llaman *comunistas* [p. 33; la cursiva es de Kautsky].

Quien conozca la literatura de los mencheviques rusos verá enseguida con qué servilismo Kautsky copia a Martov, Axelrod, Stein y compañía. "Servilismo", sí, porque Kautsky tergiversa los hechos en forma grotesca para halagar los prejuicios mencheviques. Kautsky no se ha tomado la molestia, por ejemplo, de preguntar a sus informantes (Stein de Berlín o Axelrod de Estocolmo) *cómo* se plantearon por primera vez los problemas del cambio de nombre de bolcheviques por el de comunistas y de la significación de los sóviets como organizaciones estatales. Si hubiese hecho esta simple pregunta, Kautsky no habría escrito esas líneas ridículas, porque ambos problemas fueron planteados por los bolcheviques *en abril de 1917*, por ejemplo en mis "tesis" del 4 de abril de 1917, es decir, *mucho antes* de la Revolución de Octubre de 1917 (y, por supuesto, mucho antes de la disolución de la Asamblea Constituyente del 5 de enero de 1918).

Pero el razonamiento de Kautsky, que he reproducido íntegramente, constituye la *clave* de todo el problema de los sóviets. La clave es: *¿deben aspirar los sóviets a convertirse en organizaciones estatales* (los bolcheviques lanzaron en abril de 1917 la consigna: "Todo el poder a los sóviets" y en la Conferencia del Partido Bolchevique celebrada en el mismo mes declararon que no les satisfacía una república parlamentaria burguesa, sino que reivindicaban una república de obreros y campesinos del tipo de la Comuna o del tipo de los sóviets), *o bien* los sóviets no deben tender a ello, deben abstenerse de tomar el poder, abstenerse de convertirse en organizaciones estatales, y seguir siendo las "organizaciones de combate" de una "clase" (como decía Martov, embelleciendo con estos piadosos deseos el hecho de que bajo la dirección menchevique los sóviets no eran más que un *instrumento para la subordinación de los obreros a la burguesía*)?

Kautsky repite servilmente las palabras de Martov, *escoge fragmentos* de la controversia teórica entre los bolcheviques y los mencheviques y sin crítica ni

sentido los trasplanta al ámbito teórico general, al ámbito europeo. El resultado es una mezcla tal que puede provocar la risa homérica de todo obrero ruso con conciencia de clase que lea los razonamientos de Kautsky citados.

Con la misma risa acogerán a Kautsky todos los obreros europeos (a excepción de un puñado de empedernidos socialimperialistas) cuando les expliquemos de qué se trata.

Kautsky ha prestado un flaco servicio a Martov al llevar su error a un absurdo evidente. En efecto, veamos a qué se reduce el argumento de Kautsky.

Los sóviets abarcan a todos los trabajadores asalariados. Los antiguos métodos de lucha económica y política del proletariado son inadecuados contra el capital financiero. Los sóviets están llamados a desempeñar un gran papel en el futuro y no sólo en Rusia. Desempeñarán un papel decisivo en los grandes combates decisivos entre el capital y el trabajo en Europa. Esto es lo que dice Kautsky.

Muy bien. Pero ¿"los combates decisivos entre el capital y el trabajo" no han de decidir cuál de esas dos clases asumirá el poder?

Nada de eso. Que Dios nos guarde.

Los sóviets, que abarcan a todos los trabajadores asalariados, no deben convertirse en organizaciones estatales *en los combates "decisivos"*.

Pero ¿qué es el Estado?

El Estado no es más que una máquina para que una clase oprima a otra.

Por lo tanto, la clase oprimida, la vanguardia de todos los trabajadores y de todos los explotados de la sociedad actual, debe lanzarse a "los combates decisivos entre el capital y el trabajo", ipero *no debe tocar* la máquina mediante la cual el capital oprime al trabajo! *¡No debe destruir esa máquina! ¡No debe nilicar su organización universal para reprimir a los explotadores!*

¡Magnífico, señor Kautsky, admirable! "Nosotros" reconocemos la lucha de clases del mismo modo que la reconocen todos los liberales, es decir, sin el derrocamiento de la burguesía...

Aquí es donde se hace evidente la ruptura total de Kautsky tanto con el marxismo como con el socialismo. En realidad, es desertar al campo de la burguesía, que está dispuesta a admitirlo todo menos la transformación de las organizaciones de la clase que ella oprime en organizaciones estatales. Kautsky no puede ya salvar su posición de tratar de conciliar todo y de eludir todas las contradicciones profundas con simples frases.

Kautsky renuncia enteramente a la toma del poder estatal por la clase obrera o admite que la clase obrera se apropie de la vieja máquina estatal burguesa. Pero de ningún modo admite que deba romperla, destruirla y reemplazarla por una máquina nueva, proletaria. De cualquier modo que se "interpreten" o se "expliquen" los argumentos de Kautsky, su ruptura con el marxismo y su desertión al campo de la burguesía son evidentes.

Ya en el *Manifiesto comunista*, al describir qué tipo de Estado necesita la clase obrera triunfante, decía Marx: "El Estado, es decir, el proletariado organizado

como clase dominante". ¡Y ahora un hombre que pretende seguir siendo marxista declara que el proletariado totalmente organizado y que libra "una lucha decisiva" contra el capital *no debe* transformar su organización de clase en una organización estatal! Esa "fe supersticiosa en el Estado" que, según escribía Engels en 1891 hablando de Alemania, "se ha trasplantado a la conciencia general de la burguesía e incluso a la de muchos obreros" es lo que aquí pone de manifiesto Kautsky. Luchen, obreros, nuestro filisteo está "de acuerdo" con esto (como "están de acuerdo" todos los burgueses, porque de cualquier modo los obreros luchan y lo único que se puede hacer es idear medios para mellar el filo de su espada). ¡Luchen, pero *no se atrevan a vencer!* ¡No destruyan la máquina estatal de la burguesía, no reemplacen la "organización estatal" burguesa por la "organización estatal" proletaria!

Quien hubiera compartido sinceramente el criterio marxista de que el Estado no es más que una máquina para que una clase oprima a otra y hubiera reflexionado un poco sobre esta verdad no podría haber llegado nunca a la absurda conclusión de que las organizaciones proletarias capaces de vencer al capital financiero no deben transformarse en organizaciones estatales. Eso es lo que delata al pequeñoburgués, para quien el Estado es, "después de todo", algo al margen de las clases o por encima de estas. En efecto, ¿por qué le está permitido al proletariado, "*una sola clase*", librar una guerra decisiva contra *el* capital, que ejerce su dominio, no sólo sobre el proletariado, sino sobre todo el pueblo, toda la pequeñoburguesía, todos los campesinos; y, sin embargo, a ese proletariado, a esa "*sola clase*", no le está permitido transformar su organización en una organización estatal? Porque el pequeñoburgués *tiene miedo* de la lucha de clases y no la lleva hasta el final, *hasta lo esencial*.

Kautsky se ha metido en un terrible embrollo y se ha mostrado de cuerpo entero. Obsérvese: él mismo reconoce que Europa se encamina hacia combates decisivos entre el capital y el trabajo y que los antiguos métodos de la lucha política y económica del proletariado son inadecuados. Pero estos métodos consistían precisamente en la utilización de la democracia *burguesa*. Por lo tanto, ¿de ello se sigue...?

Kautsky teme pensar qué se sigue.

... De ello se sigue, por lo tanto, que sólo un reaccionario, un enemigo de la clase obrera, un lacayo de la burguesía puede ahora volver la cara hacia el pasado obsoleto, pintar los encantos de la democracia burguesa y charlar sobre la democracia pura. La democracia burguesa *era* progresista en comparación con la Edad Media y había que utilizarla. Pero ahora es *insuficiente* para la clase obrera. Ahora hay que mirar hacia adelante y no hacia atrás; para reemplazar la democracia burguesa por la democracia *proletaria*. Y si fue posible (y necesario) realizar *en el marco* del Estado democrático-burgués el trabajo preparatorio de la revolución proletaria, la formación y la educación del ejército proletario, ahora que hemos llegado a la etapa de los "combates decisivos" encerrar al proletariado dentro de ese marco significa traicionar la causa del proletariado, significa ser un renegado.

Kautsky se ha puesto particularmente en ridículo al repetir el argumento de Martov *¡un ver* que en el caso de este último ese argumento se basaba en otro argumento que él, Kautsky, no emplea! Martov dice (y Kautsky lo repite) que Rusia no está todavía madura para el socialismo, de lo cual se deduce, naturalmente, que es aún demasiado temprano para convertir los sóviets de [ser, NdE] organismos de lucha a [ser, NdE] organizaciones estatales (léase: lo oportuno es transformar los sóviets, con ayuda de los dirigentes mencheviques, en organismos de *subordinación* de los obreros a la burguesía imperialista). Kautsky, sin embargo, *no puede* decir abiertamente que Europa no está madura para el socialismo. En 1909, cuando aún no era un renegado, escribió que no había que tener miedo a una revolución *prematura*, que sería un traidor quien renunciara a la revolución por miedo a la derrota. Kautsky no se atreve a renegar de esto *abiertamente*. Y resulta así un absurdo que revela completamente la estupidez y la cobardía del pequeñoburgués: por una parte, Europa está madura para el socialismo y se encamina hacia combates decisivos entre el trabajo y el capital; pero, por otra parte, la *organización de combate* (es decir, la organización que surge, crece y se fortalece en la lucha), la organización del proletariado, la vanguardia, organizadora y guía de los oprimidos, *no debe* convertirse en organización estatal!

Desde el punto de vista de la política práctica, la idea de que los sóviets son necesarios como organizaciones de combate, pero que no deben convertirse en organizaciones estatales es infinitamente más absurda que desde el punto de vista teórico. Incluso en tiempos de paz, cuando no existe una situación revolucionaria, la lucha de masas de los obreros contra los capitalistas —por ejemplo, la huelga de masas— origina en ambas partes un enorme encono, una profunda ira en el combate, y la burguesía insiste constantemente en que sigue siendo “dueña de casa” y que piensa seguir siéndolo, etc. Y en tiempos de revolución, cuando la vida política alcanza el punto de ebullición, una organización como los sóviets, que abarca a *todos* los obreros de *todas* las ramas de la industria, a *todos* los soldados y a todos los sectores trabajadores y más pobres de la población rural; tal organización, espontáneamente, con el desarrollo de la lucha, por la simple “lógica” del ataque y la defensa, llega necesariamente a poner el problema *sobre el tapete*. Intentar tomar una posición intermedia, “conciliar” al proletariado con la burguesía, es una necedad condenada a un miserable fracaso: eso fue lo que sucedió en Rusia con las prédicas de Martov y otros mencheviques; y ello sucederá inevitablemente en Alemania y en otros países si los sóviets logran desarrollarse con bastante amplitud, si consiguen unirse y fortalecerse. Decir a los sóviets: luchen, pero no tomen todo el poder en sus manos, no se transformen en organizaciones estatales equivale a predicar la colaboración de clases y la “paz social” entre el proletariado y la burguesía. Es ridículo pensar siquiera

que, en medio de una lucha encarnizada, semejante posición pueda conducir a nada que no sea un vergonzoso fracaso. Pero el eterno destino de Kautsky es nadar entre dos aguas. Simula no estar de acuerdo en nada con los oportunistas en teoría, pero en la práctica está de acuerdo con ellos en todo lo esencial (o sea, en todo lo que concierne a la revolución).

La Asamblea Constituyente y la república soviética

El problema de la Asamblea Constituyente y de su disolución por los bolcheviques es el nudo de todo el folleto de Kautsky. Vuelve constantemente a él. Toda la producción literaria del líder ideológico de la II Internacional está repleta de insinuaciones de que los bolcheviques "han destruido la democracia" (véase más arriba una de las citas de Kautsky). El problema tiene realmente interés e importancia porque la relación entre democracia burguesa y democracia proletaria se enfrentó aquí a la revolución en forma práctica. Veamos cómo analiza este problema nuestro "teórico marxista".

Cita las *Tesis sobre la Asamblea Constituyente* escritas por mí y publicadas en *Pravda* del 26 de diciembre de 1917. Parecería que no podía esperarse mejor prueba de un enfoque serio del tema por parte de Kautsky, ya que cita los documentos. Pero obsérvese cómo cita. No dice que las tesis son diecinueve, no dice que se refieren tanto a la relación entre la república burguesa común con una Asamblea Constituyente y una república de sóviets como a la historia de la divergencia entre la Asamblea Constituyente y la dictadura del proletariado en nuestra revolución. Kautsky ignora todo esto y dice simplemente al lector que entre estas tesis "dos son de particular importancia", una que afirma que los eseristas se dividieron después de las elecciones a la Asamblea Constituyente, pero antes de que esta se reuniera (Kautsky no dice que esa es la quinta tesis); y la otra, que la república de sóviets es en general una forma democrática superior que la Asamblea Constituyente (Kautsky no dice que esa es la tercera tesis).

Y sólo de esa tercera tesis Kautsky cita un fragmento completo, el pasaje siguiente:

La república de sóviets no es sólo el tipo más elevado de institución democrática (comparada con la usual república burguesa coronada por una Asamblea Constituyente), sino la única forma capaz de asegurar el tránsito menos doloroso al socialismo. (Kautsky omite la palabra "usual" y las palabras de

7 Entre paréntesis, Kautsky, procurando evidentemente ser irónico, cita varias veces la expresión "tránsito menos doloroso". Pero, como emplea medios ineficaces, algunas páginas más adelante incurre en una ligera falsificación y la cita falsamente como tránsito "sin dolor"! Claro que con semejante sistema es fácil atribuir al adversario cualquier absurdo. La falsificación le permite, además, eludir la esencia del razonamiento, o sea, que el tránsito menos doloroso al socialismo sólo es posible cuando todos los poderes sin excepción están organizados (sóviets) y cuando el núcleo central del poder estatal (el proletariado) los ayuda a organizarse.

- introducción de la tesis: "Para el tránsito del sistema burgués al socialista, para la dictadura del proletariado".)

Después de citar estas palabras, Kautsky exclama con magnífica ironía: Es de lamentar que se haya llegado a esta conclusión sólo cuando los bolcheviques se encontraron en minoría en la Asamblea Constituyente. Antes de ello, nadie la había reclamado con mayor empeño que Lenin.

¡Esto es textualmente lo que Kautsky dice en la página 31 de su libro! ¡Una verdadera perla! ¡Sólo un sicofante de la burguesía podía presentar las cosas con tanta falsedad como para dar al lector la impresión de que todo lo dicho por los bolcheviques sobre un tipo superior de Estado eran invenciones que salieron a la luz *después* de encontrarse en minoría en la Asamblea Constituyente!! Una mentira tan infame sólo podía decirla un canalla vendido a la burguesía o, lo que es absolutamente igual, que ha depositado su confianza en P. Axelrod y oculta su fuente de información.

Porque todos saben que el mismo día de mi llegada a Rusia, el 4 de abril de 1917, leí públicamente mis tesis en las que proclamaba la superioridad de un Estado del tipo de la Comuna sobre la república parlamentaria burguesa. Después volví a afirmarlo *repetidamente* en letra de molde, por ejemplo, en un folleto sobre los partidos políticos que se tradujo al inglés y fue publicado en Norteamérica en enero de 1918, en el periódico *Evening Post* de Nueva York. Es más, la conferencia del partido de los bolcheviques, realizada a fines de abril de 1917, aprobó una resolución en la que se afirma que una república proletaria y campesina es superior a una república parlamentaria burguesa, que nuestro partido no se conformaría con esta última y que el programa del Partido debía modificarse en este sentido.

¿Cómo calificar, ante estos hechos, la treta de Kautsky, consistente en asegurar a sus lectores alemanes que yo reclamé con el mayor empeño la convocatoria a la Asamblea Constituyente y que sólo después de quedar los bolcheviques en minoría en ella empecé a "rebajar" el honor y la dignidad de la Asamblea Constituyente? ¿Cómo puede justificarse esa treta? ¿Alegando que Kautsky no estaba al corriente de los hechos? En tal caso, ¿por qué se puso a escribir sobre ellos? ¿Por qué no declaró honestamente: yo, Kautsky, escribo apoyándome en datos de los mencheviques Stein, P. Axelrod y compañía? Al pretender ser objetivo, Kautsky quiere disimular su papel de sirviente de los mencheviques que están ofendidos por haber sido derrotados.

Esto, sin embargo, no es nada comparado con lo que viene después. Admitamos que Kautsky no quiso o no pudo (??) obtener de sus informantes una traducción de las resoluciones y declaraciones bolcheviques sobre el problema de si estos se conformarían o no con una república democrática par-

8 A propósito: ¡hay muchas mentiras mencheviques de este tipo en el folleto de Kautsky! Es un pasquin escrito por un menchevique enfurecido.

mentaria burguesa. Admitámoslo, aunque es inverosímil. Pero Kautsky *menciona directamente* mis tesis del 26 de diciembre de 1917 en la página 30 de su libro.

¿Conoce el texto completo de estas tesis o sólo conoce lo que le han traducido los Stein, Axelrod y compañía? Kautsky cita la *tercera* tesis sobre la cuestión fundamental de si antes de las elecciones a la Asamblea Constituyente los bolcheviques comprendían que una república de sóviets es superior a una república burguesa y si lo decían al pueblo. Pero Kautsky no habla de la segunda tesis.

Esta segunda tesis dice:

Al reclamar la convocatoria a una Asamblea Constituyente, la socialdemocracia revolucionaria desde los primeros días de la revolución de 1917 *subrayó más de una vez que la república de sóviets es una forma de democracia superior a la usual república burguesa con su Asamblea Constituyente* (la cursiva es mía).

Con el objeto de presentar a los bolcheviques como gente sin principios, como "oportunistas revolucionarios" (esta es una expresión que Kautsky emplea en alguna parte de su libro, no recuerdo en relación con qué), iel señor Kautsky ha ocultado a sus lectores alemanes que las tesis hacen mención directa de declaraciones anteriores hechas "más de una vez".

Tales son los pobres, míseros y despreciables métodos que emplea el señor Kautsky. Así es cómo elude el problema teórico.

¿Es verdad o no que la república parlamentaria democraticoburguesa es inferior a la república del tipo de la Comuna o del tipo de los sóviets? Este es el quid de la cuestión y Kautsky lo elude. Kautsky "ha olvidado" todo lo dicho por Marx en su análisis de la Comuna de París. "Ha olvidado" también la carta de Engels a Bebel del 28 de marzo de 1875, en la cual formula esta misma idea de Marx en forma particularmente clara y comprensible: "La Comuna no era ya un Estado en el sentido estricto de la palabra".

Y ahí tienen ustedes al teórico más eminente de la II Internacional, que en un folleto especial sobre *La dictadura del proletariado*, al tratar en particular de Rusia, donde se ha planteado muchas veces y de modo directo el problema de una forma de Estado superior a una república democraticoburguesa, no menciona para nada este problema. ¿En qué se diferencia esto, en la práctica, de una deserción al campo de la burguesía?

(Observemos, entre paréntesis, que también en esto Kautsky va a remolque de los mencheviques rusos. Entre estos últimos hay cualquier cantidad de personas que se saben "todas las citas" de Marx y Engels; sin embargo, ni un solo menchevique, de abril a octubre de 1917 y de octubre de 1917 a octubre de 1918, ha hecho el menor intento de analizar el problema de un Estado del tipo de la Comuna. También Plejanov ha eludido el problema. Evidentemente, debía hacerlo.)

No hace falta decir que discutir el problema de la disolución de la Asamblea Constituyente con personas que se llaman a sí mismas socialistas y marxistas, pero que, en realidad, en el problema esencial, el problema de un Estado del

tipo de la Comuna, se pasan a la burguesía sería echar margaritas a los cerdos. Bastará con publicar como suplemento del presente folleto el texto completo de mis tesis sobre la Asamblea Constituyente. Verá entonces el lector que el problema fue planteado el 26 de diciembre de 1917 a la luz de la teoría, la historia y la política práctica.

Aunque Kautsky, como teórico, ha renegado por completo del marxismo, al menos podría haber analizado el problema de la lucha de los sóviets contra la Asamblea Constituyente como historiador. Sabemos por muchos de sus trabajos que Kautsky *sabía ser* un historiador marxista y que *esos* trabajos suyos seguirán siendo patrimonio permanente del proletariado a pesar de su posterior apostasía. Pero en este problema Kautsky, incluso como historiador, *viene la española* a la verdad, ignora hechos *bien notorios*, se comporta como un sicofante. *Quiere* presentar a los bolcheviques como gente sin principios y dice a sus lectores que trataron de *atenuar* el conflicto con la Asamblea Constituyente antes de disolverla. No hay absolutamente nada malo en ello, de nada tenemos que desdecirnos. Publico las tesis por entero, y en ellas se dice con toda claridad: señores de la pequeñoburguesía vacilante, atrincherados en la Asamblea Constituyente: o se reconcilian con la dictadura del proletariado o los derrotaremos "por vía revolucionaria" (tesis 18 y 19).

Así es cómo se ha comportado siempre y siempre se comportará un proletariado verdaderamente revolucionario con respecto a la pequeñoburguesía vacilante.

Kautsky adopta en el problema de la Asamblea Constituyente un punto de vista formal. Mis tesis dicen clara y repetidamente que los intereses de la revolución tienen primacía sobre los derechos formales de la Asamblea Constituyente (véanse las tesis 16 y 17). El punto de vista democrático formal es precisamente el punto de vista del demócrata *burgués*, que se niega a admitir la supremacía de los intereses del proletariado y de la lucha proletaria de clase. Kautsky, como historiador, no habría podido negar que los parlamentos burgueses son órganos de una u otra clase. Pero ahora (con el sórdido fin de renegar de la revolución) Kautsky encuentra necesario olvidar el marxismo, *se abstiene de preguntarse: ¿de qué clase era órgano la Asamblea Constituyente en Rusia?* Kautsky no analiza la situación concreta, no quiere encarar los hechos, no les dice a sus lectores alemanes una sola palabra de que las tesis contienen no sólo una explicación teórica sobre el carácter limitado de la democracia burguesa (tesis 1 a 3), no sólo una descripción de la situación concreta que determinó la discrepancia entre las listas de los partidos presentadas a mediados de octubre de 1917 y el verdadero estado de cosas en diciembre de 1917 (tesis 4 a 6), sino también *la historia de la lucha de clases y de la guerra civil* de octubre a diciembre de 1917 (tesis 7 a 15). De esta historia concreta sacamos la conclusión (tesis 14) de que la consigna "Todo el poder a la Asamblea Constituyente" se había convertido en *los hechos* en la consigna de los kadetes, de los kaledinistas y de sus acólitos.

Kautsky, el historiador, no alcanza a ver esto. Kautsky, el historiador, jamás ha oído decir que el sufragio universal origina a veces parlamentos pequeñoburgueses y a veces parlamentos reaccionarios y contrarrevolucionarios. Kautsky, el historiador marxista, jamás ha oído decir que una cosa es la forma de las elecciones, la forma de la democracia y otra el contenido de clase de la institución dada. Este problema del contenido de clase de la Asamblea Constituyente está claramente planteado y respondido en mis tesis. Quizá mi respuesta sea equivocada. Nada nos habría agradado tanto como una crítica marxista de nuestro análisis por alguien de afuera. En lugar de escribir frases necias (de las que el libro de Kautsky está lleno) acerca de que hay quien impide criticar al bolchevismo, Kautsky debería haber emprendido esa crítica. Pero el asunto es que no brinda ninguna crítica. *Ni siquiera plantea el problema* de un análisis de clase de los sóviets, por una parte, y de la Asamblea Constituyente, por la otra. *Es imposible*, por lo tanto, discutir con Kautsky. Todo lo que podemos hacer es *demonstrar* a los lectores por qué a Kautsky no se le puede dar otro nombre que el de renegado.

La divergencia entre los sóviets y la Asamblea Constituyente tiene su historia, que no podía ignorar un historiador, aun cuando no compartiera el punto de vista de la lucha de clases. Kautsky no ha querido *tocar* siquiera esta historia real. Kautsky ha ocultado a sus lectores alemanes el hecho universalmente conocido (que ahora sólo ocultan los mencheviques empedernidos) de que la divergencia entre los sóviets y las instituciones "generales del Estado" (o sea, burguesas) existía ya bajo la dominación de los mencheviques, es decir, desde fines de febrero hasta octubre de 1917. En realidad, Kautsky adopta una actitud de conciliación, de compromiso y colaboración entre el proletariado y la burguesía; por mucho que Kautsky lo niegue, es un hecho confirmado por todo su folleto. Decir que la Asamblea Constituyente no debía haber sido disuelta equivale a decir que la lucha contra la burguesía no debía haber sido llevada hasta el fin, que la burguesía no debió ser derrocada y que el proletariado debía haber hecho las paces con ella.

¿Por qué Kautsky no menciona el hecho de que los mencheviques estuvieron empeñados en esa poca honrosa tarea desde febrero hasta octubre de 1917 sin conseguir nada? Si era posible conciliar a la burguesía con el proletariado, ¿por qué no lo consiguieron los mencheviques? ¿Por qué la burguesía se mantuvo apartada de los sóviets? ¿Por qué llamaban los *mencheviques* "democracia revolucionaria" a los sóviets y "elementos propietarios" a la burguesía?

Kautsky ha ocultado a sus lectores alemanes que fueron los mencheviques quienes, en la "época" de su dominación (de febrero a octubre de 1917), llamaban a los sóviets democracia revolucionaria, reconociendo *con ello* su superioridad sobre las restantes instituciones. Sólo ocultando este hecho Kautsky, el historiador, presenta las cosas como si la divergencia entre los sóviets y la burguesía no tuviese historia, como si hubiese surgido de la noche a la mañana, sin motivos, de repente, a causa del mal comportamiento de los bolcheviques. Sin embargo, en realidad fue *la experiencia de más de medio año* (período enorme

en tiempos de revolución) de conciliación menchevique, de sus tentativas de conciliar al proletariado con la burguesía lo que convenció al pueblo de la inutilidad de estas tentativas y apartó al proletariado de los mencheviques.

Kautsky reconoce que los sóviets son una magnífica organización de combate del proletariado y que tienen un gran porvenir. Pero, siendo así, toda la posición de Kautsky se desmorona como un castillo de naipes o como los sueños de un pequeñoburgués de que se puede evitar la encarnizada lucha entre el proletariado y la burguesía. Porque la revolución es una lucha continua y además terrible, y el proletariado es la clase de vanguardia de todos los oprimidos, el foco y el centro de todas las aspiraciones de todos los oprimidos a su emancipación. Por lo tanto, como es natural, los sóviets, como órganos de lucha de los oprimidos, reflejaban y expresaban el estado de ánimo y los cambios de opinión de esas masas en forma incomparablemente más rápida, más completa y fiel que ninguna otra institución (esta es, por cierto, una de las razones de por qué la democracia soviética es el tipo superior de democracia).

Entre el 28 de febrero y el 25 de octubre (antiguo calendario) de 1917 los sóviets consiguieron convocar dos congresos de toda Rusia con representantes de la inmensa mayoría de la población de Rusia, de todos los obreros y soldados y del 70 al 80% de los campesinos, sin contar el gran número de congresos locales, de distrito, urbanos, provinciales y regionales. Durante este período la burguesía no logró reunir una sola institución que representara a la mayoría (excepto esa farsa, esa burla llamada "Conferencia democrática", que enfureció al proletariado). La Asamblea Constituyente reflejó el mismo estado de ánimo y el mismo agrupamiento político que el Primer Congreso de los Sóviets de toda Rusia realizado en junio. Cuando se convocó a la Asamblea Constituyente (enero de 1918) se habían celebrado el Segundo Congreso de los Sóviets (octubre de 1917) y el tercero (enero de 1918), los cuales demostraron con toda claridad que las masas se habían volcado hacia la izquierda, que se habían revolucionado, que se habían alejado de los mencheviques y escristas y se habían pasado del lado de los bolcheviques, es decir, que repudiaban la dirección pequeñoburguesa, la ilusión de que era posible un acuerdo con la burguesía, y se incorporaban a la lucha revolucionaria proletaria por el derrocamiento de la burguesía.

Vemos, entonces, que incluso la historia externa de los sóviets demuestra que la Asamblea Constituyente era reaccionaria y que su disolución era inevitable. Pero Kautsky se aferra a su "consigna": ¡que prevalezca la "democracia pura", aunque perezca la revolución y triunfe la burguesía sobre el proletariado! *Fiat justitia, pereat mundus!*⁹

He aquí resumidas las cifras relativas a los congresos de los sóviets de toda Rusia en la historia de la revolución rusa:

9 En latín: "¡Que la justicia reine, aunque el mundo perezca!" [NdlE]

Congresos de sóviets de toda Rusia	Número de delegados	Número de bolcheviques	Porcentaje de bolcheviques
Primero (3 de junio de 1917)	790	103	13%
Segundo (25 de octubre de 1917)	675	343	51%
Tercero (10 de enero de 1918)	710	434	61%
Cuarto (14 de marzo de 1918)	1.232	795	64%
Quinto (4 de julio de 1918)	1.164	773	66%

Basta una ojeada a estas cifras para comprender por qué la defensa de la Asamblea Constituyente o los discursos de quienes (como Kautsky) dicen que los bolcheviques no cuentan con el respaldo de la mayoría de la población sólo provocan risa entre nosotros.

La Constitución soviética

Como ya he señalado, el privar a la burguesía del derecho electoral no es una característica necesaria e indispensable de la dictadura del proletariado. Y en Rusia los bolcheviques, que mucho antes de Octubre lanzaron la consigna de la dictadura del proletariado, nunca hablaron de privar a los explotadores de derechos electorales. Ese aspecto de la dictadura no apareció "según el plan" de ningún partido; surgió por sí mismo del curso de la lucha. Kautsky, el historiador, claro está, no lo ha advertido. No comprende que cuando aún dominaban los mencheviques (que conciliaban con la burguesía) en los sóviets, la burguesía se apartó espontáneamente de los sóviets, los boicoteó, se ubicó en la oposición e intrigó contra ellos. Los sóviets surgieron sin ninguna Constitución y subsistieron durante más de un año (desde la primavera de 1917 hasta el verano de 1918) sin ninguna Constitución. El furor de la burguesía contra esta organización independiente y universal (puesto que alcanzaba a todos) de los oprimidos, la lucha, la más inescrupulosa, egoísta y sórdida, que emprendió la burguesía contra los sóviets y, por último, la participación abierta de esta (desde los kadetes hasta los escritas de derecha, desde Miliukov hasta Kerensky) en el motín de Kornílov; todo ello *preparó el terreno* para que la burguesía fuera formalmente excluida de los sóviets.

Kautsky ha oído hablar del motín de Kornílov, pero siente un desprecio olímpico por los hechos históricos y por el curso y las formas de la lucha que determinan *las formas* de la dictadura: en efecto, ¿cómo preocuparse por los hechos cuando se trata de la democracia "pura"? Es por ello que la "crítica" de

Kautsky a la privación de derechos electorales a la burguesía se distingue por una... cándida ingenuidad, que sería enternecedora en un niño, pero que es repulsiva en una persona que no ha sido aún declarada oficialmente débil mental.

"... Si los capitalistas, con el sufragio universal, hubieran quedado reducidos a una insignificante minoría se habrían conformado más fácilmente con su suerte" (p. 3)... Encantador, ¿no es verdad? El inteligente Kautsky ha visto muchas veces en la historia y, en general, por su experiencia personal conoce perfectamente bien a terratenientes y capitalistas que tienen en cuenta la voluntad de la mayoría de los oprimidos. El inteligente Kautsky defiende firmemente la "oposición", es decir, la lucha parlamentaria. Así lo dice textualmente: "Oposición" (página 34 y otras muchas).

¡Oh, docto historiador y político! No le hará mal saber que "oposición" es un concepto propio de la lucha pacífica y exclusivamente parlamentaria, es decir, un concepto que corresponde a una situación no revolucionaria, a la ausencia de revolución. Durante la revolución tenemos que vérmola con un enemigo implacable en la guerra civil; y ninguna jeremiada reaccionaria de pequeñoburgués que teme a esa guerra, como la teme Kautsky, podrá modificar este hecho. Analizar los problemas de una guerra civil implacable desde el punto de vista de la "oposición" en momentos en que la burguesía se dispone a cometer todos los crímenes —el ejemplo de los versalleses y de sus tratativas con Bismarck algo dice a toda persona que no trate la historia como el Petrushka de Gogol¹⁰—, en momentos en que la burguesía llama en su auxilio a Estados extranjeros e intriga con ellos contra la revolución es simplemente ridículo. Lo mismo que Kautsky, "consejero del embrollo", el proletariado revolucionario debería calarse el gorro de dormir y considerar a la burguesía, que organiza las rebeliones contrarrevolucionarias de Dutov, Krasnov y los checos¹¹ y que paga millones a los sabotadores, como una "oposición" legal. ¡Qué profundidad de pensamiento!

Lo único que a Kautsky le interesa es el aspecto formal y jurídico del problema, y al leer sus disquisiciones sobre la Constitución soviética involuntariamente uno recuerda las palabras de Bebel: los juristas son reaccionarios hasta la médula. "En realidad —dice Kautsky—, no se puede privar de derechos sólo a los capitalistas. ¿Qué es un capitalista en el sentido jurídico? ¿Un propietario? Incluso en un país como Alemania, que tanto ha avanzado por el camino del progreso económico, donde es tan numeroso el proletariado, la instauración de una república soviética privaría de derechos políticos a grandes masas. En 1907, en el Imperio alemán, el número de personas (incluidas sus familias) incorporadas al trabajo

10 En referencia a un personaje de *Almas muertas*: Petrushka, un criado, lee libros "cuyo contenido no le importaba en lo más mínimo. Le daba exactamente lo mismo que costara las aventuras de un héroe enamorado, que fuera un simple abecedario o un libro de oraciones. [...] Le gustaba, no lo que leía, sino el hecho de leer" [NdE].

11 Lenin hace referencia a la sublevación de la legión checoslovaca producida el 27-30 de mayo de 1918, cuando los destacamentos checos varados en Rusia se negaron a desarmarse e iniciaron una serie de ocupaciones militares en el sur de la Rusia europea en espera del auxilio de tropas anglo-francesas [NdE].

productivo en los tres grandes grupos de ocupaciones —agricultura, industria y comercio— ascendía aproximadamente a treinta y cinco millones en el grupo de empleados y trabajadores asalariados y a diecisiete millones en el grupo de los independientes. Por lo tanto, un partido puede muy bien ser mayoría entre los trabajadores asalariados, pero minoría en el conjunto de la población" (p. 33).

Este es un ejemplo del modo de razonar de Kautsky. ¿No es el lamento contra-revolucionario de un burgués? ¿Por qué incluye usted, señor Kautsky, a todos los "independientes" en la categoría de personas privadas de derechos cuando sabe muy bien que la inmensa mayoría de los campesinos rusos no emplean trabajo asalariado y, por lo tanto, no pierden sus derechos? ¿No es esto una falsificación?

¿Por qué, docto economista, no cita usted datos que conoce perfectamente y que figuran en esa misma estadística alemana de 1907 referente al trabajo asalariado en la agricultura por grupos de explotadores? ¿Por qué no cita usted esos datos que permitirían ver a los obreros alemanes, a los lectores de su folleto, *cuántos* explotadores hay y qué pocos son en comparación con el número total de "propietarios rurales" según la estadística alemana?

No lo hace porque su apostasía ha hecho de usted un simple sicofante de la burguesía.

Capitalista, arguye Kautsky, es un concepto jurídico impreciso, y dedica varias páginas a fulminar la "arbitrariedad" de la Constitución soviética. El "serio erudito" no pone ninguna objeción al hecho de que la burguesía inglesa haya empleado varios siglos en elaborar y perfeccionar una Constitución burguesa nueva (nueva para la Edad Media), pero, como buen representante de la ciencia servil, a nosotros, los obreros y campesinos de Rusia, no nos concede plazo alguno. A nosotros nos exige una Constitución elaborada hasta el más pequeño detalle en unos pocos meses...

¡"Arbitrariedad"! Piénsese qué abismo de vil sometimiento a la burguesía y de estúpida pedantería está contenido en *semejante* reproche. Los juristas de los países capitalistas, burgueses hasta la médula y en su mayor parte reaccionarios, han dedicado siglos o décadas a redactar las más minuciosas normas, a escribir decenas y centenares de volúmenes de leyes e interpretaciones de leyes para *oprimir* a los obreros, para atar de pies y manos al *pobre*, para poner miles de trabas y obstáculos al trabajador común; ¡oh, pero los liberales burgueses y el señor Kautsky no ven en ello ninguna "arbitrariedad"! ¡Eso es "ley" y "orden"! Todas las formas en que se ha de "estrujar" al pobre han sido meditadas y anotadas. Hay miles de abogados burgueses y burócratas (de los que Kautsky no habla en absoluto, sin duda porque Marx concedía enorme importancia a la *destrucción* de la máquina burocrática...), abogados y burócratas que saben cómo interpretar las leyes de manera tal que el obrero y el campesino medio no puedan atravesar jamás el alambre de púas de las complicaciones de esas leyes. Eso no es "arbitrariedad" por parte de la burguesía, no es dictadura de explotadores sórdidos y egoístas que chupan la sangre del pueblo; nada de eso. Es "democracia pura" que cada día se hace más pura.

¡Pero ahora, cuando las clases trabajadoras y explotadas, aisladas por la guerra imperialista de sus hermanos del extranjero, crean por primera vez en la historia *los* sóviets, incorporan a la actividad política a *esas* masas que la burguesía oprimía, aplastaba y embrutecía, cuando comienzan a construir *ellos* mismos un Estado nuevo, proletario; cuando, en el ardor de una lucha encarnizada, en el fuego de la guerra civil, comienzan a *elaborar* los principios fundamentales de un Estado *sin explotadores*, todos los canallas burgueses, toda la pandilla de sanguijuelas, con Kautsky haciéndoles eco, gritan contra la "arbitrariedad"! En efecto, ¿cómo es posible que esos ignorantes, esos obreros y campesinos, esa "chusma", sepa interpretar sus leyes? ¿Cómo van a adquirir sentido de justicia esos simples trabajadores sin los consejos de abogados cultos, de escritores burgueses, de los Kautsky y de los sensatos burócratas de antes?

De mi discurso del 28 de abril de 1918 el señor Kautsky cita estas palabras: "Las propias masas determinan el orden y plazo de las elecciones". Y Kautsky, el "demócrata puro", deduce de ello:

... Quiere decir, por consiguiente, que cada asamblea de electores puede establecer a discreción el orden de las elecciones. La arbitrariedad y la posibilidad de deshacerse de una oposición indeseable en las filas del mismo proletariado se multiplicarían de este modo en grado extremo (p. 37).

¿En qué se diferencia esto de los discursos de un plumífero a sueldo de los capitalistas, que vocifera porque en una huelga la masa somete a los obreros diligentes que "desean trabajar"? ¿Por qué *no es* arbitrariedad el método burocrático *burgués* de determinar el procedimiento electoral bajo la democracia burguesa "pura"? ¿Por qué el sentido de justicia *de las masas que se han levantado para luchar* contra sus explotadores seculares y que se educan y templan en esta lucha terrible ha de ser inferior al de un *puñado* de burócratas, intelectuales y abogados alimentados de prejuicios *burgueses*?

Kautsky es un verdadero socialista. Que nadie se atreva a poner en duda la sinceridad de este respetable padre de familia, de este muy honrado ciudadano. Es partidario ardiente y convencido de la victoria de los obreros, de la revolución proletaria. Sólo quiere que *primero, antes* de que las masas comiencen a actuar, *antes* de que inicien una lucha furiosa contra los explotadores, y, por cierto, *sin* guerra civil, los melifluos intelectuales pequeñoburgueses y filisteos, calado el gorro de dormir, elaboren un moderado y preciso *conjunto de normas para el desarrollo de la revolución*.

Con profunda indignación moral, nuestro Pequeño Judas Golovliov¹² dice a los obreros alemanes que el 14 de junio de 1918 el CEC de los Sóviets de toda Rusia decidió expulsar de los sóviets a los representantes del partido *es*rista de derecha y a los mencheviques.

12 Personaje de la literatura rusa que representa un avaro y cruel terrateniente [NdE].

Esa medida —escribe el Pequeño Judas Kautsky ardiendo de noble indignación— no va dirigida contra personas determinadas culpables de determinados actos punibles [...]. La Constitución de la república soviética no dice una palabra sobre la inmunidad de los diputados miembros de los sóviets. No son determinadas personas, sino determinados *partidos* los que son expulsados de los sóviets (p. 37).

Si, esto es realmente espantoso, una intolerable desviación de la democracia pura, con arreglo a cuyas normas hará la revolución nuestro revolucionario Pequeño Judas Kautsky. Nosotros, los bolcheviques rusos, debimos haber empezado por garantizar la inmunidad de los Savinkov y compañía, los Liberdan, Potresov (los "activistas") y compañía, elaborar después un código penal declarando "actos punibles" la participación en la guerra contrarrevolucionaria de los checoslovacos o en la alianza con los imperialistas alemanes en Ucrania o en Georgia *contra* los obreros de su propio país; y *sólo entonces*, sobre la base de este código penal, estaríamos facultados, según los principios de la "democracia pura", para expulsar de los sóviets a "determinadas personas". Se sobreentiende que los checoslovacos, que están subvencionados por los capitalistas anglo-franceses por intermedio (o gracias a la propaganda) de los Savinkov, Potresov y Liberdan, lo mismo que los Krasnov, que reciben pertrechos de los alemanes por intermedio de los mencheviques de Ucrania y de Tiflis, habrían permanecido inactivos hasta que nosotros tuviéramos listo nuestro adecuado código penal y, como purísimos demócratas que son, se habrían limitado a desempeñar el papel de "oposición".

Una no menos profunda indignación moral siente Kautsky ante el hecho de que la Constitución soviética no otorga derechos electorales a todos aquellos que "emplean trabajo asalariado con fines de lucro". "Un hombre que trabaja en su casa o un pequeño patrón con un solo oficial —escribe Kautsky— pueden vivir y sentir como verdaderos proletarios, pero no tienen derecho a votar" (p. 36).

¡Qué desviación de la "democracia pura"! ¡Qué injusticia! Es verdad que hasta ahora todos los marxistas pensaban, y miles de hechos lo confirmaban, que los pequeños patrones eran los más inescrupulosos y codiciosos explotadores del trabajo asalariado; pero nuestro Pequeño Judas Kautsky considera a los pequeños patrones, no como una *clase* (¿quién habrá inventado esa perniciosa teoría de la lucha de clases?), sino como individuos aislados, explotadores que "viven y sienten como verdaderos proletarios". La famosa "ahorrativa Agnes", a la que se creía muerta y enterrada hace tiempo, ha resucitado bajo la pluma de Kautsky. Esta "ahorrativa Agnes" fue inventada y puesta en boga en la literatura alemana hace algunas décadas por ese demócrata "puro", el burgués Eugen Richter. Este predijo las indecibles calamidades que resultarían de la dictadura del proletariado, de la confiscación del capital de los explotadores, y se preguntaba con candor: ¿qué es un capitalista en el sentido jurídico de la

palabra? Tomó como ejemplo a una costurera pobre y ahorrativa ("la ahorrativa Agnes") a quien los malos "dictadores del proletariado" le quitaban hasta la última moneda. Hubo un tiempo en que todos los socialdemócratas alemanes se burlaban de esta ahorrativa Agnes del demócrata puro Eugen Richter. Pero eso sucedió hace ya mucho, mucho tiempo, cuando aún vivía Bebel, que decía franca y abiertamente que en su partido había muchos nacional-liberales. Sucedió hace mucho tiempo, cuando Kautsky aún no era un renegado.

Ahora la ahorrativa Agnes ha resucitado en la persona del "pequeño patrón con un solo oficial y que vive y siente como un verdadero proletario". Los malvados bolcheviques son injustos con él, le impiden votar. Es verdad que "cada asamblea de electores" en la república soviética puede, como dice Kautsky, admitir a un pequeño patrón pobre que, por ejemplo, está vinculado con esta o la otra fábrica si, por excepción, no es un explotador, si *en realidad* "vive y siente como un verdadero proletario". Pero ¿puede uno confiar en el conocimiento de la vida, en el sentido de justicia de una asamblea de fábrica irregular de obreros corrientes que actúan (¡horror!) sin estatutos? ¿No está claro que sería mejor conceder el voto a *todos* los explotadores, a *todos* los que emplean trabajo asalariado, que correr el riesgo de que los trabajadores sean injustos con la "ahorrativa Agnes" y con el "pequeño patrón que vive y siente como un verdadero proletario"?

Dejemos que los despreciables canallas renegados, alentados por los aplausos de la burguesía y de los socialchovinistas¹³, injurien nuestra Constitución soviética por privar del derecho electoral a los explotadores. Magnífico, porque ello acelerará y ahondará la división entre los obreros revolucionarios de Europa y los Scheidemann y los Kautsky, los Renaudel y los Longuet, los Henderson y los Ramsay MacDonald, los viejos dirigentes y viejos traidores del socialismo.

Las masas de las clases oprimidas, los dirigentes proletarios revolucionarios con conciencia de clase y honestos estarán con nosotros. Bastará hacer conocer a esos proletarios y a esas masas nuestra Constitución soviética para que digan enseguida: estos son realmente nuestros hombres, este es un verdadero partido obrero, este es un verdadero gobierno obrero. Porque no engaña a los obreros con discursos sobre reformas, como *lo han hecho todos los dirigentes antes mencionados*, sino que combate en serio a los explotadores, hace en serio una revolución y lucha *realmente* por la plena emancipación de los trabajadores.

El hecho de que después de un año de "experiencia" los sóviets hayan privado a los explotadores del derecho electoral *demuestra* que los sóviets son

13 Acabo de leer un editorial de la *Frankfurter Zeitung* [Gaceta de Fráncfort, NdlE] (22 de octubre de 1918, N.º 293) en el que se hace un resumen entusiasta del folleto de Kautsky. El vocero de la bolsa está encantado. ¡Y no es extraño! Y un camarada me escribe desde Berlín que Vorwärts, el vocero de los Scheidemann, ha declarado en un artículo especial que suscribe a casi todo lo escrito por Kautsky. ¡Nuestras felicitaciones!

verdaderamente organizaciones de los oprimidos y no de los socialimperialistas ni de los socialpacifistas, que se han vendido a la burguesía. El hecho de que los sóviets hayan privado a los explotadores del derecho electoral *demuestra* que no son organismos pequeñoburgueses de conciliación con los capitalistas, no son organismos de charlatanería parlamentaria (de los Kautsky, Longuet y MacDonald), sino organismos del proletariado verdaderamente revolucionario, que sostiene una lucha a muerte contra los explotadores.

"El librito de Kautsky casi no se conoce aquí", me escribió hace poco desde Berlín (hoy es 30 de octubre) un camarada bien informado. Yo aconsejaría a nuestros embajadores en Alemania y Suiza que no escatimaran recursos para comprar en grandes cantidades este libro y *distribuirlo gratis* entre los obreros con conciencia de clase para enterrar en el fango a esa socialdemocracia "europea" —léase imperialista y reformista—, esa socialdemocracia que desde hace tiempo es un "cadáver pestilente".

Al final de su libro, en las páginas 61 y 63, el señor Kautsky deplora amargamente que "la nueva teoría [como llama al bolchevismo, temiendo abordar el análisis que Marx y Engels hicieron de la Comuna de París] encuentre partidarios incluso en viejas democracias como por ejemplo Suiza". Para Kautsky "es incomprendible que los socialdemócratas alemanes puedan haber adoptado esa teoría".

No, es perfectamente comprensible, porque después de las serias lecciones de la guerra las masas revolucionarias se asquean de los Scheidemann y los Kautsky.

"Nosotros" hemos defendido siempre la democracia, escribe Kautsky, sin embargo, se quiere que de repente renunciemos a ella!

"Nosotros", los oportunistas de la socialdemocracia, nos hemos opuesto siempre a la dictadura del proletariado, y Kolb y Cía. lo proclamaron *hace mucho tiempo*. Kautsky lo sabe y en vano espera poder ocultar a sus lectores el hecho evidente de que ha "vuelto al redil" de los Bernstein y los Kolb.

"Nosotros", los marxistas revolucionarios, nunca hemos hecho un fetiche de la democracia "pura" (burguesa). Como se sabe, en 1903 Plejanov era un marxista revolucionario (más tarde su lamentable viraje hizo de él un Scheidemann ruso). Y en ese año Plejanov declaró en el congreso de nuestro partido, en el que se adoptó el programa, que en la revolución, si era necesario, el proletariado privaría de derechos electorales a los capitalistas, *disolvería cualquier parlamento* que resultara ser contrarrevolucionario. Que este es el único punto de vista que responde al marxismo, cualquiera podrá verlo, incluso por las declaraciones de Marx y Engels antes citadas. Se deduce claramente de todos los principios fundamentales del marxismo.

"Nosotros", los marxistas revolucionarios, nunca hemos dirigido al pueblo los discursos que gustaban pronunciar los kautskistas de todos los países,

rebajándose ante la burguesía, adaptándose al parlamentarismo burgués, silenciando el carácter *burgués* de la democracia actual y reclamando sólo su ampliación, su aplicación a fondo.

"Nosotros" hemos dicho a la burguesía: ustedes, explotadores e hipócritas, hablan de democracia y al mismo tiempo levantan a cada paso millares de obstáculos para impedir que *las masas explotadas* participen en política. Les tomamos la palabra y en interés de estas masas exigimos la ampliación de su democracia burguesa, *a fin de preparar a las masas para la revolución* que los derribará a ustedes, los explotadores. Y si ustedes, los explotadores, intentan oponer resistencia a nuestra revolución proletaria los aplastaremos implacablemente, los privaremos de todos los derechos; es más, no les daremos pan, porque en nuestra república proletaria los explotadores no tendrán derechos, se verán privados del agua y del fuego, porque somos socialistas de verdad, no al estilo de los Scheidemann y los Kautsky.

Esto es lo que "nosotros", los marxistas revolucionarios, hemos dicho y diremos, y por ello las masas oprimidas nos apoyarán y estarán con nosotros, mientras que los Scheidemann y los Kautsky irán a parar al cesto de basura de los renegados.

¿Qué es el internacionalismo?

Kautsky está profundamente convencido de que es un internacionalista y así se autodenomina. A los Scheidemann los llama "socialistas gubernamentales". Al defender a los mencheviques (no se solidariza abiertamente con ellos, pero expresa sus ideas con fidelidad), Kautsky ha demostrado con toda claridad qué clase de "internacionalismo" es el suyo. Y como Kautsky no está solo, sino que es el representante de una tendencia que surgió inevitablemente en el ambiente de la Segunda Internacional (Longuet en Francia, Turati en Italia, Nobs y Grimm, Graber y Naine en Suiza; Ramsay MacDonald en Inglaterra, etc.), será útil detenerse en el "internacionalismo" de Kautsky.

Después de subrayar que los mencheviques estuvieron también en Zimmerwald (un diploma, sin duda, pero... algo deteriorado), Kautsky expone del siguiente modo las ideas de los mencheviques, con las que coincide:

Los mencheviques querían una paz general. Querían que todos los beligerantes aceptasen la fórmula: ni anexiones ni indemnizaciones. Mientras esto no se consiguiera, el Ejército ruso, según su criterio, debía mantener su capacidad de combate. En cambio, los bolcheviques exigían una paz inmediata a cualquier precio, estaban dispuestos a concertar una paz por separado en caso de necesidad; trataron de obtenerla por la fuerza, aumentando el estado de desorganización del Ejército, que era de por sí bastante grande (p. 27).

En opinión de Kautsky, los bolcheviques no debieron tomar el poder, sino contentarse con una Asamblea Constituyente.

De modo que el internacionalismo de Kautsky y de los mencheviques se reduce a lo siguiente: exigir reformas del Gobierno burgués imperialista, pero continuar apoyándolo, continuar apoyando la guerra que libra ese Gobierno hasta que todos los beligerantes hayan aceptado la fórmula: ni anexiones ni indemnizaciones. Esta idea la han expresado muchas veces Turati, los kautskistas (Haase y otros) y Longuet y Cia., quienes declararon estar *por* la "defensa de la patria".

Desde el punto de vista teórico, esto supone una total incapacidad para separarse de los socialchovinistas y una total confusión respecto del problema de la defensa de la patria. Desde el punto de vista político es suplantar el internacionalismo por el nacionalismo pequeñoburgués, desertar al campo de los reformistas y renunciar a la revolución.

Desde el punto de vista del proletariado, admitir la "defensa de la patria" significa justificar la guerra actual, admitir que es legítima. Y como la guerra sigue siendo imperialista (tanto bajo la monarquía como bajo la república), independientemente del país —el mío u otro país— en el que están situadas las tropas enemigas en el momento dado, admitir la defensa de la patria significa, *en realidad*, apoyar a la burguesía imperialista y rapaz y traicionar por completo al socialismo. En Rusia, incluso bajo Kerensky, bajo la república democraticoburguesa, la guerra siguió siendo una guerra imperialista, porque la hacía la burguesía como clase dominante (y la guerra es la "continuación de la política"); y expresión particularmente evidente del carácter imperialista de la guerra son los tratados secretos para el reparto del mundo y el saqueo de otros países concertados por el zar de entonces con los capitalistas de Gran Bretaña y de Francia.

Los mencheviques engañaban al pueblo del modo más miserable al llamar a esta guerra una guerra defensiva o revolucionaria; y al aprobar la política de los mencheviques Kautsky aprueba el engaño al pueblo, aprueba el papel de la pequeñoburguesía, consistente en ayudar al capital a embaucar a los obreros y a atarlos al carro de los imperialistas. Kautsky sigue una política típicamente pequeñoburguesa, filista, al pretender (y al tratar de hacer creer al pueblo esa idea absurda) que con *llevar una consigna* la situación se modifica. Toda la historia de la democracia burguesa refuta esa ilusión: para engañar al pueblo, los demócratas burgueses han lanzado y lanzan siempre toda clase de "consignas". La cuestión es *comprobar* su sinceridad, comparar sus palabras con sus *hechos*, no contentarse con *frases* idealistas o engañosas, sino ver la *realidad de clase*. Una guerra imperialista no deja de ser imperialista porque charlatanes y parlanchines o pequeñoburgueses filisteos lancen "consignas" sentimentales, sino sólo cuando la *clase* que dirige la guerra imperialista y está ligada a ella por millones de hilos (incluso de sogas) de carácter económico es realmente *derrocada* y reemplazada en el poder por la clase verdaderamente revolucionaria, el proletariado. *No hay otro modo de librarse de una guerra imperialista, como tampoco de una paz imperialista, explotadora.*

Al aprobar la política exterior de los mencheviques y calificarla de internacionalista y zimmerwaldista, Kautsky pone al descubierto, en primer lugar, toda la podredumbre de la mayoría oportunista de Zimmerwald (¡no es extraño que nosotros, la izquierda de Zimmerwald, nos separáramos inmediatamente de semejante mayoría!), y, en segundo lugar —y esto es lo más importante—, Kautsky pasa de la posición del proletariado a la posición de la pequeñoburguesía, de la posición revolucionaria a la reformista.

El proletariado lucha por el derrocamiento revolucionario de la burguesía imperialista; la pequeñoburguesía lucha por el “perfeccionamiento” reformista del imperialismo, por la adaptación a él, mientras *se somete* a él. Cuando Kautsky era todavía marxista, por ejemplo en 1909, cuando escribió *El camino hacia el poder*, defendía la idea de que la guerra conduciría inevitablemente a la *revolución*, hablaba de la proximidad de una *era de revoluciones*. El Manifiesto de Basilea de 1912 habla clara y definitivamente de una *revolución proletaria* en vinculación con esa misma guerra imperialista entre los grupos alemán y británico, que estalló en 1914. Pero en 1918, cuando comenzaron las revoluciones en vinculación con la guerra, Kautsky, en lugar de explicar que eran inevitables, en lugar de estudiar y meditar a fondo la *táctica revolucionaria* y las formas y medios de prepararse para la revolución, comenzó a llamar internacionalismo a la *táctica reformista* de los mencheviques. ¿No es esto apostasía?

Kautsky elogia a los mencheviques por haber insistido en que se mantuviera la capacidad de combate del Ejército; y censura a los bolcheviques por haber aumentado la “desorganización del Ejército”, que ya de por sí estaba bastante desorganizado. Esto significa elogiar el reformismo y la subordinación a la burguesía imperialista, reprobar la revolución y renunciar a ella. Porque bajo Kerensky mantener la capacidad de combate del Ejército significaba mantenerlo bajo el comando *burgués* (aunque republicano). Todos saben —y el curso de los acontecimientos lo ha confirmado con gran evidencia— que ese Ejército republicano conservaba el espíritu *kornilovista* porque sus oficiales eran kornilovistas. Los oficiales burgueses no podían ser otra cosa que kornilovistas, no podían dejar de tender hacia el imperialismo y hacia la represión violenta del proletariado. A lo que se reducía la *táctica* de los mencheviques *en la práctica* era a dejar intactas todas las bases de la guerra imperialista y todas las bases de la dictadura *burguesa*, a arreglar minucias y a remendar pequeños defectos (“reformas”).

En cambio, sin la “desorganización” del Ejército nunca ha tenido lugar ni jamás tendrá lugar ninguna gran revolución. Porque el Ejército es el instrumento más rígido en que se apoya el viejo régimen, el más firme baluarte de la disciplina burguesa, apunala la dominación del capital y conserva y fomenta entre los trabajadores el espíritu servil de sumisión y subordinación al capital. La contrarrevolución jamás toleró ni jamás podía tolerar la existencia de obreros armados junto al Ejército. En Francia —escribía Engels—, los obreros aparecían armados después de cada revolución: “Por consiguiente, desarmar a los obreros era el primer mandamiento de la burguesía, que tenía el timón del Estado”. Los

cheros armados eran germen de un nuevo Ejército, el núcleo organizado de un nuevo orden social. Aplastar ese núcleo, impedir que creciera, era el primer mandamiento de la burguesía. El primer mandamiento de toda revolución triunfante —como Marx y Engels lo subrayaron repetidas veces— era destruir el viejo Ejército, disolverlo y reemplazarlo por uno nuevo. La nueva clase social que se alza a la conquista del poder nunca ha podido ni puede ahora alcanzar el poder y consolidarlo sin disgregar por completo el antiguo Ejército ("desorganización", claman con este motivo los filísticos reaccionarios o sencillamente cobardes), sin pasar por un muy difícil y penoso período sin Ejército alguno (la Gran Revolución francesa pasó también por tan penoso período), y formando poco a poco, en medio de la dura guerra civil, un nuevo Ejército, una nueva disciplina, una nueva organización militar de la nueva clase. Antes, el historiador Kautsky lo comprendía. Ahora, el renegado Kautsky lo ha olvidado.

¿Con qué derecho llama Kautsky a los Scheidemann "socialistas gubernamentales" cuando él mismo *aprueba* la táctica de los mencheviques en la revolución rusa? Al apoyar a Kerensky e incorporarse a su Ministerio, los mencheviques también eran socialistas gubernamentales. Kautsky no podría rehuir esta conclusión si planteara el problema de cuál es la *clase dominante* que libra la guerra imperialista. Pero Kautsky evita plantear el problema de la clase dominante, un problema que es obligatorio para un marxista, porque su solo planteamiento desenmascararía al renegado.

Los kautskistas en Alemania, los longuetistas en Francia y Turati y Cia. en Italia razonan del siguiente modo: el socialismo presupone la igualdad y la libertad de las naciones, su autodeterminación; *por lo tanto*, cuando nuestro país es atacado o cuando tropas enemigas invaden nuestro territorio los socialistas tenemos el derecho y el deber de defender nuestra patria. Pero este razonamiento es, desde el punto de vista teórico, una burla completa del socialismo o un subterfugio fraudulento, en tanto que desde el punto de vista de la política práctica coincide con el razonamiento de un Jacques Bonhomme¹⁴ ignorante, que ni siquiera tiene idea del carácter social, del carácter de clase de la guerra ni de las tareas de un partido revolucionario frente a una guerra reaccionaria.

El socialismo se opone a la violencia contra las naciones. Esto es indiscutible. El socialismo se opone a la violencia contra los hombres en general. Sin embargo, salvo los anarquistas cristianos y los tolstoianos, nadie ha deducido todavía de ello que el socialismo se opone a la violencia *revolucionaria*. Por lo tanto, hablar de "violencia" en general, sin analizar las condiciones que distinguen la violencia reaccionaria de la revolucionaria, es ser un filisteo que reniega de la revolución o, si no, simplemente es engañarse a sí mismo y engañar a los demás con solismas.

Lo mismo puede decirse de la violencia contra las naciones. Toda guerra es el ejercicio de la violencia contra naciones, pero esto no impide que los

14 Personaje campesino francés del cual se deriva la palabra *jaquerie*, que describe los levantamientos campesinos del siglo XIV hasta el XVIII [NdlE].

socialistas estén *a favor* de una guerra revolucionaria. El carácter de clase de una guerra: ese es el problema fundamental que enfrenta un socialista (si no es un renegado). La guerra imperialista de 1914-1918 es una guerra entre dos grupos de la burguesía imperialista por el reparto del mundo, por el reparto del botín, y para el saqueo y estrangulamiento de las naciones pequeñas y débiles. Esa fue la apreciación de la guerra inminente hecha en el Manifiesto de Basilea en 1912 y los hechos la confirmaron. Quien se aparte de esta opinión sobre la guerra no es un socialista.

Si un alemán en tiempos de Wilhelm o un francés en tiempos de Clemenceau dice: "Como socialista, mi derecho y mi deber es defender mi patria si el enemigo la invade" razona, no como socialista, no como internacionalista, no como proletario revolucionario, sino como un *pequeñoburgués nacionalista*. Porque ese razonamiento ignora la lucha revolucionaria de clase de los obreros contra el capital, ignora la apreciación de la guerra en *su conjunto*, desde el punto de vista de la burguesía mundial y del proletariado mundial, es decir, ignora el internacionalismo y no queda sino un nacionalismo miserable y mezquino. Mi país ha sido agraviado, eso es todo lo que me importa: a ello se reduce ese razonamiento y en ello reside su estrechez de miras pequeñoburguesa y nacionalista. Es lo mismo que si, con respecto a la violencia individual contra una persona, fuera uno a razonar que como socialismo se opone a la violencia prefiero ser traidor antes que ir a la cárcel.

El francés, alemán o italiano que dice: "Como el socialismo se opone a la violencia contra las naciones y es *por esto* que yo me defiendo cuando mi país es invadido por el enemigo", *traiciona* al socialismo y al internacionalismo, porque ese hombre no ve más que su propio "país", coloca por encima de todo a "su propia" burguesía y no piensa en los vínculos internacionales que hacen de la guerra una guerra imperialista y de *su* burguesía un eslabón en la cadena del saqueo imperialista. Todos los pequeñoburgueses y todos los Jacques Bonhommes ignorantes razonan del mismo modo que los renegados kautskistas, longuetistas, Turati y Cia., o sea: el enemigo ha invadido mi país, eso es todo lo que me importa¹⁵.

El socialista, el proletario revolucionario, el internacionalista, razona de otra manera: el carácter de la guerra (ya sea reaccionaria o revolucionaria) no depende de quién haya sido el agresor ni en el país donde se encuentra el "enemigo"; depende de *qué clase* libra la guerra y de qué política es continuación esa guerra. Si se trata de una guerra reaccionaria, de una guerra imperialista, es decir, si la hacen dos grupos mundiales de la burguesía reaccionaria imperialista,

15 Los socialchovinistas (los Scheidemann, Renaudel, Henderson, Gompers y Cia.) se niegan resueltamente a hablar de la "Internacional" durante la guerra. Consideran "traidores"... al socialismo a los enemigos de "su" respectivas burguesías. *Apogan* la política de conquista de sus burguesías. Los socialpacifistas (es decir, socialistas de palabra y pacifistas pequeñoburgueses en la práctica) expresan toda clase de sentimientos "internacionalistas", protestan contra las anexiones, etc., pero en la práctica siguen apoyando a sus burguesías imperialistas. La diferencia entre esos dos tipos es insignificante; es igual que la diferencia entre dos capitalistas, uno con palabras agrias y el otro con palabras dulces en la boca.

rapaz y expoliadora, entonces toda burguesía (incluso la de un país pequeño) se hace partícipe de la rapiña y mi deber como representante del proletariado revolucionario es preparar la *revolución proletaria mundial* como la *única* salvación de los horrores de una matanza mundial. *Debo* razonar, no desde el punto de vista de "mi" país (pues esa es la manera de razonar de un tonto y despreciable pequeñoburgués nacionalista, que no comprende que sólo es un juguete en manos de la burguesía imperialista), sino desde el punto de vista de *mi participación* en la preparación, en la propaganda y en la aceleración de la revolución proletaria mundial.

Eso es internacionalismo y ese es el deber del internacionalista, del obrero revolucionario, del auténtico socialista. Ese es el *abecé* que ha "olvidado" el renegado Kautsky. Y su apostasía se hace aún más evidente cuando, después de aprobar la táctica de los nacionalistas pequeñoburgueses (mencheviques en Rusia, longuetistas en Francia, los Turati en Italia y Haase y Cla. en Alemania), pasa a criticar la táctica bolchevique.

Esta es su crítica:

La revolución bolchevique se ha basado en la suposición de que sería el punto de partida de una revolución europea general, de que la audaz iniciativa de Rusia incitaría a todos los proletarios de Europa a levantarse.

Partiendo de esta suposición, poco importaban, naturalmente, qué formas podría tomar la paz por separado de Rusia, qué penurias y pérdidas de territorio [literalmente, mutilaciones: *Verstümmelungen*] podría causar al pueblo ruso y qué interpretación podría dar a la autodeterminación de las naciones. En ese momento carecía también de importancia que Rusia fuese o no capaz de defenderse. Conforme a este criterio, la revolución europea sería la mejor defensa de la revolución rusa; debía brindar a todos los pueblos del antiguo territorio ruso una verdadera y total autodeterminación.

Una revolución en Europa, que debía instaurar y consolidar allí el socialismo, serviría también para remover los obstáculos que surgirían en Rusia, debido al atraso económico del país, para la implantación del sistema socialista de producción.

Todo esto era muy lógico y muy justo siempre que se admitiera la suposición principal, es decir, que la revolución rusa desencadenaría infaliblemente una revolución europea. Pero ¿y si eso no sucedía?

Hasta el momento, esa suposición no se ha confirmado. Y ahora se acusa a los proletarios de Europa de haber abandonado y traicionado a la revolución rusa. Es una acusación dirigida contra desconocidos porque ¿a quién puede hacerse responsable de la conducta del proletariado europeo? (p. 28)

Y Kautsky continúa explicando largamente que Marx, Engels y Bebel se equivocaron más de una vez en lo que respecta al estallido de la revolución que esperaban, pero que nunca basaron su táctica en la espera de una revolución

"*en fecha fija*" (p. 29), mientras que, dice, los bolcheviques "lo jugaron todo a una sola carta, a una revolución general europea".

Hemos reproducido deliberadamente este largo pasaje para demostrar a nuestros lectores con qué "habilidad" falsifica Kautsky el marxismo, sustituyéndolo por sus triviales y reaccionarias concepciones pequeñoburguesas.

Primero, atribuir al adversario una evidente necedad y refutarla después es un método de personas no muy inteligentes. Si los bolcheviques hubieran basado su táctica en la espera de una revolución *en fecha fija* en otros países habría sido una tontería indiscutible. Pero el Partido Bolchevique jamás cometió semejante tontería. En mi carta a los obreros norteamericanos (20 de agosto de 1918)¹⁶ niego expresamente esa ridícula idea diciendo que confiamos en una revolución norteamericana, pero no en fecha fija. En mi polémica contra los eseristas de izquierda y los "comunistas de izquierda" (enero a marzo de 1918) expuse muchas veces la misma idea. Kautsky incurre en una pequeña... muy pequeña falsificación y basa en ella su crítica al bolchevismo. Kautsky confunde la táctica basada en la espera de una revolución europea para un futuro más o menos cercano, pero no en fecha fija, con la táctica basada en la espera de una revolución europea en fecha fija. ¡Una pequeña, una muy pequeña falsificación!

La táctica mencionada en último término es una estupidez. La primera es *obligatoria* para un marxista, para todo proletario revolucionario e internacionalista; *obligatoria* porque es la única que tiene en cuenta de un modo debidamente marxista la situación objetiva originada por la guerra en todos los países de Europa, la única que concuerda con las tareas internacionalistas del proletariado.

¡Al reemplazar el importante problema de los fundamentos de la táctica revolucionaria en general por la mezquina cuestión de un error que habrían podido cometer, pero que no cometieron, los revolucionarios bolcheviques, Kautsky reniega hábilmente de toda la táctica revolucionaria!

Renegado en política, *es incapaz incluso de plantear teóricamente el problema* de las premisas objetivas de la táctica revolucionaria.

Y esto nos lleva al segundo punto.

Segundo, para todo marxista es obligatorio confiar en una revolución europea si existe una *situación revolucionaria*. Es el abecé del marxismo que la táctica del proletariado socialista no puede ser la misma cuando existe una situación revolucionaria y cuando no existe una situación revolucionaria.

Si Kautsky se hubiera planteado este problema, obligatorio para todo marxista, habría visto que la respuesta le era absolutamente desfavorable. Mucho antes de la guerra, todos los marxistas, todos los socialistas estaban de acuerdo en que una guerra europea provocaría una situación revolucionaria. El propio Kautsky, antes de convertirse en un renegado, lo admitió en forma clara y terminante, tanto en 1902 (en *La revolución social*) como en 1909 (en *El camino hacia*

¹⁶ Véase la "Carta a los obreros norteamericanos" en el presente tomo [Nde].

el poder). También fue reconocido en el Manifiesto de Basilea, en nombre de toda la Segunda Internacional: ¡no es sorprendente que los socialchovinistas y los kautskistas (los "centristas", o sea, los que oscilan entre los revolucionarios y los oportunistas) de todos los países huyan como de la peste de las declaraciones del Manifiesto de Basilea al respecto!

Por lo tanto, la esperanza en una situación revolucionaria en Europa no fue un delirio de los bolcheviques, sino la *opinión general* de todos los marxistas. Cuando Kautsky trata de eludir esta verdad indiscutible, diciendo cosas por el estilo de que los bolcheviques "siempre creyeron en la omnipotencia de la violencia y de la voluntad", no hace más que pronunciar una frase sonora y vacía para *ocultar* su evasiva, su vergonzosa evasiva a plantear el problema de una situación revolucionaria.

Prosigamos. ¿Estamos o no ante una situación revolucionaria? Tampoco esto ha sabido plantearlo Kautsky. Los hechos económicos proporcionan una respuesta: el hambre y la ruina originadas en todas partes por la guerra entrañan una situación revolucionaria. También los hechos políticos proporcionan una respuesta: desde 1915 se observa en *todos* los países un claro proceso de división en los viejos y podridos partidos socialistas, un proceso por el cual *las masas* del proletariado se *apartan* de los dirigentes socialchovinistas y se inclinan a la izquierda, a las ideas y las opiniones revolucionarias, a los dirigentes revolucionarios.

Sólo quien tiene miedo de la revolución y la traiciona podía dejar de ver estos hechos el 5 de agosto de 1918, cuando Kautsky escribía su folleto. Ahora, a fines de octubre de 1918, la revolución crece ante los ojos de todos y con gran rapidez en una *serie* de países de Europa. ¡El "revolucionario" Kautsky, que quiere ser considerado como un marxista, ha demostrado ser un filisteo mío que, como aquellos filisteos de 1847 de los que se burlaba Marx, no alcanza a ver la revolución que se aproxima!!

— Hemos llegado al tercer punto.

Tercero, ¿cuáles deberían ser las características específicas de la táctica revolucionaria en caso de existir en Europa una situación revolucionaria? Convertido en renegado, Kautsky teme plantear esta pregunta, que es obligatoria para todo marxista. Razona como un típico pequeñoburgués, como un filisteo o como un campesino ignorante: ¿ha empezado o no "una revolución general europea"? Si ha empezado, ¡entonces *también* él está dispuesto a hacerse revolucionario! ¡Pero en ese caso —póngase atención— cualquier canalla (como los granujas que ahora se pegan a veces a los bolcheviques victoriosos) proclamará que es un revolucionario!

¡En caso contrario, Kautsky volverá la espalda a la revolución! Ni por asomo demuestra Kautsky comprender la verdad de que un marxista revolucionario se distingue del pequeñoburgués y el filisteo por su capacidad de *predicar* a las masas atrasadas la necesidad de la revolución que madura, de *demonstrar* que es inevitable, de *explicar* sus beneficios para el pueblo y de *preparar* para ella al proletariado y a todos los trabajadores y explotados.

Kautsky atribuye a los bolcheviques un absurdo, a saber, que lo han jugado todo a una sola carta, a una revolución europea que estallaría en fecha fija. Este absurdo se ha vuelto contra el propio Kautsky (porque la conclusión de su razonamiento es que la táctica de los bolcheviques habría sido correcta si hubiese estallado una revolución en Europa el 5 de agosto de 1918! Esa es la fecha que menciona Kautsky en momentos de escribir su folleto. ¡Y cuando algunas semanas después de ese 5 de agosto se hizo evidente que la revolución se avecinaba en una serie de países europeos, toda la apostasía de Kautsky, toda su falsificación del marxismo y su total incapacidad de razonar o siquiera de plantear los problemas como revolucionario se revelan en todo su encanto!

Cuando se acusa de traición a los proletarios de Europa —escribe Kautsky—, esa acusación va dirigida a desconocidos.

¡Se equivoca usted, señor Kautsky! ¡Mírese al espejo y verá a esos “desconocidos” contra quienes va dirigida esa acusación!

Kautsky adopta un aire ingenuo y finge no comprender *quién* lanza la acusación ni cuál es su *sentido*. Pero, en realidad, Kautsky sabe perfectamente que la acusación la lanzaron y la siguen lanzando los alemanes “de izquierda”, los espartaquistas, Liebknecht y sus amigos. Esta acusación expresa una *clara apreciación* del hecho de que el proletariado alemán traicionó a la revolución rusa (y mundial) cuando estranguló a Finlandia, Ucrania, Letonia y Estonia¹⁷. Esa acusación va dirigida, ante todo y sobre todo, no contra las masas, que siempre están oprimidas, sino contra aquellos *dirigentes* que, como Scheidemann y Kautsky, *no cumplieron* su deber de agitación revolucionaria, de propaganda revolucionaria, de trabajos revolucionarios entre las masas para combatir la inercia de estas; que, en realidad, actuaron *contra* los instintos y las aspiraciones revolucionarias siempre latentes en la masa de la clase oprimida. Los Scheidemann han traicionado franca, grosera y cínicamente al proletariado, en la mayoría de los casos por motivos egoístas, y han desertado al campo de la burguesía. Los kautskistas y longuetistas hicieron lo mismo, sólo que en forma titubeante, vacilante, lanzando miradas cobardes hacia los poderosos del momento. Durante la guerra, en todos sus escritos Kautsky trató de *extinguir* el espíritu revolucionario, en vez de fomentarlo y avivarlo.

¡El hecho de que Kautsky no comprenda siquiera la inmensa importancia *teórica* y la aún mayor importancia *agitativa* y *propagandística* de esta “acusación” de que los proletarios de Europa traicionaron a la revolución rusa quedará en la historia como un monumento al entorpecimiento filisteo del dirigente “promedio” de la socialdemocracia oficial alemana! ¡Kautsky no comprende que, debido a la censura que rige en el “Reich” alemán, esta “acusación” es quizá la única forma en que los socialistas alemanes que no han traicionado al socialismo —Liebknecht y sus amigos— pueden *llamar a los obreros alemanes* a derribar a los

17 Lenin hace referencia a las regiones ocupadas por el Ejército alemán en el transcurso de las negociaciones de Brest-Litovsk a principios de 1918 [NóE].

Scheidemann y los Kautsky, a desplazar a semejantes "dirigentes", a librarse de su propaganda embrutecedora y degradante, a rebelarse *a pesar* de ellos, *án* ellos y a marchar por encima de ellos *hacia la revolución*!

Kautsky no comprende esto. ¿Cómo puede comprender la táctica de los bolcheviques? ¿Puede esperarse que un hombre que renuncia a la revolución en general sopesa y aprecie las condiciones del desarrollo de la revolución en uno de los casos más "difíciles"?

La táctica de los bolcheviques era acertada, era la *única* táctica internacionalista porque se basaba, no en el temor cobarde a la revolución mundial, no en una filisteica "falta de fe" en ella, no en un mezquino deseo nacionalista de defender la patria "propia" (la patria de la burguesía propia), descendiéndose del resto, sino en una *apreciación acertada* (y universalmente reconocida antes de la guerra y antes de la apostasía de los socialchovinistas y socialpacifistas) de la situación revolucionaria en Europa. Esa táctica era la única internacionalista porque hacía todo lo posible en un solo país por el desarrollo, el apoyo y el despertar de la revolución *en todos los países*. Esa táctica ha quedado probada por su enorme éxito, porque el bolchevismo (de ningún modo debido a los méritos de los bolcheviques rusos, sino debido a la profundísima simpatía que en todas partes sienten las masas por una táctica que es efectivamente revolucionaria) se ha convertido en bolchevismo *mundial*, ha generado una idea, una teoría, un programa y una táctica que se diferencian concretamente y en la práctica de los del socialchovinismo y del socialpacifismo. El bolchevismo *ha dado el golpe de gracia* a la vieja y decadente Internacional de los Scheidemann y los Kautsky, de los Renaudel y los Longuet, de los Henderson y los MacDonald, que de ahora en adelante andarán a los empujones, soñando con la "unidad" y procurando resucitar un cadáver. El bolchevismo *ha creado* la base ideológica y táctica de una III Internacional, de una Internacional verdaderamente proletaria y comunista, que tendrá en cuenta tanto las conquistas de la época de paz como la experiencia de la *época de revoluciones que ha comenzado*.

El bolchevismo ha popularizado en el mundo entero la idea de la "dictadura del proletariado", ha traducido estas palabras del latín, primero al ruso y después *a todas* las lenguas del mundo, y ha demostrado con el ejemplo del *poder soviético* que los obreros y los campesinos pobres, *incluso* los de un país atrasado, incluso los de menos experiencia, instrucción y hábitos de organización, *han podido*, durante un año entero, en medio de inauditas dificultades y luchando contra los explotadores (a quienes apoyaba la burguesía de todo el mundo), mantener el poder de los trabajadores, crear una democracia infinitamente superior y más amplia que todas las democracias anteriores en el mundo e *iniciar* el trabajo creador de decenas de millones de obreros y campesinos para la construcción práctica del socialismo.

El bolchevismo ha ayudado realmente a desarrollar la revolución proletaria en Europa y en América más poderosamente de lo que ningún otro partido de ningún país lo había hecho hasta ahora. Al mismo tiempo que los obreros

de todo el mundo comprenden cada día con mayor claridad que la táctica de los Scheidemann y de los Kautsky no los ha librado de la guerra imperialista ni de la esclavitud asalariada bajo la burguesía imperialista y que esa táctica no puede servir de modelo para todos los países, la masa de proletarios de todos los países comprende cada día con mayor claridad que el bolchevismo ha señalado el camino correcto para salir de los horrores de la guerra y del imperialismo, y que el bolchevismo *sirve de modelo táctica para todos*.

La revolución proletaria madura ante los ojos de todos no sólo en Europa, sino en todo el mundo, y la victoria del proletariado en Rusia la ha favorecido, acelerado y apoyado. ¿Que todo esto no basta para el triunfo completo del socialismo? Desde luego, no basta. Un solo país no puede hacer más. Pero este solo país, gracias al poder soviético, ha hecho tanto que incluso si mañana el poder soviético ruso fuese aplastado por el imperialismo mundial, por una coalición, supongamos, entre el imperialismo alemán y el anglo-francés, aun en este, el peor de los casos, hallaríamos todavía que la táctica bolchevique ha prestado un servicio extraordinario al socialismo y ayudado al desarrollo de la invencible revolución mundial.

Subordinación a la burguesía con el pretexto de un "análisis económico"

Como ya se ha dicho, si el título del libro de Kautsky fuera fiel reflejo de su contenido debería ser, no *La dictadura del proletariado*, sino *Nueva edición de los ataques de la burguesía contra los bolcheviques*.

Nuestro teórico hace un refrito con las viejas "teorías" mencheviques sobre el carácter burgués de la revolución rusa, es decir, la antigua deformación del marxismo por los mencheviques (*refutada* por Kautsky en 1905!). Por tedioso que sea para los marxistas rusos, tendremos que detenernos en esta cuestión.

La revolución rusa es una revolución burguesa, decían todos los marxistas de Rusia antes de 1905. Los mencheviques, reemplazando el marxismo por el liberalismo, sacaban la siguiente conclusión: por lo tanto, el proletariado no debe ir más allá de lo que es aceptable para la burguesía y debe seguir una política de conciliación con ella. Los bolcheviques decían que esta era una teoría liberal burguesa. La burguesía se esforzaba por transformar el Estado al estilo burgués, *reformista*, no revolucionario, conservando en lo posible la monarquía, el régimen terrateniente, etc. El proletariado debe llevar hasta el fin la revolución democraticoburguesa, sin dejarse "atar" por el reformismo de la burguesía. Los bolcheviques explicaban del siguiente modo la correlación de las fuerzas *de clase* en la revolución burguesa: el proletariado, al ganarse a los campesinos, neutralizará a la burguesía liberal y destruirá totalmente la monarquía, el medievalismo y el régimen terrateniente.

Lo que revela el carácter burgués de la revolución es la alianza del proletariado con los campesinos *en general*, porque los campesinos en general son pequeños

productores que existen sobre la base de la producción mercantil. Además, añadirían ya entonces los bolcheviques, el proletariado ganará *a todo el semiproletariado* (a todos los trabajadores y explotados), neutralizará a los campesinos medios y *derrotará* a la burguesía: esto será una revolución socialista, a diferencia de una revolución democráticoburguesa (véase mi folleto *Dos teóricos*, publicado en 1905 y reeditado en la recopilación *En doce años*, San Petersburgo, 1907).

Kautsky participó indirectamente en esta polémica en 1905 cuando, respondiendo a una consulta del entonces menchevique Plejanov, se pronunció en esencia *contra* Plejanov, lo que provocó burlas especiales en la prensa bolchevique de entonces. Pero ahora Kautsky no dice *ni una palabra* sobre la polémica de aquella época (íteme ser desenmascarado por sus propias manifestaciones!) y así le resulta imposible al lector alemán comprender el fondo del problema. El señor Kautsky *no podía* decir a los obreros alemanes, en 1918, que en 1905 él era partidario de una alianza de los obreros con los campesinos y no con la burguesía liberal; no podía decirles en qué condiciones propiciaba esa alianza ni qué programa había esbozado para ella.

Kautsky abandona su antigua posición y, con el pretexto de un "análisis económico", con frases altaneras sobre el "materialismo histórico", defiende ahora la subordinación de los obreros a la burguesía, y, con ayuda de citas del menchevique Maslov, rumia las viejas concepciones liberales de los mencheviques; utiliza las citas para demostrar una idea nueva sobre el atraso de Rusia, pero de esta idea nueva extrae la vieja conclusión: ¡que en una revolución burguesa no se puede ir más lejos que la burguesía! ¡Y esto a pesar de todo lo que dijeron Marx y Engels al comparar la revolución burguesa de 1789-1793 en Francia con la revolución burguesa de 1848 en Alemania!

Antes de pasar al principal "argumento" y al contenido esencial del "análisis económico" de Kautsky, señalemos que las primeras frases ya revelan una curiosa confusión de pensamiento o superficialidad del autor:

La base económica de Rusia —afirma nuestro "teórico"— es hasta ahora la agricultura, y concretamente la pequeña explotación agrícola. De ella viven cerca de las cuatro quintas partes, quizá hasta las cinco sextas partes de la población (p. 45).

En primer lugar, mi estimado teórico, ¿ha considerado usted cuántos explotadores puede haber entre esa masa de pequeños productores? No más de una décima parte del total, ciertamente, y en las ciudades aún menos, porque allí está más desarrollada la gran producción. Estime incluso una cifra increíblemente elevada; suponga que una quinta parte de los pequeños productores son explotadores privados del derecho electoral. Aun así hallará usted que los bolcheviques que formaban el 66% en el V Congreso de los Sóviets representaban *a la mayoría de la población*. A ello debe añadirse que siempre hubo un número considerable de socialrevolucionarios de izquierda que eran partidarios del poder soviético, es decir, en principio, *todos* los

socialrevolucionarios de izquierda eran partidarios del poder soviético, y cuando en julio de 1918 una parte de ellos inició un motín aventurero¹⁸ se crearon dos nuevos partidos del antiguo partido: los "comunistas populistas" y los "comunistas revolucionarios" (constituídos por destacados socialrevolucionarios de izquierda, a los que ya el antiguo partido había designado para importantes cargos gubernamentales; al primero pertenece Saks, por ejemplo, y al segundo, Kolegaev). Por consiguiente, el propio Kautsky —sin quererlo— refuta la ridícula fábula de que los bolcheviques sólo contaban con el respaldo de la minoría de la población.

En segundo lugar: ¿ha considerado usted, mi estimado teórico, que el pequeño productor campesino vacila *inevitablemente* entre el proletariado y la burguesía? ¡Esta verdad marxista, confirmada por toda la historia contemporánea de Europa, Kautsky la ha "olvidado" muy a tiempo, porque demuele la "teoría" menchevique que él repite! Si Kautsky no la hubiese "olvidado" no habría podido negar la necesidad de una dictadura del proletariado en un país en el que predominan los pequeños productores campesinos.

Examinemos el contenido esencial del "análisis económico" de nuestro teórico.

Es indiscutible, dice Kautsky, que el poder soviético es una dictadura. "Pero ¿es una dictadura del *proletariado*?" (p. 34).

Según la Constitución soviética, los campesinos constituyen la mayoría de la población que tiene derecho a participar en la legislación y la administración. Lo que se nos presenta como dictadura del *proletariado* resultaría ser, si se realizara consecuentemente y si, hablando en general, una clase pudiese ejercer directamente una dictadura, cosa que, en realidad, sólo puede hacer un partido, una dictadura de los *campesinos* (p. 35).

Y alborozado por tan profundo y sagaz argumento, el bueno de Kautsky intenta ironizar y dice: "Resultaría, por lo tanto, que la realización menos dolorosa del socialismo está mejor asegurada cuando se la pone en manos de los campesinos" (p. 35).

Con gran lujo de detalles y una serie de citas en extremo cruditadas del semi-liberal Maslov, nuestro teórico se dedica a demostrar una idea nueva: que los campesinos están interesados en que el precio de los cereales sea elevado, en que el salario de los obreros de las ciudades sea bajo, etc., etc. Estas ideas nuevas, dicho sea de paso, están expuestas de manera tanto más tediosa cuanto menos atención concede a los fenómenos verdaderamente nuevos del período

¹⁸ Lenin se refiere al levantamiento de los socialrevolucionarios de izquierda que se produjo en Moscú luego del asesinato del embajador alemán Mirbach por parte de militantes de este partido que se opusieron a la firma de la paz de Brest-Litovsk. Su oposición a la firma de la paz con Alemania junto al rechazo de los decretos de requisición de granos y creación de comités de campesinos pobres los llevó al levantamiento contra la legalidad soviética (ambas medidas habían sido aprobadas por mayoría en el Sóviet, constituyendo los diputados de este partido la minoría que se había opuesto) [NéE].

de posguerra, por ejemplo, al hecho de que los campesinos piden a cambio de los cereales, no dinero, sino mercancías, y que no tienen bastantes aperos de labranza, los cuales no se pueden conseguir en cantidad suficiente por ninguna suma de dinero. Volveremos a hablar de esto más adelante.

Por lo tanto, Kautsky acusa a los bolcheviques, al partido del proletariado, de haber entregado la dictadura, la tarea de realizar el socialismo, a los campesinos pequeñoburgueses. ¡Muy bien, señor Kautsky! ¿Cuál debería haber sido, a su ilustrado juicio, la actitud del partido proletario hacia los campesinos pequeñoburgueses?

Nuestro teórico prefiere callar sobre esto, evidentemente recordando el refrán: "La palabra es plata, el silencio, oro". Pero se delata con lo siguiente:

En los primeros tiempos de la república soviética, los sóviets campesinos eran organizaciones del campesinado en general. Ahora esta república proclama que los sóviets son organizaciones de los proletarios y de los campesinos pobres. Los campesinos ricos son privados del voto en las elecciones a los sóviets. El campesino pobre es reconocido como un producto permanente y masivo de la reforma agraria socialista bajo la "dictadura del proletariado" (p. 48).

¡Qué terrible ironía! Es del tipo de la que se puede oír en Rusia en boca de cualquier burgués: todos ellos se burlan y regocijan de que la república soviética reconozca francamente la existencia de campesinos pobres. Se ríen del socialismo. Están en su derecho. Pero un "socialista" que se burla de que, después de cuatro años de una guerra en extremo devastadora, haya todavía aquí —y los habrá durante mucho tiempo— campesinos pobres; semejante "socialista" sólo podía haber nacido en momentos de apostasía al por mayor.

Pero hay más:

La república soviética interviene en las relaciones entre campesinos ricos y pobres pero no redistribuyendo la tierra. A fin de remediar el problema de la escasez de pan en las ciudades se envían al campo destacamentos de obreros armados para quitar a los campesinos ricos su excedente de cereales. Una parte de estos cereales se entrega a la población de las ciudades y la otra a los campesinos más pobres (p. 48).

Naturalmente, el socialista y marxista Kautsky se indigna profundamente ante la idea de que tal medida pueda extenderse más allá de los alrededores de las grandes ciudades (y nosotros la hemos extendido a todo el país). Con la frescura (o torpeza) sin par, incomparable y admirable de un filisteo, el socialista y marxista Kautsky sermonea: "Ello [la expropiación de los campesinos ricos] introduce un nuevo elemento de inquietud y de guerra civil en el proceso de producción... [¡La guerra civil introducida en el "proceso de producción"! ¡Es algo sobrenatural!] que para su recuperación tiene urgente necesidad de tranquilidad y seguridad" (p. 49).

Sí, sí, la tranquilidad y seguridad de los explotadores y los especuladores en cereales, que esconden sus excedentes, sabotean la ley del monopolio de cereales y condenan al hambre a la población de las ciudades, por supuesto, debe arrancar suspiros y lágrimas al marxista y socialista Kautsky. Todos nosotros somos socialistas, marxistas e internacionalistas, cantan a coro los señores Kautsky, los Heinrich Weber (Viena), los Longuet (París), los MacDonald (Londres), etc.; todos estamos por la revolución de la clase obrera, pero... ¡pero querríamos una revolución que no violara la tranquilidad y la seguridad de los especuladores en cereales! Y disfrazamos esta sucia subordinación a los capitalistas con referencias "marxistas" al "proceso de producción"... Si esto es marxismo, ¿qué será entonces servilismo a la burguesía?

Veamos hasta dónde llega nuestro teórico. Acusa a los bolcheviques de presentar la dictadura del campesinado como dictadura del proletariado. Pero al mismo tiempo nos acusa de llevar la guerra civil a los distritos rurales (cosa que nosotros consideramos como un *mérito* nuestro), de enviar al campo destacamentos de obreros armados, quienes proclaman francamente que ejercen "la dictadura del proletariado y de los campesinos pobres", ayudan a estos y confiscan a los especuladores y a los campesinos ricos los excedentes de grano que ellos ocultan violando la ley del monopolio de cereales¹⁹.

Por una parte, nuestro teórico marxista está por la democracia pura, por la subordinación de la clase revolucionaria, vanguardia de los trabajadores y explotados, a la mayoría de la población (incluyendo, por consiguiente, a los explotadores). Por otra parte, como argumento *contra* nosotros, explica que la revolución debe tener inevitablemente un carácter burgués -burgués porque la vida de los campesinos, en su conjunto, se basa en relaciones sociales burguesas- ¡y al mismo tiempo pretende defender el punto de vista proletario, de clase, marxista!

En lugar de un "análisis económico", esto es una mezcla y un enredo de primer orden. En lugar de marxismo, son fragmentos de doctrinas liberales y prédicas de servilismo a la burguesía y a los kulaks.

Ya en 1905 los bolcheviques pusieron totalmente en claro el problema que Kautsky tanto enreda. Sí, nuestra revolución es una revolución burguesa *en tanto* marchamos *con* los campesinos como *en toda*. Esto era muy claro para nosotros; desde 1905 lo dijimos cientos y miles de veces y nunca intentamos saltarnos esta etapa necesaria del proceso histórico o abolirla por decreto. Los esfuerzos de Kautsky por "desenmascaramos" a propósito de esto no hacen sino revelar su confusión mental y su temor a recordar lo que él escribió en 1905, cuando aún no era un renegado.

19 El decreto que transformó los cereales en propiedad nacional fue votado en el II Congreso de los Soviets para enfrentar el hambre que azotaba a las ciudades y el campo. En el transcurso de 1918 fueron votados una serie de decretos para hacer cumplir dicha ley, que establecía que todo el grano excedente (descontado el que debe cosecharse y el que alimenta a la familia campesina) debía ser entregado al Estado, prohibiendo el acaparamiento y la venta. A mediados de 1918 se crearon comités de campesinos pobres y destacamentos de obreros que requisaban a los campesinos ricos para expropiar el grano que no entregaban voluntariamente (NéE).

En *abril* de 1917, sin embargo, mucho antes de la Revolución de Octubre, o sea, mucho antes de que tomásemos el poder, declaramos abiertamente y explicamos al pueblo: la revolución no puede detenerse ahora en esta etapa, porque el país ha seguido adelante, el capitalismo ha avanzado, la ruina ha alcanzado proporciones nunca vistas, lo cual (quiere o no) *exigirá* dar pasos *hacia el socialismo*, dado que *no hay* otro modo de avanzar, de salvar al país, agotado por la guerra, y de aliviar los sufrimientos de los trabajadores y explotados.

Las cosas ocurrieron tal como dijimos que ocurrirían. La marcha de la revolución confirmó la exactitud de nuestro juicio. *Primero*, junto con "todos" los campesinos contra la monarquía, contra los terratenientes, contra el medievismo (y hasta este punto la revolución sigue siendo burguesa, democrático-burguesa). *Después*, junto con los campesinos pobres, con los semiproletarios, con todos los explotados, *contra el capitalismo*, incluyendo a los ricos del campo, los *kulaks*, los especuladores y, en ese punto, la revolución se convierte en *socialista*. Querer levantar una artificial muralla china entre ambas revoluciones, separarlas *con algo que no sea* el grado de preparación del proletariado y el grado de su unidad con los campesinos pobres es la mayor deformación del marxismo, es vulgarizarlo, reemplazarlo por el liberalismo. Es hacer pasar de contrabando, mediante referencias *scudocientíficas*, el carácter progresista de la burguesía en comparación con la Edad Media, una defensa reaccionaria de la burguesía frente al proletariado socialista.

Por cierto, los *sóviets* representan un tipo y una forma inmensamente superior de democracia porque, al unificar e incorporar a la vida política a *la masa de obreros y campesinos*, son el barómetro más sensible, el más próximo al "pueblo" (en el sentido en que Marx hablaba en 1871 de una verdadera revolución popular), del crecimiento y desarrollo de la madurez política y de clase de las masas. La Constitución soviética no fue redactada conforme a algún "plan", no fue redactada en un despacho y no fue impuesta a los trabajadores por juristas burgueses. No, esa Constitución *urgió* en el proceso de desarrollo de *la lucha de clases*, a medida que maduraban *las contradicciones de clase*. Los propios hechos que Kautsky tiene que reconocer así lo demuestran.

Al principio los *sóviets* abarcaban a la totalidad de los campesinos. La falta de madurez, el atraso y la ignorancia de los campesinos pobres puso la dirección en manos de los *kulaks*, de los ricos, de los capitalistas y de los intelectuales pequeñoburgueses. Fue la época de la dominación de la pequeñoburguesía, de los mencheviques y socialistas revolucionarios (sólo tontos o renegados como Kautsky pueden considerar socialistas a cualquiera de estos). La pequeñoburguesía inevitable e ineludiblemente vacilaba entre la dictadura de la burguesía (Kerensky, Kornilov, Savinkov) y la dictadura del proletariado, porque la pequeñoburguesía es incapaz de hacer nada en forma independiente dadas las peculiaridades básicas de su situación económica. Dicho sea de paso, Kautsky reniega totalmente del marxismo cuando, en su análisis de la revolución rusa,

se limita al concepto jurídico y formal de "democracia", que sirve de pantalla a la burguesía para ocultar su dominación y para engañar al pueblo, y cuando *olvida* que en la práctica "democracia" quiere decir a veces *dictadura de la burguesía* y otras impotente reformismo de la pequeñoburguesía que se somete a esa dictadura, etc. ¡Según Kautsky, resulta que en un país capitalista había partidos burgueses y había un partido proletario (los bolcheviques), que dirigía a la mayoría, a la masa del proletariado, pero *no había* partidos pequeñoburgueses! Los mencheviques y socialrrevolucionarios no tenían *raíces de clase*, tales pequeñoburguesas!

Las vacilaciones de la pequeñoburguesía, de los mencheviques y socialrrevolucionarios han ayudado a esclarecer a las masas y a alejar de tales "dirigentes" a su inmensa mayoría, a todos los "sectores inferiores", a todos los proletarios y semiproletarios. Los bolcheviques lograron el predominio en los sóviets (en Petrogrado y Moscú hacia octubre de 1917), y entre los escritores y mencheviques se acentuó la escisión.

La revolución bolchevique triunfante significó el fin de las vacilaciones, la destrucción completa de la monarquía y del régimen terrateniente (que *no* había sido destruido antes de la Revolución de Octubre). Nosotros llevamos *hasta el fin* la revolución *burguesa*. Los campesinos nos apoyaron en su *totalidad*. Su antagonismo con el proletariado socialista no podía manifestarse enseguida. Los sóviets agrupaban a los campesinos *en general*. La diferenciación de clase entre los campesinos aún no había madurado, aún no había salido a la luz.

Este proceso tuvo lugar durante el verano y el otoño de 1918. La rebelión contrarrevolucionaria de los checoslovacos estimuló a los *kulaks*. Rusia fue barrida por una ola de revueltas de *kulaks*. No fueron los libros ni los periódicos, *sino la vida misma* lo que hizo ver a los campesinos pobres que sus intereses eran irreconciliablemente antagónicos con los de los *kulaks*, de los ricos, de la burguesía rural. Los "socialrrevolucionarios de izquierda", como todo partido pequeñoburgués, reflejaban las vacilaciones del pueblo, y en el verano de 1918 se dividieron: un sector hizo causa común con los checoslovacos (la rebelión en Moscú, cuando Proshian, después de apoderarse -durante una hora!- de la Oficina de Telégrafos, anunció a Rusia que los bolcheviques habían sido derrocados: luego la traición de Muraviov, comandante en jefe del Ejército que luchaba contra los checoslovacos, etc.); otro sector, el antes mencionado, siguió con los bolcheviques.

La creciente escasez de víveres en las ciudades hacía que el problema del monopolio de los cereales fuera cada vez más apremiante (el teórico Kautsky "ha olvidado" completamente esto en su análisis económico, que es una simple repetición de trivialidades sacadas, hace diez años, de los escritos de Maslov!).

El antiguo Estado, el Estado terrateniente y burgués e incluso democrático republicano, enviaba a los distritos rurales destacamentos armados que se encontraban prácticamente a disposición de la burguesía. ¡El señor Kautsky no lo sabe! ¡No lo considera, Dios nos libre, "dictadura de la burguesía"! ¡Es

“democracia pura”, sobre todo si lo respalda un parlamento burgués! ¡Tampoco “ha oído decir” Kautsky que, durante el verano y el otoño de 1917, Avksentiev y S. Maslov, con los Kerensky, Tsereteli y otros escritas y mencheviques, arrestaron a miembros de los comités agrarios; de eso no dice una sola palabra!

Todo se reduce a que el Estado burgués, que ejerce la dictadura de la burguesía por medio de una república democrática, no puede confesar al pueblo que sirve a la burguesía, no puede decir la verdad y tiene que recurrir a la hipocresía.

Pero el Estado del tipo de la Comuna, el Estado soviético, dice *la verdad* al pueblo franca y abiertamente, declara que es la dictadura del proletariado y de los campesinos pobres y con esta verdad se gana a decenas y decenas de millones de nuevos ciudadanos que en cualquier república democrática se encuentran amodorrados, pero que los sóviets incorporan a la vida política, a *la democracia*, a la administración del Estado. La república soviética envía a los distritos rurales destacamentos de obreros armados, en primer lugar a los más avanzados, a los de las capitales. Estos obreros llevan el socialismo al campo, se atraen a los campesinos pobres, los organizan y esclarecen y los ayudan a *aplacar la resistencia de la burguesía*.

Todos los que están al tanto de la situación y han estado en los distritos rurales dicen que sólo ahora, en el verano y el otoño de 1918, los distritos rurales *mismos* están viviendo la revolución de “Octubre” (es decir, la revolución proletaria). Empiezan a cambiar las cosas. La ola de revueltas de los *kulaks* está dando paso al ascenso de los pobres, al desarrollo de los “comités de campesinos pobres”. En el Ejército aumenta el número de comisarios, de oficiales y de jefes de división y de Ejército de origen obrero. Y en el mismo momento en que el cándido Kautsky, asustado por la crisis de julio (de 1918) y por los lamentos de la burguesía, corre servilmente tras ella y escribe todo un folleto en el que manifiesta su convicción de que los campesinos están a punto de derrocar a los bolcheviques; en el mismo momento en que este torpe considera la división de los socialrevolucionarios de izquierda una “reducción” (p. 37) del círculo de quienes apoyan a los bolcheviques, en ese mismo momento *se amplía enormemente* el círculo *real* de los partidarios del bolchevismo, porque decenas y decenas de millones de pobres del campo se liberan de la tutela y de la influencia de los *kulaks* y de la burguesía rural y despiertan a la vida política *independiente*.

Hemos perdido centenares de socialrevolucionarios de izquierda, de intelectuales pusilánimes y de *kulaks* entre los campesinos, pero hemos ganado a millones de representantes de los campesinos pobres.

Un año después de la revolución proletaria en las capitales, bajo su influencia y con su ayuda, llegó la revolución proletaria a los distritos rurales más remotos y consolidó definitivamente el poder de los sóviets y del bolchevismo y demostró definitivamente que no hay fuerza en el país que pueda oponérsele.

Después de haber completado la revolución democraticoburguesa en alianza con el campesinado en su conjunto, el proletariado de Rusia pasó definitivamente

a la revolución socialista cuando logró dividir la población rural, ganarse a los proletarios y semiproletarios del campo y unirlos contra los *kulaks* y la burguesía, incluida la burguesía rural.

Ahora bien, si el proletariado bolchevique de las capitales y de los grandes centros industriales no hubiera sabido reunir en su derredor a los pobres del campo contra los campesinos ricos, ello habría demostrado sin duda que Rusia "no estaba madura" para la revolución socialista: los campesinos habrían seguido siendo "un todo único", es decir, habrían seguido bajo la dirección económica, política y moral de los *kulaks*, de los ricos, de la burguesía, y la revolución no habría ido más allá de una revolución democraticoburguesa. (Pero ni siquiera esto, dicho sea entre paréntesis, habría demostrado que el proletariado no debía tomar el poder, porque ha sido sólo el proletariado el que ha llevado realmente hasta el fin la revolución democraticoburguesa, ha sido sólo el proletariado el que ha hecho algo realmente importante para acercar la revolución proletaria mundial y ha sido sólo el proletariado el que ha creado el Estado soviético, que es, después de la Comuna, el segundo paso hacia el Estado socialista.)

Por otra parte, si el proletariado bolchevique inmediatamente, en octubre o noviembre de 1917, sin esperar que se produjera una diferenciación de clases en el campo, sin haber sabido *prepararla* ni realizarla, hubiera intentado "decretar" una guerra civil o la "instauración del socialismo" en el campo; si hubiera intentado prescindir de un bloque (alianza) transitorio con los campesinos en general, de hacer ciertas concesiones a los campesinos medios, etc., ello habría sido una deformación *blanquista* del marxismo; el intento de una *minoría* de imponer su voluntad a la mayoría; habría sido un absurdo teórico, demostrativo de la incomprensión de que una revolución campesina general *es todavía* una revolución burguesa y que *sin una serie de transiciones, de etapas de transición*, no se la puede transformar en una revolución socialista en un país atrasado.

En este problema político y teórico de la mayor importancia Kautsky lo ha confundido *todo*, y en la práctica ha demostrado no ser más que un simple lacayo de la burguesía que brama contra la dictadura del proletariado.

Kautsky ha introducido una confusión similar, si no mayor, en otro problema de extremo interés e importancia, a saber: ¿estaba la labor legislativa de la república soviética en lo referente a la reforma agraria —la más difícil y sin embargo la más importante de las reformas socialistas— basada en principios sólidos y fue luego realizada debidamente? Le quedaríamos infinitamente agradecidos a todo marxista de Europa occidental que, después de estudiar al menos los documentos más importantes, *criticaran* nuestra política, porque de ese modo nos ayudaría extraordinariamente y ayudaría también a la revolución que está madurando en todo el mundo. Pero en lugar de crítica Kautsky brinda una confusión teórica increíble, que convierte al marxismo

en liberalismo y que, en la práctica, es un conjunto de invectivas necias, venenosas y vulgares contra los bolcheviques. Juzgue el lector:

No podía conservarse la gran propiedad agraria. Era una consecuencia de la revolución. Ello fue claro desde el primer momento. La entrega de las grandes propiedades agrarias a la población campesina era inevitable...

(Esto es falso, señor Kautsky; usted sustituye la actitud de las diferentes *clases* hacia el problema por lo que es "claro" para usted. La historia de la revolución ha demostrado que el Gobierno de coalición de los burgueses y los pequeñoburgueses, mencheviques y socialrevolucionarios seguía una política orientada a preservar la gran propiedad agraria. La mejor prueba de ello fue la ley de S. Maslov y el arresto de los miembros de los comités agrarios. Sin la dictadura del proletariado la "población campesina" no habría vencido nunca a los terratenientes, que se habían unido a los capitalistas.)

Pero en cuanto a las formas en que esto debía realizarse no existía unidad de criterio. Se concebían diferentes soluciones [Kautsky se preocupa, ante todo, de la "unidad" de los "socialistas", no importa quiénes se autodenominaran así. Olvida que las clases principales de la sociedad capitalista deben llegar, inevitablemente, a soluciones diferentes...]. Desde el punto de vista socialista, la solución más racional habría sido convertir las grandes empresas agrícolas en propiedad del Estado y permitir a los campesinos, que hasta entonces habían trabajado en ellas como asalariados, que las cultivaran en forma de sociedades cooperativas. Pero tal solución presupone la existencia de un tipo de obreros agrícolas que no existe en Rusia. Otra solución habría sido entregar al Estado la gran propiedad agraria y dividirla en pequeñas parcelas destinadas a ser arrendadas a los campesinos con poca tierra. Si se hubiera hecho esto, por lo menos se habría realizado algo socialista...

Kautsky, como de costumbre, se limita a lo de siempre: por una parte, no se puede menos que confesar; por otra, hay que reconocer. *¿Qué soluciones diferentes sin meditar en la única idea realista, marxista; cuáles deben ser las etapas de transición del capitalismo al comunismo en tales y tales condiciones particulares?* En Rusia hay obreros agrícolas, pero no muchos, y Kautsky no toca siquiera el problema, que el Gobierno soviético sí *planteó*, de cómo pasar al cultivo de la tierra en comunas y en cooperativas. Pero lo más curioso es que Kautsky pretende ver "algo socialista" en el arrendamiento de pequeñas parcelas. En realidad, esta es una consigna *pequeñoburguesa* y no tiene *nada* "de socialista". Si el "Estado" que entrega la tierra en arriendo *no* es un Estado del tipo de la Comuna, sino una república burguesa parlamentaria (y esto es lo que siempre supone Kautsky), el arrendamiento de la tierra en pequeñas parcelas es una típica *reforma liberal*.

Nada dice Kautsky sobre el hecho de que el poder soviético abolió toda propiedad privada de la tierra. Peor aún: recurre a una increíble falsificación y cita los decretos del poder soviético de tal modo que omite lo esencial.

Después de declarar que "la pequeña producción aspira a la propiedad privada absoluta de los medios de producción" y que la Asamblea Constituyente habría sido "la única autoridad" capaz de impedir el reparto de la tierra (afirmación que provocará risas en Rusia, porque todo el mundo sabe que los obreros y campesinos no reconocen la autoridad de los sóviets, mientras la Asamblea Constituyente se ha convertido en la consigna de los checoslovacos y los terratenientes), Kautsky continúa:

Uno de los primeros decretos del Gobierno soviético decía que: (1) la gran propiedad terrateniente queda abolida sin indemnización alguna; (2) las propiedades de los terratenientes, así como todas las tierras de la Corona, de los monasterios y de la Iglesia, con todo su ganado, aperos de labranza, construcciones y todas sus pertenencias, serán puestas a disposición de los comités agrarios comarcales y de los sóviets de diputados campesinos de distrito hasta que la Asamblea Constituyente decida el problema de la tierra.

Kautsky no cita más que estos dos puntos y concluye:

La referencia a la Asamblea Constituyente fue letra muerta. En realidad, los campesinos de los distintos distritos hicieron con la tierra lo que quisieron (p. 47).

¡He ahí un ejemplo de la "crítica" de Kautsky! ¡He ahí un trabajo "científico" que más se parece a un fraude! ¡Se induce al lector alemán a creer que los bolcheviques capitularon ante los campesinos en lo que se refiere al problema de la propiedad privada de la tierra, que los bolcheviques permitieron que los campesinos actuaran localmente ("en los distintos distritos") como quisieron!

Pero, en realidad, el decreto que cita Kautsky, el primer decreto que se promulgó, el 26 de octubre de 1917 (antiguo calendario), comprende cinco artículos y no dos, más ocho artículos del Mandato, el cual, está expresamente dicho, "debe servir de guía".

El tercer artículo del decreto establece que las haciendas se transfieren "al pueblo", que debe hacerse "un inventario exacto de todos los bienes confiscados" y que los bienes deben ser protegidos "con el mayor rigor revolucionario". Y el Mandato señala que "será abolido para siempre el derecho de propiedad privada sobre la tierra", que "las tierras en las que se practica una agricultura de alto nivel técnico" "no serán divididas", que "todo el ganado y los aperos de labranza de las haciendas confiscadas pasarán, sin indemnización, al uso exclusivo del Estado o de las comunidades rurales, según su extensión e importancia" y que "toda la tierra pasará a formar parte del fondo agrario nacional".

Más tarde, simultáneamente con la disolución de la Asamblea Constituyente (5 de enero de 1918), el III Congreso de los Sóviets aprobó la "Declaración de los derechos del pueblo trabajador y explotado", que forma parte ahora de la Ley Fundamental de la república soviética. El artículo II, punto 1 de esta declaración establece que "por la presente queda abolida la propiedad privada de la tierra" y que "las haciendas y las explotaciones agrícolas modelo son declaradas propiedad nacional".

Por lo tanto, la referencia a la Asamblea Constituyente *no* fue letra muerta, porque otro organismo representativo de todo el pueblo, cuya autoridad moral es muchísimo más importante para los campesinos, se encargó de resolver el problema agrario.

Además, el 6 (19) de febrero de 1918 se promulgó la ley de socialización de la tierra, que confirmó una vez más la abolición de toda propiedad privada de la tierra y puso la tierra y *todo el ganado y los aperos de labranza* de propiedad privada *a disposición de las autoridades soviéticas*, bajo el control del poder federal *soviético*. Entre las tareas vinculadas con la utilización de la tierra la ley prescribía:

... el desarrollo de la agricultura colectiva, por ser más ventajosa desde el punto de vista de la economía de trabajo y de productos agrícolas, a expensas de la agricultura individual, con miras al paso a la agricultura socialista (art. 11, punto c).

La misma ley, al establecer el usufructo *igualitario* de la tierra, responde al problema fundamental de "¿Quién tiene derecho al uso de la tierra?" del siguiente modo:

(Art. 20.) Dentro de los límites de la República Federativa Soviética de Rusia pueden utilizarse parcelas de tierra para fines públicos y privados: A) para fines culturales y educacionales: 1) por el Estado, representado por los organismos del poder soviético (federal, así como regional, provincial, comarcal, de distrito y de aldea) y 2) por organismos públicos (bajo el control y con la autorización del poder soviético local). B) Para fines agrícolas: 3) por comunas agrícolas, 4) por cooperativas agrícolas, 5) por comunidades rurales, 6) por familias y personas individuales...

Podrá ver el lector que Kautsky ha falseado totalmente los hechos y ha brindado al lector alemán una imagen completamente falsa de la política y de la legislación agrarias del Estado proletario de Rusia.

¡Kautsky ni siquiera ha sabido formular los problemas teóricamente importantes y fundamentales!

Estos problemas son:

1) Usufructo igualitario de la tierra y

2) Nacionalización de la tierra: la relación de estas dos medidas con el socialismo en general y con la transición del capitalismo al comunismo en particular.

3) Agricultura colectiva, como paso de la pequeña agricultura dispersa a la gran agricultura colectiva; ¿responde la forma en que se trata este problema en la legislación soviética a las exigencias del socialismo?

Sobre el primer punto es preciso dejar establecido, ante todo, los dos siguientes hechos fundamentales: (a) al analizar la experiencia de 1905 (me remito, por ejemplo, a mi trabajo sobre el problema agrario en la primera revolución rusa) los bolcheviques señalaron la importancia democráticamente progresista y democráticamente revolucionaria de la consigna "usufructo igualitario de la tierra", y en 1917, *antes* de la Revolución de Octubre, hablaron de ello en forma bien clara; (b) al sancionar la ley de socialización de la tierra -"alma" de la cual es el usufructo igualitario de la tierra- los bolcheviques declararon del modo más preciso y concreto: no es esta nuestra idea, no estamos de acuerdo con esa consigna, pero consideramos que nuestro deber es sancionarla, porque así lo exige la inmensa mayoría de los campesinos. Y la idea y las exigencias de la mayoría de los trabajadores es cosa que los trabajadores deben *desechar en forma voluntaria*; no se puede "abolir" tales exigencias ni "saltar" por encima de ellas. Nosotros, los bolcheviques, *ayudaremos* a los campesinos a desechar las consignas pequeñoburguesas, a *pasar* lo más rápida y fácilmente posible de ellas a consignas socialistas.

Un teórico marxista que hubiera querido ayudar a la revolución de la clase obrera mediante su análisis científico debería haber respondido a lo siguiente: en primer lugar, si es verdad que la idea del usufructo igualitario de la tierra tiene el significado democráticamente revolucionario de llevar hasta el fin la revolución democraticoburguesa. En segundo lugar, si procedieron bien los bolcheviques al hacer aprobar con sus votos (y al observar con la mayor lealtad) la ley pequeñoburguesa de usufructo igualitario de la tierra.

¡Kautsky no ha sabido *perdón* siquiera en qué consiste, teóricamente, la esencia del problema!

Jamás podrá Kautsky refutar la idea de que el principio del usufructo igualitario de la tierra tiene un valor progresista y revolucionario en la revolución democraticoburguesa. Dicha revolución no puede ir más allá de eso. Al llegar a su límite revela al pueblo *tanto más clara, rápida y fácilmente* la insuficiencia de las soluciones democraticoburguesas y la necesidad de rebasar sus límites, de pasar al *socialismo*.

Los campesinos, que derrocaron al zarismo y a los terratenientes, sueñan con el usufructo igualitario de la tierra, y ningún poder en el mundo podía haber frenado a los campesinos una vez que estos se libraron de los terratenientes y del Estado republicano parlamentario-burgués. Los proletarios dicen a los campesinos: nosotros los ayudaremos a lograr el capitalismo "ideal", porque el usufructo igualitario de la tierra es la idealización del capitalismo por el pequeño productor. Al mismo tiempo les demostraremos su insuficiencia y la necesidad de pasar a la agricultura colectiva.

¡Sería interesante ver cómo intentaría Kautsky refutar que *esta forma* de dirección de la lucha campesina por el proletariado fue correcta!

Kautsky, sin embargo, prefirió eludir el problema...

Además, Kautsky ha engañado deliberadamente a sus lectores alemanes al ocultarles que en su *ley* sobre la tierra el poder soviético dio preferencia *directa* a las comunas y a las cooperativas, colocándolas en primer plano.

¡Con todos los campesinos hasta el fin de la revolución democraticoburguesa; con el sector pobre, proletario y semiproletario de los campesinos hacia adelante, hacia la revolución socialista! Esta ha sido la política de los bolcheviques y era la única política marxista.

¡Pero Kautsky se embrolla y no acierta a formular un solo problema! Por una parte *no se anima* a decir que los proletarios debieron separarse de los campesinos en el problema del usufructo igualitario de la tierra, porque comprende que ello sería un absurdo (y, además, en 1905, cuando aún no era un renegado, Kautsky propiciaba clara y francamente una alianza entre los obreros y los campesinos como condición del triunfo de la revolución). Por otra parte, cita con simpatía las trivialidades liberales del menchevique Maslov, que "demuestra" que el usufructo igualitario de la tierra pequeñoburgués es utópico y reaccionario desde *el punto de vista del socialismo*, pero oculta el carácter progresista y revolucionario de la lucha pequeñoburguesa por la igualdad y el usufructo igualitario desde *el punto de vista de la revolución democraticoburguesa*.

Kautsky se ha metido en un embrollo irremediable: obsérvese que él (en 1918) insistió en el carácter *burgués* de la revolución rusa. Kautsky (en 1918) dice terminantemente: ¡no rebasen esos límites! ¡Y este mismo Kautsky ve "*algo socialista*" (para una revolución *burguesa*) en la reforma *pequeñoburguesa* de entregar en arriendo pequeñas parcelas a los campesinos *pobres* (cosa aproximada al usufructo igualitario de la tierra)!!

¡Que lo entienda quien pueda!

Y, por si fuera poco, Kautsky muestra una incapacidad filistea de tener en cuenta la política real de un partido determinado. Cita las *frases* del menchevique Maslov y *se niega a ver* la política real del partido menchevique en 1917, cuando, en "coalición" con los terratenientes y los kadetes, propiciaba lo que virtualmente era *una reforma agraria liberal y una conciliación con los terratenientes* (pruebas: el arresto de miembros de los comités agrarios y el proyecto de ley de S. Maslov).

Kautsky no ha visto que las frases de P. Maslov sobre el carácter reaccionario y utópico de la igualdad pequeñoburguesa no son, en realidad, más que una pantalla para ocultar la política menchevique de *conciliación* entre los campesinos y los terratenientes (es decir, un engaño a los campesinos por los terratenientes), en lugar del derrocamiento *revolucionario* de los terratenientes por los campesinos.

¡Qué gran "marxista" es Kautsky!

Fueron los bolcheviques los que establecieron la exacta diferencia entre la revolución democraticoburguesa y la revolución socialista: al llevar la primera

hasta su fin abrían las puertas para el paso a la segunda. Esta era la única política revolucionaria y marxista.

Kautsky debió ser más prudente y no repetir las endebles agudezas de los liberales:

Nunca hasta ahora, en ninguna parte, han pasado los pequeños campesinos a la agricultura colectiva movidos por convicciones teóricas (p. 50).

¡Muy ingenioso!

Pero nunca hasta ahora, en ninguna parte, han estado los pequeños campesinos de un gran país bajo la influencia de un Estado proletario.

Nunca hasta ahora, en ninguna parte, han emprendido los pequeños campesinos una lucha de clase abierta hasta el grado de una guerra civil entre los campesinos pobres y los campesinos ricos, en la que los pobres *contaron* con el apoyo propagandístico, político, económico y militar de un Estado proletario.

Nunca hasta ahora, en ninguna parte, se han enriquecido tanto con la guerra los especuladores y los ricos, mientras que la masa de campesinos quedaba completamente arruinada.

Kautsky no hace más que repetir antiguallas, él sólo rumia cosas viejas, temeroso de pensar siquiera en las nuevas tareas de la dictadura del proletariado.

Pero si los campesinos, estimado Kautsky, *avanzan* de aperos para la agricultura en pequeña escala y el Estado proletario los *ayuda* a conseguir máquinas para la agricultura colectiva, ¿será eso una "convicción teórica"?

Pasemos al problema de la nacionalización de la tierra. Nuestros *narodniks*, incluidos todos los eseristas de izquierda, niegan que la medida que hemos adoptado sea nacionalización de la tierra. Se equivocan desde el punto de vista teórico. Puesto que no hemos rebasado el marco de la producción mercantil y del capitalismo, la abolición de la propiedad privada de la tierra significa nacionalización de la tierra. La palabra "socialización" no expresa más que una tendencia, un deseo, una preparación del paso al socialismo.

¿Cuál debe ser, entonces, la actitud de los marxistas hacia la nacionalización de la tierra?

En este caso tampoco sabe Kautsky formular siquiera el problema teórico o —lo que es peor— lo elude deliberadamente, aunque por las publicaciones rusas se sabe que Kautsky conoce las antiguas polémicas entre los marxistas rusos sobre el problema de la nacionalización, municipalización (o sea, la transferencia de las grandes haciendas al gobierno autónomo local) o reparto de la tierra.

La afirmación de Kautsky de que la transferencia de las grandes propiedades al Estado y su arrendamiento en pequeñas parcelas a los campesinos que tienen poca tierra sería la realización de "algo socialista" es burlarse abiertamente del marxismo. Ya hemos demostrado que en ello no hay nada de socialismo. Pero eso no es todo: ello no significaría siquiera llevar hasta su fin la revolución *democrático-burguesa*. La gran desgracia de Kautsky ha sido farse de

los mencheviques. De ahí la curiosa posición de que, mientras insiste en que nuestra revolución tiene un carácter burgués y reprocha a los bolcheviques su ocurrencia de emprender el camino hacia el socialismo, *él mismo* propone una reforma liberal disfrazada de socialismo, *sin llevar esa reforma hasta la supresión completa de todas las supervivencias feudales en las relaciones agrarias!* Los argumentos de Kautsky, como los de sus consejeros mencheviques, se reducen a defender a la burguesía liberal, que teme la revolución, en lugar de defender una revolución democraticoburguesa consecuente.

En efecto, ¿por qué deben convertirse en propiedad del Estado sólo las grandes haciendas y no toda la tierra? La burguesía liberal logra así preservar al máximo la antigua situación (es decir, la menor consecuencia en la revolución) y facilitar al máximo la vuelta a la antigua situación. La burguesía radical, es decir, la burguesía que quiere llevar la revolución burguesa hasta el final, plantea la consigna de *nacionalización de la tierra*.

Kautsky, que en un borroso y remoto pasado, hace unos veinte años, escribió una excelente obra marxista sobre el problema agrario, no puede dejar de saber que Marx señalaba que la nacionalización de la tierra es, en realidad, una consigna *consecuente de la burguesía*. Kautsky no puede ignorar la polémica de Marx con Rodbertus y los notables pasajes de Marx en su obra *Teorías de la plusvalía*, donde explica con particular claridad el significado revolucionario —en el sentido democraticoburgués— de la nacionalización de la tierra.

El menchevique P. Maslov, a quien Kautsky, para su desgracia, ha elegido como consejero, negaba que los campesinos rusos fueran a aceptar la nacionalización de toda la tierra (incluyendo la tierra de los campesinos). Esta opinión de Maslov podía tener relación, hasta cierto punto, con su "original" teoría (simple repetición de lo que dicen los críticos burgueses de Marx) que negaba la renta absoluta y aceptaba la "ley" (o el "hecho", como decía Maslov) "de la fertilidad decreciente del suelo".

Pero, en realidad, la revolución de 1905 demostró que la inmensa mayoría de los campesinos de Rusia, tanto los miembros de las comunas rurales como los que tenían parcela propia, apoyaban la nacionalización de toda la tierra. La revolución de 1917 lo confirmó y, después de asumir el poder el proletariado, esto se convirtió en realidad. Los bolcheviques permanecieron fieles al marxismo y nunca intentaron (a pesar de que Kautsky nos acusa de ello sin la más mínima prueba) "saltar" por sobre la revolución democraticoburguesa. Los bolcheviques ayudaron primero a los ideólogos democraticoburgueses más radicales, más revolucionarios de los campesinos, a los que estaban más cerca del proletariado, es decir, a los socialrevolucionarios de izquierda, a realizar lo que era en realidad nacionalización de la tierra. La propiedad privada de la tierra fue abolida en Rusia el 26 de octubre de 1917, es decir, el primer día de la revolución socialista proletaria.

De este modo se estableció una base, la más perfecta desde el punto de vista del desarrollo del capitalismo (Kautsky no puede negarlo sin romper con Marx)

y, al mismo tiempo, se creó el sistema agrario *más flexible* desde el punto de vista del paso al socialismo. Desde el punto de vista democraticoburgués, los campesinos revolucionarios en Rusia *no podían ir más lejos: no puede haber nada "más ideal"* desde este punto de vista, nada "más radical" (desde ese mismo punto de vista) que la nacionalización de la tierra y el usufructo igualitario de la tierra. Fueron los bolcheviques, y únicamente los bolcheviques, quienes, sólo en virtud del triunfo de la revolución *proletaria*, ayudaron a los campesinos a llevar la revolución democraticoburguesa realmente hasta el final. Y sólo de este modo hicieron el máximo para facilitar y acelerar el paso a la revolución socialista.

De esto puede inferirse qué increíble confusión brinda Kautsky a sus lectores cuando acusa a los bolcheviques de no comprender el carácter burgués de la revolución y él mismo revela tal desviación del marxismo que *no dice nada* sobre la nacionalización de la tierra y presenta la reforma agraria liberal menos revolucionaria (desde el punto de vista burgués) ¡como "algo socialista"!.

Nos acercamos ahora al tercero de los problemas formulados antes, es decir: hasta qué punto ha tenido en cuenta la dictadura del proletariado en Rusia la necesidad de pasar a la agricultura colectiva. Kautsky vuelve a cometer en este caso algo que se parece mucho a una falsificación: ¡se limita a citar las "tesis" de un bolchevique en las que se habla de la tarea de pasar a la agricultura colectiva! Después de citar una de esas tesis, exclama nuestro "teórico" con aire triunfal:

Por desgracia, proclamar una tarea no significa haberla realizado ya. La agricultura colectiva en Rusia está, por el momento, condenada a quedar en el papel. Nunca hasta ahora, en ninguna parte, han pasado los pequeños campesinos a la agricultura colectiva movidos por convicciones teóricas (p. 50).

Nunca hasta ahora, en ninguna parte, ha cometido nadie una estafa literaria igual a esta de Kautsky. Cita las "tesis", pero no dice ni una palabra sobre la *ley* del Gobierno soviético. ¡Habla de "convicción teórica", pero no dice ni una palabra del poder proletario que tiene en sus manos las fábricas y las mercancías! Todo lo que escribió el marxista Kautsky en 1899 en *El problema agrario* sobre los medios de que dispone el Estado proletario para lograr la transición gradual de los pequeños campesinos al socialismo lo ha olvidado el renegado Kautsky en 1918.

Por supuesto, unos centenares de comunas agrícolas y haciendas soviéticas apoyadas por el Estado (es decir, de grandes haciendas cultivadas por asociaciones de obreros a expensas del Estado) es muy poco. Pero ¿puede llamarse "crítica" el silencio de Kautsky sobre este hecho?

La nacionalización de la tierra, realizada en Rusia por la dictadura del proletariado, constituyó la mejor garantía de que la revolución democraticoburguesa pudiera ser llevada hasta el final, incluso en el caso de que una victoria de la contrarrevolución hiciera retroceder de la nacionalización de la tierra al reparto de la tierra (posibilidad que analizo especialmente en mi folleto sobre

el programa agrario de los marxistas en la revolución de 1905). Además, la nacionalización de la tierra ha dado al Estado proletario las máximas posibilidades para pasar al socialismo en la agricultura.

En resumen: Kautsky nos ofrece, en lo que a la teoría se refiere, un increíble embrollo, que es una total renuncia al marxismo, y, en lo que a la práctica se refiere, una política de servilismo a la burguesía y a su reformismo. ¡Buena crítica, en verdad!

Kautsky comienza su "análisis económico" de la industria con el siguiente magnífico razonamiento:

Rusia tiene una gran industria capitalista. ¿No podría construirse sobre esta base un sistema de producción socialista? "Podría pensarse así si el socialismo consistiera en que los obreros de las distintas minas y fábricas las tomaran en propiedad [literalmente: se las apropiaran], a fin de llevar a cabo la producción separadamente en cada una de las fábricas" (p. 52). "Precisamente hoy, 5 de agosto, mientras escribo estas líneas —añade Kautsky— informan desde Moscú sobre un discurso de Lenin del 2 de agosto en el cual, según se afirma, ha dicho: 'Los obreros retienen con firmeza las fábricas y talleres, y los campesinos no entregarán la tierra a los terratenientes'. Hasta ahora, la consigna: las fábricas para los obreros y la tierra para los campesinos ha sido una consigna no socialdemócrata, sino anarcosindicalista" (pp. 52-53).

Hemos citado íntegramente este pasaje para que los obreros rusos, que antes respetaban a Kautsky, y con razón, puedan ver por sí mismos los métodos que emplea este desertor que se ha pasado al campo burgués.

Piénsese solamente: el 5 de agosto, cuando se había dictado una cantidad de decretos sobre la nacionalización de las fábricas en Rusia —y los obreros no se habían "apropiado" de una sola fábrica, sino que *todas* habían pasado a ser propiedad de la república—, el 5 de agosto, Kautsky, basándose en una evidente mala interpretación de una frase de mi discurso, trata de hacer creer a los lectores alemanes que en Rusia se entregan las fábricas a grupos de obreros! ¡Y después de ello, en decenas y decenas de renglones, Kautsky no hace más que rumiar que las fábricas no deben ser entregadas a grupos de obreros!

Esto no es una crítica, es la treta de un lacayo de la burguesía a quien pagan los capitalistas para que calumnie a la revolución obrera.

Las fábricas deben ser entregadas al Estado, o a las municipalidades, o a las cooperativas de consumidores, repite una y otra vez Kautsky, y por último añade:

"Esto es lo que están tratando de hacer ahora en Rusia...". ¡Ahora! ¿Qué significa eso? ¿En agosto? Pero ¿no pudo encargarse Kautsky a sus amigos Stein o Axelrod o a cualquier otro amigo de la burguesía rusa que le tradujera siquiera uno de los decretos sobre las fábricas?

Hasta dónde han llegado en esa dirección aún no podemos decirlo. En todo caso, este aspecto de la actividad de la república soviética es del mayor interés para nosotros, pero sigue aún enteramente envuelto en tinieblas. No faltan decretos... ¡[Por eso ignora Kautsky su *contenido* o lo oculta a sus lectores!], pero no hay información fidedigna sobre la vigencia de esos decretos. La producción socialista es imposible sin una información estadística completa, detallada, segura y rápida. La república soviética no puede haberla creado todavía. Lo que sabemos de sus actividades económicas es sumamente contradictorio y de ningún modo puede verificarse. Esto también es resultado de la dictadura y de la liquidación de la democracia. No hay libertad de prensa ni de expresión (p. 53).

¡Así se escribe la historia! De la "libre" prensa de los capitalistas y de los partidarios de Dutov, Kautsky habría obtenido información sobre fábricas entregadas a los obreros... ¡Es en verdad magnífico este "serio erudito" que está por encima de las clases! Kautsky no quiere decir una sola palabra de los innumerables hechos que demuestran que las fábricas son transferidas *únicamente* a la república, que son administradas por un organismo del poder soviético, el Consejo Superior de Economía Nacional, compuesto principalmente por obreros elegidos por los sindicatos. Con la obstinación del "hombre enfundado", repite porfiadamente una sola cosa: denme una democracia pacífica, sin guerra civil, sin dictadura y con buenas estadísticas (la república soviética ha creado una institución de estadística en la que trabajan los estadísticos más expertos de Rusia, pero, naturalmente, una estadística ideal no puede lograrse tan rápido). En una palabra: lo que exige Kautsky es una revolución sin revolución, sin una lucha feroz, sin violencia. Es lo mismo que pretender huelgas sin el desencadenamiento de pasiones entre los obreros y los patrones. ¡Imposible encontrar la diferencia entre este tipo de "socialista" y un vulgar burócrata liberal!

Y basándose en semejantes "datos", es decir, ignorando deliberada y despectivamente los innumerables hechos, Kautsky "concluye":

Es dudoso que, en lo que se refiere a verdaderas conquistas prácticas y no a simples decretos, el proletariado ruso haya obtenido con la república soviética más de lo que habría obtenido de una Asamblea Constituyente, en la cual, lo mismo que en los sóviets, predominaban los socialistas, aunque de un matiz distinto (p. 58).

Una perla, ¿verdad? Aconsejariamos a los admiradores de Kautsky difundir ampliamente entre los obreros rusos estas palabras, dado que Kautsky no podía haber proporcionado mejor material para calibrar la profundidad de su degeneración política. ¡También Kerensky era "socialista", camaradas obreros, sólo que "de un matiz distinto"! El historiador Kautsky se contenta con el nombre, con el título del que se "apropiaron" los escritas de derecha y los mencheviques. El historiador Kautsky se niega a oír hablar siquiera de los hechos que demuestran que bajo Kerensky los mencheviques y los escritas de

derecha apoyaban la política imperialista y expoliadora de la burguesía, y silencio discretamente el hecho de que la mayoría en la Asamblea Constituyente estaba compuesta por esos paladines de la guerra imperialista y de la dictadura burguesa. ¡Y a esto se lo llama "análisis económico"!

Permítaseme citar, para terminar, otra muestra de ese "análisis económico":

Después de nueve meses de existencia, en lugar de haber difundido el bienestar general, la república soviética se vio obligada a explicar por qué hay escasez general (p. 41).

Los kadetes nos tienen acostumbrados a semejantes argumentos. Todos los lacayos de la burguesía en Rusia argumentan así: muéstrennos, después de nueve meses, dónde está el bienestar general de ustedes; y esto después de cuatro años de una guerra devastadora, con el capital extranjero apoyando en toda forma el sabotaje y los alzamientos de la burguesía en Rusia. *En realidad* no queda absolutamente ninguna diferencia, ni sombra de diferencia, entre Kautsky y un burgués contrarrevolucionario. Con sus palabras almibaradas, disfrazadas de "socialismo", no hace más que repetir lo que clara, directamente y sin adornos dicen en Rusia los partidarios de Kornálov, de Dutov y de Krasnov.

Las líneas precedentes fueron escritas el 9 de noviembre de 1918. Esa misma noche llegaron noticias de Alemania que anunciaban el comienzo de una revolución victoriosa, primero en Kiel y en otras ciudades y puertos del norte, donde el poder ha pasado a manos de sóviets de diputados obreros y soldados, y luego en Berlín, donde también ha pasado el poder a manos de un sóviet.

La conclusión de mi folleto sobre Kautsky y la revolución proletaria, que me quedaba por escribir, es ahora superflua.

10 de noviembre de 1918

N. Lenin

ANEXO I

Tesis sobre la Asamblea Constituyente²⁰

1. Era completamente legítimo que la socialdemocracia revolucionaria incluyera en su programa la exigencia de la convocatoria de la Asamblea Constituyente, porque en una república burguesa la Asamblea Constituyente representa la forma superior de democracia y porque, al crear el parlamento, la república imperialista encabezada por Kerensky preparaba la falsificación de las elecciones y la violación de la democracia de diversas formas.

2. Al reclamar la convocatoria de una Asamblea Constituyente, la socialdemocracia revolucionaria, desde los primeros días de la revolución de 1917, subrayó más de una vez que la República de Sóviets es una forma de democracia superior a la habitual república burguesa con su Asamblea Constituyente.

3. Para el tránsito del sistema burgués al socialista, para instaurar la dictadura del proletariado, la República de Sóviets de diputados obreros, soldados y campesinos no es sólo la forma más elevada de institución democrática (comparada con la corriente república burguesa coronada por una Asamblea Constituyente), sino la única forma capaz de asegurar el pasaje menos doloroso posible al socialismo.

4. En nuestra revolución, la convocatoria a la Asamblea Constituyente sobre la base de listas presentadas a mediados de octubre de 1917 tiene lugar en condiciones que imposibilitan que las elecciones a esta Asamblea Constituyente sean fiel expresión de la voluntad del pueblo en general y de las masas trabajadoras en particular.

5. En primer término, la representación proporcional sólo resulta fiel expresión de la voluntad del pueblo cuando las listas presentadas por los partidos corresponden a la verdadera división del pueblo según los agrupamientos partidarios reflejados en esas listas. Y es sabido que en nuestro país el partido que entre mayo y octubre ha tenido más partidarios en el pueblo y, sobre todo, entre los campesinos, el partido de los socialrevolucionarios, presentó listas unidas a la Asamblea Constituyente a mediados de octubre de 1917, pero se dividió en noviembre de 1917, después de las elecciones y antes de que se reuniera la Asamblea.

Por eso, desde el punto de vista formal, la composición de la Asamblea Constituyente no corresponde ni puede corresponder con la voluntad de la masa de electores.

²⁰ Publicado el 26 (13) de diciembre de 1917 en *Pravda* N.º 213.

6. En segundo término, lo más importante, no formal ni jurídicamente, sino económico-social, una razón de clase de la discrepancia entre la voluntad del pueblo y sobre todo la voluntad de las clases trabajadoras, por una parte, y la composición de la Asamblea Constituyente, por otra, responde a que las elecciones a la Asamblea Constituyente se realizaron cuando la enorme mayoría del pueblo todavía no podía conocer toda la magnitud y la significación de la Revolución de Octubre, soviética, proletaria y campesina, que comenzó el 25 de octubre de 1917, es decir, después de que las listas de candidatos para la Asamblea Constituyente habían sido presentadas.

7. La Revolución de Octubre, al conquistar el poder para los sóviets y arrancar el dominio político a la burguesía para entregarlo al proletariado y al campesinado pobre, está pasando ante nuestros ojos por sucesivas etapas de desarrollo.

8. La revolución ha comenzado por la victoria del 24-25 de octubre, conseguida en la capital, cuando el II Congreso de los Sóviets de toda Rusia de Diputados Obreros y Soldados, vanguardia de los proletarios y del sector políticamente más activo de los campesinos, dio la mayoría al Partido Bolchevique y lo llevó al poder.

9. Luego, durante los meses de noviembre y diciembre, la revolución se extendió a toda la masa del Ejército y de los campesinos, lo cual se expresó ante todo en la destitución y renovación de los antiguos organismos dirigentes (comités de Ejército, comités campesinos provinciales, Comité Ejecutivo Central del Sóviet de Diputados Campesinos de toda Rusia, etc.) que constituían la expresión de una etapa de la revolución ya superada, de conciliación con la burguesía, la etapa burguesa y no proletaria; por esa razón estos organismos debían desaparecer inevitablemente de escena bajo la presión de las masas populares más amplias y más profundas.

10. Este poderoso movimiento de las masas explotadas para la renovación de los órganos dirigentes de sus organizaciones no ha terminado aún hoy, a mediados de diciembre de 1917, y una de sus etapas es el Congreso de los Ferroviarios, que actualmente se encuentra reunido.

11. Por consiguiente, el agrupamiento de las fuerzas de clase en Rusia en noviembre y diciembre de 1917 adquiere en realidad una forma que se diferencia de su expresión en las listas de candidatos presentadas por los partidos para las elecciones a la Asamblea Constituyente a mediados de octubre de 1917.

12. Los recientes acontecimientos en Ucrania (en parte también en Finlandia y en Bielorrusia, así como en el Cáucaso) indican asimismo que se está realizando un nuevo agrupamiento de las fuerzas de clase en el curso de la lucha entre el nacionalismo burgués de la Rada de Ucrania, de la Dieta finlandesa, etc., por un lado, y el poder de los sóviets, la revolución proletaria y campesina de cada una de esas repúblicas nacionales, por otro.

13. Y, por último, la guerra civil, iniciada con la rebelión contrarrevolucionaria de los kadetes y los kaledinistas contra las autoridades soviéticas, contra el

gobierno de los obreros y campesinos, ha llevado finalmente la lucha de clases a un punto decisivo, suprimiendo toda posibilidad de resolver de manera formalmente democrática los muy agudos problemas con que la historia ha enfrentado a los pueblos de Rusia y en primer lugar a su clase obrera y sus campesinos.

14. Únicamente la victoria total de los obreros y campesinos sobre la revuelta de los burgueses y los terratenientes (cuya expresión es el movimiento de los kadetes y kaledinistas), sólo la implacable represión militar de esa revuelta de los esclavistas puede verdaderamente salvaguardar la revolución proletaria y campesina. El curso de los acontecimientos y el desarrollo de la lucha de clases en la revolución han hecho que la consigna "Todo el poder a la Asamblea Constituyente" —que no tiene en cuenta las conquistas de la revolución obrera y campesina, que no tiene en cuenta el poder soviético, que no tiene en cuenta las resoluciones del II Congreso de Sóviets de toda Rusia de Diputados Obreros y Soldados y del II Congreso de Sóviets de toda Rusia de Diputados Campesinos, etc.— se haya convertido en los hechos en la consigna de los kadetes, de los kaledinistas y de sus acólitos. El pueblo entero comienza a comprender que esta consigna significa la eliminación del poder de los sóviets, y que la Asamblea Constituyente, si se aparta del poder de estos, quedará inevitablemente condenada a la muerte política.

15. El problema de la paz es uno de los más candentes en la vida del pueblo. No se ha emprendido en Rusia una lucha verdaderamente revolucionaria por la paz hasta después de la victoria de la revolución del 25 de octubre, y los primeros frutos de esa victoria fueron la publicación de los tratados secretos, el armisticio y el comienzo de negociaciones públicas para lograr una paz general, sin anexiones ni indemnizaciones.

Sólo ahora las amplias masas del pueblo realmente tienen una posibilidad de observar completa y abiertamente la política de la lucha revolucionaria por la paz y de estudiar sus resultados.

Durante las elecciones a la Asamblea Constituyente las masas populares no tenían esa posibilidad.

Evidentemente, también es inevitable, desde este punto de vista, la discrepancia entre la composición de la Asamblea Constituyente elegida y la verdadera voluntad del pueblo en el problema de la terminación de la guerra.

16. El conjunto de circunstancias que acabamos de examinar hace que la Asamblea Constituyente, convocada según las listas de los partidos existentes antes de la revolución proletaria y campesina, bajo el dominio de la burguesía, entre inevitablemente en conflicto con la voluntad y los intereses de las clases trabajadoras y explotadas que el 25 de octubre han iniciado la revolución socialista contra la burguesía. Es natural que los intereses de esta revolución tengan primacía sobre los derechos formales de la Asamblea Constituyente, aunque estos derechos formales no resultaran debilitados porque en la ley sobre la Asamblea Constituyente falte el reconocimiento del derecho del pueblo de revocar a sus diputados y realizar nuevas elecciones en cualquier momento.

17. Todo intento, directo o indirecto, de plantear la cuestión de la Asamblea Constituyente —desde un punto de vista jurídico, formal, dentro del marco de la democracia burguesa corriente, sin tener en cuenta la lucha de clases y la guerra civil— es una traición a la causa del proletariado y la adopción del punto de vista de la burguesía. El deber incondicional de los socialdemócratas revolucionarios consiste en alertar a todos contra este error en el que han caído algunos de los dirigentes bolcheviques, que no han sabido valorar la insurrección de octubre y las tareas de la dictadura del proletariado.

18. La única posibilidad de lograr una solución indolora a la crisis que ha surgido debido a la divergencia entre las elecciones a la Asamblea Constituyente, por un lado, y la voluntad del pueblo y los intereses de las clases trabajadoras y explotadas, por otro, es que el pueblo ejerza tan amplia y rápidamente como sea posible el derecho de elegir de nuevo a los miembros de la Asamblea Constituyente, y que la esta acepte la ley del Comité Ejecutivo Central sobre estas nuevas elecciones, que proclame que reconoce sin reservas el poder y la revolución soviéticos y su política en los problemas de la paz, la tierra y el control obrero, y que se una decididamente al campo de los enemigos de la contrarrevolución kadete-kaledinista.

19. Si no se cumplen estas condiciones, la crisis planteada en relación con la Asamblea Constituyente no podrá resolverse más que por vía revolucionaria, con las medidas revolucionarias más enérgicas, rápidas, firmes y resueltas, tomadas por el poder de los sóviets para combatir la contrarrevolución de los kadetes y kaledinistas, cualesquiera sean las consignas y las instituciones (incluso si son miembros de la Asamblea Constituyente) en que se oculte esa contrarrevolución. Cualquier intento de atar las manos del poder soviético en esta lucha sería hacerse cómplice de la contrarrevolución.

ANEXO II

El nuevo libro de Vandervelde sobre el Estado

Sólo después de haber leído el libro de Kautsky llegó a mis manos el de Vandervelde: *El socialismo contra el Estado* (París, 1918). Surge involuntariamente una comparación de ambos libros. Kautsky es el jefe ideológico de la II Internacional (1889-1914), mientras que Vandervelde, en su calidad de presidente del Buró Socialista Internacional, es su representante oficial. Ambos representan la total bancarrota de la II Internacional y ambos, con la destreza de periodistas expertos, ocultan "hábilmente" con expresiones marxistas esa bancarrota y su propia bancarrota y deserción al campo de la burguesía. Uno nos brinda un evidente ejemplo de lo que es típico del oportunismo alemán, una tediosa, teorizante y burda falsificación del marxismo, podándolo de todo lo que es inaceptable para la burguesía. El segundo es una figura típica de la variedad latina –hasta cierto punto podría decirse de Europa occidental (es decir, al oeste de Alemania)– del oportunismo dominante, que es más flexible, menos tedioso, que falsifica el marxismo empleando el mismo procedimiento fundamental, pero de un modo más sutil.

Ambos tergiversan por completo, tanto la doctrina de Marx sobre el Estado como su doctrina sobre la dictadura del proletariado; Vandervelde se ocupa más del primer asunto y Kautsky, del segundo. Ambos ocultan el vínculo muy estrecho e inseparable que existe entre ambos problemas. Ambos son revolucionarios y marxistas de palabra, pero renegados en la práctica, que hacen todo lo posible por *aferrarse* de la revolución. Ninguno de los dos tiene ni sombra de lo que impregna todas las obras de Marx y Engels, y que distingue en realidad al socialismo de su caricatura burguesa, es decir, la dilucidación de las tareas de la revolución *diferenciándolas* de las tareas de la reforma, la dilucidación de la táctica revolucionaria diferenciándola de la táctica reformista, la dilucidación del papel del proletariado *en la abolición* del sistema, orden o régimen de la esclavitud asalariada, diferenciándolo del papel del proletariado de las "grandes" potencias, que comparte con la burguesía una parte de los superbeneficios imperialistas de esta última y de su botín.

Veamos algunos de los más importantes argumentos de Vandervelde para apoyar esta opinión.

Igual que Kautsky, Vandervelde cita a Marx y a Engels con gran celo. E igual que Kautsky cita de Marx y de Engels todo lo que se quiera, *excepto* lo que es absolutamente inaceptable para la burguesía y lo que distingue a un revolucionario de un reformista. Le fluyen las palabras para hablar de la

conquista del poder político por el proletariado, puesto que eso la práctica lo ha circunscrito a un marco estrictamente parlamentario. ¡Pero no dice *ni una palabra* respecto del hecho de que Marx y Engels, después de la experiencia de la Comuna, juzgaron necesario completar el *Manifiesto comunista*, en parte anticuado, con una explicación de la verdad de que la clase obrera no puede adueñarse simplemente de la máquina estatal existente, sino que tiene que *destruirla*. Vandervelde y Kautsky, como si se hubieran puesto de acuerdo, silencian por completo lo más esencial de la *experiencia* de la revolución proletaria, lo que distingue precisamente la revolución proletaria de las reformas burguesas.

Igual que Kautsky, Vandervelde habla de la dictadura del proletariado para zafarse de ella. Kautsky lo hace mediante burdas falsificaciones. Vandervelde lo hace en forma más sutil. En la parte de su libro, apartado 4, en que se refiere a "la conquista del poder político por el proletariado", dedica el punto "b" al problema de la "dictadura colectiva del proletariado", "cita" a Marx y a Engels (repito: omitiendo precisamente lo que se refiere a lo más importante, a saber, a la *destrucción* de la vieja máquina estatal democraticoburguesa) y concluye:

En medios socialistas se suele concebir la revolución social del siguiente modo: una nueva Comuna, esta vez victoriosa, y no en un lugar sino en muchos centros del mundo capitalista.

Hipótesis, pero hipótesis que nada tiene de improbable en momentos en que se hace evidente que el período de posguerra conocerá, en muchos países, antagonismos de clase y conmociones sociales jamás vistos.

Pero si algo prueba el fracaso de la Comuna de París, por no hablar de las dificultades de la revolución rusa, es que resulta imposible poner fin al régimen capitalista hasta que el proletariado no esté suficientemente preparado para hacer un uso adecuado del poder que la fuerza de las circunstancias pueda poner en sus manos" (p. 73).

¡Y ni una palabra más sobre la esencia del problema!

¡Así son los dirigentes y representantes de la II Internacional! En 1912 suscribieron el Manifiesto de Basilea, en el que se habla francamente de la vinculación entre esa misma guerra que estalló en 1914 y una revolución proletaria, y la entreveían como una *amenaza*. Y cuando estalló la guerra y surgió una situación revolucionaria los Kautsky y los Vandervelde empezaron a esconderse de la revolución. Véase: ¡una revolución del tipo de la Comuna no es más que una hipótesis que nada tiene de improbable! Esto es análogo al argumento de Kautsky sobre el posible papel de los sóviets en Europa.

Pero es precisamente así como razona cualquier *liberal* culto; ahora estará sin duda de acuerdo en que una nueva Comuna "no es improbable", en que los sóviets tienen reservado un gran papel, etc. El revolucionario proletario se distingue del liberal precisamente en que, como teórico, analiza el nuevo significado de la Comuna y de los sóviets como *Estado*. Vandervelde, sin

embargo, *calla* todo lo que sobre este tema dijeron detalladamente Marx y Engels al analizar la experiencia de la Comuna.

Como activista, como político, un marxista debería haber aclarado que sólo los traidores al socialismo pueden eludir ahora la tarea de explicar la necesidad de una revolución proletaria (del tipo de la Comuna, del tipo de los sóviets o, quizá, de algún tercer tipo), de explicar la necesidad de prepararse para ella, de hacer propaganda de la revolución entre las masas, de refutar los prejuicios pequeñoburgueses contra la revolución, etcétera.

Pero ni Kautsky ni Vandervelde han hecho nada parecido precisamente porque ellos mismos son traidores al socialismo que quieren conservar entre los obreros su reputación de socialistas y marxistas.

Veamos la formulación teórica del problema.

El Estado, incluso en una república democrática, no es más que una máquina para que una clase oprima a otra. Kautsky conoce esta verdad, la admite, está de acuerdo con ella, pero... elude el problema fundamental: a qué clase determinada tiene que oprimir el proletariado al instaurar el Estado proletario, por qué y con qué medios debe hacerlo.

Vandervelde conoce, admite esta tesis fundamental del marxismo, está de acuerdo con ella y la cita (página 72 de su libro), pero... lino dice una sola palabra sobre el tema tan "desagradable" (para los señores capitalistas) del aplastamiento de la resistencia de los explotadores!

Tanto Vandervelde como Kautsky eluden totalmente este "desagradable" tema. En ello consiste su apostasía.

Igual que Kautsky, Vandervelde es maestro acabado en el arte de sustituir la dialéctica por el eclecticismo. Por una parte, no se puede menos que confesar; por la otra, hay que reconocer. Por una parte, la palabra Estado puede significar "la nación en su conjunto" (véase el diccionario de Littré, obra erudita, no se puede negar, página 87 de Vandervelde); por la otra, la palabra Estado puede significar el "Gobierno" (*ibidem*). Vandervelde cita esta erudita trivialidad, aprobándola, *junto* a citas de Marx.

[El significado marxista de la palabra "Estado" difiere del significado corriente —escribe Vandervelde—: de ahí que puedan surgir "malentendidos".] Marx y Engels consideran el Estado, no como el Estado en sentido amplio, no como un organismo de gobierno, representante de los intereses generales de la sociedad [*intérêts généraux de la société*]. Es el Estado como poder, el Estado como el órgano de autoridad, el Estado como el instrumento de la dominación de una clase sobre otra (pp. 75-76 del libro de Vandervelde).

[Marx y Engels hablan de la abolición del Estado sólo en este segundo sentido...] Afirmaciones demasiado absolutas corren el riesgo de ser inexactas. Entre el Estado capitalista, basado en la dominación exclusiva de una clase, y el Estado proletario, cuyo objetivo es la abolición de todas las clases, hay muchas etapas de transición (p. 156).

He ahí un ejemplo de la "manera" de Vandervelde, que apenas se distingue de la de Kautsky y que, en el fondo, es idéntica a ella. La dialéctica rechaza las verdades absolutas y explica los cambios sucesivos de opuestos y la significación de las crisis en la historia. El ecléctico no quiere afirmaciones "demasiado absolutas" porque quiere meter subrepticamente su desco pequeño burgués y filisteo de reemplazar la revolución por "*etapas de transición*".

Los Kautsky y los Vandervelde nada dicen sobre el hecho de que la etapa de transición entre el Estado como un órgano de dominación de la clase capitalista y el Estado como un órgano de dominación del proletariado es la *revolución*, que significa el *derrocamiento* de la burguesía y la *derrocción*, la destrucción de su máquina estatal.

Los Kautsky y los Vandervelde ocultan el hecho de que la dictadura de la burguesía debe ser reemplazada por la dictadura de *una* clase, el proletariado, y que las "etapas de transición" de la *revolución* serán seguidas por las "etapas de transición" de la extinción gradual del Estado proletario.

En ello consiste su apostasía política.

En ello consiste, desde el punto de vista teórico, filosófico, su sustitución de la dialéctica por el eclecticismo y la sofística. La dialéctica es concreta y revolucionaria y distingue la "transición" de la dictadura de una clase a la dictadura de otra clase, de la "transición" del Estado proletario democrático al no Estado (la "extinción del Estado"). ¡El eclecticismo y la sofística de los Kautsky y los Vandervelde, para complacer a la burguesía, oscurecen todo lo que es concreto y exacto en la lucha de clases y proponen en su lugar el concepto general de "transición", bajo el cual pueden esconder (como *lo esconden* las nueve décimas partes de los socialdemócratas oficiales de nuestra época) su renuncia a la revolución!

Vandervelde, como ecléctico y sofista, es más hábil y sutil que Kautsky, porque la frase "transición del Estado en el sentido estricto al Estado en el sentido amplio" puede servir para eludir todos y cada uno de los problemas de la revolución, toda diferencia entre revolución y reforma e incluso la diferencia entre un marxista y un liberal. Porque ¿a qué burgués con una educación europea se le ocurrirá negar "en general" las "etapas de transición" en este sentido "general"?

Coincido con Guesde —escribe Vandervelde— en que es imposible socializar los medios de producción y de intercambio sin que se hayan cumplido las dos siguientes condiciones previas:

- (1) La transformación del Estado actual, órgano de dominación de una clase sobre otra, en lo que Menger llama Estado popular del trabajo, mediante la conquista del poder político por el proletariado.
- (2) La separación del Estado como órgano de autoridad del Estado como órgano de gobierno o, para emplear la expresión de Saint-Simon, el gobierno de los hombres de la administración de las cosas" (p. 89).

Vandervelde subraya esto, poniendo especial énfasis en la importancia de esos cruceados. ¡Pero esto no es sino el más puro embrollo ecléctico, una ruptura completa con el marxismo! Porque el "Estado popular del trabajo" no es más que una paráfrasis del viejo "Estado popular libre" del que hacían alarde los socialdemócratas alemanes en la década del setenta y que Engels tildó de absurdo. La expresión "Estado del trabajo popular" es una frase digna de demócratas pequeñoburgueses (como nuestros eseristas de izquierda), una frase que reemplaza los conceptos de clase por conceptos *no clasistas*. Vandervelde coloca la conquista del poder *por el proletariado* (por una *clase*) junto con el Estado "popular" sin ver el embrollo que de eso resulta. Con Kautsky y con su "democracia para" se obtiene un embrollo similar y un similar desconocimiento antirrevolucionario y pequeñoburgués de las tareas de la revolución de clase, de la dictadura de clase, proletaria, del Estado de *clase* (proletario).

Prosigamos. El gobierno de los hombres desaparecerá y dará paso a la administración de las cosas sólo cuando el Estado *en todas sus formas* se haya extinguido. Pero, al hablar de ese futuro relativamente lejano, Vandervelde oscurece, deja en la sombra la tarea *inmediata*, o sea, *el derrocamiento* de la burguesía.

Esta treta equivale también al servilismo ante la burguesía liberal. El liberal está dispuesto a hablar de lo que sucederá cuando no sea necesario gobernar a los hombres. ¿Por qué no entregarse a sueños tan inofensivos? Pero de que el proletariado tiene que aplastar la resistencia de la burguesía a ser expropiada, de eso ni palabra. El interés de clase de la burguesía así lo exige.

El socialismo contra el Estado. Esa es la reverencia de Vandervelde al proletariado. No es difícil hacer una reverencia, todo político "democrático" sabe hacer reverencias a sus electores. Y detrás de la "reverencia" se insinúa un contenido antirrevolucionario y antiproletario.

Vandervelde parafrasea extensamente a Ostrogorsky para mostrar cuánto engaño, violencia, corrupción, mentira, hipocresía y opresión de los pobres se esconde tras la fachada civilizada, lustrada y perfumada de la democracia burguesa contemporánea. Pero no extrae de ello consecuencia alguna, no advierte que la democracia burguesa reprime a las masas trabajadoras y explotadas y que la democracia proletaria tendrá que *reprimir a la burguesía*. Kautsky y Vandervelde son ciegos a eso. El interés de clase de la burguesía, tras de la cual se arrastran estos traidores pequeñoburgueses al marxismo, *exige* que se eluda este problema, que sea ocultado o que se niegue directamente la necesidad de tal represión.

Eclécticismo pequeñoburgués contra marxismo, sofística contra dialéctica, reformismo filisteo contra revolución proletaria. Ese debería ser el título del libro de Vandervelde.

I CONGRESO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA

2-6 de marzo de 1919

Discurso en la inauguración del Congreso¹

2 de marzo

En nombre del Comité Central del Partido Comunista de Rusia declaro abierto el I Congreso Comunista Internacional. Ante todo quiero pedir a los presentes que rindan homenaje a la memoria de los mejores representantes de la III Internacional, Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg. (*Todos se ponen de pie.*)

Camaradas, esta reunión tiene gran importancia histórica mundial. Es una prueba de que las ilusiones que abrigaban los demócratas burgueses han fracasado, porque la guerra civil es un hecho no sólo en Rusia, sino también en los países capitalistas más desarrollados de Europa.

La burguesía siente verdadero terror ante el desarrollo del movimiento revolucionario del proletariado. Eso es comprensible si tenemos en cuenta que el desarrollo de los acontecimientos después de la guerra imperialista favorece inevitablemente al movimiento revolucionario del proletariado, que la revolución mundial se ha iniciado y se intensifica en todos los países.

El pueblo tiene consciencia de la magnitud y la importancia que adquiere la lucha en estos momentos. Solamente es indispensable encontrar la forma práctica que permitirá al proletariado implantar su poder. Esa forma es el sistema soviético con la dictadura del proletariado. ¡Dictadura del proletariado! Hasta hace poco estas palabras eran latín para las masas. Gracias a la difusión que ha alcanzado en el mundo entero el sistema de los sóviets, ese latín fue traducido a todos los idiomas contemporáneos; las masas obreras encontraron la forma práctica de la dictadura. Las amplias masas obreras lo entienden ahora gracias al poder soviético en Rusia, gracias a la *Spartakusbund* en Alemania y a las organizaciones similares de otros países, como, por ejemplo, los *Shop Stewards Committees* en Gran Bretaña². Todos estos hechos demuestran que la dictadura

1 Este discurso fue pronunciado en ocasión de la inauguración de sesiones del Congreso; el informe y el discurso de cierre se publicaron por primera vez en 1920, en el libro *Der I Kongress der Kommunistischen Internationale*, Petrogrado, ed. Protokoll.

2 Los comités de delegados sindicales se extendieron en 1919 en Gran Bretaña y protagonizaron huelgas y levantamientos, como el conocido "Viernes Sangriento", cuando las fuerzas militares británicas reprimieron las huelgas obreras de Glasgow en Escocia [NdlE].

del proletariado ha encontrado ya la forma revolucionaria, que el proletariado está ya en condiciones de ejercer su poder.

Camaradas, creo que después de los acontecimientos que tuvieron lugar en Rusia y después de la lucha de enero en Alemania es particularmente importante señalar que la nueva forma del movimiento del proletariado se está afirmando y se impone también en otros países. Hoy, por ejemplo, he leído en un periódico antisocialista una información acerca de que el Gobierno británico recibió a una delegación del Sóviet de Diputados Obreros de Birmingham y se manifestó dispuesto a reconocer a los sóviets como organismos económicos. El sistema soviético ha triunfado no sólo en la atrasada Rusia, sino también en el país más desarrollado de Europa, en Alemania, así como en el país capitalista más antiguo, Gran Bretaña.

La burguesía puede todavía actuar con crueldad, puede todavía asesinar a miles de obreros, pero la victoria será nuestra; la victoria de la revolución comunista mundial está asegurada.

¡Camaradas! Saludo cordialmente a este congreso en nombre del Comité Central del Partido Comunista de Rusia y propongo que pasemos a la elección del presidium. Pido a ustedes que presenten nombres.

Tesis sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado³ 4 de marzo

1) El ascenso del movimiento revolucionario del proletariado en todos los países ha hecho que la burguesía y sus agentes en las organizaciones obreras realicen esfuerzos desesperados para encontrar argumentos ideológicos y políticos en defensa del dominio de los explotadores. Entre estos argumentos se destacan particularmente la condena de la dictadura y la defensa de la democracia. La falsedad e hipocresía de este argumento, repetido de mil modos en la prensa capitalista y en la Conferencia de la Internacional amarilla celebrada en febrero de 1919 en Berna⁴, son evidentes para todos los que no quieran traicionar los principios fundamentales del socialismo.

2) Ante todo, este argumento emplea los conceptos de "democracia en general" y "dictadura en general", sin plantear el problema de la clase a la que refieren. Esta presentación al margen o por encima de las clases, supuestamente popular, es un total escarnio de la doctrina fundamental del socialismo, esto es,

3 Publicadas el 6 de marzo de 1919 en *Pravda* N.º 51 y en *Revista del CEC de toda Rusia* N.º 51; el 1º de mayo de 1919 en la revista *La Internacional Comunista* N.º 1; y en 1920 y 1921 en las ediciones en alemán y ruso de las Actas.

4 En febrero de 1919 se reunieron en Berna aquellos partidos socialistas de Europa críticos de la II Internacional oficial así como de la III Internacional Comunista. La reunión fue realizada bajo el lema de fundar o refundar la Internacional y debido a esta posición se los conoció también como Internacional II y 1/2. El Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania fue uno de sus impulsores [Nde].

de su teoría de la lucha de clases, que los socialistas que se han pasado del lado de la burguesía reconocen de palabra pero olvidan en los hechos. Porque en ningún país capitalista civilizado existe la "democracia en general": todo lo que existe es la democracia burguesa; y no se trata de la "dictadura en general", sino de la dictadura de la clase oprimida, es decir, del proletariado, sobre los opresores y explotadores, o sea, sobre la burguesía, con el fin de vencer la resistencia que oponen los explotadores en su lucha por mantener su dominación.

3) La historia nos enseña que ninguna clase oprimida ha implantado ni podido implantar jamás su dominación sin atravesar un período de dictadura, es decir, de conquista del poder político y de represión violenta de la resistencia siempre ofrecida por los explotadores, una resistencia que es la más desesperada, la más furiosa, que no se detiene ante nada. La burguesía, cuya dominación defienden ahora los socialistas que denuncian la "dictadura en general" y ensalzan la "democracia en general", conquistó el poder en los países avanzados por medio de una serie de insurrecciones, guerras civiles y represión violenta contra los reyes, los señores feudales, los esclavistas, y contra sus tentativas de restauración. Los socialistas de todos los países, en sus libros y folletos, en las resoluciones de sus congresos y en sus discursos de agitación, han explicado al pueblo miles y millones de veces el carácter de clase de estas revoluciones burguesas y de esta dictadura burguesa. Por eso, la actual defensa de la democracia burguesa en forma de discursos sobre la "democracia en general" y los actuales gritos y alaridos contra la dictadura del proletariado en forma de gritos sobre la "dictadura en general" son una traición directa al socialismo, son, en realidad, el paso a la burguesía, la negación del derecho del proletariado a su revolución proletaria, la defensa del reformismo burgués precisamente en el momento histórico en que el reformismo burgués ha fracasado en todo el mundo y cuando la guerra ha creado una situación revolucionaria.

4) Todos los socialistas, al explicar el carácter de clase de la civilización burguesa, la democracia burguesa y el parlamentarismo burgués, expresaban la idea que habían formulado con el mayor rigor científico Marx y Engels, es decir, que la república burguesa más democrática no es sino una máquina para la represión de la clase obrera por la burguesía, para la opresión de las masas trabajadoras por un puñado de capitalistas. No hay un solo revolucionario, un solo marxista de los que hoy gritan contra la dictadura y por la democracia que no jure y perjure ante los obreros que reconoce esta verdad fundamental del socialismo; y ahora, cuando el proletariado revolucionario está en efervescencia y se pone en movimiento para destruir esta máquina de represión y para implantar la dictadura proletaria, estos traidores al socialismo sostienen que la burguesía ha donado a los trabajadores una "democracia pura", ha abandonado la resistencia y está dispuesta a someterse a la mayoría de los trabajadores. Ellos afirman que en una república democrática no existe ni ha existido nunca tal máquina estatal para la represión del trabajo por el capital.

5) La Comuna de París, que elogian verbalmente todos los que quieren pasar por socialistas, porque saben que las masas obreras simpatizan fervorosa y sinceramente con la Comuna, mostró muy claramente el carácter histórico convencional y el valor limitado del parlamentarismo burgués y de la democracia burguesa, instituciones altamente progresistas en comparación con la Edad Media, pero que requieren sin falta una transformación radical en la época de la revolución proletaria. Precisamente fue Marx quien mejor valoró la significación histórica de la Comuna; en su análisis reveló el carácter explotador de la democracia burguesa y del parlamentarismo burgués, bajo los cuales las clases oprimidas tienen derecho a decidir una vez cada varios años qué miembros de la clase dominante han de "representar y reprimir" (*ver und zerbieten*) al pueblo en el parlamento. Precisamente ahora, cuando el movimiento soviético se extiende a todo el mundo y continúa a la vista de todos la obra de la Comuna, los traidores al socialismo olvidan la experiencia concreta y las lecciones concretas de la Comuna de París, repitiendo la vieja afirmación burguesa sobre la "democracia en general". La Comuna no era una institución parlamentaria.

6) La importancia de la Comuna reside, además, en el hecho de que intentó aplastar y destruir hasta sus cimientos el aparato estatal burgués, la máquina burocrática, judicial, militar y policiaca, sustituyéndola por una organización de masas de autogobierno de los obreros, que no conocía la división de poder legislativo y ejecutivo. Todas las repúblicas democraticoburguesas contemporáneas, incluida la alemana, a la que los traidores al socialismo denominan proletaria burlándose de la verdad, mantienen este aparato estatal. Así, entonces, se confirma una vez más con toda claridad que los gritos en defensa de la "democracia en general" son en realidad la defensa de la burguesía y de sus privilegios como explotadores.

7) La "libertad de reunión" puede ser tomada como ejemplo de exigencia de la "democracia pura". Todo obrero con conciencia de clase que no haya roto con su clase comprenderá fácilmente que sería absurdo prometer libertad de reunión a los explotadores en un período y en una situación en que estos se resisten a ser derrocados y luchan para retener sus privilegios. Ni en la Gran Bretaña de 1649 ni en la Francia de 1793 la burguesía, cuando era revolucionaria, dio "libertad de reunión" a los monárquicos y a los nobles, que pedían ayuda a tropas extranjeras y "se reunían" para organizar tentativas de restauración. Si la actual burguesía, que hace mucho se ha hecho reaccionaria, exige del proletariado que garantice anticipadamente la "libertad de reunión" a los explotadores, a pesar de la resistencia que ofrezcan los capitalistas a su expropiación, los obreros no harán sino reírse de la hipocresía de la burguesía.

Por otra parte, los obreros saben muy bien que la "libertad de reunión", incluso en la república burguesa más democrática, es una frase vacía, dado que los ricos tienen los mejores edificios públicos y privados y suficiente tiempo libre para reuniones, protegidas por la máquina del poder burgués. Los proletarios de la ciudad y del campo y los pequeños campesinos, es decir, la inmensa

mayoría de la población, no tienen ni una cosa ni otra. Mientras impere esta situación, la "igualdad", es decir, la "democracia pura", es un engaño. Para conquistar la verdadera igualdad y permitir que los trabajadores gocen efectivamente de la democracia es preciso comenzar por privar a los explotadores de todos los edificios suntuosos, públicos y privados, es preciso comenzar por dar tiempo libre a los trabajadores, es preciso hacer que la libertad de sus reuniones la protejan obreros armados y no hijos de la nobleza u oficiales capitalistas que mandan soldados oprimidos.

Sólo después de este cambio podemos hablar de libertad de reunión y de igualdad sin burlarse de los obreros, de los trabajadores en general, de los pobres. Pero este cambio sólo puede realizarlo la vanguardia de los trabajadores, el proletariado, derrocando a los explotadores, a la burguesía.

8) La "libertad de prensa" es también otra de las consignas principales de la "democracia pura". También en este sentido los obreros saben, y los socialistas de todos los países lo han reconocido millones de veces, que esta libertad es un engaño mientras las mejores imprentas y las mayores existencias de papel sean propiedad de los capitalistas, mientras subsista el poder del capital sobre la prensa, poder que en todo el mundo es tanto más evidente, violento y cínico cuanto más desarrollados están la democracia y el régimen republicano, como por ejemplo en Norteamérica. Para conquistar la igualdad efectiva y la verdadera democracia para los trabajadores, para los obreros y campesinos es necesario comenzar por privar al capital de la posibilidad de alquilar escritores, de comprar editoriales y sobornar periódicos; pero para esto es necesario derrocar a los capitalistas, derrocar a los explotadores y vencer su resistencia. Los capitalistas han llamado siempre "libertad" a la libertad de los ricos para enriquecerse y a la libertad de los obreros para morir de hambre. Los capitalistas llaman libertad de prensa a la libertad de los ricos para sobornar a la prensa, a la libertad de utilizar su riqueza para fabricar y falsar la llamada opinión pública. Los defensores de la "democracia pura" demuestran, también en este sentido, ser defensores del más inmundado y venal sistema de dominio de los ricos sobre los medios de información de las masas; no hacen sino engañar al pueblo, apartarlo, con ayuda de frases dignas de aplauso y bellas, pero totalmente falsas, de la concreta tarea histórica de liberar a la prensa de su sujeción al capital. Las verdaderas libertad e igualdad se incorporarán en el régimen que los comunistas están construyendo, en el cual no existirá la posibilidad de acumular riquezas a costa de otros, no habrá posibilidad objetiva de subordinar ni directa ni indirectamente la prensa al poder del dinero, no habrá obstáculos para que todo trabajador (o grupo de trabajadores, cualquiera sea su número) tenga y disfrute del mismo derecho a utilizar las imprentas y las existencias de papel públicas.

9) La historia de los siglos XIX y XX demostró, aun antes de la guerra, qué es en la práctica la famosa "democracia pura" en el capitalismo. Los marxistas han sostenido siempre que cuanto más desarrollada y "pura" es la democracia, tanto más abierta, aguda e implacable será la lucha de clases,

tanto más "puras" serán la opresión del capital y la dictadura de la burguesía. El caso Dreyfus en la Francia republicana, los destacamentos de mercenarios, armados por los capitalistas, que reprimen sangrientamente a los huelguistas en la libre y democrática república de Norteamérica, estos y miles de otros hechos semejantes muestran la verdad que la burguesía trata de ocultar en vano, es decir, que actualmente imperan el terror y la dictadura de la burguesía en la más democrática de las repúblicas y que se manifiestan abiertamente cada vez que los explotadores creen que el poder del capital se tambalea.

10) La guerra imperialista de 1914-1918 ha mostrado definitivamente, incluso a los obreros atrasados, el verdadero carácter de la democracia burguesa, que es, hasta en las repúblicas más libres, una dictadura de la burguesía. A causa del enriquecimiento de un grupo alemán o británico de millonarios o multimillonarios, fueron asesinados decenas de millones, y en las repúblicas más libres se implantó la dictadura militar de la burguesía. Esta dictadura militar continúa en los países de la Entente incluso después de la derrota de Alemania. Precisamente la guerra es la que más ha abierto los ojos a los trabajadores, la que ha despojado a la democracia burguesa de su disfraz, la que ha mostrado al pueblo el abismo sin fondo de la especulación y del lucro durante la guerra y con motivo de ella. En nombre de la "libertad e igualdad" la burguesía hizo esta guerra; en nombre de la "libertad e igualdad" los negociantes de la guerra acumularon fortunas fabulosas. Ningún esfuerzo de la Internacional amarilla de Berna podrá ocultar a las masas el carácter explotador, hoy totalmente desenmascarado, de la libertad, de la igualdad y de la democracia burguesa.

11) En Alemania, el país capitalista más desarrollado del continente europeo, los primeros meses de plena libertad republicana, implantada como consecuencia de la derrota de la Alemania imperialista, mostraron a los obreros alemanes y a todo el mundo la verdadera naturaleza de clase de la república democraticoburguesa. El asesinato de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg es un acontecimiento de alcance histórico mundial no sólo porque han perecido trágicamente las mejores personas y dirigentes de la verdadera Internacional proletaria, de la Internacional Comunista, sino porque se ha puesto definitivamente al desnudo la naturaleza de clase de un Estado europeo avanzado (se puede decir sin exagerar: de un Estado avanzado en escala mundial). Si detenidos, es decir, aquellos tomados bajo la protección del poder del Estado, pueden ser asesinados impunemente por oficiales y capitalistas, bajo un Gobierno dirigido por socialpatriotas, se deduce que una república democrática en la que pueden ocurrir tales cosas es una dictadura de la burguesía. Quienes expresan su indignación por el asesinato de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg, pero no comprenden este hecho, no hacen sino poner de manifiesto su estupidez o su hipocresía. La "libertad" en una de las repúblicas más libres y avanzadas del mundo, en la república alemana, es la libertad de asesinar impunemente a los dirigentes del proletariado detenidos. Y no puede ser de otro modo mientras subsista el capitalismo, porque el desarrollo de la democracia no atenúa, sino

que agudiza la lucha de clases, que, en virtud de todos los resultados e influencias de la guerra y sus consecuencias, ha llegado a su punto de ebullición.

En todo el mundo civilizado se destierra ahora a los bolcheviques, se los persigue, se los encarcela, como por ejemplo en Suiza, una de las repúblicas burguesas más libres, y en Norteamérica se organizan pogromos contra los bolcheviques, etc. Desde el punto de vista de la "democracia en general" o de la "democracia pura" es sencillamente ridículo que países avanzados, civilizados, democráticos, armados hasta los dientes, teman la presencia de unas pocas decenas de personas de la Rusia atrasada, hambrienta y arruinada, a la que en decenas de millones de ejemplares de periódicos burgueses se califica de salvaje, criminal, etc. Es claro que una situación social que ha podido originar una contradicción tan patente es prácticamente una dictadura de la burguesía.

12) Ante tal estado de cosas, la dictadura del proletariado no sólo es plenamente legítima como medio de derrocar a los explotadores y de vencer su resistencia, sino que es absolutamente necesaria para toda la masa trabajadora como única defensa contra la dictadura de la burguesía, que ha llevado a la guerra y prepara nuevas guerras.

Principalmente, lo que no comprenden los socialistas y lo que muestra su miopía teórica, su sujeción a los prejuicios burgueses y su traición política al proletariado, es que en la sociedad capitalista, en cuanto hay un agravamiento serio de la lucha de clases latente en esta sociedad, no puede haber otra alternativa que dictadura de la burguesía o dictadura del proletariado. Toda ilusión en cuanto a un tercer camino no son sino lamentos reaccionarios de pequeñoburgueses. Esto lo confirma más de un siglo de desarrollo de la democracia burguesa y el movimiento obrero en todos los países avanzados y, en particular, la experiencia del último lustro. Así lo confirma también toda la ciencia de la economía política, todo el contenido del marxismo, que explica la inevitabilidad económica de la dictadura de la burguesía, en donde predomina la economía mercantil, dictadura que sólo puede reemplazar la clase desarrollada, multiplicada, cohesionada y reforzada por el propio desarrollo del capitalismo, es decir, la clase proletaria.

13) Otro error teórico y político de los socialistas es no comprender que las formas de la democracia han ido cambiando inevitablemente a lo largo de milenios, desde que aparecieron sus primeros embriones en la antigüedad, a medida que una clase dominante era sustituida por otra. En las antiguas repúblicas de Grecia, en las ciudades medievales y en los países capitalistas avanzados, la democracia reviste formas distintas y distinto grado de aplicación. Sería la mayor torpeza pensar que la revolución más profunda de la historia de la humanidad, el primer caso en el mundo de paso del poder de la minoría de explotadores a la mayoría de explotados, puede tener lugar dentro del viejo marco de la vieja democracia parlamentaria burguesa, puede tener lugar sin cambios radicales, sin crear nuevas formas de democracia, nuevas instituciones que incorporen las nuevas condiciones de su aplicación, etcétera.

14) La dictadura del proletariado es similar a la dictadura de las demás clases porque ha sido determinada por la necesidad, como ocurre con toda otra dictadura, de aplastar con la violencia la resistencia de la clase que pierde su dominación política. La diferencia radical entre la dictadura del proletariado y la dictadura de otras clases —la dictadura de los terratenientes en la Edad Media y la dictadura de la burguesía en todos los países capitalistas civilizados— consiste en que la dictadura de los terratenientes y de la burguesía era la represión violenta de la resistencia de la inmensa mayoría de la población, especialmente de los trabajadores. Por el contrario, la dictadura del proletariado es la represión violenta de la resistencia de los explotadores, es decir, de una insignificante minoría de la población: de los terratenientes y capitalistas.

De aquí se deduce que la dictadura del proletariado debe acarrear inevitablemente no sólo un cambio de las formas e instituciones democráticas, hablando en general, sino precisamente un cambio tal que traiga consigo una ampliación sin precedentes de la utilización efectiva de la democracia por parte de los oprimidos por el capitalismo, por las clases trabajadoras.

En efecto, esta forma de la dictadura del proletariado, lograda ya en la práctica, es decir, el poder soviético en Rusia, el *Räte-System* en Alemania⁵, los *Shop Stewards Committees* en Gran Bretaña e instituciones soviéticas similares en otros países, todas estas instituciones significan y ofrecen a las clases trabajadoras, es decir, a la inmensa mayoría de la población, mayores posibilidades reales de utilizar los derechos y las libertades democráticos, que jamás existieron con anterioridad, ni siquiera aproximadamente, en las mejores y más democráticas repúblicas burguesas.

La esencia del poder soviético consiste en que la base permanente y única del poder estatal, de todo el aparato del Estado, es la organización de masas precisamente de esas clases que eran oprimidas por el capitalismo, es decir, de los obreros y semiproletarios (de los campesinos que no explotan trabajo ajeno y recurren continuamente a la venta, de una parte al menos, de su fuerza de trabajo). Ahora son incorporadas a la participación permanente e indefectible, y además decisiva, en la dirección democrática del Estado, las masas que incluso en las repúblicas burguesas más democráticas, siendo iguales ante la ley, eran desplazadas en la práctica, por males de artimañas y subterfugios, de la participación en la vida política y del usufructo de los derechos y las libertades democráticos.

15) El poder soviético o dictadura del proletariado hace efectiva inmediatamente y por completo la igualdad de los ciudadanos, sin distinción de sexo, religión, raza o nacionalidad, que la democracia burguesa prometió siempre y en todas partes, pero que no realizó en ningún lugar ni podía realizar debido al dominio del capital. El hecho es que esa igualdad sólo puede realizarla el poder de los obreros, que no están interesados en la propiedad privada de los medios de producción y en la lucha por su reparto.

⁵ En alemán, sistema de consejos [NtE].

16) La vieja democracia, es decir, burguesa, y el parlamentarismo estaban organizados de tal modo que precisamente las masas trabajadoras eran las que estaban más desplazadas del aparato de gobierno. Por el contrario, el poder soviético, es decir, la dictadura del proletariado, está estructurado de tal forma que acerca las masas trabajadoras al aparato de gobierno. Este mismo propósito cumplen la unión de los poderes legislativo y ejecutivo en la organización soviética del Estado y la sustitución de los distritos electorales territoriales por unidades de producción, como talleres y fábricas.

17) El Ejército era un aparato de opresión no sólo en la monarquía. Sigue siéndolo en todas las repúblicas burguesas, incluso en las más democráticas. Sólo el poder soviético, como organización estatal permanente de las clases oprimidas por el capitalismo, está en condiciones de acabar con la supeditación del Ejército al mando burgués y de fusionar realmente al proletariado con el Ejército, de llevar a cabo realmente el armamento del proletariado y de desarmar a la burguesía, sin lo cual es imposible la victoria del socialismo.

18) La organización soviética del Estado está adaptada al papel dirigente del proletariado, la clase más concentrada y educada por el capitalismo. La experiencia de todas las revoluciones y de todos los movimientos de las clases oprimidas, la experiencia del movimiento socialista mundial, nos enseña que solamente el proletariado está en condiciones de unir y dirigir a las capas dispersas y atrasadas de la población trabajadora y explotada.

19) Sólo la organización soviética del Estado puede destruir realmente de golpe y acabar para siempre con el viejo aparato burocrático judicial, es decir, con el aparato burgués, que se ha mantenido y tiene que mantenerse inevitablemente bajo el capitalismo, incluso en las repúblicas más democráticas, y que es, en realidad, el mayor obstáculo en la aplicación de la democracia para los obreros y los trabajadores. La Comuna de París dio el primer paso de alcance histórico universal por este camino; el poder soviético ha dado el segundo.

20) La destrucción del poder estatal es el objetivo que se han propuesto todos los socialistas, incluido, y en primer término, Marx. Si no se logra ese objetivo, la verdadera democracia, es decir, la igualdad y la libertad, es irrealizable. Pero su realización práctica es únicamente posible por medio de la democracia soviética o proletaria, ya que al atraer a la participación permanente e ineludible en la dirección del Estado a las organizaciones de masas de los trabajadores comienza inmediatamente a preparar la total extinción de todo Estado.

21) La total bancarrota de los socialistas reunidos en Berna y su total incomprensión de la nueva democracia, es decir, de la democracia proletaria, se nota particularmente en lo siguiente. El 10 de febrero de 1919 Branting pronunció su discurso de clausura en la Conferencia de la Internacional amarilla en Berna. El 11 de febrero de 1919, en Berlín, *Die Freiheit*, el periódico de los que participaron en esa conferencia, publicó un llamamiento del partido de los "independientes" al proletariado. En este llamamiento se reconoce el carácter burgués del Gobierno Scheidemann, se le reprocha el propósito de disolver

los sóviets, que describe como *Träger und Schutler der Revolution* -portadores y custodios de la revolución-, y propone legalizarlos, conferirles atribuciones de carácter estatal y concederles el derecho de suspender las resoluciones de la Asamblea Nacional y de someter los asuntos a plebiscito popular.

Semejante propuesta señala la plena bancarrota ideológica de los teóricos que han defendido la democracia y no han comprendido su carácter burgués. El ridículo intento de unir el sistema de los sóviets, es decir, la dictadura del proletariado, con la Asamblea Nacional, es decir, con la dictadura de la burguesía, desenmascara por completo la indigencia mental de los socialistas y socialdemócratas amarillos, su perspectiva política reaccionaria pequeñoburguesa y sus cobardes concesiones a la irresistible y creciente fuerza de la nueva democracia, de la democracia proletaria.

22) Al condenar el bolchevismo, la mayoría de la Internacional amarilla de Berna, que no se decidió a aprobar una resolución categórica por miedo a las masas obreras, ha procedido correctamente desde el punto de vista de clase. Esta mayoría está totalmente de acuerdo con los mencheviques y socialrevolucionarios rusos y con los Scheidemann de Alemania. Los mencheviques y socialrevolucionarios rusos, cuando se quejan de las persecuciones por parte de los bolcheviques, intentan ocultar el hecho de que son perseguidos por participar en la guerra civil al lado de la burguesía, contra el proletariado. De igual manera, los Scheidemann y su partido han demostrado ya en Alemania que ellos también participan en la guerra civil al lado de la burguesía contra los obreros.

Por eso, es totalmente natural que la mayoría de los miembros de la Internacional amarilla de Berna haya condenado a los bolcheviques. Esto no ha sido expresión de la defensa de la "democracia pura", sino de la autodefensa de gente que sabe y comprende que en la guerra civil están del lado de la burguesía, contra el proletariado.

Por ello, desde el punto de vista de clase, la resolución de la mayoría de la Internacional amarilla debe ser considerada correcta. El proletariado no debe temer la verdad, debe mirarla a la cara y sacar las conclusiones políticas pertinentes.

Discurso de Lenin sobre sus tesis

Camaradas, quiero agregar algunas palabras a los dos últimos puntos. Creo que los camaradas que presentarán su informe sobre la Conferencia de Berna nos hablarán en detalle de ella.

Durante toda la Conferencia de Berna no se dijo una sola palabra sobre la significación del poder soviético; en Rusia discutimos este problema desde hace más de dos años. En la Conferencia de nuestro partido de abril de 1917 ya planteamos, en el plano teórico y político, el siguiente problema: "¿Qué es el poder soviético, qué contenido tiene y cuál es su importancia histórica?".

Hace casi dos años que venimos discutiendo sobre el particular y en el Congreso de nuestro partido aprobamos una resolución en este sentido. *Die Freiheit* de Berlín publicó el 11 de febrero un llamamiento al proletariado alemán, que fue firmado no sólo por los dirigentes del Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania, sino también por todos los miembros del grupo de los independientes en el *Reichstag*. En agosto de 1918, uno de los principales teóricos de esos independientes, Kautsky, escribió en su folleto *La dictadura del proletariado* que era partidario de la democracia y de los órganos soviéticos, pero que los sóviets sólo debían tener carácter económico y de ningún modo ser reconocidos como organizaciones estatales. En *Die Freiheit* del 11 de noviembre y del 12 de enero Kautsky insiste en sus formulaciones. El 9 de febrero aparece un artículo de Rudolf Hilferding, también considerado uno de los teóricos de mayor autoridad de la II Internacional. Él propone fusionar jurídicamente, por medio de una legislación estatal, el sistema de los sóviets con la Asamblea Nacional. Esta segunda proposición fue formulada el 9 de febrero; el 11 fue aprobada por todo el Partido Independiente y publicada como llamamiento.

A pesar de que la Asamblea Nacional ya existe, incluso después de que la "democracia pura" se ha convertido en realidad, después de que los principales teóricos del Partido Socialdemócrata Independiente declararon que las organizaciones soviéticas no deben ser organizaciones estatales, ¡a pesar de todo, de nuevo hay vacilaciones! Esto muestra que esos señores no comprenden en absoluto el nuevo movimiento ni las condiciones de su lucha. Pero muestra también algo más ¡y es que esas vacilaciones se deben a determinadas condiciones o causas! Después de todos estos acontecimientos, después de casi dos años de la victoriosa revolución en Rusia, cuando nos proponen resoluciones como las que se aprobaron en la Conferencia de Berna —en las cuales no se menciona para nada a los sóviets ni su importancia—, en la que ninguno de los delegados pronunció una sola palabra, tenemos todo el derecho de afirmar que todos estos señores han muerto para nosotros como socialistas y teóricos.

Pero prácticamente, desde el punto de vista político, camaradas, el hecho de que estos independientes, que en el plano teórico y en el de los principios siempre se opusieron a estas organizaciones estatales, hagan de pronto la proposición de unir "pacíficamente" la Asamblea Nacional con el sistema de los sóviets, es decir, de unir la dictadura de la burguesía con la dictadura del proletariado, muestra que entre las masas se está produciendo un cambio importante. Vemos cómo todas las posiciones teóricas y política de los independientes se vienen abajo y cuán enorme es el cambio que se opera en las masas. ¡Las masas rezagadas del proletariado alemán vienen hacia nosotros, ya están con nosotros! Entonces, desde el punto de vista teórico y político, es nula la proposición del Partido Socialdemócrata Independiente alemán, el mejor sector de la Conferencia de Berna. No obstante, tiene cierta importancia práctica, y es que esos elementos vacilantes nos muestran el estado de ánimo de las capas atrasadas del proletariado. Creo que en esto reside la gran importancia

histórica de nuestra conferencia. Algo parecido pasó en nuestra revolución. Nuestros mencheviques atravesaron casi exactamente el mismo camino que los teóricos independientes en Alemania. Al principio, cuando eran mayoría en los sóviets, estaban por los sóviets y lo único que se oía eran expresiones tales como "¡Vivan los sóviets!", "¡Por los sóviets!", "¡Los sóviets son la democracia revolucionaria!". Pero cuando la mayoría en los sóviets fue conquistada por nosotros, entonces entonaron otra canción: los sóviets no deben existir junto con la Asamblea Constituyente. Y diferentes teóricos mencheviques hicieron casi las mismas propuestas de unir el sistema de los sóviets con la Asamblea Constituyente y de incorporarlos a las organizaciones estatales. Aquí se revela una vez más que el curso general que sigue la revolución proletaria es el mismo en todo el mundo. Primero, la espontánea formación de los sóviets, luego su difusión y desarrollo y después la aparición del problema práctico: sóviets o Asamblea Nacional, Asamblea Constituyente o sistema parlamentario burgués; total confusión entre los dirigentes y finalmente la revolución proletaria. Pero creo que no podemos plantear el problema de esta forma después de casi dos años de revolución, sino más bien aprobar resoluciones concretas, porque la difusión del sistema de los sóviets es para nosotros, y en particular para la mayoría de los países de Europa occidental, la tarea más importante.

Quiero citar aquí sólo una resolución de los mencheviques. Le pedí al camarada Obolensky que la tradujera al alemán y me prometió hacerlo, pero lamentablemente no ha venido. Trataré de recordarla de memoria, por cuanto no tengo conmigo el texto completo.

Es muy difícil para un extranjero, que jamás oyó hablar nada del bolchevismo, llegar a tener una opinión propia de nuestros controvertidos problemas. Todo lo que aprueban los bolcheviques es discutido por los mencheviques y viceversa. Es lógico que en un período de lucha las cosas no puedan suceder de otra manera, y por ello es tan importante que la última conferencia celebrada por el partido de los mencheviques en diciembre de 1918 haya aprobado una larga y detallada resolución que se publicó íntegramente en el diario menchevique *Gazeta Proletariata*. En dicha resolución los mismos mencheviques exponen brevemente la historia de la lucha de clases y la guerra civil. La resolución señala que ellos condenan a los grupos de su partido que se unen a las clases poseedoras en los Urales, en el sur, en Crimea y en Georgia; se detallan todas esas regiones. A esos grupos del partido menchevique que se aliaron a las clases poseedoras y lucharon contra el poder soviético se los condena ahora en la resolución, y el último punto de la resolución reprueba también a los que se unieron a los comunistas. De aquí se desprende que los mencheviques han debido reconocer que no existe unidad en su partido y que ellos están o del lado de la burguesía o del lado del proletariado. La mayor parte de los mencheviques se puso del lado de la burguesía y durante la guerra civil combatió contra nosotros. Nosotros, por supuesto, perseguimos a los mencheviques, e incluso los fusilamos, cuando en la guerra contra nosotros

luchan contra nuestro Ejército Rojo y fusilan a nuestros comandantes rojos. A la guerra de la burguesía respondemos con la guerra del proletariado; no hay otra salida. Por lo tanto, desde el punto de vista político, todo esto no es más que hipocresía menchevique. Históricamente, no se puede comprender cómo en la Conferencia de Berna gente que oficialmente no fue considerada loca pudiera, por encargo de los mencheviques y eseristas, hablar de la lucha de los bolcheviques contra ellos y callar sobre su propia lucha, en alianza con la burguesía, contra el proletariado.

Todos ellos nos atacan con ensañamiento porque los perseguimos. Esto es cierto. ¡Pero no dicen ni una palabra sobre la participación que tuvieron en la guerra civil! Me parece que será conveniente que proporcione el texto completo de la resolución, para que se incluya en las actas del Congreso, y pido que los camaradas extranjeros presten atención a esta resolución porque es un documento histórico en el cual se expone correctamente el problema y que constituirá un excelente material para juzgar las discrepancias que existen entre las corrientes "socialistas" en Rusia. Entre el proletariado y la burguesía hay otro tipo de gente que se inclina hacia un campo o hacia el otro; así sucedió siempre en todas las revoluciones y sería imposible que no existieran capas intermedias en la sociedad capitalista, donde el proletariado y la burguesía forman dos campos hostiles. Desde el punto de vista histórico es inevitable la existencia de estos vacilantes y, lamentablemente, estos elementos que no saben en qué campo combatirán el día de mañana no desaparecen enseguida.

Quiero hacer una propuesta práctica: que se apruebe una resolución en la que se destacarán específicamente tres puntos.

Primero: una de las tareas más importantes que se plantea a los camaradas de los países de Europa occidental es explicar a las masas la significación, la importancia y la necesidad del sistema de los soviets. En esta cuestión no hay suficiente claridad. Aunque Kautsky y Hilferding fracasaron como teóricos, sus últimos artículos aparecidos en *Die Freiheit* demuestran que ellos reflejan correctamente el estado de ánimo de los sectores atrasados del proletariado alemán. En nuestro país sucedió lo mismo: durante los primeros ocho meses de la revolución rusa se discutió mucho el problema de la organización soviética; los obreros no tenían claridad con respecto al nuevo sistema y se preguntaban si los soviets podrían transformarse en un aparato estatal. En nuestra revolución avanzamos por la vía práctica y no por la teórica. Por ejemplo, formalmente no planteamos teóricamente el problema de la Asamblea Constituyente, y no dijimos que no reconocíamos la Asamblea Constituyente. Sólo más tarde, cuando las organizaciones soviéticas se difundieron por todo el país y conquistaron el poder político, sólo entonces resolvimos disolver la Asamblea Constituyente. Ahora vemos que en Hungría y en Suiza este problema es mucho más agudo. Por una parte eso está muy bien; nos da la seguridad de que en los Estados de Europa occidental la revolución avanza más rápido y producirá grandes victorias. Por otra, este proceso encierra cierto peligro, esto es, que la lucha sea tan

impetuosa que la comprensión de las masas obreras no corra pareja con este desarrollo. Aun hoy la significación del sistema de los sóviets no es clara para las grandes masas obreras alemanas políticamente educadas, porque dichas masas fueron educadas en el espíritu del sistema parlamentario y en medio de prejuicios burgueses.

Segundo: sobre la difusión del sistema de los sóviets. Cuando oímos decir cuán rápidamente se extiende la idea de los sóviets en Alemania, e incluso en Gran Bretaña, para nosotros es una evidencia muy importante de que la revolución proletaria triunfará. Su avance sólo podrá retrasarse por breve tiempo. Distinto es que los camaradas Albert y Platten nos digan que en su país, en el campo, entre los obreros agrícolas y pequeños campesinos, casi no existen sóviets. En *Die Rote Fahne* lei un artículo contra los sóviets de campesinos, pero que apoya en debida forma a los sóviets de peones y pobres del campo. La burguesía y sus lacayos, como Scheidemann y Cia., formularon ya la consigna de sóviets de campesinos. Pero nos basta con los sóviets de peones y pobres del campo. Lamentablemente, por los informes de los camaradas Albert, Platten y otros vemos que, con excepción de Hungría, es muy poco lo que se hace en el campo para difundir el sistema de los sóviets. En esto, tal vez, reside el real y grave peligro que amenaza el logro de una victoria segura del proletariado alemán. La victoria sólo podrá considerarse asegurada cuando, además de los obreros urbanos, se organicen los proletarios rurales, y cuando se organicen, no como antes —en sindicatos y cooperativas—, sino en sóviets. El hecho de que en octubre de 1917 marchamos junto con los campesinos, con todos los campesinos, facilitó nuestra victoria. En este sentido nuestra revolución era burguesa en ese entonces. El primer paso que dio nuestro Gobierno proletario fue incorporar las viejas reivindicaciones de todo el campesinado, que los sóviets de campesinos y las asambleas de aldeas habían presentado bajo el Gobierno de Kerensky, en una ley promulgada el 26 de octubre (viejo calendario) de 1917, al día siguiente de la revolución. A ello se debía nuestra fuerza; por ello nos fue tan fácil conquistar una aplastante mayoría. Para el campo nuestra revolución siguió siendo burguesa y sólo más tarde, pasados seis meses, nos vimos obligados, en el marco de la organización estatal, a iniciar la lucha de clases en el campo, a establecer en cada aldea comités de pobres, de semiproletarios, y a emprender una lucha sistemática contra la burguesía rural. Este proceso fue inevitable en nuestro país debido al atraso de Rusia. En Europa occidental las cosas se desarrollarán de un modo distinto y por esa razón debemos subrayar la necesidad absoluta de que el sistema de los sóviets se extienda también a las poblaciones rurales con las formas adecuadas, incluso nuevas.

Tercero: es preciso decir que conquistar la mayoría comunista en los sóviets es el objetivo principal en todos los países donde el poder soviético no ha triunfado aún. Nuestra comisión de resoluciones debatió ayer este problema. Es posible que otros camaradas den su opinión al respecto. Por mi parte, propongo que se aprueben estos tres puntos como resolución especial. Naturalmente, no

estamos en condiciones de determinar las vías de desarrollo. Podría suceder que en muchos países de Europa occidental la revolución estalle muy pronto, pero nosotros, como sector organizado de la clase obrera, como partido, nos esforzamos y debemos esforzarnos por lograr la mayoría en los sóviets. En esa forma aseguramos nuestra victoria y ninguna fuerza podrá hacer nada contra la revolución comunista. De otra manera no será tan fácil triunfar y la victoria no será duradera. Para concluir, propongo que estos tres puntos sean aprobados como resolución especial.

Resolución relativa a las tesis sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado⁶

Sobre la base de estas tesis correspondientes y de los informes de los delegados de diversos países, el Congreso de la Internacional Comunista declara que la tarea principal de los partidos comunistas de todos los países donde todavía no se ha implantado el poder soviético es la siguiente:

1) Esclarecer ante las amplias masas de la clase obrera la significación histórica y la necesidad histórica y política de una democracia nueva, proletaria, que debe sustituir a la democracia burguesa y al sistema parlamentario.

2) Difundir la organización de los sóviets entre los obreros de todas las ramas de la industria, entre los soldados del Ejército y la flota, así como también entre los peones y los pobres del campo.

3) Formar una mayoría comunista sólida dentro de los sóviets.

Discurso de cierre en la sesión de clausura del Congreso⁷ 6 de marzo

Hemos podido reunirnos a pesar de toda la persecución y de todas las dificultades creadas por la Policía, hemos podido llegar a importantes resoluciones relativas a problemas vitalmente urgentes de la época revolucionaria contemporánea, sin discrepancias serias y en poco tiempo. Y todo esto gracias a que las masas proletarias de todo el mundo, con su acción, han planteado estas cuestiones en la práctica y han comenzado a resolverlas.

Nuestra tarea se limitó aquí a registrar lo que el pueblo había conquistado ya en el proceso de su lucha revolucionaria.

No sólo en Europa oriental, sino también en los países de Europa occidental, no sólo en los países vencidos sino también en los vencedores —como por

6 Publicada el 11 de marzo de 1919 en *Punto* N.º 54 y el 1º de mayo de 1919 en la revista *La Internacional Comunista* N.º 1.

7 Publicado como breve comunicado de prensa el 7 de marzo de 1919 en *Exposición del CEC de toda Rusia* N.º 52.

ejemplo en Gran Bretaña—, el movimiento en favor de los sóviets crece y se difunde. Ese movimiento no tiene otro fin que crear una democracia nueva, proletaria; es el paso más importante hacia la dictadura del proletariado, hacia la victoria completa del comunismo.

Por mucho que la burguesía de todo el mundo se enfurezca, por mucho que deporten o encarcelen y hasta asesinen a espartaquistas y bolcheviques, nada de eso la salvará. Esas medidas sólo servirán para esclarecer a las masas, para ayudarlas a liberarse de los viejos prejuicios democraticoburgueses y para templarlas en la lucha. La victoria de la revolución proletaria en escala mundial está asegurada, se aproxima la fundación de la república soviética internacional. (*Applauses.*)

LA III INTERNACIONAL Y SU LUGAR EN LA HISTORIA¹

Los imperialistas de los países de la Entente mantienen un bloqueo en torno de Rusia, tratando de aislar a la república soviética, como un foco infeccioso, del mundo capitalista. Estos individuos que tanto se jactan de sus instituciones "democráticas" están tan cegados por el odio a la república soviética que no ven cómo ellos mismos se ponen en ridículo. Piensan solamente en que los países más avanzados, más civilizados y "democráticos", armados hasta los dientes y que tienen el dominio militar indiviso sobre todo el mundo, itmen mortalmente la contaminación *ideológica* proveniente de un país postrado, hambriento, atrasado y, según ellos, inclusive semisalvaje!

Esta sola contradicción abre los ojos a las masas trabajadoras de todos los países y ayuda a desenmascarar la hipocresía de imperialistas como Clemenceau, Lloyd George, Wilson y sus Gobiernos.

Pero lo que nos ayuda no es sólo el odio ciego de los capitalistas hacia los sóviets, sino también las disputas entre ellos, que los llevan a hacerse zancadillas unos a otros. Han tramado una verdadera conspiración de silencio, ya que temen desesperadamente la difusión de noticias verídicas sobre la república soviética en general y de sus documentos oficiales en particular. Sin embargo, el principal órgano de la burguesía francesa, *Le Temps*, ha publicado la noticia de la fundación en Moscú de la III Internacional, la Internacional Comunista.

Expresamos nuestra más respetuosa gratitud al órgano principal de la burguesía francesa, al defensor del chovinismo y el imperialismo franceses. Estamos dispuestos a enviar a *Le Temps* un solemne mensaje expresándole nuestro reconocimiento por la ayuda eficaz y competente que nos presta.

Qué motivos guiaron a este órgano de los ricachones lo revela clara y plenamente la manera en que *Le Temps* redactó su información sobre la base de nuestros comunicados por radio. Su propósito era lanzarle una indirecta a Wilson, como diciéndole: "¡Ahí tiene usted con qué gente negociar!". Los sabihondos que escriben por encargo de los ricachones no se dan cuenta de que su intento de asustar a Wilson con el fantasma bolchevique se convierte, a los ojos de los trabajadores, en una propaganda del bolchevismo. ¡Otra vez, nuestro más respetuoso agradecimiento al órgano de los millonarios franceses!

La III Internacional fue fundada en una situación mundial en la que ni las prohibiciones ni los pequeños y mezquinos subterfugios de los imperialistas de la Entente o de los lacayos del capitalismo como Scheidemann en Alemania o

¹ Publicado en mayo de 1919 en la revista *Kommunistisches International* N.º 1.

Renner en Austria pueden impedir que las noticias acerca de esta Internacional y de las simpatías por ella se difundan entre la clase obrera de todo el mundo. Esta situación ha sido creada por el crecimiento de la revolución proletaria, que se desarrolla manifestamente en todas partes a pasos agigantados. Ha sido creada por el movimiento *soviético* entre los trabajadores, el cual ha alcanzado ya tal fuerza que ha llegado a ser realmente *internacional*.

La I Internacional (1864-1872) puso los fundamentos de la organización internacional de los obreros para preparar su ofensiva revolucionaria contra el capital. La II Internacional (1889-1914) fue la organización internacional del movimiento proletario, cuyo crecimiento se produjo *en amplitud*, a costa de un descenso temporario del nivel revolucionario, de un fortalecimiento temporario del oportunismo, que en definitiva condujo a la ignominiosa bancarrota de esa Internacional.

La III Internacional se creó en los hechos en 1918, cuando los largos años de lucha contra el oportunismo y el socialchovinismo condujeron, principalmente durante la guerra, a la formación de partidos comunistas en una serie de naciones. Oficialmente, la III Internacional fue fundada en su I Congreso, en marzo de 1919 en Moscú. Y el rasgo más característico de esta Internacional, su misión, es cumplir, llevar a la práctica los preceptos del marxismo y hacer realidad los ideales seculares del socialismo y del movimiento obrero; este rasgo, el más característico de la III Internacional, se ha puesto de manifiesto inmediatamente en el hecho de que la nueva, la tercera "Asociación Internacional de Trabajadores", *ya se ha comenzado a desarrollar*, en cierta medida, como *unión de repúblicas socialistas soviéticas*.

La I Internacional puso los cimientos de la lucha proletaria, internacional, por el socialismo.

La II Internacional marcó el período en que se preparó el terreno para una difusión amplia, de masas, del movimiento en una serie de países.

La III Internacional ha recogido los frutos de la labor de la II Internacional, ha eliminado de ella todo el lastre oportunista, socialchovinista, burgués y pequeñoburgués, y *ha comenzado a llevar a la práctica* la dictadura del proletariado.

La alianza internacional de los partidos que dirigen el movimiento más revolucionario del mundo, el movimiento del proletariado para derrocar el yugo del capital, cuenta ahora con una base más sólida que nunca: la existencia de *varias repúblicas soviéticas*, que llevan a la práctica la dictadura del proletariado y encarnan su victoria sobre el capitalismo en escala mundial.

La importancia histórica mundial de la III Internacional, la Internacional Comunista, consiste en haber comenzado a poner en práctica la consigna fundamental de Marx, la consigna que sintetiza el desarrollo secular del socialismo y del movimiento obrero, la consigna que se expresa en el concepto: dictadura del proletariado.

Esta previsión genial, esta genial teoría, está convirtiéndose en realidad.

Esta expresión latina se ha traducido ahora a los idiomas de todos los pueblos de la Europa actual; más aún, a todos los idiomas del mundo.

Ha comenzado una nueva era en la historia mundial.

La humanidad se libra de la última forma de esclavitud: la esclavitud capitalista o esclavitud asalariada.

Al liberarse de la esclavitud, la humanidad marcha por primera vez hacia la auténtica libertad.

¿Cómo explicarse que el primer país en implantar la dictadura del proletariado, en organizar la república soviética, haya sido uno de los países más atrasados de Europa? Tal vez no nos equivoquemos si decimos que precisamente esta contradicción entre el atraso de Rusia y el "salto" que ha dado hasta la forma más alta de democracia, pasando por sobre la democracia burguesa para llegar a la democracia soviética o proletaria; que precisamente esta contradicción fue una de las causas (aparte de los hábitos oportunistas y los prejuicios filisteos que pesan sobre la mayoría de los líderes socialistas) que más han entorpecido o retardado la comprensión del papel de los sóviets en Occidente.

Las masas obreras han percibido instintivamente, en el mundo entero, la significación de los sóviets como instrumento de la lucha proletaria y como forma del Estado proletario. Pero los "líderes", corrompidos por el oportunismo, aún siguen adorando la democracia burguesa, a la que ellos llaman "democracia" en general.

¿Es acaso sorprendente que la implantación de la dictadura del proletariado haya puesto de relieve ante todo la "contradicción" entre el atraso de Rusia y su "salto" *por sobre* la democracia burguesa? Lo sorprendente sería que la historia nos concediera la implantación de una nueva forma de democracia sin una serie de contradicciones.

Si a cualquier marxista, e inclusive a cualquier persona con un conocimiento general de la ciencia moderna, le preguntáramos: "¿Es posible que los diversos países capitalistas pasen a la dictadura del proletariado de un modo uniforme o armónicamente y proporcionado?", nos daría, indudablemente, una respuesta negativa. En el mundo capitalista no ha existido nunca ni puede existir el desarrollo uniforme, armonioso o proporcionado. Cada país ha desarrollado en especial, ya uno, ya otro aspecto o rasgo, o un grupo de rasgos del capitalismo y del movimiento obrero. El proceso de desarrollo ha sido desigual.

Cuando Francia llevó a cabo su Gran Revolución burguesa, despertando a una nueva vida histórica a todo el continente europeo, Gran Bretaña, a pesar de tener un desarrollo capitalista mucho más avanzado que Francia, resultó estar al frente de la coalición contrarrevolucionaria. Pero el movimiento obrero inglés de ese período anticipó genialmente mucho de lo que contuvo el futuro marxismo.

Cuando Gran Bretaña dio al mundo el primer movimiento revolucionario proletario amplio, realmente de masas y políticamente organizado, el cartismo, en el continente europeo tenían lugar revoluciones burguesas, en su mayoría débiles, y en Francia estallaba la primera gran guerra civil entre el proletariado y la burguesía. La burguesía derrotó a los diversos destacamentos nacionales del proletariado, aisladamente y de una manera diferente según cada país.

Gran Bretaña fue el modelo de país en que, según expresión de Engels, la burguesía creó, al lado de una aristocracia aburguesada, una capa superior más

aburguesada del proletariado. Este país capitalista avanzado marchó durante varios decenios retrasado en la lucha revolucionaria del proletariado. Francia parecía haber agotado las fuerzas del proletariado en las dos heroicas insurrecciones (que dieron una enorme contribución al desarrollo histórico mundial) de la clase obrera contra la burguesía en 1848 y 1871. La hegemonía en la Internacional del movimiento obrero pasó luego a Alemania, en la década del 70 del siglo XIX, época en que todavía Alemania estaba económicamente retrasada respecto de Gran Bretaña y Francia. Y cuando Alemania dejó atrás económicamente a estos dos países, es decir, en la segunda década del siglo XX, el partido obrero marxista alemán, modelo para el mundo entero, se encontró encabezado por un puñado de canallas descarados, la más inmunda escoria, desde Scheidemann y Noske hasta David y Legien, verdugos repugnantes salidos de las filas de la clase obrera, que se habían vendido a los capitalistas y estaban al servicio de la monarquía y la burguesía contrarrevolucionaria.

La historia mundial conduce indefectiblemente a la dictadura del proletariado, pero lo hace por caminos que están lejos de ser simples, llanos y rectos.

Cuando Karl Kautsky era todavía un marxista, y no el renegado del marxismo en que se convirtió cuando comenzó a propugnar la unidad con los Scheidemann y abogar por la democracia burguesa contra la democracia soviética o proletaria, a principios del siglo XX escribió un artículo titulado *Los eslavos y la revolución*. En ese artículo exponía las condiciones históricas que señalaban la posibilidad de que la hegemonía en el movimiento revolucionario internacional pasara a los eslavos.

Y así ha sucedido. Por un tiempo —se sobreentiende que sólo por poco tiempo—, la hegemonía en la Internacional proletaria revolucionaria ha pasado a los rusos, del mismo modo que en diferentes períodos del siglo XIX estuvo en manos de los británicos, luego de los franceses y luego de los alemanes.

Más de una vez he tenido que decir que, en comparación con los países adelantados, a los rusos les fue más fácil *comenzar* la gran revolución proletaria, pero, en cambio, les será más difícil *continuarla* y llevarla hasta la victoria final, en el sentido de la completa organización de una sociedad socialista.

Nos fue más fácil comenzar, en primer lugar, porque el inusual —para la Europa del siglo XX— atraso político de la monarquía zarista dio una fuerza inusual al asalto revolucionario de las masas. En segundo lugar, porque el atraso de Rusia fusionó de un modo peculiar la revolución proletaria contra la burguesía con la revolución campesina contra los terratenientes. Así comenzamos en octubre de 1917 y, si no hubiéramos comenzado así, no habríamos alcanzado entonces la victoria con tanta facilidad. Ya en 1856 hablaba Marx, refiriéndose a Prusia, de la posibilidad de una combinación original de la revolución proletaria con la guerra campesina. Los bolcheviques defendieron desde comienzos de 1905 la idea de la dictadura revolucionaria democrática del proletariado y el campesinado. En tercer lugar, la revolución de 1905 ayudó muchísimo a la educación política de las masas obreras y campesinas, porque familiarizó a su

vanguardia con la "última palabra" del socialismo de Occidente, y también a causa de la acción revolucionaria de las masas. Sin el "ensayo general" de 1905 no habrían sido posibles las revoluciones de 1917, ni la burguesa de febrero ni la proletaria de Octubre. En cuarto lugar, las condiciones geográficas de Rusia le permitieron sostenerse más tiempo que otros países frente a la superioridad militar de los países capitalistas adelantados. En quinto lugar, la peculiar actitud del proletariado hacia los campesinos facilitó la transición de la revolución burguesa a la revolución socialista, facilitó la influencia de los proletarios de la ciudad sobre los sectores semiproletarios, más pobres, de los trabajadores del campo. En sexto lugar, la gran escuela de la lucha huelguística y la experiencia del movimiento obrero de masas de Europa facilitaron la aparición, en una situación revolucionaria profunda y rápidamente agudizada, de una forma de organización revolucionaria del proletariado tan singular como los *soviets*. Esta enumeración, claro está, es incompleta. Pero por el momento basta.

La democracia soviética o proletaria ha nacido en Rusia. Se dio un segundo paso histórico mundial respecto de la Comuna de París. La República Soviética proletaria y campesina aparece como la primera y estable república socialista en el mundo. Como *nuevo tipo de Estado*, no puede morir. Ya no está sola.

Para proseguir la labor de construcción del socialismo, para llevarla a su término, falta todavía mucho, muchísimo. Las repúblicas soviéticas de los países más evolucionados, donde el proletariado tiene mayor peso e influencia, tienen todas las probabilidades de aventajar a Rusia una vez que tomen el camino de la dictadura del proletariado.

La II Internacional en bancarrota está agonizando y se pudre en vida. Desempeña en los hechos el papel de lacayo de la burguesía mundial. Es una verdadera Internacional amarilla. Sus jefes ideológicos más importantes, como Kautsky, ensalzan la democracia *burguesa* a la que llaman "democracia" en general o -lo que es todavía más necio y más burdo- "democracia pura".

La democracia burguesa ha caducado ya, como ha caducado la II Internacional, aunque la Internacional realizó una labor históricamente necesaria y útil cuando estaba a la orden del día la tarea de preparar a las masas obreras dentro de los marcos de esta democracia burguesa.

Pero la república burguesa más democrática no fue nunca ni podía ser otra cosa que una máquina para la represión de los trabajadores por el capital, un instrumento de la dictadura de la burguesía, de la dominación política del capital. La república democrática burguesa prometía la dominación de la mayoría, la proclamaba, pero no podía llegar a realizarla mientras existiera la propiedad privada de la tierra y otros medios de producción.

En la república democrática burguesa la "libertad" era, en la práctica, una libertad *para los ricos*. Los proletarios y los campesinos trabajadores podían y debían utilizarla con el fin de preparar sus fuerzas para el derrocamiento del capital, para terminar con la democracia burguesa, pero *en los hechos*, como regla general, las masas trabajadoras no podían gozar de democracia bajo el capitalismo.

La democracia soviética o proletaria ha creado por primera vez en el mundo la *democracia* para las masas, para los trabajadores, para los obreros y los pequeños campesinos.

Jamás ha existido en el mundo un poder político ejercido por la *mayoría* de la población, un poder perteneciente *en la práctica* a esta mayoría, como el poder soviético.

Este poder reprime la "libertad" de los explotadores y de sus cómplices; los priva de la "libertad" de explotar, la "libertad" de enriquecerse a costa del hambre, la "libertad" de luchar por restaurar la dominación del capital, la "libertad" de confabularse con la burguesía extranjera contra los obreros y campesinos de su propio país.

Que los Kautsky defiendan esa libertad. Sólo un renegado del marxismo, un renegado del socialismo puede hacerlo.

En nada se expresó con tanta evidencia la bancarrota de los jefes ideológicos de la II Internacional, gente como Hilferding y Kautsky, como en su total incapacidad para comprender la significación de la democracia soviética o proletaria, su relación con la Comuna de París, su lugar en la historia, su necesidad como una forma de la dictadura del proletariado.

El periódico *Die Freiheit* (La Libertad), órgano del Partido Socialdemócrata "Independiente" (léase: mezquino, filisteo, pequeñoburgués) alemán, en su número 74, del 11 de febrero de 1919, publicó un manifiesto *Al proletariado revolucionario de Alemania*.

Este manifiesto aparece firmado por la dirección de dicho partido y por todos sus miembros en la Asamblea Nacional, variedad alemana de nuestra Asamblea Constituyente.

Este manifiesto acusa a los Scheidemann de querer eliminar a los *sóviets* y propone —¡no se rían!— *combinar* los *sóviets* con la Asamblea, conferirles determinados derechos políticos, determinado lugar en la Constitución.

¡Conciliar, unir la dictadura de la burguesía con la dictadura del proletariado! ¡Qué sencillo! ¡Qué idea brillantemente filisteal!

Sólo es de lamentar que ya fue probada en Rusia, bajo Kerensky, por los mencheviques y los eseristas unidos, esos demócratas pequeñoburgueses que se creen socialistas.

Quien haya leído a Marx y no haya comprendido que en la sociedad capitalista, en cada momento agudo, en cada conflicto de clases serio, la alternativa es la dictadura de la burguesía o la dictadura del proletariado, no ha comprendido nada de la doctrina económica y política de Marx.

Pero la idea brillantemente filisteal de Hilferding, Kautsky y Cía. de combinar pacíficamente la dictadura de la burguesía y la dictadura del proletariado requiere un análisis especial si se quiere examinar en forma exhaustiva los absurdos económicos y políticos que se amontonan en este notable y cómico manifiesto del 11 de febrero. Eso habrá que dejarlo para otro artículo.

Moscú, 15 de abril de 1919

ECONOMÍA Y POLÍTICA EN LA ÉPOCA DE LA DICTADURA DEL PROLETARIADO¹

Tenía el proyecto de escribir un pequeño folleto sobre el tema indicado en el título con motivo del segundo aniversario del poder soviético. Pero debido al ajetreo del trabajo cotidiano no he logrado, hasta ahora, pasar de la elaboración preliminar de algunas de las partes. He resuelto, por lo tanto, tratar de hacer una exposición breve y resumida de las ideas que considero más esenciales acerca de este problema. Una exposición resumida tiene, naturalmente, muchos inconvenientes y desventajas. Pero es posible que en un breve artículo de revista se pueda lograr, a pesar de todo, la modesta finalidad de plantear el problema y sus fundamentos para su discusión por los comunistas de diversos países.

Teóricamente no cabe duda de que entre el capitalismo y el comunismo media determinado período de transición que debe combinar los rasgos y las propiedades de estas dos formas de economía social. Este período de transición tiene que ser un período de lucha entre el capitalismo agonizante y el comunismo naciente o, en otras palabras, entre el capitalismo que ha sido derrotado pero no destruido y el comunismo que ha nacido pero que todavía es débil.

La necesidad de toda una época histórica caracterizada por estos rasgos de transición tiene que ser evidente no sólo para el marxista, sino para cualquier persona culta, que tenga algún conocimiento de la teoría de la evolución. Y, sin embargo, todos los discursos sobre el tema de la transición al socialismo que escuchamos de los actuales demócratas pequeñoburgueses (como lo son, pese a su falso rótulo socialista, todos los dirigentes de la II Internacional, incluyendo a individuos tales como MacDonald y Jean Longuet, Kautsky y Friedrich Adler) se caracterizan por el total desconocimiento de esta verdad evidente. Los demócratas pequeñoburgueses se distinguen por su aversión a la lucha de clases, porque sueñan con evitarla, por su empeño en suavizar y conciliar, en eliminar las aristas filosas. Tales demócratas, por consiguiente, o bien eluden el reconocimiento de toda una etapa histórica de transición del capitalismo al comunismo, o bien consideran su deber forjar planes para conciliar las dos fuerzas en litigio en lugar de dirigir la lucha de una de esas fuerzas.

¹ Publicado en *Prensa* N.º 250 e *Inservia del CEC de toda Rusia* N.º 250 el 7 de noviembre de 1919.

2

En Rusia la dictadura del proletariado inevitablemente tiene que distinguirse por algunas particularidades de lo que sería en los países adelantados, debido al gran atraso y al carácter pequeñoburgués de nuestro país. Pero las fuerzas fundamentales —y las formas fundamentales de la economía política— son las mismas en Rusia que en cualquier país capitalista de manera que estas particularidades no atañen a los elementos esenciales. Las formas fundamentales de la economía social son: el capitalismo, la pequeña producción mercantil y el comunismo. Las fuerzas fundamentales son la burguesía, la pequeñoburguesía (sobre todo el campesinado) y el proletariado.

El sistema económico de Rusia en la época de la dictadura del proletariado representa la lucha del trabajo unido sobre principios comunistas en la escala de un inmenso Estado y que da sus primeros pasos contra la pequeña producción mercantil y contra el capitalismo que aún subsiste y contra el que vuelve a surgir sobre la base de la pequeña producción mercantil.

En Rusia se ha unificado el trabajo sobre bases comunistas en la medida en que, en primer lugar, fue abolida la propiedad privada de los medios de producción, y, en segundo lugar, el poder estatal proletario organiza, en el plano nacional, la gran producción en tierras pertenecientes al Estado y en empresas estatales, distribuye la fuerza de trabajo entre las distintas ramas de la economía y las diversas empresas y distribuye entre los trabajadores grandes cantidades de artículos de consumo pertenecientes al Estado.

Hablamos de los "primeros pasos" del comunismo en Rusia (como lo dice también el programa de nuestro partido aprobado en marzo de 1919) porque todo esto se ha realizado sólo parcialmente en nuestro país o, dicho en otras palabras, su realización está sólo en su etapa inicial. De una vez, con un solo golpe revolucionario, hicimos todo lo que en general es posible hacer de una vez: el primer día de la dictadura del proletariado, por ejemplo, el 26 de octubre (8 de noviembre) de 1917 fue abolida la propiedad privada de la tierra sin indemnizar a los grandes terratenientes; estos fueron expropiados. En el lapso de pocos meses fueron también expropiados sin indemnización prácticamente todos los grandes capitalistas, propietarios de fábricas y talleres, de bancos, sociedades anónimas, ferrocarriles, etc. Se llevó a cabo, de un modo general, la organización estatal de la gran producción industrial y el paso del "control obrero" a la "administración obrera" de fábricas, talleres y ferrocarriles; pero, con relación a la agricultura, esto no ha hecho más que empezar (las "explotaciones agrícolas estatales", es decir, grandes explotaciones agrícolas organizadas por el Estado obrero en tierras pertenecientes al Estado). Del mismo modo, sólo hemos iniciado la organización de las diversas formas de sociedades cooperativas de pequeños agricultores como transición de la pequeña agricultura mercantil a la agricultura comunista².

2 La cantidad de "explotaciones agrícolas estatales" y de "comunidades agrícolas" en la Rusia soviética es, más o menos, de 3.536/1.961, respectivamente; y el número de cooperativas agrícolas es de 3.696. Nuestra Dirección General de Estadística se ocupa actualmente de hacer un

y lo mismo puede decirse de la distribución de productos organizada por el Estado en lugar del comercio privado; es decir, al acopio y suministro, por el Estado, de cereales a las ciudades y de productos industriales al campo. Más adelante consignaremos los datos estadísticos que poseemos al respecto.

La agricultura del campesino sigue siendo pequeña producción mercantil.

Allí tenemos una base muy amplia para el capitalismo, con raíces muy profundas y muy fuertes, una base sobre la cual persiste o resurge el capitalismo que lucha encarnizadamente contra el comunismo. Las formas de esta lucha son: la especulación y la usura individuales contra el acopio estatal de cereales (y otros productos) y en general contra la distribución de los productos por parte del Estado.

3

Citaremos datos concretos para ilustrar estos enunciados teóricos abstractos.

Según los datos del Comisariado del Pueblo de Abastecimiento, el acopio estatal de cereales en Rusia, del 1 de agosto de 1917 al 1 de agosto de 1918, ascendió a cerca de treinta millones de *pusd*. En el año siguiente, a unos ciento diez millones de *pusd*. En los tres primeros meses de la próxima campaña (1919-1920) los acopios sumarán probablemente alrededor de cuarenta y cinco millones de *pusd*, contra treinta y siete millones en el mismo período (agosto a octubre) de 1918.

Estas cifras hablan claramente de un lento pero firme mejoramiento del estado de cosas desde el punto de vista del triunfo del comunismo sobre el capitalismo. Este mejoramiento se logra a pesar de las dificultades sin precedentes causadas por la guerra civil organizada por los capitalistas rusos y extranjeros, que utilizan todas las fuerzas de las potencias más poderosas del mundo.

Por ello, a pesar de las mentiras y calumnias de la burguesía de todos los países y de sus cómplices abiertos y embozados (los "socialistas" de la II Internacional), hay algo que es indiscutible: por lo que se refiere al problema económico fundamental de la dictadura del proletariado, la victoria del comunismo sobre el capitalismo está asegurada en nuestro país. En todo el mundo la burguesía está rabiosa y enfurecida contra el bolchevismo y organiza expediciones militares, conspiraciones, etc., contra los bolcheviques, porque se da perfecta cuenta de que es inevitable nuestro triunfo en la transformación de la economía social, siempre que no logren aplastarnos por la fuerza de las armas. Y sus intentos de aplastarnos de ese modo no tendrán éxito.

Por el siguiente cuadro estadístico podrá apreciarse hasta qué punto hemos vencido ya al capitalismo en el breve plazo de que disponíamos y a pesar de las inauditas dificultades en medio de las que tuvimos que actuar. La Dirección Central de

censo exacto de todas las explotaciones agrícolas estatales y comunas agrícolas. Los resultados comenzarán a conocerse en noviembre de 1919.

Estadística acaba de preparar para la prensa los datos sobre la producción y el consumo de cereales, no en toda la Rusia soviética, sino sólo en veintiséis provincias.

Los resultados son los siguientes:

Veintiséis provincias de la Rusia soviética	Población en millones	Producción de cereales (sin semilla ni forraje) en millones de <i>pud</i>	Cereales suministrados en millones de <i>pud</i>		Cantidad total de cereales puesta a disposición de la población (millones de <i>pud</i>)	Consumo de cereales por habitante (en <i>pud</i>)
			Por el Comisariado de Abastecimiento	Por los especuladores		
Provincias productoras	Ciudades 4,4	—	20,9	20,6	41,5	9,5
	Aldeas 28,6	625,4	—	—	481,8	16,9
Provincias consumidoras	Ciudades 5,9	—	20,0	20,0	40,0	6,8
	Aldeas 13,8	114,0	12,1	27,8	151,4	11,0
Total (veintiséis provincias)	52,7	739,4	53,0	68,4	714,7	13,6

Por lo tanto, cerca de la mitad de los cereales suministrados a las ciudades fue proporcionado por el Comisariado del Pueblo de Abastecimiento y la otra mitad por los especuladores. Un estudio preciso de la alimentación de los obreros urbanos, realizado en 1918, arroja exactamente esta proporción. Hay que tener en cuenta que por el pan suministrado por el Estado el obrero paga una *menor parte* de lo que paga al especulador. El precio de especulación del pan es diez veces más alto que el precio estatal. Así lo indica un estudio detallado del presupuesto de los obreros.

4

Un estudio detenido de las cifras citadas muestra que estas ofrecen un cuadro exacto de los rasgos fundamentales de la actual economía de Rusia.

Los trabajadores se han liberado de sus explotadores y opresores seculares, los terratenientes y los capitalistas. Este paso hacia la verdadera libertad y la verdadera igualdad, paso sin precedente en el mundo por su alcance, sus proporciones y su rapidez, es ignorado por los partidarios de la burguesía (incluyendo a los demócratas pequeñoburgueses), quienes, cuando hablan de libertad e igualdad, se refieren a la democracia burguesa parlamentaria, afirmando falsamente que es "democracia" en general o "democracia pura" (Kautsky).

— Pero a los trabajadores les interesan sólo la verdadera igualdad y la verdadera libertad (libertad respecto de los terratenientes y capitalistas), y por eso dan un apoyo tan firme al poder soviético.

— En este país campesino los primeros en salir ganando, los que más han ganado y enseguida se beneficiaron con la dictadura del proletariado fueron los campesinos en general. En Rusia, los campesinos se morían de hambre bajo los terratenientes y capitalistas. Jamás durante los largos siglos de nuestra historia los campesinos tuvieron la posibilidad de trabajar para sí mismos: pasaban hambre mientras entregaban cientos de millones de *pud* de cereales a los capitalistas, para la ciudad y para exportar. Bajo la dictadura del proletariado el campesino *por primera vez* trabaja para sí mismo y *se alimenta mejor que el habitante de la ciudad*. Por primera vez el campesino ha visto lo que es la verdadera libertad: libertad de comer su propio pan, liberación del hambre. Al distribuirse la tierra se estableció, como es sabido, la máxima igualdad; en la inmensa mayoría de los casos los campesinos reparten la tierra “según el número de bocas”.

— Socialismo significa la abolición de las clases.

— Para abolir las clases es necesario primero derrocar a los terratenientes y capitalistas. Esta parte de nuestra tarea ha sido realizada, pero es sólo una parte y, además, no la más difícil. Para abolir las clases es preciso, en segundo lugar, suprimir la diferencia entre obreros industriales y campesinos, transformarlos a *todos en trabajadores*. Y esto no se puede hacer de golpe. Es una tarea muchísimo más difícil y necesariamente llevará mucho tiempo. Es un problema que no puede resolverse con el derrocamiento de una clase. Sólo puede resolverse mediante la reorganización de toda la economía social, mediante el paso de la pequeña producción mercantil individual y aislada a la gran producción social. Esa transición debe ser necesariamente de muy largo plazo. Y con medidas administrativas y legislativas precipitadas e imprudentes sólo se conseguiría retrasarla y complicarla. Sólo puede acelerarse proporcionando ayuda a los campesinos de modo que estos puedan mejorar muchísimo y transformar de modo radical toda su técnica agrícola.

Para resolver esta segunda parte de la tarea, que es la más difícil, el proletariado, después de vencer a la burguesía, debe mantener inquebrantablemente la siguiente línea fundamental en su política respecto de los campesinos: el proletariado debe separar, diferenciar al campesino trabajador del campesino propietario, al campesino labriego del campesino comerciante, al campesino que trabaja del campesino que especula.

En esta diferenciación está *la esencia* del socialismo.

Y nada tiene de extraño que los socialistas que son socialistas de palabra y demócratas pequeñoburgueses en los hechos (los Martov y los Chernov, los Kautsky y demás) no comprendan esta esencia del socialismo.

La diferenciación a que aquí nos referimos es sumamente difícil porque en la vida real todas las características del “campesino”, por muy diferentes que sean, por muy contradictorias que sean, se funden en un todo único. Con

todo, la diferenciación es posible, y no sólo es posible, sino que se desprende inevitablemente de las condiciones de la agricultura del campesino y de la vida campesina. El campesino trabajador durante siglos ha sido oprimido por los terratenientes, los capitalistas, los comerciantes y especuladores y por el Estado, incluyendo las repúblicas burguesas más democráticas. A través de los siglos el campesino trabajador fue aprendiendo a odiar y aborrecer a esos opresores y explotadores, y ese "aprendizaje" inculcado por las condiciones de vida obliga al campesino a buscar una alianza con el obrero contra el capitalista y contra el especulador y el comerciante. Pero, al mismo tiempo, las condiciones económicas, las condiciones de la economía mercantil, convierten inevitablemente al campesino (no siempre, pero sí en la inmensa mayoría de los casos) en comerciante y especulador.

Los datos estadísticos antes citados revelan una palpable diferencia entre el campesino trabajador y el campesino especulador. El campesino que en 1918-1919 suministró a los obreros hambrientos de las ciudades cuarenta millones de *puto* de cereales a los precios fijados por el Estado, que entregó esos cereales a los organismos estatales pese a todas las deficiencias de estos organismos, deficiencias de las que el Gobierno obrero tenía clara conciencia, pero que eran inevitables en el período inicial del paso al socialismo; ese campesino es un campesino trabajador, camarada del obrero socialista y su igual, su aliado más seguro, su hermano legítimo en la lucha contra el yugo del capital. En cambio, el campesino que vendió en forma clandestina cuarenta millones de *puto* de cereales a un precio diez veces más alto que el fijado por el Estado, aprovechándose de las necesidades y del hambre del obrero de la ciudad, defraudando al Estado, reforzando y engendrando por todas partes el engaño, la rapiña y el dolo, ese campesino es un especulador, un aliado del capitalista, un enemigo de clase del obrero, un explotador. Porque quienquiera tenga en su poder excedentes de cereales cosechados en tierras pertenecientes al Estado con ayuda de aperos que, de un modo u otro, encierran el trabajo no sólo del campesino, sino también el del obrero, etc., etc.; quienquiera tenga en su poder excedentes de cereales y especule con esos cereales es un explotador del obrero hambriento.

¡Ustedes infringen la libertad, la igualdad y la democracia!, nos gritan desde todas partes, señalando la desigualdad entre el obrero y el campesino en nuestra Constitución, la disolución de la Asamblea Constituyente, la confiscación por la fuerza de los excedentes de cereales, etc. A lo que contestamos: jamás hubo en el mundo Estado alguno que haya hecho tanto por acabar con la verdadera desigualdad, con la verdadera falta de libertad que durante siglos padeció el campesino trabajador. Pero jamás reconoceremos la igualdad con respecto al campesino especulador, así como no reconocemos la "igualdad" entre el explotador y el explotado, entre el saciado y el hambriento, ni tampoco la "libertad" del primero para robar al segundo. Y a esas personas cultas que se niegan a admitir esta diferencia las trataremos como guardias blancos, aunque se llamen a sí mismos demócratas, socialistas, internacionalistas (Kautsky, Chernov y Martov).

5

Socialismo significa la abolición de las clases. La dictadura del proletariado ha hecho cuanto estaba a su alcance para abolir las clases. Pero las clases no pueden abolirse de golpe. Y en la época de la dictadura del proletariado las clases *subsisten* y *subsisten*. La dictadura dejará de ser necesaria cuando desaparezcan las clases. Pero estas no desaparecerán sin la dictadura del proletariado.

Las clases subsisten, pero en la época de la dictadura del proletariado *cada* clase sufrió un cambio y también cambiaron las relaciones mutuas entre las clases. La lucha de clases no desaparece bajo la dictadura del proletariado; lo único que hace es asumir formas diferentes.

Bajo el capitalismo, el proletariado era una clase oprimida, una clase que había sido despojada de los medios de producción, la única clase que se oponía directa y totalmente a la burguesía y, por lo tanto, la única capaz de ser revolucionaria hasta el final.

Después de derrocar a la burguesía y de conquistar el poder político, el proletariado se convirtió en la clase *dominante*: tiene en sus manos el poder estatal, controla los medios de producción ya socializados, dirige a los elementos y las clases vacilantes e intermedios y aplasta la resistencia cada vez más tenaz de los explotadores. Todas estas son tareas *específicas* de la lucha de clases, tareas que el proletariado no se planteaba antes ni podía plantearse.

La clase de los explotadores, los terratenientes y capitalistas no ha desaparecido ni puede desaparecer de golpe bajo la dictadura del proletariado. Los explotadores han sido aplastados, pero no destruidos. Aún tienen una base internacional, el capital internacional, del cual son parte integrante. Aún tienen, en parte, algunos medios de producción, aún tienen dinero, aún tienen amplios vínculos sociales. Porque fueron derrotados, aumentó cien y mil veces la fuerza de su resistencia. El "arte" de saber dirigir el Estado, el Ejército y la economía les da superioridad, y una superioridad muy grande, de modo que su importancia es muchísimo mayor que su proporción numérica dentro de la cifra global de la población. La lucha de clase que libran los explotadores derrocados contra la vanguardia victoriosa de los explotados, es decir, contra el proletariado, se ha vuelto incomparablemente más encarnizada. Y no puede ser de otro modo cuando se trata de una revolución, a no ser que se reemplace este concepto (como lo hacen todos los héroes de la II Internacional) por ilusiones reformistas.

Por último, el campesinado, como la pequeñoburguesía en general, ocupa una posición intermedia incluso bajo la dictadura del proletariado: por una parte, constituye una masa bastante considerable (en la Rusia atrasada, inmensa) de trabajadores, unida por el interés común de todos los trabajadores de liberarse de los terratenientes y los capitalistas; por otra parte, son pequeños propietarios, hacendados y comerciantes aislados. Esa situación económica hace que inevitablemente vacilen entre el proletariado y la burguesía. Debido a la forma aguda que ha asumido la lucha entre estas dos clases, debido a la

ruptura increíblemente grave de todas las relaciones sociales y debido al gran apego de los campesinos y de la pequeñoburguesía en general a lo viejo, lo rutinario, lo inmutable, es natural que nos encontremos con que oscilan de un lado al otro, que son vacilantes, mudables, inseguros, etcétera.

Respecto de esta clase —o de estos elementos sociales— el proletariado debe esforzarse por ejercer influencia sobre ella, por dirigirla. Conducir a los vacilantes, a los inseguros; esa es la tarea del proletariado.

Si comparamos todas las fuerzas o clases fundamentales y sus relaciones recíprocas tal como fueron modificadas por la dictadura del proletariado, comprenderemos cuán increíblemente absurda y teóricamente estúpida es la idea pequeñoburguesa corriente, compartida por todos los representantes de la II Internacional, de que es posible el paso al socialismo "a través de la democracia" en general. La principal fuente de este error está en el prejuicio, heredado de la burguesía, de que la "democracia" es algo absoluto, situado por encima de las clases. En realidad, bajo la dictadura del proletariado, la democracia misma entra en una fase totalmente nueva y la lucha de clases alcanza un nivel superior, subordinando a todas y cada una de las formas.

Las frases generales sobre la libertad, la igualdad y la democracia no son, en realidad, otra cosa que la ciega repetición de conceptos plasmados por las relaciones de producción mercantil. Querer resolver con esas generalidades los problemas concretos de la dictadura del proletariado equivale a aceptar en su totalidad las teorías y principios de la burguesía. Desde el punto de vista del proletariado el problema sólo puede plantearse así: ¿libertad respecto de la opresión de qué clase? ¿Igualdad de qué clase y con cuál? ¿Democracia basada en la propiedad privada o en la lucha por la abolición de la propiedad privada?, etcétera.

Hace mucho tiempo Engels explicó en su *Anti-Dühring* que el concepto de igualdad ha sido moldeado por las relaciones de producción mercantil; la igualdad se convierte en un prejuicio si no se la entiende como la *abolición de las clases*. Esta verdad elemental respecto de la diferencia entre el concepto democrático-burgués y el socialista de igualdad es constantemente olvidada. Pero, si no se la olvida, se hace evidente que, al derrocar a la burguesía, el proletariado da el paso decisivo hacia la abolición de las clases y que, para completar el proceso, el proletariado debe proseguir su lucha de clase, utilizando el aparato del poder estatal y empleando diversos métodos de lucha, ejerciendo influencia y presión sobre la burguesía derrocada y la pequeñoburguesía vacilante.

(Continuará)

30 de octubre de 1919
N. Lenin

EL "IZQUIERDISMO", ENFERMEDAD INFANTIL DEL COMUNISMO¹

¹ Escrito en abril-mayo de 1920. Publicado como libro por la editorial del Estado en Petrogrado en junio de 1920.



EL "IZQUIERDISMO", ENFERMEDAD INFANTIL DEL COMUNISMO

I. ¿En qué sentido podemos hablar de la importancia internacional de la Revolución rusa?

En los primeros meses que siguieron a la conquista del poder político por el proletariado en Rusia (25 de octubre [7 de noviembre] de 1917) podía parecer que la enorme diferencia entre la Rusia atrasada y los países avanzados de Europa occidental conduciría a que la revolución proletaria en estos países fuera muy distinta a la nuestra.

Hoy tenemos ya una experiencia internacional muy considerable, que demuestra con absoluta claridad que algunos de los rasgos fundamentales de nuestra revolución tienen una importancia que no es local, o específicamente nacional, o sólo rusa, sino internacional.

No hablo aquí de importancia internacional en el sentido amplio de la palabra: no sólo algunos, sino todos los rasgos fundamentales de nuestra revolución, y muchos de sus rasgos secundarios, tienen importancia internacional en el sentido de sus efectos en todos los países. Hablo de ello en el sentido más restringido de la palabra, entendiendo por importancia internacional la validez internacional o la inevitabilidad histórica de una repetición, en escala internacional, de lo ocurrido en nuestro país. Hay que reconocer que algunos rasgos fundamentales de nuestra revolución tienen esa importancia.

Sería, por cierto, un tremendo error exagerar esta verdad y extenderla más allá de ciertos rasgos fundamentales de nuestra revolución. Sería erróneo asimismo perder de vista el hecho de que, poco después de la victoria de la revolución proletaria en al menos uno de los países avanzados, habrá de producirse seguramente un cambio radical: Rusia dejará de ser el modelo y volverá a convertirse en un país atrasado (en el sentido "soviético" y socialista).

En el actual momento histórico, sin embargo, es el modelo ruso el que revela a todos los países algo –y algo muy importante– de su futuro próximo e inevitable. Los obreros avanzados de todos los países hace ya tiempo que lo han comprendido; muy a menudo, más que comprenderlo, lo han captado con su instinto de clase revolucionaria. En ello reside la "importancia" internacional (en el sentido restringido de la palabra) del poder soviético y de los fundamentos de la teoría y la táctica bolcheviques. Esto no lo han comprendido los dirigentes "revolucionarios" de la II Internacional, como Kautsky en

Alemania, y Otto Bauer y Friedrich Adler en Austria, motivo por el cual se han convertido en reaccionarios, en defensores del peor tipo de oportunismo y de traición social. Digamos de paso que el folleto anónimo titulado *La revolución mundial* [*Weltrevolution*], que apareció en Viena en 1919 [*Sozialistische Bucherei* N.º 11; Ignaz Brand], revela con absoluta claridad todo el pensamiento de ellos y el conjunto de sus ideas, o, más bien, todo el abismo de su estupidez, pedantería, hajeza y traición a los intereses de la clase obrera; aderezado, además, con la "defensa" de la idea de la "revolución mundial".

Sin embargo, nos ocuparemos en otro momento con mayor detenimiento de este folleto. Consignaremos aquí sólo lo que sigue: en tiempos bien lejanos, cuando Kautsky todavía era un marxista y no un renegado, al ocuparse del problema como historiador previó la posibilidad de que surgiera una situación en la cual el espíritu revolucionario del proletariado ruso proporcionaría un modelo para Europa occidental. Esto era en 1902, cuando Kautsky escribió un artículo para la *Letra* revolucionaria titulado "Los esclavos y la revolución". He aquí lo que decía en su artículo:

En la actualidad [a diferencia de 1848] parecería que los esclavos no sólo se han incorporado a las filas de las naciones revolucionarias, sino que el centro del pensamiento revolucionario y de la acción revolucionaria se desplaza cada día más hacia los esclavos. El centro revolucionario se está desplazando de Occidente a Oriente. En la primera mitad del siglo XIX estaba localizado en Francia y, en algunos momentos, en Inglaterra. En 1848, también Alemania se incorporó a las filas de las naciones revolucionarias... El nuevo siglo ha comenzado con acontecimientos que sugieren la idea de que nos aproximamos a un nuevo desplazamiento del centro revolucionario, a saber: hacia Rusia... Rusia, que ha recibido tanta iniciativa revolucionaria de Occidente, quizá esté hoy preparada para servir a Occidente de fuente de energía revolucionaria. Es posible que el creciente movimiento revolucionario ruso sea el medio más poderoso para conjurar el espíritu de filisteísmo endeble y de fríos cálculos políticos que empieza a difundirse en nuestras filas y haga surgir de nuevo el espíritu de lucha y la abnegación apasionada respecto de nuestros grandes ideales. Hace ya mucho que Rusia ha dejado de ser para Europa occidental un baluarte de la reacción y del absolutismo. Creo que hoy es cierto lo contrario. Europa occidental se está convirtiendo en el baluarte de la reacción y del absolutismo para Rusia... Es posible que los revolucionarios rusos hubieran acabado hace ya mucho con el Zar si no se hubiesen visto obligados a luchar al mismo tiempo contra su aliado, el capital europeo. Esperemos que esta vez logren vencer a ambos enemigos y que la nueva "santa alianza" se derrumbe más pronto que sus antecesoras. Pero sea cual fuere el resultado de la lucha actual en Rusia, la sangre y los sufrimientos de los mártires que, por desgracia, engendrarán esta lucha en cantidad demasiado grande no serán en vano. Nutrirán los brotes de la revolución social en todo el mundo civilizado y los harán crecer con mayor exuberancia y

rapidez. En 1848, los esclavos fueron la helada mortífera que marchitó las flores de la primavera de los pueblos. Quizá su destino sea convertirse en la tormenta que rompa el hielo de la reacción y traiga consigo irresistiblemente una nueva y feliz primavera para las naciones [Karl Kautsky, "Los esclavos y la revolución", artículo publicado en *Izra*, periódico revolucionario socialdemócrata ruso, N.º 18, 10 de marzo de 1902].

¡Qué bien escribía Karl Kautsky hace dieciocho años!

II. Una condición esencial del éxito de los bolcheviques

Hoy, creo, se comprende en forma casi general que los bolcheviques no habrían podido retener el poder, no ya dos años y medio, sino ni siquiera dos meses y medio sin la disciplina en extremo rigurosa y verdaderamente férrea de nuestro partido, y sin el apoyo total e incondicional de toda la masa de la clase obrera, es decir, de todos sus elementos conscientes, honestos, abnegados e influyentes, capaces de dirigir o de arrastrar consigo a las capas atrasadas.

La dictadura del proletariado significa la guerra más decidida y más implacable que libra la nueva clase contra un enemigo *más poderoso*, la burguesía, cuya resistencia aumenta *diez veces* con su derrocamiento (aunque no sea más que en un país) y cuyo poderío consiste no sólo en la fuerza del capital internacional, en la fuerza y la solidez de los vínculos internacionales, sino, además, en la fuerza de la costumbre, en la fuerza de la *pequeña producción*. Por desgracia, la pequeña producción está aún muy difundida en el mundo, y la pequeña producción engendra capitalismo y burguesía constantemente, cada día, cada hora, en forma espontánea y en masa. Todos estos motivos hacen indispensable la dictadura del proletariado, y la victoria sobre la burguesía es imposible sin una lucha a muerte larga, tenaz y encarnizada, que exige tenacidad, disciplina y una sola e inflexible voluntad.

Lo repito, la experiencia de la victoriosa dictadura del proletariado en Rusia ha demostrado claramente, incluso a aquellos que son incapaces de pensar o no han tenido ocasión de reflexionar sobre el problema, que la centralización absoluta y la estricta disciplina del proletariado son condiciones esenciales de la victoria sobre la burguesía.

De esto se habla a menudo. Sin embargo, no se reflexiona lo suficiente sobre lo que esto significa y en qué condiciones es posible. ¿No sería mejor que los saludos dirigidos a los sóviets y a los bolcheviques estuvieran *con mayor frecuencia* acompañados por un serio análisis de las causas que permitieron a los bolcheviques forjar la disciplina que necesita el proletariado revolucionario?

Como corriente del pensamiento político y como partido político, el bolchevismo existe desde 1903. Sólo la historia del bolchevismo durante *todo* el período de su existencia puede explicar en forma satisfactoria por qué pudo

forjar y mantener, en las condiciones más difíciles, la férrea disciplina necesaria para la victoria del proletariado.

Las primeras preguntas que surgen son: *¿cómo se mantiene la disciplina del partido revolucionario del proletariado?; ¿cómo se la comprueba? ¿Cómo se la refuerza?* Primero, por la conciencia de clase de la vanguardia proletaria y por su fidelidad a la revolución, por su tenacidad, su abnegación y su heroísmo. Segundo, por su capacidad de vincularse, de establecer el más estrecho contacto y, si se quiere, de fundirse, en cierta medida, con las más amplias masas de trabajadores, en primer término con el proletariado, *pero también con las masas trabajadoras no proletarias*. Tercero, por lo acertado de la dirección política que esa vanguardia ejerce, por lo acertado de su estrategia y su táctica políticas, siempre que las amplias masas se hayan convencido, *por experiencia propia*, de que son acertadas. Sin estas condiciones es imposible lograr disciplina en un partido revolucionario verdaderamente capaz de ser el partido de la clase avanzada, cuya misión es derrocar a la burguesía y transformar toda la sociedad. Sin estas condiciones inevitablemente se malogran todos los intentos de implantar la disciplina y terminan en fraseología, en bufonadas. Por otra parte, estas condiciones no pueden surgir de golpe. Sólo se forman mediante esfuerzos prolongados y una dura experiencia. Su formación la facilita una teoría revolucionaria acertada que, a su vez, no es un dogma, sino que adquiere su forma definitiva sólo en estrecha vinculación con la actividad práctica de un movimiento verdaderamente de masas y verdaderamente revolucionario. El hecho de que, en 1917-1920, el bolchevismo pudo establecer y mantener con éxito, en condiciones increíblemente difíciles, la centralización más estricta y una disciplina férrea se debió sencillamente a una serie de peculiaridades históricas de Rusia.

Por una parte, el bolchevismo surgió en 1903 sobre una base muy sólida de la teoría marxista. Lo acertado de esta teoría revolucionaria —y sólo de ella— ha sido demostrado no sólo por la experiencia internacional durante todo el siglo XIX, sino, en particular, por la experiencia de los tanteos y vacilaciones, los errores y los engaños del pensamiento revolucionario en Rusia. Durante casi medio siglo —aproximadamente desde la década del 40 hasta la del 90 del siglo pasado—, el pensamiento de vanguardia en Rusia, oprimido por el zarismo brutal y reaccionario, buscó con avidez una teoría revolucionaria acertada y siguió con el mayor celo y atención cada “última palabra” en Europa y América a este respecto. Rusia llegó al marxismo —la única teoría revolucionaria acertada— a través de las *angustias* que padeció en el curso de medio siglo de torturas y sacrificios inauditos, de heroísmo revolucionario inaudito, de energía increíble, de búsquedas abnegadas, estudio, ensayos prácticos, engaños, verificación y comparación con la experiencia europea. Gracias a la emigración provocada por el zarismo, la Rusia revolucionaria, en la segunda mitad del siglo XIX, logró una riqueza de vínculos internacionales y un excelente conocimiento de las formas y teorías del movimiento revolucionario mundial como ningún otro país.

Por otra parte, el bolchevismo, que había surgido sobre esta base teórica de granito, pasó por quince años de historia práctica (1903-1917) sin parangón en el mundo por su riqueza de experiencias. Durante esos quince años, ningún otro país conoció nada siquiera parecido a esa experiencia revolucionaria, a esa rápida y variada sucesión de distintas formas del movimiento, legal e ilegal, pacífica y violenta, clandestina y abierta, círculos locales y movimientos de masas y formas parlamentarias y terroristas. En ningún país se concentró, en un tiempo tan breve, tal riqueza de formas, matices y métodos de lucha *de todas* las clases de la sociedad moderna, lucha que, debido al atraso del país y al rigor del yugo zarista, maduró con excepcional rapidez y asimiló con particular ansiedad y eficacia la "última palabra" de la experiencia política americana y europea.

III. Etapas principales en la historia del bolchevismo

Años de preparación para la revolución (1903-1905). En todas partes se percibía que se aproximaba una gran tormenta. Todas las clases estaban en un estado de efervescencia y preparación. En el extranjero, la prensa de la emigración discutía los aspectos teóricos de *todos* los problemas fundamentales de la revolución. Con una lucha encarnizada acerca de las concepciones programáticas y tácticas, los representantes de las tres clases fundamentales, de las tres corrientes políticas principales —la liberalburguesa, la democráticopequeñoburguesa (oculta tras rótulos "socialdemocráticos" y "socialrevolucionarios") y la proletaria revolucionaria— anticipaban y preparaban la inminente lucha de clases abierta. *Todos* los problemas que motivaron la lucha armada de las masas en 1905-1907 y en 1917-1920 pueden (y deben) estudiarse, en su forma embrionaria, en la prensa de aquella época. Entre estas tres tendencias principales había, por supuesto, una multitud de formas intermedias, transitorias, híbridas. Más exacto sería decir que aquellas corrientes políticas e ideológicas, que tenían un auténtico carácter de clase, cristalizaron en la lucha de los órganos de prensa, de los partidos, fracciones y grupos; donde las clases forjaban las armas políticas e ideológicas necesarias para las batallas inminentes.

Años de la revolución (1905-1907). Todas las clases comenzaron a actuar abiertamente. Todas las concepciones programáticas y tácticas fueron comprobadas por la acción de las masas. Por su amplitud y agudeza, la lucha huelguística no tuvo paralelo en ningún lugar del mundo. La huelga económica se transformó en huelga política y esta última en insurrección. Las relaciones entre el proletariado como dirigente y el campesinado como dirigido, vacilante e inestable, se comprobaron en la práctica. En el desarrollo espontáneo de la lucha, surgió la forma soviética de organización. Las disputas de aquel entonces sobre la importancia de los sóviets fueron anticipo de la gran lucha de 1917-1920. La sucesión de las formas de lucha parlamentaria y no parlamentaria, de la táctica de boicot al parlamento y de participación en el parlamento, de las formas de

lucha legales e ilegales, así como sus relaciones recíprocas y sus conexiones; todo esto se distinguió por una extraordinaria riqueza de contenido. En cuanto al aprendizaje de los fundamentos de la ciencia política por las masas y los dirigentes, por las clases y los partidos, cada mes de este período equivalió a un año entero de desarrollo "pacífico" y "constitucional". Sin el "ensayo general" de 1905, la victoria de la Revolución de Octubre de 1917 habría sido imposible.

Años de la reacción (1907-1910). El zarismo salió victorioso. Todos los partidos revolucionarios y de oposición fueron aplastados. Abatimiento, desmoralización, divisiones, discordia, defecciones y pornografía ocuparon el lugar de la política. Hubo una tendencia aún mayor hacia el idealismo filosófico; el misticismo se convirtió en la vestidura de los sentimientos contrarrevolucionarios. Al mismo tiempo, sin embargo, fue esta gran derrota la que enseñó a los partidos revolucionarios y a la clase revolucionaria una lección real y muy útil, una lección de dialéctica histórica, una lección de comprensión de la lucha política y del arte y la ciencia de esa lucha. Los amigos se conocen en la desgracia. Los ejércitos derrotados aprenden su lección.

El zarismo victorioso se vio obligado a acelerar la destrucción de los restos del modo de vida preburgués, patriarcal, en Rusia. El desarrollo burgués del país avanzó con notable rapidez. Las ilusiones que se situaban al margen o por encima de las distinciones de clase, las ilusiones sobre la posibilidad de evitar el capitalismo, se desvanecieron. La lucha de clases se manifestó de un modo absolutamente nuevo y más claro.

Los partidos revolucionarios debían completar su educación. Habían aprendido a dirigir la ofensiva. Tuvieron que comprender entonces que esa ciencia debía ser completada con el conocimiento de otra ciencia: la retirada en orden. Tenían que comprender —y la clase revolucionaria aprende a comprenderlo por su amarga experiencia— que es imposible la victoria si no se aprende la ciencia de la ofensiva y la retirada en debida forma. De todos los partidos revolucionarios y de oposición derrotados, fueron los bolcheviques quienes realizaron el repliegue más ordenado, con menos bajas en su "ejército", conservando mejor su núcleo central, con las divisiones menos graves (en cuanto al carácter profundo e irreparable de estas), con menos desmoralización y en mejores condiciones para reanudar la acción en la más amplia escala y del modo más acertado y enérgico. Los bolcheviques lograron esto sólo porque desenmascararon sin piedad y expulsaron a los revolucionarios de palabra, a quienes no querían comprender que había que replegarse, que había que saber replegarse, que era obligatorio aprender a actuar legalmente en los parlamentos más reaccionarios y en los más reaccionarios sindicatos, cooperativas, mutualidades y otras organizaciones semejantes.

Años de ascenso (1910-1914). Al principio, los progresos fueron increíblemente lentos; luego, después de los sucesos del Lena de 1912, algo más rápidos. Venciendo dificultades inauditas, los bolcheviques desplazaron a los mencheviques, cuyo papel de agentes de la burguesía en el movimiento obrero fue

claramente comprendido por toda la burguesía después de 1905 y a quienes por consiguiente esta apoyó de mil maneras contra los bolcheviques. Pero los bolcheviques jamás habrían logrado esto si no hubiesen aplicado la táctica acertada de combinar el trabajo ilegal con la utilización obligatoria de las "posibilidades legales". En las elecciones a la Duma más reaccionaria los bolcheviques obtuvieron el apoyo total de la curia obrera.

La primera guerra mundial imperialista (1914-1917). El parlamentarismo legal, con un "parlamento" en extremo reaccionario, prestó muy buenos servicios a los bolcheviques, al partido del proletariado revolucionario. Los diputados bolcheviques fueron exiliados a Siberia. En la prensa de la emigración hallaron plena expresión todos los matices del socialimperialismo, del socialchovinismo, del socialpatriotismo, del internacionalismo inconsecuente y consecuente, del pacifismo y de la negación revolucionaria de las ilusiones pacifistas. Los tontos ilustrados y las viejas chismosas de la II Internacional, que miraban con arrogancia y desdén la abundancia de "fracciones" en el movimiento socialista ruso y la lucha encarnizada que libraban entre sí, fueron incapaces —cuando la guerra los privó de su cacareada "legalidad" en todos los países adelantados— de organizar algo que siquiera se pareciera a un intercambio libre (ilegal) de ideas y a un desarrollo libre (ilegal) de ideas acertadas, tal como lo hicieron los revolucionarios rusos en Suiza y en muchos otros países. A ello se debe, precisamente, que tanto los socialpatriotas declarados como los "kautskistas" de todos los países demostraran ser los peores traidores al proletariado. Una de las principales razones de que el bolchevismo pudiera triunfar en 1917-1920 fue que, desde fines de 1914, desenmascaró sin piedad la villanía, la infamia y la abyección del socialchovinismo y el "kautskismo" (al que corresponden el longuettismo en Francia, las ideas de los fabianos y de los dirigentes del Partido Laborista Independiente en Inglaterra, de Turati en Italia, etc.) y las masas fueron convenciéndose luego, cada vez más, por experiencia propia, de que las concepciones de los bolcheviques eran acertadas.

Segunda revolución en Rusia (febrero a octubre de 1917). La decrepitud y caducidad del zarismo habían creado (con ayuda de los reveses y sufrimiento de una guerra infinitamente penosa) una inusitada fuerza destructora dirigida contra él. En pocos días Rusia se convirtió en una república democraticoburguesa, más libre (en las condiciones de la guerra) que cualquier otro país del mundo. Los dirigentes de los partidos de oposición y de los partidos revolucionarios comenzaron a formar un Gobierno, tal como se hace en las repúblicas más "estrictamente parlamentarias": el hecho de que un hombre hubiera sido dirigente de un partido de oposición en el parlamento —incluso en el parlamento más reaccionario— le *facilitaba* su papel futuro en la revolución.

En pocas semanas, los mencheviques y los "socialistas revolucionarios" asimilaron a fondo todos los métodos y costumbres, los argumentos y sofismas de los héroes europeos de la II Internacional, de los ministerialistas y de toda la gentuza oportunista. Todo lo que hoy vemos sobre los Scheidemann y los

Noske, sobre Kautsky y Hilferding, Renner y Austerlitz, Otto Bauer y Fritz Adler, Turati y Longuet, sobre los fabianos y los dirigentes del Partido Laborista Independiente de Gran Bretaña², todo ello nos parece (y lo es en realidad) una monótona repetición, la reiteración de un viejo y conocido estribillo. Todo eso lo hablamos presenciado ya en el caso de los mencheviques. La historia les jugó una mala pasada y los oportunistas de un país atrasado se convirtieron en los precursores de los oportunistas de una serie de países avanzados.

Si todos los héroes de la II Internacional fracasaron y se cubrieron de oprobio por no haber comprendido cuál era el papel y la importancia de los sóviets y del poder soviético; si los dirigentes de los tres grandes partidos que han abandonado ahora la II Internacional (a saber: el Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania, el partido longuetista de Francia y el Partido Laborista Independiente de Gran Bretaña) se cubrieron de oprobio y se embrollaron del modo más "brillante" en este problema; si todos ellos demostraron ser esclavos de los prejuicios de la democracia pequeñoburguesa (enteramente en el espíritu de los pequeñoburgueses de 1848, que se autotitulaban "socialdemócratas"), sólo podemos decir que *todo eso ya lo hemos presenciado en el caso de los mencheviques*. La historia ha hecho esta jugareta: los sóviets surgieron en Rusia en 1905; de febrero a octubre de 1917 fueron desnaturalizados por los mencheviques, que fracasaron por su incapacidad de comprender el papel e importancia de los sóviets; hoy la idea del poder soviético ha surgido *en el mundo entero* y se extiende con extraordinaria rapidez entre el proletariado de todos los países. Igual que nuestros mencheviques, los viejos héroes de la II Internacional fracasan *en todas partes* porque son incapaces de comprender el papel y la importancia de los sóviets. La experiencia ha demostrado que en algunos problemas muy importantes de la revolución proletaria *todos los países* tendrán que hacer inevitablemente lo que hizo Rusia.

A pesar de algunas ideas que con frecuencia encontramos en Europa y América, los bolcheviques empezaron su lucha victoriosa contra la república parlamentaria y (en realidad) burguesa y contra los mencheviques con suma prudencia, y los preparativos no fueron, de ningún modo, sencillos. Al comienzo del período mencionado *no* llamamos a derrocar al Gobierno, sino que explicamos que era imposible derrocarlo *sin* cambiar primero la composición y el estado de ánimo de los sóviets. No declaramos el boicot al parlamento burgués, a la Asamblea Constituyente, sino que dijimos -y a partir de la conferencia de abril (1917) de nuestro partido lo dijimos oficialmente en nombre del Partido- que una república burguesa con una Asamblea Constituyente sería mejor que una república burguesa sin Asamblea Constituyente, pero que una república "obrera y campesina", una república soviética, sería mejor que cualquier república democraticoburguesa parlamentaria. Sin esa prepa-

2 El Partido Laborista Independiente de Gran Bretaña había sido fundado en 1893 por J. Keir-Hardy y R. MacDonald, etc. Pretendiendo la independencia política de los partidos burgueses, el Partido Laborista fue de hecho "independiente frente a los socialistas, pero dependiente de los liberales".

ración cuidadosa, circumspecta y prolongada no habríamos podido lograr la victoria en octubre de 1917 ni consolidar esa victoria.

IV. ¿En la lucha contra qué enemigos dentro del movimiento obrero creció, se fortaleció y se templó el bolchevismo?

En primer lugar, y sobre todo, en la lucha contra el oportunismo, que en 1914 se transformó definitivamente en socialchovinismo y se pasó definitivamente al campo de la burguesía, contra el proletariado. Este era, por supuesto, el principal enemigo del bolchevismo dentro del movimiento obrero. Sigue siendo el principal enemigo en escala internacional. Los bolcheviques han prestado y prestan a este enemigo la mayor atención. Este aspecto de la actividad bolchevique es ahora bastante bien conocido también en el extranjero.

Es distinto lo que debemos decir de otro enemigo del bolchevismo dentro del movimiento obrero. En el extranjero se sabe poco que el bolchevismo se formó, se fortaleció y se templó en largos años de lucha contra el *revolucionarismo pequeñoburgués*, que se parece al anarquismo o que ha tomado algo de él, y que, en todos los problemas esenciales, deja de lado las condiciones y exigencias de una lucha de clases consecuentemente proletaria. La teoría marxista ha establecido —y la experiencia de todas las revoluciones y movimientos revolucionarios europeos lo confirma plenamente— que el pequeño propietario, el pequeño patrón (tipo social muy difundido, incluso en escala de masas, en muchos países europeos), que bajo el capitalismo siempre sufre opresión y muy a menudo un deterioro en extremo agudo y rápido de sus condiciones de vida, incluso la ruina, que con facilidad en extremismos revolucionarios, pero es incapaz de tener constancia, organización, disciplina y firmeza. El pequeño-burgués a quien vuelven “frenético” los horrores del capitalismo es, como el anarquismo, un fenómeno social propio de todos los países capitalistas. Son de público conocimiento la inconstancia de ese revolucionarismo, su esterilidad y su tendencia a transformarse rápidamente en sumisión, apatía, quimeras e incluso en entusiasmo “frenético” por una u otra corriente burguesa “de moda”. Sin embargo, el reconocimiento teórico, abstracto, de estas verdades en modo alguno pone a salvo a los partidos revolucionarios de viejos errores, que siempre aparecen en ocasiones inesperadas, con formas algo novedosas, con una apariencia o en un medio hasta entonces desconocidos, en una situación original (más o menos original).

El anarquismo ha sido con no poca frecuencia una especie de castigo frente a las desviaciones oportunistas del movimiento obrero. Ambas aberraciones se complementan mutuamente. Y si en Rusia —a pesar de la composición más pequeñoburguesa de su población en comparación con otros países europeos— la influencia del anarquismo fue insignificante durante las dos revoluciones (1905 y 1917) y durante su preparación, ello se debe en parte, sin duda alguna, al

bolchevismo, que libró siempre una lucha implacable e irreconciliable contra el oportunismo. Digo "en parte" porque de mayor importancia aún para debilitar la influencia del anarquismo en Rusia fue el hecho de que en el pasado (la década del 70 del siglo XIX) se desarrolló en forma desmedida y reveló su carácter totalmente erróneo, su ineptitud para servir, como teoría dirigente, a la clase revolucionaria.

Cuando surgió en 1903 el bolchevismo tomó la tradición de lucha implacable contra el revolucionarismo pequeñoburgués, semianarquista (o anarquista aficionado), tradición que siempre existió en la socialdemocracia revolucionaria y que se fortaleció particularmente en nuestro país durante los años 1900-1903, cuando en Rusia se colocaban las bases para un partido de masas del proletariado revolucionario. El bolchevismo tomó y llevó adelante la lucha contra un partido que, más que ningún otro, expresaba las tendencias del revolucionarismo pequeñoburgués (es decir, el partido de los "socialrevolucionarios") y libró esa lucha en tres aspectos fundamentales. Primero, ese partido, que impugnaba el marxismo, se negaba obstinadamente a comprender (más correcto sería decir: no podía comprender) la necesidad de hacer una apreciación rigurosamente objetiva de las fuerzas de clase y de sus relaciones mutuas antes de emprender cualquier acción política. Segundo, ese partido se consideraba particularmente "revolucionario" o "de izquierda" porque reconocía el terror individual, los asesinatos, cosa que nosotros, los marxistas, rechazábamos en forma categórica. Es claro que nosotros rechazábamos el terror individual sólo por razones de oportunidad; mientras que las personas que eran capaces de condenar "por principio" el terror de la gran Revolución francesa o, en general, el terror empleado por un partido revolucionario victorioso, acosado por la burguesía de todo el mundo, fueron ridiculizadas y escarnecidas por Plejanov en 1900-1903, cuando este era un marxista y un revolucionario. Tercero, los "socialrevolucionarios" consideraban muy "izquierdista" reírse de los pecados oportunistas, relativamente insignificantes, del partido socialdemócrata alemán, al mismo tiempo que ellos mismos imitaban a los ultraoportunistas de ese partido, por ejemplo, en el problema agrario o en el problema de la dictadura del proletariado.

La historia, dicho sea de paso, ha confirmado hoy en gran escala y a nivel mundial la opinión que siempre hemos defendido, a saber, que la socialdemocracia revolucionaria alemana (téngase en cuenta que ya en 1900-1903 Plejanov reclamaba la expulsión de Bernstein del Partido y que en 1913 los bolcheviques, siguiendo siempre esta tradición, desenmascaban la villanía, la baja y la traición de Legien) era lo que *más se acercaba* al partido que necesita el proletariado revolucionario para lograr la victoria. Hoy, en 1920, después de todos los fracasos y crisis ignominiosos del período de la guerra y de los primeros años de posguerra, se ve con claridad que, de todos los partidos occidentales, la socialdemocracia revolucionaria alemana dio los mejores dirigentes y se recuperó y fortaleció con mayor rapidez. Esto puede observarse en el caso tanto de los espartaquistas como del ala izquierda, proletaria, del Partido Socialdemócrata

Independiente de Alemania³, que libra una lucha incesante contra el oportunismo y el servilismo de los Kautsky, los Hilferding, los Ledebour y los Crispian. Si echamos ahora una ojeada que abarque un período histórico completo, o sea, desde la Comuna de París hasta la primera república socialista soviética, veremos que la actitud del marxismo hacia el anarquismo se destaca en forma definida e inequívoca. En última instancia, el marxismo demostró estar en lo cierto, y aunque los anarquistas señalaron con justicia el carácter oportunista de las concepciones sobre el Estado que imperaban en la mayoría de los partidos socialistas, hay que decir, en primer lugar, que ese oportunismo estaba vinculado a la deformación e incluso a la omisión deliberada de las ideas de Marx sobre el Estado (en mi libro *El Estado y la revolución* señalé que durante treinta y seis años, de 1875 a 1911, Bebel retuvo una carta de Engels en la que este denunciaba con singular relieve, vigor, franqueza y claridad el oportunismo de las concepciones socialdemócratas en boga sobre el Estado); en segundo término, que la rectificación de estas ideas oportunistas y el reconocimiento del poder soviético y de su superioridad sobre la democracia parlamentaria burguesa tuvieron lugar con mayor rapidez y amplitud entre las tendencias más marxistas de los partidos socialistas de Europa y América.

La lucha del bolchevismo contra las desviaciones de "izquierda" dentro de su propio partido asumió proporciones particularmente grandes en dos oportunidades: en 1908, en torno del problema de si se debía o no participar en un "parlamento" ultrarreaccionario y en las asociaciones obreras legales, limitadas por leyes ultrarreaccionarias, y en 1918 (paz de Brest), en torno del problema de si era admisible tal o cual "compromiso".

En 1908, los bolcheviques "de izquierda" fueron expulsados de nuestro partido por negarse obstinadamente a comprender la necesidad de participar en un "parlamento" ultrarreaccionario. Los "izquierdistas" —entre los que había muchos excelentes revolucionarios que, con honor, fueron después (y aún lo son) miembros del Partido Comunista— se apoyaban, sobre todo, en la exitosa experiencia del boicot de 1905. Cuando en agosto de 1905 el Zar anunció la convocatoria a un "parlamento" consultivo, los bolcheviques le declararon el boicot, contra todos los partidos de oposición y de los mencheviques, y el "parlamento" fue barrido, en realidad, por la revolución de octubre de 1905. El boicot era correcto en ese momento, no porque sea correcta en general la no participación en los parlamentos reaccionarios, sino porque valoramos acertadamente la situación objetiva, que conducía a la rápida transformación de las huelgas de masas, primero, en huelga política, luego, en huelga revolucionaria, y, por último, en insurrección. Además, la lucha giraba en ese entonces en torno

3 Lenin hace referencia a la fuerte y mayoritaria ala izquierda del Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania que en el congreso de Leipzig a finales de 1919 había aceptado la necesidad de la dictadura del proletariado y votado establecer relaciones políticas con la III Internacional. El ala derecha de este partido estaba integrada por Kautsky, Hilferding, Legien, entre otros (NdE).

del problema de si debía ser el Zar quien convocase la primera asamblea representativa o si se debía intentar arrancar su convocatoria de manos del antiguo régimen. Al no existir, y no poder existir, ninguna seguridad de que la situación objetiva fuera similar y al no haber seguridad de la existencia de una corriente similar y de un ritmo igual de desarrollo el boicot dejaba de ser acertado.

El boicot de los bolcheviques al "parlamento" en 1905 enriqueció al proletariado revolucionario con una experiencia política muy valiosa y demostró que cuando se combinan formas de lucha legales e ilegales, parlamentarias y no parlamentarias, a veces es conveniente, e incluso indispensable, rechazar las formas parlamentarias. Sería un gran error, sin embargo, aplicar esta experiencia ciegamente, por simple imitación, sin espíritu crítico, a *otras* condiciones, a *otra* situación. El boicot de los bolcheviques a la Duma en 1906 fue un error, aunque no grande y fácilmente remediable⁴.

El boicot a la Duma en 1907, 1908 y en los años siguientes fueron errores mucho más serios y difíciles de remediar, porque, por una parte, no se podía esperar un ascenso muy rápido de la marca revolucionaria y su transformación en una insurrección, y, por otra, toda la situación histórica vinculada a la renovación de la monarquía burguesa exigía que se combinaran las actividades legales con las ilegales. Hoy, cuando consideramos este período histórico completamente finalizado, cuya vinculación con los períodos subsiguientes es ahora muy clara, se comprende con singular evidencia que en 1908-1914 los bolcheviques *no habrían podido* conservar (y ni hablar de fortalecer y desarrollar) el núcleo del partido revolucionario del proletariado si no hubiesen defendido, en tenaz lucha, el punto de vista de que era *obligatorio* combinar las formas de lucha legales con las ilegales, de que era *obligatorio* participar incluso en un parlamento ultrarreaccionario y en una serie de otras instituciones restringidas por leyes reaccionarias (mutualidades, etcétera).

En 1918 las cosas no llegaron a una escisión. En ese entonces, los comunistas "de izquierda" sólo constituyeron un grupo aparte o "fracción" dentro de nuestro partido, y no por mucho tiempo. En el mismo año, 1918, los representantes más destacados del "comunismo de izquierda", por ejemplo los camaradas Radek y Bujarin, reconocieron abiertamente su error. Pensaron que la paz de Brest era un compromiso con los imperialistas, imperdonable por principio y funesta para el partido del proletariado revolucionario. Se trataba, en efecto, de un compromiso con los imperialistas, pero era un compromiso *obligatorio* en esas circunstancias.

Hoy, cuando oigo, por ejemplo, que los "socialrevolucionarios" atacan nuestra táctica de firmar la paz de Brest, o cuando, en el curso de una conversación conmigo, oigo decir al camarada Lansbury: "Nuestros dirigentes

4 De la política y de los partidos se puede decir -con las modificaciones necesarias- lo mismo que de los individuos. No es inteligente quien no comete errores. Tales hombres no existen ni pueden existir. Es inteligente aquel cuyos errores no son muy graves y sabe corregirlos con facilidad y rapidez.

tradeunionistas ingleses dicen que si eran lícitos los compromisos para los bolcheviques, también son lícitos para ellos", por lo general respondo, en primer lugar, dando un ejemplo simple y "popular":

Imaginen que su automóvil es detenido por bandidos armados. Les entregan ustedes el dinero, el pasaporte, el revólver y el automóvil; a cambio de ello se ven libres de la agradable compañía de los bandidos. Esto, indiscutiblemente, es un compromiso. *Do ut des* ("te doy" dinero, armas y un automóvil "para que me des" la oportunidad de irme sano y salvo). Sin embargo, sería difícil encontrar un hombre cuerdo que declarase que semejante compromiso es "inadmisibles por principio" o que llamara cómplice de los bandidos a quien lo concertó (aunque los bandidos puedan utilizar el automóvil y las armas para nuevos asakos). Nuestro compromiso con los bandidos del imperialismo alemán fue exactamente ese tipo de compromiso.

Pero cuando en 1914-1918 y luego en 1918-1920 los mencheviques y los eseristas en Rusia, los partidarios de Scheidemann (y en gran medida los kautskistas) en Alemania, Otto Bauer y Friedrich Adler (sin hablar de los señores Renner y Cía.) en Austria, los Renaudel, Longuet y Cía. en Francia, los fabianos, los "independientes" y los "laboristas" en Inglaterra *contra* el proletariado revolucionario de sus propios países celebraron *compromisos* con los bandidos de su propia burguesía y a veces con la burguesía "aliada", todos esos señores obraron en realidad como *cómplices del banditaje*.

La conclusión es clara: negar los compromisos "por principio", negar la legitimidad de los compromisos en general, cualesquiera que sean, es una puerilidad que incluso es difícil tomar en serio. El dirigente político que desee ser útil al proletariado revolucionario debe saber distinguir los casos *concretos* de compromisos inadmisibles y que son expresión de oportunismo y de *traición*; debe dirigir contra tales compromisos concretos toda la fuerza de la crítica, todo el peso de un desenmascaramiento implacable y de una guerra sin cuartel, y no permitir a los expertos en socialismo "práctico" y a los jesuitas parlamentarios soslayar y eludir la responsabilidad mediante disquisiciones sobre los "compromisos en general". Así es como los "dirigentes" de las *trade unions* inglesas, lo mismo que los de la Sociedad Fabiana y los del Partido Laborista "Independiente", eluden la responsabilidad por *la traición que han cometido* al haber concertado *un compromiso* que en realidad equivale al peor tipo de oportunismo, felonía y traición.

Hay distintos tipos de compromisos. Hay que saber analizar la situación y las condiciones concretas de cada compromiso o de cada variedad de compromiso. Hay que aprender a distinguir entre un hombre que ha entregado a los bandidos su dinero y sus armas para aminorar el mal que pueden hacer ellos y facilitar su captura y ejecución, y un hombre que entrega a los bandidos su dinero y sus armas para compartir el botín. En política, esto de ningún modo es siempre tan elemental como lo es en mi ejemplo puerilmente simple. Sin embargo, quienquiera se ponga a inventar para los obreros una especie de receta

que les proporcione soluciones ya preparadas para todas las eventualidades, o prometa que la política del proletariado revolucionario jamás tropezará con situaciones difíciles y complejas, es sencillamente un charlatán.

Para no dar lugar a falsas interpretaciones, intentaré reseñar, aunque sea brevemente, diversas normas fundamentales para el análisis de compromisos concretos.

El partido que concertó un compromiso con el imperialismo alemán al firmar la paz de Brest ha estado desarrollando su internacionalismo en la práctica desde fines de 1914. No temió exigir la derrota de la monarquía zarista y condenar la "defensa de la patria" en una guerra entre dos bandidos imperialistas. Los diputados de dicho partido en el parlamento prefirieron ser desterrados a Siberia antes que seguir el camino que conduce a las carteras ministeriales en un Gobierno burgués. La revolución que derrocó al zarismo e instauró una república democrática sometió a este partido a una nueva y gran prueba: éste no concertó acuerdo alguno con sus "propios" imperialistas, sino que preparó y logró su derrocamiento. Este partido, cuando asumió el poder político, no dejó ni vestigios de la propiedad terrateniente ni de la propiedad capitalista. Después de dar a publicidad y anular los tratados secretos de los imperialistas, este partido propuso la paz a todas las naciones y cedió a la violencia de los bandidos de Brest sólo después de que los imperialistas anglo-franceses frustraron la paz y después de que los bolcheviques hicieron todo lo humanamente posible para acelerar la revolución en Alemania y en otros países. El acierto absoluto de este compromiso, concertado por tal partido en tales circunstancias, se hace cada día más claro y evidente.

Los mencheviques y eseristas de Rusia (igual que todos los dirigentes de la II Internacional en el mundo entero, en 1914-1920) empezaron con la traición: justificando directa o indirectamente la "defensa de la patria", es decir, la defensa de *su* burguesía rapaz. Continuaron con su traición formando una coalición con la burguesía de *su propio* país y luchando junto con *su propia* burguesía contra el proletariado revolucionario de su propio país. Su bloque en Rusia, primero con Kerensky y los kadetes y después con Kolchak y Denikin, así como el bloque de sus colegas en el extranjero con la burguesía de *su* respectivos países, fue en realidad una desertión al campo de la burguesía, contra el proletariado. ¡Desde el principio hasta el fin *su* compromiso con los bandidos del imperialismo significó que se convirtieran en cómplices del bandidaje imperialista!

V. El comunismo "de izquierda" en Alemania.

Los dirigentes, el partido, la clase, las masas

Los comunistas alemanes, de quienes hablaremos ahora, se autodenominan, no "de izquierda", sino, si no me equivoco, de "oposición por principio". Por lo que sigue se verá, sin embargo, que revelan todos los síntomas del "izquierdismo, enfermedad infantil".

El "grupo local de Fráncfort del Maine" publicó un folleto titulado *La existencia en el Partido Comunista de Alemania (la Liga Espartaco)*, que refleja el punto de vista de esta oposición y expone muy destacadamente y con la mayor claridad y concisión la esencia de las ideas de esta oposición. Bastarán algunas citas para hacer conocer al lector esa esencia:

El Partido Comunista es el partido de la lucha de clases más decidida...
 ... Desde el punto de vista político, el período de transición [entre el capitalismo y el socialismo] es el de la dictadura del proletariado...
 ... Surge la cuestión: ¿quién debe ejercer esa dictadura: el Partido Comunista o la clase proletaria? [...] Por principio, ¿debemos luchar por la dictadura del Partido Comunista o por la dictadura de la clase proletaria?...

Más adelante, el autor del folleto acusa al Comité Central del Partido Comunista de Alemania de buscar cómo llegar a una *coalición con el Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania* y de plantear "el problema del reconocimiento, en principio, de todos los medios políticos" de lucha, incluyendo el parlamentarismo, con el solo propósito de ocultar sus verdaderos y principales esfuerzos por formar una coalición con los independientes. El folleto continúa:

La oposición ha elegido otro camino. Es de la opinión de que el problema de la dirección del Partido Comunista y de la dictadura del Partido no es más que un problema de táctica. En todo caso, la dirección del Partido Comunista es la forma última de toda dirección de partido. Por principio debemos luchar por la dictadura de la clase proletaria. Y todas las medidas del Partido, sus organizaciones, métodos de lucha, su estrategia y su táctica deben estar dirigidas a ese fin. Por lo tanto, debe rechazarse categóricamente todo compromiso con otros partidos, todo retorno a las formas de lucha parlamentarias, que histórica y políticamente han caducado, y toda política de maniobras y compromisos [...]. Los métodos específicamente proletarios de lucha revolucionaria deben ser subrayados con fuerza. Deben crearse nuevas formas de organización sobre la base más amplia y con el más amplio alcance a fin de enrolar a los más amplios círculos y sectores proletarios para que participen en la lucha revolucionaria bajo la dirección del Partido Comunista. Una unión obrera, basada en organizaciones de fábrica, debe ser el punto de convergencia de todos los elementos revolucionarios. Ella debe unir a todos los obreros que apoyan la consigna: ¡Fuera de los sindicatos! Allí es donde el proletariado militante forma sus filas para el combate. Para ser admitido bastará el reconocimiento de la lucha de clases, del sistema de los sóviets y de la dictadura. Toda la educación política posterior de las masas combatientes y su orientación política en la lucha es tarea del Partido Comunista, que está al margen de la unión obrera...

Por consiguiente, dos partidos comunistas están hoy frente a frente:

Uno es un partido de los dirigentes, que trata de organizar la lucha revolucionaria y dirigirla desde arriba, aceptando los compromisos y el parlamentarismo con el fin de crear una situación que permita a esos dirigentes entrar en un Gobierno de coalición que ejercerá la dictadura.

El otro es un partido de masas, que espera el ascenso de la lucha revolucionaria desde abajo, que conoce y aplica en esta lucha un método único —método que conduce claramente a la meta— y rechaza todos los métodos parlamentarios y oportunistas; ese método único es el derrocamiento incondicional de la burguesía para implantar después la dictadura de clase del proletariado para la realización del socialismo...

... ¡Allí, la dictadura de los dirigentes; aquí, la dictadura de las masas! Esa es nuestra consigna.

Tales son los rasgos esenciales que caracterizan los puntos de vista de la oposición en el Partido Comunista alemán.

Todo bolchevique que haya participado conscientemente en el desarrollo del bolchevismo desde 1903 o haya observado de cerca ese desarrollo, después de leer estos argumentos dirá inmediatamente: "¡Qué trastos tan viejos y conocidos! ¡Qué infantilismo izquierdista!".

Pero examinemos más atentamente estos argumentos.

El solo planteamiento del problema: "*¿Dictadura del partido o dictadura de la clase?, ¿dictadura (partido) de los dirigentes o dictadura (partido) de las masas?*" atestigua la más increíble e irremediable confusión de ideas. Estas personas quieren *inventar* algo enteramente original y, en su afán de ser ingeniosos, caen en el ridículo. Todos saben que las masas se dividen en clases, que sólo se puede contraponer las masas con las clases contraponiendo la inmensa mayoría en general —sin dividirla según la posición que ocupa en el sistema social de producción— con categorías que ocupan una posición especial en el sistema social de producción; que por regla general y en la mayoría de los casos (por lo menos en los actuales países civilizados) las clases están dirigidas por partidos políticos; que los partidos políticos, por regla general, están dirigidos por grupos más o menos estables, compuestos por sus miembros más prestigiosos, influyentes y experimentados, que son elegidos para los cargos de mayor responsabilidad y son llamados dirigentes. Todo esto es elemental. Todo esto es sencillo y claro. ¿Por qué reemplazar esto por no sé qué galimatías, qué nuevo volapuk? Por un lado, esta gente parece haberse embrollado cuando se vio en dificultades, cuando en esta época de brusco paso de la legalidad a la ilegalidad trastornó las relaciones habituales, normales y simples entre dirigentes, partidos y clases. En Alemania, como en otros países europeos, la gente está demasiado habituada a la legalidad, a la elección libre y normal de "dirigentes" en congresos regulares de partido, al cómodo método de comprobar la composición de clase de los partidos por medio de las elecciones parlamentarias, actos de masas, la prensa, el estado de ánimo de los sindicatos y otras asociaciones, etc. Cuando, debido

al desarrollo tempestuoso de la revolución y al desarrollo de la guerra civil, en lugar de este procedimiento rutinario se hizo necesario pasar rápidamente de la legalidad a la ilegalidad, combinar ambas y adoptar métodos "incómodos" y "antidemocráticos" para designar, formar o conservar "grupos dirigentes", la gente perdió la cabeza y empezó a inventar un absurdo excepcional. Algunos miembros del Partido Comunista holandés, que tuvieron la desgracia de nacer en un país pequeño, con tradiciones y condiciones de legalidad altamente privilegiadas y altamente estables, y que jamás vivieron el paso de la legalidad a la ilegalidad, probablemente se han desorientado, han perdido la cabeza y han favorecido estas absurdas invenciones.

■ Por otra parte, se observa un uso irreflexivo e incoherente de palabras ahora "de moda": "Masas" y "dirigentes". Esta gente ha oído y aprendido de memoria muchos ataques a los "dirigentes" en los que se contraponen a estos con las "masas"; sin embargo, ha demostrado que es incapaz de analizar la situación y comprender con claridad de qué se trata.

■ Las divergencias entre los "dirigentes" y las "masas" surgieron con singular claridad y relieve en todos los países al final de la guerra imperialista y a continuación de ella. La causa fundamental de ello fue explicada muchas veces por Marx y Engels entre los años 1852 y 1892 con el ejemplo de Gran Bretaña. La situación monopolista de dicho país dio lugar a que surgiera de las "masas" una "aristocracia obrera" semipequeñoburguesa, oportunista. Los dirigentes de esa aristocracia obrera se pasaban constantemente al campo de la burguesía, que directa o indirectamente los mantenía. Marx tuvo el honor de ganarse el odio de esos casallas por haberlos marcado abiertamente como traidores. El imperialismo moderno (del siglo XX) ha creado una situación privilegiada, monopolista, para algunos países adelantados, y sobre este terreno surgió en todas partes, en la II Internacional, un tipo determinado de dirigentes traidores, oportunistas, socialchovinistas, que defienden los intereses de su gremio, de su sector de aristocracia obrera. Los partidos oportunistas se han separado de las "masas", es decir, de los más amplios sectores de trabajadores, de su mayoría, de los obreros peor retribuidos. El proletariado revolucionario no puede triunfar si no se lucha contra este mal, si no se desenmascara, se desacredita y se expulsa a los dirigentes oportunistas, socialtraidores; esa es la política que siguió la III Internacional.

Llegar tan lejos, con respecto a esto, como para contraponer, *en general*, la dictadura de las masas con la dictadura de los dirigentes es ridículamente absurdo y una tontería. Lo más cómico es que, en realidad, en lugar de los antiguos dirigentes, que sostenían puntos de vista generalmente aceptados sobre cosas simples, aparecen *meros dirigentes* (al abrigo de la consigna de "Abajo los dirigentes") que dicen soberanas tonterías y disparates. Tales son Laufenberg, Wolffheim, Horner, Karl Schroeder, Friedrich Wendel y Karl Erler⁵ en Alemania. Las tentativas

5 Karl Erler, "La disolución del Partido", "Diario obrero comunista" (*Kommunistische Arbeiterzeitung*) (N.º 32, Hamburgo, 7 de febrero de 1920): "La clase obrera no puede destruir el Estado burgués sin destruir la democracia burguesa, y no puede destruir la democracia burguesa sin

de Erler de "profundizar" el problema y proclamar que en general los partidos políticos son inútiles y "burgueses" son hasta tal punto absurdas que a uno no le queda más que encogerse de hombros. Ello confirma la verdad de que un pequeño error siempre puede asumir proporciones monstruosas si se insiste en él, si se le busca profunda justificación y si se lo "lleva hasta el fin".

Negación del principio de partido y de la disciplina de partido: a esto *ha llegado* la oposición. Y esto equivale a desarmar por completo al proletariado *en interés de la burguesía*. Todo se suma a esa dispersión e inestabilidad pequeñoburguesas, a esa incapacidad de realizar esfuerzos sostenidos, de actuar en forma unida y coordinada que, si se estimulan, destruirán inevitablemente todo movimiento revolucionario del proletariado. Desde el punto de vista del comunismo, negar el principio de partido significa tratar de dar un salto desde la víspera del desmoronamiento del capitalismo (en Alemania), no hasta la fase inferior o intermedia del comunismo, sino hasta la fase superior. Nosotros en Rusia (en el tercer año posterior al derrocamiento de la burguesía) estamos dando los primeros pasos en la transición del capitalismo al socialismo o etapa inferior del comunismo. Las clases aún existen y seguirán existiendo *durante* años, en todas partes, *después* de la conquista del poder por el proletariado. Quizás en Gran Bretaña, donde no hay campesinado (¡pero donde existen pequeños propietarios!), este período pueda ser más corto. Abolir las clases no sólo significa echar a los terratenientes y a los capitalistas, cosa que nosotros hicimos con relativa facilidad; significa también *abolir a los pequeños productores de mercancías*, y estos no pueden ser echados o aplastados; debemos *aprender* a convivir con ellos. Se puede (y se debe) transformarlos, reeducarlos sólo mediante una labor de organización muy prolongada, lenta y prudente. Ellos rodean al proletariado, por todas partes, con un ambiente pequeñoburgués, que penetra y corrompe al proletariado y que provoca constantemente en este recaídas en la pusilanimidad pequeñoburguesa, la desunión, el individualismo y estados de ánimo que alternan entre la exaltación y el abatimiento. Para contrarrestar esto, para permitir que el proletariado ejerza acertada, eficaz y victoriosamente su papel de *organizador* (y ese es su papel *principal*) son imprescindibles la centralización y la disciplina más rigurosas en el partido político del proletariado. La dictadura del proletariado es una lucha persistente —cruenta e incruenta, violenta y pacífica, militar y económica, educacional y administrativa— contra las fuerzas y las tradiciones de la vieja sociedad. La fuerza de la costumbre de millones y decenas de millones de hombres es una fuerza formidable. Sin un partido de hierro, templado en la lucha, un partido que goce de la confianza

destruir los partidos". Los sindicalistas y anarquistas más confundidos de los países latinos pueden sentirse "satisfechos" con el hecho de que alemanes firmes, que evidentemente se consideran marxistas (con sus artículos en el citado periódico, K. Erler y K. Horner demuestran muy claramente que se consideran marxistas firmes, pero dicen disparates increíbles del modo más ridículo y demuestran no comprender el abecé del marxismo), llegan a hacer afirmaciones totalmente absurdas. La sola aceptación del marxismo no salva de los errores. Nosotros, los rusos, sabemos muy bien esto, porque con mucha frecuencia el marxismo ha estado "de moda" en nuestro país.

de todas las personas honestas de la clase en cuestión, un partido capaz de observar el estado de ánimo de las masas e influir sobre él esa lucha no puede librarse con éxito. Es mil veces más fácil vencer a la gran burguesía centralizada que "vencer" a los millones y millones de pequeños propietarios; de cualquier modo, estos, con su labor corruptora corriente, cotidiana, imperceptible, inasible, producen *los mismos* resultados que necesita la burguesía y que tienden al *restablecimiento* de la burguesía. Quien debilita en lo más mínimo la disciplina férrea del partido del proletariado (en especial durante su dictadura) en realidad ayuda a la burguesía contra el proletariado.

Paralelamente al problema de los dirigentes, el partido, la clase, las masas debemos plantear el problema de los sindicatos "reaccionarios". Pero antes me permitiré hacer algunas observaciones finales basadas en la experiencia de nuestro partido. Siempre *hubo* ataques a "la dictadura de los dirigentes" en nuestro partido. Recuerdo que la primera vez que oí esos ataques fue en 1895 cuando, oficialmente, no existía aún el partido, sino un grupo central que empezaba a constituirse en San Petersburgo y que habría de asumir la dirección de los grupos zonales. En el IX Congreso de nuestro partido (abril de 1920) hubo una pequeña oposición, que también se pronunció contra la "dictadura de los dirigentes", contra la "oligarquía", etc. No hay, por consiguiente, nada sorprendente, nuevo o alarmante en la "enfermedad infantil" del "comunismo de izquierda" entre los alemanes. Esta dolencia no implica ningún peligro y, una vez pasada, el organismo incluso se fortalece. Por otra parte, en nuestro caso, la rápida sucesión del trabajo legal e ilegal, que hacía necesario "ocultar", rodear del mayor secreto al Estado Mayor —los dirigentes— dio lugar a veces a consecuencias en extremo peligrosas. La peor de ellas fue la entrada en 1912, en el Comité Central bolchevique, del agente provocador Malinovsky. Delató a decenas y decenas de los mejores y más abnegados camaradas, hizo que fueran condenados a trabajos forzados y precipitó la muerte de muchos de ellos. Si no causó más daño fue por el justo equilibrio establecido entre el trabajo legal e ilegal. Como miembro del Comité Central del Partido y diputado de la Duma, Malinovsky se vio obligado, para ganarse nuestra confianza, a ayudarnos a fundar diarios legales que, incluso bajo el zarismo, lucharon contra el oportunismo menchevique y difundieron los fundamentos del bolchevismo en forma convenientemente disimulada. Mientras que con una mano Malinovsky enviaba a trabajos forzados y a la muerte a decenas y decenas de los mejores bolcheviques, con la otra se veía obligado a contribuir a la educación de decenas y decenas de millares de nuevos bolcheviques mediante la prensa legal. Aquellos camaradas alemanes (y también ingleses, norteamericanos, franceses e italianos) que se enfrentan con la tarea de aprender a realizar una labor revolucionaria dentro de los sindicatos reaccionarios harían bien en meditar sobre este hecho⁶.

6 Malinovsky fue prisionero de guerra en Alemania. Al regresar a Rusia, estando los bolcheviques en el poder, fue juzgado inmediatamente y fusilado por nuestros obreros. Los mencheviques nos atacaron con especial acritud por nuestro error: el hecho de que un agente

En muchos países, incluyendo los más adelantados, indudablemente la burguesía envía agentes provocadores a los partidos comunistas y seguirá haciéndolo. Una de las formas de combatir este peligro consiste en combinar con habilidad el trabajo ilegal y el legal.

VI. ¿Deben trabajar los revolucionarios en sindicatos reaccionarios?

Los comunistas "de izquierda" alemanes consideran que, en lo que a ellos respecta, la respuesta a esta pregunta es una negativa absoluta. Según ellos, las declamaciones y el griterío enfurecido contra los sindicatos "reaccionarios" y "contrarrevolucionarios" (como los proferidos por K. Horner⁷ con particular "fuerza" y particular necesidad) son "prueba" suficiente de que es inútil e incluso imperdonable que los revolucionarios y los comunistas actúen en los sindicatos amarillos, socialchovinistas, conciliadores y contrarrevolucionarios de tipo Legien.

Pero, por muy firme que sea la convicción de los "de izquierda" alemanes de que esta táctica es revolucionaria, en realidad es profundamente errónea y no contiene más que frases vacías.

Para aclarar esto partiré de nuestra propia experiencia, conforme al plan general del presente artículo, que tiene por objeto aplicar a Europa occidental todo lo que, en líneas generales, en la historia y la táctica actual del bolchevismo es universalmente aplicable, importante e indispensable.

Hoy en Rusia las relaciones entre dirigentes, partido, clase y masas, así como la actitud de la dictadura del proletariado y de su partido hacia los sindicatos, son concretamente como sigue: la dictadura es ejercida por el proletariado organizado en los sóviets; el proletariado es dirigido por el Partido Comunista de los bolcheviques que, conforme a los datos del último congreso del Partido (abril de 1920), tiene 611.000 afiliados. El número de afiliados varió mucho, tanto antes como después de la Revolución de Octubre, e incluso fue considerablemente menor en 1918-1919. Tememos un crecimiento excesivo del Partido porque los arribistas y los bribones, que sólo merecen ser fusilados, inevitablemente hacen todo lo posible por introducirse en las filas del partido gobernante. La última vez que abrimos de par en par las puertas del Partido —sólo para los obreros y campesinos— fue cuando (en el invierno de 1919) Yudenich se encontraba a pocas verstas de Petrogrado y Denikin estaba en Orel (a unas trescientas cincuenta verstas de Moscú), es decir, cuando la república

provocador se convirtiera en miembro del Comité Central de nuestro partido. Pero cuando bajo Kerensky exigimos que fuera detenido y juzgado el presidente de la Duma, Rodziánko, porque sabía, aun antes de la guerra, que Malinovsky era un agente provocador y no lo había comunicado a los trabajadores y obreros de la Duma, ni los mencheviques ni los eseristas que formaban parte del Gobierno de Kerensky apoyaron nuestro reclamo y Rodziánko quedó en libertad y sin el menor obstáculo pudo unirse a Denikin.

⁷ Seudónimo de Anton Pannekoek [NdE].

soviética corría un peligro mortal y cuando los aventureros, los arribistas, los bribones y, en general, las personas indignas de confianza no podían contar en modo alguno con hacer una carrera ventajosa (y tenían más motivos para esperar la horca y las torturas) si adherían a los comunistas. El Partido, que realiza congresos anuales (el último sobre la base de un delegado por cada mil afiliados), es dirigido por un Comité Central de diecinueve miembros elegido en el congreso; las tareas corrientes en Moscú las realizan organismos aún más restringidos, denominados Buró de Organización y Buró Político, que son elegidos en sesiones plenarias del Comité Central y de cada uno de los cuales forman parte cinco miembros del CC. Podría parecer que esto es una verdadera "oligarquía". Ninguna cuestión importante, política u organizativa, es resuelta por ninguna institución estatal de nuestra república sin la dirección del Comité Central del Partido.

En su labor, el Partido se apoya directamente en *los sindicatos*, que tienen ahora, según los datos del último congreso (abril de 1920), más de cuatro millones de afiliados y que formalmente son *apartidistas*. En realidad, todos los organismos dirigentes de la inmensa mayoría de los sindicatos y, sobre todo, por supuesto, del centro o buró general de sindicatos de toda Rusia (Consejo Central de Sindicatos de toda Rusia) están compuestos por comunistas y aplican todas las directivas del Partido. Tenemos así, en conjunto, un aparato proletario formalmente no comunista, flexible y relativamente amplio y muy poderoso, por medio del cual el Partido está estrechamente ligado a *la clase* y a *las masas*, y por medio del cual se ejerce, bajo la dirección del Partido, *la dictadura de la clase*. Por supuesto, sin un estrecho contacto con los sindicatos y sin su apoyo decidido y sus esfuerzos abnegados, no sólo en las cuestiones económicas *sino también en las militares*, nos habría resultado imposible gobernar el país y mantener la dictadura del proletariado, no ya dos años y medio, ni siquiera dos meses y medio. Este estrechísimo contacto exige en la práctica, naturalmente, una labor en extremo compleja y variada en forma de propaganda, agitación, de oportunas y frecuentes reuniones, no sólo con los dirigentes sindicales, sino con los militantes sindicales influyentes en general; exige una lucha decidida contra los mencheviques, que aún conservan cierto número de partidarios, aunque muy pequeño, a quienes enseñan todo tipo de maquinaciones contrarrevolucionarias, desde la defensa ideológica de la democracia (*burguesa*) y la prédica de que los sindicatos deberían ser "independientes" (independientes... ¡del poder estatal proletario!) hasta el sabotaje de la disciplina proletaria, etc., etcétera.

Consideramos que no basta el contacto con las "masas" a través de los sindicatos. En el curso de nuestra revolución la labor práctica ha hecho surgir instituciones como *conferencias de obreros y campesinos apartidistas*, y nosotros procuramos por todos los medios apoyar, desarrollar y ampliar esta institución, a fin de que nos permita apreciar el estado de ánimo de las masas, acercarnos más a ellas, satisfacer sus necesidades, promover a cargos estatales a los mejores de

entre ellos, etc. Un decreto reciente sobre la transformación del Comisariado del Pueblo de Control de Estado en Inspección obrera y campesina confiere a estas conferencias apartidistas el derecho de elegir miembros del servicio de Control de Estado para realizar diversos tipos de inspecciones, etcétera.

Además, como es natural, toda la labor del Partido se realiza a través de los sóviets, que abarcan a las masas trabajadoras independientemente de su ocupación. Los congresos de distrito de los sóviets son instituciones *democráticas* como jamás conocieron las mejores repúblicas democráticas del mundo burgués. Por medio de estos congresos (cuya labor procura seguir el Partido con la mayor atención posible), así como por la designación constante de obreros con conciencia de clase para diversos cargos en los distritos rurales, el proletariado ejerce su papel de dirigente del campesinado, pone en ejecución la dictadura del proletariado urbano, libra una lucha sistemática contra los campesinos ricos, burgueses, explotadores y especuladores, etcétera.

Tal es el mecanismo general del poder estatal proletario mirado "desde arriba", desde el punto de vista de la realización práctica de la dictadura. Esperamos que el lector comprenda por qué el bolchevique ruso, que conoce este mecanismo desde hace veinticinco años y lo ha visto desarrollarse a partir de círculos pequeños, ilegales y clandestinos, no puede dejar de considerar toda esa charla sobre "desde arriba" o "desde abajo", sobre la dictadura de los dirigentes o dictadura de las masas, etc., como necedades ridículas y pueriles, algo así como discutir qué es más útil para un hombre, si su pierna izquierda o su brazo derecho.

No podemos dejar de considerar como una necedad igualmente ridícula y pueril las pomposas disquisiciones muy eruditas y terriblemente revolucionarias de los comunistas "de izquierda" alemanes acerca de que los comunistas no pueden ni deben actuar en los sindicatos reaccionarios, de que es lícito rechazar esa tarea, de que es necesario abandonar los sindicatos y crear una "uniones obrera" enteramente nueva e inmaculada, inventada por comunistas muy agradables (y en su mayor parte probablemente muy jóvenes), etc., etcétera.

El capitalismo lega inevitablemente al socialismo, por una parte, las viejas diferencias gremiales y corporativas entre los obreros, diferencias que se fueron formando en el transcurso de los siglos, y, por otra, los sindicatos, que sólo muy lentamente, en el curso de años y años, pueden transformarse y se transformarán en sindicatos industriales más amplios, con un carácter menos corporativo (que abarquen industrias enteras y no sólo a ocupaciones, gremios y oficios), y después, a través de estos sindicatos industriales, pasar a suprimir la división del trabajo entre los hombres, a educar e instruir al pueblo, a brindarle un *desarrollo completo y una preparación completa*, para que esté *en condiciones de hacerlo todo*. El comunismo marcha y debe marchar hacia ese objetivo, y lo *alcanzará*, pero sólo dentro de muchos años. Intentar hoy anticipar en la práctica ese resultado futuro de un comunismo completamente desarrollado, completamente estabilizado y formado, completamente integrado y maduro sería como tratar de enseñar matemáticas superiores a un niño de cuatro años.

Podemos (y debemos) comenzar a construir el socialismo, no con un material humano abstracto o con un material humano especialmente creado por nosotros, sino con el material humano que nos ha legado el capitalismo. Esto, por cierto, no es asunto fácil, pero ningún otro enfoque de la tarea es suficientemente serio como para justificar que se lo discuta.

Los sindicatos significaron un avance gigantesco de la clase obrera en los primeros tiempos del desarrollo del capitalismo, por cuanto señalaron la transición desde la división e impotencia en la que se encontraban los obreros a *los primeros esbozos* de la organización de clase. Cuando empezó a plasmarse la forma *superior* de la organización proletaria de clase, *el partido revolucionario del proletariado* (y el partido no puede merecer ese nombre mientras no aprenda a unir en un todo único indivisible a los dirigentes con la clase y las masas), inevitablemente los sindicatos comenzaron a revelar *ciertos* rasgos reaccionarios, una cierta estrechez corporativa, una cierta tendencia al apoliticismo, un cierto espíritu de rutina, etc. Sin embargo, el desarrollo del proletariado no se efectuó y no podía efectuarse en ningún país del mundo de otro modo que a través de los sindicatos, a través de la acción recíproca entre ellos y el partido de la clase obrera. La conquista del poder político por el proletariado significa un paso gigantesco para el proletariado como clase, y el partido, más que nunca y de un modo nuevo, no sólo del viejo modo, debe educar y dirigir a los sindicatos, sin olvidar a la vez que estos son y serán durante mucho tiempo una "escuela de comunismo" indispensable y una escuela preparatoria que educa a los proletarios para que ejerzan su dictadura, una organización indispensable de los obreros para el paso gradual de la dirección de toda la economía del país a manos de la *clase* obrera (y no a los diferentes gremios) y, más adelante, a manos de todos los trabajadores.

En el sentido señalado, es *inevitable cierto* "espíritu reaccionario" en los sindicatos bajo la dictadura del proletariado. No comprenderlo equivale a la más absoluta falta de comprensión de las condiciones fundamentales *de la transición* del capitalismo al socialismo. Temer *este* "espíritu reaccionario", tratar de *eliminarlo*, de saltar por encima de él, sería un grave error, significaría temer la función de la vanguardia proletaria que consiste en adiestrar, educar, esclarecer e incorporar a la nueva vida a las capas y las masas más atrasadas de la clase obrera y del campesinado. Por otro lado, sería un error aún más grave postergar la realización de la dictadura del proletariado hasta que no quede ni un solo obrero de estrecho espíritu sindicalista o con prejuicios sindicalistas y corporativos. El arte de la política (y la acertada comprensión de sus deberes por parte del comunista) consiste en medir con exactitud las condiciones y el momento en que la vanguardia del proletariado puede tomar el poder exitosamente; en que puede, durante y después de la toma del poder, lograr el apoyo necesario de sectores lo suficientemente amplios de la clase obrera y de las masas trabajadoras no proletarias; en que puede, después de ello, mantener, consolidar y extender su dominación educando, instruyendo y atrayendo a masas cada vez más amplias de trabajadores.

Prosigamos. En países más adelantados que Rusia se manifestó, y tenía que manifestarse inevitablemente en medida mucho mayor que en nuestro país, un cierto espíritu reaccionario en los sindicatos. Nuestros mencheviques encontraron apoyo en los sindicatos (y hasta cierto punto todavía lo encuentran en un pequeño número de sindicatos) debido a esa estrechez corporativa, a ese egoísmo sindical y al oportunismo. Los mencheviques de Occidente se han "instalado" mucho más sólidamente en los sindicatos; ha surgido allí, con mucha más fuerza que en nuestro país, una capa de *"aristocracia obrera" cerrada, mezquina, egoísta, inmutable, codiciosa y pequeñoburguesa, con mentalidad imperialista y corrompida por el imperialismo*. Esto es indiscutible. La lucha contra los Gompers, contra los señores Jouhaux, Henderson, Merrheim, Legien y Cia. en Europa occidental es mucho más difícil que la lucha contra nuestros mencheviques, que representan un tipo social y político *completamente homogéneo*. Hay que librar esta lucha en forma implacable y continuarla obligatoriamente, como lo hicimos nosotros, hasta desenmascarar y arrojar de los sindicatos a todos los dirigentes corrompidos del oportunismo y del socialchovinismo. Es imposible conquistar el poder político (y no debe intentarse conquistarlo) hasta que la lucha no haya alcanzado *cierto* grado; este "cierto grado" será *diferente* en los diferentes países y en diferentes circunstancias, y puede ser medido con acierto sólo por dirigentes políticos del proletariado reflexivos, experimentados y conocedores en cada país. (En Rusia, uno de los criterios del éxito en esta lucha fueron las elecciones a la Asamblea Constituyente de noviembre de 1917, unos días después de la revolución proletaria del 25 de octubre de 1917. En dichas elecciones los mencheviques sufrieron una espantosa derrota; obtuvieron setecientos mil votos —un millón cuatrocientos mil añadiendo los votos de Transcaucasia— frente a los nueve millones logrados por los bolcheviques. Véase mi artículo "Las elecciones a la Asamblea Constituyente y la dictadura del proletariado", en el N.º 7-8 de *Kommunisticheski International*.)

Pero nosotros libramos una lucha contra la "aristocracia obrera" en nombre de las masas obreras y a fin de ganarlas para nuestra causa; libramos la lucha contra los dirigentes oportunistas y socialchovinistas a fin de ganar para nuestra causa a la clase obrera. Sería necio olvidar esta verdad tan elemental y tan evidente. Sin embargo, es esta precisamente la falta que cometen los comunistas alemanes "de izquierda" cuando, *debido* al carácter reaccionario y contrarrevolucionario *de los altos dirigentes* sindicales, llegan a la conclusión de que es preciso... retirarse de los sindicatos, negarse a trabajar en ellos y crear formas nuevas y artificiales de organización obrera! Es un disparate tan imperdonable que equivale al mejor servicio que los comunistas pueden prestar a la burguesía. Como todos los dirigentes sindicales oportunistas, socialchovinistas y kautskistas, nuestros mencheviques no son más que "agentes de la burguesía en el movimiento obrero" (como siempre lo sostuvimos respecto de los mencheviques) o "lugartenientes obreros de la clase capitalista" (*labour lieutenants of the capitalist class*), para emplear la magnífica y profundamente exacta expresión de los partidarios de

Daniel De Leon en Norteamérica. Negarse a trabajar en los sindicatos reaccionarios significa abandonar las masas obreras insuficientemente desarrolladas o atrasadas a la influencia de los dirigentes reaccionarios, de los agentes de la burguesía, de los aristócratas obreros u "obreros completamente aburguesados" (véase la carta de Engels a Marx en 1858 acerca de los obreros ingleses).

Esta absurda "teoría" de que los comunistas no deben trabajar en los sindicatos reaccionarios demuestra del modo más evidente con qué ligereza consideran los comunistas "de izquierda" el problema de la influencia sobre las "masas" y de qué modo abusan de su clamor acerca de las "masas". Si se quiere ayudar a estas y conquistar su simpatía y apoyo no hay que temer las dificultades, los alfilerazos, las tramoyas, los insultos y las persecuciones de los "dirigentes" (que, por ser oportunistas y socialchovinistas, están en la mayoría de los casos directa o indirectamente vinculados con la burguesía y la policía), sino que se debe *trabajar sin falta allí donde están las masas*. Hay que saber hacer toda clase de sacrificios, vencer los mayores obstáculos para llevar a cabo la agitación y la propaganda en forma sistemática, tenaz, perseverante y paciente en aquellas instituciones, sociedades y asociaciones, por reaccionarias que sean, donde haya masas proletarias y semiproletarias. Los sindicatos y las cooperativas obreras (estas últimas, por lo menos en algunos casos) son precisamente las organizaciones donde se encuentran las masas. En Gran Bretaña, según datos publicados por el periódico sueco *Folkets Dagblad Politiken* el 10 de marzo de 1920, el número de miembros de las *trade unions* aumentó de cinco millones y medio a fines de 1917 a seis millones seiscientos mil a fines de 1918, o sea, un aumento del 19%. A fines de 1919 sus afiliados se estimaban en siete millones y medio. No tengo a mano las cifras correspondientes a Francia y Alemania, pero hechos absolutamente indiscutibles y conocidos por todos atestiguan un rápido incremento del número de miembros de los sindicatos también en estos países.

Estos hechos prueban con entera claridad algo que confirman otros mil síntomas, es decir, que crece la conciencia de clase y el deseo de organización en las masas proletarias, en "la base", en los elementos atrasados. Millones de obreros en Gran Bretaña, Francia y Alemania pasan *por primera vez* de la completa falta de organización a la forma más elemental e inferior, más simple y accesible (para quienes se hallan todavía imbuidos por completo de prejuicios democraticoburgueses) de organización: los sindicatos; sin embargo, los comunistas izquierdistas, revolucionarios pero insensatos, se quedan a un lado y gritan: "¡Las masas!", "¡las masas!", *¡pero se niegan a trabajar en los sindicatos con el pretexto de que son "reaccionarios"!*, e inventan una pequeña "asociación obrera" enteramente nueva, inmaculada, libre de todo prejuicio democraticoburgués, de todo pecado sindicalista y de estrechez de miras corporativa, asociación que será (!!), sostienen ellos, una amplia organización. ¡¡El "reconocimiento del régimen de los soviets y de la dictadura" será la *única* (!!) condición de ingreso!! (Véase el párrafo citado más arriba.)

¡Es imposible concebir mayor torpeza, mayor daño a la revolución que el causado por los revolucionarios “de izquierda”! Porque si hoy, en Rusia, después de dos años y medio de triunfos sin precedentes sobre la burguesía de Rusia y sobre la Entente, hiciéramos del “reconocimiento de la dictadura” una condición para el ingreso en los sindicatos cometeríamos una tontería, malograriamos nuestra influencia entre las masas y ayudaríamos a los mencheviques. La tarea que incumbe a los comunistas es *contener* a los elementos atrasados, trabajar *entre ellos*, y no *aislarlos* de ellos con consignas artificiales y puerilmente “de izquierda”.

No cabe la menor duda de que los señores Gompers, Henderson, Jouhaux y Legien han de estar muy agradecidos a esos revolucionarios “de izquierda” que, como la oposición “por principio” alemana (¡que el cielo nos guarde de semejantes “principios”!) o como algunos revolucionarios de la organización norteamericana *Industrial Workers of the World*⁸, propician el abandono de los sindicatos reaccionarios y el negarse a trabajar en ellos. Estos hombres, los “dirigentes” del oportunismo, recurrirán sin duda a todos los artificios de la diplomacia burguesa y a la ayuda de los Gobiernos burgueses, del clero, de la Policía y de la justicia para mantener a los comunistas fuera de los sindicatos, para expulsarlos de ellos por todos los medios y hacer lo más desagradable posible su trabajo en los sindicatos, para ofenderlos, acosarlos y perseguirlos. Hay que saber hacer frente a todo eso, estar dispuestos a todos los sacrificios e incluso —en caso de necesidad— recurrir a diversas estrategias, astucias y procedimientos ilegales, evasivas y subterfugios con tal de entrar en los sindicatos, permanecer en ellos y realizar allí, cueste lo que cueste, un trabajo comunista. Bajo el zarismo no tuvimos ninguna “posibilidad legal” hasta 1905; pero cuando el agente de la Policía secreta, Zubatov, organizó sus asambleas obreras y asociaciones de trabajadores centurionegristas con el objeto de atrapar a revolucionarios y luchar contra ellos enviamos a miembros de nuestro partido a esas asambleas y a esas asociaciones (recuerdo a uno de ellos, el camarada Babushkin, destacado obrero de San Petersburgo, fusilado en 1906 por orden de los generales zaristas). Establecieron contacto con las masas, lograron realizar su agitación y arrancar a los obreros de la influencia de los agentes de Zubatov⁹. Naturalmente, esto es más difícil de lograr en Europa occidental, imbuida de los más arraigados prejuicios legalistas, constitucionalistas y democraticoburgueses. No obstante, ello se puede y se debe hacer, y en forma sistemática.

El Comité Ejecutivo de la III Internacional debe, a mi juicio, condenar terminantemente y requerir que el próximo congreso de la Internacional Comunista

8 “Obreros Industriales del Mundo” (o IWW por sus siglas en inglés) fue una federación sindical basada en la organización por industria de los trabajadores norteamericanos. Fue fundada en 1905 por anarcosindicalistas [NdE].

9 Los Gompers, los Henderson, los Jouhaux y los Legien no son más que unos Zubatov que se distinguen de nuestro Zubatov sólo por su indumentaria y su cultura europeas y por la manera civilizada, refinada y democráticamente cortés de realizar su despreciable política.

condene tanto la política de negarse a trabajar en los sindicatos reaccionarios en general (explicando en detalle por qué semejante negativa es una necesidad y qué gran daño provoca a la causa de la revolución proletaria) como, en particular, la línea de conducta de algunos miembros del Partido Comunista holandés que —ya sea en forma directa o indirecta, abierta o encubierta, total o parcial, lo mismo da— han apoyado esta política equivocada. La III Internacional debe romper con la táctica de la II; no debe eludir ni dar poca importancia a los puntos en cuestión, sino plantearlos en forma directa. Hemos dicho abiertamente toda la verdad a los “independientes” (Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania); del mismo modo hay que decirles toda la verdad abiertamente a los comunistas “de izquierda”.

VII. ¿Debemos participar en los parlamentos burgueses?

Con el mayor desprecio —y con la mayor ligereza—, los comunistas “de izquierda” alemanes responden a esta pregunta en forma negativa. ¿Sus argumentos? En el pasaje citado más arriba leemos:

... debe rechazarse categóricamente todo retorno a las formas de lucha parlamentarias, que histórica y políticamente han caducado...

Esto está dicho con una pretensión ridícula y es una falsedad evidente. ¡“Retorno” al parlamentarismo! ¿Quizás existe ya, en Alemania, una república soviética? ¡No parece así! ¿Cómo, entonces, puede hablarse de “retorno”? ¿No es eso acaso una frase vacía?

El parlamentarismo “históricamente ha caducado”. Esto es cierto en el sentido de la propaganda. Nadie ignora, sin embargo, que de ahí a superarlo en la *práctica* media una distancia inmensa. Hace muchas décadas que podría haberse declarado, con toda razón, que el capitalismo “históricamente había caducado”; pero esto no elimina de ningún modo la necesidad de una lucha muy prolongada y muy tenaz en el terreno del capitalismo. El parlamentarismo “históricamente ha caducado” desde el punto de vista de la *historia universal*, es decir, *la época* del parlamentarismo burgués ha terminado y *la época* de la dictadura del proletariado *ha empezado*. Esto es indiscutible. Pero en la historia universal se cuenta por décadas. Diez o veinte años antes o después no importan cuando se miden con la vara de la historia universal; desde el punto de vista de la historia universal son una pequeñez que no se puede tomar en cuenta ni siquiera aproximadamente. Por eso mismo, es un evidente error teórico aplicar la vara de la historia universal a la política práctica.

¿Ha “caducado políticamente” el parlamentarismo? Esto es algo muy diferente. Si fuera cierto, la posición de los “de izquierda” sería firme. Pero tiene que ser probado con un análisis muy minucioso, y los “de izquierda”

ni siquiera saben cómo abordar la cuestión. También, como veremos, es en extremo pobre el análisis contenido en las "Tesis sobre el parlamentarismo" publicadas en el N.º 1 del *Boletín del Buró Provisional de Amsterdam de la Internacional Comunista* (*Bulletin of the Provisional Bureau in Amsterdam of the Communist International*, febrero de 1920) y que expresan claramente los intentos holandoizquierdistas o izquierdoholandeses.

En primer lugar, los comunistas "de izquierda" alemanes, como se sabe, consideraban que el parlamentarismo "políticamente había caducado" incluso en enero de 1919, contrariamente a la opinión de destacados dirigentes políticos como Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht. Sabemos que los "de izquierda" estaban equivocados. Este solo hecho destruye por completo, de un golpe, la afirmación de que el parlamentarismo "políticamente ha caducado". A los "de izquierda" les corresponde demostrar por qué su error, indiscutible en ese entonces, ya no es un error. No aportan ni pueden aportar la menor sombra de prueba. La actitud de un partido político ante sus propios errores es una de las formas más importantes y seguras de juzgar la seriedad de ese partido y cómo cumple *en la práctica* sus deberes hacia su *clase* y hacia los *trabajadores*. Reconocer francamente un error, determinar sus causas, analizar la situación que condujo a él y discutir con atención la forma de corregirlo: eso es lo que caracteriza a un partido serio; así es como debe cumplir sus deberes y como debe educar e instruir *a su clase y después a las masas*. Al no cumplir ese deber ni dedicar la mayor atención y preocupación al estudio de su error manifiesto, los "izquierdistas" de Alemania (y de Holanda) han demostrado no ser un *partido de una clase*, sino un círculo; no ser un *partido de las masas*, sino un grupo de intelectuales y de unos pocos obreros que imitan los peores rasgos del intelectualismo.

En segundo lugar, en el mismo folleto del grupo "izquierdista" de Fráncfort que ya hemos citado en detalle, leemos:

Los millones de obreros que siguen todavía la política del centro [del partido católico de "centro"] son contrarrevolucionarios. Los proletarios rurales proveen las legiones de tropas contrarrevolucionarias (p. 3 del folleto).

Todo indica que esta afirmación es demasiado absoluta y exagerada. Mas el hecho fundamental aquí expuesto es indiscutible y su reconocimiento por los "izquierdistas" es una demostración muy clara de su error. ¿Cómo se puede decir que el "parlamentarismo políticamente ha caducado" cuando "millones y "legiones" de proletarios no sólo son todavía partidarios del parlamentarismo en general, sino incluso francamente "contrarrevolucionarios"? Es evidente que el parlamentarismo en Alemania políticamente *no* ha caducado aún. Es evidente que los "izquierdistas" de Alemania han confundido *su deseo*, su actitud político-ideológica, con la realidad objetiva. Este es un error muy peligroso para los revolucionarios. En Rusia, donde el yugo es extremo brutal y salvaje del zarismo engendró, durante un período particularmente prolongado y en

formas particularmente variadas, revolucionarios de diversos matices, revolucionarios que dieron prueba de una abnegación, un entusiasmo, un heroísmo y una fuerza de voluntad asombrosos, en Rusia hemos observado muy de cerca ese error de los revolucionarios; lo hemos estudiado con suma atención y lo hemos conocido directamente; es por ello que podemos también verlo con especial claridad en otros. El parlamentarismo, por supuesto, "políticamente ha caducado" para los comunistas de Alemania; pero —y de esto se trata precisamente— no debemos considerar lo que ha caducado *para nosotros* como algo que ha caducado *para la clase, para las masas*. Hallamos de nuevo aquí que los "izquierdistas" no saben razonar, no saben actuar como el partido *de la clase*, como el partido *de las masas*. No hay que descender al nivel de las masas, al nivel de los sectores atrasados de la clase. Esto es indiscutible. Hay que decirles la amarga verdad; es obligatorio llamar a los prejuicios democraticoburgueses y parlamentarios por su nombre: prejuicios. Pero al mismo tiempo hay que seguir *con serenidad* el estado *real* de conciencia de clase y de preparación de toda la clase (y no sólo de su vanguardia comunista), de todos los *trabajadores* (y no sólo de sus elementos avanzados).

Aunque no fueran "millones" y "legiones", sino una *minoría* bastante considerable de obreros industriales la que siguiese al clero católico —y una minoría similar de trabajadores rurales siguiese a los terratenientes y *kulaks* (*Grassbauern*)—, ello significaría *indudablemente* que el parlamentarismo en Alemania *todavía* no ha caducado políticamente, que la participación en las elecciones parlamentarias y en la lucha en la tribuna parlamentaria *es obligatoria* para el partido del proletariado revolucionario, *precisamente* para educar a los sectores atrasados *de su clase* y para despertar y esclarecer a las *masas* rurales no desarrolladas, oprimidas e ignorantes. Mientras no se tenga fuerza para suprimir los parlamentos burgueses y todo otro tipo de instituciones reaccionarias se *debe* actuar dentro de ellos porque *es allí* donde se encuentran todavía obreros embaucados por los curas y embrutecidos por las condiciones de la vida en el campo; de lo contrario se corre el riesgo de convertirse en simples charlatanes.

En tercer lugar, los comunistas "de izquierda" nos colman de elogios a los bolcheviques. A veces dan ganas de decirles: ¡elógiennos menos y procuren comprender un poco mejor la táctica de los bolcheviques! Participamos en las elecciones a la Asamblea Constituyente, el parlamento burgués de Rusia, en septiembre-noviembre de 1917. ¿Fue acertada nuestra táctica o no? Si no lo fue, entonces hay que decirlo con claridad y demostrarlo, porque ello es indispensable para que el comunismo internacional elabore la táctica acertada. Si lo fue, entonces hay que extraer determinadas conclusiones. No se trata, por supuesto, de equiparar las condiciones de Rusia a las de Europa occidental. Pero en lo que respecta al problema específico del significado del concepto "el parlamentarismo políticamente ha caducado" debe tenerse debidamente en cuenta nuestra experiencia, porque si no se tiene en cuenta la experiencia

concreta esos conceptos se convierten con mucha facilidad en frases vacías. ¿Acaso nosotros, los bolcheviques rusos, no teníamos en septiembre-noviembre de 1917 *más* derecho que todos los comunistas de Occidente a considerar que el parlamentarismo políticamente había caducado en Rusia? Lo teníamos, naturalmente, pero la cuestión no estriba en si los parlamentos burgueses existen desde hace mucho o poco tiempo, sino en qué medida las grandes masas trabajadoras están *preparadas* (ideológica, política y prácticamente) para aceptar el régimen soviético y disolver (o permitir la disolución) del parlamento democraticoburgués. Es un hecho histórico absolutamente indiscutible y plenamente establecido que la clase obrera urbana, los soldados y los campesinos de Rusia estaban, en septiembre-noviembre de 1917, en virtud de una serie de condiciones particulares, excepcionalmente preparados para aceptar el régimen soviético y disolver el más democrático de los parlamentos burgueses. No obstante, los bolcheviques no boicotearon la Asamblea Constituyente, sino que participaron en las elecciones, tanto antes como *después* de que el proletariado conquistara el poder político. Que dichas elecciones dieron resultados políticos de un valor extraordinario (y de suma utilidad para el proletariado) es un hecho que creo haber demostrado en el artículo antes mencionado, donde analizo en detalle los resultados de las elecciones a la Asamblea Constituyente de Rusia.

La conclusión que de ello se sigue es absolutamente indiscutible: ha quedado demostrado que, lejos de perjudicar al proletariado revolucionario, la participación en un parlamento democraticoburgués, incluso pocas semanas antes del triunfo de una república soviética, incluso *después* de ese triunfo, en realidad ayuda a ese proletariado a *demostrar* a las masas atrasadas por qué semejantes parlamentos merecen ser eliminados; *facilita* el éxito de su disolución y ayuda a lograr que el parlamentarismo burgués "caduque políticamente". No tener en cuenta esta experiencia y pretender, al mismo tiempo, pertenecer a la *Internacional Comunista*, que debe elaborar su táctica *internacionalmente* (no como una táctica estrecha o exclusivamente nacional, sino como una táctica internacional), significa incurrir en un grave error y realmente abandonar el internacionalismo en los hechos, aunque se lo reconozca de palabra.

Consideremos ahora los argumentos "holandoizquierdistas" a favor de la no participación en los parlamentos. He aquí la tesis N.º 4, la más importante de las tesis "holandesas" más arriba mencionadas, traducida del inglés:

Quando el sistema capitalista de producción se ha desmoronado y la sociedad se encuentra en estado de revolución la acción parlamentaria gradualmente pierde importancia en comparación con la acción de las propias masas. Cuando, en estas condiciones, el parlamento se convierte en el centro y el órgano de la contrarrevolución mientras, por otra parte, la clase trabajadora crea los instrumentos de su poder en los sóviets puede resultar incluso necesario abstenerse de toda participación en la acción parlamentaria.

La primera frase es evidentemente falsa, pues la acción de las masas —por ejemplo, una gran huelga— es *siempre* más importante que la acción parlamentaria y no sólo durante una revolución o en una situación revolucionaria. Este argumento, evidentemente insostenible y falso histórica y políticamente, no hace sino mostrar con toda claridad que los autores no tienen en cuenta en absoluto la experiencia de toda Europa (la experiencia francesa antes de las revoluciones de 1848 y 1870; la experiencia alemana entre 1878 y 1890, etc.) ni la experiencia rusa (véase más arriba) sobre la importancia de *combinar* la lucha legal con la ilegal. Esta cuestión tiene gran importancia, tanto en general como en particular, porque en *todos* los países civilizados y avanzados se acerca a pasos acelerados la época en que dicha combinación será —y ya lo es en parte— cada vez más obligatoria para el partido del proletariado revolucionario, por cuanto la guerra civil entre el proletariado y la burguesía madura y se vuelve inminente y debido a la feroz persecución de que son objeto los comunistas por los Gobiernos republicanos y por los Gobiernos burgueses en general, que recurren a cualquier violación de la legalidad (el ejemplo de Norteamérica es bastante ilustrativo), etc. Los holandeses y los izquierdistas en general no han comprendido en absoluto este muy importante problema.

La segunda frase es, en primer lugar, históricamente errónea. Nosotros, los bolcheviques, hemos participado en los parlamentos más contrarrevolucionarios y la experiencia ha demostrado que esa participación fue no sólo útil, sino indispensable para el partido del proletariado revolucionario después de la primera revolución burguesa en Rusia (1905) a fin de allanar el camino para la segunda revolución burguesa (febrero de 1917) y luego para la revolución socialista (octubre de 1917). En segundo lugar, esta frase es asombrosamente ilógica. Si un parlamento se convierte en un órgano y un "centro" (dicho sea de paso, nunca fue ni puede ser en realidad un "centro") de la contrarrevolución mientras los obreros crean los instrumentos de su poder en forma de sóviets, se deduce entonces que los trabajadores deben prepararse ideológica, política y técnicamente para la lucha de los sóviets contra el parlamento, para la disolución del parlamento por los sóviets. Pero de ningún modo se deduce que esa disolución sea obstaculizada o no sea facilitada por la presencia de una oposición soviética *dentro* del parlamento contrarrevolucionario. En el curso de nuestra lucha victoriosa contra Denikin y Kolchak jamás negamos que la existencia de una oposición soviética y proletaria en la zona ocupada por ellos no tuviera importancia para nuestros triunfos. Sabemos muy bien que la disolución de la Asamblea Constituyente, el 5 de enero de 1918, no fue dificultada, sino en realidad facilitada por el hecho de que en la Asamblea Constituyente contrarrevolucionaria, a punto de ser disuelta, había una oposición soviética consecuente, la bolchevique, así como una oposición soviética inconsecuente, la de los eseristas de izquierda. Los autores de las tesis se han embrollado por completo; han olvidado la experiencia de muchas revoluciones, si no de todas, que demuestra la gran utilidad, durante una revolución, de *combinar* la acción

de masas fuera del parlamento reaccionario con una oposición que simpatiza con la revolución (o, mejor aún, que la apoya francamente) dentro de ese parlamento. Los holandeses y los "izquierdistas" en general razonan en este caso como doctrinarios de la revolución que nunca han tomado parte en una verdadera revolución, que nunca han reflexionado sobre la historia de las revoluciones o que confunden ingenuamente "la negación" subjetiva de una institución reaccionaria con su destrucción efectiva mediante la acción conjunta de una serie de factores objetivos. El medio más seguro de desacreditar y perjudicar una nueva idea política (y no sólo política) es reducirla a un absurdo con el pretexto de defenderla. Porque toda verdad, si se la "extralimita" (como decía Dietzgen padre), si se la exagera y se la lleva más allá de los límites de su aplicabilidad, puede ser reducida a un absurdo y en esas condiciones incluso se convertirá fatalmente en un absurdo. Tal es el tipo de favor que prestan los izquierdistas de Holanda y Alemania a la nueva verdad de que la forma soviética de poder es superior a los parlamentos democraticoburgueses. Por supuesto, estaría equivocado quien sostuviera el anticuado punto de vista de que en general y en cualquier circunstancia es inadmisibles negarse a participar en los parlamentos burgueses. No puedo intentar formular aquí las condiciones en las cuales el boicot es útil, ya que el objeto de este folleto es mucho más modesto, a saber, estudiar la experiencia rusa en relación con algunos problemas específicos de la táctica comunista internacional. La experiencia rusa nos brinda un ejemplo feliz y acertado (1905) y otro equivocado (1906) de la utilización del boicot por los bolcheviques. Al analizar el primer caso comprobamos que logramos *impedir* que un Gobierno reaccionario *convocara* un parlamento reaccionario en momentos en que la acción revolucionaria extraparlamentaria de las masas (en particular las huelgas) crecía con gran rapidez, en que ni un solo sector del proletariado y del campesinado podía apoyar en modo alguno al poder reaccionario y en que, a través de la lucha huelguística y del movimiento agrario, crecía la influencia del proletariado revolucionario sobre las masas atrasadas. Es evidente que *esta* experiencia no es aplicable a las condiciones europeas actuales. Y es asimismo evidente —y los argumentos anteriores lo confirman— que la defensa, aun con reservas, que hacen los holandeses y otros "izquierdistas" de la negativa a participar en los parlamentos es radicalmente errónea y nociva para la causa del proletariado revolucionario.

En Europa occidental y en Norteamérica el parlamento se ha vuelto en extremo odioso para la vanguardia revolucionaria de la clase obrera. Eso es innegable. Y es fácil de comprender, dado que resulta difícil imaginar nada más infame, vil y traicionero que la conducta de la inmensa mayoría de los diputados parlamentarios socialistas y socialdemócratas durante la guerra y después de ella. Sin embargo, sería no sólo insensato, sino francamente criminal dejarse llevar por ese estado de ánimo al decidir *cómo* combatir ese mal universalmente reconocido. En muchos países de Europa occidental puede decirse que el estado de ánimo revolucionario es actualmente una "novedad" o una "rareza",

vana e impacientemente esperada durante demasiado tiempo. Quizá sea por ello que la gente se deja llevar con tanta facilidad por ese estado de ánimo. Por cierto, sin un estado de ánimo revolucionario en las masas y sin condiciones que favorezcan el desarrollo de ese estado de ánimo la táctica revolucionaria no se transformará en acción. En Rusia, sin embargo, una experiencia muy larga, dura y sangrienta nos ha enseñado la verdad de que no es posible construir la táctica revolucionaria solamente sobre el estado de ánimo revolucionario. La táctica debe basarse en una apreciación serena y estrictamente objetiva de *todas* las fuerzas de clase de un Estado determinado (y de los Estados que lo rodean y de todos los Estados del mundo), así como de la experiencia de los movimientos revolucionarios. Es muy fácil demostrar "espíritu revolucionario" sólo lanzando improperios contra el oportunismo parlamentario o sólo repudiando la participación en los parlamentos; su misma facilidad, precisamente, no puede hacer de esto la solución de un problema difícil, muy difícil. Es muchísimo más difícil crear un grupo parlamentario verdaderamente revolucionario en un parlamento europeo de lo que fue crearlo en Rusia. Es lógico. Pero no es más que una expresión particular de la verdad general de que, en la situación concreta e históricamente única de 1917, a Rusia le fue fácil *iniciar* la revolución socialista, pero a Rusia le será más difícil que a los países europeos *continuar* la revolución y llevarla a término. A comienzos de 1918 tuve ya ocasión de señalar esto, y nuestra experiencia de los dos años últimos ha confirmado plenamente la exactitud de esta apreciación. Algunas condiciones específicas como, a saber:

1) la posibilidad de empalmar la revolución soviética con la terminación, como consecuencia de esa revolución, de la guerra imperialista, que había extenuado hasta lo indecible a los obreros y a los campesinos;

2) la posibilidad de obtener ventajas, durante cierto tiempo, de la lucha a muerte entre los dos grupos más poderosos de bandidos imperialistas del mundo, que no podían aliarse contra su enemigo soviético;

3) la posibilidad de soportar una guerra civil relativamente larga, en parte debido a la enorme extensión del país y a sus malos medios de comunicación;

4) la existencia en el campesinado de un movimiento revolucionario democrático tan profundo que el partido del proletariado pudo adoptar las reivindicaciones revolucionarias del partido campesino (el partido socialrevolucionario, la mayoría de cuyos miembros eran decididamente hostiles al bolchevismo) y llevarlas a cabo en el acto gracias a la conquista del poder político por el proletariado; todas estas condiciones específicas no existen hoy en Europa occidental y la repetición de condiciones como estas o similares no es nada fácil.

Es por ello, aparte de muchas otras razones, que a Europa occidental le es más difícil de lo que fue para nosotros *iniciar* una revolución socialista. Tratar de "evitar" esta dificultad "saltando" por encima de la ardua tarea de utilizar los parlamentos reaccionarios para fines revolucionarios es puro infantilismo. ¡Ustedes quieren crear una sociedad nueva y sin embargo temen las dificultades que implica la formación de un buen grupo parlamentario integrado por

comunistas convencidos, abnegados y heroicos en un parlamento reaccionario! ¿No es esto acaso infantilismo? Si Karl Liebknecht en Alemania y Z. Hoglund en Suecia pudieron, incluso sin apoyo de masas desde abajo, dar ejemplos de utilización realmente revolucionaria de los parlamentos reaccionarios, ¿cómo es posible que un partido revolucionario de masas que crece rápidamente no pueda, en medio de las desilusiones y la ira de posguerra de las masas, *forjar* un grupo comunista en los peores parlamentos? ¡Precisamente porque en Europa occidental las masas atrasadas de obreros y —aún en mayor grado— de pequeños campesinos están mucho más imbuidas de prejuicios democrático-burgueses y parlamentarios de lo que estaban en Rusia; precisamente por eso, *sólo* desde instituciones tales como los parlamentos burgueses los comunistas pueden (y deben) librar una lucha prolongada y tenaz, sin retroceder ante ninguna dificultad, para denunciar, disipar y superar dichos prejuicios.

Los "izquierdistas" alemanes se quejan de los malos "dirigentes" de su partido, se dejan llevar por la desesperación y llegan incluso a la ridiculez de "negar" a los "dirigentes". Pero en situaciones que obligan con frecuencia a ocultar a los dirigentes en la clandestinidad, la *formación* de "dirigentes" buenos, seguros, probados y prestigiosos es asunto muy difícil; *es imposible* vencer con éxito estas dificultades sin combinar el trabajo legal con el ilegal y *sin someter a prueba* a los "dirigentes", *entre otras formas*, en los parlamentos. La crítica —la crítica más aguda, implacable e intransigente— debe dirigirse, no contra el parlamentarismo o las actividades parlamentarias, sino contra aquellos dirigentes que no saben —y más aún contra los que *no quieren*— utilizar las elecciones parlamentarias y la tribuna parlamentaria de un modo revolucionario, comunista. Sólo esta crítica —combinada, naturalmente, con la destitución de los dirigentes incapaces y con su reemplazo por dirigentes capaces— constituirá una labor revolucionaria provechosa y fecunda, que educará simultáneamente a los "dirigentes", para que sean dignos de la clase obrera y de todos los trabajadores, y a las masas, para que puedan comprender como es debido la situación política y las tareas, a menudo muy complejas e intrincadas que se derivan de esa situación¹⁰.

10 He tenido pocas posibilidades de conocer el "comunismo de izquierda" en Italia. El camarada Bordiga y su fracción de Comunistas Abstencionistas (*Comunisti Abstencionisti*) se equivocan por cierto al defender la no participación en el parlamento. Pero creo que el camarada Bordiga tiene razón en una cosa, por lo que puede juzgarse por dos números de su periódico *Il Soviet* (*Il Soviet*, números 3 y 4 del 18 de enero y 1º de febrero de 1920), por cuatro números de la excelente revista del camarada Serrati, *Comunismo* (números 1-4, 1º de octubre-30 de noviembre de 1919), y por números sueltos de periódicos burgueses italianos que han llegado a mis manos. El camarada Bordiga y su grupo tienen razón en atacar a Tiarati y sus partidarios que siguen en un partido que ha reconocido el poder soviético y la dictadura del proletariado y, sin embargo, como miembros del parlamento, continúan con su anterior y perjudicial política oportunista. Al tolerar esto, el camarada Serrati y todo el Partido Socialista italiano incurrirán por supuesto en un error que amenazará causar tanto daño y originar tantos peligros como en Hungría, donde los señores Tiarati húngaros sabotearon desde adentro tanto al partido como al poder soviético. Esa actitud errónea, inconsecuente o servil hacia los parlamentarios oportunistas engendra, por una parte, el comunismo "de izquierda" y, por la otra, *hacia cierto punto*, justifica su existencia. Es evidente que el camarada Serrati se equivoca al acusar de "inconsecuente"

VIII. ¿Ningún compromiso?

En la cita del folleto de Fráncfort hemos visto el tono categórico con que los “izquierdistas” plantean esta consigna. Es triste ver cómo personas que indudablemente se consideran marxistas y quieren ser marxistas olvidan las verdades fundamentales del marxismo. Por ello Engels —que, como Marx, pertenece a esa rarísima categoría de escritores cuyas frases en cada uno de sus trabajos fundamentales tiene una asombrosa profundidad de contenido— decía, en 1874, contra el manifiesto de los treinta y tres comuneros blanquistas:

Somos comunistas [decían en su manifiesto los comuneros blanquistas] porque queremos alcanzar nuestra meta sin detenernos en etapas intermedias, sin compromisos, que no hacen más que postergar el día de la victoria y prolongar el período de esclavitud.

Los comunistas alemanes son comunistas porque, a través de todas las etapas intermedias y de todos los compromisos creados, no por ellos, sino por la marcha del desarrollo histórico, ven con claridad y persiguen constantemente su objetivo final: la abolición de las clases y la creación de una sociedad en la que no existirá ya la propiedad privada de la tierra o de los medios de producción. Los treinta y tres blanquistas son comunistas precisamente porque piensan que sólo porque ellos desean saltar las etapas intermedias y los compromisos el asunto está arreglado, y que si “se inicia” en los próximos días —de lo cual están plenamente seguros— y toman el poder “el comunismo será implantado” al día siguiente. Si no es posible hacer esto inmediatamente, no son comunistas.

¡Qué ingenuidad tan pueril es presentar la propia impaciencia como argumento teóricamente convincente! (F. Engels, “Programa de los comuneros blanquistas”, en el periódico socialdemócrata alemán *Völkischer*, 1874, N.º 73, publicado en la traducción rusa de *Artículos de 1871-1875*, Petrogrado, 1919, pp. 52-53).

Engels expresa en ese mismo artículo su profundo respeto por Vaillant y habla de los “méritos indiscutibles” de este (que, como Guesde, fue uno de los dirigentes más destacados del socialismo internacional hasta su traición al socialismo en agosto de 1914). Pero Engels no deja de hacer un análisis detallado de un error manifiesto. Naturalmente, los revolucionarios muy jóvenes e inexpertos, así como los revolucionarios pequeñoburgueses, incluso de edad muy respetable y de gran experiencia, consideran en extremo “peligroso”, incomprensible y erróneo “consentir compromisos”. Y muchos sofistas (siendo

al diputado Turati (*Comunismo* N.º 3), porque es el propio Partido Socialista italiano el que es inconsecuente al tolerar en sus filas a oportunistas parlamentarios como Turati y compañía.

inusitada o excesivamente "experimentados" políticos) razonan exactamente del mismo modo que los dirigentes británicos del oportunismo mencionados por el camarada Lansbury: "Si los bolcheviques se permiten un compromiso determinado, ¿por qué no hemos de permitirnos nosotros cualquier compromiso?". Sin embargo, los proletarios que han pasado por la escuela de numerosas huelgas (para no considerar más que esta manifestación de la lucha de clases) asimilan habitualmente de un modo admirable la muy profunda verdad (filosófica, histórica, política y psicológica) enunciada por Engels. Todo proletario conoce las huelgas, conoce los "compromisos" con los odiados opresores y explotadores, después de los cuales los obreros han tenido que volver al trabajo sin haber logrado nada o accediendo a la satisfacción parcial de sus reivindicaciones. Todo proletario —como resultado de las condiciones de la lucha de masas y de la acentuada intensificación de los antagonismos de clase en que vive— ve la diferencia existente entre un compromiso que exigen las condiciones objetivas (tales como carencia de fondos de huelga, falta de apoyo de afuera, hambre y agotamiento) —compromiso que en nada disminuye la abnegación revolucionaria ni la disposición de continuar la lucha por parte de los obreros que han contraído ese compromiso— y, por otra parte, un compromiso de traidores que procuran atribuir a causas objetivas lo que es su propio interés (también los romphuelgas contraen "compromisos"!); su cobardía, su desco de adular a los capitalistas y su disposición a ceder ante las intimidaciones, a veces ante la persuasión, a veces ante migajas y a veces ante los halagos de los capitalistas. (La historia del movimiento obrero británico suministra una gran cantidad de ejemplos de esos compromisos traidores por parte de dirigentes sindicales británicos, pero de un modo u otro casi todos los obreros de todos los países han presenciado la misma cosa).

Hay, por supuesto, casos aislados, de una dificultad y una complejidad excepcionales, en que son necesarios los mayores esfuerzos para valorar con exactitud el verdadero carácter de tal o cual "compromiso", así como hay casos de homicidio en que de ningún modo es fácil establecer si este estaba plenamente justificado e incluso era necesario (como, por ejemplo, en caso de legítima defensa), o bien si fue producto de una negligencia imperdonable o incluso de un plan perverso astutamente ejecutado. Es indudable que en política, donde se trata a veces de relaciones —nacionales e internacionales— en extremo complejas entre las clases y los partidos, se presentarán numerosos casos que serán mucho más difíciles que el problema de un "compromiso" legítimo en una huelga o de un "compromiso" traicionero por parte de un romphuelgas, de un dirigente traidor, etc. Formular una receta o una regla general ("¡Ningún compromiso!") para todos los casos sería un absurdo. Hay que usar la cabeza para saber orientarse en cada caso particular. Una de las funciones de una organización de partido y de los dirigentes de un partido dignos de ese nombre consiste, en realidad, en adquirir —mediante los esfuerzos prolongados, tenaces, diversificados y penetrantes de todos los representantes de la clase

en cuestión capaces de pensar¹¹— los conocimientos, la experiencia y, además de los conocimientos y la experiencia, la sagacidad política necesaria para la pronta y correcta solución de los complejos problemas políticos.

Las personas ingenuas y totalmente inexpertas creen que la aceptación de los compromisos *en general* es suficiente para borrar cualquier diferencia entre el oportunismo, contra el que sostenemos y debemos sostener una lucha intransigente, y el marxismo revolucionario o comunismo. Pero si esas personas no saben todavía que en la naturaleza y en la sociedad *todas* las diferencias son variables y, hasta cierto punto, convencionales, sólo las puede ayudar una preparación prolongada, la educación, la ilustración y la experiencia política y diaria. En las cuestiones prácticas que se presentan en la política de cada momento histórico particular o específico es importante saber distinguir aquellas que ponen de manifiesto el tipo principal de compromisos inadmisibles y traicioneros, como los que encarnan un oportunismo que es funesto para la clase revolucionaria, y dedicar todos los esfuerzos a explicarlos y a luchar contra ellos. Durante la guerra imperialista de 1914-1918 entre dos grupos de países igualmente rapaces, el tipo principal y fundamental de oportunismo fue el socialchovinismo, es decir, el apoyo a la “defensa de la patria” que, en *esa* guerra, en realidad equivalía a la defensa de los intereses rapaces de la “propia” burguesía. Después de la guerra, la defensa de la expoliadora Liga de las Naciones, la defensa de las alianzas directas o indirectas con la burguesía del propio país contra el proletariado revolucionario y el movimiento “soviético” y la defensa de la democracia burguesa y el parlamentarismo burgués contra el “poder soviético” se convirtieron en las manifestaciones principales de estos compromisos, inadmisibles y traicioneros, que, en su conjunto, constituyen un oportunismo funesto para el proletariado revolucionario y para su causa.

Dicen los izquierdistas de Alemania en el folleto de Fráncfort:

“Todo compromiso con otros partidos [...], toda política de maniobras y conciliación debe ser rechazada categóricamente.

¡Es sorprendente que, con semejantes ideas, esos izquierdistas no condenen categóricamente al bolchevismo! ¡Después de todo, los izquierdistas alemanes no pueden ignorar que toda la historia del bolchevismo, tanto antes como después de la Revolución de Octubre, *está llena* de casos de táctica de maniobras, de conciliación y de compromisos con otros partidos, incluidos los partidos burgueses!

11 Al interior de toda clase, incluso en la situación prevaleciente en los países más cultos, incluso en la clase más avanzada e incluso cuando las condiciones del momento han hecho florecer en grado excepcional todas sus fuerzas espirituales, siempre hay —y *habrá* inevitablemente mientras existan las clases, mientras una sociedad sin clases no se haya consolidado plenamente y no se haya desarrollado sobre sus propias bases— representantes de la clase que no piensan y que son incapaces de pensar por sí mismos. De no ser así el capitalismo no sería el opresor de las masas que en realidad es.

Hacer una guerra para derrocar a la burguesía internacional, una guerra que es cien veces más difícil, prolongada y compleja que la más encarnizada de las guerras corrientes entre Estados, y renunciar de antemano a todo cambio de política, a toda utilización de los antagonismos de intereses (aunque sólo sean temporales) entre los enemigos de uno o a toda conciliación o compromiso con posibles aliados (aunque sean aliados transitorios, inconsecuentes, vacilantes, condicionales), ¿no es acaso en extremo ridículo? ¿No equivale acaso a -en la difícil ascensión a una montaña inexplorada y hasta entonces inaccesible- renunciar de antemano a hacer algún zigzag, a desandar a veces lo andado o a abandonar a veces la senda elegida y probar otras? ¡Y sin embargo personas tan poco maduras y tan inexpertas (si la explicación de ello fuera la juventud, no sería tan malo; los jóvenes están predestinados a decir semejantes necedades durante cierto tiempo) han encontrado apoyo -ya sea directo o indirecto, franco o encubierto, total o parcial, eso no interesa- en algunos miembros del Partido Comunista holandés!!

Después de la primera revolución socialista del proletariado, después del derrocamiento de la burguesía en un país, el proletariado de ese país sigue siendo *durante mucho tiempo más débil* que la burguesía, debido simplemente a los vastos vínculos internacionales de esta última y debido también a la restauración, al renacimiento espontáneo y continuo del capitalismo y de la burguesía por los pequeños productores de mercancías del país donde se ha derrocado a la burguesía. Sólo se puede vencer a un enemigo más poderoso empeñando los mayores esfuerzos y mediante la utilización más cuidadosa, prudente, minuciosa, diestra y *obligatoria* de cualquier "fisura", aun la más pequeña, entre los enemigos, de todo antagonismo de intereses entre la burguesía de los distintos países y entre los diferentes grupos o categorías de la burguesía dentro de los diferentes países, y también aprovechando todas las posibilidades, aun las más pequeñas, de conquistar un aliado de masas, aunque ese aliado sea transitorio, inconsecuente, vacilante, poco seguro y condicional. Quienes no comprenden esto demuestran no comprender ni un ápice de marxismo, de socialismo científico moderno *en general*. Quienes no hayan demostrado *en la práctica*, durante un lapso bastante considerable y en situaciones políticas bastante variadas, su habilidad para aplicar esta verdad en la práctica no han aprendido todavía a ayudar a la clase revolucionaria en su lucha por liberar de los explotadores a toda la humanidad trabajadora. Y esto se aplica tanto al período *anterior* a la conquista del poder político por el proletariado como al *posterior*.

Nuestra teoría, dijeron Marx y Engels, no es un dogma, sino *una guía para la acción*. Y el mayor error, el mayor crimen cometido por marxistas "consumados" tales como Karl Kautsky, Otto Bauer, etc., consiste en que no han entendido esto y no han sabido aplicarlo en los momentos cruciales de la revolución proletaria. "La actividad política no es como el pavimento de la Avenida Nevsky" (el pavimento bien conservado, ancho y parejo de la perfectamente recta calle principal de San Petersburgo), solía decir N. G. Chernishevsky, el gran

socialista ruso del período premarxista. Desde la época de Chernishevsky, el desconocimiento o el olvido de esta verdad ha costado a los revolucionarios rusos innumerables pérdidas. Debemos esforzarnos al máximo para impedir que los comunistas de izquierda y los revolucionarios de Europa occidental y de América que son fieles a la clase obrera paguen *tan caro* como los atrasados rusos la asimilación de esta verdad.

Antes de la caída del zarismo, los socialdemócratas revolucionarios de Rusia aprovecharon repetidas veces los servicios de los liberales burgueses, es decir, concertaron con ellos innumerables compromisos prácticos. En 1901-1902, incluso antes de que surgiera el bolchevismo, la antigua redacción de *Izvestia* (de la que formábamos parte Plejanov, Axelrod, Zasulich, Martov, Potresov y yo) concertó (no por mucho tiempo, es verdad) una alianza política formal con Struve, el dirigente político del liberalismo burgués, sin dejar de sostener al mismo tiempo una lucha ideológica y política inflexible e implacable contra el liberalismo burgués y contra las menores manifestaciones de su influencia en el movimiento obrero. Esta fue siempre la política de los bolcheviques. Desde 1905 defendieron sistemáticamente la alianza de la clase obrera con el campesinado contra la burguesía liberal y el zarismo, sin negarse nunca, sin embargo, a apoyar a la burguesía contra el zarismo (por ejemplo en la segunda vuelta de las elecciones o en segundas votaciones) y sin abandonar jamás su inexorable lucha ideológica y política contra los "socialrevolucionarios", el partido campesino revolucionario burgués, denunciándolos como demócratas pequeñoburgueses que se presentaban falsamente como socialistas. Durante las elecciones a la Duma de 1907 los bolcheviques constituyeron, por poco tiempo, un bloque político formal con los "socialrevolucionarios". Entre 1903 y 1912 hubo períodos de varios años durante los cuales estuvimos formalmente unidos con los mencheviques en un partido socialdemócrata único, pero *jamás interrumpimos* nuestra lucha ideológica y política contra ellos como oportunistas y agentes de la influencia burguesa en el proletariado. Durante la guerra concertamos ciertos compromisos con los "kautskistas", los mencheviques de izquierda (Martov) y un sector de los "socialrevolucionarios" (Chernov, Natanson). Asistimos con ellos a las conferencias de Zimmerwald y Kienthal y lanzamos manifiestos conjuntos. No obstante, nunca abandonamos y nunca debilitamos nuestra lucha ideológica y política contra los "kautskistas", contra Martov y Chernov (cuando Natanson murió en 1919, siendo "comunista revolucionario" populista, estaba muy cerca de nosotros y casi de acuerdo con nosotros). En el momento mismo de la Revolución de Octubre formamos un bloque político, no formal pero muy importante (y muy eficaz), con el campesinado pequeñoburgués, adoptando *en su integridad*, sin la menor alteración, el programa agrario de los *socialrevolucionarios*, es decir, contrajimos un compromiso innegable para demostrar a los campesinos que no queríamos imponer nuestra voluntad, sino llegar a un acuerdo con ellos. Al mismo tiempo, propusimos a los "eseristas de izquierda" (y poco después lo realizamos) un bloque político formal, que incluía la participación

en el Gobierno, bloque que ellos disolvieron después de la paz de Brest y, más tarde, en julio de 1918, llegaron hasta la insurrección armada y posteriormente a la lucha armada contra nosotros.

Se comprende, por consiguiente, por qué los ataques de los izquierdistas alemanes contra el GC del Partido Comunista de Alemania por admitir la idea de un bloque con los "independientes" (Partido Sozialdemokrata Independiente de Alemania: los kautskistas) son, en nuestra opinión, absolutamente insustanciales y clara demostración de que los "izquierdistas" están equivocados. También en Rusia había mencheviques de derecha (que entraron en el Gobierno de Kerensky), que equivalían a los Scheidemann alemanes, y mencheviques de izquierda (Martov), que equivalían a los kautskistas alemanes y que estaban en contra de los mencheviques de derecha. En 1917 pudo observarse claramente el paso gradual de las masas obreras del campo menchevique al de los bolcheviques. En el I Congreso de los Sóviets de toda Rusia, celebrado en junio de 1917, tuvimos sólo un 13% de los votos. La mayoría pertenecía a los escristas y a los mencheviques. En el II Congreso de los Sóviets (25 de octubre de 1917, según el antiguo calendario) tuvimos el 51% de los votos. ¿Por qué en Alemania el mismo y absolutamente idéntico paso de los obreros de la derecha a la izquierda no fortaleció de inmediato a los comunistas, sino que, primero, fortaleció al partido "independiente" intermedio, aunque este nunca haya tenido ideas políticas independientes y una política independiente ni haya hecho otra cosa que vacilar entre Scheidemann y los comunistas?

Una de las razones evidentes fue la táctica errónea de los comunistas alemanes, quienes sin temor y honestamente deben reconocer su error y aprender a corregirlo. El error consistió en su negativa a reconocer la necesidad de participar en los parlamentos burgueses reaccionarios y en los sindicatos reaccionarios¹²; el error consistió en múltiples manifestaciones de esa enfermedad infantil del "izquierdismo", que ha salido ahora a la superficie y que, por consiguiente, será curada más a fondo, más rápidamente y con mayor provecho para el organismo.

El Partido Sozialdemokrata Independiente alemán evidentemente no es homogéneo: junto a los antiguos dirigentes oportunistas (Kautsky, Hilferding y, aparentemente, en gran medida Crispian, Ledebour y otros), que han demostrado su incapacidad para comprender la significación del poder soviético y de la dictadura del proletariado y su incapacidad para dirigir la lucha revolucionaria del proletariado, en dicho partido ha surgido un ala izquierda, proletaria, que crece con singular rapidez. Cientos de miles de miembros de ese partido —que tiene, creo, unos setecientos cincuenta mil afiliados— son proletarios que abandonan a Scheidemann y pasan rápidamente al comunismo.

12 Lenin hace referencia a la decisión del Partido Comunista Alemán (Espartaquista) en su congreso fundacional de no participar en las elecciones a la Asamblea Constituyente de enero de 1919, que instauraría la república de Weimar, así como la moción de retirarse de los sindicatos para apoyar la emergencia de los consejos obreros de fábrica (NfE).

Esta ala proletaria ha propuesto ya –en el Congreso de los Independientes en Leipzig en 1919– la afiliación inmediata e incondicional a la III Internacional. Temer un “compromiso” con esa ala del Partido es sencillamente ridículo. Al contrario, es *deber* de los comunistas buscar y *encontrar* una forma adecuada de compromiso con ella, que, por una parte, facilitará y acelerará la necesaria fusión completa con esa ala, y, por otra, no estorbará de ningún modo a los comunistas en su lucha ideológica y política contra el ala derecha, oportunista, de los “independientes”. Es probable que no resulte fácil elaborar una forma adecuada de compromiso, pero sólo un charlatán podría prometer a los obreros alemanes y a los comunistas alemanes un camino “fácil” hacia la victoria.

El capitalismo no sería capitalismo si el proletariado “puro” no estuviese rodeado de una gran cantidad de elementos intermedios, en extremo abigarrados, entre el proletariado y el semiproletariado (que se gana la vida en parte vendiendo su fuerza de trabajo), entre el semiproletariado y el pequeño campesino (y el pequeño artesano, el *kustar*, el pequeño patrón en general), entre el pequeño campesino y el campesino medio, etc., y si el mismo proletariado no estuviera dividido en capas más desarrolladas y menos desarrolladas, si no estuviera dividido según el origen territorial, el gremio, a veces según la religión, etc. De todo esto se desprende la necesidad, la imperiosa necesidad de que el partido comunista, la vanguardia del proletariado, su sector con conciencia de clase, recurra a la maniobra, a la conciliación y a compromisos con los diversos grupos de proletarios, con los diversos partidos de los obreros y de los pequeños patronos. Todo consiste en *saber cómo* aplicar esta táctica para *elevar* –no para rebajar– el nivel *general* de conciencia de clase proletaria, de espíritu revolucionario y de capacidad de luchar y vencer. Hay que señalar, entre otras cosas, que la victoria de los bolcheviques sobre los mencheviques exigió la aplicación de una táctica de maniobras, de conciliación y compromisos, no sólo antes, *sino también después* de la Revolución de Octubre de 1917, pero las maniobras y los compromisos fueron, claro está, de una naturaleza tal que favorecieron, ayudaron y consolidaron a los bolcheviques a expensas de los mencheviques. Los demócratas pequeñoburgueses (incluyendo a los mencheviques) vacilan inevitablemente entre la burguesía y el proletariado, entre la democracia burguesa y el régimen soviético, entre el reformismo y el espíritu revolucionario, entre el amor a los obreros y el temor a la dictadura del proletariado, etc. La táctica acertada de los comunistas debe consistir en *utilizar* estas vacilaciones, en no ignorarlas; para utilizarlas hay que hacer concesiones a los elementos que se inclinan hacia el proletariado –siempre y en la medida que se inclinan hacia el proletariado– además de luchar contra quienes se inclinan hacia la burguesía. Como resultado de la aplicación de la táctica acertada, el menchevismo comenzó a desmoronarse y se ha ido desmoronando de más en más en nuestro país; los dirigentes obstinadamente oportunistas van quedando aislados y los mejores obreros, los mejores elementos de la democracia pequeñoburguesa vienen a nuestro campo. Se trata de un proceso largo, y las “decisiones” apresuradas –“Ningún compromiso,

ninguna maniobra"— sólo pueden dañar el fortalecimiento de la influencia del proletariado revolucionario y el crecimiento de sus fuerzas.

Por último, uno de los errores indudables de los "izquierdistas" alemanes consiste en su negativa categórica a reconocer el Tratado de Versalles¹³. Cuanto más "enérgicamente" y "solemnemente", más "enfáticamente" y terminantemente se formula este punto de vista (K. Horner, por ejemplo), menos sentido parece tener. No basta, en las condiciones actuales de la revolución proletaria internacional, repudiar el absurdo disparate del "bolchevismo nacional" (Lanzenberg y otros), que ha llegado hasta a propiciar un bloque con la burguesía alemana para una guerra contra la Entente. Hay que comprender que es una táctica absolutamente errónea negarse a admitir que la Alemania soviética (si surgiese pronto una república soviética alemana) tendría que reconocer por cierto tiempo el Tratado de Versalles y someterse a él. No se sigue de esto que los "independientes"—cuando los Scheidemann estaban en el Gobierno, cuando aún no había sido derrocado el poder soviético en Hungría y cuando aún era posible que una revolución soviética en Viena apoyara a la Hungría soviética—tuvieran razón, *en esas circunstancias*, en reclamar la firma del Tratado de Versalles. En aquel momento, los "independientes" viraron y maniobraron muy torpemente, porque en grado mayor o menor se hicieron responsables por los Scheidemann traidores y en grado mayor o menor dejaron de defender una guerra de clases implacable (y serenamente realizada) contra los Scheidemann para defender un punto de vista "sin clase" o "por encima" de las clases.

En la situación actual, sin embargo, los comunistas alemanes no deben evidentemente renunciar a la libertad de acción, prometiendo en forma categórica y terminante repudiar el Tratado de Versalles en caso de triunfar el comunismo. Eso sería absurdo. Deben decir: los Scheidemann y los kautskistas han cometido una serie de acciones traicioneras, obstaculizando (y en parte haciendo fracasar) las posibilidades de una alianza con la Rusia soviética y con la Hungría soviética. Nosotros, los comunistas, haremos todo lo posible para *facilitar y preparar* esa alianza. Sin embargo, de ningún modo estamos obligados a rechazar la paz de Versalles, suceda lo que suceda, o hacerlo en forma inmediata. La posibilidad de rechazarla eficazmente depende no sólo de los éxitos alemanes, sino de los éxitos internacionales del movimiento soviético. Los Scheidemann y los kautskistas han obstaculizado este movimiento; nosotros lo apoyamos. Ese es el fondo de la cuestión; en ello reside la diferencia fundamental. Y si nuestros enemigos de clase, los explotadores y sus lacayos, los Scheidemann y los kautskistas, han dejado escapar una serie

13 El Tratado de Versalles fue aprobado por la Asamblea Constituyente alemana el 22 de junio de 1919, abriendo una crisis nacional. Scheidemann dimite y los altos mandos del Ejército inician una serie de protestas nacionalistas responsabilizando a la República de Weimar de "traición". Un sector del Ejército, obligado a desmovilizarse a raíz del Tratado, intenta un golpe de Estado conocido como *putsch* de Kapp en marzo de 1920. El tratado fue reconocido por todas las naciones exceptuando la URSS, donde Lenin lo denuncia como una "paz imperialista". EE. UU., aunque participa de su redacción, no suscribe el tratado [Nde].

de posibilidades de fortalecer tanto el movimiento soviético alemán como el internacional, de fortalecer tanto la revolución soviética alemana como la internacional, la culpa es de ellos. La revolución soviética en Alemania fortalecerá el movimiento soviético internacional, que es el más fuerte baluarte (y el único baluarte seguro, invencible y mundial) contra el Tratado de Versalles y contra el imperialismo internacional en general. Dar prioridad absoluta, categórica e inmediata a la liberación del Tratado de Versalles *antes que al problema* de liberar del yugo imperialista a *otros* países oprimidos por el imperialismo es nacionalismo pequeñoburgués (digno de los Kautsky, los Hilferding, los Otto Bauer y Cia.), no internacionalismo revolucionario. El derrocamiento de la burguesía en cualquiera de los grandes países europeos, incluida Alemania, sería tan favorable para la revolución internacional que en aras de ello se puede y, en caso de necesidad, se debe tolerar una *existencia más prolongada del Tratado de Versalles*. Si Rusia estando sola pudo soportar durante varios meses el Tratado de Brest en beneficio de la revolución, no es ningún imposible que una Alemania soviética, aliada a la Rusia soviética, pueda soportar más tiempo, en beneficio de la revolución, el Tratado de Versalles.

Los imperialistas de Francia, Gran Bretaña, etc., procuran provocar a los comunistas alemanes y tenderles un lazo: "Digan que no firmarán el Tratado de Versalles", instan ellos. Y los comunistas "de izquierda" caen como niños en la trampa que les han tendido, en vez de maniobrar con destreza contra el astuto y, *en el momento actual*, más fuerte enemigo, en lugar de decirles: "Firmaremos ahora el Tratado de Versalles". Renunciar de antemano a toda libertad de acción, comunicar abiertamente a un enemigo, que por ahora está mejor armado que nosotros, si vamos a luchar contra él y cuándo es una locura y no tiene nada de revolucionario. Aceptar el combate cuando ello es manifiestamente ventajoso para el enemigo, pero no para nosotros, es criminal; los dirigentes políticos de la clase revolucionaria son absolutamente inútiles si no saben "maniobrar" o proponer "la conciliación y el compromiso" a fin de rehuir el combate evidentemente desfavorable.

IX. El "comunismo de izquierda" en Inglaterra

En Gran Bretaña no hay todavía partido comunista, pero existe entre los obreros un movimiento comunista joven, amplio, potente, que crece con rapidez y que permite abrigar las mejores esperanzas. Hay diversos partidos y organizaciones políticas (el Partido Socialista Británico, el Partido Socialista Obrero, la Sociedad Socialista de Gales del Sur, la Federación Socialista Obrera) que desean fundar un partido comunista y que ya realizan negociaciones entre sí para tal fin. En *The Workers Dreadnought* (t. VI, N.º 48, del 21 de febrero de 1920), órgano semanal de la Federación Socialista Obrera se publica un artículo de su directora, la camarada Sylvia Pankhurst, titulado "Hacia un partido

comunista". En el artículo se reseña la marcha de las negociaciones entre las cuatro organizaciones mencionadas para la constitución de un partido comunista único, sobre la base de la afiliación a la III Internacional, el reconocimiento del sistema soviético en lugar del parlamentarismo y el reconocimiento de la dictadura del proletariado. Parece ser que uno de los principales obstáculos para la constitución inmediata de un partido comunista único es el desacuerdo en los problemas de la participación en el parlamento y de si el nuevo partido comunista debe afiliarse al viejo Partido Laborista sindicalista, oportunista y socialchovinista, constituido en su mayor parte por *trade union*. La Federación Socialista Obrera y el Partido Socialista Obrero¹⁴ son enemigos de participar en las elecciones parlamentarias y en el parlamento y se oponen a la afiliación al Partido Laborista; discrepan en esto de todos o de la mayoría de los miembros del Partido Socialista Británico, al que consideran "el ala derecha de los partidos comunistas" en Gran Bretaña (página 5 del artículo de Sylvia Pankhurst).

La división fundamental es, pues, la misma que en Alemania, a pesar de las enormes diferencias de forma en que se manifiestan las divergencias (en Alemania se parece mucho más a la forma "rusa" que en Gran Bretaña) y de otras muchas circunstancias. Examinemos los argumentos de los "izquierdistas".

A propósito de la participación en el parlamento, la camarada Sylvia Pankhurst se refiere a un artículo del camarada W. Gallacher, publicado en el mismo número, quien escribe en nombre del "Consejo obrero de Escocia" de Glasgow:

Dicho Consejo —dice— es decididamente antiparlamentario y se encuentra respaldado por el ala izquierda de varios organismos políticos. Representamos el movimiento revolucionario en Escocia, que se esfuerza constantemente por crear una organización revolucionaria en las industrias [en diversas ramas de la producción] y un partido comunista basado en comités sociales en todo el país. Durante mucho tiempo hemos disputado con los parlamentarios oficiales. No hemos considerado necesario declararles la guerra abierta y ellos *temen* iniciar un ataque contra nosotros.

Pero semejante estado de cosas no puede prolongarse mucho. Nosotros estamos triunfando en toda la línea.

A los afiliados de base del Partido Laborista Independiente de Escocia les disgusta cada vez más la idea del parlamento, y casi todas las secciones locales apoyan a los sóviets [se emplea la palabra rusa transliterada al inglés] o consejos obreros. Naturalmente, esto es muy grave para los señores que hacen de la política un medio de vida (una profesión) y emplean todos los medios para persuadir a sus miembros de que regresen al redil parlamentario. Los camaradas revolucionarios *no deben* [los subrayados son todos del autor] brindar el

14 Creo que este partido se opone a la afiliación al Partido Laborista, pero no todos sus miembros son enemigos de participar en el parlamento.

menor apoyo a esa pandilla. Nuestra lucha en este terreno será muy difícil. Uno de sus peores rasgos será la traición de aquellos cuya ambición personal es una fuerza motriz mayor que su preocupación por la revolución. Cualquier apoyo al parlamentarismo equivale a contribuir a poner el poder en manos de nuestros Scheidemann y Noske británicos. Henderson, Clynes y Gía. son reaccionarios incurables. El Partido Laborista Independiente oficial cae cada vez más bajo el control de liberales de clase media, que [...] han hallado un "refugio espiritual" en el campo de los señores MacDonald, Snowden y Gía. El Partido Laborista Independiente oficial es amargamente hostil a la III Internacional, pero sus afiliados de base son partidarios de ella. Cualquier apoyo a los parlamentarios oportunistas significa simplemente hacerle el juego a esos señores. El Partido Socialista Británico no cuenta para nada [...]. Lo que aquí se necesita es una sólida organización revolucionaria industrial y un partido comunista que trabaje según una línea clara, bien definida, científica. Si nuestros camaradas pueden ayudarnos a organizar ambos, aceptaremos gustosos su concurso; si no pueden, que no se mezclen en ello, por amor de Dios, no vaya a ser que traicionen a la revolución prestando apoyo a los reaccionarios que tan ansiosamente reclaman el título "honorable" (?) [la interrogación es del autor] de parlamentarios y que arden en deseos de demostrar que *pueden gobernar* tan bien como los "patrones", los propios políticos de la clase "dominante".

A mi juicio, esta carta a la redacción expresa de manera admirable el estado de ánimo y el punto de vista de los comunistas jóvenes, de los obreros de base que recién comienzan a aceptar el comunismo. Este estado de ánimo es altamente satisfactorio y valioso; debemos aprender a apreciarlo y apoyarlo porque, de no existir, sería inútil esperar la victoria de la revolución proletaria en Gran Bretaña (o en cualquier otro país). Hay que valorar y ayudar con toda solicitud a los hombres que pueden expresar ese estado de ánimo de las masas y saben suscitar ese estado de ánimo (que muy a menudo está latente, inconsciente) entre las masas. Al mismo tiempo, debemos decirles franca y sinceramente que ese estado de ánimo *por sí solo* es insuficiente para dirigir a las masas en la gran lucha revolucionaria y que la causa de la revolución puede ser perjudicada por determinados errores en que pueden incurrir o en los que incurren los hombres más fieles a la causa de la revolución. La carta del camarada Gallacher revela, indudablemente, el germen de *todos* los errores que cometen los comunistas "de izquierda" alemanes y que cometieron los bolcheviques "de izquierda" rusos en 1908 y 1918.

El autor de la carta está imbuido del más noble odio proletario a los "políticos de clase" de la burguesía (odio que comprenden y comparten, por otra parte, no sólo los proletarios, sino todos los trabajadores, toda la *Kleinen Leuten* ["pequeña gente"], para emplear la expresión alemana). Este odio en un representante de las masas oprimidas y explotadas es, en realidad, el "comienzo de toda sabiduría", la base de todo movimiento socialista y comunista y de sus

éxitos. Pero el autor parece haber perdido de vista el hecho de que la política es una ciencia y un arte que no caen del cielo ni se logran en forma gratuita, y que, si quiere vencer a la burguesía, el proletariado debe formar sus *propios* "políticos de clase", de un tipo en nada inferiores a los políticos burgueses.

El autor de la carta comprende muy bien que sólo los sóviets obreros, y no el parlamento, pueden constituir el instrumento que permite al proletariado lograr sus objetivos. Quienes no hayan comprendido esto son, por supuesto, reaccionarios consumados, aunque sean personas muy educadas, políticos de gran experiencia, socialistas muy sinceros, marxistas muy eruditos y muy honestos ciudadanos y padres de familia. Pero el autor de la carta no se pregunta —ni se le ocurre preguntarse— si es posible lograr la victoria de los sóviets sobre el parlamento sin tener políticos "soviéticos" en el parlamento, sin descomponer el parlamentarismo *desde adentro*, sin trabajar dentro del parlamento por el éxito de los sóviets en su futura tarea de acabar con el parlamento. Sin embargo, el autor de la carta expresa la idea absolutamente correcta de que el partido comunista de Gran Bretaña debe actuar según una línea científica. La ciencia exige, en primer lugar, que se tenga en cuenta la experiencia de otros países, sobre todo si esos países, que también son capitalistas, pasan o han pasado hace poco por una experiencia muy parecida; en segundo lugar, exige que se tengan en cuenta *todas* las fuerzas, *todos* los grupos, partidos, clases y masas que actúan en un país dado, y, además, que no se determine la política sólo por los deseos y opiniones, por el grado de conciencia de clase y por la disposición para la lucha de un solo grupo o partido.

Es cierto que los Henderson, los Clynes, los MacDonald y los Snowden son reaccionarios consumados. Y no es menos cierto que quieren tomar el poder (aunque preferirían una coalición con la burguesía), que quieren "gobernar" en el viejo sentido burgués y que, una vez en el poder, se comportarán, ciertamente, como los Scheidemann y los Noske. Todo eso es verdad; pero de ningún modo se deduce que apoyarlos signifique traicionar a la revolución; lo que de ello se deduce es que, en interés de la revolución, los revolucionarios de la clase obrera deben dar a estos señores un cierto apoyo parlamentario. Para aclarar esta idea tomaré dos documentos políticos británicos actuales: 1) el discurso pronunciado por el primer ministro Lloyd George el 18 de marzo de 1920 (según el texto de *The Manchester Guardian* del 19 del mismo mes) y 2) los argumentos de una comunista "de izquierda", la camarada Sylvia Pankhurst, en el artículo antes mencionado.

En su discurso, Lloyd George polemiza con Asquith (que había sido invitado especialmente a esa reunión, pero se negó a asistir) y con aquellos liberales que quieren relaciones más estrechas con el Partido Laborista y no una coalición con los conservadores. (En la carta antes citada el camarada Gallacher señala también el hecho de que algunos liberales se incorporan al Partido Laborista Independiente.) Lloyd George dice que es indispensable una coalición —y aun una *estrecha* coalición— entre los liberales y los conservadores, porque de

otro modo el Partido Laborista, que Lloyd George "prefiere llamar" socialista y que aspira a la "propiedad colectiva" de los medios de producción, podría lograr una victoria. "Esto [...] en Francia se conoce como comunismo -dijo el jefe de la burguesía británica dirigiéndose en un lenguaje popular a su público, miembros liberales del parlamento que, seguramente, no lo sabían hasta entonces-; en Alemania se llamaba socialismo y en Rusia se llama bolchevismo". Para los liberales esto es inadmisible por principio, aclaró Lloyd George, porque por principio son defensores de la propiedad privada. "La civilización está en peligro", declaró el orador, y por consiguiente deben unirse los liberales y los conservadores...

Si van ustedes a las regiones agrícolas -dijo Lloyd George-, estoy de acuerdo que encontrarán que las antiguas divisiones de partido siguen siendo tan fuertes como siempre. Están apartados del peligro. Éste no llega hasta allí. Pero cuando llegue se volverán tan fuertes como lo son hoy algunos distritos industriales. Las cuatro quintas partes de este país son industriales y comerciales; apenas una quinta parte es agrícola. Es una de las cosas que tengo siempre presente cuando pienso en los peligros del futuro. En Francia la población es agrícola y constituye una sólida base de opinión, que no varía con mucha rapidez y que no es fácil de excitar por movimientos revolucionarios. Aquí no sucede lo mismo. Este país es más desproporcionado que ningún otro país del mundo y, si empieza a oscilar, el estallido será aquí, por esa razón, mayor que en ningún país".

El lector podrá ver por esto que el señor Lloyd George no sólo es un hombre muy inteligente, sino también un hombre que ha aprendido mucho de los marxistas. También nosotros tenemos algo que aprender de Lloyd George.

Es de gran interés el siguiente episodio, que tuvo lugar durante la discusión, después del discurso de Lloyd George:

St. Wallace, M.P.: Quisiera preguntar cuál será el efecto, según el primer ministro, en los distritos industriales, sobre los obreros industriales, muchos de los cuales son hoy tan liberales y de quienes recibimos tanto apoyo. ¿No puede preverse un resultado que provoque un enorme aumento inmediato de la fuerza del Partido Laborista por parte de hombres que hasta el momento son sinceros partidarios nuestros?

El primer ministro: Mi opinión es enteramente diferente. El hecho de que los liberales luchan entre sí empuja, sin duda, a un número muy considerable de liberales, llevados por la desesperación, al Partido Laborista, donde hay un considerable conjunto de liberales, muy capaces, cuya función es desacreditar al Gobierno. El resultado, evidentemente, es un movimiento importante de la opinión pública a favor del Partido Laborista. No se inclina hacia los liberales que están fuera, se inclina hacia el Partido Laborista, así lo muestran las elecciones parciales.

Digamos de paso que este argumento demuestra en particular cómo se han embrollado incluso los representantes más inteligentes de la burguesía y cómo no pueden dejar de cometer irreparables desatinos. Esto, en realidad, es lo que provocará la ruina de la burguesía. Nuestros camaradas pueden incluso cometer desatinos (a condición, naturalmente, de que no sean demasiado graves y se los corrija a tiempo) y, sin embargo, a la larga, terminarán por triunfar.

El segundo documento político son las siguientes consideraciones de la camarada Sylvia Pankhurst, comunista "de izquierda":

El camarada Inkpin [secretario del Partido Socialista Británico] se refiere al Partido Laborista como "la organización principal del movimiento de la clase obrera". Otro camarada del Partido Socialista Británico expuso con más fuerza la posición del Partido Socialista Británico en la Conferencia de la III Internacional que acaba de realizarse. "Consideramos al Partido Laborista —dijo— como la clase obrera organizada".

No compartimos esa opinión sobre el Partido Laborista. Este es muy grande numéricamente, aunque sus miembros son, en gran parte, inactivos y apáticos; se trata de obreros y obreras que se han incorporado a las *trade unions* porque sus compañeros de trabajo son tradeunionistas y porque desean recibir subsidios.

Pero reconocemos que la gran magnitud del Partido Laborista se debe también al hecho de que es obra de una escuela de pensamiento cuyos límites no ha sobrepasado aún la mayoría de la clase obrera británica, aunque se preparan grandes cambios en la mentalidad del pueblo, que modificará pronto esta situación [...].

El Partido Laborista Británico, como las organizaciones socialpatriotas de otros países, inevitablemente, con el desarrollo natural de la sociedad, llegará al poder. Corresponde a los comunistas organizar las fuerzas que habrán de derrocar a los socialpatriotas, y en nuestro país no debemos retardar esta acción ni vacilar.

No debemos dispersar nuestras energías aumentando las fuerzas del Partido Laborista; su advenimiento al poder es inevitable. Debemos concentrar nuestras fuerzas en la creación de un movimiento comunista que lo vencerá. Dentro de poco, el Partido Laborista formará Gobierno; la oposición revolucionaria debe estar preparada para atacarlo...

Así la burguesía liberal abandona el histórico sistema de "dos partidos" (de explotadores), consagrado por siglos de experiencia y que ha sido en extremo ventajoso para los explotadores, y considera necesario que esos dos partidos unan sus fuerzas contra el Partido Laborista. Cantidad de liberales, como ratas de un barco que se hunde, se pasan al Partido Laborista. Los comunistas izquierdistas creen que el paso del poder a manos del Partido Laborista es inevitable y reconocen que este cuenta hoy con el respaldo de la mayoría de los obreros. De ello sacan la extraña conclusión que la camarada Sylvia Pankhurst formula como sigue:

El partido comunista no debe contraer compromisos [...]. El partido comunista debe conservar para su doctrina e inmaculada su independencia del reformismo; su misión es avanzar, sin detenerse ni desviarse, por el camino directo hacia la revolución comunista.

Por el contrario, el hecho de que la mayoría de los obreros de Gran Bretaña sigue todavía a los Kerensky o a los Scheidemann británicos, y de que no han pasado aún por la experiencia de un Gobierno formado por esa gente —experiencia que fue necesaria en Rusia y en Alemania para asegurar el paso en masa de los obreros al comunismo—, demuestra sin duda que los comunistas británicos *deben* participar en la acción parlamentaria, que deben ayudar a las masas obreras, *desde adentro* del parlamento, a ver en la práctica los resultados del Gobierno de los Henderson y los Snowden, y que deben ayudar a los Henderson y los Snowden a vencer a las fuerzas unidas de Lloyd George y Churchill. Proceder de otro modo significaría obstaculizar la causa de la revolución, puesto que esta es imposible sin un cambio en las opiniones de la mayoría de la clase obrera, un cambio producido por la experiencia política de las masas, nunca por la propaganda sola. “Marchar adelante sin compromisos, sin desviarse”: esta consigna es errónea a todas luces si proviene de una minoría evidentemente impotente de obreros que sabe (o por lo menos debe saber) que, en caso de triunfar Henderson y Snowden sobre Lloyd George y Churchill, pronto la mayoría se decepcionará de sus dirigentes y comenzará a apoyar al comunismo (o en todo caso adoptará una actitud neutral y, en su mayoría, de neutralidad benévola hacia los comunistas). Es lo mismo que si diez mil soldados se lanzaran al combate contra una fuerza enemiga de cincuenta mil, cuando lo correcto sería “detenerse”, “rehuir el combate” e incluso concertar un “compromiso” a fin de ganar tiempo hasta la llegada de un refuerzo de cien mil, que están en camino pero que no pueden entrar inmediatamente en acción. Es una puerilidad propia de intelectuales y no una táctica seria de una clase revolucionaria.

La ley fundamental de la revolución, confirmada por todas las revoluciones y en particular por las tres revoluciones rusas del siglo XX, consiste en lo siguiente: para que tenga lugar una revolución no basta con que las masas explotadas y oprimidas tengan conciencia de la imposibilidad de seguir viviendo como antes y exijan cambios; para que tenga lugar una revolución es indispensable que los explotadores no puedan seguir viviendo y gobernando como antes. Sólo cuando los “*de abajo*” no quieren vivir como antes y los “*de arriba*” no pueden continuar como antes puede triunfar la revolución. Esta verdad puede expresarse con otras palabras: la revolución es imposible sin una crisis nacional general (que afecte tanto a los explotados como a los explotadores). Se desprende que, para que tenga lugar una revolución, es indispensable, primero, que la mayoría de los obreros (o por lo menos la mayoría de los obreros con conciencia de clase, que piensan, políticamente activos) comprenda

plenamente que la revolución es necesaria y que esté dispuesta a morir por ella; segundo, que las clases dirigentes atraviesen una crisis gubernamental que arrastre a la política incluso a las masas más atrasadas (es síntoma de toda revolución verdadera la rápida decuplicación o centuplicación del tamaño de las masas trabajadoras y oprimidas —antes apáticas— capaces de librar una lucha política), que debilite al Gobierno y haga posible su rápido derrocamiento por los revolucionarios.

Precisamente, como puede también verse por el discurso de Lloyd George, las dos condiciones para una revolución proletaria victoriosa maduran claramente en Gran Bretaña. Los errores de los comunistas izquierdistas son particularmente peligrosos en este momento, porque algunos revolucionarios no hacen gala de una actitud suficientemente meditada, inteligente y sagaz con respecto a cada una de estas condiciones. Si somos el partido *de la clase revolucionaria* y no simplemente un grupo revolucionario, y si queremos que *las masas* nos sigan (y si no lo logramos corremos el riesgo de no ser más que simples charlatanes) debemos: primero, ayudar a Henderson o a Snowden a vencer a Lloyd George y a Churchill (o más bien obligar a los primeros a vencer a los segundos, ¡pues los primeros *tienen miedo de su victoria!*); segundo, debemos ayudar a la mayoría de la clase obrera a convencerse por experiencia propia de que tenemos razón, es decir, de que los Henderson y los Snowden son absolutamente inútiles, que son, por naturaleza, pequeñoburgueses y traidores, y de que es inevitable su bancarrota; tercero, debemos acercar el momento en que, *sobre la base* de la decepción causada por los Henderson a la mayoría de los obreros, sea posible, con serias probabilidades de éxito, derribar de un golpe al Gobierno de los Henderson; porque si el muy astuto y firme Lloyd George, ese gran burgués, no pequeño, demuestra estar consternado y se debilita cada día más (con toda la burguesía) por sus "roces", hoy con Churchill y mañana con Asquith, ¡cuánto mayor será la consternación de un Gobierno de Henderson!

Hablaré de un modo más concreto. Los comunistas ingleses deben, a mi juicio, unificar sus cuatro partidos y grupos (todos muy débiles y algunos de ellos muy, pero muy débiles) en un partido comunista único, sobre la base de los principios de la III Internacional y de la participación *obligatoria* en el parlamento. El Partido Comunista debe proponer a los Henderson y a los Snowden el siguiente acuerdo electoral de "compromiso": marchemos juntos contra la alianza entre Lloyd George y los conservadores, distribuyamos las bancas en el parlamento de acuerdo con el número de votos obreros obtenidos por el Partido Laborista y por los comunistas (no en las elecciones, sino en una votación especial) y conservemos la *completa libertad* de agitación, de propaganda y de acción política. Sin esta última condición, naturalmente, no podemos acceder a formar un bloque, dado que sería una traición. Los comunistas ingleses deben reclamar y obtener libertad total de desenmascarar a los Henderson y los Snowden, del mismo modo que los bolcheviques rusos (*durante 15 años*,

de 1903 a 1917) la reclamaron y obtuvieron con respecto a los Henderson y los Snowden rusos, es decir, los mencheviques.

Si los Henderson y los Snowden aceptan un bloque en estas condiciones, seremos los ganadores, porque el número de bancas en el parlamento no tiene importancia para nosotros; no perseguimos bancas; cederemos en este punto (mientras que los Henderson y, sobre todo, sus nuevos amigos —o nuevos amos—, los liberales que se han incorporado al Partido Laborista Independiente, se desesperan por obtener bancas). Seremos los ganadores porque llevaremos *nuestra* agitación a las masas en un momento en que *el propio* Lloyd George las habrá "exasperado", y no sólo ayudaremos al Partido Laborista a formar antes su Gobierno, sino que también ayudaremos a las masas a comprender más pronto la propaganda comunista, que realizaremos contra los Henderson sin ninguna reserva ni omisión.

Si los Henderson y los Snowden rechazan un bloque con nosotros en estas condiciones, ganaremos todavía más, porque habremos mostrado en el acto a las masas (téngase en cuenta que incluso en el puramente menchevique, completamente oportunista Partido Laborista Independiente los *afiliados de base* son partidarios de los sóviets) que los Henderson prefieren sus estrechas relaciones con los capitalistas a la unión de todos los trabajadores. Ganaremos inmediatamente ante las masas que, sobre todo después de las brillantes explicaciones, en extremo acertadas y en extremo útiles (para el comunismo) dadas por Lloyd George, simpatizarán con la idea de la unión de todos los obreros contra la alianza Lloyd George-conservadora. Ganaremos inmediatamente porque demostraremos a las masas que los Henderson y los Snowden temen vencer a Lloyd George, temen tomar solos el poder y procuran lograr *en secreto* el apoyo de Lloyd George, quien tiende *abiertamente* una mano a los conservadores contra el Partido Laborista. Hay que advertir que en Rusia, después de la revolución del 27 de febrero de 1917 (antiguo calendario), la propaganda de los bolcheviques contra los mencheviques y eseristas (es decir, los Henderson y los Snowden rusos) logró ventajas precisamente de circunstancias de este tipo. Nosotros dijimos a los mencheviques y a los socialrevolucionarios: tomen todo el poder sin la burguesía, puesto que cuentan con la mayoría en los sóviets (en el Congreso de los Sóviets de toda Rusia, celebrado en junio de 1917, los bolcheviques sólo tenían el 13% de los votos). Pero los Henderson y los Snowden rusos tenían miedo de tomar el poder sin la burguesía, y cuando esta suspendió las elecciones a la Asamblea Constituyente porque sabía muy bien que las elecciones darían la mayoría a los eseristas y mencheviques¹⁵ (quienes formaban un estrecho bloque político y representaban en realidad sólo a la

15 Los resultados de las elecciones de noviembre de 1917 a la Asamblea Constituyente en Rusia, según datos que abarcan a más de treinta y ocho millones de votantes, fueron los siguientes: los bolcheviques obtuvieron el 25% de los votos; los distintos partidos de los terratenientes y de la burguesía obtuvieron el 13% y los partidos democráticos pequeñoburgueses, es decir, los eseristas y mencheviques y una serie de pequeños grupos afines obtuvieron el 62%.

democracia pequeñoburguesa), los eseristas y los mencheviques no supieron hacer frente con energía y consecuencia a esas dilaciones.

Si los Henderson y los Snowden se niegan a formar un bloque con los comunistas, estos saldrán ganando en el acto, porque conquistarán la simpatía de las masas, mientras que los Henderson y los Snowden quedarán desacreditados; si, como resultado de ello, perdemos algunas bancas en el parlamento es algo sin importancia para nosotros. No presentaríamos candidatos sino en muy pocos distritos electorales pero absolutamente seguros, es decir, distritos electorales donde nuestras candidaturas no puedan dar ninguna banca a los liberales a expensas de los candidatos laboristas. Participaríamos en la campaña electoral, distribuiríamos volantes haciendo agitación a favor del comunismo y en *todos* los distritos electorales donde no presentamos candidatos invitaríamos a los electores a votar por el candidato laborista contra el candidato burgués. Es un error de los camaradas Sylvia Pankhurst y Gallacher creer que esto es una traición al comunismo o una renuncia a la lucha contra los socialtraidores. Por el contrario, la causa de la revolución comunista indudablemente ganaría con ello.

Los comunistas británicos encuentran hoy, con mucha frecuencia, que les resulta difícil siquiera acercarse a las masas e incluso lograr que estas los escuchen. Si yo me presento como comunista y las invito a votar por Henderson contra Lloyd George, seguramente me han de escuchar. Y podré explicar en forma accesible no sólo por qué los sóviets son mejores que un parlamento y por qué la dictadura del proletariado es mejor que la dictadura de Churchill (oculta bajo el rótulo de "democracia" burguesa), sino también que, con mi voto, quiero sostener a Henderson del mismo modo que la soga sostiene al ahorcado; que la inminente instauración de un Gobierno de los Henderson demostrará que tengo razón, atraerá a las masas a mi lado y acelerará la muerte política de los Henderson y los Snowden tal como ocurrió con sus correligionarios en Rusia y Alemania.

Y si se objeta que esta táctica es demasiado "sutil" o demasiado complicada para que las masas puedan comprenderla, que esta táctica dividirá y dispersará nuestras fuerzas, que nos impedirá concentrarlas en la revolución soviética, etc., responderé a los impugnadores "izquierdistas": ¡no atribuyan a las masas el doctrinarismo de ustedes! Las masas de Rusia no son sin duda más instruidas que las masas de Inglaterra; en todo caso, lo son menos. Y, sin embargo, las masas comprendieron a los bolcheviques, y el hecho de que en septiembre de 1917, *en vísperas* de la revolución soviética, los bolcheviques presentaran candidatos para un parlamento burgués (la Asamblea Constituyente), y de que *al día siguiente* de la revolución soviética, en noviembre de 1917, participaran en las elecciones a esa Asamblea Constituyente, de la que se deshicieron el 5 de enero de 1918, eso no perjudicó a los bolcheviques sino que, por el contrario, los favoreció.

No puedo detenerme ahora en el segundo punto de desacuerdos entre los comunistas ingleses: el problema de si deben o no afiliarse al Partido Laborista. Poseo poquísimos datos sobre esta cuestión, que es sumamente compleja.

dado el carácter singular del Partido Laborista británico, cuya estructura es tan diferente a la de los partidos políticos corrientes del continente europeo. Es indudable, sin embargo, primero, que también en esta cuestión quienes traten de deducir la táctica del proletariado revolucionario de principios tales como: "El Partido Comunista debe conservar pura su doctrina e inmaculada independencia frente al reformismo; su misión es marchar adelante, ni detenerse ni desviarse, por el camino directo hacia la revolución comunista", inevitablemente caerán en el error. Esos principios son una mera repetición del error cometido por los comunceros blanquistas franceses que, en 1784, "repudiaron" todos los compromisos y todas las etapas intermedias. Segundo, es indudable que también en esta cuestión la tarea consiste, como siempre, en aprender a aplicar los principios generales y fundamentales del comunismo a las relaciones peculiares entre las clases y los partidos, a las características peculiares del desarrollo objetivo hacia el comunismo, que en cada país son diferentes y debemos saber descubrir, estudiar y vaticinar.

Esto, sin embargo, hay que discutirlo no sólo en relación con el comunismo británico, sino en relación con las conclusiones generales que se refieren al desarrollo del comunismo en todos los países capitalistas. Abordaremos ahora este tema.

X. Algunas conclusiones

La revolución burguesa rusa de 1905 reveló un giro en extremo original en la historia del mundo: en uno de los países capitalistas más atrasados, el movimiento huelguístico alcanzó una amplitud y una fuerza nunca vistas en el mundo. Sólo en el mes de enero de 1905 el número de huelguistas alcanzó diez veces el promedio anual correspondiente a los diez años anteriores (1895-1904); de enero a octubre de 1905 las huelgas aumentaron sin cesar y alcanzaron proporciones colosales. Bajo la influencia de una serie de factores históricos completamente originales, la Rusia atrasada fue la primera que mostró al mundo no sólo el crecimiento a pasos agigantados de la actividad independiente de las masas oprimidas en tiempos de revolución (esto había ocurrido en todas las grandes revoluciones), sino también que la importancia del proletariado es infinitamente superior que su proporción en la población; mostró una combinación de la huelga económica y de la huelga política, con la transformación de esta última en insurrección armada, y el nacimiento de los sóviets, una nueva forma de lucha de masas y de organización de masas de las clases oprimidas por el capitalismo.

Las revoluciones de febrero y octubre de 1917 condujeron al desarrollo completo de los sóviets en escala nacional y a su victoria en la revolución socialista proletaria. En menos de dos años quedó en claro el carácter internacional de los sóviets, la extensión de esta forma de lucha y de organización

al movimiento obrero mundial y la misión histórica de los sóviets de ser los sepultureros, los herederos y sucesores del parlamentarismo burgués y de la democracia burguesa en general.

Pero eso no es todo. La historia del movimiento obrero muestra hoy que este, en todos los países, está a punto de pasar (y está pasando ya) por una lucha librada por el comunismo -naciente, que cobra fuerza y avanza hacia la victoria- ante todo y sobre todo contra el "menchevismo" *propio* (de cada país), es decir, contra el oportunismo y el socialchovinismo; y, en segundo lugar, como complemento, por así decirlo, contra el comunismo "de izquierda". La primera lucha se ha desarrollado en todos los países, al parecer, sin excepción, como lucha entre la II Internacional (hoy prácticamente muerta) y la III Internacional. La segunda lucha se observa en Alemania, Gran Bretaña, Italia, Norteamérica (en todo caso, un *sector* determinado de los *Industrial Workers of the World* y de las tendencias anarcosindicalistas sustenta los errores del comunismo de izquierda, junto con una aceptación casi general y casi incondicional del sistema soviético) y en Francia (la actitud de un sector de los antiguos sindicalistas hacia el partido político y el parlamentarismo, junto con la aceptación del sistema soviético); en otras palabras, la lucha se libra, sin duda alguna, no sólo en escala internacional, sino incluso universal.

Pero aunque el movimiento obrero pasa, en todas partes, por lo que es en realidad el mismo tipo de escuela preparatoria para la victoria sobre la burguesía, alcanza ese desarrollo *de un modo propio* en cada país. Los grandes países capitalistas adelantados avanzan por ese camino *mucho más rápidamente* que el bolchevismo, al cual la historia concedió, como tendencia política organizada, quince años para prepararse para la victoria. En el breve plazo de un año la III Internacional ha logrado ya una victoria decisiva; derrotó a la II Internacional, amarilla, socialchovinista, que sólo hace pocos meses era incomparablemente más fuerte que la III, parecía sólida y poderosa y gozaba de todo el apoyo imaginable de la burguesía mundial, directo e indirecto, material (cargos ministeriales, pasaportes, la prensa) e ideológico.

Ahora es importante que los comunistas de cada país tengan en cuenta, con plena conciencia, tanto los objetivos fundamentales, de principio, de la lucha contra el oportunismo y el doctrinarismo "izquierdista", como las *características concretas* que esa lucha asume e inevitablemente debe asumir en cada país, conforme al carácter específico de su economía, su política, su cultura y su composición nacional (Irlanda, etc.), sus colonias, las divisiones religiosas, etc., etc. En todas partes se percibe, se extiende y crece el descontento contra la II Internacional, tanto por su oportunismo como por su ineptitud o incapacidad para crear un centro realmente centralizado y realmente dirigente, capaz de orientar la táctica internacional del proletariado revolucionario en su lucha por una república soviética universal. Debe comprenderse con claridad que un centro dirigente de ese tipo nunca puede ser formado con arreglo a estereotipadas, mecánicamente igualadas e idénticas normas

tácticas de lucha. Mientras subsistan diferencias nacionales y estatales entre los pueblos y los países —y subsistirán durante mucho tiempo, incluso después de la instauración mundial de la dictadura del proletariado—, la unidad de la táctica internacional del movimiento obrero comunista de todos los países exige, no la eliminación de la variedad o la supresión de las particularidades nacionales (lo cual, en la actualidad, es una ilusión), sino la aplicación de los principios *fundamentales* del comunismo (poder soviético y dictadura del proletariado), que *modificará concretamente* estos principios en *detalles* determinados, los adaptará y los aplicará acertadamente a las particularidades nacionales y políticas. Indagar, investigar, prever, captar lo que es nacionalmente específico y nacionalmente particular en la *forma concreta* en que cada país debe abordar una tarea internacional *única*: la victoria sobre el oportunismo y el doctrinarismo izquierdista dentro del movimiento obrero; el derrocamiento de la burguesía; la instauración de una república soviética y de una dictadura proletaria; esa es la tarea fundamental del período histórico que atraviesan todos los países avanzados (y no sólo ellos). Lo principal —aunque, por supuesto, está lejos de serlo todo—, lo principal se ha logrado ya; se ha conquistado a la vanguardia de la clase obrera, que se ha colocado del lado del poder soviético y contra el parlamentarismo, del lado de la dictadura del proletariado y contra la democracia burguesa. Hay que concentrar ahora todos los esfuerzos y toda la atención en el paso *siguiente*, que puede parecer —y desde cierto punto de vista en realidad lo es— menos fundamental, pero que, por otra parte, está en realidad más cerca de la solución práctica de la tarea, es decir: buscar las formas de la *transición* o del *acceso* a la revolución proletaria.

La vanguardia proletaria ha sido conquistada ideológicamente. Esto es lo principal. Sin ello es imposible dar ni siquiera el primer paso hacia la victoria. Pero de esto a la victoria falta todavía un buen trecho. No se puede obtener la victoria con la vanguardia sola. Lanzar la vanguardia sola a la batalla decisiva, antes de que toda la clase, las amplias masas, hayan adoptado una posición de apoyo directo a la vanguardia o, al menos, de neutralidad benévola con respecto a ella y de negativa de todo apoyo al enemigo, sería no sólo estúpido, sino criminal. Para que toda la clase, las amplias masas de trabajadores y oprimidos por el capital adopten esa posición no bastan la propaganda y la agitación por sí solas. Para ello las masas deben hacer su propia experiencia política. Tal es la ley fundamental de todas las grandes revoluciones, que ha sido confirmada con fuerza y claridad sorprendentes, no sólo en Rusia, sino también en Alemania. Fue necesario que no sólo las masas atrasadas y a menudo analfabetas de Rusia, sino también las masas de Alemania, muy cultas y sin un solo analfabeto, comprendieran a través de su propia y amarga experiencia la impotencia y la pusilanimidad absolutas, la ineptitud y el servilismo ante la burguesía absolutos y toda la infamia del Gobierno de los paladines de la II Internacional; fue necesario que comprendieran que una dictadura de los ultrarreaccionarios (Kornilov en Rusia, Kapp y Cía. en Alemania) es, inevitablemente, la única

alternativa frente a la dictadura del proletariado para que se orientaran resueltamente hacia el comunismo.

El objetivo inmediato de la vanguardia con conciencia de clase del movimiento obrero internacional, es decir, los partidos, grupos y tendencias comunistas, consiste en saber *conducir* a las amplias masas (que aún, en su mayor parte, son apáticas, están inertes, adormecidas y dominadas por la costumbre) a su nueva posición o, mejor dicho, en saber dirigir, *no sólo* a su propio partido, sino también a esas masas, en su avance y en su paso a la nueva posición. En tanto que el primer objetivo histórico (el de ganar para el poder soviético y para la dictadura de la clase obrera a la vanguardia con conciencia de clase del proletariado) no podía alcanzarse sin una victoria ideológica y política completa sobre el oportunismo y el socialchovinismo, el objetivo segundo e inmediato, que consiste en saber conducir *a las masas* a una nueva posición, que asegure el triunfo de la vanguardia en la revolución, no puede alcanzarse sin la liquidación del doctrinarismo izquierdista, sin la eliminación total de sus errores.

Mientras se trataba (y en la medida en que aún se trata) de ganar para el comunismo a la vanguardia del proletariado, la prioridad recaía, y aún recae, en la labor de propaganda; incluso los círculos, con todas sus limitaciones localistas, son útiles en este caso y dan buenos resultados. Pero cuando se trata de la acción práctica de las masas, de la disposición, si se puede decir así, de ejércitos enormes, de la alineación de todas las fuerzas de clase en una sociedad dada *para el último y decisivo combate*, de nada sirven los métodos propagandísticos solamente, la simple repetición de las verdades del comunismo "puro". En ese caso no hay que contar por miles, como lo hace el propagandista, que pertenece a un pequeño grupo que todavía no ha dirigido a las masas; en ese caso hay que contar por millones y decenas de millones. En ese caso debemos preguntarnos no sólo si hemos convencido a la vanguardia de la clase revolucionaria, sino también si las fuerzas históricamente activas de *todas* las clases —absolutamente de todas las clases de una sociedad dada, sin excepción— están dispuestas de un modo tal que el combate decisivo está ya muy cerca, de un modo tal que:

1) todas las fuerzas de clase hostiles a nosotros estén suficientemente confundidas, suficientemente enfrentadas entre sí, suficientemente debilitadas en una lucha que es superior a sus fuerzas;

2) todos los elementos vacilantes, inestables, intermedios —la pequeñoburguesía, los demócratas pequeñoburgueses, por oposición a la burguesía— se hayan desenmascarado suficientemente ante el pueblo, se hayan cubierto suficientemente de oprobio por su fracaso práctico; y

3) en las masas proletarias haya surgido y empezado a crecer vigorosamente un sentimiento general de apoyo a las acciones revolucionarias más resueltas, audaces y abnegadas contra la burguesía. Entonces la revolución está madura; entonces, si hemos valorado correctamente todas las condiciones señaladas y resumidas más arriba, y si hemos elegido el momento acertado, nuestra victoria está asegurada.

Las diferencias entre los Churchill y los Lloyd George —con particularidades nacionales insignificantes estos tipos políticos existen en *todos* los países—, por una parte, y entre los Henderson y los Lloyd George, por la otra, son completamente secundarias y sin importancia desde el punto de vista del comunismo puro (es decir, abstracto), es decir, el comunismo que aún no ha madurado para alcanzar la etapa de la acción política práctica de las masas. Pero desde el punto de vista de esta acción práctica de las masas estas diferencias son de gran importancia. Tomar debida cuenta de ellas y determinar el momento en que madurarán los conflictos inevitables entre estos “amigos”, conflictos que debilitan y extienden a *todos* los “amigos” tomados en conjunto, es misión, es tarea del comunista que desee ser no sólo un convencido propagandista de ideas con conciencia de clase, sino un dirigente práctico de las masas en la revolución. Es necesario unir la fidelidad más absoluta a las ideas comunistas con el arte de realizar todos los compromisos prácticos necesarios, maniobras, acuerdos, zigzags, retiradas, etc., para acelerar el acceso al poder político y luego la pérdida de este por los Henderson (los héroes de la II Internacional, por no citar a representantes individuales de la democracia pequeñoburguesa que se autotitulan socialistas), para acelerar su inevitable fracaso en la práctica, lo que instruirá a las masas en el espíritu de nuestras ideas, en dirección al comunismo; para acelerar los inevitables roces, disputas, conflictos y la división total entre los Henderson, los Lloyd George y los Churchill (entre mencheviques y socialrevolucionarios, kadetes y monárquicos, entre Scheidemann, la burguesía y los partidarios de Kapp, etc.) y para elegir el momento adecuado en que la discordia entre estos “pilares de la sacrosanta propiedad privada” esté en su apogeo, a fin de que, mediante una ofensiva resuelta, el proletariado los derrote a todos y conquiste el poder político.

La historia en general, y la historia de las revoluciones en particular, es siempre más rica de contenido, más variada, más multiforme, más viva y más “astuta” de lo que imaginan los mejores partidos, las vanguardias con mayor conciencia de clase de las clases más avanzadas. Y esto es fácil de comprender, porque incluso las mejores vanguardias expresan la conciencia de clase, la voluntad, la pasión y la imaginación de decenas de miles de personas, mientras que, en momentos de una gran exaltación y tensión de todas las facultades humanas, las revoluciones las hacen la conciencia de clase, la voluntad, la pasión y la imaginación de decenas de millones de personas, incitadas por la más aguda lucha de clases. De esto se derivan dos conclusiones prácticas muy importantes: primero, que la clase revolucionaria, para realizar su misión, debe aprender a dominar *todas* las formas o aspectos de la actividad social sin excepción (terminando después de la conquista del poder político —a veces con gran riesgo e inmenso peligro— lo que no terminó antes de la conquista del poder); segundo, que la clase revolucionaria debe estar preparada para la más rápida y brusca sustitución de una forma por otra.

Todos coincidirán en que un ejército que no se prepara para manejar todas las armas, todos los medios y métodos de lucha que el enemigo posee o puede

poseer se comporta de un modo insensato y hasta criminal. Esto se aplica más aún a la política que al arte militar. En política es más difícil todavía saber de antemano qué métodos de lucha serán aplicables y ventajosos para nosotros en determinadas circunstancias futuras. Si no aprendemos a aplicar todos los medios de lucha podemos sufrir una derrota seria y a veces incluso decisiva si cambios que escapan a nuestro control en la situación de las otras clases ponen en primer plano una forma de acción en la cual somos particularmente débiles. Pero si aprendemos a utilizar todos los medios de lucha la victoria está segura, porque nosotros representamos los intereses de la clase realmente avanzada y realmente revolucionaria, incluso si las circunstancias no nos permiten utilizar las armas más peligrosas para el enemigo, las armas que asestan los más rápidos golpes mortales. Los revolucionarios sin experiencia piensan a menudo que los medios de lucha legales son oportunistas porque en este terreno la burguesía ha engañado y embaucado a los obreros con mucha frecuencia (sobre todo en épocas "pacíficas", no revolucionarias), mientras que los métodos de lucha ilegales son revolucionarios. Esto, sin embargo, es un error. La verdad es que son oportunistas y traidores a la clase obrera aquellos partidos y dirigentes que no pueden o no quieren (no digas "no puedo", di "no quiero") utilizar métodos de lucha ilegales en una situación, por ejemplo, como la que prevaleció durante la guerra imperialista de 1914-1918, en que la burguesía de los países democráticos más libres engañaba a los obreros con un desparpajo y una crueldad increíbles y ocultaba la verdad sobre el carácter rapaz de la guerra. Pero los revolucionarios que no saben combinar las formas ilegales de lucha con *todas* las formas de la lucha legal son, sin duda, muy malos revolucionarios. No es difícil ser revolucionario cuando la revolución ya ha estallado y está en ascenso, cuando todos se pliegan a la revolución simplemente por entusiasmo, porque está de moda y a veces incluso por arribismo. Después de su triunfo, el proletariado tiene que realizar esfuerzos enormes, incluso muy penosos, para "librarse" de esos "revolucionarios". Es mucho más difícil —y mucho más valioso— ser revolucionario cuando *aún no existen* las condiciones para la lucha directa, franca, realmente de masas y realmente revolucionaria; saber defender los intereses de la revolución (mediante la propaganda, la agitación y la organización) en organismos no revolucionarios y, con mucha frecuencia, directamente reaccionarios, en una situación no revolucionaria, entre masas que no son capaces de comprender en el acto la necesidad de métodos de acción revolucionarios. Saber percibir, encontrar, determinar con acierto el rumbo específico o el giro particular de los acontecimientos que *conducirán* a las masas a la lucha revolucionaria, verdadera, decisiva y final: ese es hoy el principal objetivo del comunismo en Europa occidental y en América.

Gran Bretaña es un ejemplo. No podemos decir —y nadie puede decirlo de antemano— cuándo estallará allí una verdadera revolución proletaria y *qué motivo* servirá mejor para despertar, inflamar y lanzar a la lucha a las grandes masas, hoy aún adormecidas. Tenemos el deber, por consiguiente, de realizar todo

nuestro trabajo preparatorio para tener bien herradas las cuatro patas (como gustaba decir el difunto Plejanov cuando era marxista y revolucionario). Es posible que se "abra la brecha", que se "rompa el hielo", por una crisis parlamentaria, o por una crisis originada en las contradicciones coloniales e imperialistas, irreparablemente intrincadas y cada vez más graves y agudas, o quizá por una tercera causa. No estamos discutiendo el tipo de lucha que *decidirá* la suerte de la revolución proletaria en Gran Bretaña (ningún comunista tiene dudas a ese respecto; para todos nosotros este problema está firmemente resuelto): lo que estamos discutiendo es el *motivo* que pondrá en movimiento a las masas proletarias hoy adormecidas y las conducirá a la revolución. No olvidemos que en la república burguesa francesa, por ejemplo, en una situación que, tanto desde el punto de vista internacional como nacional, era cien veces menos revolucionaria de lo que es hoy, bastó un motivo tan "inesperado" y "pequeño" como el caso Dreyfus —una de las muchas miles de maquinaciones fraudulentas de la casta militar reaccionaria— para llevar al pueblo al borde de la guerra civil.

En Gran Bretaña, los comunistas deben utilizar en forma constante, inexorable y sin vacilaciones las elecciones parlamentarias y todas las alternativas de la política irlandesa, colonial e imperialista mundial del Gobierno británico, y todos los demás ámbitos, esferas y aspectos de la vida social, y actuar en todos ellos con un espíritu nuevo, con un espíritu comunista, con el espíritu de la III Internacional y no de la II. No dispongo de tiempo ni de espacio para describir aquí los métodos "rusos", "bolcheviques", de participación en las elecciones parlamentarias y en la lucha parlamentaria; pero puedo asegurar a los comunistas de otros países que no se parecían en nada a las habituales campañas parlamentarias en Europa occidental. De esta conclusión a menudo se deduce: "Bien, eso fue en Rusia; en nuestro país el parlamentarismo es diferente". Es una conclusión falsa. Los comunistas, todos los partidarios de la III Internacional en todos los países, deben precisamente *transformar* en toda la línea, en todos los aspectos de la vida, el viejo estilo de trabajo socialista, tradeunionista, sindicalista y parlamentario, en un *nuevo* tipo de trabajo, el comunista. También en Rusia ha habido en las elecciones una buena dosis de oportunismo, prácticas astutas puramente burguesas y manipulaciones capitalistas. En Europa occidental y en América los comunistas deben aprender a crear un parlamentarismo nuevo, desacostumbrado, no oportunista y no arribista; los partidos comunistas deben lanzar sus consignas; los verdaderos proletarios, con ayuda de la gente pobre no organizada y oprimida, deben distribuir volantes, solicitar votos en las viviendas de los obreros, en las chozas de los proletarios rurales y de los campesinos que viven en aldeas remotas (por fortuna, hay muchas menos aldeas remotas en Europa que en Rusia, y en Gran Bretaña su número es exiguo); deben concurrir a las tabernas, introducirse en las asociaciones, sociedades y reuniones accidentales de gente sencilla, y hablar a la gente, no en un lenguaje erudito (o muy parlamentario); no deben esforzarse, de ningún modo, por "lograr bancas" en el parlamento, sino tratar, en todas partes, de que la gente piense, arrastrar a las

masas a la lucha, tomar la palabra a la burguesía, utilizar la maquinaria creada por ella, las elecciones convocadas por ella y los llamamientos que ha dirigido a todo el pueblo; deben procurar explicar al pueblo qué es el bolchevismo, de un modo que nunca es posible hacerlo (bajo el dominio burgués) salvo durante los períodos electorales (exceptuando, naturalmente, durante las grandes huelgas, cuando un aparato *similar* de amplia agitación popular funcionaba en nuestro país con mayor intensidad aún). Es muy difícil hacer esto en Europa occidental y en extremo difícil hacerlo en América, pero puede y debe hacerse, pues sin esfuerzo no se pueden lograr los objetivos del comunismo. Tenemos que empeñarnos en realizar tareas *prácticas*, cada vez más variadas, cada vez más estrechamente vinculadas a todos los aspectos de la vida social, *arrebatando a la burguesía* sector tras sector, esfera tras esfera.

En Gran Bretaña, además, debe también encararse de un modo nuevo (no de un modo socialista, sino comunista; no de un modo reformista, sino revolucionario) la labor de propaganda, de agitación y de organización en el Ejército y entre las nacionalidades oprimidas y privadas de derechos en sus "*propios*" Estados (Irlanda, las colonias). Porque todos estos sectores de la vida social, en la época del imperialismo en general y sobre todo hoy, después de una guerra que atormentó a los pueblos y les abrió rápidamente los ojos a la verdad (es decir, al hecho de que decenas de millones de hombres fueron muertos o quedaron mutilados con el único fin de decidir si serían los bandidos británicos o los alemanes quienes deberían saquear más países), todos estos sectores de la vida social están colmados de material inflamable y dan origen a muchas causas de conflictos, de crisis y a la intensificación de la lucha de clases. No sabemos ni podemos saber qué chispa —de las innumerables chispas que surcan el espacio en todos los países como consecuencia de la crisis económica y política mundial— encenderá la hoguera, es decir, hará que se alcen las masas; debemos, por consiguiente, con nuestros principios nuevos y comunistas, lanzarnos a la obra de poner en movimiento a todos y cada uno de los sectores, incluso a los más viejos, a los más caducos y, en apariencia, más inútiles, porque de otro modo no podremos hacer frente a nuestras tareas, no estaremos plenamente preparados, no estaremos en posesión de todas las armas, no nos prepararemos ni para lograr la victoria sobre la burguesía (la cual ha organizado todos los aspectos de la vida social —y ahora los ha desorganizado— a su manera burguesa) ni para efectuar la inminente reorganización comunista de todas las esferas de la vida después de esa victoria.

Después de la revolución proletaria en Rusia y de sus victorias en escala internacional, que no esperaban ni la burguesía ni los filisteos, cambió el mundo entero y la burguesía cambió también en todas partes. El "bolchevismo" la aterra, la irrita casi hasta la locura, y por esa misma razón precipita, por una parte, el desarrollo de los acontecimientos y, por otra, se concentra en el aplastamiento del bolchevismo por la fuerza, debilitando con ello su propia posición en muchos otros terrenos. Los comunistas de todos los países avanzados deben tener en cuenta para su táctica estas dos circunstancias.

Los kadetes rusos y Kerensky se extralimitaron cuando empezaron a perseguir con furia a los bolcheviques, sobre todo desde abril de 1917 y, más aún, en junio y julio de 1917. Millones de ejemplares de periódicos burgueses, que clamaban en todos los tonos contra los bolcheviques, ayudaron a las masas a valorar el bolchevismo; aparte de los periódicos, toda la vida social se impregnó de discusiones sobre el bolchevismo, como resultado del "celo" de la burguesía. Los millonarios de todos los países se comportan hoy, en escala internacional, de un modo que merece nuestro mayor agradecimiento. Persiguen al bolchevismo con el mismo celo con que lo hicieron Kerensky y Cía.; también ellos se están extralimitando y *nos están ayudando*, tal como lo hizo Kerensky. Cuando la burguesía francesa hace del bolchevismo lo central en las elecciones y acusa de ser bolcheviques a los relativamente moderados o vacilantes socialistas; cuando la burguesía americana, que ha perdido por completo la cabeza, detiene a miles y miles de personas bajo sospecha de bolchevismo, crea un ambiente de pánico y difunde fábulas sobre complots bolcheviques; cuando, a pesar de todo su talento y experiencia, la burguesía británica —la más "seria" del mundo— comete increíbles desatinos, funda riquísimas "sociedades antibolcheviques", crea una literatura especial sobre el bolchevismo y recluta un número adicional de científicos, agitadores y clérigos para combatirlo, debemos saludar y agradecer a los señores capitalistas. Trabajan para nosotros. Nos ayudan a interesar a las masas en la esencia y la significación del bolchevismo, y no pueden actuar de otro modo, porque han fracasado ya en sus intentos de "guardar silencio" acerca del bolchevismo y de asfixiarlo.

Pero al mismo tiempo la burguesía prácticamente ve un solo aspecto del bolchevismo: la insurrección, la violencia y el terror; procura por ello prepararse para la resistencia y la oposición principalmente en *ese* terreno. Es posible que lo logre en algunos casos, en algunos países y durante algunos breves períodos; hay que contar con esa posibilidad y no tenemos nada que temer si logra éxito. El comunismo "brota" absolutamente en todos los aspectos de la vida social; pueden observarse sus gérmenes literalmente en todas partes. El "contagio" (para emplear la comparación preferida de la burguesía y de la policía burguesa, la más "agradable" para ellos) ha calado muy hondo en el organismo y lo ha impregnado por completo. Si se realizan esfuerzos especiales para "cerrar" una de las salidas, el "contagio" encontrará otra, a veces en forma muy inesperada. La vida hace valer sus derechos. Que se enfurezca la burguesía, que pierda la cabeza, que se extralimite, cometa locuras, se venga de antemano de los bolcheviques y se esfuerce por matar (como en la India, en Hungría, en Alemania, etc.) a más centenares, a miles, a cientos de miles de bolcheviques de ayer y de mañana. Al proceder así la burguesía procede como lo hicieron todas las clases históricamente condenadas a desaparecer. Los comunistas deben saber que, de todos modos, el futuro les pertenece; por lo tanto podemos (y debemos) combinar la más intensa pasión en la gran lucha revolucionaria con la apreciación más fría y serena de la furia frenética de la burguesía. La revolución rusa fue cruelmente

derrotada en 1905; los bolcheviques rusos fueron derrotados en julio de 1917; más de quince mil comunistas alemanes fueron aniquilados a consecuencia de la artera provocación y las astutas maniobras de Scheidemann y Noske, que son uña y carne con la burguesía y los generales monárquicos; el terror blanco hace estragos en Finlandia y en Hungría. Pero en todos los casos y en todos los países el comunismo se templea y crece; sus raíces son tan profundas que las persecuciones no lo debilitan ni lo hacen desfallecer, sino que lo refuerzan. Falta sólo una cosa para que podamos marchar hacia la victoria con más firmeza y seguridad: la comprensión universal y completa por parte de todos los comunistas de todos los países de la necesidad de exhibir la máxima *flexibilidad* en nuestra táctica. El movimiento comunista, que se desarrolla en forma magnífica, hoy carece, sobre todo en los países adelantados, de esta comprensión y de la capacidad de aplicarla en la práctica.

Podría (y debería) ser una lección útil lo que les ocurrió a dirigentes de la II Internacional, a marxistas tan eruditos dedicados al socialismo como Kautsky, Otto Bauer y otros. Comprendían perfectamente la necesidad de una táctica flexible; habían comprendido la dialéctica de Marx y la enseñaban a otros (y mucho de lo que hicieron en ese terreno será considerado siempre como una valiosa contribución a la literatura socialista); sin embargo, *en la aplicación* de esa dialéctica incurrieron en un error de tal naturaleza o demostraron ser en la práctica tan *poco* dialécticos, tan incapaces de tener en cuenta los rápidos cambios de forma y la rápida adquisición de un nuevo contenido por las antiguas formas que su suerte no es mucho más envidiable que la de Hyndman, Guesde y Plejanov. La causa fundamental de su fracaso fue que estaban "hipnotizados" por una forma determinada de crecimiento del movimiento obrero y del socialismo, olvidaron todo lo relativo al carácter unilateral de esa forma, temieron ver la brusca ruptura que las circunstancias objetivas hacen inevitable y continuaron repitiendo axiomas simples y a primera vista indiscutibles que habían aprendido de memoria, como "Tres son más que dos". Pero la política se parece más al álgebra que a la aritmética, y todavía más a las matemáticas superiores que a las matemáticas elementales. En realidad, todas las formas antiguas del movimiento socialista han adquirido un nuevo contenido y, por consiguiente, delante de todas las cifras ha aparecido un signo nuevo, el signo "menos"; nuestros sabihondos, sin embargo, siguieron (y siguen) obstinadamente tratando de persuadirse y de persuadir a otros de que "menos tres" es más que "menos dos".

Debemos procurar que los comunistas no repitan un error similar, sólo que en el sentido contrario, o, más bien, debemos procurar que *un error similar*, sólo que cometido en sentido contrario por los comunistas "de izquierda", sea corregido lo antes posible y eliminado con la mayor rapidez y lo menos dolorosamente posible. No sólo el doctrinarismo de derecha constituye un error; también es un error el doctrinarismo de izquierda. Naturalmente, el error del doctrinarismo de izquierda en el comunismo es en la actualidad mil veces menos peligroso y menos serio que el doctrinarismo de derecha (es decir, el

socialchovinismo y el kautskismo); pero, después de todo, esto sólo se debe a que el comunismo izquierdista es una tendencia muy nueva, acaba de nacer. Es sólo por ello que, en ciertas condiciones, la enfermedad puede ser fácilmente curada y debemos ponernos a la obra, con la mayor energía, a fin de curarla.

Las antiguas formas estallaron en pedazos, porque resultó que su nuevo contenido –antiproletario, reaccionario– ha adquirido un desarrollo desmesurado. Desde el punto de vista del desarrollo del comunismo internacional nuestra labor tiene hoy un contenido tan sólido y poderoso (a favor del poder soviético y de la dictadura del proletariado) que puede y *debe* manifestarse en cualquier forma, tanto antigua como nueva; que puede y debe reformar, vencer y someter a todas las formas, no sólo las nuevas, sino también las antiguas, no con el fin de conciliar con lo viejo, sino con el fin de convertir a todas y cada una de las formas –nuevas y viejas– en un arma de la victoria completa y definitiva, decisiva e irreversible del comunismo.

Los comunistas deben realizar todos los esfuerzos posibles para orientar el movimiento obrero y el desarrollo social en general por el camino más directo y más corto hacia la victoria del poder soviético y de la dictadura del proletariado en escala mundial. Esa es una verdad indiscutible. Pero hasta dar un pequeño paso más adelante –un paso que puede parecer en la misma dirección– y la verdad se convertirá en un error. No tenemos más que decir, como lo hacen los comunistas de izquierda alemanes e ingleses, que sólo reconocemos un camino, sólo el camino directo, y que no admitiremos las maniobras, los acuerdos y los compromisos, y eso será un error que puede causar, y en parte ya ha causado y sigue causando, muy serios daños al comunismo. El doctrinarismo de derecha se obstinaba en no admitir más que las formas antiguas y fracasó por completo, ya que no advirtió el nuevo contenido. El doctrinarismo izquierdista se obstina en el rechazo incondicional a determinadas formas antiguas, sin alcanzar a ver que el nuevo contenido se abre paso a través de todas y cada una de las formas, que nuestro deber de comunistas consiste en dominar todas las formas, en aprender a complementar una forma con otra, a reemplazar una por otra con la máxima rapidez, y en adaptar nuestra táctica a cada uno de esos cambios que no han sido provocados por nuestra clase ni por nuestros esfuerzos.

La revolución universal ha sido estimulada y acelerada tan poderosamente por los horrores, la ruindad y las abominaciones de la guerra imperialista mundial y por la situación sin salida creada por ella; esta revolución se desarrolla en extensión y profundidad con una rapidez tan extraordinaria, con una variedad tan magnífica de formas sucesivas, con una refutación práctica tan instructiva de todo doctrinarismo que existen todas las razones para esperar que el movimiento comunista internacional se restablecerá rápidamente y por completo de la enfermedad infantil del comunismo “de izquierda”.

APÉNDICE

Antes de que las editoriales de nuestro país —que fueron saqueadas por los imperialistas de todo el mundo en venganza por la revolución proletaria y que ellos continúan saqueando y bloqueando, a pesar de todas las promesas que hacen a sus obreros— pudieran publicar mi folleto, se recibió del extranjero material adicional. Sin pretender exponer en mi folleto otra cosa que los apuntes rápidos de un publicista, me ocuparé brevemente de algunos puntos.

La división de los comunistas alemanes

La división de los comunistas en Alemania es un hecho. Los “de izquierda” o la “oposición por principio” han constituido un Partido Comunista Obrero aparte, distinto del Partido Comunista. Parece también inminente una división en Italia; digo “parece” porque sólo dispongo de dos números más (el 7 y el 8) del periódico izquierdista *Il Soviet*, en el que se discute abiertamente la posibilidad y la necesidad de una división y también se menciona un congreso del grupo “abstencionista” (o boicoteadores, es decir, enemigos de la participación en el parlamento), grupo que aún forma parte del Partido Socialista italiano.

Hay motivos para temer que la división con los “izquierdistas”, los antiparlamentarios (en parte también apolíticos, enemigos de cualquier partido político y de la labor en los sindicatos), se convierta en un fenómeno internacional, como lo fue la división con los “centristas” (es decir, los kautskistas, longuetistas, “independientes”, etc.). Que así sea. A fin de cuentas, es mejor una división que la confusión, que obstaculiza el crecimiento ideológico, teórico y revolucionario del partido y su madurez, así como su trabajo práctico armónico, realmente organizado, que prepara de verdad la dictadura del proletariado.

Que los “izquierdistas” se pongan a prueba en la práctica en escala nacional e internacional; que intenten preparar (y después realizar) la dictadura del proletariado sin un partido rigurosamente centralizado con una disciplina férrea, sin saber dominar todas las esferas, todas las ramas y todas las variedades de la labor política y cultural. La experiencia práctica les enseñará con rapidez.

Solamente hay que hacer todos los esfuerzos necesarios para impedir que la división con los “izquierdistas” amenace —o procurar que amenace lo menos posible— la fusión necesaria en un solo partido, inevitable en un futuro próximo, de todos los participantes del movimiento obrero que defienden con sinceridad y a conciencia el poder soviético y la dictadura del proletariado.

do. Fue una suerte excepcional para los bolcheviques de Rusia el haber contado con quince años para luchar en forma sistemática y acabada tanto contra los mencheviques (es decir, los oportunistas y los "centristas") como contra los "izquierdistas", mucho antes de que las masas comenzaran su lucha directa por la dictadura del proletariado. Esta misma labor debe hacerse ahora en Europa y América a marcha forzada, por así decirlo. Algunas personas, sobre todo entre los fracasados pretendientes a dirigentes, pueden (si carecen de disciplina proletaria y si no son honestos consigo mismos) persistir en sus errores durante largo tiempo; no obstante, cuando llegue el momento, las masas obreras se unirán con facilidad y rapidez, y unirán a todos los comunistas sinceros en un solo partido capaz de instaurar el régimen soviético y la dictadura del proletariado¹⁶.

Los comunistas y los independientes en Alemania

En este folleto he expresado la opinión de que un compromiso entre los comunistas y el ala izquierda de los independientes es necesario y provechoso para el comunismo, pero que no será fácil realizarlo. Los periódicos que he recibido posteriormente confirman esta opinión en ambos aspectos. En el N.º 32 de *Bandera Roja*, órgano del CG del Partido Comunista de Alemania (*Die Rote Fahne, Zentralorgan der Kommunistischen Partei Deutschlands, Spartakusbund*, del 26 de marzo de 1920), se publica una "declaración" de dicho CG a propósito del "putsch" militar (complot, aventura) de Kapp-Lüttwitz¹⁷ y sobre el

16 Con relación al problema de la futura fusión de los comunistas "de izquierda", los antiparlamentarios, con los comunistas en general, querría hacer las siguientes observaciones adicionales. En la medida en que he podido conocer los periódicos de los comunistas "de izquierda" y de los comunistas en general de Alemania, encuentro que los primeros tienen la ventaja de saber efectuar mejor la agitación entre las masas que los segundos. Algo parecido a esto he observado repetidas veces —aunque en escala más pequeña, en organizaciones locales aisladas y no en escala nacional— en la historia del Partido Bolchevique. En 1907-1908, por ejemplo, los bolcheviques "de izquierda", en determinadas ocasiones y en determinados lugares, desarrollaron con más éxito que nosotros su labor de agitación entre las masas. Esto puede haberse debido, en parte, al hecho de que en un momento revolucionario, o cuando aún están frescos los recuerdos revolucionarios, es más fácil acercarse a las masas con una táctica de "simple" negación. Esto, sin embargo, no es un argumento que demuestre que esa táctica sea acertada. En todo caso, no hay la menor duda de que un partido comunista que quiere ser la verdadera vanguardia, el destacamento de avanzada de la clase revolucionaria, del proletariado —y que, además, desee aprender a dirigir a las masas, no sólo a las proletarias, sino también a las masas no proletarias de trabajadores y explotados—, tiene que saber hacer propaganda, organizar y agitar del modo más accesible y comprensible, más claro y vivo, tanto para la "calle" urbana, liberal, como para las masas rurales.

17 El general Von Lüttwitz era el ministro de defensa del Gobierno de coalición de la socialdemocracia bajo Noske. La complicidad de los socialdemócratas con los altos mandos nacionalistas del Ejército sale a la luz a raíz del *putsch* de Kapp. Este es derrotado por una huelga general que inician los sindicatos, la base socialdemócrata, los independientes y al que luego se suman los comunistas. La huelga con barricadas y los enfrentamientos contra el Ejército insurreccionado se extienden a lo largo de una semana [Noll].

"Gobierno socialista"¹⁸. Esta declaración es absolutamente correcta tanto en la premisa fundamental como en su conclusión práctica. La premisa fundamental es que, en el momento actual, no existe "base objetiva" para la dictadura del proletariado, por cuanto la "mayoría de los obreros urbanos" apoya a los independientes. Conclusión: promesa de constituir una "oposición leal" [es decir, renuncia a preparar "un derrocamiento violento"] a un "Gobierno socialista si este excluye a los partidos burgueses-capitalistas".

En lo fundamental, esta táctica es sin duda acertada. Sin embargo, aun sin detenernos en pequeñas inexactitudes en las formulaciones, es imposible silenciar el hecho de que no se puede llamar "socialista" (en una declaración oficial del Partido Comunista) a un Gobierno de socialtraidores; de que no se debe hablar de exclusión de "los partidos burgueses-capitalistas" cuando los partidos tanto de los Scheidemann como de los Kautsky y los Crispian son partidos pequeñoburgueses-democráticos; que jamás se deben escribir cosas como las que contiene el párrafo cuarto de la declaración, que dice:

Un estado de cosas en el que la libertad política pueda ser utilizada sin restricciones y en el que la democracia burguesa no pueda actuar como la dictadura del capital es de la mayor importancia, desde el punto de vista del desarrollo de la dictadura del proletariado... para seguir ganando a las masas proletarias para el comunismo.

Semejante estado de cosas es imposible. Los dirigentes pequeñoburgueses, los Henderson (Scheidemann) y los Snowden (Crispian) alemanes, no van ni pueden ir más allá de los límites de la democracia burguesa, que, a su vez, no puede dejar de ser la dictadura del capital. Para lograr los resultados prácticos que ha estado buscando con absoluto acierto el CC del Partido Comunista no había ninguna necesidad de escribir esas cosas, erróneas por principio y políticamente perjudiciales. Habría bastado decir (si se quería dar muestras de cortesía parlamentaria): mientras la mayoría de los obreros urbanos siga a los independientes, nosotros, los comunistas, no debemos hacer nada por impedir que esos obreros se desembaracen de sus últimas ilusiones democrático-pequeñoburguesas (es decir "burguesas-capitalistas") haciendo la experiencia de tener un Gobierno "propio". Esto es motivo suficiente para un compromiso, que es verdaderamente necesario y que debe consistir en renunciar durante cierto tiempo a todo intento de derrocamiento violento de este Gobierno "propio" que cuenta con la confianza de la mayoría de los obreros urbanos. Pero en la agitación diaria de masas, en la que no nos ata la

18 La propuesta de conformar un "Gobierno socialista contra Noske y Ebert" es planteada por el Partido Socialdemócrata Independiente en el Consejo General de fábricas de Berlín, iniciando las negociaciones entre este, los sindicatos y la socialdemocracia oficial para conformar un Gobierno puramente "socialista". Las negociaciones fracasan y la socialdemocracia conforma un nuevo Gobierno de coalición bajo Herman Müller (NöE).

cortesía parlamentaria oficial, podría, naturalmente, agregarse: dejemos que miserables como los Scheidemann y filisteos como los Kaustky y los Crispian muestren con sus actos hasta dónde han sido engañados y hasta dónde engañan a los obreros; su Gobierno "puro" hará la labor "más limpia" de todas al "limpiar" los establos de Augías del socialismo, de la socialdemocracia y demás variedades de socialtraición.

La auténtica naturaleza de los actuales dirigentes del Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania (dirigentes de los cuales se ha dicho erróneamente que ya han perdido toda influencia, cuando en realidad son más peligrosos todavía para el proletariado que los socialdemócratas húngaros, que se titulaban comunistas y prometían "apoyar" la dictadura del proletariado) se ha puesto de manifiesto una vez más durante el equivalente alemán del alzamiento de Kornilov, es decir, durante el golpe de Estado de los señores Kapp y Lüttwitz¹⁹. Una pequeña, pero elocuente ilustración de ellos nos la brindan dos breves artículos, uno de Karl Kaustsky, "Horas decisivas" [*Entscheidende Stunden*], publicado en *Freiheit* ("Libertad"), órgano de los independientes, del 30 de marzo de 1920, y otro de Arthur Crispian, "La situación política" (en el mismo periódico, número del 14 de abril de 1920). Estos señores no son capaces en absoluto de pensar y reflexionar como revolucionarios. Son demócratas pequeñoburgueses llorones, que se vuelven mil veces más peligrosos para el proletariado cuando se declaran partidarios del poder soviético y de la dictadura del proletariado porque, en realidad, no dejarán de cometer una traición siempre que surja una situación difícil y peligrosa... ¡creyendo "sinceramente" que ayudan al proletariado! ¿Acaso los socialdemócratas húngaros, después de rebautizarse comunistas, no querían también "ayudar" al proletariado cuando, por cobardía y pusilanimidad, consideraron desesperada la situación del poder soviético en Hungría y gimotearon ante los agentes de los capitalistas de la Entente y ante los verdugos de la Entente?

Turati y Cia. en Italia

Los números del periódico italiano *Il Soviet* a que me he referido más arriba confirman plenamente cuanto he dicho en el folleto acerca del error del Partido Socialista italiano de tolerar en sus filas a semejantes afiliados e incluso a semejante grupo de parlamentarios. Lo confirma más aún un observador externo, el corresponsal en Roma del periódico de la burguesía liberal británica *The Manchester Guardian*, que en el número del 12 de marzo de 1920 publicó su entrevista con Turati.

¹⁹ Este hecho ha sido expuesto con una claridad, una objetividad y una exactitud extrema, verdaderamente marxista, en el excelente periódico del Partido Comunista austriaco, *Die Rote Fahne*, del 28 y 30 de marzo de 1920 (Viena, N.º 266-267, L.L.: *Ein neuer Abschnitt der deutschen Revolution*).

La opinión del señor Turati —escribe este corresponsal— es que el peligro revolucionario no es tan grande como para causar una inquietud excesiva en Italia. Los maximalistas alimentan el fuego de las teorías soviéticas sólo para mantener a las masas en estado de animación y excitación. Estas teorías son, sin embargo, nociones puramente legendarias, programas no maduros, inservibles para el uso práctico. Sirven sólo para mantener a las clases trabajadoras en estado de expectación. La misma gente que las emplea como señuelo para deslumbrar a los proletarios se ve obligada a librar una lucha cotidiana para lograr algunas mejoras económicas, con frecuencia insignificantes, a fin de postergar el momento en que las clases trabajadoras pierdan las ilusiones y la fe en sus mitos predilectos. De ahí esa larga ristra de huelgas de todas dimensiones y por cualquier pretexto, incluidas las últimas huelgas en los servicios de correos y de ferrocarriles, huelgas que agravan la situación de por sí ya difícil del país. El país está exacerbado por las dificultades vinculadas a su problema del Adriático, se siente aplastado por su deuda externa y por su desmesurada emisión de papel moneda; y, sin embargo, está muy lejos aún de comprender la necesidad de adoptar esa disciplina en el trabajo que es lo único que puede restablecer el orden y la prosperidad.

Está claro como la luz del día que el corresponsal británico dejó escapar una verdad que, probablemente, ocultan y disfrazan tanto el propio Turati como sus defensores, cómplices e inspiradores burgueses en Italia. Esa verdad es que las ideas y la actividad política de los señores Turati, Treves, Modigliani, Dugoni y Cia. es real y exactamente la que describe el corresponsal británico. Eso es una auténtica socialtraición. ¡Obsérvese esa defensa del orden y de la disciplina para los obreros, que son esclavos asalariados que trabajan para enriquecer a los capitalistas²⁰! ¡Qué bien conocemos nosotros, rusos, todos esos discursos mencheviques! ¡Cuán valiosa es la confesión de que las masas están *a favor* del poder soviético! ¡Qué estúpido y vulgarmente burgués es no comprender el papel revolucionario de las huelgas que se extienden en forma espontánea! El corresponsal británico del periódico liberalburgués ha prestado por cierto un flaco servicio a los señores Turati y Cia. y ha confirmado de modo excelente la exactitud del reclamo del camarada Bordiga y sus amigos en *Il Soviet*, quienes insisten en que el Partido Socialista italiano, si en realidad quiere estar *a favor* de la III Internacional, debe expulsar de sus filas, cubiertos de oprobio, a los señores Turati y Cia., y convertirse en un Partido Comunista tanto de nombre como en los hechos.

20 La cita de Turati que reproduce Lenin refiere a la posición del primero frente a la oleada de huelgas con ocupación de fábrica que se desencadena en Italia entre los años 1919 y 1920, conocida como "biénio rojo". De esta oleada de huelgas, los consejos obreros de Turín son su punto más alto (NdlE).

Conclusiones erróneas de premisas correctas

Sin embargo, el camarada Bordiga y sus amigos "izquierdistas" extraen de su correcta crítica a los señores Turati y Cia. la errónea conclusión de que toda participación en el parlamento es por principio perjudicial. Los "izquierdistas" italianos no pueden aportar ni la sombra de un argumento serio en defensa de esta opinión. Simplemente desconocen (o tratan de olvidar) los ejemplos internacionales de utilización verdaderamente revolucionaria y comunista de los parlamentos burgueses, de valor indiscutible en la preparación de la revolución proletaria. Simplemente no pueden concebir ninguna forma "nueva" de esa utilización y repetida e interminablemente vociferan contra la forma "vieja", no bolchevique.

En esto reside su error básico. En *todo* los terrenos de la actividad, y no sólo en el parlamentario, el comunismo *debe introducir* (y *no podrá* introducir sin un esfuerzo largo y tenaz) algo nuevo por principio que represente una ruptura radical con las tradiciones de la II Internacional (conservando y desarrollando al mismo tiempo lo que en esta había de bueno).

Tomemos, por ejemplo, la actividad periodística. Los periódicos, folletos y volantes cumplen una labor indispensable de propaganda, agitación y organización. Ningún movimiento de masas puede arreglárselas en un país, por poco civilizado que sea, sin un aparato periodístico. Y ni los gritos contra los "dirigentes" ni los solemnes juramentos de velar para que las masas no sean contaminadas por la influencia de aquellos pueden relevarnos de la necesidad de utilizar para ese trabajo a personas procedentes de los medios intelectuales burgueses o librarnos de la atmósfera y el ambiente democraticoburgueses, "de propiedad privada", en que se efectúa esa labor bajo el capitalismo. Incluso dos años y medio después del derrocamiento de la burguesía, después de la conquista del poder político por el proletariado, vemos en torno de nosotros esta atmósfera, este ambiente de relaciones de propiedad privada democraticoburguesas con carácter de masas (campesinos, artesanos).

El parlamentarismo es una forma de actividad; el periodismo, otra. El contenido de ambas puede y debe ser comunista si quienes actúan en ambas esferas son verdaderos comunistas, verdaderos miembros de un partido proletario de masas. Sin embargo, en ninguna de estas esferas —y en ninguna esfera de actividad bajo el capitalismo y durante el período de transición del capitalismo al socialismo— se pueden evitar esas dificultades que el proletariado debe vencer, esos problemas específicos que el proletariado debe resolver a fin de utilizar, para sus propios fines, los servicios de personas que proceden de las filas de la burguesía, eliminar los prejuicios intelectuales y la influencia burgueses y debilitar la resistencia del ambiente pequeñoburgués (y, posteriormente, transformarlo por completo).

¿No hemos observado acaso en todos los países, antes de la guerra de 1914-1918, innumerables casos de anarquistas, sindicalistas y otros elementos de extrema "izquierda" que despotricaban contra el parlamentarismo, se mofaban

de los parlamentarios socialistas contaminados de trivialidad burguesa, fustigaban su arribismo, etc., etc., y sin embargo ellos mismos ejercían el mismo tipo de profesión burguesa *a través* del periodismo, *a través* de la labor en los sindicatos (uniones obreras)? ¿No es acaso típico el ejemplo de los señores Jouhaux y Merrheim, para limitarnos a Francia?

La puerilidad de quienes "repudian" la participación en el parlamento consiste en que creen que es posible "resolver" el difícil problema de combatir las influencias democraticoburguesas *dentro* del movimiento obrero de ese modo "sencillo", "fácil" y supuestamente revolucionario, cuando en realidad lo único que hacen es huir de su propia sombra, cerrar los ojos ante las dificultades y desembarazarse de ellas con simples palabras. El más desvergonzado arribismo, la utilización burguesa de las bancas parlamentarias, la flagrante desnaturalización reformista de la labor parlamentaria y el vulgar espíritu conservador pequeñoburgués son todos, indudablemente, rasgos corrientes y predominantes engendrados en todas partes por el capitalismo no sólo fuera, sino dentro del movimiento obrero. Pero el capitalismo y el ambiente burgués que él crea (que desaparece muy lentamente, incluso después del derrocamiento de la burguesía, puesto que el campesinado origina sin cesar burguesía) producen, en todas las esferas de la actividad y y de la vida, lo que es en esencia el mismo arribismo burgués, el chovinismo nacional, la vulgaridad pequeñoburguesa, etc., simplemente variando insignificadamente en forma.

Ustedes creen, estimados boicoteadores y antiparlamentaristas, que son "terriblemente revolucionarios", pero en realidad *se asustan* de las dificultades relativamente pequeñas de la lucha contra las influencias burguesas dentro del movimiento obrero, en tanto que la victoria de ustedes, es decir, el derrocamiento de la burguesía y la conquista del poder político por el proletariado, creará *esas mismas* dificultades en proporciones mayores, infinitamente mayores. Se asustan como niños de la pequeña dificultad con que hoy se enfrentan, pero no comprenden que mañana y pasado mañana todavía tendrán que aprender, y aprender muy bien, a vencer las mismas dificultades, sólo que en proporciones inmensamente más considerables.

Bajo el poder soviético, el partido proletario de ustedes —y el nuestro— será invadido por un número aún mayor de intelectuales burgueses. Se introducirán en los sóviets, en los tribunales y en la administración, porque es imposible construir el comunismo de otro modo que con la ayuda del material humano creado por el capitalismo y no se puede expulsar y destruir a los intelectuales burgueses; hay que ganarlos, transformarlos, asimilarlos y reeducarlos, del mismo modo que debemos —en lucha prolongada librada sobre la base de la dictadura del proletariado— reeducar a los propios proletarios, que no abandonan de golpe sus prejuicios pequeñoburgueses, por milagro, por obra y gracia de la madre de Dios, por obra de una consigna, de una resolución o un decreto, sino sólo en el curso de una lucha de masas larga y difícil contra la influencia pequeñoburguesa entre las masas. Bajo el poder soviético, estos mismos problemas, que los antiparlamentaristas apartan

ahora de un manotazo con tanto orgullo, altanería, ligereza y puerilidad, *estos mismos* problemas resurgen *dentro* de los sóviets, dentro de la administración soviética, entre los "defensores" soviéticos (en Rusia hemos abolido, y hemos hecho bien en abolir, el foro burgués, pero vuelve a renacer bajo el disfraz de los "defensores soviéticos"). Entre los ingenieros soviéticos, entre los maestros soviéticos y entre los *obreru* privilegiados (es decir, los más calificados y mejor situados) en las fábricas soviéticas observamos un constante renacimiento de absolutamente *todos* los rasgos negativos propios del parlamentarismo burgués, y sólo mediante una lucha incansable, prolongada y tenaz basada en la organización y la disciplina proletarias estamos venciendo —poco a poco— este mal.

Es claro que bajo el dominio de la burguesía es muy "difícil" eliminar las costumbres burguesas de nuestro propio partido, es decir, del partido obrero: es "difícil" expulsar del partido a los dirigentes parlamentarios ya conocidos, irremediablemente corrompidos por los prejuicios burgueses; es "difícil" someter a la disciplina proletaria el número absolutamente necesario (aunque sea muy limitado) de personas provenientes de las filas de la burguesía; es "difícil" crear en un parlamento burgués un grupo comunista digno por completo de la clase obrera; es "difícil" asegurar que los parlamentarios comunistas no se distraigan en sandeces parlamentarias burguesas, sino que se entreguen a la labor esencialísima de propaganda, agitación y organización de las masas. Todo esto es "difícil", por supuesto; fue difícil en Rusia y es muchísimo más difícil en Europa occidental y en América, donde la burguesía es mucho más fuerte, donde las tradiciones democrático-burguesas son más fuertes, etcétera.

Pero todas estas "dificultades" son un simple juego de niños comparadas con el *mismo tipo* de problemas que de cualquier modo tendrá que resolver con toda seguridad el proletariado para lograr la victoria, tanto durante la revolución proletaria como después de la toma del poder por el proletariado. En comparación *con estos* problemas, verdaderamente gigantescos, de reeducar, bajo la dictadura del proletariado, a millones de campesinos y de pequeños propietarios, a cientos de miles de empleados, funcionarios e intelectuales burgueses, de subordinar todos ellos al Estado proletario y a la dirección proletaria, de eliminar sus hábitos y tradiciones burgueses; en comparación con estos problemas gigantescos, resulta de una facilidad pueril crear, bajo el dominio de la burguesía y en un parlamento burgués, un grupo verdaderamente comunista de un verdadero partido proletario.

Si nuestros camaradas "izquierdistas" y antiparlamentaristas no aprenden a vencer ahora una dificultad tan pequeña puede decirse con seguridad que no serán tampoco capaces de alcanzar la dictadura del proletariado, no podrán subordinar y transformar en vasta escala a los intelectuales burgueses y las instituciones burguesas, o tendrán que *completar apresuradamente su educación*, y con ese apresuramiento causarán un gran daño a la causa del proletariado, cometerán más errores que lo habitual, darán muestras más que corrientes de debilidad e incapacidad, etc., etcétera.

Hasta que la burguesía haya sido derrocada y, después de ello, hasta que hayan desaparecido por completo la economía en pequeña escala y la pequeña producción mercantil, el ambiente burgués, los hábitos de propietario y las tradiciones pequeñoburguesas estorbarán la labor proletaria, tanto fuera como dentro del movimiento obrero, no únicamente en una sola esfera de actividad —la parlamentaria—, sino inevitablemente en todas y cada una de las esferas de la actividad social, en todos los terrenos culturales y políticos sin excepción. Y es un profundo error, que con toda seguridad habrá que pagar más tarde, intentar desentenderse, apartarse de uno de los problemas o dificultades “desagradables” en alguna esfera de actividad. Tenemos que aprender a dominar todas las esferas de trabajo y de actividad, sin excepción, a vencer todas las dificultades y a eliminar todos los hábitos, costumbres y tradiciones burgueses en todas partes. Cualquier otra forma de plantear el problema es simplemente falta de seriedad y mero infantilismo.

12 de mayo de 1920

En la edición rusa de este libro he descrito con cierta inexactitud la conducta del Partido Comunista holandés en su conjunto en el ámbito de la política revolucionaria mundial. Aprovecho por ello la presente oportunidad para publicar la carta de nuestros camaradas holandeses sobre este problema y para corregir la expresión “tribunistas holandeses”, que utilicé en el texto ruso y que ahora reemplazo por las palabras “algunos miembros del Partido Comunista holandés”.

N. Lenin

CARTA DE WIJNKOOP

Moscú, 30 de junio de 1920

Estimado camarada Lenin:

Gracias a su amabilidad, los miembros de la delegación holandesa al II Congreso de la Internacional Comunista hemos podido leer su libro *El "viguerismo", enfermedad infantil del comunismo* antes de su publicación en los idiomas de Europa occidental. En varios lugares del libro subraya usted su desaprobación del papel desempeñado por algunos miembros del Partido Comunista holandés en la política internacional.

Consideramos, sin embargo, que debemos protestar contra el hecho de que usted atribuya al Partido Comunista la responsabilidad por actos de esos miembros. Esto es en extremo inexacto. Más aún, es injusto, porque esos miembros del Partido Comunista holandés participan muy poco o no participan en absoluto en las actividades corrientes del Partido y se esfuerzan, directa o indirectamente, por poner en práctica, en el Partido Comunista holandés, consignas oposicionistas contra las cuales el Partido y todos sus organismos han librado y libran hasta el día de hoy la lucha más enérgica.

Con un saludo fraternal (en nombre de la delegación holandesa).

D. I. Wijnkoop

DISCURSO DE CLAUSURA DEL X CONGRESO DEL PARTIDO COMUNISTA RUSO¹

16 de marzo de 1921

Camaradas, hemos concluido las labores del Congreso del Partido, que se reunió en un momento extraordinariamente importante para el destino de nuestra revolución. La guerra civil, que se produjo tras tantos años de guerra imperialista, atormentó y trastornó al país hasta tal punto que su restablecimiento se está operando en condiciones increíblemente difíciles. Por eso no puede asombrarnos que los elementos de desintegración o descomposición, los elementos pequeñoburgueses y anarquistas, levanten cabeza. Una de las condiciones fundamentales para que ocurra esto es la extrema e inaudita agudización de la miseria y la desesperación que hoy domina a decenas y centenares de miles (y posiblemente a una cantidad mayor) de personas que no ven la salida de esta desastrosa situación. Pero sabemos, camaradas, que el país ha atravesado momentos mucho más duros. Sin cerrar los ojos ante el peligro ni abrigar ningún falso optimismo, nos decimos y les decimos a nuestros camaradas con franqueza que el peligro es grande, pero tenemos una gran confianza en la cohesión de la vanguardia del proletariado. Sabemos que ninguna otra fuerza, salvo el proletariado con conciencia de clase, puede unir a los millones de pequeños agricultores dispersos, muchos de los cuales están sufriendo increíbles penurias; ninguna otra fuerza puede unirlos económica y políticamente contra los explotadores. Estamos convencidos de que esta fuerza ha salido suficientemente templada de la experiencia de la lucha —la dura experiencia de la revolución— para hacer frente a todas las graves pruebas y dificultades que nos esperan.

Camaradas, además de las resoluciones que hemos aprobado en este espíritu, tiene excepcional importancia la resolución de nuestro congreso sobre las relaciones con el campesinado. En ella hacemos la más sensata apreciación de las relaciones entre las clases y no tememos reconocer abiertamente que nos aguarda una tarea muy difícil, es decir, la de establecer relaciones adecuadas entre el proletariado y el predominante campesinado mientras las relaciones normales no sean factibles. Relaciones normales son sólo las que existen cuando el proletariado tiene el control de la gran industria y sus productos y satisface por completo las necesidades del campesinado, y, al proporcionarle los medios de subsistencia, alivia con eso su situación, lo cual es un evidente

¹ Publicado en *Pravda* N.º 60 e *Isvestia del CEC de toda Rusia* N.º 60 el 20 de marzo de 1921.

y tangible progreso con respecto al sistema capitalista. Este es el único medio de crear una base para una sociedad socialista normal. No podemos hacerlo ahora, a causa de la ruina, la necesidad, la miseria y la desesperación. Pero, a fin de contribuir a librarnos de esta maldita herencia, estamos reaccionando en una forma determinada ante las relaciones establecidas durante una guerra atroz. No ocultaremos que el campesinado tiene las más profundas razones para estar descontento². Explicaremos la situación más ampliamente y le diremos que haremos cuanto podamos para mejorarla, para tener más en cuenta las condiciones de vida del pequeño propietario.

Debemos hacer todo lo necesario para aliviar su situación, para dar más al pequeño agricultor y garantizarle una mayor seguridad en la agricultura privada. No tememos que esta medida desarrolle las tendencias hostiles al comunismo, cosa que sin duda ocurrirá.

Camaradas, hemos trabajado durante varios años a fin de crear, por primera vez en la historia, las bases de una sociedad socialista y de un Estado proletario, y es en el espíritu de una apreciación sensata de estas relaciones que hemos expresado la mejor disposición para reconsiderar esta política e incluso modificarla. Creo que, en este sentido, los resultados de nuestro congreso serán los más exitosos porque desde el comienzo mismo hemos estado sólidamente unidos acerca de este problema fundamental. Hubo necesidad de unanimidad en la solución de dos cuestiones fundamentales y no hemos tenido discrepancias en cuanto a las relaciones entre la vanguardia del proletariado y su masa y a las relaciones entre el proletariado y el campesinado. A pesar de las muy difíciles condiciones políticas, en las resoluciones sobre estos puntos estuvimos más unidos que nunca.

Permítanme ahora que trate dos puntos, que pido no figuren en el acta. El primero es el problema de las concesiones en Bakú y Grozny. La cuestión ha sido tratada sólo de paso en el Congreso. No pude asistir a esa sesión, pero me dijeron que algunos camaradas quedaron con un sentimiento de descontento o tenían sus dudas. Creo que no hay motivos para ello. El CC analizó el problema del otorgamiento de concesiones en Grozny y Bakú. Se crearon varias comisiones especiales y se pidieron informes concretos a los departamentos correspondientes. Hubo algunos desacuerdos, hubo varias votaciones, pero después de la última ni un solo miembro o grupo en el CC deseó ejercer su indiscutible derecho de apelar al Congreso. Pienso que el nuevo CC tiene pleno derecho formal y real para decidir este gran problema apoyándose en una resolución del Congreso. Si no otorgamos concesiones, no podemos esperar la ayuda de la bien equipada industria capitalista moderna. Y si no la utilizamos, nos será imposible crear un fundamento adecuado para nuestra gran producción en industrias tales como la extracción de petróleo, que tiene excepcional importancia para toda la

² Lenin hace referencia a las protestas campesinas frente a la política de requisas de grano del Gobierno, protestas que se desarrollaron desde mediados de 1920 y que se agudizaron a finales de ese año e inicios de 1921 [NúE].

economía mundial. Todavía no firmamos un solo contrato de concesión, pero haremos todo lo que podamos para lograrlo. ¿Han leído en los periódicos que se va a inaugurar el oleoducto Bakú-Tiflis? Pronto habrá noticias de un oleoducto similar hasta Batum. Esto nos dará acceso al mercado mundial. Tenemos que mejorar nuestra situación económica y el equipamiento técnico de nuestra república, y aumentar la cantidad de comida y bienes para nuestros obreros. Todo lo que facilite las cosas en este aspecto tiene para nosotros enorme importancia. Por eso no tenemos dar en concesión parte de Grozny y Bakú; si conseguimos entregar en concesión una cuarta parte de Grozny y otro tanto de Bakú, podremos alcanzar, con la parte restante, el nivel técnico del capitalismo avanzado. Ahora nos es imposible hacerlo de otro modo. Quien conozca el estado de nuestra economía comprenderá esto. Pero una vez que tengamos una base, aunque nos cueste cientos de millones de rublos de oro, haremos todo lo posible para desarrollar las tres cuartas partes restantes.

La segunda cuestión que pido que no sea publicada es la resolución especial del presidium concerniente a la manera de dar los informes. Ustedes saben que en este congreso tuvimos que trabajar varias veces en una atmósfera demasiado tensa y que un número de delegados mayor que el usual se mantuvo apartado de las sesiones del Congreso. Por eso debemos ser más serenos y reflexivos en la elaboración de un plan acerca de cómo deben ser hechos los informes en las localidades, y debemos guiarnos por una resolución precisa. Permítanme leer el proyecto de un camarada sobre las instrucciones del presidium para los delegados que regresan a sus localidades. (*Lee.*) Lo he resumido. Creo que serán suficientes estos pocos renglones para que cada delegado medite acerca del problema y emplee en sus informes la necesaria prudencia, teniendo la precaución de no exagerar el peligro de la situación y de no dejarse ganar en ningún caso por el pánico ni permitir que gane a quienes lo rodean. Ahora que el capitalismo mundial ha emprendido una campaña increíblemente frenética e histérica contra nosotros sería particularmente inoportuno ceder al pánico, y no hay razón para ello. Ayer, por un arreglo del camarada Chicherin, recibí un resumen de las noticias sobre esta cuestión, y creo que a todos les será útil conocerlo. Se refiere a las campañas de calumnias sobre la situación interna de Rusia. Nunca como en las dos últimas semanas —escribe el camarada que hizo el resumen— hubo en la prensa de Europa occidental tal orgía de mentiras y tal producción en masa de fantásticas invenciones sobre la Rusia soviética. Desde principios de marzo toda la prensa de Europa occidental derrama a diario torrentes de fantásticas noticias sobre insurrecciones en Rusia; una victoria contrarrevolucionaria; la huida de Lenin y Trotsky a Crimea; la bandera blanca sobre el Kremlin; barricadas y ríos de sangre en las calles de Petrogrado y Moscú; multitud de obreros que convergen sobre Moscú desde las colinas para derrocar al Gobierno soviético; el paso de Budionny del lado de los rebeldes; una victoria contrarrevolucionaria en una serie de ciudades rusas, de las que se citan ya una, ya otra, hasta enumerar casi la mayoría de las capitales de provin-

cias de Rusia. El alcance y método de esta campaña revela la existencia de un plan amplio y meditado de todos los principales Gobiernos. El 2 de marzo, el Foreign Office³ anunció por medio de la *Press Association* que consideraba inverosímiles esos informes, pero inmediatamente después de eso emitía su propio boletín sobre un levantamiento en Petrogrado, un bombardeo de la ciudad por la flota de Kronstadt y combates en las calles de Moscú.

El 2 de marzo todos los periódicos británicos publicaron telegramas en los que anunciaban levantamientos en Petrogrado y Moscú: Lenin y Trotsky han huido a Crimea; en Moscú catorce mil obreros exigen una Asamblea Constituyente; los obreros insurrectos han tomado el arsenal de Moscú y la estación del ferrocarril Moscú-Kursk; en Petrogrado, Vasilievsky Ostrov está totalmente en manos de los insurgentes.

Permítanme citar algunos radiogramas y telegramas de los días siguientes: el 3 de marzo Klishko telegrafía desde Londres que Reuters⁴ se ha hecho eco de los absurdos rumores sobre un levantamiento en Petrogrado y los propaga asiduamente.

6 de marzo: el corresponsal en Berlín, Mayson, telegrafía a Nueva York que los obreros procedentes de Norteamérica desempeñan un papel importante en la revolución de Petrogrado y que Chicherin ha ordenado por radio al general Hanecki que cierre la frontera a los emigrantes provenientes de Norteamérica.

6 de marzo: Zinoviev ha huido a Oranienbaum; en Moscú la artillería roja dispara contra los barrios obreros; Petrogrado está sitiada (cable de Wiegand).

7 de marzo: Klishko telegrafía que según informes recibidos desde Reval, en las calles de Moscú se han levantado barricadas; los periódicos dan noticias recibidas desde Helsingfors de que Chernigov fue tomada por tropas antibolcheviques.

7 de marzo: Petrogrado y Moscú están en manos de los insurgentes; levantamientos en Odesa; Semionov, al frente de veinticinco mil cosacos, avanza en Siberia; un comité revolucionario en Petrogrado controla las fortificaciones y la flota (noticias de la radio inglesa de Poldhu).

Nauern, 7 de marzo: se sublevaron las barriadas fabriles de Petrogrado; una insurrección antibolchevique estalló en Volinia.

París, 7 de marzo: Petrogrado está en manos de un comité revolucionario. *Le Matin* anuncia que, según noticias recibidas de Londres, la bandera blanca está ondeando en el Kremlin.

París, 8 de marzo: los rebeldes han tomado Krasnaya Gorka; se sublevaron los regimientos del Ejército Rojo en la provincia de Pskov; los bolcheviques envían baskires contra Petrogrado.

10 de marzo. Klishko telegrafía: los periódicos se preguntan si Petrogrado ha caído o no. Según noticias de Helsingfors, tres cuartas partes de la ciudad de Petrogrado están en manos de los rebeldes. Trotsky, o según otros informes,

³ Ministerio de Relaciones Exteriores británico [NdE].

⁴ Agencia internacional de noticias con sede en Reino Unido [NdE].

Zinoviev, dirige las operaciones y tiene su cuartel general en Tósna o en la Fortaleza de Pedro y Pablo. Según otros informes, Brusilov fue nombrado comandante en jefe. Desde Riga se anuncia que Petrogrado fue tomada el día 9, a excepción de las estaciones ferroviarias; el Ejército Rojo se replegó a Gatchina; los huelguistas de Petrogrado han lanzado la consigna: "Abajo los sóviets y los comunistas". El Ministerio de Guerra británico señala que no se sabe todavía si los rebeldes de Kronstadt se unieron o no con los de Petrogrado, pero que, según la información de que dispone, Zinoviev está en la Fortaleza de Pedro y Pablo, al mando de las tropas soviéticas.

De un gran número de embustes inventados en esos días, tomo sólo algunos ejemplos: Saratov se ha convertido en una república antibolchevique independiente (Nauen, 11 de marzo). En las ciudades de la región del Volga se producen grandes matanzas de comunistas (la misma fuente). En la provincia de Minsk destacamentos militares bielorrusos luchan contra el Ejército Rojo (la misma fuente).

París, 15 de marzo: *Le Matin* informa que grandes masas de cosacos del Kuban y del Don se han sublevado.

Nauen comunica el 14 de marzo que la caballería de Budionny se unió a los rebeldes cerca de Orel. En distintas fechas se habla de levantamientos en Pskov, Odesa y otras ciudades.

El 9 de marzo Krasin telegrafía que el corresponsal de *The Times* en Washington dice que el régimen soviético está próximo a su fin y que Norteamérica demorará por eso el establecimiento de relaciones con los Estados limítrofes. En diferentes ocasiones aparecieron noticias, procedentes de los círculos bancarios norteamericanos, en el sentido de que en estas condiciones el comercio con Rusia sería un juego de azar.

El corresponsal del *Daily Chronicle* en Nueva York informaba ya el 4 de marzo que los círculos comerciales y el Partido Republicano de Norteamérica consideraban en este momento un juego de azar las relaciones comerciales con Rusia.

Es indudable que la campaña de mentiras tiene en vista no sólo a Norteamérica, sino también a la delegación turca en Londres y al plebiscito de Silesia.

Camaradas, el cuadro es bien claro. El sindicato mundial de prensa —allí hay una libertad de prensa, que significa que el 99% de la prensa es pagada por los magnates financieros, que manejan cientos de millones de rublos— ha lanzado una campaña mundial en nombre de los imperialistas, con el principal objetivo de frustrar las negociaciones para un tratado comercial con Gran Bretaña, que Krasin ha iniciado, y el tratado comercial que nos proponemos concertar con Norteamérica, que, como señalé, hemos estado negociando aquí y que se mencionó en este Congreso. Esto muestra que los enemigos que nos rodean, habiendo perdido la posibilidad de reanudar la intervención, ponen ahora sus esperanzas en una rebelión. Y los acontecimientos de Kronstadt mostraron su vinculación con la burguesía internacional. Además, vemos que lo que más temen, desde el punto de vista práctico del capital internacional, es

el restablecimiento de relaciones comerciales normales. Pero fracasarán en sus intentos de frustrarlas. En Moscú hay algunos grandes hombres de negocios y ellos ya dejaron de creer en esos falsos rumores. Nos relataron que un grupo de ciudadanos en Norteamérica usó un nuevo método de propaganda a favor de la Rusia soviética.

Dicho grupo reunió las diversas informaciones de los periódicos sobre Rusia durante los últimos meses —sobre la huida de Lenin y Trotsky, el fusilamiento de Lenin por Trotsky y viceversa— y las publicó en un folleto. No se puede encontrar una forma mejor de popularizar el poder soviético. Día tras día, ellos reunieron informaciones sobre el asesinato de Lenin y Trotsky y mostraron cuántas veces había sido fusilado o muerto cada uno; tales informes eran repetidos todos los meses. Finalmente, todas esas informaciones fueron reunidas en un folleto y publicadas. La prensa burguesa norteamericana quedó desacreditada. Ese es el enemigo al que sirven los dos millones de emigrados rusos, terratenientes y capitalistas; ese es el ejército de la burguesía que nos enfrenta. Que traten de romper las relaciones comerciales y disminuir los éxitos logrados por el poder soviético. Sabemos que no lo conseguirán. Y toda esa información de la prensa internacional, que controla cientos de miles de periódicos y provee de noticias al mundo entero, muestra una vez más hasta qué punto estamos rodeados de enemigos y cuánto más débiles son en comparación con el año anterior. ¡Nosotros, camaradas, debemos comprender esto! Creo que la mayoría de los delegados aquí presentes han comprendido el lugar que debemos conceder a nuestras discrepancias. Naturalmente, era imposible mantenerse dentro de estos límites durante la lucha en el Congreso. No se puede esperar que quienes acaban de participar en esa lucha vean inmediatamente esos límites. Pero no debemos tener dudas cuando miramos a nuestro partido como el foco de la revolución mundial y a la campaña que el sindicato mundial de Estados hace ahora contra nosotros. Que ellos hagan su campaña. ¡Nosotros la hemos medido, y hemos medido exactamente nuestras propias discrepancias! ¡Sabemos que, cohesionando nuestras filas en este congreso, superaremos nuestras divergencias y podremos salir de ellas sólidamente unidos, con un partido más fuerte, que marchará con mayor resolución hacia victorias internacionales! (*Aplausos.*)

INFORME SOBRE LA TÁCTICA DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA¹

1º de julio

Camaradas, lamento profundamente tener que limitarme a la autodefensa. (Risas.) Digo que lo lamento profundamente porque, después de conocer el discurso del camarada Terracini y las enmiendas introducidas por las tres delegaciones, me gustaría mucho pasar a la ofensiva, porque, hablando con propiedad, es indispensable la ofensiva contra las opiniones de Terracini y de estas tres delegaciones². Si el Congreso no realiza una vigorosa ofensiva contra estos errores, contra estas tonterías "izquierdistas", todo el movimiento está sentenciado a muerte. Esta es mi profunda convicción. Pero nosotros somos marxistas organizados y disciplinados. No podemos contentarnos con los discursos contra ciertos camaradas. Nosotros, los rusos, ya estamos cansados hasta las náuseas de estas frases izquierdistas. Somos hombres de organización. Debemos, entonces, elaborar nuestros planes en forma organizada y tratar de encontrar la línea correcta. Por supuesto, para nadie es un secreto que nuestras tesis son un compromiso. ¿Y por qué no? Entre comunistas, que han convocado ya su III Congreso y han establecido principios básicos bien definidos, los compromisos en determinadas condiciones son necesarios. Nuestras tesis, propuestas por la delegación rusa, fueron estudiadas y preparadas con la mayor minuciosidad y fueron el resultado de reuniones y deliberaciones prolongadas con diferentes delegaciones. Su finalidad es establecer la línea fundamental de la Internacional Comunista, y estas tesis son especialmente necesarias ahora después de que no sólo hemos condenado formalmente a los verdaderos centristas, sino que los hemos expulsado del Partido. Estos son los hechos. Debo defender estas tesis. Ahora, cuando aparece Terracini y dice que debemos continuar la lucha contra los centristas, y continúa diciendo cómo se propone librar la lucha, yo digo que si estas crónicas denotan una determinada tendencia es esencial una lucha implacable contra la

1 Publicado como comunicado de prensa el 5 de julio de 1921 en *Avance* N.º 144, y en *Revista del CEC de toda Rusia* N.º 144. Publicado íntegramente el 8 de julio de 1921 en el *Boletín del Tercer Congreso de la Internacional Comunista* N.º 11.

2 Se trata de las enmiendas de las delegaciones alemana, austriaca e italiana al proyecto de "Tesis sobre táctica" escrito por Karl Radek y presentado por la delegación rusa al III Congreso de la Internacional Comunista. En las tesis se desarrolla la política conocida como "frente único obrero" [NdE].

misma, ya que de lo contrario no habrá comunismo ni Internacional Comunista. Estoy sorprendido de que el Partido Comunista Obrero de Alemania³ no haya suscrito estas enmiendas. (*Risa.*) Realmente, escuchan lo que defiende Terracini y lo que dicen sus enmiendas. Comienzan así: "En la página primera, columna primera, línea 19, la palabra 'mayoría' debe ser tachada". ¡La mayoría! ¡Esto es extraordinariamente peligroso! (*Risa.*) Y más adelante, en lugar de las palabras "tesis fundamentales", poner "objetivos". Tesis fundamentales y objetivos son dos cosas distintas: en cuanto a los objetivos, hasta los anarquistas estarán de acuerdo con nosotros, porque también ellos son partidarios de abolir la explotación y las diferencias de clase.

Me encontré y hablé con pocos anarquistas en mi vida, pero me basta con lo que de ellos he visto. A veces logré ponerme de acuerdo con ellos en lo referente a los objetivos, pero jamás en cuanto a los principios. Principios no son ni objetivo, ni programa, ni táctica, ni teoría. Y la táctica y la teoría no son principios. ¿En qué diferimos de los anarquistas en cuanto a los principios? Los principios del comunismo consisten en establecer la dictadura del proletariado y usar la coerción estatal durante el período de transición. Estos son los principios del comunismo, pero no su objetivo. Y los camaradas que hicieron esa proposición cometieron un error.

En segundo lugar, se indica: "La palabra 'mayoría' debe ser tachada". Leamos todo el texto:

El III Congreso de la Internacional Comunista inicia la revisión de los problemas de táctica cuando en varios países la situación objetiva se ha agudizado en sentido revolucionario y cuando se han organizado una serie de partidos comunistas de masas, los cuales, sin embargo, en ninguna parte tomaron en sus manos la dirección efectiva de la mayoría de la clase obrera en su lucha revolucionaria real.

Pues bien, quieren tachar la palabra "mayoría". Si no podemos ponernos de acuerdo sobre cosas tan sencillas, no comprendo cómo podemos trabajar juntos y conducir al proletariado a la victoria. No es de extrañar, entonces, que tampoco podamos llegar a un acuerdo en cuestiones de principios. Muéstrame un partido que haya ganado ya la mayoría de la clase obrera.

Terracini ni pensó siquiera en dar un ejemplo. En realidad, tal ejemplo no existe.

Así, entonces, en lugar de "principios" proponen la palabra "objetivos" y que la palabra "mayoría" sea tachada. ¡Muchas gracias! No lo haremos. Ni siquiera el partido alemán —uno de los mejores— tiene la mayoría de la clase obrera. Esto es un hecho. Nosotros, que enfrentamos una lucha más dura, no tenemos expresar esta verdad, pero aquí hay tres delegaciones que quieren

³ En abril de 1920 el ala izquierdista del Partido Comunista Alemán (*Spartakusbund*) fundó el Partido Comunista Obrero de Alemania o KAPD [Ndr].

comenzar con una mentira; porque si el Congreso tacha la palabra "mayoría" mostraría que quiere una mentira. Esto es completamente claro.

Sigue después esta enmienda: "En la página 4, columna primera, línea diez, las palabras 'Carta Abierta', etc., 'deben ser tachadas'". Hoy escuché ya un discurso en el cual encontré la misma idea. Pero esto es completamente natural, ya que era el discurso del camarada Hempel, miembro del Partido Comunista Obrero de Alemania. Decía: "La Carta Abierta fue un acto de oportunismo". Con enorme pesar y profunda vergüenza, ya he oído semejante opinión en conversaciones privadas. Pero cuando en el Congreso, después de tan prolongados debates, la "Carta Abierta" es declarada oportunista ¡esto es una vergüenza y una infamia! Y ahora aparece el camarada Terracini en nombre de las tres delegaciones y pretende tachar las palabras "Carta Abierta". ¿Para qué, entonces, la lucha contra el Partido Comunista Obrero de Alemania? La "Carta Abierta" es un paso político ejemplar. Así está expresado en nuestras tesis y debemos defender este criterio a toda costa. Es ejemplar, porque constituye el primer acto de un método práctico para atraer a la mayoría de la clase obrera. En Europa —donde casi todos los proletarios están organizados— debemos conquistar a la mayoría de la clase obrera, y cualquiera que no entienda esto está perdido para el movimiento comunista: jamás aprenderá nada si no aprendió esto durante los tres años de una gran revolución.

Terracini dice que en Rusia nosotros triunfamos a pesar de que el partido era muy pequeño. No está conforme con lo que dicen las tesis sobre Checoslovaquia. Hay aquí veintisiete enmiendas, y si se me ocurriese criticarlas tendría que hablar, como algunos oradores, no menos de tres horas... Aquí se dijo que en Checoslovaquia el Partido Comunista tiene de 300.000 a 400.000 miembros, que es preciso atraer a la mayoría, crear una fuerza invencible y continuar conquistando nuevas masas obreras. Terracini está siempre preparado para atacar. Dice: Si hay alrededor de 400.000 obreros en el partido, ¿para qué necesitamos más? ¡Táchese! (Risas.) Teme la palabra "masas" y quiere hacerla desaparecer. El camarada Terracini entendió muy poco de la revolución rusa.

En Rusia éramos un partido pequeño, pero además estaba con nosotros la mayoría de los sóviets de diputados obreros y campesinos de todo el país. (Voces: "Es cierto.") ¿Tienen ustedes algo parecido? De nuestro lado estaba casi la mitad del Ejército, que tenía entonces, por lo menos, diez millones de hombres. ¿Los sigue realmente la mayoría del ejército? ¿Muéstrenme tal país! Si estas opiniones del camarada Terracini son compartidas por tres delegaciones más, ¡entonces algo está mal en la Internacional! Entonces debemos decir: ¡alto! ¡Hay que librar una lucha decisiva! De lo contrario, la Internacional Comunista está perdida. (Movimientos en la sala.)

4 La "Carta Abierta" fue una proclama lanzada por los comunistas alemanes en enero de 1921 a todas las organizaciones obreras, partidos y sindicatos, para organizar una acción común en defensa de los salarios; por la organización de autodefensa obrera contra los grupos de derecha; la libertad de los presos políticos de los partidos obreros; el establecimiento de relaciones comerciales con la URSS, entre sus puntos más importantes [Nde].

En base a mi experiencia debo decir, aunque he adoptado una posición defensiva (*rúss*), que el objetivo y el principio de mi discurso es defender la resolución y las tesis propuestas por nuestra delegación. Por cierto, sería pedante decir que en ellas no se puede alterar ni una letra. He tenido que leer muchas resoluciones y sé muy bien que en cada línea podrían hacerse excelentes enmiendas. Pero esto sería pedantería. Si no obstante declaro ahora que en un sentido político no se puede alterar una sola letra es porque las enmiendas, tal como yo las veo, tienen un carácter político totalmente definido y porque nos llevan a un camino que es equivocado y peligroso para la Internacional Comunista. Por eso, yo y todos nosotros, toda la delegación rusa, debemos insistir en que no sea alterada una sola letra de las tesis. No sólo hemos censurado a nuestros elementos derechistas, sino que los hemos expulsado. Pero si, como Terracini, la lucha contra los derechistas se convierte en un deporte, entonces debemos decir: ¡basta! De lo contrario, el peligro será demasiado grave.

Terracini ha defendido la teoría de la lucha ofensiva⁵. Al respecto las alabadas enmiendas proponen una fórmula de dos o tres páginas. No es necesario leerlas. Sabemos lo que dicen. Terracini expresó muy claramente cuál es la esencia de la cuestión. Defendió la teoría de la ofensiva, señaló "tendencias dinámicas" y la "transición de la pasividad a la actividad". En Rusia tenemos ya bastante experiencia política de lucha contra los centristas. Hace quince años que estamos librando una lucha contra oportunistas, centristas y también contra los mencheviques, y hemos triunfado no sólo sobre los mencheviques, sino también sobre los semianarquistas.

Si no hubiésemos hecho esto, no habríamos podido retener el poder en nuestras manos, no ya tres años y medio, sino ni siquiera tres semanas y media, y no habríamos podido convocar aquí congresos comunistas. Las "tendencias dinámicas" y la "transición de la pasividad a la actividad" no son sino frases izquierdistas que usaron contra nosotros los socialrevolucionarios de izquierda. Ahora ellos están en la cárcel, defienden allí los "objetivos del comunismo" y meditan sobre la "transición de la pasividad a la actividad" (*Rúss*.) No es posible argumentar como se hace en las enmiendas propuestas porque en ellas no hay ni marxismo, ni experiencia política ni argumentación. ¿Acaso en nuestras tesis hemos elaborado una teoría general de la ofensiva revolucionaria? ¿Acaso Radek o alguno de nosotros cometió semejante tontería? Hemos hablado de la teoría de la ofensiva en relación con un país perfectamente determinado y con un período perfectamente determinado.

De nuestra lucha contra los mencheviques podemos citar casos que muestran que ya antes de la primera revolución había quienes dudaban de que el partido revolucionario debía pasar a la ofensiva. Cuando en un socialdemócrata —entonces todos nos llamábamos así— surgían semejantes dudas, lo combatíamos y lo calificábamos de oportunista, de persona que no comprendía

⁵ Terracini era partidario del grupo de la "ofensiva permanente", cuya cabeza más reconocida en la Internacional fue Bela Kun. Este planteaba "forzar el desarrollo de la revolución" (NdlR).

nada de marxismo ni de la dialéctica del partido revolucionario. ¿Es realmente posible para un partido discutir si una ofensiva revolucionaria es lícita en general? Para encontrar ejemplos semejantes entre nosotros debemos retroceder quince años. Si hay un centrista, o un centrista disfrazado, que discuta la teoría de la ofensiva, debe ser expulsado inmediatamente. Esta cuestión no admite discusión. Pero el hecho de que aún hoy, después de tres años de Internacional Comunista, estemos discutiendo sobre "tendencias dinámicas" y la "transición de la pasividad a la actividad" es una vergüenza y una infamia.

No hemos discutido este punto con el camarada Radek, quien elaboró junto con nosotros estas tesis. Quizá no fue totalmente acertado iniciar conversaciones en Alemania sobre la teoría de la ofensiva revolucionaria, cuando la verdadera ofensiva no estaba aún suficientemente preparada. No obstante, a pesar de los errores de sus dirigentes, el movimiento de marzo fue un gran paso adelante⁶. Pero esto no significa nada. Cientos de miles de obreros lucharon con heroísmo. Por grande que haya sido el valor con que el Partido Comunista Obrero de Alemania luchó contra la burguesía, debemos repetir lo que dijo el camarada Radek en la prensa rusa, en un artículo sobre Hölz⁷. Si alguien, aunque sea anarquista, lucha heroicamente contra la burguesía, esto es, por supuesto, una gran cosa; pero es un verdadero paso adelante si cientos de miles de hombres luchan contra la infame provocación de los socialtraidores y de la burguesía.

Es muy importante ser crítico respecto de los propios errores. Nosotros comenzamos por esto. Si alguien, después de una lucha en la que participaron cientos de miles de personas, se pronuncia en contra de esa lucha y procede como Levi, debe ser expulsado. Y esto es lo que se ha hecho. Pero de esto debemos sacar una enseñanza: ¿cáscas hemos preparado la ofensiva? (*Radek: "No hemos preparado ni siquiera la defensa"*). Sí, sólo en artículos periodísticos se habló de una ofensiva. Esta teoría, aplicada al movimiento de marzo de 1921 en Alemania, fue incorrecta —debemos reconocerlo—, pero, en general, la teoría de la ofensiva revolucionaria no es falsa ni mucho menos.

Triunfamos en Rusia, y además con tal facilidad, porque preparamos nuestra revolución durante la guerra imperialista. Esta fue la primera condición. Diez millones de obreros y campesinos en Rusia estaban armados, y nuestra consigna era: paz inmediata a toda costa. Triunfamos porque las grandes masas campesinas estaban revolucionariamente predispuestas contra los grandes terratenientes. Los socialistas revolucionarios, partidarios de la II Internacional y de la Internacional II y 1/2 eran, en noviembre de 1917, un gran partido campesino. Exigían métodos revolucionarios, pero como verdaderos héroes de la II Internacional y

6 El Gobierno de Prusia en Alemania decide recuperar el control de las minas y fábricas de la región central de esa provincia, región con fuerte militancia comunista. Los obreros que estaban armados desde finales de 1918 reaccionan con barricadas, huelgas y un llamamiento al resto de los obreros a levantarse, llamamiento que no tiene efecto. Los obreros son aplastados después de una semana de combates [NdE].

7 Comunista alemán excluido del Partido por haber protagonizado una acción terrorista contra el Gobierno alemán luego del *puñal* de Kapp [NdE].

de la Internacional II y 1/2 no tuvieron el coraje suficiente para actuar revolucionariamente. En agosto y septiembre de 1917 dijimos: "En la teoría luchamos contra los eseristas, pero en la práctica estamos dispuestos a aceptar su programa, porque sólo nosotros podemos aplicarlo". Y como lo dijimos lo hicimos. Al campesinado que, en noviembre de 1917, después de nuestra victoria, estaba contra nosotros y envió una mayoría de socialrevolucionarios a la Asamblea Constituyente, lo ganamos, si no en unos días —como erróneamente esperé y predije—, en todo caso en unas pocas semanas. La diferencia no fue grande. Indíqueme un solo país de Europa donde puedan ustedes atraer a la mayoría del campesinado en unas pocas semanas. ¿Acaso en Italia? (*Risas*.) Los que afirman que triunfamos en Rusia a pesar de que teníamos un partido pequeño, muestran que no sólo no han comprendido la revolución rusa, sino que no comprenden en absoluto cómo hay que preparar una revolución.

Nuestro primer paso fue crear un verdadero partido comunista para saber a quién le hablábamos y en quién podíamos tener plena confianza. La consigna del I y del II congresos fue: "¡Abajo los centristas!". No podemos aspirar a dominar ni tan siquiera el abecé del comunismo si en toda la línea y en todo el mundo no nos deshacemos de los centristas y semicentristas, que nosotros en Rusia llamamos mencheviques. Nuestra primera tarea es fundar un verdadero partido revolucionario y romper con los mencheviques. Pero esto es sólo una escuela preparatoria. Estamos celebrando ya el III Congreso, y el camarada Terracini sigue insistiendo en que la tarea de la escuela preparatoria consiste en expulsar, perseguir y desenmascarar a los centristas y semicentristas. ¡Muchas gracias! Ya nos hemos ocupado bastante de esto. Ya en el II Congreso dijimos que los centristas son nuestros enemigos. Pero hay que seguir adelante. La segunda etapa, después de organizarnos como partido, consistirá en aprender a preparar la revolución. En muchos países ni siquiera aprendimos a ejercer la dirección. Triunfamos en Rusia porque tuvimos de nuestro lado, no sólo a la mayoría indiscutible de la clase obrera (durante las elecciones de 1917, la aplastante mayoría de los obreros estaba con nosotros en contra de los mencheviques), sino también porque, inmediatamente después de haber conquistado el poder, la mitad del Ejército y las nueve décimas partes de los campesinos, en el curso de algunas semanas, se convirtieron en partidarios nuestros: triunfamos porque adoptamos el programa agrario de los eseristas, no el nuestro, y lo pusimos en práctica. Nuestra victoria se debió a que llevamos a cabo el programa eserista; por eso fue tan fácil la victoria. ¿Es acaso posible que ustedes, en Occidente, puedan hacerse semejantes ilusiones? ¡Es ridículo! ¡Comparen las condiciones económicas concretas, camarada Terracini y todos los que suscribieron las enemigas propuestas! A pesar de que la mayoría se pasó con tanta rapidez de nuestro lado, fueron muy grandes las dificultades con que tropezamos después de la victoria. Sin embargo, nos abrimos paso porque no sólo no olvidamos nuestros objetivos, sino tampoco nuestros principios, y no toleramos que en nuestro partido hubiera gente que silenciara los principios

y hablara de los objetivos, de las "tendencias dinámicas" y de la "transición de la pasividad a la actividad". Es posible que se nos acuse por preferir tener a estos señores en la cárcel. Pero de otro modo es imposible la dictadura; debemos preparar la dictadura, y esta consiste en combatir semejantes frases y semejantes enmiendas. (Risas.) A lo largo de todas nuestras tesis se habla de las masas. Pero, camaradas, es necesario comprender qué es la masa. El Partido Comunista Obrero de Alemania, los camaradas de la izquierda, abusan de esta palabra. Y tampoco el camarada Terracini ni los que han suscrito estas enmiendas conocen el significado de la palabra "masas".

He hablado mucho tiempo, por lo tanto desearía decir solamente unas palabras sobre el concepto de "masas". Es un concepto que varía según sea el carácter de la lucha. Al comenzar la lucha bastaban varios miles de verdaderos obreros revolucionarios para que se pudiera hablar de masas. Si el partido logra llevar al combate no sólo a sus militantes, sino además poner en pie a los sin partido, está en camino de ganar a las masas. Durante nuestras revoluciones hubo casos en que unos cuantos miles de obreros representaban a la masa. En la historia de nuestro movimiento y de nuestra lucha contra los mencheviques encontrarán ustedes muchos ejemplos en que bastaban algunos millares de obreros de una ciudad para dar un carácter claramente de masas al movimiento. Ustedes tienen una masa cuando algunos miles de obreros sin partido o apartidistas, apegados a sus hábitos pequeñoburgueses, que arrastran una miserable existencia y que jamás han oído hablar de política, comienzan a actuar en forma revolucionaria. Si el movimiento se extiende y se intensifica, va transformándose paulatinamente en una verdadera revolución. Esto lo vimos en 1905 y 1917 durante las tres revoluciones, y también ustedes tendrán que pasar por todo ello. Cuando la revolución ha sido suficientemente preparada, el concepto de "masas" es otro: unos cuantos miles de obreros no constituyen las masas. Esta palabra comienza a significar algo más. El concepto de "masas" cambia en el sentido de que expresa, no sólo una simple mayoría de obreros, sino la mayoría de todos los explotados. Para un revolucionario es inadmisibles entenderlo de otro modo; cualquier interpretación distinta de la palabra sería incomprensible. Es posible que hasta un pequeño partido, por ejemplo, el británico o el norteamericano, después de haber estudiado profundamente la marcha del desarrollo político y de conocer la vida y costumbres de las masas apartidistas, promueva en un momento favorable un movimiento revolucionario (como buen ejemplo, el camarada Radek mencionó la huelga de mineros). Se tendrá un movimiento de masas si tal partido da en ese momento sus propias consignas y logra que lo sigan millones de obreros. De ningún modo niego que una revolución pueda ser iniciada por un partido muy pequeño y conducida hasta un final victorioso. Pero para ganarse a las masas debemos conocer los métodos. Para ello es esencial la preparación total de la revolución. Pero aquí hay camaradas que afirman: es preciso renunciar inmediatamente a la exigencia de conquistar "grandes" masas. Debemos oponernos a tales

camaradas. Sin una preparación total no lograrán ustedes la victoria en ningún país. Un pequeño partido es suficiente para conducir a las masas; en determinados momentos no hay necesidad de grandes organizaciones.

Pero para la victoria debemos tener la simpatía de las masas. No siempre es necesaria la mayoría absoluta; pero lo que es necesario para triunfar, para retener el poder, es no sólo la mayoría de la clase obrera —empleo aquí la expresión “clase obrera” en el sentido que se le da en Europa occidental, es decir, en el sentido de proletariado industrial—, sino también la mayoría de la población trabajadora y explotada rural. ¿Han pensado ustedes en esto? ¿Encuentran ustedes en el discurso de Terracini aunque sea una insinuación de este pensamiento? Él habla solamente de “tendencia dinámica”, de “transición de la pasividad a la actividad”. ¿Dedica aunque sólo sea una palabra a la cuestión del abastecimiento de víveres? Y sin embargo los obreros reclaman sus alimentos, aun cuando ellos pueden resistir muchas privaciones e incluso pasar hambre, como pudimos ver, en cierta medida, en Rusia. Por eso debemos ganar, no sólo a la mayoría de la clase obrera, sino también a la mayoría de la población trabajadora y explotada rural. ¿Prepararon ustedes esto? Casi en ninguna parte.

Así, entonces, repito: debo defender sin reserva nuestras tesis y me considero obligado a ello. No sólo condenamos a los centristas, sino que los expulsamos del Partido. Ahora debemos tratar otro aspecto, que también consideramos peligroso. Debemos decir a los camaradas la verdad en la forma más cortés (en nuestras tesis lo dijimos amable y respetuosamente), de manera que nadie se sienta ofendido: hoy tenemos planteados problemas más importantes que el de atacar a los centristas. Nos hemos ocupado bastante de este asunto. Ya estamos un poco aburridos. En lugar de esto, los camaradas deberían aprender a librar una verdadera lucha revolucionaria. Los obreros alemanes ya la han comenzado. Cientos de miles de proletarios de ese país han combatido heroicamente. Cualquiera que se oponga a esta lucha debe ser expulsado inmediatamente. Pero después de esto no hay que dedicarse al simple palabrerío, sino que es necesario comenzar inmediatamente a aprender, sobre la base de los errores cometidos, cómo organizar mejor la lucha. No debemos ocultar nuestros errores al enemigo. Quien teme esto, no es revolucionario. Por el contrario, si declaramos abiertamente a los obreros: “Sí, hemos cometido errores”, esto significará que en adelante no se repetirán y que sabremos elegir mejor el momento. Y si durante la lucha la mayoría de los trabajadores demuestra estar de nuestra parte —no sólo la mayoría de los obreros, sino la mayoría de todos los explotados y oprimidos—, entonces realmente venceremos. (*Prolongado aplauso.*)

III Congreso de la Internacional Comunista

Leningrado, 1921

INFORME SOBRE LA TÁCTICA DEL PARTIDO COMUNISTA DE RUSIA¹

5 de julio de 1921

Camaradas, hablando con franqueza, no he podido preparar adecuadamente este informe. Lo único que pude preparar de modo sistemático fue la traducción de mi folleto sobre el impuesto en especie y las tesis sobre la táctica del Partido Comunista de Rusia. Sólo deseo agregar algunas explicaciones y observaciones a este material.

Yo creo que para explicar la táctica de nuestro partido debemos comenzar, antes que nada, por examinar la situación internacional. Ya analizamos detalladamente la situación económica del capitalismo internacional, y el Congreso aprobó resoluciones precisas sobre el particular. En mis tesis me refiero a este tema muy brevemente y sólo desde el punto de vista político. Dejo de lado las bases económicas, pero creo que al discutir la posición internacional de nuestra república debemos tener en cuenta el hecho de que en el plano político ahora se ha establecido cierto equilibrio entre las fuerzas que venían librando una lucha abierta, armada, por la hegemonía de una u otra clase dirigente. Es un equilibrio entre la sociedad burguesa, la burguesía internacional en su conjunto, por un lado, y la Rusia soviética, por el otro. Es, por supuesto, un equilibrio sólo en un sentido limitado. Es sólo en relación con esta lucha militar que yo afirmo que cierto equilibrio se ha producido en la situación internacional. Sin duda es necesario subrayar que este es sólo un equilibrio relativo y muy inestable. En los Estados capitalistas se ha acumulado mucho material inflamable, así como en los países que hasta hoy han sido considerados simplemente como objetos y no como sujetos de la historia, es decir, las colonias y semicolonias; es perfectamente posible, entonces, que tarde o temprano, y muy repentinamente también, estallen en esos países insurrecciones, grandes batallas y revoluciones. En los últimos años hemos presenciado la lucha directa de la burguesía internacional contra la primera república proletaria. Esta lucha ha sido el centro de la situación política mundial y es justamente ahí donde se ha producido un cambio. A causa de que la burguesía internacional fracasó en su intento de asfixiar nuestra república se estableció un equilibrio, aunque, por supuesto, muy inestable.

¹ Publicado en el *Boletín del III Congreso de la Internacional Comunista* N.º 17, 14 de julio de 1921.

— Sabemos perfectamente bien, por supuesto, que la burguesía internacional es en la actualidad mucho más fuerte que nuestra república y que sólo una singular combinación de circunstancias le impide continuar la guerra contra nosotros. Durante las últimas semanas hemos podido observar nuevas tentativas en el Extremo Oriente de reanudar la invasión, y no hay la menor duda de que se repetirán tentativas similares. Nuestro partido no tiene dudas al respecto. Para nosotros es importante hacer constar que existe un equilibrio inestable, que debemos aprovechar esta tregua teniendo en cuenta los rasgos característicos de la situación actual y adaptar nuestra táctica a los rasgos específicos de esta situación, pero sin olvidar un solo instante que la necesidad de la lucha armada puede volver a surgir repentinamente. Nuestra tarea sigue siendo organizar y fortalecer el Ejército Rojo. En relación con el problema del abastecimiento de víveres también debemos continuar pensando, antes que nada, en nuestro Ejército Rojo. En la situación internacional actual, cuando debemos estar preparados para nuevos ataques y nuevos intentos de invasión de la burguesía internacional, no podemos adoptar ninguna otra línea. Sin embargo, en cuanto a nuestra política práctica, tiene alguna importancia el hecho de que se haya alcanzado cierto equilibrio en la situación internacional, pero sólo en el sentido de que debemos reconocer que si bien el movimiento revolucionario ha hecho progresos, en cambio el desarrollo de la revolución internacional no ha seguido este año un camino tan recto como esperábamos.

— Cuando iniciamos la revolución internacional lo hicimos, no porque estábamos convencidos de que podíamos anticipar su desarrollo, sino porque toda una serie de circunstancias nos impulsaron a iniciarla. Nosotros pensamos: o la revolución internacional viene en nuestra ayuda, y en este caso nuestra victoria estará plenamente asegurada, o haremos nuestra modesta labor revolucionaria con la convicción de que, aun en caso de derrota, habremos servido a la causa de la revolución y que nuestra experiencia será de utilidad para otras revoluciones. Era claro para nosotros que la victoria de la revolución proletaria era imposible sin el apoyo de la revolución internacional. Antes de la revolución, y aun después de ella, pensábamos: o estalla la revolución inmediatamente —o por lo menos muy pronto— en los otros países, en los países capitalistas más desarrollados, o debemos perecer. A pesar de esta convicción, hicimos todo lo posible para proteger el sistema soviético en todas las circunstancias y a toda costa porque sabíamos que no sólo estábamos trabajando para nosotros mismos, sino también para la revolución internacional. Sabíamos esto, habíamos expresado repetidamente esta convicción antes de la Revolución de Octubre, inmediatamente después de ella y cuando concertamos la paz de Brest-Litovsk. Y, hablando en general, esto era correcto.

Pero, en realidad, los acontecimientos no siguieron un camino tan recto como esperábamos. En otros grandes países, más desarrollados desde el punto de vista capitalista, la revolución no se ha iniciado hasta ahora. Es verdad, podemos decirlo con satisfacción, que la revolución se desarrolla en todo el

mundo y que sólo debido a esto la burguesía internacional no está en condiciones de estrangularnos, aunque económica y militarmente es cien veces más fuerte que nosotros. (*Aplausos.*)

En el apartado 2 de las tesis examino cómo se creó esta situación y las conclusiones que debemos sacar de ella. Permítanme añadir que la conclusión definitiva que hago es la siguiente: el desarrollo de la revolución internacional que nosotros previmos continúa, aun cuando no siga un camino tan recto como esperábamos. A primera vista es evidente que, después de concertada la paz, por mala que haya sido, no fue posible iniciar la revolución en otros países capitalistas, aunque sabemos que los síntomas revolucionarios han sido muy importantes y frecuentes, incluso mucho más importantes y frecuentes de lo que pensábamos entonces. Ahora están comenzando a aparecer folletos que nos muestran que en los últimos años y meses estos síntomas revolucionarios han sido en Europa mucho más serios de lo que sospechábamos. ¿Qué debemos hacer ahora? Debemos preparar a fondo la revolución y hacer un profundo estudio de su desarrollo concreto en los países capitalistas avanzados. Esta es la primera lección que debemos sacar de la situación internacional. Debemos aprovechar esta breve tregua para nuestra república soviética y adaptar nuestra táctica a esta zigzagueante línea de la historia. Este equilibrio es políticamente muy importante porque vemos con claridad que en muchos países del oeste de Europa, donde las grandes masas de la clase obrera, y posiblemente la inmensa mayoría de la población, están organizadas, el principal punto de apoyo de la burguesía lo constituyen justamente las organizaciones de la clase obrera hostiles, afiliadas a la II Internacional y a la Internacional II y ½. Hablo de esto en el apartado 2 de las tesis y creo que al respecto debo tocar sólo dos puntos, que fueron discutidos durante el debate sobre táctica. Primero, la conquista de la mayoría del proletariado. Cuanto más organizado esté el proletariado en un país capitalista desarrollado, tanto más nos exigirá la historia en la preparación de la revolución y tanto más profundamente deberemos conquistar a la mayoría de la clase obrera. Segundo, el principal punto de apoyo del capitalismo en los países industrialmente desarrollados lo constituye precisamente la parte de la clase obrera organizada en la II Internacional y en la Internacional II y ½. Si la burguesía internacional no se apoyase en estos sectores de la clase obrera, en estos elementos contrarrevolucionarios surgidos de la clase obrera, no podría sostenerse de ningún modo. (*Aplausos.*)

También quisiera poner de relieve aquí la significación del *movimiento en las colonias*. En este sentido, vemos en todos los viejos partidos, en todos los partidos obreros burgueses y pequeñoburgueses afiliados a la II Internacional y a la Internacional II y ½, supervivencias de las antiguas concepciones sentimentales; insisten en su profunda simpatía por los pueblos coloniales y semicoloniales oprimidos. El movimiento nacional de los países semicoloniales es mirado todavía como un movimiento insignificante y totalmente pacífico. Pero no es así. Desde comienzos del siglo XX se han producido en este sentido

grandes cambios: millones y centenares de millones de personas —en los hechos, la inmensa mayoría de la población del globo— intervienen hoy como factores revolucionarios, activos e independientes. Y está perfectamente claro que en las futuras batallas decisivas de la revolución mundial el movimiento de la mayoría de la población del globo, encaminado inicialmente hacia la liberación nacional, se volverá contra el capitalismo y el imperialismo y desempeñará probablemente un papel revolucionario mucho más importante de lo que esperamos. Es importante destacar que nosotros, por primera vez en nuestra Internacional, comenzamos a preparar esta lucha. En este inmenso ámbito hay, por supuesto, muchas más dificultades que en ningún otro, pero, de todos modos, el movimiento avanza y las masas trabajadoras, los campesinos de los países coloniales, a pesar de ser aún atrasados, desempeñarán un papel revolucionario fundamental en las futuras fases de la revolución mundial.

En cuanto a la *situación política interna de nuestra república*, debo comenzar con un riguroso examen de las relaciones de clase. Durante los últimos meses han tenido lugar cambios en esta esfera y hemos visto formarse nuevas organizaciones de la clase explotadora dirigidas contra nosotros. La tarea del socialismo es abolir las clases. En las primeras filas de la clase explotadora están los grandes terratenientes y los capitalistas industriales. Con respecto a ellos el trabajo de destrucción es bastante fácil y puede ser cumplido en unos cuantos meses, y ocasionalmente incluso en unas cuantas semanas o días. En Rusia hemos expropiado a nuestros explotadores, a los grandes terratenientes, así como a los capitalistas. Durante la guerra no tenían su propia organización y sólo actuaban como lacayos de las fuerzas armadas de la burguesía internacional. Ahora, después de haber rechazado los ataques de la contrarrevolución internacional, se constituyeron en el extranjero organizaciones de la burguesía y de todos los partidos contrarrevolucionarios rusos. Se puede calcular en un millón y medio o dos millones el número de emigrados rusos diseminados por todos los países extranjeros. En casi todos los países publican periódicos, y todos los partidos, los de los terratenientes y los pequeñoburgueses, sin excluir a los socialrevolucionarios ni a los mencheviques, están estrechamente vinculados con los elementos burgueses extranjeros, es decir, reciben suficiente dinero como para disponer de su propia prensa; podemos observar en el extranjero un trabajo coordinado de todos los partidos políticos que existían antes en Rusia, sin excepción, y ver cómo la prensa rusa “libre” en el extranjero, comenzando por la de los socialrevolucionarios y mencheviques y terminando por la prensa monárquica más reaccionaria, defiende los intereses de la gran propiedad agraria. Esto, en cierta medida, facilita nuestra tarea, porque podemos observar más fácilmente las fuerzas del enemigo, comprobar su grado de organización y las tendencias políticas existentes en su campo. Por otro lado, naturalmente, dificulta nuestro trabajo, porque los emigrados contrarrevolucionarios rusos recurren a todos los medios de que disponen para preparar la lucha contra nosotros. Esta lucha muestra una vez más que en general el

instinto de clase y la conciencia de las clases dominantes son todavía mayores que la conciencia de clase de las clases oprimidas, a pesar de que en este sentido la revolución rusa ha hecho más que todas las revoluciones anteriores. En Rusia no hay una sola aldea en la que el pueblo, los oprimidos, no haya sido impulsado a la actividad. A pesar de ello, si consideramos fríamente el grado de organización y la claridad política de las ideas que existen entre los emigrados contrarrevolucionarios rusos, veremos que la conciencia de clase de la burguesía es todavía superior a la de los explotados y oprimidos. Esa gente hace todas las tentativas posibles y aprovecha hábilmente todas las oportunidades para atacar en una forma o en otra a la Rusia soviética y desmembrarla. Sería muy instructivo —y creo que los camaradas extranjeros lo harán— observar de modo sistemático las aspiraciones más importantes, los movimientos tácticos más importantes y las más importantes tendencias de la contrarrevolución rusa. Esta opera fundamentalmente en el extranjero, y no les será muy difícil a los camaradas extranjeros observarlo. En algunos aspectos debemos aprender de este enemigo. Los emigrados contrarrevolucionarios están muy bien informados, están muy bien organizados, son buenos estrategas. Y pienso que una sistemática comparación y estudio de la manera en que se organizan y aprovechan cada oportunidad puede ejercer, desde el punto de vista de la propaganda, gran influencia sobre la clase obrera. Esto no es teoría general, es política práctica, y aquí se ve lo que el enemigo aprendió. Durante los últimos años la burguesía rusa ha sufrido una terrible derrota. Dice un antiguo proverbio que los ejércitos derrotados aprenden mucho. El derrotado ejército reaccionario aprendió mucho y aprendió bien. Estudia con gran avidez, y en realidad ha hecho grandes progresos. Cuando tomamos el poder de una sola embestida, la burguesía rusa estaba desorganizada, no estaba políticamente desarrollada. Ahora, yo creo, está a la altura del actual desarrollo europeo occidental. Debemos tenerlo en cuenta, debemos mejorar nuestra propia organización y los métodos, y haremos cuanto podamos para lograrlo. Fue relativamente fácil para nosotros, y creo que será igualmente fácil para las demás revoluciones, vencer a estas dos clases explotadoras.

Pero además de estas clases explotadoras, hay en casi todos los países capitalistas —a excepción, quizá, de Gran Bretaña— una clase de pequeños productores y pequeños agricultores. Hoy el problema fundamental de la revolución es cómo luchar contra estas dos clases. Para librarnos de ellas debemos aplicar otros métodos que los empleados en la lucha contra los grandes terratenientes y capitalistas. Pudimos simplemente expropiar y expulsar a estas clases, y así lo hicimos. Pero no podemos hacer lo mismo con las clases capitalistas que aún quedan, los pequeños productores y la pequeñoburguesía, que existen en todos los países. En la mayoría de los países capitalistas estas clases constituyen una minoría muy considerable, aproximadamente del 30 al 45% de la población. Si les agregamos los elementos pequeñoburgueses de la clase obrera, resultará incluso más del 50%. No se los puede expropiar o expulsar; en su

caso, hay que aplicar otros métodos de lucha. Desde el punto de vista internacional —si consideramos la revolución internacional como un proceso único—, la significación del período que ahora se inicia en Rusia es esencialmente que debemos encontrar una solución práctica al problema de las relaciones que el proletariado debe establecer con esta última clase capitalista en nuestro país. Teóricamente todos los marxistas resolvieron bien y fácilmente este problema; pero la teoría y la práctica son dos cosas distintas, y la solución práctica de este problema no es en absoluto lo mismo que la solución teórica. Sabemos positivamente que hemos cometido errores serios. Es una señal de enorme progreso, desde el punto de vista internacional, que tratemos de determinar la actitud que debe adoptar el proletariado en el poder hacia la última clase capitalista, hacia la base más profunda del capitalismo, hacia la pequeña propiedad privada, hacia el pequeño productor. Ahora este problema surge prácticamente ante nosotros. Pienso que lo resolveremos. En todo caso, la experiencia que estamos realizando será útil para las futuras revoluciones proletarias y ellas sabrán prepararse mejor desde el punto de vista técnico para resolver este problema.

En mis tesis traté de analizar el problema *de la actitud del proletariado hacia el campesinado*. Por primera vez en la historia hay un Estado en el que sólo existen dos clases, el proletariado y el campesinado. La última representa la inmensa mayoría de la población. Naturalmente, es muy atrasada. ¿Cómo se pone prácticamente de manifiesto en el desarrollo de la revolución la actitud del proletariado, dueño del poder, hacia el campesinado? La primera forma es la alianza, una estrecha alianza. Esta es una tarea muy difícil, pero de todos modos económica y políticamente posible.

¿Cómo abordamos prácticamente este problema? Hemos hecho una alianza con el campesinado. Interpretamos esta alianza del siguiente modo: el proletariado emancipa al campesinado de la explotación de la burguesía, de su dirección e influencia, y lo atrae de su lado para derrotar juntos a los explotadores.

Los mencheviques argumentan así: el campesinado constituye una mayoría; nosotros somos demócratas puros, por consiguiente la mayoría debe decidir. Pero como el campesinado no puede actuar por sí solo, esto, en la práctica, significa ni más ni menos que la restauración del capitalismo. La consigna es la misma: alianza con el campesinado. Pero cuando decimos esto, entendemos el fortalecimiento y la consolidación del proletariado. Hemos tratado de realizar esta alianza entre el proletariado y el campesinado, y la primera etapa fue una alianza militar. Los tres años de guerra civil crearon enormes dificultades, pero, en cierto sentido, facilitaron nuestra tarea. Es posible que esto resulte extraño, pero es verdad. La guerra no fue algo nuevo para los campesinos; ellos comprendían muy bien la guerra contra los explotadores, contra los grandes terratenientes. Las grandes masas campesinas estaban de nuestro lado. A pesar de las inmensas distancias y de que la mayoría de nuestros campesinos no saben leer ni escribir, comprendían nuestra propaganda muy fácilmente. Esto prueba que las amplias masas —y esto también se aplica a los países más avanzados—

aprenden mucho más rápidamente por su propia experiencia práctica que por los libros. Y en nuestro país, además, la experiencia práctica del campesinado fue facilitada por el hecho de que Rusia es tan excepcionalmente extensa que, en un mismo período, sus diferentes regiones podían atravesar diferentes etapas de desarrollo.

En Siberia y en Ucrania la contrarrevolución pudo triunfar transitoriamente, porque allí la burguesía tenía de su lado al campesinado, porque el campesinado estaba contra nosotros. Los campesinos decían frecuentemente: "Somos bolcheviques, pero no comunistas. Estamos por los bolcheviques, porque expulsaron a los terratenientes, pero no por los comunistas, porque están contra la hacienda individual". Y por cierto tiempo la contrarrevolución pudo ganar en Siberia y en Ucrania porque la burguesía hizo progresos en su lucha por influir al campesinado; pero bastó un período muy breve para abrir los ojos a los campesinos. Rápidamente adquirieron experiencia y bien pronto dijeron: "Sí, los bolcheviques son gente bastante desagradable; no los apreciamos, pero son mejores que los guardias blancos y la Asamblea Constituyente". Entre ellos "Asamblea Constituyente" es palabra injuriosa. No sólo entre los comunistas instruidos sino también entre los campesinos. Estos saben por experiencia que la Asamblea Constituyente y los guardias blancos son la misma cosa, que los últimos siguen inevitablemente a la primera². Los mencheviques utilizan también el argumento de la alianza militar con el campesinado, pero no comprenden que la alianza militar sola es insuficiente. No puede haber alianza militar sin alianza económica. El hombre no vive del aire; nuestra alianza con el campesinado no se hubiese mantenido por un período prolongado sin el fundamento económico, que fue la base de nuestra victoria en la guerra contra nuestra burguesía. Después de todo, nuestra burguesía estaba unida con toda la burguesía internacional.

La base de nuestra alianza económica con el campesinado era, por supuesto, muy simple, e incluso rudimentaria. El campesinado recibió de nosotros toda la tierra y apoyo contra los grandes terratenientes. A cambio de esto, debíamos obtener víveres³. Esta alianza era algo completamente nuevo y no se basaba en las relaciones comunes entre productores de mercancías y consumidores. Nuestros campesinos comprendían esto mucho mejor que los héroes de la II Internacional y de la Internacional II y 1/2. Se decían a sí mismos: "Estos bolcheviques son dirigentes severos, pero, después de todo, son iguales a nosotros". De todos modos, hemos sentado las bases de una nueva alianza

2 Lenin hace referencia a los conocidos como "ejércitos verdes", compuestos por campesinos, uno de los cuales y el más masivo fue el dirigido por antiguo el anarquista Makhno en Ucrania. Sus ejércitos, como muchas otras milicias campesinas, combatieron junto al Ejército Rojo contra los blancos, pero luego enfrentaron a los bolcheviques [NdE].

3 Esta política conocida como "comercio de guerra" arrojó los siguientes resultados: en 1917 el campesinado entregó al Estado bajo requisición 47,5 millones de *pod* de cereal (1 *pod* = 16,38 kg), en 1920 otorgó 284 millones. En 1921 estaba estipulado que se requirieran 400 millones, una carga que el campesinado resistió y abrió la crisis política de la primavera [NdE].

económica. Los campesinos dieron sus productos al Ejército Rojo y recibieron de él protección para defender sus propiedades. Esto es olvidado siempre por los héroes de la II Internacional que, como Otto Bauer, no comprenden en absoluto la situación actual. Reconocemos que la forma inicial de esta alianza era muy primitiva y que cometimos muchos errores. Pero estábamos obligados a actuar lo antes posible, debíamos organizar a toda costa el abastecimiento del Ejército. Durante la guerra civil estuvimos aislados de todas las zonas cerealeras de Rusia. Estábamos en una terrible situación, y parece casi un milagro que el pueblo ruso y la clase obrera pudiesen soportar tales sufrimientos, necesidades y privaciones sin tener otra cosa que una incontestable voluntad de vencer. (*Aplausos.*)

Cuando terminó la guerra civil enfrentamos un problema distinto. Si el país no hubiera estado tan devastado después de siete años de guerra incesante, quizás hubiera sido posible una transición más fácil a una nueva forma de alianza entre el proletariado y el campesinado. Pero la ya difícil situación del país se agravó todavía más por la mala cosecha, por la escasez de forrajes, etc. Como consecuencia de ello los sufrimientos de los campesinos se hicieron insoportables. Debíamos mostrar inmediatamente a las grandes masas campesinas que, sin desviarnos para nada de la senda revolucionaria, estábamos dispuestos a cambiar nuestra política de manera que los campesinos pudieran decirse: los bolcheviques quieren mejorar inmediatamente y a toda costa nuestra insoportable situación.

Así, entonces, se produjo el *cambio de nuestra política económica*: el impuesto en especie reemplazó a la requisita. Esto no fue inventado de golpe. En la prensa bolchevique, durante un período de varios meses, encontrarán ustedes una serie de propuestas, pero no se llegó a trazar un plan que realmente prometiese éxito. Pero esto no es importante. Lo importante es que modificamos nuestra política económica ajustándonos exclusivamente a circunstancias prácticas e impulsados por la necesidad. La mala cosecha, la escasez de forrajes y la falta de combustible tienen, por cierto, una influencia decisiva en toda la economía, incluida la economía campesina. Si el campesinado se declara en huelga⁴, no obtenemos leña, y si no tenemos leña, las fábricas tendrán que parar. Por lo tanto, en la primavera de 1921 la crisis económica resultante de una cosecha desastrosa y de la escasez de forrajes alcanzó proporciones gigantescas. Todo esto fue consecuencia de los tres años de guerra civil. Era necesario mostrar a los campesinos que podíamos y queríamos modificar rápidamente nuestra política con el objeto de aliviar de inmediato su miseria. Siempre hemos dicho —en el II Congreso también lo dijimos— que la revolución requiere sacrificios. Algunos camaradas argumentan, en su propaganda, del siguiente modo: estamos preparados para hacer la revolución, pero no debe ser demasiado dura. Si no me equivoco, esta tesis fue

⁴ Lenin hace referencia a la serie de huelgas y levantamientos que iniciaron los campesinos, comenzando por el sur de Siberia, contra las requisas, desde mayo de 1920 hasta principios de 1921 [NdE].

presentada por el camarada Šmeral en su discurso en el Congreso del Partido checoslovaco. Lo leí en el informe publicado en el *Pravdě* de Reichenberg⁵. Allí hay, evidentemente, una tendencia levemente de izquierda. Por lo tanto, esta fuente no puede ser considerada enteramente imparcial. De todos modos, debo decir que, si Šmeral dijo esto, está equivocado. Algunos oradores que hablaron después de Šmeral en este Congreso dijeron: "Sí, acompañaremos a Šmeral, porque así evitaremos la guerra civil". (*Rúas*.) Si todo esto es verdad, debo decir que semejante agitación no es comunista ni revolucionaria. Naturalmente, cada revolución impone enormes sacrificios para la clase que la lleva a cabo. La revolución difiere de la lucha corriente porque diez y hasta cien veces más personas toman parte en ella. Por esto cada revolución impone sacrificios no sólo a unos pocos, sino a toda una clase. La dictadura del proletariado en Rusia ha impuesto a la clase dominante, el proletariado, sacrificios, necesidades y privaciones como jamás conoció la historia, y es muy probable que en cualquier otro país se repita el mismo proceso.

Surge la pregunta: *¿cómo distribuiremos estas privaciones?* Somos el poder estatal. Hasta cierto punto, podemos repartir las privaciones, imponerlas a varias clases, y así aliviar relativamente la situación de algunas capas de la población. ¿De acuerdo con qué principio debemos proceder? ¿Según el principio de la justicia o de la mayoría? No. Debemos proceder prácticamente. Debemos hacer la distribución de modo de mantener el poder del proletariado. Este es nuestro único principio. Al comienzo de la revolución, la clase obrera sufrió necesidades increíbles. Permítanme señalar que cada año nuestra política de abastecimiento de víveres logra mayores éxitos. Y la situación, en general, ha mejorado indudablemente. Pero es innegable que con la revolución el campesinado en Rusia salió ganando más que la clase obrera. No hay la menor duda al respecto. Desde el punto de vista teórico, esto indica, claro está, que nuestra revolución era, en cierto sentido, una revolución burguesa. Cuando Kautsky empleó este argumento contra nosotros, nos reímos. Naturalmente, una revolución que no expropia la gran propiedad terrateniente, no expulsa a los grandes terratenientes y no reparte la tierra es sólo una revolución burguesa y no socialista. Sin embargo, fuimos el único partido que supo llevar la revolución burguesa hasta el final y facilitar la lucha por la revolución socialista. El poder soviético y el sistema soviético son instituciones del Estado socialista. Ya hemos establecido estas instituciones, pero aún no hemos resuelto el problema de las relaciones económicas entre el campesinado y el proletariado. Queda mucho por hacer y el resultado de esta lucha dependerá de si resolvemos o no este problema. Así, entonces, la distribución de las privaciones es prácticamente uno de los problemas más difíciles. En general, la situación de los campesinos ha mejorado, pero sobre la clase obrera han recaído duros sufrimientos precisamente porque ella ejerce su dictadura.

⁵ Lenin hace referencia al periódico *Pravdě*, de la izquierda socialdemócrata checoslovaca [NdlE].

Ya he dicho que en la primavera de 1921 la escasez de forrajes y la mala cosecha provocaron la más espantosa indigencia entre los campesinos, que son la mayoría de nuestra población. No podemos subsistir si no tenemos buenas relaciones con las masas campesinas. De ahí que nuestra tarea fue prestarles ayuda inmediata. La situación de la clase obrera es extremadamente difícil. Sus sufrimientos son horribles. Aquellos que tienen mayor comprensión política, sin embargo, comprenden que, en interés de la dictadura de la clase obrera, debemos hacer grandes esfuerzos para ayudar a los campesinos a toda costa. La vanguardia de la clase obrera lo ha comprendido, pero dentro de esta vanguardia hay aún gente que no puede entenderlo o está demasiado extenuada para entenderlo. Consideraron esto como un error y comenzaron a usar la palabra oportunismo. Decían que los bolcheviques ayudan a los campesinos. Los campesinos, que nos explotan, reciben todo cuanto quieren, mientras los obreros pasan hambre. Pero ¿acaso esto es oportunismo? Estamos ayudando a los campesinos porque sin una alianza con ellos el poder político del proletariado es imposible, y es imposible conservarlo. Precisamente esta consideración práctica, y no la de una justa distribución, fue lo decisivo para nosotros. Estamos ayudando a los campesinos porque es absolutamente necesario hacerlo así para que podamos retener el poder político. El principio supremo de la dictadura es mantener la alianza entre el proletariado y el campesinado, a fin de que el proletariado pueda retener el papel dirigente y el poder estatal.

El único recurso que encontramos para ello fue *la adopción del impuesto en especie*, que es consecuencia inevitable de la lucha. Este año implantaremos por primera vez este impuesto. Este principio no fue ensayado todavía en la práctica. De la alianza militar debemos pasar a una alianza económica y, teóricamente, la única base posible de esta última es establecer el impuesto en especie. Proporciona la única posibilidad teórica de colocar una base económica realmente sólida para la sociedad socialista. La fábrica socializada proporciona sus productos a los campesinos y estos, a cambio, entregan cereales. Es esta la única forma posible de existencia de la sociedad socialista, la única forma de construcción socialista en un país en el cual los pequeños campesinos constituyen la mayoría o, al menos, una minoría muy considerable. Los campesinos entregarán una parte de sus productos en forma de impuestos y otra a cambio de los productos de la fábrica socialista o mediante el intercambio de mercancías.

Llegamos aquí al *problema más difícil*. El impuesto en especie significa, como es lógico, libertad de comercio. El campesino, después de haber pagado el impuesto en especie, tendrá derecho a intercambiar libremente su excedente de cereales. Esta libertad de intercambio implica libertad para el capitalismo. Lo decimos abiertamente y lo subrayamos. De ningún modo lo ocultamos. Nuestras cosas irían mal si tratáramos de ocultarlo. La libertad de comercio significa libertad para el capitalismo, pero también significa una nueva forma de capitalismo. Significa que, hasta cierto punto, estamos creando de nuevo capitalismo. Y lo estamos haciendo abiertamente. Es capitalismo de Estado.

Pero capitalismo de Estado en una sociedad en la que el poder pertenece al capital y capitalismo de Estado en un Estado proletario son dos conceptos diferentes. En un Estado capitalista, capitalismo de Estado significa que es reconocido y controlado por el Estado en beneficio de la burguesía y en contra del proletariado. En el Estado proletario, por el contrario, se hace eso mismo en beneficio de la clase obrera, con el propósito de que pueda mantenerse frente a la burguesía aún poderosa y luchar contra ella. Es claro que debemos hacer concesiones a la burguesía y al capital extranjero. Sin la más mínima desnacionalización entregaremos en arriendo minas, bosques y yacimientos petrolíferos a capitalistas extranjeros, para recibir a cambio artículos industriales, máquinas, etc., y poder entonces restaurar nuestra propia industria.

Naturalmente, en el problema del *capitalismo de Estado* no estuvimos todos de acuerdo inmediatamente. Pero nos agrada mucho comprobar al respecto que nuestro campesinado está progresando, que ha comprendido plenamente la significación histórica de la lucha que estamos librando en estos momentos. Simples campesinos de los lugares más remotos han llegado hasta nosotros y nos han dicho: "¿Cómo? ¿Hemos expulsado a nuestros capitalistas, los capitalistas que hablan ruso, y ahora vienen capitalistas extranjeros?"⁶ ¿Acaso esto no muestra que nuestros campesinos se han desarrollado? No es necesario explicar a un obrero que entiende el problema económico por qué es necesario esto. Hemos sido tan arruinados por los siete años de guerra que se requerirán muchos años para restaurar nuestra industria. Tenemos que pagar por nuestro atraso, por nuestra debilidad, por lo que estamos aprendiendo ahora, por lo que aún debemos aprender. Quien desee aprender debe pagar por la enseñanza. Debemos explicar esto a todos y a cada uno, y si lo demostramos en la práctica, las grandes masas de campesinos y obreros estarán de acuerdo con nosotros, porque de esta manera su situación mejorará inmediatamente y porque asegurará la restauración de nuestra industria. ¿Qué es lo que nos impulsa a hacer esto? No estamos solos en el mundo. Existimos en un sistema de Estados capitalistas. Por un lado están los países coloniales, que todavía no pueden ayudarnos, y por otro, los países capitalistas, que son nuestros enemigos. El resultado es cierto equilibrio; sumamente precario, es verdad. Pero, con todo, debemos tener en cuenta este hecho; no debemos cerrar los ojos si queremos existir. U obtenemos una victoria inmediata sobre toda la burguesía, o pagamos el tributo.

Admitimos abiertamente y no ocultamos que las concesiones en el capitalismo de Estado significan pagar un tributo al capitalismo. Pero ganamos tiempo, y ganar tiempo significa ganar todo, particularmente en una época de equilibrio, cuando nuestros camaradas extranjeros están preparando profundamente su revolución. Y cuanto más profundos sean estos preparativos tanto

6 La NEP estableció la posibilidad de que capitales extranjeros puedan invertir en Rusia en industrias estratégicas, cumpliendo ciertas condiciones: que las explotaciones sean mixtas, bajo el control del Estado obrero, entre otras [NóE].

más segura será la victoria. Mientras tanto, pagaremos el tributo.

Unas palabras sobre nuestra política de abastecimiento de víveres. Indudablemente fue primitiva y mala. Pero también podemos señalar algunos éxitos. Al respecto debo subrayar, una vez más, que la única base económica posible del socialismo es la gran industria mecanizada. Quien olvide esto no es comunista. Debemos analizar este problema concretamente. No podemos presentar problemas como lo hacen los teóricos del viejo socialismo. Debemos presentarlos de manera práctica. ¿Qué significa la gran industria moderna? Significa la *electrificación de toda Rusia*. Suecia, Alemania y Norteamérica casi han logrado realizar esto, aunque son todavía países burgueses. Un camarada de Suecia me decía que allí está electrificada gran parte de la industria y también el 30% de la agricultura. En Alemania y en Norteamérica, países capitalistas aún más desarrollados, vemos lo mismo en mayor escala. La gran industria mecanizada no es otra cosa que la electrificación de todo el país. Ya hemos creado una comisión especial constituida por los mejores economistas y técnicos. Es cierto que casi todos ellos están en contra del poder soviético. Todos estos especialistas llegarán al comunismo, pero no como nosotros, no pasando veinte años de trabajo clandestino durante el cual estudiamos, repetimos y machacamos incesantemente el abecé del comunismo.

Casi todos los órganos del poder soviético estuvieron de acuerdo en recurrir a los especialistas. Los ingenieros especializados vendrán a nosotros cuando les mostremos en forma práctica que con eso se desarrollan las fuerzas productivas del país. No es suficiente mostrarles esto en teoría, debemos mostrárselos en la práctica. Y ganaremos a esta gente si planteamos el problema de otro modo, no sobre la base de una propaganda teórica del comunismo. Decimos: la gran industria es el único medio de salvar al campesinado de las necesidades y el hambre. Todos están de acuerdo con esto. Pero ¿cómo hacerlo? La restauración de la industria sobre la vieja base requiere demasiado trabajo y tiempo. Debemos dar a la industria formas más modernas, es decir, adoptar la electrificación. Esto tomará mucho menos tiempo. Ya hemos trazado los planes de electrificación. Más de doscientos especialistas —casi todos ellos opositores al poder soviético— trabajaron en ello con gran interés, aunque no son comunistas. Desde el punto de vista científico y técnico, sin embargo, tuvieron que reconocer que este era el único camino acertado. Naturalmente, tenemos un largo camino por recorrer antes de que se realice el plan. Los especialistas más cautelosos afirman que para la primera parte de las obras se necesitarán por lo menos diez años. El profesor Ballod ha calculado que se necesitarán tres o cuatro años para electrificar Alemania. Pero para nosotros incluso diez años es demasiado poco. En mis tesis doy datos concretos para mostrarles lo poco que hemos hecho hasta ahora en este ámbito. Las cifras citadas son tan modestas que enseguida queda claro que tienen más valor propagandístico que científico. Sin embargo, debemos comenzar por la propaganda. Los campesinos rusos, que lucharon en la guerra mundial y vivieron algunos años en Alemania,

aprendieron cómo se debe organizar una hacienda según métodos modernos para acabar con el hambre. Debemos realizar una amplia propaganda en este sentido. Estos planes, por sí solos, tienen todavía escaso valor práctico, pero su valor propagandístico es muy grande.

Los campesinos comprenden que hay que crear algo nuevo. Comprenden que esto no puede ser hecho con el trabajo de cada uno separadamente, sino con el trabajo de todo el Estado en su conjunto. En el cautiverio alemán los campesinos vieron y aprendieron cuál es la base real de una vida civilizada. Doce mil kilovatios es un comienzo muy modesto. Esto puede parecer gracioso al extranjero que conozca la electrificación norteamericana, alemana o sueca. Pero el que ríe último ríe mejor. Es verdaderamente un comienzo modesto. Pero los campesinos están empezando a comprender que deben ser realizados nuevos trabajos en gran escala y que estos trabajos ya han comenzado. Habrá que superar enormes dificultades. Intentaremos establecer relaciones con los países capitalistas. No debemos lamentarnos de tener que dar a los capitalistas varios cientos de millones de kilogramos de petróleo a cambio de su ayuda para electrificar nuestro país.

Y ahora, para terminar, unas palabras sobre la "democracia pura". Les leeré lo que escribió Engels el 11 de diciembre de 1884 en una carta a Bebel:

La democracia pura, cuando llega el momento de la revolución, adquiere importancia como partido *burgués* extremo, como ocurrió ya en Fráncfort, siendo la tabla de salvación de toda la burguesía e incluso de la economía feudal [...]. Así, de marzo a septiembre de 1848 toda la masa burocrática apoyó a los liberales para aplastar a las masas revolucionarias [...]. En todo caso, nuestro único adversario durante la crisis y al día siguiente de esta será *el conjunto de la reacción que se agrupará en torno de la democracia pura*, y esto, pienso, no debe dejar de ser tenido en cuenta.

No podemos plantear nuestros problemas como lo hacen los teóricos. Toda la reacción en su conjunto, no sólo la burguesa, sino también la feudal, se agrupa en torno de la "democracia pura". Los camaradas alemanes conocen mejor que nadie lo que significa la "democracia pura", ya que Kautsky y demás dirigentes de la II Internacional y de la Internacional II y $\frac{1}{2}$ defienden esta "democracia pura" contra los malvados bolcheviques. Si juzgamos a los socialistas revolucionarios y a los mencheviques rusos, no por lo que dicen, sino por lo que hacen, vemos que no son otra cosa que representantes de la "democracia pura" pequeñoburguesa. En el curso de nuestra revolución nos dieron un ejemplo clásico de lo que significa la "democracia pura", y de nuevo durante la última crisis, cuando se produjo el motín de Kronstadt⁷. En el campesinado

7 El levantamiento de los marinos de Kronstadt se desarrolló desde el 28 de febrero hasta el 18 de marzo de 1921, cuando fue sofocado por el Ejército Rojo. Es la última de las grandes manifestaciones de descontento campesino frente a la política de requisas del Gobierno, por un

la efervescencia era muy grande, y también entre los obreros había un gran descontento⁸. Estaban agotados y extenuados. Después de todo, las fuerzas humanas tienen un límite. Durante tres años padecieron hambre, y no se puede padecer hambre cuatro o cinco años. Naturalmente, el hambre tiene enorme influencia sobre la actividad política. ¿Cómo actuaron los socialistas revolucionarios y los mencheviques? Vacilaron todo el tiempo y con eso fortalecieron a la burguesía. La organización de todos los partidos rusos en el extranjero ha revelado el actual estado de cosas. Los jefes más astutos de la gran burguesía rusa se dijeron: "No podemos lograr la victoria en Rusia inmediatamente. Por eso nuestra consigna debe ser: 'Sóviets sin bolcheviques'". El dirigente de los kadetes, Miliukov, defendió el poder soviético contra los socialrevolucionarios. Esto suena muy extraño, pero tal es la dialéctica práctica que nosotros, en nuestra revolución, hemos estado estudiando en forma original de la experiencia práctica de nuestra lucha y de la lucha de nuestros adversarios. Los kadetes defienden los "sóviets sin bolcheviques" porque comprenden bien la situación y confían en que una parte de la población morderá este anzuelo. Esto es lo que dicen los kadetes inteligentes. Sin duda, no todos los kadetes son inteligentes, pero algunos lo son y aprendieron algo de la Revolución francesa. La consigna del día es luchar contra los bolcheviques a cualquier precio, cueste lo que cueste. Toda la burguesía está ahora ayudando a los mencheviques y a los socialrevolucionarios. Escritas y mencheviques son en estos momentos la vanguardia de toda la reacción. En la primavera pasada hemos tenido la oportunidad de conocer los frutos de esta coordinación contrarrevolucionaria. Por eso debemos continuar nuestra lucha implacable contra estos elementos. La dictadura es un estado de guerra agudo. Estamos justamente en ese estado. Actualmente no hay invasión militar. Sin embargo, estamos aislados. Pero, por otra parte, no estamos enteramente aislados, dado que la burguesía internacional no está ahora en condiciones de hacernos abiertamente la guerra, porque toda la clase obrera -aun cuando la mayoría no es todavía comunista- tiene ya bastante conciencia de clase como para impedir la intervención. La burguesía está obligada a tomar en cuenta ese estado de ánimo de las masas, aunque estas todavía no han llegado a comprender totalmente el comunismo. Por esto es que la burguesía no puede ahora iniciar una ofensiva contra nosotros, aunque nunca se la puede descartar. Mientras no haya un resultado definitivo, continuará este tremendo estado de guerra.

Y nosotros decimos: "En la guerra como en la guerra: no prometemos ninguna libertad ni ninguna democracia". Decimos abiertamente a los campesinos

lado, y frente a la inestabilidad generada entre los marinos por el inicio de la desmovilización del Ejército Rojo, por otro. Los marinos tomaron la consigna de "Sóviets sin comunistas" y pusieron bajo arresto y luego fusilaron a una parte de los militantes comunistas de la fortaleza. Bajo el fuego del levantamiento, el X Congreso del PCUS votó la NEP [NdE].

8 A mediados de febrero de 1921 se desencadenó una serie de huelgas en las fábricas de Petrogrado. Reclamaban, entre otras cosas, un aumento en las raciones alimentarias. En su mayoría, los reclamos obreros fueron satisfechos por el Gobierno [NdE].

que deben elegir: o el poder de los bolcheviques –en cuyo caso haremos todas las concesiones que nos permita la necesidad de retener el poder, y luego los conduciremos hacia el socialismo–, o el poder burgués. Todo lo demás es engaño y pura demagogia. Debe declararse la guerra más encarnizada contra este engaño, contra esta demagogia. Nuestro punto de vista es: por ahora, grandes concesiones y la mayor cautela, precisamente porque se ha establecido cierto equilibrio, precisamente porque somos más débiles que nuestros enemigos coaligados, porque nuestra base económica es demasiado débil y necesitamos que sea más fuerte.

Esto, camaradas, es lo que quería decirles sobre nuestra táctica, la táctica del Partido Comunista de Rusia. (*Aplausos.*)

LA NUEVA POLÍTICA ECONÓMICA Y LAS TAREAS DE LAS COMISIONES DE EDUCACIÓN POLÍTICA¹

Informe en el II Congreso de Comisiones de Educación Política de toda Rusia

17 de octubre de 1921

Camaradas: en este informe o, con mayor exactitud, en esta conversación me propongo examinar la Nueva Política Económica y las tareas, tal como yo las interpreto, de las comisiones de educación política en relación con la misma. Entiendo que sería completamente erróneo limitar los informes sobre problemas que no entran en la esfera de un congreso determinado a la escueta información sobre lo que ocurre en general en el Partido o en la república soviética.

El brusco viraje del poder soviético y del Partido Comunista de Rusia

Sin negar de ninguna manera el valor de tal información ni la utilidad de las conferencias sobre toda clase de problemas, opino no obstante que el principal defecto en la labor de la mayoría de nuestros congresos es la falta de relación directa e inmediata con los problemas prácticos que se les plantean. Y desearía referirme a estas deficiencias en lo que se relaciona con la Nueva Política Económica y respecto de ella.

Hablaré de la Nueva Política Económica brevemente y en términos generales. Camaradas, la enorme mayoría de ustedes son comunistas y, a pesar de la extrema juventud de algunos, ustedes han realizado un magnífico trabajo para llevar a cabo nuestra política general durante los primeros años de la revolución. Y, habiendo realizado una gran parte de este trabajo, ustedes no pueden dejar de observar cuán pronunciado fue el viraje que realizaron nuestro poder soviético y nuestro Partido Comunista al adoptar la política económica que llamamos "nueva", es decir, nueva respecto a nuestra política económica anterior.

Pero en realidad esta nueva política contiene más elementos de lo viejo que nuestra anterior política económica.

¹ Publicado en el *Vsesoi Vostoiishy sraz politpovestov. Bulletin srazo* (Boletín II Congreso de Comisiones de Educación Política de toda Rusia) N.º 2, 19 de octubre de 1921.

¿Por qué? Porque nuestra política económica anterior, si no podemos decir que contaba (en la situación de entonces en general contábamos poco), hasta cierto punto suponía –podemos decir que suponía sin calcular– que se produciría una transición directa de la vieja economía rusa a la producción estatal y a la distribución estatal sobre bases comunistas.

Si recordamos nuestra propia literatura económica del pasado, si recordamos lo que los comunistas escribían antes de tomar el poder en Rusia e inmediatamente después de la toma del poder –por ejemplo, a comienzos de 1918, cuando la primera embestida política contra la vieja Rusia finalizó en una victoria aplastante, cuando se creó la república soviética, cuando Rusia salió de la guerra imperialista, mutilada por cierto, pero mucho menos mutilada que si hubiera seguido “defendiendo la patria” tal como lo aconsejaban los imperialistas, los mencheviques y los eseristas–, si recordamos todo esto, comprenderemos que en ese primer período, en que apenas terminábamos la primera etapa de la construcción del poder soviético y apenas salíamos de la guerra imperialista, lo que decíamos acerca de nuestras tareas en la construcción económica era mucho más prudente y medido que nuestros actos en la segunda mitad de 1918 y en el transcurso de 1919 y 1920.

Resolución del CEC del Sóviet de toda Rusia sobre el papel del campesinado en 1918

Si bien no todos ustedes eran en aquel tiempo activos trabajadores del Partido y del poder soviético, en todo caso han podido conocer, y sin duda conocen, la resolución tomada por el Comité Ejecutivo Central de toda Rusia a fines de abril de 1918. Dicha resolución señalaba la necesidad de que se tuviera en cuenta la agricultura campesina y estaba fundada en un informe donde se consideraba el papel del capitalismo de Estado en la construcción del socialismo en un país campesino; el informe subrayaba la importancia de la responsabilidad personal, individual, unipersonal, y acentuaba la significación de ese factor en la administración del país, a diferencia de las tareas políticas de la organización del poder estatal y de las tareas militares.

Nuestro error

A comienzos de 1918 esperábamos un período en el que fuera posible la construcción pacífica. Después de concertada la paz de Brest, el peligro parecía alejado y pensábamos que podíamos iniciar la construcción pacífica. Pero nos equivocábamos, dado que en 1918 nos vimos enfrentados a un verdadero peligro militar: la sublevación checoslovaca y el estallido de la guerra civil, que se prolongó hasta 1920. En parte debido a los problemas de la guerra que

nos abrumaron y en parte por la situación terrible en que estaba la república después de la guerra imperialista, por estas y una serie de otras circunstancias cometimos el error de resolver el paso directo a la producción y distribución comunistas. Pensamos que con la requisita de excedentes de víveres los campesinos nos proporcionarían la cantidad necesaria de cereales, que podríamos distribuir entre las fábricas y talleres para obtener de esa manera una producción y distribución comunistas.

No puedo decir que el plan fue proyectado con esta exactitud y precisión, pero actualizamos aproximadamente así. Desdichadamente esto es un hecho. Digo desdichadamente porque la experiencia no muy larga nos hizo ver lo equivocado de esta línea, que se oponía a lo que antes habíamos escrito sobre la transición del capitalismo al socialismo, es decir, que sería imposible evitar el período de registro y control socialistas al acercarse incluso a la etapa inferior del comunismo. Desde 1917, cuando surgió el problema de tomar el poder y los bolcheviques se lo explicaron a todo el pueblo, nuestra literatura teórica ha estado señalando claramente la necesidad de una transición prolongada y compleja, pasando por el registro y el control socialistas de la sociedad capitalista (y cuanto menos desarrollada la sociedad, más prolongada la transición) para aproximarnos a uno de los elementos de la sociedad comunista.

Retirada estratégica

Al parecer olvidamos esto cuando, en el ardor de la guerra civil, tuvimos que dar los pasos necesarios para la organización económica. En esencia, nuestra Nueva Política Económica significa que, habiendo sufrido una dura derrota en este punto, hemos comenzado una retirada estratégica. En efecto, decimos: "Antes de que nos hayan vencido completamente, retrocedamos y reorganicemos todo, pero con mayor solidez". Si los comunistas examinan conscientemente la Nueva Política Económica, no les puede caber la menor duda de que hemos sufrido una severa derrota en el frente económico. Y en estas circunstancias es inevitable, desde luego, que ciertas personas se sientan abatidas, casi presas del pánico, y que, con motivo de la retirada, esta gente comience a dejarse dominar por el pánico. Esto es inevitable. Cuando el Ejército Rojo retrocedió, su huida del enemigo fue el inicio de su victoria. No obstante, cada retirada en cada frente hizo que algunos fueran ganados por el pánico durante un tiempo. Pero, en cada ocasión —en el frente de Kolchak, en el frente de Denikin, en el frente de Yudenich, en el frente polaco y en el frente de Wrangel—, una vez que fuimos rudamente castigados (y algunas veces más de una vez) comprobamos la verdad del proverbio "El hombre que ha sido golpeado vale por dos que no lo han sido". Después de haber sido golpeados comenzamos a avanzar lenta, sistemática y prudentemente.

Por supuesto, las tareas en el frente económico son mucho más difíciles que las tareas en el frente militar, aunque existe una semejanza general entre los

esquemas elementales de la estrategia de ambos. Al intentar, en la primavera de 1921, pasar directamente al comunismo sufrimos una derrota más seria en el frente económico que las que nos infligieron Kolchak, Denikin o Pilsudski. Esta derrota fue más seria, importante y peligrosa. Se manifestó en que las esferas dirigentes de nuestra política económica se aislaron de la base y en que no lograron producir el desarrollo de las fuerzas productivas, que el programa de nuestro partido considera vital y urgente.

La requisita de excedentes de víveres en los distritos rurales, este directo enfoque comunista del problema del desarrollo urbano, obstaculizó el ascenso de las fuerzas productivas y resultó la causa principal de la profunda crisis económica y política que sufrimos en la primavera de 1921. He ahí por qué tuvimos que dar un paso que, desde el punto de vista de nuestra línea, de nuestra política, no podemos calificar de otro modo que de gravísima derrota y retirada. Además, no podemos decir que esta retirada es como las retiradas del Ejército Rojo, una retirada completamente ordenada a posiciones preparadas de antemano. Es cierto que las posiciones de nuestra retirada actual estaban dispuestas con anticipación. Ello puede comprobarse comparando las resoluciones aprobadas por nuestro partido en la primavera de 1921 y la resolución que ya mencioné, aprobada en abril de 1918. Las posiciones fueron preparadas de antemano, pero la retirada a las mismas se realizó (y en muchos lugares del país se está realizando todavía) en desorden y aun en excesivo desorden.

Sentido de la Nueva Política Económica

Aquí es donde la tarea de las comisiones de educación política para luchar contra esto pasa a primer plano. Desde el punto de vista de la Nueva Política Económica, el problema fundamental es saber aprovechar con la mayor rapidez posible la situación creada.

La Nueva Política Económica implica la sustitución de la requisita de excedentes por un impuesto; significa, en grado considerable, volver al capitalismo; en qué medida, no lo sabemos. Las concesiones a los capitalistas extranjeros (es verdad, sólo unas pocas han sido aceptadas, comparadas con las que hemos ofrecido), las empresas arrendadas a los capitalistas privados significan claramente un restablecimiento del capitalismo y esto está estrechamente vinculado con la Nueva Política Económica, porque la supresión de la requisita de excedentes de víveres significa para los campesinos la libre comercialización de los excedentes de producción agrícola que el impuesto no absorbe, y el impuesto se lleva sólo una pequeña parte de esos productos. Los campesinos constituyen un sector enorme de toda la población y de toda la economía y por eso el capitalismo debe crecer en este suelo de libre comercio.

Esto es el verdadero abecé de la economía como lo enseñan los rudimentos de la ciencia económica y como lo enseña además en Rusia todo especulador,

ese ser que nos da buenas lecciones de economía sin utilizar la ciencia económica o política. Desde el punto de vista de la estrategia, el problema fundamental es el siguiente: ¿quién se beneficiará primero con la nueva situación? Todo el problema es: ¿a quién seguirá el campesinado?, ¿al proletariado, que quiere construir la sociedad socialista, o al capitalista que dice "Retrocedamos, es más seguro; no sabemos nada de ese socialismo que han inventado"?

¿Quién vencerá, los capitalistas o el poder soviético?

He aquí a qué se reduce la guerra actual: ¿quién vencerá, quién se aprovechará primero de la situación: el capitalista, a quien nosotros mismos dejamos entrar por la puerta, y hasta por varias puertas (y por muchas otras puertas de las que no estamos enterados y que se abren sin nosotros y a pesar de nosotros), o el poder estatal proletario? ¿En qué puede apoyarse económicamente el poder? Por una parte, en el mejoramiento de las condiciones de vida de la población. En este aspecto debemos recordar a los campesinos. Es absolutamente indiscutible y muy evidente que a pesar del tremendo desastre del hambre, y dejando de lado este desastre por el momento, el mejoramiento de las condiciones de vida de la población ha sido debido al cambio de nuestra política económica.

Por otra parte, si el capitalismo gana por esto, también se desarrollará la producción industrial y también se desarrollará el proletariado. Los capitalistas ganarán con nuestra política y crearán un proletariado industrial, que en nuestro país, debido a la guerra, a la devastación y a la ruina, se ha desclasado, es decir, salió de sus carriles de clase y ha dejado de existir como proletariado. El proletariado es la clase que está ocupada en la producción de valores materiales en empresas de la gran industria capitalista. Dado que la gran industria capitalista ha sido destruida, dado que las fábricas y talleres están paralizados, el proletariado ha desaparecido. Algunas veces figuró en las estadísticas, pero no se mantuvo unido económicamente.

Si se restablece el capitalismo, significa que se restablece también la clase proletaria ocupada en la producción de valores materiales, útiles para la sociedad, en las grandes fábricas mecanizadas, y no en la especulación o en la fabricación de encendedores para la venta o en cualquier otro "trabajo" que no es muy útil, pero que es inevitable debido a la ruinosa situación de nuestra industria.

Todo el problema es quién tomará la dirección. Debemos enfrentar este problema directamente. ¿Quién vencerá a quién? O los capitalistas logran organizarse primero —en cuyo caso echarán a los comunistas y no habrá discusión posible—. O el poder estatal proletario demostrará estar capacitado, con el apoyo del campesinado, para mantener a los capitalistas con la rienda corta, de modo de dirigir el capitalismo por los canales estatales y crear un capitalismo que se subordine al Estado y lo sirva. Es necesario plantear este problema sensatamente. Toda esta ideología, todas estas disquisiciones sobre libertades

políticas, que oímos en abundancia, particularmente entre los emigrados rusos, en la Rusia paralela, donde decenas de diarios de todos los partidos políticos cantan loas a estas libertades, en todos los tonos y en todas las formas; todo eso es charla, fraseología. Debemos aprender a ignorar esa fraseología.

La lucha será todavía más despiadada

Durante los cuatro años pasados hemos librado muchas duras batallas y hemos aprendido que una cosa es librar duras batallas y otra cosa son las habladurías sobre las duras batallas, especialmente cuando lo hacen personas que están al margen del problema. Debemos aprender a ignorar toda esta ideología, toda esta habladuría, y ver la esencia de las cosas. Y la esencia es que la lucha es y será aún más desesperada, más despiadada que la guerra que libramos contra Kolchak o Denikin. Esto porque esa lucha, militar, era asunto corriente. Durante centenares y miles de años se combatió siempre. En el arte de exterminar gente en la guerra se han hecho muchos progresos.

En verdad, casi cada terrateniente tenía sus Estados Mayores escritos y mencheviques que vociferaban sobre los derechos del pueblo, sobre la Asamblea Constituyente y sobre el hecho de que los bolcheviques violaron todas las libertades.

Era, por supuesto, mucho más fácil resolver problemas de la guerra que resolver aquellos con los que nos enfrentamos ahora; se podía solucionar el problema militar con el empuje, el ataque imprevisto, el entusiasmo, directamente con la sola fuerza física de ese gran número de obreros y campesinos que veían a los terratenientes ir contra ellos. Ahora no hay terratenientes declarados. Parte de los Wrangel, los Kolchak y los Denikin han seguido a Nikolai Romanov y parte ha buscado refugio en el extranjero. El pueblo no ve más a este enemigo declarado como veía antes al terrateniente y al capitalista. El pueblo no puede comprender claramente que el enemigo es el mismo que está ahora entre nosotros, que la revolución está al borde del precipicio hasta el cual llegaron y ante el cual retrocedieron todas las revoluciones anteriores; eso no puede comprenderlo el pueblo debido a su gran ignorancia y analfabetismo. Y es difícil decir cuánto tiempo tardarán todas estas comisiones extraordinarias con métodos extraordinarios para extirpar este analfabetismo.

¿Cómo puede saber entonces el pueblo que en lugar de Kolchak, Wrangel y Denikin tenemos aquí mismo, entre nosotros, al enemigo que ha aplastado todas las revoluciones anteriores? Si los capitalistas nos ganan la delantera, entonces será el retorno al viejo régimen; esto ha sido demostrado por la experiencia de todas las revoluciones anteriores. Nuestro partido debe hacer comprender a las masas que el enemigo entre nosotros es el capitalismo anárquico y el intercambio de mercancías anárquico. Nosotros mismos debemos ver claramente que el problema en esta lucha es: ¿quién vencerá?, ¿quién ganará?, y debemos luchar

para que las más vastas masas obreras y campesinas lo comprendan también claramente. La dictadura del proletariado es la lucha más encarnizada y más furibunda, en la que el proletariado debe luchar contra todo el mundo, ya que todo el mundo se puso contra nosotros apoyando a Kolchak y Denikin.

Ahora la burguesía de todo el mundo está apoyando a la burguesía rusa y todavía es mucho más fuerte que nosotros. Pero no por eso caeremos en el pánico, porque su fuerza militar era también mayor que la nuestra. Sin embargo, fracasaron en aniquilarnos en la guerra, aunque siendo infinitamente superiores en artillería y aviones les hubiera sido muy fácil hacerlo. Puede ser que para ello hubiera sido suficiente que una u otra potencia capitalista que lucha contra nosotros movilizara oportunamente algunas unidades y que no ahorrara algunos millones de oro para Kolchak.

No obstante, fracasaron porque las masas de los soldados británicos que llegaron a Arjanguelsk y los marineros que obligaron a la flota francesa a retirarse de Odesa comprendieron que sus gobernantes estaban equivocados y que nosotros teníamos razón. Hoy, como entonces, las fuerzas que nos atacan son más poderosas que las nuestras y para vencer en esta lucha es necesario buscar el apoyo de la fuente decisiva de nuestras fuerzas, la masa obrera y campesina, su conciencia de clase y espíritu organizativo.

O el poder proletario organizado, los obreros avanzados y una pequeña parte de campesinos avanzados comprenderán esta tarea y sabrán organizar a su alrededor al movimiento popular, en cuyo caso seremos los vencedores.

O no sabemos hacer esto, en cuyo caso nuestro enemigo, que es más fuerte en el aspecto técnico, nos derrotará inevitablemente.

¿Es esta la última batalla?

La dictadura del proletariado es una guerra encarnizada. El proletariado ha triunfado en un país, pero es aún débil internacionalmente. Debe unir en su derredor a todos los obreros y campesinos, sabiendo que la guerra no ha terminado. Aunque en nuestro himno cantemos que "Esta es nuestra última y decisiva batalla", lamentablemente no es del todo cierto; lamentablemente no es esta nuestra última y decisiva batalla. O ustedes son capaces de unir en esta batalla a los obreros y campesinos, o no obtendrán la victoria.

Jamás en la historia ha habido una lucha como la que estamos presenciando ahora; más de una vez ha habido guerras entre campesinos y terratenientes desde los primeros tiempos de la esclavitud. Tales guerras han ocurrido más de una vez, pero jamás ha habido una guerra de un poder estatal contra la burguesía de su propio país y contra la burguesía unida de todos los países.

El desenlace de la lucha depende de que tengamos éxito en organizar a los pequeños campesinos sobre la base del desarrollo de sus fuerzas productivas con la ayuda del poder proletario para ese desarrollo, porque de lo contrario lo harán

los capitalistas. En decenas de revoluciones pasó lo mismo, pero el mundo no ha visto todavía una guerra como la que libramos ahora. El pueblo no ha tenido forma de adquirir experiencia en guerras de este tipo. Nosotros mismos debemos crear esta experiencia y podemos confiar solamente en la conciencia de clase de los obreros y campesinos. Esta es la clave y la gran dificultad de esta tarea.

No debemos contar con el tránsito directo al comunismo

No debemos contar con el tránsito directo al comunismo. Debemos construir sobre la base del interés personal del campesino. Nos dicen: "El interés personal del campesino significa restaurar la propiedad privada". No, nunca impedimos la propiedad individual de los artículos de consumo e instrumentos de producción en relación con el campesino. Hemos abolido la propiedad privada de la tierra y los campesinos han trabajado la tierra de la que no son propietarios, tierras arrendadas, por ejemplo. Este sistema existe en muchos países. No hay nada imposible en ello desde el punto de vista económico. La dificultad está en despertar el interés personal. También debemos dar a cada especialista un estímulo para que esté interesado en el desarrollo de la producción.

¿Hemos sido capaces de lograrlo? ¡No! Pensamos que la producción y la distribución se realizarían sólo por mandato comunista en un país con un proletariado desclasado. Debemos modificar esto ahora porque si no no podremos hacer que el proletariado comprenda este proceso de transición. Nunca se habían planteado antes en la historia tales tareas. Tratamos de resolverlas en forma directa, por un ataque frontal, por así decirlo, pero sufrimos una derrota. Tales errores se cometen en toda guerra y ni siquiera son considerados como errores. Fracasado el ataque frontal, haremos un movimiento de flanco y utilizaremos también el método del asedio y el debilitamiento.

El principio de la iniciativa personal y la responsabilidad

Nosotros decimos que cada importante rama de la economía nacional debe ser construida sobre el principio de la iniciativa personal. La discusión debe ser colectiva, pero la responsabilidad debe ser individual. A cada paso sufrimos por nuestra incapacidad de llevar a la práctica este principio. La Nueva Política Económica exige que esta línea de demarcación se fije con absoluta precisión, con toda exactitud. Cuando el pueblo se encontró en las nuevas condiciones económicas inmediatamente comenzó a discutir qué resultaría de ello y cómo debían ser reorganizadas las cosas. No podía iniciarse nada sin esta discusión general porque durante décadas y siglos se había prohibido al pueblo discutir cualquier cosa y la revolución no podía desarrollarse sin un período en el cual el pueblo realizara reuniones en todas partes para todos los problemas.

Esto ha creado mucha confusión. Esto fue así y fue inevitable; pero debemos decir que no fue peligroso. Si aprendemos oportunamente a separar lo que es adecuado para las reuniones de lo que es adecuado para gobernar, tendremos éxito en elevar a la república soviética a la altura que le corresponde. Pero lamentablemente todavía no hemos aprendido a hacerlo y la mayor parte de nuestros congresos no se realizan en forma práctica ni mucho menos.

En cantidad de congresos superamos a todos los países del mundo. Ninguna república democrática realiza tantos congresos como nosotros; por otra parte, tampoco pueden permitirlo.

Debemos recordar que el nuestro es un país que ha perdido mucho y que se ha empobrecido y que debemos enseñarle a realizar reuniones de tal manera que no confunda, como he dicho, lo que es adecuado para las reuniones con lo que es adecuado para gobernar. Realicen reuniones, pero gobiernen sin la menor vacilación; y gobiernen con mayor firmeza de lo que lo hizo el capitalista antes que ustedes. De lo contrario no podrán derrotarlo. Deben recordar que es necesario gobernar con mayor firmeza y rigor que antes.

Después de muchos meses de reuniones, la disciplina del Ejército Rojo no era inferior a la disciplina del antiguo Ejército. Se aplicaron medidas severas, rigurosas, que llegaron incluso al fusilamiento, medidas que no fueron empleadas siquiera por el anterior Gobierno. Los pequeñoburgueses vociferaron y escribieron: "Los bolcheviques han implantado el fusilamiento". Y respondimos: "Sí, lo hemos implantado, y lo hicimos conscientemente".

Debemos decir: o aquellos que quieren aplastarnos —y de los que nosotros pensamos que deben ser destruidos— deben perecer, en cuyo caso nuestra república soviética vivirá; o vivirán los capitalistas y, en ese caso, perecerá la república. En un país empobrecido perecerán quienes no sepan adaptarse o será la república obrera y campesina la que perezca. En esto no hay elección posible ni puede haberla; tampoco tiene que existir ningún tipo de sentimentalismo. Este en la guerra es un crimen no menor que la cobardía. Quien en estos momentos se aparte de la disciplina y el orden deja que el enemigo entre en nuestro medio.

Por eso afirmo que la Nueva Política Económica tiene también su aspecto educacional. Ustedes discuten aquí métodos de educación. Ustedes deben llegar a decir que entre nosotros no hay lugar para quienes no hayan aprendido lo necesario. Cuando llegue el comunismo los métodos de enseñanza serán más suaves. Pero por ahora afirmo que la enseñanza debe ser severa; de lo contrario, pereceremos.

¿Sabremos trabajar para nosotros?

Hemos tenido desertores en el Ejército y también en el frente laboral. Debemos decir que, en el pasado, ustedes trabajaban para los capitalistas, para los explotadores, y, naturalmente, trabajaban mal; pero ahora trabajan

para ustedes, para el poder obrero y campesino. Recuerden que debemos resolver el problema de si sabremos trabajar para nosotros, porque de lo contrario, repito, nuestra república perecerá. Y decimos, como ya lo dijimos en el Ejército: o todos los que desean nuestra destrucción deben perecer, o bien debemos emplear las más estrictas medidas disciplinarias y así salvar a nuestro país; y nuestra república vivirá.

Esta debe ser nuestra línea; por eso (entre otras cosas) necesitamos la Nueva Política Económica.

Todos deben participar en la administración. Junto a ustedes estarán los capitalistas —incluso los capitalistas extranjeros, concesionarios y arrendatarios—, que les sacarán el cien por cien de ganancia y se enriquecerán junto a ustedes. Que se enriquezcan; ustedes, entre tanto, aprenderán de ellos cómo dirigir la economía, y sólo entonces podrán edificar la república comunista. Si se tiene en cuenta la necesidad que existe de aprender con rapidez, toda debilidad a este respecto es un grave delito. Y debemos pasar por este aprendizaje duro, severo, cruel a veces, ya que no hay otra salida.

Deben recordar que nuestra tierra soviética, empobrecida luego de largos años de sufrimientos y de pruebas, no tiene como vecinos a una Francia o a una Inglaterra socialistas, que podrían ayudarla con su alto nivel técnico e industrial. ¡Tengan esto en cuenta! Debemos recordar que en la actualidad toda su alta técnica y su desarrollada industria pertenecen a los capitalistas, que actúan contra nosotros.

Debemos recordar que debemos hacer el máximo esfuerzo en nuestro trabajo diario o estaremos inevitablemente perdidos.

En virtud de la situación actual, todo el mundo se desarrolla con mayor rapidez que nosotros. Al desarrollarse, el mundo capitalista dirige todas sus fuerzas contra nosotros. ¡Así está planteada la cuestión! He aquí por qué tenemos que dedicar una atención especial a esta lucha.

Dado nuestro atraso cultural, nos es imposible aplastar al capitalismo mediante un ataque frontal. Si nos halláramos en otro nivel cultural, podríamos resolver el problema de un modo más directo, quizás así lo hagan otros países cuando les llegue el momento de edificar sus repúblicas comunistas. Pero nosotros no podemos hacerlo de un modo directo.

El Estado debe aprender a comerciar de tal modo que la industria satisfaga las necesidades del campesinado, de modo que el campesinado pueda satisfacer sus necesidades por medio del comercio. Hay que organizar las cosas de tal modo que todo los que trabajan pongan sus esfuerzos para el fortalecimiento del Estado obrero y campesino. Sólo entonces podremos crear la gran industria.

Es preciso que esta idea penetre en la conciencia de las masas y no sólo que sean conscientes de esto, sino que lo pongan en práctica. Esto —en mi opinión— indica cuáles deben ser las funciones de la Comisión Central de Educación Política.

Después de cada cambio político profundo el pueblo necesita mucho tiempo para llegar a asimilarlo. Y aquí surge el problema de si el pueblo ha asimi-

lado las lecciones que ha recibido. Con profundo pesar debemos contestar que no. Si hubiera asimilado las lecciones habiéramos comenzado a crear la gran industria con mucha más rapidez y mucho antes.

Después de haber solucionado el problema del más grande cambio político de la historia se nos plantean otros problemas, los culturales, que podrían denominarse "asuntos menores". Este cambio político debe ser asimilado, debemos ayudar a que las masas lo comprendan. Debemos lograr que este cambio político no quede como una simple declaración.

Métodos obsoletos

En su momento necesitábamos manifiestos, decretos y declaraciones. Ya tenemos suficiente de ellos. En su momento los necesitábamos para mostrar al pueblo cómo y qué queríamos construir, qué cosas nuevas y nunca vistas queríamos alcanzar. Pero ¿es posible que continuemos mostrándole al pueblo qué queremos construir? ¡No, no es posible! En tal caso, incluso el obrero más simple se burlará de nosotros y nos dirá: "Basta de mostrarnos qué quieren construir; muéstrennos que pueden construir ustedes. ¡Si ustedes no pueden construir no estamos con ustedes y pueden irse al diablo!". Y tendrá razón.

Ha pasado el tiempo en que era necesario dibujar cuadros políticos de las grandes tareas; hoy estas tareas deben realizarse en la práctica. Hoy se nos plantean las tareas culturales, las de asimilar la experiencia política que puede y debe ser llevada a la práctica. O sentamos una base económica para las conquistas políticas del Estado soviético, o las perderemos todas. Por ahora no existe tal base. Y esa es la tarea que debemos emprender.

Elevar el nivel cultural es una de las tareas más urgentes que se nos plantean. Y esta es la tarea que deben realizar las comisiones de educación política, si es que son capaces de servir a la causa de la "educación política", que es el nombre que han elegido. Es fácil ponerse un nombre, pero ¿se cumple la tarea que el mismo impone? Esperemos que después de este Congreso se cuente con información exacta sobre ello. El 19 de julio de 1920 se creó una comisión para la liquidación del analfabetismo. Antes de venir a este Congreso leí expresamente el decreto correspondiente. La comisión se denomina Comisión de toda Rusia para la Liquidación del Analfabetismo... Más todavía: Comisión Extraordinaria para la Liquidación del Analfabetismo. Esperamos que después de este Congreso se reciba información sobre lo que se ha hecho en este terreno y en cuántas provincias, y que el informe sea concreto. Pero el solo hecho de haber tenido que crear una comisión extraordinaria para la liquidación del analfabetismo muestra que somos gente (¿cuál es el término más suave que puedo utilizar para ello?), bueno, algo así como semisalvaje, porque en un país donde la gente no es semisalvaje sería considerado una vergüenza tener que crear una comisión extraordinaria para la liquidación del analfabetismo;

en esos países el analfabetismo es liquidado en las escuelas. Sus escuelas son tolerablemente buenas y en ellas se enseña a la gente. ¿Qué se le enseña? A leer y escribir, en primer lugar. Pero si nosotros no hemos resuelto todavía este problema elemental es ridículo hablar de una Nueva Política Económica.

El mayor de los milagros

¿Cómo se puede hablar de una nueva política? Permita Dios que nos mantengamos de alguna manera en la vieja política, si para liquidar el analfabetismo debemos recurrir a medidas extraordinarias. Esto es evidente. Pero es todavía más evidente que hicimos prodigios, tanto en la esfera militar como en otras. El mayor prodigio de todos, creo yo, sería liquidar por completo a la propia Comisión para la Liquidación del Analfabetismo y que no surjan proyectos, como los que he oído aquí, para separarla del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública. Si esto es así, si ustedes reflexionan, estarán de acuerdo conmigo en que habría que crear una comisión extraordinaria para la liquidación de los malos proyectos.

Más aún: no basta liquidar el analfabetismo; es necesario además construir la economía soviética, y para ello no iremos muy lejos con sólo saber leer. Debemos elevar la cultura a un nivel mucho más alto. Un hombre debe hacer uso de su capacidad de leer y escribir, debe tener algo para leer, debe tener periódicos y folletos de propaganda, que deben distribuirse adecuadamente y llegar al pueblo y no perderse por el camino, como suele ocurrir ahora, de modo tal que la mitad no se leen y el resto es utilizado en las oficinas para distintos fines y, probablemente, ni la cuarta parte de ellos llega hasta el pueblo. Debemos aprender a utilizar lo poco que tenemos.

He aquí por qué, en relación con la Nueva Política Económica, tenemos que exponer incansablemente la idea de que la educación política exige a toda costa una elevación de la cultura. Es preciso lograr que la capacidad de leer y escribir sirva a la elevación cultural, que el campesino tenga la oportunidad de aplicar su capacidad de leer y escribir para mejorar su propia hacienda y su Estado.

Las leyes soviéticas son muy buenas porque conceden a todo el mundo la oportunidad de combatir la burocracia y el papelco, oportunidad que en ningún Estado capitalista tienen los obreros y campesinos. Pero ¿quién aprovecha esa oportunidad? ¡Casi nadie! Y no sólo los campesinos, sino un porcentaje enorme de comunistas no saben aprovechar las leyes soviéticas para combatir el papelco, la burocracia o ese fenómeno auténticamente ruso que es el soborno. ¿Qué es lo que impide luchar contra ese fenómeno? ¿Nuestras leyes? ¿Nuestra propaganda? ¡Al contrario! ¡Hay tantas leyes como se quiera! ¿Por qué, entonces, no tenemos éxito en esta lucha? Porque no se puede luchar sólo por medio de la propaganda; ello sólo es posible cuando ayuda la masa popular. Por lo menos la mitad de nuestros comunistas son incapaces de luchar,

sin mencionar a aquellos que son un estorbo en la lucha. Por cierto, el 99% de ustedes son comunistas y ustedes saben que estamos realizando una operación contra estos últimos comunistas. La operación la realiza la Comisión para la Depuración del Partido y tenemos la esperanza de eliminar de nuestro partido a unos cien mil afiliados. Algunos dicen doscientos mil, y me gusta mucho más esta cifra.

Confío firmemente en que expulsaremos de nuestro partido entre cien mil y doscientos mil comunistas que se han adherido a él y que no sólo son incapaces de combatir el papeleo y el soborno, sino que incluso son un estorbo en esta lucha².

Las tareas de los educadores políticos

Si depuramos al Partido de unos doscientos mil afiliados será beneficioso, pero sólo representa una ínfima parte de lo que debemos hacer. Las comisiones de educación política deben adaptar toda su actividad a este objetivo. El analfabetismo debe ser combatido, pero no basta con que se sepa leer solamente; necesitamos también la cultura que nos enseña a combatir el papeleo y el soborno. Esta es una úlcera que ninguna victoria militar ni reforma política pueden curar; por la misma esencia de las cosas, sino únicamente elevando el nivel cultural. Y esta es una tarea que corresponde a las comisiones de educación política.

Los educadores políticos no deben comprender su tarea como si fueran funcionarios, como ocurre con frecuencia, por ejemplo cuando la gente discute si los representantes de comisiones de educación política provinciales deben incorporarse o no a las conferencias económicas provinciales. Disculpenme por decirlo, pero no creo que ustedes deban incorporarse a ninguna oficina, ustedes deben realizar las tareas como simples ciudadanos. Cuando se incorporan a una oficina se convierten en burócratas, pero si tienen contacto con el pueblo y tratan de esclarecerlo políticamente, la experiencia les dirá que el pueblo políticamente esclarecido no admite el soborno. Actualmente el soborno nos rodea por todas partes. Les preguntarán: "¿Cómo hacer para liquidar el soborno; para que en determinado comité ejecutivo fulano no acepte el soborno?". Les pedirán que enseñen al pueblo a terminar con esto. Y si un educador político responde: "Esto está fuera de nuestra jurisdicción" o "hemos publicado folletos y proclamas sobre el asunto", el pueblo le dirá: "Es un mal afiliado del Partido; es verdad que no es de su jurisdicción, para eso está la

2 Luego del X Congreso del Partido se llevó adelante la resolución de depuración, medida inicialmente propuesta por la "Oposición Obrera" en el IX Congreso. Se expulsó del Partido 136.836 miembros, de los cuales el 11% fue acusado de "indisciplina"; 34% de "pasividad"; 25% de "delitos leves"; 9% de "faltas graves" como chantaje, soborno y corrupción. La medida tuvo el objetivo de luchar contra el burocratismo en el Partido de Gobierno [NidE].

Inspección Obrera y Campesina, pero usted también es miembro del Partido". Fueron ustedes quienes escogieron el nombre de educadores políticos. Cuando escogieron ese nombre se les advirtió: no sean tan ambiciosos, busquen un nombre más modesto. Pero insistieron en el de educadores políticos y este nombre implica mucho. Ustedes no tomaron el nombre de educadores comunes, sino el de educadores políticos. Puede ocurrir que les digan: "Está muy bien enseñar al pueblo a leer, escribir y realizar campañas económicas; todo eso está muy bien, pero no es educación política, porque educación política es la suma total de todo esto".

Nosotros hacemos propaganda contra la barbarie y contra úlceras tales como el soborno, y espero que ustedes también lo hagan; pero la educación política es mucho más que esta propaganda; significa resultados prácticos, significa enseñar al pueblo cómo obtener estos resultados y ser un ejemplo para los demás, no como miembros de un comité ejecutivo, sino como simples ciudadanos que, por estar políticamente más educados, no sólo saben protestar contra el papeleo burocrático —esto se hace con frecuencia entre nosotros—, sino también demostrar en la práctica cómo se vence este mal. ¡Este es un arte muy difícil, que no podremos practicar hasta que se eleve el nivel general de la cultura, hasta que la masa de obreros y campesinos sea más culta que ahora! Y en lo que se refiere a esta tarea quiero llamar muy especialmente la atención de la Comisión Central de Educación Política.

Descarta ahora resumir todo lo que he dicho y sugerir soluciones prácticas para los problemas que se les plantean a las comisiones de educación política provinciales.

Los tres enemigos principales

Según mi opinión, hay tres enemigos principales, al margen de las funciones de dirección de cada uno; estas tareas están ante el educador político, si es un comunista, y la mayor parte de los educadores políticos lo son. Los tres enemigos principales que están ante él son: el primero, el engrheimiento comunista; el segundo, el analfabetismo; el tercero, el soborno.

El primer enemigo: el engrheimiento comunista

Es engrheimiento comunista el de un miembro del Partido Comunista que todavía no ha sido excluido y que piensa que puede resolver todos sus problemas mediante decretos comunistas. Por el solo hecho de ser miembro del partido dirigente y trabajar en determinados organismos estatales se figura que tiene el derecho de hablar de los resultados de la educación política. ¡Nada de eso! Eso es sólo engrheimiento comunista. Aquí se trata de aprender a impartir una educación política, pero esto todavía no lo hemos aprendido, no hemos aprendido todavía a encarar el asunto debidamente.

El segundo enemigo: el analfabetismo

En cuanto al segundo enemigo —el analfabetismo—, puedo decir que mientras en nuestro país exista una cosa como el analfabetismo hablar de educación política es demasiado. Esto no es un problema político; es una condición sin la cual es imposible hablar de política. Una persona analfabeta se halla fuera de la política; debe aprender primero su abecé. Sin eso no puede haber política; sin eso hay rumores, habladurías, fábulas, prejuicios, pero no política.

El tercer enemigo: el soborno

Finalmente, si existe una cosa como el soborno, si este es posible, entonces, no se puede hablar de política. Aquí ni siquiera nos aproximamos a ella ni se puede hacer política, porque toda medida quedaría suspendida en el aire y no llevaría a resultado práctico alguno. Una ley que se aplique en condiciones que permiten que el soborno esté difundido sólo puede empeorar las cosas. En tales condiciones es imposible realizar política alguna, ya que falta la condición básica para ocuparse de ella. Para esbozar ante el pueblo nuestras tareas políticas, para señalar a las masas populares: "Estas son las cosas por las cuales debemos luchar" (y esto es lo que deberíamos estar haciendo), tenemos que comprender que es imprescindible un nivel cultural más alto de las masas. Y debemos lograr ese nivel más alto; de otra manera será imposible resolver realmente nuestros problemas.

Diferencia entre los problemas militares y culturales

El problema cultural no puede solucionarse con igual rapidez que los problemas políticos y militares. Se debe comprender que las condiciones para seguir avanzando ya no son las de antes. En un período de crisis aguda es posible lograr una victoria política en pocas semanas. Es posible alcanzar la victoria en la guerra en pocos meses; pero es imposible lograr una victoria cultural en un período tan corto. Por su esencia requiere un período más largo, debemos ajustarnos a este período más largo, planificar nuestro trabajo de acuerdo con eso, desplegar mayor tenacidad y persistencia y emplear el mejor método. Sin estas cualidades es imposible comenzar siquiera el trabajo de educación política. Sólo podremos medir los resultados de la educación política por los avances logrados en la industria y la agricultura. No sólo debemos eliminar el analfabetismo y el soborno que persiste en el terreno del analfabetismo, sino que debemos hacer que el pueblo acepte realmente nuestra propaganda, nuestra guía y nuestros folletos para que el resultado pueda ser un avance en la economía nacional.

Tales son las funciones de las comisiones de educación política vinculadas a la Nueva Política Económica, y espero que este Congreso nos ayude a alcanzar mayores éxitos en este terreno.

CARTA AL CONGRESO¹

14 de diciembre de 1922

I

Recomiendo con insistencia que se proceda, en este congreso, a una serie de cambios en nuestro régimen político.

Quiero hacerles conocer algunas reflexiones que considero de particular importancia.

En primer lugar, propongo aumentar el número de los miembros del Comité Central a varias decenas, o incluso a un centenar. Me parece que nuestro Comité Central se vería amenazado por graves peligros si el curso de los acontecimientos no nos fuese perfectamente favorable (y no podemos contar con eso), si no llevamos a cabo esa reforma.

Luego pienso proponer al congreso que otorgue un carácter legislativo, en ciertas condiciones, a las decisiones de la Comisión de Planificación del Estado [Gosplan], accediendo en este punto a los deseos del camarada Trotsky, en cierta medida y en determinadas condiciones.

En lo que respecta al primer punto, es decir, al aumento del número de miembros del Comité Central, pienso que es necesario tanto para elevar la autoridad del CC como para mejorar a fondo nuestro aparato, y también para impedir que los conflictos de pequeños sectores del Comité Central adquieran una importancia demasiado grande para los destinos del Partido.

Me parece que nuestro partido puede muy bien pedir para el Comité Central cincuenta a cien miembros de la clase obrera y que esta los proporcionará sin una tensión excesiva de sus fuerzas.

Semejante reforma aumentaría notablemente la solidez de nuestro partido y le facilitaría la lucha que sostiene en un ambiente de Estados hostiles, lucha que en mi opinión puede y debe agravarse enérgicamente en los años

¹ Dictado entre el 14 de diciembre de 1922 y el 4 de enero de 1923. A fines de diciembre de 1922, el ya inválido Lenin, desde la cama, comenzó a dictar una carta al XIII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética. Esta carta, a la que se suele llamar el "testamento" político de Lenin, se leyó a los delegados del XIII Congreso, realizado en mayo de 1924, a quienes se propuso no publicarlo y mantenerlo en secreto. Una primera versión de este texto fue difundida por Max Eastman, militante del Partido Comunista norteamericano que simpatizaba con Trotsky, en 1925. Fue hecho público en Rusia en el XX Congreso por Jrushchov en 1956, publicado ese mismo año en el número 9 de la revista *Kommunist* y como folleto, en ruso [Nde].

próximos. Me parece que la estabilidad del partido será reforzada en enorme grado por la adopción de esa medida.

Lenin

14/12/1922

Anotado por M.V.²

II. Continuación de las notas

24 de diciembre de 1922

Cuando hablo de estabilidad del Comité Central me refiero a las medidas que hay que tomar contra la escisión hasta donde tales medidas pueden ser tomadas en general. Porque es claro que el guardia blanco de *Ruskyja Myl* (creo que era S. F. Oldenburg) tenía razón cuando, en el juego que los guardias blancos desarrollaban contra la Rusia soviética, apostaba, en primer lugar, a una escisión en nuestro partido y cuando, en segundo término, para esa escisión, apostaba a la existencia de graves divergencias dentro del Partido.

Nuestro partido se apoya en dos clases, por lo tanto su inestabilidad sería posible y su caída, inevitable, si no pudiera establecerse el acuerdo entre las dos clases. En tal eventualidad sería vano tomar tales o cuales medidas o discurrir en general sobre la estabilidad de nuestro CC. En ese caso, ninguna medida sería capaz de impedir la escisión. Sin embargo, espero que todo eso pertenezca a un futuro demasiado alejado y constituya un acontecimiento demasiado improbable para que haya que hablar de él.

Me refiero a la estabilidad como garantía contra la escisión en un porvenir cercano y me propongo analizar aquí una serie de consideraciones de orden puramente personal.

Pienso que, en ese sentido, el punto esencial en el problema de la estabilidad son los miembros del Comité Central tales como Stalin y Trotsky. Las relaciones entre ellos constituyen, en mi opinión, lo principal de ese peligro de escisión que se podría evitar, para lo cual, entre otras cosas, serviría, creo yo, el aumento de los miembros del Comité Central llevado a cincuenta o cien personas.

El camarada Stalin, convertido en secretario general, ha concentrado en sus manos un poder ilimitado y no estoy seguro de que siempre sepa utilizarlo con la suficiente prudencia. Por otra parte, el camarada Trotsky, como ya lo demostró su lucha contra el Comité Central en el problema del Comisariado del Pueblo para las vías de Comunicación³, no se destaca sólo por sus

2 María Volodicheva [NdE].

3 Lenin hace referencia a la propuesta de Trotsky de imponer medidas de excepción para reorganizar el transporte ferroviario, como medio logístico vital para el triunfo del Ejército Rojo en la guerra civil, al conjunto de la economía [NdE].

eminentes capacidades. Personalmente tal vez sea el hombre más capaz del actual CC, pero ha demostrado excesiva confianza en sí mismo y se ha mostrado demasiado atraído por el aspecto puramente administrativo de los asuntos.

Estas dos cualidades de dos líderes eminentes del Comité Central actual podrían llevar incidentalmente a una escisión; y si nuestro partido no toma las medidas necesarias para oponerse a ello, la escisión puede producirse en forma inesperada.

No seguiré caracterizando a los otros miembros del CC por sus cualidades personales. Me conformaré con recordar que el episodio de Octubre de Zinoviev y Kamenev⁴ no fue, por cierto, un hecho accidental, pero no puede serle(s) imputado como un delito personal, lo mismo que el no bolchevismo de Trotsky.

En lo que respecta a los miembros jóvenes del Comité Central, quiero decir unas palabras sobre Bujarin y Piatakov. Son, en mi opinión, los hombres más sobresalientes (entre los más jóvenes) y en relación con ellos no habrá que perder de vista lo siguiente: Bujarin no es sólo el teórico más valioso y destacado del Partido, sino que además es considerado, merecidamente, el preferido de todo el Partido; sin embargo, sus conceptos teóricos sólo pueden ser considerados desde todo punto de vista marxistas con la mayor reserva porque hay en él algo de escolástico (no ha estudiado nunca y pienso que jamás ha entendido del todo la dialéctica).

25/12

A continuación, Piatakov, dotado sin duda alguna de una gran voluntad y de capacidades eminentes, se deja sin embargo arrastrar demasiado por las prácticas de administración y por el aspecto administrativo de las cosas como para que se pueda confiar en él en un problema político serio.

Por cierto que ambas observaciones las hago sólo para el momento presente, en la hipótesis de que estos dos militantes destacados y abnegados encontrarán la ocasión de completar sus conocimientos y de remediar sus insuficiencias.

Lenin

25/12/1922

Anotado por M.V.

Agregado a la carta del 24 de diciembre de 1922

Stalin es demasiado grosero, y este defecto, perfectamente tolerable en nuestro medio y en las relaciones entre nosotros los comunistas, se torna intolerable en las funciones de secretario general. Por lo tanto, propongo a los camaradas

4 En octubre de 1917 Kamenev y Zinoviev se opusieron a preparar la insurrección alegando que la situación no estaba "madura". Ver a este respecto el texto de Lenin "¿Podrán los bolcheviques mantenerse en el poder?", en el presente tomo [NdlE].

que reflexionen sobre el modo de desplazar a Stalin de ese cargo y de nombrar a otra persona que tenga sobre el camarada Stalin una sola ventaja: la de ser más tolerante, más leal, más cortés y más atento para con los camaradas, de un humor menos caprichoso, etc. Estas características podrán parecer un ínfimo detalle. Pero, en mi opinión, para protegernos de la escisión, y teniendo en cuenta lo que escribí más arriba sobre las relaciones entre Stalin y Trotsky, no se trata de un detalle, o bien es un detalle que puede adquirir una importancia decisiva.

Lenin

4/1/1923

Anotado por L.F.⁵

III. Continuación de las notas

26 de diciembre de 1922

El aumento del número de miembros del Comité Central, llevado a cincuenta o incluso a cien personas, debe tender, a mi criterio, a un doble o incluso un triple objetivo: cuantos más miembros haya en el Comité Central tantas más personas habrán aprendido su trabajo y tanto menor llegará a ser el peligro de una escisión debido a una imprudencia. La incorporación de numerosos obreros al Comité Central ayudará a los obreros a mejorar nuestro aparato, que es verdaderamente defectuoso. A decir verdad, lo hemos heredado del antiguo régimen y era absolutamente imposible modificarlo en tan corto plazo, sobre todo en tiempos de guerra, durante el hambre, etc. Por consiguiente, a los "críticos" que con su sonrisa de ironía o con malignidad nos señalan los defectos de nuestro aparato podemos contestarles con tranquilidad que no entienden en modo alguno las condiciones de la actual revolución. En términos generales, es imposible modificar un aparato, en una medida suficiente, en cinco años, dadas sobre todo las condiciones en que se realizó entre nosotros la revolución. Nos basta con haber creado en cinco años un Estado de nuevo tipo, en el que los obreros marchan a la cabeza de los campesinos contra la burguesía, cosa que, en la situación internacional hostil a nosotros, es ya una obra gigantesca. Pero ese sentimiento no debe hacernos olvidar de ninguna manera que en resumen hemos tomado el viejo aparato al Zar y a la burguesía y que ahora, con el advenimiento de la paz y con un mínimo de garantía contra el hambre, todos los esfuerzos deben tender a mejorar el aparato.

Veó las cosas de la siguiente manera: algunas decenas de obreros que entraran en el Comité Central podrían, mejor que nadie, dedicarse a verificar, mejorar y modificar nuestro aparato. La Inspección Obrera y Campesina, que

⁵ Lydia Fotieva [NdE].

tenía esa función al principio, ha demostrado ser incapaz de cumplirla; por lo tanto, sólo puede servir, en ciertas condiciones, de "apéndice" o auxiliar de estos miembros del Comité Central. Los obreros que formen parte del Comité Central no deben, en mi opinión, ser reclutados principalmente entre los que han realizado un prolongado trabajo en el seno de los sóviets (entre los obreros que designo en este pasaje de mi carta ubico siempre también a los campesinos), porque entre esos obreros se han creado ya ciertas tradiciones y prejuicios que precisamente es necesario combatir.

Los obreros que se incorporen al Comité Central deben ser, de preferencia, personas que se encuentren por debajo de la capa de los que en los últimos cinco años han pasado a ser funcionarios soviéticos, y deben hallarse más cerca de los simples obreros y campesinos que, sin embargo, no entren, directa o indirectamente, en la categoría de explotadores. Creo que esos obreros, que asistirán a todas las reuniones del Comité Central y del Buró Político y que leerán todos los documentos del Comité Central, pueden ser cuadros fieles al régimen soviético, capaces, en primer lugar, de dar estabilidad al propio Comité Central, y, en segundo lugar, de trabajar realmente en la renovación y mejoramiento del aparato.

Lenin

26/12/1922

Anotado por L.F.

Atribuciones de funciones legislativas al Gosplan

Esta idea ha sido formulada desde hace tiempo, creo, por el camarada Trotsky. Yo me pronuncié en contra de ella porque opinaba que entonces se produciría una discordia fundamental en el sistema de nuestras instituciones legislativas. Pero después de un examen atento compruebo que en el fondo eso contiene una idea sana, a saber: la Comisión de Planificación del Estado se mantiene un tanto apartada de nuestras instituciones legislativas, a pesar de que, como conjunto de personas competentes, de expertos, de representantes de la ciencia y de la técnica, posee en realidad los mejores elementos para juzgar con acierto las cosas.

Sin embargo, hasta ahora partíamos del punto de vista de que el Gosplan debe proporcionar al Estado un material analizado con espíritu crítico, en tanto que las instituciones del Estado deben resolver los asuntos estatales. Pienso que en la situación actual, en que los asuntos estatales se han complicado extraordinariamente, en que a cada rato hay que resolver, mezclados, problemas que necesitan de la competencia de los miembros del Gosplan, y otros que no la necesitan; y más aún, resolver asuntos algunos de cuyos puntos requieren la experiencia del Gosplan, mezclados con puntos que no la requieren, pienso

que en el momento actual es preciso dar un paso hacia la extensión de la competencia de la Comisión de Planificación del Estado,

Concibo la medida de esta manera: las decisiones del Gosplan no podrán ser anuladas por la vía ordinaria de los sóviets, sino que su revisión requerirá un procedimiento especial, por ejemplo la remisión del problema a una sesión del Comité Ejecutivo Central de Rusia, el estudio del problema por reconsiderar según instrucciones especiales que impliquen la redacción, sobre la base de reglas especiales, de informes que permitan ponderar si tal decisión tiene que ser anulada; por último, la fijación de un plazo determinado a fin de considerar el problema del Gosplan, etcétera.

En ese sentido, pienso que se puede y se debe acceder al deseo del camarada Trotsky, pero no en lo que se refiere a que presida la Comisión de Planificación del Estado una persona elegida entre nuestros líderes políticos o el presidente del Consejo Superior de la Economía Nacional, etc. Me parece que aquí, en el momento actual, el problema personal se mezcla demasiado estrechamente con el problema de principio. Pienso que los ataques que se manifiestan hoy contra el presidente del Gosplan, el camarada Krzhizhansky, y su suplente, el camarada Piatkov, ataques que van contra ambos, de modo que por una parte escuchamos acusaciones de excesiva blandura, falta de independencia y de carácter, y por la otra acusaciones de incompetencia, de prepotencia, de insuficiente preparación científica, etc., pienso que tales ataques traducen dos aspectos del problema, pero exagerándolos al extremo, y que en realidad necesitamos en el Gosplan una hábil combinación de dos tipos de carácter, uno de los cuales puede ser ejemplificado por Piatkov y el otro por Krzhizhansky.

Creo que a la cabeza del Gosplan debe encontrarse una persona que tenga una formación científica, especialmente en el dominio técnico o agrónomo, y que posea una gran experiencia adquirida en el curso de varias decenas de años de trabajo práctico en el campo de la tecnología o de la agronomía. Creo que esa persona debe poseer no tanto aptitudes administrativas como amplia experiencia y capacidad para rodearse de colaboradores.

Lenin

27/12/1922

Anotado por M.V.

Continuación de la carta sobre el carácter legislativo de las decisiones del Gosplan

He observado en algunos de nuestros camaradas capaces de influir decisivamente sobre la marcha de los asuntos estatales una tendencia a exagerar el aspecto administrativo, que, por supuesto, es necesario en su lugar y momento,

pero que no hay que confundir con el aspecto científico, con la capacidad de rodearse de colaboradores, etcétera.

En toda institución del Estado, y sobre todo en el Gosplan, es imprescindible asociar esas dos cualidades, y cuando el camarada Krzhizhanowsky me dijo que ha incorporado a Piatkov y se ha entendido con él para su trabajo en el Gosplan, al dar mi conformidad por una parte tuve ciertas dudas y, por otra, alguna esperanza de ver reunidos ahí a los dos tipos de hombres de Estado. Para saber si esa esperanza se confirma habrá que esperar y ver en la experiencia un poco más tarde; pero en principio, en mi opinión, no cabe duda alguna de que esa conjunción de caracteres y tipos (de hombres, de cualidades) es absolutamente necesaria para el funcionamiento adecuado de las instituciones del Estado. Estimo que en esa materia un "administrativismo" exagerado es tan pernicioso como toda exageración en general. El dirigente de una institución del Estado debe tener en el más alto grado el don de rodearse de colaboradores y un grado suficiente de sólidos conocimientos científicos y técnicos para controlar su trabajo. Eso es lo fundamental. De lo contrario, el trabajo no puede realizarse en forma debida. Por otra parte, es muy importante que sepa administrar y que se haga secundar por una o varias personas cualificadas. La reunión de esas dos cualidades en una sola persona es poco probable y no creo que sea necesaria.

Lenin

28/12/1922

Anotado por L.F.

IV. Continuación de las notas sobre el Gosplan

El Gosplan se desarrolla al parecer en todos sus aspectos hacia una comisión de expertos. A la cabeza de semejante institución sólo puede ubicarse a una persona que posea una rica experiencia y una multifacética formación científica en el plano técnico. La competencia administrativa, en el fondo, debe desempeñar aquí un papel auxiliar. Es obligatoria cierta autonomía e independencia del Gosplan para asegurar la autoridad de dicho organismo científico, y tiene por única condición la buena fe de sus colaboradores y la honesta aspiración de los mismos a realizar nuestro plan de edificación económica y social.

Es evidente que esta última cualidad sólo puede hallarse ahora por excepción, ya que la inmensa mayoría de los científicos que constituyen naturalmente el Gosplan están contaminados, necesariamente, por las concepciones burguesas y los prejuicios burgueses. Controlarlos en ese sentido debe ser la tarea de varias personas, que pueden formar el presidium del Gosplan, que deben ser los comunistas, y observar, día tras día, a lo largo de todo el trabajo, el grado de fidelidad de los científicos burgueses, así como su renuncia a los prejuicios burgueses y su conversión gradual al punto de vista socialista. Este

doble trabajo de verificación científica y de administración para debería ser el ideal de los dirigentes del Gosplan de nuestra república.

Lenin

29/12/1922

Anotado por M.V.

¿Es racional dividir las tareas del Gosplan en misiones parciales o, por el contrario, hay que tender a formar un grupo de especialistas permanentes, controlados sistemáticamente por el presidium del Gosplan, capaces de resolver todo el conjunto de los problemas que dependen de su competencia? Pienso que este último procedimiento sería más racional y que hay que tender a disminuir la cantidad de las tareas parciales, provisionales y urgentes.

Lenin

29/12/1922

Anotado por M.V.

V. Continuación de las notas

(A propósito del aumento del número de miembros del Comité Central)

Al aumentar el número de miembros del Comité Central es necesario, creo, proceder también, y quizá principalmente, a la verificación y al perfeccionamiento de nuestro aparato, que no vale casi nada. Para ello tenemos que recurrir a los especialistas altamente calificados, y la tarea de proveer estos especialistas debe recaer en la Inspección Obrera y Campesina.

¿Cómo asociar a esos especialistas del control, poseedores de conocimientos suficientes, y a esos nuevos miembros del Comité Central?

Este problema debe ser solucionado en el plano práctico.

Me parece que la Inspección Obrera y Campesina (a raíz de su desarrollo y de nuestro desconcierto provocado por este) ha dado como resultado lo que observamos ahora, a saber: un estado de transición de un Comisariado del Pueblo especial a una función especial de los miembros del Comité Central; de un organismo que controla todas las cosas a un conjunto numéricamente pequeño, pero de primer orden, de inspectores que deben ser bien remunerados (esto es de particular necesidad en este siglo en el que todo se paga y cuando los inspectores se encuentran al servicio directo de instituciones que los remuneran mejor⁶).

6 La NEP promovió la descentralización y la independencia de los presupuestos de cada Comisariado o comisión especial para promover la competencia y la eficiencia, de allí que Lenin plantee el problema de los salarios para atraer especialistas para esta área [NdlE].

Si los miembros del Comité Central son aumentados como se debe y siguen de año en año un curso de dirección estatal con la ayuda de especialistas altamente cualificados, y de miembros de la Inspección Obrera y Campesina que gocen de alta autoridad, pienso que resolveremos con éxito esta tarea que durante tanto tiempo no hemos podido solucionar.

Por lo tanto, para resumir: hasta cien miembros en el Comité Central, con un máximo de cuatrocientos a quinientos auxiliares, miembros de la Inspección Obrera y Campesina, para controlar según sus indicaciones.

Lenin

29/12/1922

Anotado por M.V.

Continuación de las notas

El problema de las nacionalidades o de la "autonomía"

Creo que soy muy culpable, ante los obreros de Rusia, por no haber intervenido con suficiente energía y rigor en el famoso problema de la autonomía, llamado oficialmente, creo, problema de la unión de las repúblicas socialistas soviéticas⁷.

En el verano, en el momento en que surgió este problema, me encontraba enfermo, en otoño deposité excesivas esperanzas en mi curación y en la posibilidad de que las sesiones plenarias de octubre y diciembre me permitieran intervenir en ese problema. Pero no pude asistir a la sesión de octubre (dedicada a este problema) ni a la de diciembre; y así fue que la cuestión fue discutida por entero sin mi participación.

Sólo pude conversar con el camarada Dzerzhinski, quien a su regreso del Cáucaso me hizo saber cómo se planteaba ese problema en Georgia. Pude también cambiar dos palabras con el camarada Zinoviev y hacerle conocer mis temores al respecto. De la comunicación que me hizo el camarada Dzerzhinski, que se encontraba a la cabeza de la comisión enviada por el Comité Central para "investigar" el incidente georgiano, sólo pude extraer los temores más serios⁸. Si

7 A principios de 1922 se reunió la comisión que agrupaba a todas las repúblicas federadas. En la misma Stalin, presidente del Comisariado para Nacionalidades, presenta un proyecto de Constitución que centraliza el poder del Estado y otorga una vaga "autonomía" a las repúblicas adheridas a la Federación de Repúblicas Socialistas Soviéticas. La Federación debía dar paso a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. A pesar de que la reforma había sido propuesta por Lenin, este comienza a detectar que se lleva a cabo contra el espíritu inicial de dar igualdad a las repúblicas, promoviendo por el contrario la antigua tradición nacionalista gran rusa [NIE].

8 La Comisión del CC estaba encargada de investigar el incidente protagonizado entre Ordzhonikidze y los miembros del CC del Partido Comunista georgiano. Estos últimos, que se oponían a la conformación de una república federal transcaucásica que los unificaba con Armenia y Azerbaiyán, habían solicitado su adhesión a la Unión manteniendo su soberanía.

las cosas han llegado al punto en que Ordzhonikidze pudo extralimitarse hasta aplicar la violencia física, como me lo dijo el camarada Dzerzhinski, fácil es imaginar en qué fangal hemos caído. Al parecer toda esa empresa de la "autonomía" ha sido fundamentalmente errónea e inoportuna.

Se afirma que era necesaria la unidad del aparato. ¿De dónde emanaban esas afirmaciones? ¿No provenían acaso del mismo aparato de Rusia, que, como ya lo dije en un número anterior de mi diario, tomamos del zarismo, limitándonos a recubrirlo ligeramente con un barniz soviético?

Sin duda alguna, habríamos debido esperar con esa medida hasta el día en que pudiéramos decir que respondemos por nuestro aparato porque es nuestro. Pero ahora, en conciencia, debemos decir lo contrario: que denominamos nuestro a un aparato que, en los hechos, nos es fundamentalmente extraño y que representa una mezcla de supervivencias burguesas y zaristas; que nos fue en absoluto imposible transformarlo en cinco años, ya que no contábamos con la ayuda de otros países y predominaban las "ocupaciones" militares y la lucha contra el hambre.

En tales condiciones es muy natural que "la libertad de separarse de la unión", que nos sirve de justificación, aparezca como una fórmula burocrática incapaz de defender a los miembros de otras nacionalidades de Rusia contra la invasión del hombre auténticamente ruso, del chovinista gran ruso, de ese canalla y ese opresor que es en el fondo el burócrata ruso. No es dudoso que los obreros soviéticos y soviéticos, que se encuentran en proporción ínfima, lleguen a ahogarse en ese océano de inmundicia chovinista gran rusa como una mosca en la leche.

Para apoyar esta medida se dice que se han formado los comisariados del pueblo que se ocupan en forma directa de la psicología nacional, de la educación nacional. Pero entonces surge una pregunta: ¿es posible crear efectivamente estos comisariados del pueblo? Segunda pregunta: ¿hemos tomado con suficiente cuidado medidas para defender de veras a los pertenecientes a nacionalidades no rusas contra el típico matón genuinamente ruso? Pienso que no hemos tomado esas medidas, aunque habríamos podido y debido hacerlo.

Pienso que aquí desempeñó un papel fatal el apresuramiento de Stalin y su pasión administrativa, así como su resentimiento contra el famoso "social-nacionalismo". Por lo general, el resentimiento desempeña en política un papel de lo más desastroso.

Temo también que el camarada Dzerzhinski, que viajó al Cáucaso para investigar los "crímenes" de esos "socialnacionalistas", se haya también distinguido en eso sólo por un sentimiento auténtico ruso (se sabe que la gente rusificada de otras nacionalidades exagera siempre la nota del sentimiento auténticamente ruso) y que la imparcialidad de toda su comisión se caracterice en alto grado por

Ordzhonikidze se traslada a Georgia y destina al secretario del CC georgiano, y el resto de la dirección del Partido divide, en protesta a los malos tratos. La comisión se había conformado a instancias de Lenin, a quien los comunistas georgianos le habían dirigido sus reclamos [NdlE].

las "vías de hecho" de Ordzhonikidze. Pienso que provocación alguna, ni siquiera un ultraje, justifican estas vías de hecho rusas, y que el camarada Dzerzhinski cometió una falta irreparable al considerarlas con demasiada ligereza⁹.

Ordzhonikidze representaba el poder para todos los demás ciudadanos del Cáucaso. No tenía derecho a esa irritabilidad que invocaron él y Dzerzhinski. Por el contrario, Ordzhonikidze estaba obligado a comportarse con mayor ecuanimidad que cualquier ciudadano común y mucho más que el acusado de un crimen "político". Porque en el fondo los socialnacionalistas eran ciudadanos inculpadados de un delito político, y todo el ambiente del que estaba rodeada la acusación no podía calificarlos de otra manera.

Aquí se plantea ya un importante problema de principio: ¿cómo interpretar el internacionalismo?

Lenin

30/12/1922

Anotado por M.V.

Continuación de las notas

El problema de las nacionalidades o de la "autonomía" (continuación)

Yo he escrito, en mis obras sobre el problema nacional, que es en todo sentido vano formular en abstracto el problema del nacionalismo en general. Es indispensable distinguir entre el nacionalismo de la nación opresora y el de la nación oprimida, entre el nacionalismo de una gran nación y el de una pequeña.

En relación con el segundo nacionalismo, nosotros, los nacionales de una gran nación, nos hacemos casi siempre culpables, a través de la historia, de una infinidad de coerciones, y aun llegamos a cometer una infinidad de violencias y de ultrajes sin advertirlo. Sólo tengo que evocar mis recuerdos del Volga sobre la forma en que se maltrata entre nosotros a la gente de otras nacionalidades: al polaco, al tártaro, al ucraniano, al georgiano, y a los otros alógenos del Cáucaso sólo se los llama con mote pejorativos tales como "*poliachiška*", "*kinsi*", "*jigol*", "*kaphari chelovik*".

Por lo tanto, el internacionalismo por parte de la nación opresora, o así llamada "grande" (aunque sólo sea grande por su violencia, grande simplemente como lo es Dzerzhimorda [matón, NdlE]), debe consistir no sólo en el respeto a la igualdad formal de las naciones, sino también en una desigualdad que compense, por parte de la nación opresora, de la gran nación, la desigualdad que se manifiesta prácticamente en la vida. Quien no haya entendido esto no ha entendido tampo-

⁹ La comisión investigadora a cargo de Dzerzhinski había esculpado de toda falta política a Ordzhonikidze ante las acusaciones que le hacían los miembros de la dirección de los comunistas georgianos [NdlE].

co la actitud verdaderamente proletaria en relación con el problema nacional: ha quedado, en el fondo, en el punto de vista pequeñoburgués y, por consiguiente, no puede dejar de caer a cada instante en el punto de vista de la burguesía.

¿Qué es lo importante para el proletariado? Es importante, pero también esencial e indispensable, que se le asegure, en la lucha de clase proletaria, el máximo de confianza por parte de los componentes de otras nacionalidades. ¿Qué hace falta para ello? Para eso no sólo hace falta la igualdad formal, sino que también hay que compensar de una u otra manera, por su comportamiento o por las concesiones, la desconfianza, la sospecha, los resentimientos que a lo largo de la historia fueron engendrados en el hombre de otras nacionalidades por el Gobierno de la nación "imperialista".

Pienso que para los bolcheviques, para los comunistas, no es necesario explicar esto en más detalle. Y creo que aquí tenemos, en lo que concierne a la nación georgiana, el ejemplo típico del hecho de que una actitud verdaderamente proletaria exige que redoblemos la prudencia, la previsión y la conciliación. El georgiano que considera con desdén este aspecto del asunto, que lanza despectivas acusaciones de "socialnacionalismo" (cuando él mismo es no sólo un verdadero, un auténtico "nacionalnacionalista", sino además un brutal Derzhimorda gran ruso), ese georgiano viola en realidad los intereses de la solidaridad proletaria de clase, porque no hay otra cosa que más retrase el desarrollo y la consolidación de esa solidaridad como la injusticia nacional; nada hay que sea más sensible a los nacionales "ofendidos" como el sentimiento de igualdad y la violación de dicha igualdad, aunque sólo sea por negligencia o por broma, por sus camaradas proletarios. He ahí por qué, en el caso considerado, es preferible forzar la nota en el sentido del espíritu de conciliación y de bondad para con las minorías nacionales y no a la inversa. He ahí por qué, en el caso considerado, el interés fundamental de la solidaridad proletaria, y por lo tanto de la lucha de clase proletaria, exige que no observemos jamás una actitud puramente formal respecto del problema nacional, sino que tengamos siempre en cuenta la diferencia obligatoria en la actitud del proletario de una nación oprimida (o pequeña) hacia la nación opresora (o grande).

Lenin

31/12/1922

Anotado por M.V.

Continuación de las notas

¿Cuáles son, entonces, las medidas prácticas que hay que tomar en la situación así creada?

En primer lugar, hay que mantener y consolidar la unión de las repúblicas socialistas; no puede existir duda alguna en ese sentido. Esta medida nos es tan

necesaria como lo es para el proletariado mundial a fin de combatir contra la burguesía mundial y para defenderse contra las intrigas de esta.

En segundo término, es preciso mantener la unión de las repúblicas socialistas en lo que concierne al aparato diplomático. De paso, este es un aparato de excepción dentro del conjunto de nuestro aparato de Estado. No hemos admitido en él a una sola persona un tanto influyente del antiguo aparato zarista. En él, todo el personal de alguna autoridad está compuesto por comunistas. De tal modo, conquistó ya (y bien podemos decirlo) el nombre de aparato comunista probado, infinitamente más depurado de los elementos del antiguo aparato zarista, burgués y pequeñoburgués que los aparatos con que nos vemos obligados a conformarnos en los otros comisariados del pueblo.

En tercer lugar, hay que infligir un castigo ejemplar al camarada Ordzhonikidze (lo digo con tanta más pena dado que me cuento entre sus amigos personales y que milité con él en el extranjero, en la emigración), y también terminar de investigar o investigar de nuevo todos los materiales de la comisión Dzerzhinski, a fin de corregir la enorme cantidad de irregularidades y de juicios parciales que indudablemente existen allí. Se entiende que Stalin y Dzerzhinski son quienes deben ser hechos políticamente responsables de esa campaña nacionalista, de auténtica característica gran rusa.

En cuarto lugar, es necesario introducir las reglas más rigurosas en cuanto al empleo de los idiomas nacionales en las repúblicas no rusas que forman parte de nuestra Unión y verificar esas reglas con el máximo cuidado. No es dudoso que, con el pretexto de la unidad de los servicios ferroviarios, con el pretexto de la unidad fiscal, etc., surgirán entre nosotros, con nuestro aparato actual, una infinidad de abusos auténticamente rusos. Para luchar contra dichos abusos hace falta una inventiva muy especial, sin hablar ya de la especial sinceridad de los que emprenden esa lucha. Será necesario un código minucioso y sólo los nacionales que habitan la república serán capaces de elaborarlo con algún éxito. Por lo demás, de ninguna manera hay que jurar de antemano que después de todo ese trabajo no se opere, en el próximo Congreso de los Sóviets, un retroceso debido a que no mantenemos la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas sólo en el plano militar y diplomático y a que no restablecemos en todos los demás aspectos la total independencia de los diferentes comisariados del pueblo.

No hay que olvidar que la división de los comisariados del pueblo y la falta de coordinación de su funcionamiento con Moscú y otros centros pueden ser suficientemente neutralizadas por la autoridad del Partido si esta se ejerce con bastante cautela e imparcialidad; el perjuicio que puede causar a nuestro Estado la falta de aparatos nacionales unificados con el aparato ruso es infinita, incommensurablemente menor que el daño que resulta, no sólo para nosotros, sino también para toda la Internacional, para los centenares de millones de hombres de los pueblos de Asia, que aparecerán, después de nosotros, en el porvenir cercano, en el primer plano de la historia. Sería un oportunismo imperdonable el que, en vísperas de esa intervención del Oriente y al comienzo de su desper-

tar, socavásemos entre ellos nuestro prestigio con la menor grosería o injusticia hacia los pueblos de otras nacionalidades que habitan nuestro país. Una cosa es la necesidad de unirse contra los imperialistas de Occidente, defensores del mundo capitalista. Ahí no cabe duda alguna y resulta superfluo decir que apruebo totalmente estas medidas. Otra cosa es cuando nosotros mismos nos vemos colocados, aunque sólo sea en cuestiones de detalle, en relaciones imperialistas respecto de las nacionalidades oprimidas, socavando así por completo la sinceridad de nuestros principios, nuestra justificación primordial de la lucha contra el imperialismo. Ahora bien, la jornada de mañana, en la historia mundial, será justamente la del despertar definitivo de los pueblos oprimidos por el imperialismo y la del comienzo de una larga y áspera batalla decisiva por su liberación.

Lenin

31/12/1922

Anotado por M.V.

ANEXO I

Carta de Lenin a Stalin¹⁰

Al camarada Stalin

Rigurosamente secreto

Personal

Copia a los camaradas Kamenev y Zinoviev

Estimado camarada Stalin:

Ha tenido usted la grosería de llamar a mi mujer al teléfono e insolentarse. A pesar de que ella le haya hecho saber que estaba dispuesta a olvidar todo lo que le había dicho, todo lo sucedido ha llegado a conocimiento de Zinoviev y de Kamenev (que lo han sabido por usted). No tengo intención de olvidar tan fácilmente lo que ha sido hecho contra mi persona y no tengo necesidad de decirle que lo que ha sido hecho contra mi mujer lo considero hecho también contra mi persona. Por tanto, le ruego reflexionar y hacerme saber si está dispuesto a retirar sus palabras y a excusarse o si prefiere romper las relaciones entre nosotros. Con estima,

Lenin

5 de marzo de 1923

¹⁰ Publicado en *Contra la burocracia. Diario de las secretarías de Lenin*, Bs. As., Pasado y Presente, 1971 [NdE].

ANEXO II

Carta de Krupskaya a Kamenev¹¹

¡Lev Borisovich!

Stalin se permitió ayer una salida de tono de las más groseras contra mí, a propósito de cuatro palabras que me dictó Lenin con autorización de los médicos. No data de ayer mi entrada en el Partido. En el curso de estos treinta años no he escuchado nunca una sola palabra grosera de un camarada. Los intereses del Partido y de Ilich no me son menos caros que a Stalin. En estos momentos tengo necesidad de todo mi dominio sobre mí misma. Sé mejor que todos los médicos de qué se puede hablar y de qué no se puede hablar a Ilich, ya que sé lo que le altera y lo que no, y en cualquier caso lo sé mejor que Stalin.

No me cabe ninguna duda en cuanto a la decisión unánime de la Comisión de Control con la que Stalin se permite amenazarne, pero no tengo fuerzas ni tiempo que perder en una comedia tan estúpida. Yo también soy un ser humano y mis nervios están tensos en extremo.

N. Krupskaya

[23 de diciembre de 1923. NdE.]

¹¹ Ídem [NdE].

CÓMO DEBEMOS REORGANIZAR LA INSPECCIÓN OBRERA Y CAMPESINA¹

(Recomendación al XII Congreso del Partido)

Está fuera de duda que la Inspección Obrera y Campesina representa para nosotros una enorme dificultad, y que hasta ahora esa dificultad no ha sido superada². Creo que no tienen razón los camaradas que tratan de superar la dificultad negando que la Inspección Obrera y Campesina es útil y necesaria. Pero, al mismo tiempo, no niego que el problema que nos plantea nuestro aparato estatal y su perfeccionamiento sea muy difícil, que diste mucho de estar resuelto y que sea al mismo tiempo extraordinariamente urgente.

Nuestro aparato estatal, excepto el Comisariado del Pueblo de Relaciones Exteriores, es en máximo grado una supervivencia del pasado, que ha sufrido en mínimo grado cambios de alguna importancia. Sólo ha sido ligeramente retocado en la superficie, pero en todos los demás aspectos es la más típica reliquia de nuestro viejo aparato estatal. Por lo tanto, entonces, creo que para hallar el método de renovarlo realmente es preciso recurrir a la experiencia de nuestra guerra civil.

¿Cómo procedimos en los momentos más críticos de la guerra civil?

Concentramos las mejores fuerzas de nuestro partido en el Ejército Rojo, movilizamos a nuestros mejores obreros, buscamos nuevas fuerzas en las raíces más profundas de nuestra dictadura.

Estoy convencido de que debemos ir a la misma fuente para encontrar los medios de reorganizar la Inspección Obrera y Campesina. Recomendando que nuestro XII Congreso del Partido adopte el siguiente plan de reorganización, basado en cierta ampliación de nuestra Comisión Central de Control.

Los plenos del Comité Central (CC) de nuestro partido ya han revelado su tendencia a convertirse en una especie de conferencia superior del Partido. Tienen lugar por lo general no más de una vez cada dos meses, y el trabajo corriente, como se sabe, está a cargo de nuestro Buró Político, de nuestro Buró de Organización, de nuestro Secretariado, etc., que lo realizan en nombre del Comité Central. Pienso que debemos recorrer hasta el final el camino que hemos emprendido y convertir de manera definitiva los plenos del CC

¹ Publicado en *Pravda* N.º 16 el 25 de enero de 1923.

² El *Rabtrén*, por sus siglas en ruso, fue un organismo creado en febrero de 1920 para reemplazar al Comisariado del Pueblo para el Control Estatal y fue dirigido por Stalin hasta abril de 1922. Su creación fue propuesta por Lenin, que deseaba dar una mayor importancia al control sobre las arbitrariedades, los abusos de poder y las prebendas de la burocracia del Estado soviético. En principio estaba conformada por comisiones de obreros y campesinos que tenían el poder de ingresar y controlar cualquier dependencia estatal, pero rápidamente se transformó ella misma en una fuente de arbitrariedad, corrupción e intriga burocrática [NdE].

en conferencias superiores del Partido, que deben reunirse una vez cada dos meses conjuntamente con la Comisión Central de Control. Esta última deberá fusionarse, en las condiciones que se detallan a continuación, con el cuerpo principal de la Inspección Obrera y Campesina reorganizada:

Propongo al Congreso que elija de setenta y cinco a cien nuevos miembros para la Comisión Central de Control; estos deberán ser obreros y campesinos y deberán pasar por la misma selección partidaria que los miembros ordinarios del Comité Central, ya que gozarán de los mismos derechos que los miembros de este último. Por otra parte, el personal de la Inspección Obrera y Campesina debe ser reducido a trescientos o cuatrocientos empleados, especialmente escogidos por su honestidad y conocimiento de nuestro aparato estatal. Deben también ser sometidos a una prueba especial en cuanto a su conocimiento de los principios de la organización científica del trabajo en general y, en particular, del trabajo administrativo, de oficina, etcétera.

En mi opinión, esa fusión de la Inspección Obrera y Campesina con la Comisión Central de Control será beneficiosa para ambas instituciones. Por una parte, la Inspección Obrera y Campesina adquirirá así tan alta autoridad que no será sin duda inferior al Comisariado del Pueblo de Relaciones Exteriores. Por otra parte, nuestro CC, junto con la Comisión Central de Control, emprenderá definitivamente el camino de transformarse en la conferencia superior del Partido, camino que en los hechos ya ha emprendido y que recorrerá hasta el fin, a fin de poder cumplir con acierto sus funciones en un doble aspecto: en el que se refiere a su organización y trabajo metódicos, convenientes y sistemáticos, y en el que se refiere a mantener la vinculación con las amplias masas, por intermedio de nuestros mejores obreros y campesinos.

Preveo una objeción que, directa o indirectamente, puede provenir de las esferas causantes de que nuestro aparato sea anticuado, es decir, de los partidarios de mantener nuestro aparato en las condiciones prerrevolucionarias a más no poder, indecorosas, en que está todavía (dicho sea de paso, ahora podemos, cosa bastante rara en la historia, fijar el período necesario para realizar reformas sociales radicales; ahora vemos claramente *qué* puede hacerse en cinco años y *qué* requiere mucho más tiempo).

Esta objeción que preveo es que el cambio que propongo sólo llevará al caos. Los miembros de la Comisión Central de Control deambularán por todas las instituciones sin saber dónde, por qué y a quién dirigirse, produciendo desorganización en todas partes, distrayendo a los empleados de su trabajo habitual, etc., etcétera.

Creo que el malintencionado origen de esta objeción es tan evidente que ni siquiera merece respuesta. Se sobreentiende que tanto el Presidium de la Comisión Central de Control como el Comisariado de la Inspección Obrera y Campesina y su dirección colectiva (y también, en los casos correspondientes, el Secretariado de nuestro CC) necesitarán años de tenaz esfuerzo para

organizar con acierto el comisariado y lograr que funcione conjuntamente con la Comisión Central de Control. El Comisariado del Pueblo de la Inspección Obrera y Campesina, en mi opinión, puede subsistir (y debe subsistir), lo mismo que toda la dirección colectiva, y dirigir el trabajo de toda la Inspección Obrera y Campesina, comprendido el trabajo de todos los miembros de la Comisión Central de Control, los cuales serán "puestos bajo su dirección". Los trescientos o cuatrocientos empleados de la Inspección Obrera y Campesina que deben quedar, según mi plan, deberán desempeñar, por una parte, sólo funciones de secretarios de los otros miembros de la Inspección Obrera y Campesina y de los miembros complementarios de la Comisión Central de Control; por otra parte, deberán poseer una alta capacitación y ser especialmente seleccionados, particularmente seguros y recibir elevadas remuneraciones, de modo que se liberen de su actual situación en verdad lamentable (por no decir algo peor) de funcionarios de la Inspección Obrera y Campesina.

Estoy seguro de que la reducción del personal al número indicado mejorará muchísimo la eficiencia de los empleados de la Inspección Obrera y Campesina y la calidad de todo su trabajo; permitirá que el comisario del pueblo y los miembros de su dirección colectiva concentren enteramente sus esfuerzos en la organización del trabajo y en el mejoramiento sistemático y constante de la eficiencia de este, lo cual es absolutamente indispensable para el poder obrero y campesino y para nuestro régimen soviético.

Por otra parte, pienso también que el comisario del pueblo de la Inspección Obrera y Campesina tendrá que ocuparse en parte de la fusión y en parte de la coordinación de las instituciones superiores para la organización del trabajo, de las que hay en nuestra república no menos de doce (Instituto Central del Trabajo, Instituto de Organización Científica del Trabajo, etc.). Sería perjudicial una excesiva uniformidad y la consiguiente tendencia a la fusión. Por el contrario, es preciso encontrar un término medio razonable y conveniente entre la fusión de todas estas instituciones en una sola y su delimitación correcta, que permita a cada una de ellas cierta independencia.

No cabe duda de que con esta reorganización nuestro propio CC ganará no menos que la Inspección Obrera y Campesina; ganará porque su vinculación con las masas será mayor y porque la regularidad y eficacia de su trabajo mejorará. Entonces se podrá (y se deberá) implantar un método más severo y de mayor responsabilidad en la preparación de las sesiones del Buró Político, a las que deberá asistir un número determinado de miembros de la Comisión Central de Control, designados por un período dado de tiempo o de acuerdo con algún plan de organización.

El comisario del pueblo de la Inspección Obrera y Campesina, junto con el Presidium de la Comisión Central de Control, distribuirá el trabajo de los miembros de la Comisión Central de Control en cuanto a la obligación de asistir a las reuniones del Buró Político para verificar todos los documentos que de una u otra manera llegan al Buró Político para ser estudiados: o bien en

cuanto a la obligación de los miembros de la Inspección Obrera y Campesina de destinar su tiempo de trabajo al estudio teórico, al estudio de la organización científica del trabajo, o bien en cuanto a la obligación de participar prácticamente en el control y perfeccionamiento de nuestro aparato estatal, desde las instituciones superiores hasta los organismos locales inferiores, etcétera.

Pienso también que, además de las ventajas políticas provenientes de que los miembros del CC y de la Comisión Central de Control, debido a dicha reforma, estén mucho mejor informados y mejor preparados para las sesiones del Buró Político (todos los documentos relativos al tema que se discutirá en dichas sesiones deben ser enviados a todos los miembros del CC y de la Comisión Central de Control no más tarde que veinticuatro horas antes de la sesión del Buró Político, salvo en los casos absolutamente urgentes, los cuales requieren métodos especiales de información a los miembros del CC y de la Comisión Central de Control y de solución de esos asuntos), también representará una ventaja que disminuya en nuestro CC la influencia de factores puramente personales y fortuitos, lo que reducirá el peligro de una escisión.

Nuestro CC se ha constituido en un grupo rigurosamente centralizado y que goza de alta autoridad, pero las condiciones en que trabaja este grupo no están al nivel de su autoridad. La reforma que recomiendo debe ayudar a eliminar este defecto; los miembros de la Comisión Central de Control, que deben participar en número determinado en todas las sesiones del Buró Político, tendrán que formar un grupo unido, que "sin contemplaciones" controlará que ninguna autoridad, sin excepción, ni la del secretario general ni la de cualquier otro miembro del Comité Central, le impida hacer preguntas, verificar documentos y, en general, estar informado plenamente de todas las cosas y de ejercer el más estricto control del adecuado manejo de los asuntos.

Por supuesto, el orden social de nuestra república soviética se basa en la colaboración de dos clases: los obreros y los campesinos, colaboración en la que ahora se admiten también, con ciertas condiciones, los "nepmen", es decir, la burguesía. Si surgieran serias divergencias de clase entre estas clases, la escisión sería inevitable. Pero en nuestro régimen social las causas de esa escisión no son inevitables; y la tarea principal de nuestro CC y de la Comisión Central de Control, así como de todo nuestro partido, es la de vigilar muy atentamente las circunstancias que pudieran originar una escisión y prevenirlas, ya que a fin de cuentas el destino de nuestra república dependerá de si las masas campesinas marchan unidas con la clase obrera, manteniéndose fieles a la alianza con esta, o de si permiten que los "nepmen", es decir, la nueva burguesía, los desunen, los separen de la clase obrera. Cuanto mayor sea la claridad con que veamos esta alternativa, cuanto mayor sea la claridad con que la comprendan todos nuestros obreros y campesinos, tanto mayores serán las posibilidades de que evitemos una escisión, que sería funesta para la república soviética.

MEJOR POCO, PERO MEJOR¹

En cuanto al problema de mejorar nuestro aparato estatal, la Inspección Obrera y Campesina² no debe, en mi opinión, esforzarse por la cantidad ni apresurarse. Hasta ahora es tan poco lo que hemos podido reflexionar y ocuparnos de la calidad de nuestro aparato estatal que sería legítimo cuidar de que su preparación fuese especialmente seria, de concentrar en la Inspección Obrera y Campesina un material humano de características realmente modernas, es decir, que no sea inferior a los mejores modelos de Europa occidental. Por cierto, esto es algo demasiado modesto para una república socialista, pero los primeros cinco años nos han llenado la cabeza de no poca desconfianza y escepticismo. Involuntariamente, influyen en nosotros esas cualidades cuando, por ejemplo, oímos a los que peroran demasiado o con demasiada ligereza sobre la cultura "proletaria". Para empezar nos conformaríamos con una verdadera cultura burguesa; para empezar, podríamos prescindir de los tipos más tradicionales de la cultura preburguesa, es decir, de la cultura burocrática o feudal, etc. En los problemas de la cultura, lo más perjudicial es apresurarse y querer abarcar demasiado. Muchos de nuestros jóvenes escritores y comunistas deberían metérselo bien en la cabeza.

Pues bien, en cuanto al problema del aparato estatal, ahora debemos sacar de la experiencia anterior la conclusión de que sería mejor ir más despacio.

Nuestro aparato estatal es hasta tal punto deplorable, por no decir detestable, que primero debemos reflexionar profundamente de qué modo luchar contra sus deficiencias, recordando que esas deficiencias provienen del pasado, que, a pesar de haber sido radicalmente cambiado, no ha sido superado, no ha llegado a la etapa de una cultura que ha quedado en un lejano pasado. Planteo aquí precisamente el problema de la cultura porque en esto debemos considerar como logrado sólo lo que se ha convertido en parte de la cultura,

1 Este es el último artículo escrito por Lenin. Continuando su batalla contra el burocratismo, a la que dedicó gran parte de sus últimos combates, Lenin descarga implícitamente un furibundo ataque contra Stalin, quien hasta hacía poco tiempo tenía a su cargo la Inspección Obrera y Campesina. Esto explica los extraordinarios esfuerzos para evitar que salga a la luz. Fue publicado finalmente en *Punto* el 4 de marzo de 1923, alterando la fecha del artículo (2 de marzo) para disimular el retraso. Lenin escribió este artículo el 22 de febrero. Días después rompía relaciones personales con Stalin, debido al maltrato recibido por su compañera, Krupskaya, de parte de este último. El 7 de marzo de 1923 Lenin fue víctima de un nuevo ataque, del cual no se va a recuperar jamás y que lo excluyó definitivamente de la vida política. Publicado en *Punto* N.º 49, 4 de marzo de 1923 [NdE].

2 Ver a este respecto "Cómo debemos reorganizar la Inspección Obrera y Campesina" en el presente tomo [NdE].

de la vida diaria y de las costumbres. Pero podemos decir que lo que hay de bueno en nuestro régimen social no fue profundamente meditado, comprendido ni sentido; que fue tomado al vuelo, sin haberlo verificado ni ensayado, sin haberlo confirmado mediante la experiencia, sin haberlo consolidado, etc. Es claro que tampoco podía ser de otro modo en una época revolucionaria y dada la rapidez vertiginosa del desarrollo que en cinco años nos llevó del zarismo al sistema soviético.

Es el momento de que corriamos esto. Debemos mostrar una saludable desconfianza hacia un avance demasiado rápido, hacia cualquier jactancia, etc. Debemos proponernos comprobar cada uno de los pasos hacia adelante que proclamamos a cada hora, que damos a cada minuto y que luego, a cada segundo, probamos que son frágiles, inseguros y confusos. Lo más perjudicial en este caso sería apresurarnos. Lo más perjudicial sería creer que sabemos algo, aunque sea poco; o pensar que disponemos de una cantidad más o menos considerable de elementos para construir un aparato realmente nuevo, que realmente merezca el nombre de socialista, soviético, etcétera.

No, no tenemos tal aparato, e incluso los elementos del mismo que tenemos son ridículamente escasos, y debemos recordar que para crearlo no debemos escatimar tiempo y que necesitaremos muchos, muchos, muchos años.

¿Qué elementos tenemos para crear este aparato? Sólo dos. Primero, los obreros, entusiasmados por la lucha por el socialismo. Estos elementos no son suficientemente instruidos. Ellos quisieran proporcionarnos un aparato mejor. Pero no saben cómo hacerlo. No pueden hacerlo. No han alcanzado todavía el desarrollo y la cultura que son necesarios para esto. Y precisamente hace falta cultura. En esto nada se puede hacer de golpe, con una embestida con bríos o energía o, en general, con cualquiera de las mejores cualidades humanas. Segundo, tenemos elementos de conocimiento, educación e instrucción que son ridículamente escasos en comparación con todos los otros países.

Y aquí no debemos olvidar que aún somos demasiado propensos a compensar esos conocimientos (o creer que podemos compensarlos) con celo, apresuramiento, etcétera.

Para renovar nuestro aparato estatal es preciso que nos propongamos a toda costa: primero, estudiar; segundo, estudiar, y tercero, estudiar, y después, comprobar que este conocimiento no quede reducido a letra muerta o a una frase de moda (y esto no hay por qué ocultarlo, nos ocurre con demasiada frecuencia), sino que se convierta realmente en parte de nuestro propio ser, que llegue a ser plena y verdaderamente un elemento íntegramente de la vida diaria. En una palabra, no debemos plantearnos las exigencias que se plantea la burguesía de Europa occidental, sino las exigencias que son dignas y adecuadas para un país que se ha propuesto convertirse en un país socialista.

Las conclusiones que deben sacarse de lo antedicho son las siguientes: tenemos que convertir a la Inspección Obrera y Campesina en un instrumento para mejorar nuestro aparato, en una institución realmente ejemplar.

Para que pueda alcanzar el nivel necesario es preciso no olvidar la máxima: mide siete veces antes de cortar.

Para ello debemos utilizar lo mejor que tenemos en nuestro sistema social y utilizarlo con el mayor cuidado, reflexión y conocimiento para crear el nuevo comisariado del pueblo.

Para ello debemos utilizar los mejores elementos que tenemos en nuestro sistema social: en primer lugar, los obreros avanzados, y en segundo lugar, los elementos realmente instruidos, por los cuales podemos responder que no darán crédito a las palabras, que no dirán una sola palabra contra su conciencia, que no temerán reconocer cualquier dificultad, que no temerán ninguna lucha para lograr el objetivo que seriamente se han propuesto.

Llevamos cinco años de ajeteo tratando de mejorar nuestro aparato estatal, pero ha sido un simple ajeteo, que en estos cinco años ha demostrado ser inútil, o incluso vano, o incluso nocivo. Este ajeteo creó la impresión de que trabajábamos, pero en realidad sólo entorpecía nuestras instituciones y nuestros cerebros.

Es preciso que por fin las cosas cambien.

Es preciso tomar como norma: mejor poca cantidad, pero de mejor calidad. Es preciso tomar como norma: mejor dentro de dos años, o aun de tres años, que apresurarse sin ninguna esperanza de formar un buen material humano.

Yo sé que esta norma será difícil de cumplir y aplicar en nuestras condiciones. Sé que la norma opuesta tratará de dar algún paso mediante mil subterfugios. Sé que habrá que oponerle resistencia, que será necesaria una perseverancia diabólica, que en este aspecto el trabajo será, al menos durante los primeros años, infernalmente ingrato; y, sin embargo, estoy convencido de que sólo con este tipo de trabajo podemos lograr nuestro objetivo y que sólo después de alcanzarlo podremos crear una república realmente digna de llamarse soviética, socialista, etc., etc., etcétera.

Es probable que muchos lectores hayan encontrado insignificantes las cifras que di como ejemplo en mi primer artículo. Estoy seguro de que se pueden hacer muchos cálculos para demostrar que esas cifras son insuficientes, pero considero que por encima de todo cálculo debemos poner otra cosa: nuestro interés por obtener una calidad realmente ejemplar.

Pienso que ha llegado por fin el momento de trabajar con toda seriedad en el mejoramiento de nuestro aparato estatal, el momento en que quizá lo más perjudicial sería apresurarse. Por eso quiero hacer una enérgica advertencia contra el abultamiento de esas cifras. En mi opinión, debemos, por el contrario, ser especialmente parcos con las cifras en este terreno. Hablemos con franqueza. El Comisariado del Pueblo de la Inspección Obrera y Campesina no goza en la actualidad de la menor autoridad.

Todos saben que no hay instituciones peor organizadas que las de nuestra Inspección Obrera y Campesina y que en las condiciones actuales nada podemos esperar de este comisariado del pueblo. Es preciso tenerlo bien en cuenta si

en verdad queremos crear, dentro de unos años, una institución que, primero, debe ser ejemplar; segundo, debe inspirar a todos absoluta confianza, y tercero, demostrar a todos que realmente hemos justificado la labor de una institución que ocupa una posición tan elevada como la Comisión Central de Control. En mi opinión, debemos eliminar inmediata e irrevocablemente todas las normas generales respecto de la cantidad de empleados. En lo que se refiere a los empleados de la Inspección Obrera y Campesina, debemos seleccionarlos de un modo especial y sólo sobre la base de las pruebas más rigurosas. ¿Qué objeto tendría, en efecto, crear un comisariado del pueblo cuyo trabajo se realizara de cualquier manera, que no inspirara la menor confianza y cuya palabra no tuviese la menor autoridad? Pienso que nuestro principal objetivo, en el tipo de reorganización que ahora nos proponemos, debe ser evitar todo esto.

Los obreros que incorporemos como miembros a la Comisión Central de Control³ deben ser comunistas irreprochables; y pienso que será necesario hacer mucho todavía para enseñarles los métodos y objetivos de su trabajo. Además, debe haber un número determinado de secretarios para ayudar en este trabajo, a quienes debemos someter a una triple prueba antes de designarlos para esos cargos. Por último, los funcionarios que, en casos excepcionales, decidamos incorporar enseguida como empleados de la Inspección Obrera y Campesina tendrán que responder a las siguientes condiciones:

Primero: deben ser recomendados por varios comunistas; segundo: deben pasar un examen para comprobar sus conocimientos sobre nuestro aparato estatal; tercero: deben pasar un examen sobre los fundamentos de la teoría de nuestro aparato estatal, los fundamentos de la dirección, el trabajo de oficina, etc.; cuarto: trabajar en armonía con los miembros de la Comisión Central de Control y su secretariado, de manera tal que podamos responder por la labor de todo el aparato.

Sé que estas exigencias son extraordinariamente rigurosas y mucho me temo que la mayoría de los colaboradores "prácticos" de la Inspección Obrera y Campesina las consideren irrealizables o las reciban con una sonrisa despectiva. Pero pregunto a cualquiera de los actuales dirigentes de la Inspección Obrera y Campesina, o a quienes están en contacto con ella, si me pueden decir honestamente cuál es la finalidad práctica de un comisariado del pueblo como la Inspección Obrera y Campesina. Pienso que esta pregunta les ayudará a encontrar el sentido de la proporción. O no vale la pena hacer otra reorganización de las tantas que hemos tenido en un asunto tan irremediable como la Inspección Obrera y Campesina, o bien es preciso plantearse de verdad la tarea de crear con métodos lentos, difíciles, no habituales, y comprobando innumerables veces esos métodos, algo realmente ejemplar, capaz de inspirar respeto a todos, no sólo porque sus títulos y categoría así lo exigen.

3 Era un organismo creado en el VIII Congreso del PC(b)R para combatir las arbitrariedades, abusos de autoridad y conflictos entre los militantes y los organismos responsables del Partido. [NdE].

Si no nos armamos de paciencia, si no dedicamos a esta tarea varios años, más vale que no la emprendamos en absoluto.

En mi opinión, tenemos que seleccionar un mínimo número entre los institutos superiores de trabajo, etc., que hemos creado, comprobar si están bien organizados y continuar el trabajo sólo de modo que esté realmente a la altura de la ciencia moderna y nos brinde todos sus beneficios. Entonces no será utópico esperar que al cabo de algunos años tengamos una institución capaz de cumplir sus funciones, es decir, trabajar en forma sistemática y permanente por mejorar nuestro aparato estatal, gozando de la confianza de la clase obrera, del Partido Comunista de Rusia y de toda la masa de la población de nuestra república.

Podrían empezarse desde ahora los preparativos para esta actividad. Si el Comisariado del Pueblo de la Inspección Obrera y Campesina aceptara este plan de reorganización, podría dar enseguida los pasos preliminares y trabajar sistemáticamente hasta completar la tarea, sin apresurarse y sin vacilar en modificar lo que ya se ha hecho.

Cualquier solución a medias sería en este caso muy perjudicial. Cualquier norma con respecto a los empleados de la Inspección Obrera y Campesina, basada en cualquier otra consideración, estaría en realidad basada en las viejas consideraciones burocráticas, en los viejos prejuicios, en todo lo que ha sido condenado y ridiculizado por todos, etcétera.

En esencia, el problema es el siguiente:

O bien demostramos ahora que realmente hemos aprendido algo sobre la construcción del Estado (no sería un pecado haber aprendido algo en cinco años), o bien demostramos que no estamos aún maduros para ello y entonces no vale la pena acometer la tarea.

Pienso que con el material humano disponible no será inmodestia suponer que ya sabemos lo suficiente como para construir de nuevo y sistemáticamente al menos un comisariado del pueblo. Es verdad que este único comisariado deberá servir de modelo para el conjunto de nuestro aparato estatal.

Debemos anunciar inmediatamente un concurso para compilar dos o más manuales sobre organización del trabajo en general y sobre el trabajo de dirección en particular. Podemos tomar como base el libro de Yermansky, aunque —dicho sea entre paréntesis— el autor se distingue por su notoria simpatía hacia el menchevismo y no sirve para compilar un manual adecuado para el poder soviético. También podemos utilizar el reciente libro de Kerzhentsev; y, por último, también pueden utilizarse parcialmente algunos de los manuales que ya tenemos.

Debemos enviar a algunas personas calificadas y honestas a Alemania o Gran Bretaña para reunir bibliografía y estudiar el problema. Y digo Gran Bretaña en caso de que no fuera posible enviarlas a Estados Unidos o a Canadá.

Debemos designar una comisión para redactar un programa previo de exámenes para los aspirantes a empleados de la Inspección Obrera y Campesina; también para los candidatos a miembros de la Comisión Central de Control.

Estos y otros trabajos similares no deberán, claro está, ocasionar dificultades al comisario del pueblo, a los miembros de la dirección colectiva de la Inspección Obrera y Campesina o al presidium de la Comisión Central de Control.

Al mismo tiempo, habrá que designar una comisión preparatoria que seleccione candidatos para el cargo de miembros de la Comisión Central de Control. Espero que ahora seamos capaces de encontrar candidatos más que suficientes para este cargo, tanto entre los colaboradores experimentados de todos los departamentos como entre los estudiantes de nuestras escuelas soviéticas. No sería justo excluir de antemano a tal o cual categoría. Probablemente tengamos que preferir una composición muy variada para esta institución, en la que combinemos muchas cualidades y diferentes méritos de modo que la tarea de confeccionar la lista de candidatos nos dará mucho trabajo. Lo menos deseable, por ejemplo, sería que el nuevo comisariado del pueblo estuviera constituido por gente de un tipo único, digamos, sólo por funcionarios, con exclusión de gente del tipo de los propagandistas o de gente cuya principal cualidad sea la sociabilidad o la capacidad de penetrar en círculos no habituales para esta clase de funcionarios, etcétera.

Creo que podré expresar mejor mi idea si comparo mi plan con las instituciones de tipo académico. Los miembros de la Comisión Central de Control deberán trabajar bajo la dirección de su presidium en el examen sistemático de todos los papeles y documentos del Buró Político. Además deberán distribuir acertadamente su tiempo entre las diversas tareas de análisis del trabajo de oficina de nuestras instituciones, desde las oficinas más pequeñas y particulares hasta las instituciones estatales superiores. Por último, entre sus funciones estará incluido el estudio de la teoría, es decir, de la teoría de la organización del trabajo al que piensan dedicarse, así como la labor práctica bajo la dirección de viejos camaradas o de profesores de los institutos superiores de organización del trabajo.

Pero creo que de ningún modo deberán limitarse a este tipo de trabajos académicos. Al mismo tiempo deberán capacitarse para otras tareas, que no vacilaría en llamar de preparación para la caza, no diré de granujas, pero de algo por el estilo, y para idear estrategias especiales destinadas a disimular sus campañas, sus procedimientos, etcétera.

En las instituciones de Europa occidental semejantes proposiciones darían lugar a un terrible resentimiento, a un sentimiento de indignación moral, etc., pero confío en que nosotros no nos hemos burocratizado hasta ese punto. La NEP aún no ha tenido tiempo de ganar entre nosotros un respeto tal como para que uno pueda ofenderse ante la idea de que se pueda cazar a alguien. La construcción de nuestra república soviética es tan reciente y tenemos una cantidad tan enorme de trastos viejos que a nadie se le ocurrirá sorprenderse ante la idea de que para profundizar entre esos trastos recurramos a algunos

ardides o a investigaciones orientadas a veces a fuentes bastante lejanas o de una forma indirecta. Y si a alguien se le ocurriera ofenderse por eso podemos estar seguros de que todos se reirían de él.

Confíemos en que nuestra nueva Inspección Obrera y Campesina dejará de lado eso que los franceses llaman *proserie* y que nosotros llamaríamos afectación ridícula o petulancia ridícula, que hace el juego a toda nuestra burocracia, tanto de los sóviets como del Partido. Dicho sea entre paréntesis, tenemos burócratas no sólo en las instituciones soviéticas, sino también en las del Partido.

Si antes dije que debemos estudiar, y estudiar duro en los institutos de organización superior del trabajo, etc., esto no significa de ningún modo que entiendo ese "estudio" al estilo escolar o que mi idea se limite a un estudio al estilo escolar. Confío en que ningún revolucionario auténtico pueda sospechar de mí que, en este caso, rehúso entender como "estudio" alguna picardía, ciertas tretas, algún embrollo o algo por el estilo. Sé que en un Estado de Europa occidental, solemne y serio, esta sola idea provocaría verdadero horror y ningún funcionario respetable aceptaría siquiera hablar de ella. Pero confío en que no estamos aún burocratizados y que la discusión de esta idea sólo puede divertirnos.

En efecto, ¿por qué no combinar lo útil con lo agradable? ¿Por qué no aprovechar cualquier picardía en broma o medio en broma para revelar algo ridículo, algo dafino, algo semirridículo, semidafino, etcétera?

Me parece que nuestra Inspección Obrera y Campesina ganará mucho si se pone a examinar estas ideas, y que la lista de los casos por los que nuestra Comisión Central de Control o sus colegas de la Inspección Obrera y Campesina han logrado alguna de sus victorias más brillantes se verá enriquecida por no pocas hazañas de nuestros futuros miembros de la Inspección Obrera y Campesina y de la Comisión Central de Control en lugares que no es muy oportuno mencionar en manuales solemnes y graves.

¿Cómo se puede combinar una institución del Partido con una institución soviética? ¿No hay en esto algo inadmisible?

No planteo estos interrogantes en mi nombre, sino en el de aquellos a los que aludí antes cuando dije que hay burócratas no sólo en nuestras instituciones soviéticas, sino también en las instituciones del Partido.

¿Por qué entonces no combinar unas con otras, si es en interés de nuestro trabajo? ¿Acaso no advertimos todos que en el caso del Comisariado del Pueblo de Relaciones Exteriores, donde se ha hecho desde el comienzo mismo, tal combinación ha sido extraordinariamente útil? ¿Acaso no se discuten en el Buró Político, desde el punto de vista del Partido, muchos problemas grandes y pequeños relativos a las "maniobras" con que respondemos a las "contrammaniobras" de las potencias extranjeras para evitar, digamos, sus ardides, por no

emplear una expresión menos decorosa? ¿No representa esta flexible combinación de lo soviético con lo partidario una fuente de extraordinaria fuerza para nuestra política?

Creo que lo que ha probado su utilidad, lo que ha sido definitivamente adoptado en nuestra política exterior y ya forma parte de nuestras costumbres, hasta el punto de que no origina ninguna duda en este terreno, será por lo menos igualmente adecuado (y creo que será mucho más adecuado) para todo nuestro aparato estatal. Porque la Inspección Obrera y Campesina abarca todo nuestro aparato estatal y su actividad concierne a todas las instituciones estatales sin excepción, tanto locales como centrales, comerciales, puramente administrativas, educacionales, de archivo, teatrales, etc.; en una palabra, a todas sin ninguna excepción.

¿Por qué, entonces, para una institución cuya actividad es de tan vastos alcances y que además requiere formas extraordinariamente flexibles, no se puede admitir un tipo peculiar de combinación de las instituciones de control del Partido con una institución de control soviética?

No veo ningún obstáculo para esto. Aún más: creo que dicha combinación es la única garantía de éxito en nuestro trabajo. Pienso que todas las dudas al respecto surgen de los rincones más polvorientos de nuestro aparato estatal y que nuestra respuesta sólo puede ser ridiculizarlas.

Otra duda: ¿es conveniente combinar la actividad de estudio con la actividad en el desempeño de un cargo? Me parece que no sólo es conveniente, sino también necesario. Hablando en términos generales, hemos llegado a contagiarnos de toda una serie de los más dañinos y ridículos prejuicios de la forma del Estado de Europa occidental, a pesar de nuestra actitud revolucionaria hacia ella; y en parte nos los han contagiado deliberadamente nuestros queridos burócratas, con la intención de especular con que en el río revuelto de semejantes prejuicios lograrían más de una vez atrapar los peces; y pescaron tanto en ese río revuelto que sólo quienes estaban ciegos no advertían la magnitud de esa pesca.

En las esferas de las relaciones sociales, económicas y políticas somos "terriblemente" revolucionarios. Pero cuando se trata de respetar el rango, de observar las formas y la labor administrativa, nuestro "revolucionarismo" es reemplazado a menudo por la más rancia rutina. En más de una ocasión hemos observado el interesante fenómeno de que, en la vida social, un gran salto hacia adelante se combina con una desmedida timidez ante los cambios más pequeños.

Y esto se comprende porque los pasos adelante más audaces se han dado en un terreno que desde tiempo atrás pertenecía al ámbito de la teoría, se han dado en un terreno que en lo fundamental o casi exclusivamente era cultivado en forma teórica. El hombre ruso, cuando estaba en su hogar, se alejaba espiritualmente de la odiosa realidad burocrática mediante especulaciones teóricas

extraordinariamente audaces; y por eso esas especulaciones teóricas extraordinariamente audaces adquirían en nuestro país un carácter extraordinariamente unilateral. La audacia teórica en las especulaciones generales corría pareja con una sorprendente timidez ante cualquier insignificante reforma administrativa. Se elaboraba con una audacia sin precedentes en ningún otro país una gran revolución agraria universal y, al mismo tiempo, faltaba imaginación para hacer una reforma administrativa de décima categoría; faltaba la imaginación o la paciencia para aplicar a dicha reforma las mismas tesis generales que aplicadas a problemas generales daban resultados tan "brillantes".

Y por eso en nuestra vida actual se combinan en forma sorprendente rasgos de una increíble audacia y timidez de pensamiento ante los cambios más pequeños.

Pienso que las cosas ocurrieron del mismo modo en todas las revoluciones verdaderamente grandes, porque las revoluciones verdaderamente grandes se originan en las contradicciones entre lo viejo, entre lo que tiende a desarrollar lo viejo, y la más abstracta aspiración a lo nuevo, que debe ser tan nuevo como para no contener ni un ápice de lo viejo.

Y cuanto más radical sea la revolución, tanto más se prolongará el período en que se mantengan muchas de esas contradicciones.

El rasgo general de nuestra vida es ahora el siguiente: hemos destruido la industria capitalista, hemos tratado de destruir hasta sus cimientos las instituciones medievales y la propiedad terrateniente y sobre esta base hemos creado un campesinado pequeño y muy pequeño, que sigue al proletariado porque tiene confianza en los resultados de la labor revolucionaria de este. Sin embargo, no nos será fácil apoyarnos sólo en esta confianza hasta el momento en que triunfe la revolución socialista en los países desarrollados, porque la necesidad económica, sobre todo bajo la NEP, mantiene la productividad del trabajo del campesinado pequeño y muy pequeño a un nivel extremadamente bajo. Además, también a causa de la situación internacional, Rusia ha sido arrojada hacia atrás y, en general, la productividad del trabajo del pueblo es hoy en nuestro país mucho más baja que antes de la guerra. Las potencias capitalistas de Europa occidental, en parte deliberadamente y en parte espontáneamente, hicieron cuanto estaba a su alcance para arrojarnos hacia atrás, para aprovechar los elementos de la guerra civil de Rusia y arruinar al país en todo lo posible. Era precisamente esta forma de salir de la guerra imperialista la que parecía tener más ventajas: si no logramos derribar el sistema revolucionario en Rusia, por lo menos dificultaremos su avance hacia el socialismo; más o menos así razonaban esas potencias, y desde su punto de vista no podían hacerlo de otro modo. Como resultado solucionaron su problema a medias. No lograron derrocar el nuevo sistema creado por la revolución, pero tampoco le permitieron dar enseguida un paso adelante que justificara las previsiones

de los socialistas, que permitiera a estos desarrollar con enorme rapidez las fuerzas productivas, desarrollar todas las posibilidades que, en su conjunto, habrían producido el socialismo, demostrar a todos y a cada uno en forma evidente y palpable que el socialismo encierra gigantescas fuerzas y que la humanidad ha entrado en una nueva etapa de desarrollo, cuyas perspectivas son extraordinariamente brillantes.

El sistema de relaciones internacionales que se ha formado ahora es tal que en Europa un Estado, Alemania, ha sido esclavizado por los países vencedores. Además, debido a su victoria varios Estados, los más antiguos de Occidente, están en condiciones de hacer algunas concesiones insignificantes a sus clases oprimidas, concesiones que retardan el movimiento revolucionario en esos países y crean una apariencia de "paz social".

Al mismo tiempo, muchos otros países de Oriente, India, China, etc., también a causa de la última guerra imperialista, se ven apartados por completo de sus cauces normales. Su desarrollo se ha orientado definitivamente por la línea general capitalista europea. En ellos ha comenzado la efervescencia que es general en Europa. Y para todo el mundo es claro ahora que han sido involucrados en un desarrollo que conducirá a una crisis en todo el capitalismo mundial.

En este momento, entonces, se nos plantea el siguiente problema: ¿podremos mantenernos con la producción de nuestro campesinado pequeño y muy pequeño, en el actual estado de ruina, hasta que los países capitalistas de Europa occidental completen su desarrollo hacia el socialismo? Pero lo están completando de un modo diferente del que esperábamos antes. No lo están completando mediante la gradual "maduración" del socialismo, sino mediante la explotación de unos países por otros, mediante la explotación del primero de los países vencidos en la guerra imperialista combinada con la explotación de todo Oriente. Por otra parte, a causa de la primera guerra imperialista Oriente se ha incorporado definitivamente al movimiento revolucionario, ha sido arrastrado definitivamente al torbellino general del movimiento revolucionario mundial.

¿Cuál es la táctica que esta situación impone a nuestro país? Sin lugar a dudas, la siguiente: debemos manifestar extrema prudencia para poder conservar nuestro poder obrero, para mantener bajo su autoridad y dirección a nuestro campesinado pequeño y muy pequeño. Tenemos la ventaja de que todo el mundo se incorpora ahora al movimiento que dará origen a la revolución socialista mundial. Pero también tenemos la desventaja de que los imperialistas han logrado dividir al mundo en dos campos y que esta división se complica porque Alemania, país de desarrollo capitalista realmente avanzado y culto, se ve ante infinitas dificultades para resurgir. Todas las potencias capitalistas del llamado Occidente le dan picotazos y le impiden resurgir. Por otra parte, a todo Oriente, con sus centenares de millones de trabajadores explotados, reducidos a una vida que apenas puede llamarse humana, le han sido impuestas condiciones tales que sus fuerzas físicas y materiales no pueden compararse siquiera con las

fuerzas físicas, materiales y militares de cualquiera de los Estados mucho más pequeños de Europa occidental.

¿Podremos librarnos de un próximo conflicto con estos Estados imperialistas? ¿Podemos esperar que las contradicciones internas y los conflictos entre los Estados imperialistas prósperos de Occidente y los Estados imperialistas prósperos de Oriente nos den una segunda tregua, al igual que la primera vez, cuando la contrarrevolución de Europa occidental se lanzó a una cruzada para apoyar a la contrarrevolución rusa y fracasó a causa de las contradicciones existentes en el campo de los contrarrevolucionarios de Occidente y Oriente, en el campo de los explotadores orientales y occidentales, en el campo de Japón y Estados Unidos?

Creo que la respuesta a esta pregunta debe ser que la solución depende de muchísimos factores y que sólo se puede prever el desenlace de la lucha en su conjunto basándose en que, a fin de cuentas, la inmensa mayoría de la población del mundo es preparada y educada para la lucha por el propio capitalismo.

El desenlace de la lucha depende, en definitiva, de que Rusia, India, China, etc., constituyen la inmensa mayoría de la población del globo. Y esta mayoría es la que se va incorporando en los últimos años, con extraordinaria rapidez, a la lucha por su liberación, de modo que en este sentido no puede haber la menor duda sobre cuál será la solución definitiva de la lucha mundial. En este sentido, la victoria definitiva del socialismo está plena y absolutamente asegurada.

Pero lo que nos interesa no es la inevitabilidad de la victoria definitiva del socialismo. Nos interesa la táctica que nosotros, el Partido Comunista de Rusia, nosotros, el Gobierno soviético de Rusia, debemos seguir para impedir que los Estados contrarrevolucionarios de Europa occidental nos aplasten. Para asegurar nuestra existencia hasta el próximo conflicto militar entre el Occidente imperialista contrarrevolucionario y el Oriente nacionalista y revolucionario, entre los países más civilizados del mundo y los países sumidos en un atraso de tipo oriental, que sin embargo constituyen la mayoría, es preciso que esa mayoría llegue a ser civilizada. Nosotros tampoco tenemos suficiente civilización para pasar directamente al socialismo, aunque tenemos para ello las premisas políticas. Debemos adoptar la siguiente táctica o seguir la siguiente política para salvarnos.

Debemos tratar de construir un Estado en el cual los obreros sigan dirigiendo a los campesinos, conserven la confianza de los campesinos, y en el que, por medio de una economía rigurosa, se elimine de todos los ámbitos de la vida social el más mínimo exceso.

Debemos lograr el máximo de economía en nuestro aparato estatal. Debemos eliminar de él todas las huellas de extravagancia que heredamos en gran cantidad de la Rusia zarista, de su aparato burocrático capitalista.

¿No será esto el reinado de las limitaciones campesinas?

No. Si logramos que la clase obrera siga dirigiendo al campesinado podremos, mediante el ejercicio de la mayor austeridad posible en la vida económica de nuestro Estado, utilizar todo ahorro para el desarrollo de nuestra gran

industria mecanizada, para el desarrollo de la electrificación, de la extracción hidráulica de la turba, para terminar la construcción de la central hidroeléctrica de Voljov, etcétera.

En esto y sólo en esto residen nuestras esperanzas. Sólo entonces podremos, hablando en sentido figurado, cambiar de caballo, pasar del mísero caballo campesino, del *myjik*, del caballo de una economía calculada para un país campesino arruinado, al caballo que el proletariado está buscando y debe buscar: el caballo de la gran industria mecanizada, la electrificación, la central hidroeléctrica de Voljov, etcétera.

Así es como vinculo en mi pensamiento el plan general de nuestro trabajo, de nuestra política, de nuestra táctica, de nuestra estrategia, con las tareas de la Inspección Obrera y Campesina reorganizada. Esto, en mi opinión, justifica el cuidado excepcional, la atención excepcional que debemos prestar a la Inspección Obrera y Campesina para llevarla a un nivel excepcionalmente alto, para darle una dirección con derechos de Comité Central, etc., etcétera.

Todo esto se justifica porque sólo tendremos la seguridad de mantenernos si depuramos a fondo nuestro aparato y reducimos al máximo todo lo que no es absolutamente indispensable en él. Estaremos además en condiciones de mantenernos, no al nivel de un país de pequeña agricultura campesina, no al nivel de la limitación general, sino a un nivel que se elevará incesantemente hacia la gran industria mecanizada.

Estas son las elevadas tareas que sueño para nuestra Inspección Obrera y Campesina. Es por esto que planco la fusión del organismo más autorizado del Partido con un "simple" comisariado del pueblo.

NUESTRA REVOLUCIÓN

(A propósito de las notas de N. Sujanov)¹

I

En estos días he ojeado las notas de Sujanov sobre la revolución. Salta a la vista sobre todo la pedantería de todos nuestros demócratas pequeñoburgueses y de todos los héroes de la II Internacional. Sin hablar de que todos son extraordinariamente pusilánimes, de que incluso los mejores de ellos refuerzan sus posiciones con salvedades cuando se trata de la menor desviación del modelo alemán; además de este rasgo, común a todos los demócratas pequeñoburgueses y que se puso de manifiesto con suficiente elocuencia durante toda la revolución, lo que salta a la vista es su imitación servil del pasado.

Todos ellos se llaman a sí mismos marxistas, pero su concepción del marxismo es insoportablemente pedante. No han comprendido lo decisivo en el marxismo: su dialéctica revolucionaria. Incluso las claras indicaciones de Marx de que durante la revolución es necesario ser flexibles al máximo no las han comprendido en absoluto, e incluso les han pasado inadvertidas, por ejemplo, las manifestaciones de Marx en su correspondencia —creo que fue en 1856—, cuando expresa la esperanza de que una guerra campesina en Alemania, capaz de crear una situación revolucionaria, se combine con el movimiento de la clase obrera. Llegan a eludir esta clara indicación y dan vueltas alrededor de ella como un gato en torno de un tazón de leche caliente.

Su conducta es la de cobardes reformistas que temen apartarse de la burguesía; más aún, romper con ella; y al mismo tiempo cubren su cobardía con la más desenfundada frascología y jactancia. Pero lo evidente en todos ellos, incluso desde un punto de vista puramente teórico, es su absoluta incapacidad para comprender las siguientes consideraciones marxistas: hasta ahora han visto un camino determinado de desarrollo del capitalismo y de la democracia burguesa en Europa occidental y no están en condiciones de concebir que este camino pueda ser tomado como modelo *sólo mutatis mutandis*², sólo con ciertas correcciones (por completo insignificantes desde el punto de vista del desarrollo general de la historia mundial).

Primero: la revolución vinculada con la primera guerra imperialista mundial. En tal revolución debían aparecer rasgos nuevos, o variaciones, resultantes

¹ Publicado el 30 de mayo de 1923 en el periódico *Pravda* N.º 117.

² En latín: "Cambianlo lo que se deba cambiar" [Nde].

precisamente de la guerra, ya que jamás conoció el mundo guerra semejante en una situación similar. Comprobamos que hasta ahora la burguesía de los países más ricos no ha logrado "normalizar" las relaciones burguesas después de la guerra. Mientras tanto, nuestros reformistas pequeñoburgueses, que se dicen revolucionarios, consideraban y continúan considerando como límite (además, que no se puede pasar) las relaciones burguesas normales. E incluso su concepción de lo "normal" es extraordinariamente formal y estrecha.

Segundo: les es por completo ajena la idea de que dentro de las leyes generales del desarrollo de la historia mundial no quedan en manera alguna excluidos, sino, por el contrario, presupuestos, ciertos períodos particulares de desarrollo, tanto en lo que hace a la forma como al orden de sucesión de ese desarrollo. Por ejemplo, no se les ocurre siquiera que Rusia, que se encuentra en la línea divisoria entre los países civilizados y los países que por primera vez son arrastrados de modo definitivo, por esta guerra, a la órbita de la civilización —todos los países orientales, no europeos—, que Rusia debía manifestar ciertos rasgos distintivos, aunque acordes, claro está, con la línea general del desarrollo mundial, pero que diferencian su revolución de todas las que se produjeron en los países de Europa occidental e introducen algunas innovaciones parciales al desplazarse la revolución a los países de Oriente.

Por ejemplo, no puede ser más estereotipado el argumento, que aprendieron de memoria durante el desarrollo de la socialdemocracia en Europa occidental, de que nosotros no hemos madurado aún para el socialismo, de que —como se expresan ciertos "eruditos" señores que militan en sus filas— en nuestro país no existen las premisas económicas objetivas para el socialismo. A ninguno de ellos se le ocurre preguntarse: ¿y qué pasa con un pueblo que se encontró en una situación revolucionaria como la que se creó durante la primera guerra imperialista? ¿No podía, influido por su situación sin salida, lanzarse a una lucha que le brindara aunque más no fuese algunas perspectivas de asegurar condiciones un tanto inusuales que le permitieran un más amplio desarrollo de la civilización?

"Rusia no ha alcanzado un nivel de desarrollo de las fuerzas productivas que haga posible el socialismo". Todos los héroes de la II Internacional y, entre ellos, por cierto, Sujanov, se empeñan en esta tesis. Repiten de mil maneras diferentes esta tesis indiscutible, que les parece decisiva para juzgar nuestra revolución.

Pero ¿qué ocurre si la situación, que arrastró a Rusia a la guerra imperialista mundial en la cual estuvieron involucrados todos los países más o menos influyentes de Europa occidental y la hizo testigo de la víspera de las revoluciones que se estaban gestando o que parcialmente habían comenzado en Oriente, originó circunstancias que pusieron a Rusia y su desarrollo en una posición que nos permitió alcanzar precisamente esa combinación de una "guerra campesina" con el movimiento obrero, sobre la que escribió en 1856 nada menos que un "marxista" como Marx como una de las posibles perspectivas para Rusia.

¿Qué ocurre si esta situación absolutamente sin salida, que multiplicó los esfuerzos de los obreros y campesinos, nos brindó la posibilidad de crear, de

manera diferente que en todos los países de Europa occidental, los requisitos fundamentales de la civilización? ¿Ha cambiado a causa de ello la línea general de desarrollo de la historia mundial? ¿Ha cambiado la correlación básica entre las clases fundamentales de todos los países que son o han sido arrastrados al curso general de la historia mundial?

¿Por qué entonces, si para construir el socialismo se requiere determinado nivel cultural (aunque nadie puede decir cuál es este determinado "nivel cultural", ya que es diferente en cada país de Europa occidental), no podemos comenzar por la conquista, en forma revolucionaria, de los prerequisites para ese determinado nivel de cultura, y *después*, con ayuda del poder obrero y campesino y del sistema soviético, pasar a alcanzar a las demás naciones?

16 de enero de 1923

II

Dicen ustedes que para construir el socialismo hace falta civilización. Muy bien. Pero, entonces, ¿por qué no podíamos crear primero tales prerequisites de civilización en nuestro país, como la expulsión de los terratenientes y los capitalistas rusos, y después iniciar el movimiento hacia el socialismo? ¿En qué libros han leído que es inadmisible o imposible semejantes variaciones del habitual orden de sucesión histórica de los acontecimientos?

Creo que Napoleón escribía: "*On s'engage et puis... on voit*", que interpretado libremente quiere decir: "Primero hay que entablar una batalla seria y después ver qué ocurre". Pues bien, nosotros entablamos primero un combate serio en octubre de 1917 y después vimos detalles de desarrollo (desde el punto de vista de la historia mundial son, por cierto, detalles) como la paz de Brest, la NEP, etc. Y hoy no cabe duda de que hemos triunfado en lo fundamental.

Nuestros Sujánov, sin hablar ya de los socialdemócratas que están más a la derecha, nunca soñaron siquiera que las revoluciones pueden hacerse de otra manera. Nuestros filisteos europeos nunca soñaron siquiera que las futuras revoluciones en los países orientales, que poseen una población mucho más vasta y una diversidad mucho más vasta de condiciones sociales, presentarán sin duda rasgos aún más particulares que la revolución rusa.

No es necesario decir que el manual escrito siguiendo a Kautsky fue muy útil en su época. Pero ya es tiempo de renunciar a la idea de que en él se habían previsto todas las formas del desarrollo de la subsiguiente historia mundial. Y sería oportuno decir que quienes piensan de tal modo son simplemente tontos.

17 de enero de 1923

BREVE CRONOLOGÍA DE LA VIDA DE LENIN¹

1870: Nace Vladimir Ilich Ulianov en la ciudad de Simbirsk, ubicada al este de Moscú. Su padre, Ilya Nikolayevich, es inspector de escuelas de la región. Su madre, María Alexandrovna, es hija de un médico hebreo.

1887: El hermano de Lenin, Aleksandr Ulianov, de veintidós años y estudiante de biología en San Petersburgo, es arrestado en marzo por un frustrado atentado contra el zar Aleksander III. En el mes de mayo es ahorcado junto a los otros integrantes del grupo *Narodnaya Vóla*.

En junio Lenin completa sus estudios en el Liceo de Simbirsk. La familia, al ser registrada como "subversiva" por la Policía política zarista, debe trasladarse a la ciudad de Kázan por orden gubernamental.

En agosto Lenin es admitido en la Universidad de Kázan, para ser arrestado dos meses después por participar en una asamblea estudiantil. El Gobierno decide su confinamiento en la granja materna ubicada en Kukushkino.

1889: En octubre se le permite regresar a Kázan, donde conoce los primeros círculos marxistas de la región.

1891: Luego de ser rechazada su solicitud de ingreso para continuar sus estudios superiores, la Universidad de San Petersburgo le permite rendir sus exámenes como estudiante externo. Obtiene el título de abogado.

1893: Se muda a San Petersburgo, donde se relaciona con los círculos marxistas.

1894: Participa en una reunión ilegal de debate entre marxistas y *narodniki*. Escribe *¿Quiénes son los "amigos del pueblo" y cómo luchan contra los socialdemócratas?* Conoce a los marxistas legales de San Petersburgo, entre ellos Potresov y Struve.

1895: En mayo viaja al extranjero para entablar relaciones con el grupo *Ósóbodivnié Truda*. Se reúne con sus miembros más conocidos: Plejanov, Axelrod y Zassilich.

1 Las fechas corresponden al calendario gregoriano. Hasta el 1° de febrero de 1918 Rusia se regió según el calendario juliano, trece días retrasado respecto al que rige para el resto del mundo.

Al regresar a San Petersburgo participa de la fundación de la unificación de los círculos socialdemócratas en la Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Trabajadora. En diciembre, junto a otros integrantes de la Unión, es arrestado y enviado a prisión.

1897: En enero es condenado al exilio interno en Yenisei, al este de Siberia, donde estará exiliado durante tres años.

1898: Se realiza en Minsk el I Congreso del POSDR. Lenin es elegido redactor del *Rabochaya Gazeta*. Se casa con su compañera de militancia Krupskaya, también condenada a exilio.

1899: En abril de 1899 aparece el libro *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. En agosto de ese año escribe la "Protesta de diecisiete socialdemócratas confinados" contra las ideas economistas del Onda.

1900: Participa de las reuniones entre los círculos socialdemócratas en Rusia y en el exilio para la realización del II Congreso del Partido y para la publicación de *Izba y Zarya*.

En julio parte para Suiza y Alemania. En diciembre sale el primer número de *Izba*.

1901: Aparecen divergencias entre los iskristas respecto a la inclusión en la redacción de los marxistas legales y por la actitud de los socialdemócratas frente al liberalismo.

1902: En marzo se publica *¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento*. En abril deja Múnich para residir en Londres. En diciembre Lenin se reúne en la comisión organizadora del II Congreso.

1903: Se traslada de Londres a Ginebra. Entre el 30 de julio y el 23 de agosto se desarrolla el II Congreso del POSDR. El Congreso debe trasladarse de Bruselas a Londres. Están presentes veintiséis organizaciones socialdemócratas. El Congreso discute la organización del Partido. Surge la división entre bolcheviques y mencheviques. El Congreso elige un nuevo comité de redacción de *Izba*. Martov se niega a ingresar al comité redactor. En noviembre Lenin renuncia a la redacción de *Izba* y es cooptado por el CC del Partido.

1904: El debate entre las fracciones continúa. Escribe *Un paso adelante, dos pasos atrás*.

En diciembre Lenin se decide, junto a otros bolcheviques como Bogdanov, a publicar el periódico *Izvestia*.

1905: El 9 de enero se produce el Domingo Sangriento en Rusia. Del 25 de abril al 10 de mayo sesiona en Londres el III Congreso del POSDR. En el mismo participan sólo los delegados bolcheviques, los mencheviques realizan una conferencia en Ginebra. El congreso bolchevique decide la publicación de *Proletary* y la incorporación de obreros a los comités. En octubre las huelgas obreras dan origen al Sóviet de Diputados Obreros. Lenin se traslada a Rusia. Se produce en diciembre la insurrección de Moscú.

1906: Bolcheviques y eseristas boicotean las elecciones de la primera Duma de Estado en el mes de abril. La oleada revolucionaria comienza su retroceso en las ciudades. Lenin parte hacia Finlandia. En Estocolmo en el mismo mes se lleva adelante el congreso de unificación, el IV Congreso del POSDR, que reúne a mencheviques y bolcheviques.

1907: En febrero de 1907 se realizan las elecciones a la segunda Duma; los bolcheviques la boicotean. Del 13 de mayo al 15 de junio se realiza el V Congreso del POSDR en Londres. Surge dentro de los mencheviques la tendencia "liquidadora", y dentro de los bolcheviques el sector dirigido por Bogdanov: los otzovistas y los ultimativistas. A pesar de la unificación los bolcheviques refuerzan una Comité Central propio. En la conferencia nacional del POSDR realizada en Koda Lenin vota con los mencheviques contra los bolcheviques boicoteadores la participación en las elecciones de la tercera Duma de Estado. En diciembre parte nuevamente de Rusia hacia Suiza, exilio que duró hasta 1917.

1908: Se realiza en diciembre en París la V Conferencia del POSDR. Los mencheviques condenan los grupos "expropiadores" que aún actúan en Rusia. Plejanov rompe con los liquidadores y conforma el grupo "mencheviques pro partido" que se une a Lenin.

1910: Luego de más de un año de debates internos y retroceso organizativo de los socialdemócratas rusos, se lleva adelante en enero la sesión plenaria del CG del POSDR unificado. Lenin realiza concesiones a los conciliadores. En diciembre Lenin junto a los mencheviques pro partido publican el diario *Rabochaya Gazeta*.

1912: Lenin convoca a la VI Conferencia del Partido en Praga. Los mencheviques exiliados no participan, la conferencia reúne a delegados bolcheviques y pro partido, por ello es el Congreso donde se constituye el POSDR bolchevique. Se expulsa del Partido a los "liquidadores" y se decide la edición de un periódico legal: *Pravda*. La ola de huelgas que se desarrolla en Rusia consolida esta nueva escisión.

En julio de 1912 Lenin se trasladó de París a Cracovia (Polonia).

1914: Comienza la Primera Guerra Mundial. Se produce la crisis de la socialdemocracia europea de la II Internacional. Los internacionalistas están aislados y son una minoría. Se rompen las comunicaciones entre los exiliados y aquellos que se encuentran en Rusia.

1915: En agosto se realiza la Conferencia de Zimmerwald. De los treinta y ocho delegados que logran reunirse, ocho adoptan posiciones internacionalistas. Lenin está entre ellos. Este grupo es conocido como la izquierda de Zimmerwald.

1916: En abril se desarrolla la Conferencia de Kienthal y nuevamente Lenin es parte de su ala izquierda. En julio muere su madre. Escribe: *El programa militar de la revolución proletaria* y *El Imperialismo, fase superior del capitalismo*.

1917: El 25-27 de febrero se produce la insurrección obrera en Petrogrado. El 27 los manifestantes toman el Palacio de Invierno y el Sóviet se reúne en el Palacio Tauride. El 2 de marzo se conforma el Gobierno provisional. El zar Nicolás II abdica. Lenin comienza sus intentos para llegar a Rusia a través de Alemania. El tren precintado llega a la estación Finlandia de Petrogrado el 3 de abril. Ese mismo día pronuncia un discurso en el Palacio Tauride para los delegados mencheviques y bolcheviques de los sóviets exponiendo las ideas principales que mantendría los días siguientes (sistemizadas en las llamadas Tesis de Abril). Debate con los "viejos bolcheviques" y con Stalin a propósito del apoyo al Gobierno provisional y a la continuidad de la guerra. En mayo llega Trotsky a Petrogrado y apoya las tesis de Lenin.

El 5 de mayo se conforma el primer Gobierno de coalición entre los partidos burgueses y los socialistas moderados del Sóviet.

Del 3 al 24 de junio se realiza el I Congreso de los Sóviets de Diputados Obreros y Soldados de toda Rusia. Lenin interviene en nombre de los bolcheviques. El día 10 de junio se desarrolla una masiva manifestación llamada por los bolcheviques con la consigna "¡Todo el poder a los sóviets!" El 20 de junio Lenin es elegido como miembro del CEC del Sóviet.

Del 3 al 5 de julio se producen las Jornadas de Julio. El 7 de julio se decreta la orden de arresto de Lenin, días después Trotsky es encarcelado. Lenin pasa a la clandestinidad. El 8 de julio Kerensky asume la presidencia del Consejo de Ministros. Se conforma el segundo Gobierno de coalición. Del 26 de julio al 3 de agosto se realiza el VI Congreso del Partido Bolchevique, llamado de reunificación. Trotsky y otros grupos socialdemócratas ingresan al bolchevismo. A finales de agosto se produce la sublevación de Kornilov. Los bolcheviques son liberados de la cárcel y se conforman las guardias rojas. La sublevación es derrotada.

El 15 de septiembre el CC del POSDR(b) recibe las dos cartas de Lenin, que se encuentra en Finlandia, planteando la preparación de la insurrección. El 17 de septiembre Lenin se traslada clandestinamente a Viborg, el barrio obrero cercano a Petrogrado. El 9 de octubre se crea el Comité Militar Revolucionario del Sóviet bajo el impulso enérgico de Trotsky. Del 10 al 17 de octubre Lenin debate con Kamenev y Zinoviev, contrarios a preparar la insurrección. El 23 de octubre el Gobierno provisional prohíbe la prensa bolchevique. El 24 de octubre Lenin se traslada al Palacio Smolny. El 25 de octubre a las diez de la mañana se proclama la destitución del Gobierno provisional y la transferencia del poder a los sóviets. El II Congreso de los Sóviets vota las proclamas sobre la paz, la tierra y el nuevo Gobierno revolucionario. El 2 de noviembre los revolucionarios tienen el control de Moscú.

Del 12 al 27 de noviembre se realizan las elecciones a la Asamblea Constituyente. El 2 de diciembre el nuevo Gobierno llama a Alemania a negociar la paz en Brest-Litovsk.

1918: El 5 de enero se reúne la Asamblea Constituyente. El 6 de enero los diputados bolcheviques y eseristas de izquierda la disuelven. Entre el 10 y el 18 de enero se reúne

el III Congreso de los Sóviets. El Comisariado del Pueblo a cargo de Lenin anula todos los empréstitos contractados por el antiguo régimen. El 1º de febrero se adopta el nuevo calendario gregoriano. En los primeros días de febrero se intensificaron los ataques alemanes en la frontera occidental, ante lo cual, luego de intensos debates en la sesión del Comité Central del 18 de febrero, Lenin ganó una mayoría para su propuesta de que se reanudasen las negociaciones inmediatamente y que los términos alemanes, que ahora eran todavía más desfavorables, fueran firmados, en lo que luego se conoció como el Tratado de Brest-Litovsk. El 3 de marzo se firma el tratado. El 15 de marzo se retiran del Gobierno los eseristas de izquierda y los "comunistas de izquierda", ambos partidarios de una "guerra revolucionaria" contra Alemania.

Entre el 6 y el 8 de marzo se realiza el VII Congreso del Partido, que ahora adopta el nombre de Partido Comunista (bolchevique) de Rusia.

El Gobierno se traslada a Moscú ante el peligro de avance de las tropas alemanas ubicadas en Riga. En el mes de mayo comienza la guerra civil rusa. En el mes de junio el Comisariado del Pueblo vota las leyes de monopolio cerealero que dan inicio a la política conocida como "comunismo de guerra". El 6 de julio se produce el levantamiento de los eseristas de izquierda con el atentado al conde Mirbach, embajador alemán en Moscú. Los eseristas de izquierda son declarados fuera de la ley.

El 17 de julio la familia imperial es ajusticiada. El 30 de agosto se produce el primer atentado contra Lenin, protagonizado por Fani Kaplan, miembro del partido social-revolucionario. Lenin es herido en un hombro y en un pulmón. Otros comunistas son asesinados. Se votan los decretos del terror rojo para luchar contra la contrarrevolución.

1919: El 15 de enero son asesinados Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht en Berlín. En marzo se inaugura el I Congreso de la III Internacional, donde Lenin presenta sus "Tesis sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado". De mayo a octubre se produce la ofensiva de Kolchak y Denikin contra el Ejército Rojo.

Del 2 al 4 de abril se realiza el VIII Congreso del Partido, destinado a fortalecer la

resistencia comunista en la guerra civil. Se produce el debate contra la "oposición militar" (Stalin era uno de sus integrantes), que rechaza la propuesta de Trotsky de incorporar especialistas militares al Ejército y suprimir los cargos electivos. Lenin vota las resoluciones propuestas por Trotsky.

1920: Derrota de los ejércitos blancos en Siberia. Se realiza el IX Congreso del Partido. Lenin debate contra los sectores de PC(b)R que son contrarios a las medidas de centralización del "comunismo de guerra". Se crea la Comisión Central de Control a instancia de estos grupos para combatir las arbitrariedades y los abusos burocráticos.

El 23 de abril Lenin cumple 50 años. El 24 de abril Polonia le declara la guerra al Gobierno soviético. Del 21 de julio al 6 de agosto se desarrolla el II Congreso de la Internacional Comunista, en el cual Lenin debate con el ala ultrazquierdista. Se votan las veintitún condiciones de admisión a la IC. En esos momentos el Ejército Rojo ocupa Varsovia, pero pronto será contraatacado y vencido por el Ejército polaco. El 12 de octubre se firma la paz con Polonia. Entre octubre y diciembre el Ejército Rojo derrota al Ejército de Wrangler.

Hacia fines de ese año comienzan la escasez de víveres y la hambruna en las ciudades y provincias no productoras de cereal.

1921: Se produce en los meses de enero y marzo el levantamiento de los campesinos de la provincia de Tambov, que rechazan la política de requisas de cereal del Gobierno. Una serie de huelgas se producen en el mes de febrero en las fábricas de Petrogrado reclamando mejoras en las raciones de víveres. Los reclamos son satisfechos por el Gobierno. El 2 de marzo comienza el levantamiento de los marinos de Kronstadt.

El 8 de marzo se inicia el X Congreso del Partido, en el cual se expresan distintas fracciones frente al problema de reorganización económica del Estado; uno de los grupos es dirigido por Trotsky, que proponía la obligatoriedad del trabajo; el otro grupo es la Oposición Obrera, que proponía que la administración económica quede en manos de los sindicatos. Lenin aboga por la independencia de los sindicatos del Estado y propone la serie de medidas conocidas como NEP, terminando con las requisas y creando un impuesto en especies, entre

otras medidas y concesiones a los campesinos. Propone además la resolución sobre la unidad del Partido suprimiendo, transitoriamente, el derecho a las fracciones y a las plataformas separadas. El 17 de ese mes el levantamiento de Kronstadt es derrotado.

Entre el 22 de junio y el 12 de julio se realiza el III Congreso de la Internacional Comunista, en el que Lenin interviene apoyando el giro táctico conocido como frente único obrero para los países del occidente europeo. Da asimismo el informe sobre la nueva táctica del PC(b)R.

1922: El 26 de febrero el Gobierno confisca los bienes de la Iglesia. En el mes de marzo Lenin propone endurecer las medidas de admisión de nuevos miembros en el Partido. Del 27 de marzo al 2 de abril se realiza el XI Congreso del Partido. El 3 de abril el nuevo CC del Partido vota a Stalin como secretario general.

El 26 de mayo Lenin sufre su primer ataque.

Del 5 de noviembre al 5 de diciembre se realiza el IV Congreso de la IC. Lenin da un informe sobre la situación internacional.

El 23 de diciembre Lenin sufre su segundo ataque. Del 14 al 29 de diciembre dicta a sus secretarías la "Carta al Congreso", conocida como su testamento, en la que propone "remover a Stalin" de su cargo de secretario general del Partido. Del 30 al 31 de diciembre dicta sus cartas sobre la cuestión nacional, donde se pronuncia ante los problemas surgidos entre el Comisariado de las Nacionalidades (a cargo de Stalin) y los dirigentes del Partido Comunista georgiano.

1923: Lenin le propone a Trotsky conformar un "bloque" para luchar contra la burocracia en el Partido y en el Estado soviético. Del 4 de enero al 9 de marzo Lenin dicta a sus secretarías los distintos artículos en los que propone reformar las instituciones del Estado, como la Inspección Obrera y Campesina. El 6 de marzo se produce la ruptura personal de Lenin con Stalin.

El 9 de marzo sufre un tercer ataque. Es trasladado a Gorki.

Del 17 al 25 de abril se realiza el XII Congreso del Partido. Se decide no hacer público el "testamento" de Lenin.

1924: Muere el 21 de enero en la ciudad de Gorki, Moscú.

ÍNDICE BIOGRÁFICO

Adler, Friedrich; también llamado Fritz (1879-1960): Secretario del Partido Socialdemócrata de Austria desde 1911 hasta 1916, cuando asesinó al premier austriaco y fue a la cárcel. Liberado por la revolución en 1918, estuvo entre los fundadores de la Internacional II y 1/2, a la que en 1923 hizo volver a la II Internacional, convirtiéndose en secretario del organismo unificado.

Adler, Victor (1852-1918): Fundador de la socialdemocracia austriaca. En 1886 fundó el semanario socialista *Gleichheit* (Igualdad) y en 1889, el *Arbeiterzeitung* ("El Periódico de los Trabajadores"). Entre 1888 y 1889 unificó a diversos grupos para establecer el Partido Socialdemócrata de Austria. Padre de Friedrich Adler.

Akimov, V. P. (1872-1921): Socialdemócrata ruso. Comenzó su militancia en los años 90 del siglo XIX en el grupo *Narodnaya Vilya*; en el exilio se hizo socialdemócrata. Fue representante de la corriente del economismo, luego miembro de la fracción menchevique.

Alexeyev, N. A. (1873-?): Militante socialdemócrata ruso. Miembro de la fracción bolchevique.

Aleksinsky, G. A. (1879-1967): Miembro de la socialdemocracia rusa, adhirió a la fracción bolchevique. Fue diputado de la segunda Duma de Estado, luego adhirió al grupo otzovista. En 1917 sostuvo posiciones patriotas y actuó como provocador del Gobierno provisional testificando falsamente contra Lenin como "espiá alemán".

Asquith, Herbert Henry (1852-1928): Primer ministro de Gran Bretaña por el Partido Liberal, entre 1908 y 1916.

Avksentiev, Nikolai (1878-1943): Antiguo dirigente del ala izquierda de los SR. Miembro del Comité Ejecutivo y el Sóviet de 1905. Un socialchovinista en la guerra. Ministro del Interior bajo Kerensky, en agosto-septiembre de 1917. Presidente del Sóviet de toda Rusia de Diputados Campesinos de la Conferencia Democrática y del Preparlamento. Emigró en 1919.

Axelrod, Pavel (1850-1928): Uno de los fundadores del grupo Emancipación de Trabajo, la primera organización socialdemócrata rusa, y editor de *Izba*. Líder menchevique en 1903. Apoyó a la derecha en Zimmerwald y se opuso a la Revolución de Octubre.

Bakunin, Mijaíl (1814-1876): Revolucionario ruso precursor y fundador de la corriente política anarquista. Participó del levantamiento de 1848 en Sajonia, así como del levantamiento polaco de 1864. Integró la I Internacional, enfrentando a Marx tanto en sus ideas como en la organización de la misma.

Bauer, Otto (1881-1938): Uno de los principales dirigentes y teóricos del Partido Socialdemócrata austriaco luego de la Primera Guerra Mundial y uno de los ideólogos del austromarxismo. Ministro de Relaciones Exteriores de la república austriaca en 1918-19. Fue un tenaz opositor a la Revolución Bolchevique.

Bebel, August (1840-1913): Uno de los cofundadores, junto con Wilhelm Liebknecht, del Partido Socialdemócrata alemán. Bajo su dirección llegó a ser un partido poderoso; formalmente rechazaba el revisionismo, pero fue responsable del avance de las tendencias oportunistas que terminaron por apoderarse del Partido poco tiempo después de su muerte.

Bernstein, Eduard (1850-1932): Uno de los fundadores y destacados dirigentes de la socialdemocracia alemana. A la muerte de Engels, inició y encabezó un movimiento revisionista del marxismo. Tras abandonar la vía revolucionaria, abogó por la reforma gradual y pacífica del sistema capitalista.

Bissolati, Leonida (1857-1920): Fundador del Partido Socialista italiano, miembro de su ala derecha. En 1912 funda el Partido Social-reformista y apoya al bloque aliado en la Primera Guerra Mundial.

Blanqui, Louis Auguste (1805-1881): Comunista revolucionario francés. Miembro e impulsor de diferentes sociedades y de la corriente blanquista. Participa de los levantamientos insurreccionales de 1830 en París y en un levantamiento fallido en 1839. Se lo conocía popularmente como "el encerrado" debido a que su política contra los distintos Gobiernos burgueses lo llevaron al encierro la mayor parte de su vida. Por ello no participó de la Comuna de París de 1871. Marx lo admiraba pero criticó los límites de su teoría insurreccional, de carácter conspirativo, basada en un grupo de hombres decididos, por no tomar en cuenta las condiciones generales y el apoyo de las masas.

Bobrinski, Aleksei Grigorievich, conde (1762-1813): Hijo de Catalina II La Grande y el conde Grigori Grigorievich Orlov.

Bogdanov, Aleksandr (1873-1928): Médico e intelectual ruso, miembro de la socialdemocracia. A partir del II Congreso del POSDR se adhirió a la fracción bolchevique, es parte del consejo de redacción de *Izvestia y Práctico*. Luego de la revolución de 1905 impulsa el grupo de los otzovistas o de la retirada de la Duma. Es expulsado de la fracción bolchevique en 1909 luego de largos debates entre los cuales se incluye una discusión sobre sus concepciones idealistas en filosofía. Después de 1917 colabora con el Gobierno comunista en el área de la cultura, es partidario de la llamada corriente del *Proletariát*. Se dedica a la experimentación médica en Rusia hasta su muerte.

Bordiga, Amadeo (1859-1970): Fue expulsado de la IC en 1929 acusado de "trotskista"; dirigente de la Fracción de Izquierda Italiana o Grupo Prometeo (por su periódico *Prometeo*). Fue el primer grupo italiano que adhirió a la Oposición de Izquierda Internacional, pero su sectarismo lo llevó a separarse de ella a fines de 1932.

Brentano, Ludwig Joseph (1844-1931): Economista burgués alemán, partidario del "socialismo de cátedra".

Brusilov, Alexei (1853-1926): General zarista. Dirigió la invasión de Galitzia entre 1915-1917. Comandante en jefe bajo el Gobierno provisional en junio-julio de 1917, reemplazando a Alexeyev. Comandó la ofensiva de Julio. Reemplazado por Kornilov. Se unió al Ejército Rojo en 1920. Se retiró en 1924.

Bublikov, Aleksandr (1875-1936): Ingeniero. Miembro de la cuarta Duma. Después de Febrero de 1917 en el comité provisional de la Duma de Estado. Miembro del Sóviet de Petrogrado. Participó en la Conferencia de Estado en Moscú.

Budionny, Semion Mijailovich (1883-1973): Comandante militar soviético. Mariscal de la Unión Soviética.

Bujarin, Nikolai (1888-1938): Antiguo dirigente y economista bolchevique. Miembro del Comité Central desde 1917. Animador de los comunistas de izquierda en 1918, se pronunció en contra de los tratados de Brest-Litovsk. Después de 1923 se convirtió en portavoz de la teoría del desarrollo gradual de la NEP hacia el socialismo, transformándose en defensor de los *dadai*. En 1928 se convirtió en el dirigente de la fracción del ala derecha de la Internacional Comunista. Excluido del Buró Político en 1929 y, en 1933, expulsado del Partido. En 1938 fue condenado en el segundo Juicio de Moscú y fusilado.

Chamberlain, Neville (1869-1940): Conservador inglés, primer ministro en 1937, que desde su Gobierno realizó concesiones a Hitler, entre ellas en el Pacto de Múnich de 1938.

Cherevanin, N. (1868-1938): Militante socialdemócrata ruso. Miembro del ala derecha de la fracción menchevique. Luego de 1912 miembro de la dirección del Partido Menchevique.

Chernishevsky, Nikolai (1828-1889): Escritor, crítico literario y dirigente político ruso. En 1862-63 escribió su novela *¿Qué hacer?*, de donde Lenin tomó el nombre para su libro.

Chernov, Viktor (1891-1938): Uno de los principales dirigentes del Partido Socialrevolucionario, comisario de Agricultura en el Gobierno provisional en 1917. Estuvo en el bando de la contrarrevolución en la guerra civil y emigró en 1921.

Chicherin, Giorgi (1872-1936): Diplomático profesional. En 1905 ingresó al POSDR.

A fines de 1917 adhirió a los bolcheviques. De 1921 a 1930 fue comisario de Asuntos Extranjeros. Se retiró de la vida pública por enfermedad.

Chjeidze, Nikolai Semionovich (1864-1926): Político menchevique georgiano, impulsor del marxismo en Georgia en la década de 1890. Tras la Revolución de Febrero de 1917 fue elegido presidente del Sóviet de Petrogrado. De vacaciones en Georgia cuando los bolcheviques y los sóviets toman el poder en octubre de ese año, Chjeidze no regresa a la capital y es nombrado luego presidente del parlamento de la República Democrática Federal de Transcaucasia, en febrero de 1918.

Churchill, Winston (1874-1965): Político conservador británico. Era un anticomunista ferviente, se opuso fuercemente a conceder autonomía para la India y defendió la necesidad del rearme inglés contra Alemania. Cuando estalló la guerra fue nombrado para la cartera de Marina del gabinete de guerra de Neville Chamberlain, formado en septiembre de 1939. En mayo de 1940 fue nombrado primer ministro y ministro de Defensa del Gobierno de coalición entre conservadores, liberales y laboristas. Fue uno de los principales dirigentes del bando aliado. Luego de la victoria aliada en 1945 fue derrotado en las elecciones por el candidato laborista.

Clynes, John Robert (1869-1949): Traducionista británico y miembro del Partido Laborista. Miembro del parlamento tras las elecciones generales de 1922.

Crispien, Arthur (1875-1946): Militante del SPD; opositor a la guerra y, en 1917, integrante del Partido Socialdemócrata Independiente (USPD). EN 1920 es parte de la delegación que acude al Congreso de la Internacional Co-

munista, pero se niega a aceptar las "variación condiciones" para ingresar a ella.

Gunow, Heinrich (1862-1936): Socialdemócrata alemán, miembro del ala derecha.

Dan, Pyodor (1871-1947): Líder socialdemócrata, dirigente menchevique internacionalista y miembro de GEC del Sóviet de Petrogrado en 1917.

De Leon, Daniel (1852-1914): Intelectual y dirigente socialista estadounidense; uno de los fundadores del sindicato *International Workers of the World* (IWW).

Debs, Eugene V. (1855-1926): Fue trabajador ferroviario, militante sindical y fundador del sindicato norteamericano del riel; fue encarcelado por conducir la huelga de Pullman de 1894. Se hizo socialista en la prisión y fue fundador del Partido Socialista. El dirigente socialista más popular de la historia de Estados Unidos, obtuvo casi un millón de votos cuando presentó su candidatura a presidente en 1912. Fue encarcelado por aplicación del Acta de Espionaje durante la Primera Guerra Mundial por sus discursos antibélicos. Cuando la guerra terminó, un creciente sentimiento popular exigió que se lo amnistiara junto con otros prisioneros políticos. Debs presentó su candidatura a presidente en 1920 desde su celda en la prisión federal de Atlanta. Fue amnistiado en 1921.

Denikin, Anton I. (1872-1947): A fines de 1918 fue comandante en jefe de todas las tropas blancas al sur de Rusia durante la guerra civil que siguió a la revolución. Fue derrotado a comienzos del invierno de 1919. Emigró al extranjero.

Dzierzhinski, Felix (1877-1926): Militante de la socialdemocracia rusa. Fundador y pri-

mer jefe de la Cheka y más tarde de la GPU. Miembro del CC desde 1917 hasta su muerte. Presidente del Consejo de la Economía Nacional en 1924.

Engels, Friedrich (1820-1895): Fundador del socialismo científico junto a Karl Marx. Coautor junto a este de obras como *La sagrada familia*, *La ideología alemana* y el *Manifiesto comunista*. Autor, entre otras obras, de *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, *Anti-Düring* y *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*. Fue el editor de los tomos dos y tres de *El capital* de Marx tras la muerte de este.

Feuerbach, Ludwig (1804-1872): Filósofo alemán, parte de la corriente de la izquierda hegeliana.

Gapon, Georgi (1870-1906): Sacerdote ortodoxo ruso, impulsor de los sindicatos "anabólicos". Dirigió hacia el palacio imperial la manifestación del Domingo Sangriento del 9 de enero de 1905. Con la apertura de los archivos policiales después de 1917 se confirmó que era un informante de la Policía.

Gilbeaux, Henri (1885-1938): Socialista francés. Activista del movimiento antiguerra ligado a la Conferencia de Zimmerwald, fue amigo del escritor Stefan Zweig. En su revista *Désaix*, punto de referencia para los opositores a la guerra, escribieron, entre otros, Lenin, Trotsky y Lamacharsky. Condenado a muerte en su país, emigra a la URSS. Partidario de Trotsky, la justicia francesa luego lo perdona y entonces retorna.

Gompers, Samuel (1850-1924): Sindicalista norteamericano, fundador de la *American Federation of Labor* (AFL), representó al tipo de burócrata sindical del período.

Gorter, Herman (1864-1927): Intelectual miembro de la socialdemocracia holandesa. Fue parte de la izquierda internacionalista durante la Primera Guerra Mundial. Apoyó la Revolución rusa y fue brevemente miembro de la III Internacional. Se alejó de esta con posiciones ultraizquierdistas, fundando el Partido Comunista Obrero de Alemania.

Grimm, Robert (1881-1958): Dirigente de la socialdemocracia suiza.

Guchkov, Aleksandr (1862-1936): Terrateniente y capitalista ruso, líder del Partido Ocularista (liberal de derecha), presidente de la Duma desde 1907 a 1912, ministro de Guerra y Marina del primer Gobierno provisional.

Guesde, Jules (1845-1922): Fundador del movimiento marxista francés. En la Primera Guerra Mundial apoyó la participación de Francia en la guerra y pasó a formar parte del gabinete de guerra.

Wilhelm (Guillermo) II (1859-1941): Último emperador (*Kaiser*) de Alemania. Gobernó entre 1888 y 1918.

Gussev, Serguei (1874-1933): Viejo bolchevique, se ligó a la fracción estalinista a principios de la década de 1920.

Henderson, Arthur (1863-1935): Secretario general del Partido Laborista. Uno de los principales defensores de la política guerrerista británica en la Primera Guerra. Secretario del Interior en el primer gabinete laborista de MacDonald y secretario de Relaciones Exteriores en el segundo. Presidió la II Internacional en 1923 y desde 1925 hasta 1929.

Hilferding, Rudolf (1877-1941): Dirigente y teórico socialdemócrata austriaco. En 1917 se

unió al Partido Socialdemócrata Independiente, pasando a ser el director editorial de *Freiheit* (Libertad) durante 1918-22. Opositor al bolchevismo y a la IC, en 1922 regresó al Partido Socialdemócrata. Fue ministro de Finanzas de Alemania en 1923 y entre 1928-29. Su trabajo más famoso es *Das Finanzkapital* (El Capital Financiero).

Hindenburg, Paul von (1847-1934): Mariscal y presidente de la república alemana.

Hirsch, Max (1852-1909) y Duncker, Franz (1822-1888): fundadores de la Asociación de Sindicatos Alemanos en 1868. De ideología liberal, se enfrentaron tanto a los sindicatos socialdemócratas como a los organizados por los cristianos.

Hobson, John A. (1858-1940): Economista inglés, miembro del Partido Liberal británico. Su obra más famosa es *Estado del imperialismo* (1902).

Hyndman, Henry (1842-1921): Político inglés fundador de la Federación Socialdemócrata (1891) y luego del Partido Nacionalsocialista (1911). Su carrera política estuvo cruzada por los acuerdos con el Partido Conservador, su apoyo a la política colonial británica, así como el apoyo a la Primera Guerra Mundial.

Jaurès, Jean (1859-1914): Dirigente socialdemócrata francés. Fue cofundador del periódico *L'Humanité* en 1904; al año siguiente, asistió a la fusión de los dos partidos socialistas franceses para formar la sección francesa de la Internacional Obrera (SFIO) y desde entonces se convirtió en figura del socialismo francés y de la II Internacional. Llevó a cabo, en el período anterior a 1914, una dura campaña antilélica, que terminó con su muerte a manos de un nacionalista francés.

Jouhaux, Leon (1870-1954): Dirigente de la Confederación General del Trabajo (CGT), de la que fue secretario general desde 1921 hasta la Segunda Guerra Mundial. Sindicalista socialpatrista durante la Primera Guerra Mundial. Se opuso a la Revolución rusa. Para Trotsky era la personificación del colaboracionismo de clases.

Kamenev, Lev (1883-1936): Antiguo bolchevique. Director de *Pravda* y de la fracción bolchevique de la Duma en 1914. En 1917, miembro del Comité Central, año en que se opuso inicialmente a las Tesis de abril y a la insurrección de Octubre. Presidente del Sóviet de Moscú en 1918. Luego de la muerte de Lenin se alió con Stalin y Zinoviev contra Trotsky hasta finales de 1925. En 1926, él y Zinoviev se unieron con Trotsky para formar la Oposición Unificada. Expulsado del Partido en diciembre de 1927, capituló y fue readmitido en 1928. En 1932 vuelve a ser expulsado. Condenado a muerte y ejecutado en el Primer Juicio de Moscú.

Kapp, Wolfgang (1858-1922): Político alemán, conocido por sus ideas ultranacionalistas. Fue nombrado canciller tras los hechos de los días 13 y 17 de marzo de 1920, conocidos como "el *putsch* de Kapp" contra la República de Weimar.

Kautsky, Karl (1854-1938): Dirigente y teórico de la socialdemocracia alemana y fundador de la II Internacional. Enfrentó las posiciones revisionistas de Bernstein en la década de 1890. Giró hacia posiciones reformistas años después. Frente a la Primera Guerra Mundial, adoptó una posición primeramente pacifista, y luego, socialbolchevista. En 1917 fundó junto a Hilferding y Otto Bauer el Partido Socialdemócrata Independiente, oponiéndose abiertamente a la Revolución de Octubre y a la dictadura del proletariado y abogando por la vía

parlamentaria. Por esta razón fue combatido por Lenin en *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*. En 1922 regresó al Partido Socialdemócrata.

Kirov, Sergei (1886-1934): Miembro del Buró Político y cabeza de la organización del PC en Leningrado, fue asesinado en diciembre de 1934, en parte como consecuencia de un complot tramado por la GPU con el objetivo de comprometer a Trotsky.

Kolchak, Alexander (1874-1920): Miembro de la Marina imperial rusa, es nombrado almirante en 1916. Durante la guerra civil, luego de la revolución de 1917 dirige los ejércitos blancos en Siberia y el Ural. Fue prisionero del Ejército Rojo a finales de 1919, es juzgado y condenado a muerte.

Kornilov, Lavr (1870-1918): Oficial de carrera, fue nombrado comandante en jefe por Kerensky en julio de 1917. Intentó un golpe contrarrevolucionario para derrocar al propio Kerensky. Huyó luego de su fracaso.

Kosovsky, V. (1870-1941): Miembro y dirigente desde 1890 del *Bund*. Formó parte de la fracción menchevique después del II Congreso del POSDR. Se exilió en Estados Unidos en 1939.

Krasin, Leonid (1870-1926): Compañero de Lenin y dirigente en la revolución de 1905, sirvió al Gobierno soviético en importantes cargos administrativos diplomáticos, entre ellos el de comisario de Comercio Exterior (1922-1924). En el intervalo entre una y otra revolución se destacó como ingeniero.

Krichevsky, B. N. (1866-1919): Militante socialdemócrata ruso desde finales de la década de 1880. Formó parte en el extranjero de la

Unión de Socialdemócratas Rusos en el Extranjero y desde 1899 dirigió la revista *Rabochye Dielo*, desde la cual difundió las ideas del "economismo".

Krupskaya, Nadezhda (1869-1939): Una de las primeras dirigentes del Partido Bolchevique y compañera de Lenin. En 1926 estuvo un tiempo con la Oposición Unificada, pero rompió y la criticó antes de que se expulsara a los dirigentes.

Ledebour, Georg (1850-1937): Socialdemócrata alemán que se opuso a la Primera Guerra Mundial y fue uno de los fundadores del USPD. Se opuso a que el USPD se afiliara a la III Internacional y que volviera a la socialdemocracia y fundó su propio grupo, un nuevo USPD. Ingresó al grupo centrista SAP en 1931 y estuvo en contra de su ingreso a la Oposición de Izquierda.

Legien, Carl (1864-1920): Dirigente sindical alemán, expresó posiciones reformistas de derecha dentro de la socialdemocracia alemana. Fue en varias ocasiones diputado.

Lensch, Paul (1873-?): Miembro de la socialdemocracia alemana. Integró su ala izquierda hasta la declaración de la Primera Guerra Mundial, cuando se hizo chovinista.

Liebknecht, Karl (1871-1919): Miembro de la socialdemocracia alemana desde 1900. En 1908 fue elegido miembro de la Cámara de Diputados en Prusia y en 1912 pasó al parlamento alemán, siendo el único parlamentario que se opuso el 4 de diciembre de 1914 a votar los créditos para financiar la guerra. Dirigente del ala izquierda, por sus manifestaciones contra la guerra fue expulsado del Partido y encarcelado en 1916-1918. Junto a Rosa Luxemburg creó el *Spartakusbund* y el 1º

de enero de 1919 creó el Partido Comunista. Fue asesinado luego del levantamiento de enero de 1919.

Liebknecht, Wilhelm (1826-1900): Junto a Bebel, como seguidores de Marx en Alemania, fundaron el Partido Obrero Socialdemócrata en 1869 en Eisenach, en oposición a la Unión General de Obreros Alemanes, lassallista. Lassallistas y eisenachianos unieron finalmente sus movimientos en 1875 en una convención celebrada en Gotha.

Lloyd George, David (1863-1945): Político liberal británico. Ministro del Reino Unido entre 1916 y 1922.

Lomonosov, M. V. (1711-1765): Poeta y científico. De humilde origen campesino, fue una figura de la cultura rusa del siglo XVIII.

Longuet, Jean-Laurent (1876-1938): Abogado francés y socialista que en la Primera Guerra Mundial llevó a cabo una posición pacifista, pero siempre votó a favor de los créditos de guerra. Fundador y director del diario *Le Populaire*. En el Congreso de Estrasburgo en 1918 su política fue adoptada por la mayoría del Partido Socialista francés.

Lanacharsky, Anatoli (1873-1933): Escritor y crítico literario, miembro del POSDR desde 1898 y bolchevique desde 1903. Dirige en 1909 la fracción de *Isprav* y rompe con Lenin, pasando a la fracción menchevique. Durante la guerra se hace internacionalista y termina por ingresar en julio de 1917 en la organización Interdepartamental y con ella en el Partido Bolchevique. En 1917 es nombrado comisario para la Educación. Conserva su independencia de espíritu hasta 1922, multiplicando a partir de esa fecha sus gestos de sumisión al aparato. Es relevado de sus fun-

ciones en 1929, nombrado embajador en Madrid en 1933. Muere en París cuando acude a su puesto.

Lütwitz, Walther von (1863-1946): General alemán, jefe de Infantería en Berlín. Conocido por el *putsch* que protagonizó junto al político conservador Kapp. Sus tropas combatiéron contra los obreros de Berlín, que lo derrotaron.

Luxemburg, Rosa (1871-1919): Fundadora del Partido Socialdemócrata del Reino de Polonia y Lituania y dirigente del ala izquierda de la socialdemocracia alemana. Combatió el revisionismo y la política del SPD en la Primera Guerra Mundial. Fue encarcelada en 1915. Junto con Karl Liebknecht fundó la *Spartakusbund* (Liga Espartaco), para luego participar en la fundación del Partido Comunista alemán (espartaquista). Es liberada por la revolución de noviembre de 1918. En enero de 1919 se produce un nuevo levantamiento en Berlín, luego del cual la socialdemocracia gobernante ordenó su asesinato y el de Liebknecht. Sus obras más conocidas son *La acumulación de capital*, *Crítica de la Revolución Rusa* (escrita en la cárcel) y *Hoche de masas, partido político y sindicatos*.

Lvov, George (1861-1925): Príncipe ruso y terrateniente. Miembro de la primera Duma. Primer ministro del primer Gobierno provisional en marzo-julio de 1917. Emigró en 1918.

MacDonald, Ramsay (1866-1937): Dirigente laborista inglés desde 1911. Durante la Primera Guerra Mundial, pasó de una posición pacifista al franco apoyo a la política imperialista de la burguesía inglesa. Primer ministro del primer y segundo Gobiernos del laborismo inglés (1924, 1929-31). En 1931-35 presidió un Gobierno de gabinete de "unidad nacional" con el Partido Conservador.

Maklakov, Vasily (1869-1957): Político conservador ruso, miembro del partido kadete.

Martynov, Alexander (1865-1935): Marxista de la primera generación. Representó a la corriente "economista", integró la fracción menchevique del POSDR y luego fue menchevique internacionalista durante la guerra. En 1923 adhirió al Partido Comunista. Fue dirigente de la III Internacional estalinista.

Martov (Tiederbauma, Yulii, 1873-1923): Nació en Estambul. Fue uno de los fundadores de la socialdemocracia rusa, miembro de *Iskra* y aliado político de Lenin hasta 1903, cuando se transformó en uno de los dirigentes de los mencheviques. Durante la guerra fundó el grupo de mencheviques internacionalistas que se opuso a la guerra. Participó de la Revolución rusa, apoyó al nuevo Gobierno basado en los soviets, aunque se negó a integrarlo. Durante la guerra civil rusa sostuvo posiciones "neutrales", por lo cual el Gobierno insistió a que emigrara en 1920. Desde Berlín editó el *Sotsialistichesky Vestnik*.

Maslov, P. P. (1867-1946): Economista socialdemócrata, menchevique. Se retira de la actividad política después de 1917. Muere en Rusia.

Maximov: Seudónimo de Bogdanov.

Mehring, Franz (1846-1919): Nació en Prusia, a partir de 1890 adhirió al socialismo y se vinculó al ala izquierda del Partido Socialdemócrata alemán. Inició junto con Rosa Luxemburg y Plejánov la lucha contra el revisionismo en la II Internacional. Durante la Primera Guerra Mundial atacó la política de cooperación del SPD con el Gobierno y junto a Rosa Luxemburg fundó la *Spartakusbund*. Sus principales aportes al marxismo se dedicaron al campo de la historia y la literatura.

Merrheim, Alphonse (1871-1923): Partidario de Jouhaux en 1917, luchó contra los revolucionarios y permaneció en el ala derecha de la CGT luego de la división de 1921.

Mijailovsky, N. K. (1842-1904): Uno de los principales teóricos *narodniki* de los años 1880-1890. Fue editor de la revista *Russkiye Soboty* desde 1894. Debatió y polemizó con el marxismo.

Milliakov, Pavel (1859-1943): Historiador y líder del partido kadete, ministro de Asuntos Extranjeros del Gobierno provisional ruso entre marzo y mayo de 1917. Fue adversario de la Revolución rusa y de los bolcheviques.

Millerand, Alexandre (1859-1943): Fue el primer socialista prominente en ingresar al Ministerio de un Gobierno burgués, en el año 1899, en Francia. Excluido del Partido Socialista francés en 1904 luego de formar un grupo de socialistas independientes. Fue elegido presidente de Francia el 24 de septiembre de 1920, puesto que mantuvo hasta que los partidos reformistas de izquierda llegaron al poder en 1924.

Mishkin, I. N. (1848-1885): Popular militante y revolucionario *narodniki* de los años 70 del siglo XIX. Arrestado y condenado a la deportación. Fue fusilado por el zarismo.

Manzerberg, Willi (1887-1940): Secretario de la Internacional de la Juventud durante la guerra, lo había sido de la Internacional Comunista de la Juventud antes de ser transferido al Socorro Rojo. Se convirtió en "hombre de negocios" de la IC, a la cabeza de su trust de prensa, edición, cine, etcétera.

Nadezhdin L. (1877-1905): Organizador y dirigente del grupo *Sobole* en el extranjero. Apoyó a los iskristas contra los economistas

y el "marxismo legal". Trató de combinar el programa socialdemócrata con el terrorismo individual.

Natanson, Mark (1850-1919): Miembro *narodnik* de *Narodnaya Volya* y del partido de los socialrevolucionarios. En 1917 fue uno de los miembros destacados de los socialrevolucionarios de izquierda que apoyaron la Revolución de Octubre.

Nekrasov, Nikolai (1879-1940): Kadete. Profesor del Instituto de Tecnología Tomak. Miembro de la tercera y la cuarta Dumas. Ministro de Comunicaciones en marzo-julio de 1917. Ministro de Finanzas en agosto-septiembre de 1917. Permaneció en Rusia después de la revolución y trabajó para el Gobierno soviético.

Nikolai II (1868-1918): Zar de Rusia desde 1894 hasta 1917, cuando lo derrocó la Revolución de Febrero.

Noke, Gustav (1868-1946): Dirigente del ala derecha de la socialdemocracia alemana. Antes de la Primera Guerra Mundial ya apoyaba la política colonialista del Káiser. Como ministro de Defensa en 1919-20 fue el responsable del fusilamiento de decenas de obreros alemanes durante el movimiento revolucionario en el país.

Ordzhonikidze, Grigori (1886-1937): Antiguo bolchevique y uno de los principales organizadores y dirigentes de la fracción estalinista. Dirigió en 1922 la "rusificación" de Georgia, por lo cual Lenin pidió su expulsión (que no se llevó a cabo). Fue jefe de la Comisión Central de Control en 1926 y responsable de las acusaciones contra la Oposición Unificada. Comisario de la Industria Pesada en 1928. Se vio llevado al suicidio tras intentar en vano sal-

var a su hermano, antiguo bolchevique, y a su adjunto Piatkov de la persecución de Stalin.

Pankhurst, Sylvia (1882-1960): Militante sufragista inglesa, fundadora de la Federación Socialista Obrera en 1917 y del Partido Comunista Británico en 1920. Representante del "comunismo de izquierda" en la III Internacional.

Pannekoek, Anton (1873-1960): Intelectual marxista neerugu. Militó en el socialismo holandés y alemán. En la guerra adoptó posiciones internacionalistas. Fue parte de la III Internacional, con la cual rompió por sus posiciones consejistas.

Parvus (seudónimo de Helphand, Alexander) (1869-1924): Militante de la socialdemocracia rusa y alemana. Destacado pensador marxista. A partir de 1899 comienza la lucha contra el revisionismo. Mantuvo una relación estrecha con Trotsky durante 1904-05. Trotsky rompe con Parvus cuando este se transforma en socialpatriota.

Peshejonov, Aleksei (1867-1933): Militante *saradeli* moderado, miembro del Partido Socialista Popular. Ministro de Abastecimiento en el Gobierno de coalición en 1917. En la guerra civil rusa apoyó a los blancos. Emigró en 1922.

Peshejonov (1840-1868): Fue un joven escritor y crítico literario de la década de 1860. Fue encarcelado por sus escritos contra el zarismo.

Piatkov, Yuri (1890-1937): Bolchevique desde 1910. Comunista de izquierda en 1918. Miembro de los opositores de izquierda desde 1923 hasta 1928, de los cuales fue uno de los principales portavoces. Jefe del Consejo Supremo de la Economía Nacional y de la delegación comercial soviética a Francia en 1927. Expulsado del Partido en 1927, rápidamente

capituló y fue readmitido. Condenado y fusilado por el Segundo Juicio de Moscú.

Pilsudsky, Josef (1867-1935): Dirigente del Partido Socialista polaco después de la Primera Guerra Mundial. Cuando Polonia fue declarada Estado independiente por los Aliados, llegó a la jefatura del Gobierno mediante un golpe de Estado. Siendo gobernante de Polonia actuó como agente ejecutor del imperialismo francés.

Plejanov, Georgi (1856-1918): Comenzó adhiriendo al populismo. En 1882 se publicó su traducción del *Manifiesto comunista* con un prefacio de Marx y al año siguiente publicó su primer ensayo contra el populismo y formó en Ginebra el grupo Emancipación del Trabajo, que fue el centro dirigente del marxismo ruso a fines del siglo XIX. Fue el introductor del marxismo en el movimiento obrero ruso. Frente a la Primera Guerra Mundial se transformó en socialpatriota.

Potresov, Alexander (1869-1934): Socialdemócrata ruso, integrante de las primeras organizaciones marxistas, miembro de *Izba* en 1900. Luego integró la fracción menchevique del POSDR. Emigró al extranjero luego de la revolución de 1917.

Prokopovich, Sergei (1871-1955): Economista y publicista ruso. Uno de los primeros difusores de las ideas revisionistas de Bernstein en Rusia. Luego de 1906 ingresó al partido kadete. Fue ministro en el Gobierno de Kerensky. Fue expulsado de Rusia en 1922. Muere en el exilio.

Proudhon, Pierre-Joseph (1809-1865): Periodista, economista, filósofo y sociólogo francés. Uno de los fundadores del anarquismo. Dirigió el periódico *La Voz del Pueblo* y su primer libro fue *¿Qué es la propiedad?*

Radek, Karl (1885-1939): Influente revolucionario socialdemócrata. Participa de la revolución de 1905 en Polonia junto a Rosa Luxemburg. Emigra a Alemania, donde desde 1908 milita en su ala izquierda. Forma parte de la izquierda de Zimmerwald. Ingresa al bolchevismo en 1918 y es miembro de su dirección hasta 1924. Fue secretario de la Internacional Comunista. Participa de la revolución alemana de 1923. Fue miembro de la Oposición Unificada junto a Trotsky y Zinoviev. Fue expulsado del Partido en 1927, reniega de sus posiciones y es admitido en 1929. Fue expulsado nuevamente en 1934 y condenado en el Segundo Juicio de Moscú. Muere en el campo de concentración.

Renandel, Pierre (1871-1935): Mano derecha del dirigente socialista Jean Jaurès hasta 1914. Editor socialpatriota de *L'Humanité* durante la Primera Guerra Mundial. Luego dirigente del ala derecha del Partido Socialista.

Rhodes, Cecil (1853-1902): Político y empresario colonialista británico.

Rodzianko, Mijail (1859-1924): Líder del Partido Obrero, partido monárquico de la gran burguesía industrial, comercial y terrateniente.

Roland-Holst, Henrietta (1869-1952): Socialista de izquierda holandesa. Miembro del grupo *De Tribune*. Internacionalista moderada durante la guerra.

Rühle, Otto (1874-1943): Profesor y pedagogo alemán, militante socialista desde 1910. Fue electo diputado en 1912 y en 1914 votó junto a Karl Liebknecht contra los créditos de guerra. Integró el ala izquierda del KPD (Partido Comunista alemán) y en 1920 adhirió al KAPD. En 1933 se exilió en México. Fue un miembro destacado de la Comisión Dewey.

Savinkov, Boris (1879-1925): Comenzó su militancia en la socialdemocracia rusa. En 1903, mientras está en prisión, se hace socialrevolucionario. Participa del grupo de choque ejercido en dos atentados contra la corte zarista. En la guerra mundial se hace patriota. Es consejero de Kerensky en el Ministerio de Guerra bajo el Gobierno provisional. Es arrestado en 1924 por el Gobierno soviético. Se suicida en prisión.

Scheidemann, Philipp (1865-1939): Dirigente socialdemócrata alemán. Miembro de su ala derecha durante la guerra y la revolución alemana. Junto a Ebert proclamó la república alemana en 1918. En 1919 Scheidemann fue nombrado canciller. Impulsó la represión a la revolución alemana de 1919.

Serebriakov, E. A. (1854-1921): Oficial de la Marina rusa, militante *narodnik* de la *Zemla i vola* desde 1879. Emigró en 1883. Tras su regreso a Rusia en 1905 militó en el partido socialrevolucionario.

Serrati, Giacinto (1879-1926): Político socialista italiano. Internacionalista durante la guerra.

Shingariov, Andrei (1869-1918): Miembro del partido kadete. Ministro de Hacienda del Gobierno provisional.

Shulguin, Vasily (1878-1976): Historiador y político conservador ruso. Miembro de los guardias blancos durante la guerra civil rusa. Emigrado luego de la derrota de Denikin, regresa a Rusia en 1944.

Skobeljev, Ivanovich (1885-1939): Ingresó al Partido Socialdemócrata en 1903, trabajó como agitador en Bakú. Diputado menchevique a la cuarta Duma en 1912. Ministro de

Trabajo en el Gobierno provisional. Emigró en 1920. Regresó a la URSS en 1922 y se afilió al PC(b)R, siendo funcionario de varias instituciones. Liquidado en las purgas de la década de 1930.

Šmeral, Bohumír (1880-1941): Fue un socialdemócrata checo. Se adhirió a la III Internacional fundando el Partido Comunista de Checoslovaquia. Emigró a Moscú con la ocupación nazi, cumpliendo funciones en la Internacional estalinizada.

Snowden, Philip (1864-1937): Miembro del ala derecha del Partido Laborista Independiente de Gran Bretaña. Integró el Gobierno de MacDonald en 1924.

Sombart, Werner (1863-1941): Economista y sociólogo alemán. Aunque primero defendió las reformas sociales a favor de la clase trabajadora, luego se convirtió en dirigente liberal. Su obra más importante es *El capitalismo moderno*.

Spiridonova, Maria (1884-1941): Famosa militante socialrevolucionaria. Protagonizó un atentado terrorista contra un jefe de la Policía zarista en 1906 que le valió la cárcel y el destierro, hasta que fue liberada por la revolución rusa de febrero de 1917. Apoyó la toma del poder por los soviets en octubre de 1917 y formó parte de la coalición con los bolcheviques en el Gobierno. Rompe con ellos a raíz de su oposición a la firma del tratado de Brest-Litovsk. Es arrestada a inicios de 1920, encarcelada y liberada en distintos periodos hasta ser sentenciada a un exilio interno en 1923. En 1930 el estalinismo la sentencia a un nuevo exilio interno hasta 1933, cuando es encarcelada. Fue fusilada bajo el gran terror estalinista, en 1941, junto a otros dirigentes comunistas de la Oposición de Izquierda.

Stalin, Josef (1879-1953): Miembro del Partido Bolchevique desde 1903, y de su Comité Central desde 1912. Comisario del Pueblo para las Nacionalidades, luego de la Revolución de Octubre. Fue nombrado secretario general del Comité Central del Partido Comunista ruso en 1922. Artífice de la degeneración burocrática del PC ruso y de la IC. Fue el creador de la teoría antimarxista del "socialismo en un solo país". Organizó los Juicios de Moscú en la década de 1930, liquidando a la mayoría de los líderes de la época de Lenin. Disolvió la IC como gesto político de amistad hacia los aliados imperialistas en 1943.

Starover: Alias de Potresov.

Stolipin, Piotr (1862-1911): Reaccionario político zarista, ministro del Interior y primer ministro del Zar luego de la derrota de la revolución de 1905. Impulsó una reforma agraria que tenía como objetivo promover un nuevo sector de campesinos ricos.

Struve, Piotr (1870-1944): Crítico del populismo, reprodujo ciertas ideas marxistas. Más tarde fue el jefe del "marxismo legal". Se apartó de la socialdemocracia en 1902, cuando editó el diario liberal *Osvobodzenie*. Se afilió al Partido Kadete, siendo parte de su dirección. En la guerra civil rusa se alió a los blancos. Muere en la emigración.

Südekum, Albert (1871-7): Miembro del ala derecha de la socialdemocracia alemana.

Sujanov, Nikolai (1882-1931): Menchevique internacionalista durante la Primera Guerra Mundial. En 1917, miembro del Comité Ejecutivo del Sóviet de Petrogrado. Historiador de la Revolución rusa. Fue uno de los acusados en el juicio a los mencheviques en 1931. La última vez que se supo de él estaba en la cárcel.

Tajtariov, K. M. (1871-1925): Militante socialdemócrata ruso desde 1893. Simpatizante de los mencheviques. Se alejó de la actividad política. Después de la revolución de octubre de 1917 colaboró con el Instituto Marx y Engels.

Teodorovich, Ivan (1875-1937): Militante socialdemócrata desde 1895. Integró la redacción de *Proletary* en 1907. Durante el primer Gobierno bolchevique fue comisario de Abastecimiento hasta su renuncia pocos meses después para sostener la necesidad de un Gobierno unificado de todos los socialistas. Combatió en la guerra civil e ingresó al Comisariado de Agricultura en 1920. Fue acusado de contrarrevolucionario en 1930 y fusilado en 1937.

Terracini, Umberto Elia (1895-1983): Militante socialista italiano desde 1916. Forma parte del grupo que en el congreso de Livorno rompe con el PSI y funda el PC de Italia. Junto a Gramsci y otros comunistas edita *L'Ordine Nuovo*.

Thiers, Adolph (1797-1877): Historiador y estadista burgués francés, orleanista; jefe del poder ejecutivo (presidente del Consejo de Ministros) en 1871; presidente de la república de 1871 a 1873; fue el gran verdugo de la Comuna de París.

Tkachiov (1844-1885): Revolucionario ruso de los años 60 y 70 del siglo XIX. Propuso el derrocamiento de la autocracia por una minoría revolucionaria. En 1869 fue condenado, emigró en 1873. Influyó en la *Narodnaya Vola*.

Trotsky, León (1879-1940): Revolucionario ruso. Miembro de la redacción de *Iskra* y dirigente del Sóviet de Petrogrado en la Revolución rusa de 1905. Encarcelado y condenado al exilio, escapa. Mantiene una actividad internacionalista al margen de las fracciones de la

socialdemocracia rusa, y retorna en 1917, durante la Revolución. Ingres a la dirección del Partido Bolchevique en julio de 1917 y dirige junto a Lenin la insurrección de octubre. Comisario de Asuntos Exteriores durante la Paz de Brest-Litovsk, es fundador y dirigente del Ejército Rojo durante la guerra civil. Principal dirigente de la oposición a la burocratización del Estado obrero y del Partido Bolchevique, es expulsado del mismo en 1927 y condenado al exilio en 1928. Ante la bancarrota de la III Internacional frente al ascenso del fascismo funda la IV Internacional. Muere asesinado en México en 1940 por un sicario de Stalin.

Tsereteli, Irakli (1882-1959): Menchevique georgiano, diputado en la segunda Duma. Después de la Revolución de Febrero fue uno de los dirigentes de los llamados "defensistas revolucionarios" e ingresó como ministro de Correos y Telégrafos en el Gobierno provisional.

Tugan-Baranovskiy, Mijail (1865-1919): Representante del "marxismo legal" que ejerció su mayor influencia en Rusia durante el período de 1894 a 1901. Sus principales preocupaciones eran los méritos (y deficiencias) del marxismo como instrumento heurístico y consagraba poca atención al marxismo como ideología movilizadora de la clase obrera. Generalmente se mantuvo al margen de las organizaciones de la socialdemocracia rusa.

Turati, Filippo (1857-1932): Abogado, fue uno de los fundadores del Partido Socialista italiano, votó contra los créditos de guerra pero apoyó el programa de Wilson. Se unió al grupo reformista cuando el Partido Socialista se escindió en 1922.

V.V. (seudónimo de Vorontsov) (1847-1917): Conocido teórico *narodniki* de los años 70 y 80

del siglo XIX. Lenin emplea a menudo la frase "los V.V. de la socialdemocracia rusa" para indicar a aquellos socialdemócratas economistas que subordinaban la lucha política de los obreros a la lucha económica.

Vaillant, Edouard (1840-1915): Antiguo socialista francés. Fue miembro del Consejo General de la I Internacional. Participó en la Comuna de París. Pacifista antes de la Primera Guerra Mundial, luego se transformó en un defensor de la política imperialista francesa.

Vandervelde, Emile (1866-1938): Socialdemócrata belga, ocupó distintos puestos en varios gabinetes ministeriales. Fue presidente de la II Internacional de 1929 a 1936.

Vanev, Anatol (1872-1899): Socialdemócrata ruso. Fue arrestado por el zarismo y deportado a Siberia en 1897. En 1899 junto a otros deportados es firmante de la "Protesta" redactada por Lenin contra el *Credo* de los "economistas".

Varlin, Eugène (1839-1871): Militante socialista francés miembro de la I Internacional y de la Comuna de París. Fusilado por los versalleses en la represión a la Comuna.

Vassiliev, N. V. (1855-?): Jefe de los gendarmes. Aliado a Zubatov.

Vollmar, Georg von (1850-1923): Socialdemócrata bávaro y diputado por Múnich al Reichstag. Fue un pionero del reformismo y antecesor de Eduard Bernstein.

Wilson, Woodrow (1856-1924): Presidente de los Estados Unidos por el Partido Demócrata durante 1913-17 y 1917-21. Decidió la entrada de EE. UU. en la Primera Guerra Mundial (6 de abril de 1917). Después de la

Revolución de Octubre fue uno de los organizadores de la intervención militar contra la Rusia soviética. Con los catorce puntos que presentó en enero de 1918 como propuesta para terminar la Primera Guerra Mundial pretendió contrarrestar la propaganda antibélica de los bolcheviques, que en ese momento negociaban la paz con los alemanes en Brest-Litovsk. Premio Nobel de la Paz en 1919.

Witte, Serguei (1849-1915): Ministro de Hacienda de Rusia del zar Aleksandr III. Tras la paz con Japón en 1905 y luego de haber sido primer ministro asesino de Nikolai II, fue destituido por este después de la instauración de las Dumas.

Wrangel, Piotr N. (1878-1928): General del Zar, fue el último jefe militar blanco que resistió al Ejército Rojo con el apoyo del Gobierno francés en 1920.

Zasulich, Vera (1849-1919): Destacada dirigente de los *arabudist* y fundadora del grupo marxista Emancipación del Trabajo, fue dirigente menchevique a partir de 1903.

Zinoviev, Grigori (1883-1936): Dirigente bolchevique, presidió la IC desde 1919 hasta 1926. Luego formó la "troika" con Stalin y Kamenev en 1924, que realizó numerosas acusaciones contra Trotsky. Después se autocriticó y se unió a Trotsky en la Oposición Unificada. Aunque rompió con ella al poco tiempo, fue condenado y fusilado en el primer Juicio de Moscú.

Zubatov, Sergei Vasilievich (1864-1917): Coronel de la gendarmería zarista que intentó crear el llamado "socialismo policíaco". Formaba falsas organizaciones obreras protegidas por los gendarmes y la Policía para apartar a los obreros del movimiento revolucionario.

BIBLIOGRAFÍA DE CONSULTA

Brossat, Alain, *En los orígenes de la revolución permanente. El pensamiento político del joven Trotsky*, México D.F., Siglo XXI, 1976.

Broué, Pierre, *El partido bolchevique*, Madrid, Ayuso, 1973.

———, *La révolution en Allemagne (1917-1923)*, en <http://www.marxists.org>.

Castillo, Christian y Albamonte, Emilio, "Lenin y la historia del Partido Bolchevique", serie de conferencias publicadas en el semanario *La Verdad Obrera*, Bs. As., 2006.

Lenin, V. I., *Obras completas*, Segunda edición corregida y aumentada, Bs. As., Cartago, 1969-1972.

Lewin, Moshe, *El último combate de Lenin*, Barcelona, Lumen, 1970.

Liebanan, Marcel, *El leninismo bajo Lenin*, Tomos 1 y 2, España, Grijalbo, 1978.

Lhi, T. Lars, *Lenin Rediscovered: What Is to Be Done? in Context*, Boston, Brill, 2006.

Marie, Jean-Jacques, *Lenin (1870-1924)*, Madrid, POSI, 2008.

———, *La guerre civile russe, 1917-1922*, París, Autrement, 2005.

———, *Goussault*, París, Fayard, 2005.

Pomper, Philip, *El hermano de Lenin. En los orígenes de la revolución rusa*, Barcelona, Ariel, 2010.

Rabinowitch, Alexander, *The Bolsheviks in Power: The First Year of Soviet Rule in Petrograd*, Indiana, Indiana University Press, 2007.

Riazanov, David, *Marx y Engels*, Bs. As., Ediciones IPS, 2012.

Trotsky, León, *Cómo hicimos la Revolución Rusa*, Bs. As., CEIP "León Trotsky", 2005.

———, *Cómo se armó la revolución. Escritos militares de León Trotsky*, Bs. As., CEIP "León Trotsky", 2006.

———, *Lenin (compilación)*, Bs. As., CEIP "León Trotsky", 2009.

———, *El caso León Trotsky*, Bs. As., CEIP "León Trotsky", 2010.

———, *La teoría de la revolución permanente (compilación)*, Bs. As., CEIP "León Trotsky"/Ediciones IPS, 2011.

———, *Stalin*, México, Juan Pablos, 1973.

———, *Stalin, el gran organizador de derrotas*, Bs. As., CEIP "León Trotsky"/Museo Casa de León Trotsky, 2012.

———, *Mi vida. Intento autobiográfico*, Bs. As., CEIP "León Trotsky"/Museo Casa de León Trotsky, 2012.



La presente edición de *Obras selectas*, tomo dos
de V. I. Lenin, se terminó de imprimir en el mes de abril de 2013
en MARTÍNEZ IMPRESORES, Camila Quiroga 870,
Burraco, Provincia de Buenos Aires, Argentina.
Consta de 3.000 ejemplares.



978-987-27589-5-0

